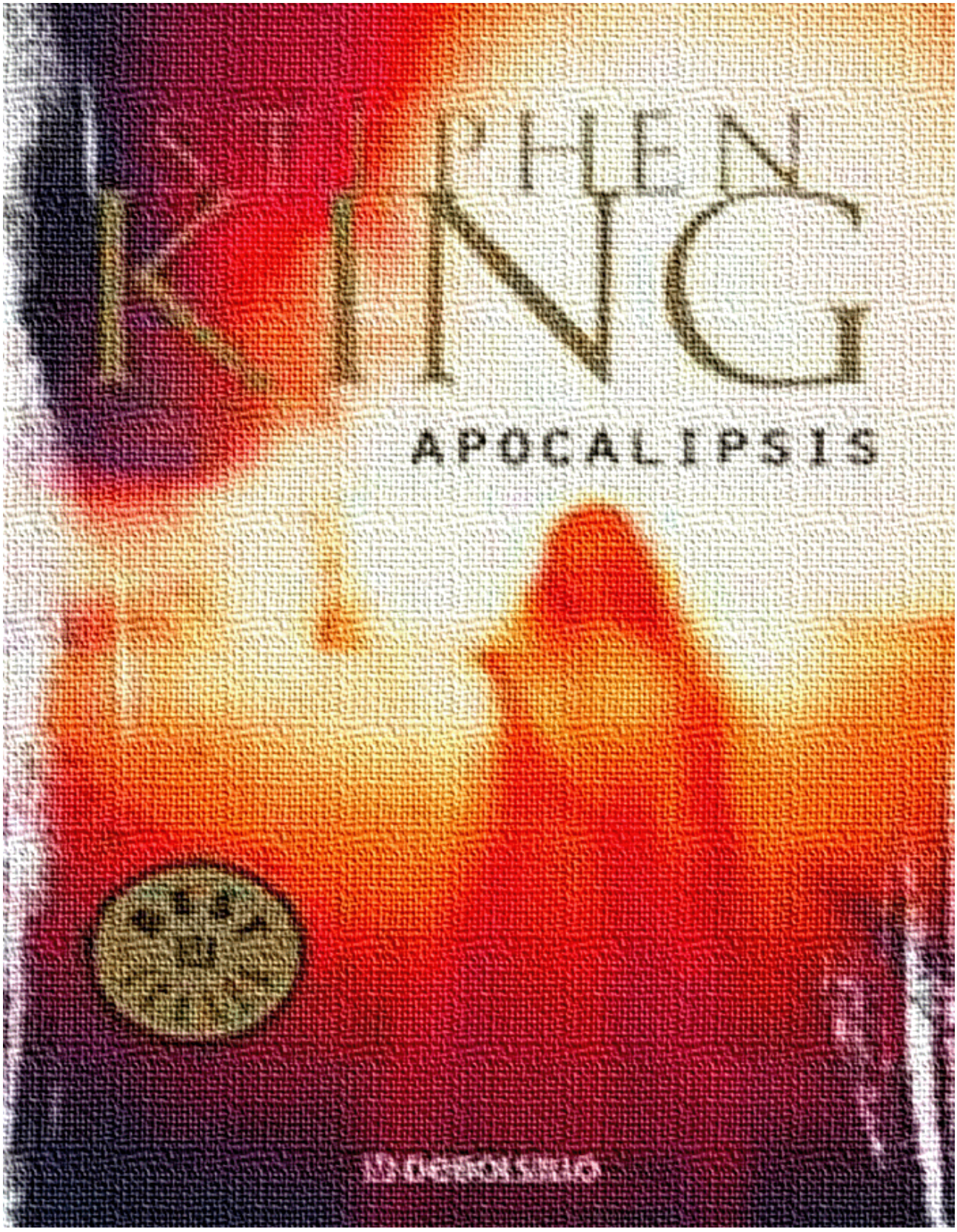
APOCALIPSIS
STEPHEN KING



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

AGRADECIMIENTOS

Debemos dar las gracias por el permiso para incluir los siguientes materiales sujetos a derechos de autor:

Back in the U.S.A. por Chuck Berry © 1959 por ARC Music Corporation. Reimpreso con autorización.

Don't Fear The Reaper, por Donald Roeser. Copyright por B. O. Cult Songs, Inc. Reimpreso con autorización.

Stand by Me, por Ben E. King, Copyright ©1961 por Progressive Music Publishing Co., Inc., Trio Music, Inc., y A.D.T. Enterprises, Inc. Controlados todos los derechos por Unichapell Music, Inc. (Belinda Music, editor). Asegurados los derechos de autor internacionales. Reservados todos los derechos. Empleados con autorización.

In the garden, por C. Austin Miltres. Copyright 1912, Hall–Mack Co., renovado en 1940, The Rodeheaver Co., propietario. Reservados todos los derechos. Empleado con autorización.

The Sandman, por Dewey Bunnell. Copyright © 1971 por Warner Bros. Music Limited. Todos los derechos para el Hemisferio Occidental controlados por la Warner Bros. Music Corp. Reservados todos los derechos. Empleado con autorización.

Jungle Land, por Bruce Springsteen. Copyright © 1975, por Bruce Springsteen, Laurel Canyon Music. Empleado con autorización.

American Time, por Paul Simon. Copyright © 1973 por Paul Simon. Empleado con autorización.

Letra de *Shelter from the Storm*, por Bob Dylan. Copyright © 1974 por Ram's Horn Music. Todos los derechos reservados. Empleado con permiso.

Letra de *Boogie Fever*, por Kenny St. Lewis y Freddie Perren. Copyright © 1975 por Perren Vibes Music Co. Todos los derechos reservados. Empleado con autorización.

Keep on the Sunny Side, por A. P. Carter, copyright © 1924. Peer International Corporation, BMI.

Todos los personajes de este libro son de ficción, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, es simple coincidencia.

Para Tabby,
este oscuro cofre de maravillas

Librodot

Apocalipsis es una obra de ficción, como su tema deja perfectamente claro. Muchos de los acontecimientos suceden en lugares auténticos, como Ogunquit, Maine; Las Vegas, Nevada y Boulder, Colorado. Me he tomado la libertad de cambiar esos lugares hasta el grado que más se adecuaba para el curso de mi ficción. Confío en que los lectores que vivan en esas y en otras localizaciones auténticas que se mencionan en esta novela, no se vean alterados por mi «monstruosa impertinencia», para citar a Dorothy Sayeres, que consintió libremente en el mismo tipo de cosas.

Otros lugares, como Arnette, Texas, y Shoyo, Arkansas, son tan ficticios como la propia trama.

Debo dar gracias especiales a Russell Dorr (P. A.) y al doctor Richard Herman, ambos del «Brigton Family Medical Center», que respondieron a mis preguntas acerca de la naturaleza de la gripe, y su forma peculiar de sufrir mutaciones más o menos cada dos años, y a Susan Artz Manning of Castine, que corrigió las pruebas del manuscrito original.

Manifiesto también mi agradecimiento a Bill Thompson y Betty Prashker, que han hecho que este libro aparezca de la mejor manera posible.

S. K.

UN PROLOGO EN DOS PARTES

PRIMERA PARTE
PARA LEER ANTES DE LA COMPRA

Hay un par de cosas que necesita saber en seguida acerca de esta versión de Apocalipsis, y que debe conocerlos sin haber salido aún de la librería. Por esta razón confío en haberle atrapado lo más pronto posible. Espero que de pie ante la sección K de los nuevos títulos de ficción, con sus otras compras debajo del brazo y el libro abierto ante usted. En otras palabras, espero haberle atrapado mientras su cartera se encuentra todavía segura en su bolsillo. ¿Preparados? Estupendo. Gracias. Prometo ser breve.

En primer lugar, ésta no es una nueva novela. Si usted tiene alguna confusión a este respecto, no deje de expresarla aquí y ahora mismo, mientras aún se encuentra a una distancia prudente de la caja registradora donde le sacarán el dinero de su bolsillo y lo meterán en el mío. Apocalipsis[*] se publicó originalmente hace ya más de diez años.

En segundo lugar, ésta no es una versión de trinca, nueva y diferente de La danza de la muerte. No descubrirá a los viejos personajes comportándose de una forma distinta, ni tampoco el curso de la acción se ramificará en algún punto de la antigua ficción, llevándole, Lector Constante, en una dirección inédita.

Esta versión de La danza de la muerte es una ampliación de la novela original. Como ya he dicho, no encontrará a los viejos personajes actuando de manera nueva y extraña, pero sí descubrirá que casi todos los personajes, aunque en la misma forma del libro original, hacen más cosas y, si no creyese que algunas de esas cosas eran interesantes, tal vez incluso más ilustradoras, nunca hubiera estado de acuerdo en este proyecto.

Si no desea esto, no adquiera este libro. Y, si ya lo ha hecho, confío en que conserve el comprobante de la compra. La librería donde hace usted habitualmente sus adquisiciones se lo pedirá antes de cancelarle lo cargado en su tarjeta de crédito o devolverle el dinero en efectivo.

Pero si esta ampliación es algo que en realidad le atrae, le invito a seguir conmigo adelante un poco más. Tengo montones de cosas que contarle y creo que hablaríamos mejor al doblar la esquina.

En la oscuridad.

[*] Esta obra se titula en inglés *The Stand* y Plaza & Janés la publicó previamente con el titulo de *La danza de la muerte*. Esta nueva edición sin supresiones, titulada asimismo *The Stand*, Plaza & Janés la publica ahora con el título de *Apocalipsis* a causa de las modificaciones que ha experimentado esta novela. *(Nota del editor.)*

SEGUNDA PARTE

PARA LEER DESPUÉS DE COMPRAR EL LIBRO

Esto ya no es un prólogo, en realidad es una explicación de por qué mi nueva versión de La danza de la muerte ha llegado a existir. Para empezar, es una novela muy larga, y esta versión ampliada será considerada por algunos, quizá por muchos, como una presunción de indulgencia por parte de un autor cuyas obras han tenido el éxito suficiente como para permitírselo. Confío en que no sea así, pero no he sido tan estúpido como para no darme cuenta de que ese tipo de crítica resulta posible. A fin de cuentas, muchos críticos de la novela la consideraron, para empezar, muy hinchada y más larga de la cuenta.

Si el libro era, ya de por sí, demasiado largo, o se ha vuelto así en esta edición, esto es un asunto que dejo al criterio individual del lector. Sólo deseo aprovechar este pequeño espacio para decir que estoy editando Apocalipsis como si fuese escrita por primera vez, no para servirme a mí mismo o a cualquier lector en particular, sino para atender a un conjunto de lectores que me han pedido que lo haga. No lo habría ofrecido si yo mismo no hubiese pensado que las porciones que fueron quitadas del manuscrito original hacen la historia más rica, y sería un embustero si no admitiese que siento curiosidad por ver cómo se recibirá todo esto.

Le ahorraré el relato de cómo se escribió Apocalipsis. La cadena de pensamientos que produce una novela rara vez interesa a nadie más que a los aspirantes a novelistas. Tienden a creer que existe una «fórmula secreta» para escribir una novela de éxito comercial; pero en realidad eso no existe. Tienes una idea. En un momento dado te llega otra idea. Realizas una conexión de una serie de ideas entre sí; unos cuantos personajes (por lo general, poco más que sombras al principio) se sugieren a sí mismos; la mente del escritor imagina un posible final (aunque cuando llega ese final, casi nunca se parece mucho a lo que había imaginado el escritor); y, en un punto dado, se sienta con pluma y papel, una máquina de escribir o un procesador de textos. Cuando preguntan: « ¿Cómo escribe?» invariablemente respondo: «Una palabra cada vez.» Y la respuesta es siempre rechazada. Pero así son las cosas. Parece demasiado sencillo para ser verdad; pero considere, por favor, la Gran Muralla china: una piedra cada vez, hombre... Eso es todo. Piedra a piedra. Pero he leído que se puede ver esa cosa desde el espacio sin ayuda de un telescopio.

Para los lectores que están interesados, la historia se cuenta en el último capítulo de Apocalipsis, una tortuosa pero fácil visión general del género de horror que publiqué en 1981. Esto no es hacer propaganda de ese libro; sólo estoy diciendo que el relato está allí si lo desea, aunque se cuenta no sólo porque es interesante en sí mismo, sino porque ilustra un punto de vista diferente por completo.

Lo que sí resulta importante para los propósitos del libro actual, es que, en el bosquejo final, se borraron más de cuatrocientas páginas del manuscrito. La razón no fue de tipo editorial; de haber sido ése el caso, me hubiera contentado con que el libro viviese su vida y muriese, llegado el momento, tal y como se editó originalmente.

Las supresiones se realizaron por mandato del departamento financiero. Realizaron el correspondiente escandallo de los costes de producción, lo depositaron al lado de las ventas de tapa dura de mis cuatro libros anteriores, y decidieron que un precio fuerte de 12,95 dólares era todo lo más que el mercado podría soportar (¡comparen ese precio con el de ahora, mis amigos y vecinos!). Se me preguntó si accedería a realizar los cortes, o si prefería que los hiciese alguien del departamento editorial. Aunque con desgana, convine en hacer la cirugía yo mismo. Me parece que mi trabajo fue bastante bueno, para un escritor que ha sido acusado una y otra vez de

tener diarrea en el procesador de textos. Existe sólo un lugar (el viaje de *Trashcan Man's* a través del país desde Indiana a Las Vegas) en el que se notaba que estaba lleno de cicatrices.

Entonces, si toda la historia está aquí, cabía plantearse la pregunta de para qué nos preocupamos. ¿No será a fin de cuentas sólo una autosatisfacción? De ser así, he pasado una gran parte de mi vida perdiendo el tiempo. Como suele ocurrir, creo que en los relatos auténticamente buenos, el conjunto es siempre mayor que la suma de las partes. Si así no fuera, lo que sigue no pasaría de ser una versión aceptable de *Hansel y Gretel*:

Hansel y Gretel eran dos niños con un padre muy agradable y una madre estupenda. La estupenda madre murió y el padre se casó con una bruja. La bruja quería quitar de en medio a los niños, para disponer de más dinero para gastar en sí misma. Engatusó a su pusilánime y blando marido para que se llevase a Hansel y Gretel al bosque y los matara. El padre de los chicos en el último momento prefirió dejarlos en el bosque para que se murieran de hambre en lugar de proporcionarles una muerte rápida y misericordiosa con la hoja de su cuchillo. Mientras erraban por ahí, encontraron una casa construida de caramelo. Era propiedad de una bruja que practicaba el canibalismo. La bruja les encerró allí y les dijo que en cuanto estuviesen fuertes y gordos se los comería. Pero los niños se enfrentaron a la hechicera. Hansel la empujó dentro de su propia estufa. Encontraron el tesoro de la bruja, y al parecer hallaron también un mapa, puesto que, llegado el momento, regresaron de nuevo a su hogar. Cuando se presentaron en él, papá se desembarazó de la bruja y vivieron por siempre felices. FIN.

No sé qué pensarán ustedes al respecto. Para mí, esta versión pierde mucho. El relato está aquí, pero no es elegante. Es una especie de «Cadillac» con los cromados echados a perder y la pintura estropeada hasta mostrar la misma chapa. Podrá ir a cualquier parte, pero no tiene nada de extraordinario.

No he restaurado todas las cuatrocientas páginas desaparecidas. Existe una diferencia entre hacer bien las cosas y llegar a ser auténticamente vulgar. Parte de lo que quedó cortado y desparramado por el suelo de la habitación cuando me encaré con la truncada versión merecía quedarse allí. Pero allí es donde se ha quedado. Otras cosas, como el enfrentamiento de Frannie con su madre al principio del libro, parecen añadir esa riqueza y dimensión de las que yo, como lector, disfruto muchísimo. Volviendo a *Hansel y Gretel* por un momento, debe recordar que la malvada madrastra le pide a su marido que le traiga los corazones de los niños como prueba de que el influenciable leñador hizo lo que ella le ordenó. El hombre demuestra un leve vestigio de inteligencia cuando le trae los corazones de dos conejos. O el rastro de migas que Hansel deja atrás, para que él y su hermana puedan encontrar el camino de regreso. ¡Qué pensamiento tan tonto! Pero, cuando intenta seguir el rastro, comprueba que las aves se lo han comido. Ninguno de esos fragmentos son por completo esenciales para la trama; pero, en cierto modo, constituyen la trama, son unos grandes y mágicos fragmentos del relato. Cambian lo que hubiera sido una obra monótona en un cuento que ha encantado y aterrado a los lectores durante más de cien años.

Sospecho que nada de lo añadido aquí es tan bueno como el rastro de miguitas de Hansel; pero siempre he lamentado el hecho de que nadie, excepto yo y algunos de los lectores de la casa «Doubleday» ha conocido a ese maníaco que simplemente se llama a sí mismo El Niño... ni es testigo de lo que le sucede afuera de un túnel que es el contrapunto de otro túnel a medio continente de distancia: el Lincoln Tunnel en Nueva York, que dos de los personajes recorren al principio del relato.

Por tanto, aquí está Apocalipsis, Lector Constante, como su autor pretendía que apareciese en la sala de exposiciones. La totalidad de su cromado se halla ahora reluciente, para bien o para mal.

Y la razón definitiva de presentar esta versión es la más simple. Aunque nunca ha sido mi novela favorita, es la que más agrada a la gente a la que le gustan mis libros. Cuando hablo (lo cual es en verdad rarísimo), la gente siempre me pregunta acerca de esta obra Discuten los personajes como si fuesen seres vivos y reales. Con frecuencia, me piden información: « ¿Qué fue de Fulano o de Mengano?» Como si yo recibiera cartas de ellos con cierta regularidad.

Como es inevitable, me han preguntado si se va a hacer una película. La respuesta, en realidad, es que probablemente sí. ¿Y será buena? No lo sé. Pero, buenas o malas, las películas casi siempre tienen un extraño efecto de disminución sobre las obras de fantasía. Naturalmente, existen excepciones. *El mago de Oz* es un ejemplo que acude en seguida a la mente. En las conversaciones, la gente no hace más que repartir papeles. Siempre he creído que Robert Duvall haría un espléndido Randall Flagg; pero he oído a la gente proponer a otras personas como Clint Eastwood, Bruce Dern y Cristopher Waltren. Todos parecen buenos, lo mismo que Bruce Springsteen podría hacer un interesante Larry Underwood, si en algún momento elige actuar. Tomando como referencia sus vídeos, creo que lo haría muy bien... Aunque mi elección personal sería Marshall Crenshaw. Pero, en resumen, creo que es mejor para Stu, Larry, Glen, Frannie, Ralph, Tom Gullem, Lloyd y ese tipo oscuro, que pertenezcan al lector, quien siempre los visualiza, a través de las lentes de la imaginación, de una forma vívida y cambiante, que ninguna cámara podrá jamás llegar a duplicar. A fin de cuentas, las películas son sólo una ilusión de movimiento que consta de millares de fotos fijas. Sin embarga, la imaginación se mueve dentro de su propio flujo de marea. Los filmes, incluso los mejores, congelan la ficción. Cualquiera que haya visto *Alguien voló sobre el nido del cuco* y que lea la novela de Ken Kesey, encontrará difícil o imposible no ver el rostro de Jack Nicholson sobre Randle Patrick McMurphy. Esto no tiene porqué ser malo... Pero es algo que limita. La gloria de un buen cuento radica en que es ilimitado y fluido. Un buen relato pertenece a cada lector de una manera propia y particular.

Después de todo, yo escribo por dos razones: para complacerme a mí mismo y para complacer a otros. Y, volviendo a este largo cuento de oscuro cristianismo, confío haber hecho ambas cosas.

24 de octubre de 1989

Allí fuera la calle está inflamada
por una auténtica danza de la muerte
entre la carne y la fantasía;
y aquí abajo los poetas
no escriben ni una línea
sino que se repliegan y se conforman con abandonarse.
En lo más profundo de la noche,
aprovechan su hora
y procuran residir con honestidad...

BRUCE SPRINGSTEEN

Y estaba claro que ella no podía sobrellevarlo.
Se abrió la puerta y entró el viento.
Se extinguieron las velas y se eclipsaron.
Volaron las cortinas y entonces él apareció,
diciendo: «No temas,
ven, Mary.»
Y ella no temió;
corrió hacia él
y ambos echaron a volar...
Ella le había cogido la mano...
«Ven, Mary, no temas al segador. . . »

BLUE OYSTER CULT

¿Qué es ese encantamiento?
¿Qué es ese encantamiento?
¿Qué es ese encantamiento?

COUNTRY JOE AND THE FISH

Librodot

EL CIRCULO SE ABRE

Necesitamos ayuda, sentenció el Poeta

EDWARD DORN

Librodot

INTRODUCCIÓN

–Sally.

Un murmullo.

–Despierta ya, Sally.

Un murmullo más audible:

–Déjame en paz...

La sacudió con mayor fuerza.

–Despierta. ¡Tienes que levantarte!

Charlie.

La voz de Charlie, llamándola. ¿Durante cuánto tiempo?

Sally se desprendió del sueño.

Primero miró el reloj que se hallaba en la mesilla de noche y vio que eran las dos y cuarto de la madrugada. Charlie no debería hallarse allí. Tenía que estar trabajando en su turno. Luego, le dirigió la primera mirada completa. Y algo saltó dentro de ella, alguna intuición mortífera.

Su marido estaba letalmente pálido. Los ojos le sobresalían de las órbitas. En una mano tenía las llaves del coche, y empleaba la Otra para zarandearla, aunque ella tenía ya abiertos los ojos. Era como si no hubiera sido capaz de percatarse del hecho de que ya estaba despierta.

–¿Charlie, qué pasa? ¿Qué anda mal?

Él parecía no saber qué decir. La nuez le subía y bajaba, pero no se produjo ningún sonido en el pequeño bungalow de servicio, excepto el del tictac del reloj.

–¿Hay un incendio?– preguntó ella en tono estúpido.

Era la única cosa que se le ocurría para explicar que su marido se encontrara en aquel estado. Sabía que sus padres habían muerto en el incendio de su casa.

–En cierto modo...– contestó él –y, en cierto modo, es aún peor. Tienes que vestirte, cariño. Coge a Baby LaVon. Tenemos que marcharnos de aquí.

–¿Por qué?– preguntó Sally al tiempo que salía de la cama.

Un oscuro miedo se había apoderado de ella. Nada parecía andar bien. Aquello era como un sueño.

–¿Dónde? ¿En el patio trasero?

Sabía muy bien que no había ningún patio trasero; pero jamás había visto a Charlie con tanto miedo. Respiró hondo y no pudo oler ni a humo ni a nada quemado.

–Sally, cariño, no hagas preguntas. Hemos de irnos. Muy lejos. Tienes que buscar a Baby LaVon y vestirla.

–Pero..., ¿no hay tiempo para hacer las maletas?

Esto pareció detenerlo. Desconcertarlo un poco. Ella pensó que debería estar todo lo asustada que fuera posible; pero aparente mente no lo estaba. Reconoció que lo que había tomado en él por miedo se acercaba más al puro terror pánico. Charlie se pasó una mano distraída por el cabello y replicó:

–No lo sé. Tendré que comprobar el viento.

Se fue, y la dejó con aquella pintoresca declaración, que no significaba nada para ella. Se fue dejándola allí con frío, preocupada y desorientada, con los pies desnudos y su camisón infantil. Era como si se hubiese vuelto loco. ¿Qué relación existía entre comprobar la dirección del viento y que si ella tuviera o no, tiempo para hacer las maletas? ¿Y dónde era muy lejos? ¿Reno? ¿Las Vegas? ¿Salt Lake City? ¿Y...?

Se llevó la mano a la garganta y una nueva idea la acometió.

Ausentarse sin permiso. Marcharse en plena noche significaba que Charlie planeaba desertar. Se dirigió a la habitacioncita que servía de cuarto infantil para Baby LaVon y se quedó indecisa durante un momento, mirando a la dormida niña con su pelele rosa. Se aferró a la leve esperanza de que aquello no fuese más que un sueño de un realismo extraordinario. Pasaría, se despertaría a las siete de la mañana, como de costumbre, daría de comer a Baby LaVon y también desayunaría ella mientras miraba la primera hora del espacio «Hoy»; le prepararía a Charlie los huevos pasados por agua para cuando acabara su turno a las ocho, su trabajo nocturno en la torre norte de la Reserva, después de concluida una noche más. Dentro de dos semanas, volvería al turno de día, y las cosas serían más fáciles. Dormiría con ella por la noche, y no tendría ya sueños tan locos como éste...

–¡Date prisa!– le murmuró, desvaneciendo aquella leve esperanza –. Tenemos el tiempo justo para coger unas cuantas cosas. . . Pero, por el amor de Dios, mujer si la quieres – señaló la cuna –, ¡vístela en seguida!

Tosió nerviosamente sobre la mano y comenzó a sacar cosas de los cajones de su cómoda, y a apilarlas de cualquier manera en un par de viejas maletas.

Ella despertó a Baby LaVon, moviendo a la pequeña de la forma más suave posible. La niña, de tres años, se mostró irritable y desconcertada al verse despertada a mitad de la noche, y comenzó a llorar mientras Sally le ponía unas bragas, una blusa y un pelele. El sonido de los sollozos de la niña la dejó más asustada que nunca. Lo asoció con las otras veces en que Baby LaVon, por lo general, el más angelical de los bebés, se había puesto a llorar de –noche: cambiarle los pañales, dolor de dientes, toses, cólico. El miedo se le mudó en ira al ver a Charlie casi atravesar la puerta corriendo con una gran brazada de su propia ropa interior. Las cintas de los sujetadores arrastraban detrás de él como las serpentinas de los juerguistas en Nochevieja. Los arrojó a una de las maletas y la cerró con violencia.

El reborde de su mejor braguita quedó colgando, y se percató de que se había desgarrado.

–¿Pero qué pasa?– gritó y el tono alterado de su voz tuvo como consecuencia que Baby LaVon irrumpiese en un nuevo acceso de llanto mientras ella misma empezaba a sorber – . ¿Te has vuelto loco? ¡Mandarán a los soldados detrás de nosotros, Charlie! ¡Soldados!

–Esta noche no podrán – respondió él, y fue tal la seguridad que había en su voz que resultó horrible –. Mira, cariño, si no meneamos el trasero jamás estaremos fuera de la base. Ni siquiera sé cómo diablos he salido de la torre. Algo funciona mal en alguna parte, supongo. ¿Por qué no? Todo marcha mal.

Y profirió una profunda y lunática carcajada que la asustó más de lo que ya estaba. – ¿Está vestida la niña? Estupendo. Pon algunas ropas suyas en esa otra maleta. Emplea la bolsa del armario para el resto. Luego, saldremos pitando. Creo que la cosa irá bien. El viento sopla de Este a Oeste. Gracias sean dadas a Dios.

Tosió de nuevo encima de la mano.

–¡Papi!– gritó Baby LaVon alzando los brazos –. ¡Quiero a mi papi! ¡Vamos a hacer el caballito, papi! ¡El caballito! ¡Vamos!

–Ahora no – replicó Charlie, y desapareció en la cocina.

Al cabo de un momento, Sally oyó el crujido de la loza. Estaba sacando el dinero suelto que ella tenía en el plato sopero azul del estante de arriba. Unos treinta o cuarenta dólares que había

podido ahorrar: un dólar, o cincuenta centavos, de cada vez. El dinero para la casa, Así, pues, aquello era real. Fuese lo que fuese, era algo real. . .

Baby LaVon, a quien su papá no quería llevar a caballito, cuando rara vez le negaba nada, empezó a sollozar de nuevo. Sally se esforzó por ponerle su ligera chaqueta y, luego metió atropelladamente dentro de la bolsa la mayor parte de sus prendas. La idea de introducir una cosa más en la otra maleta resultaba ridícula. Estallaría. Tuvo que arrodillarse para ajustar los cierres. Dio las gracias a Dios porque Baby LaVon ya se hubiese acostumbrado a hacerlo y no tener que preocuparse de los pañales.

Charlie regresó al dormitorio, ahora ya a la carrera. Aún se estaba metiendo en el bolsillo delantero de su mono las monedas de dólar y de cincuenta centavos. Sally cogió en brazos a Baby LaVon. La niña estaba ya por completo despierta y podía andar sola. Pero Sally prefería tenerla en brazos. Se inclinó y agarró la bolsa.

–¿Dónde vamos, papi? – preguntó Baby LaVon –. Estaba durmiendo.

–La nena podrá dormir en el coche – replicó Charlie, mientras cogía las dos maletas.

El reborde de la braguitas de Sally ondeó. Los ojos de él aún tenían aquella mirada blanca y fija. Una idea, una creciente certidumbre, comenzó a alzarse en la mente de Sally.

–¿Ha ocurrido un accidente?– susurró –. ¡Oh, Jesús, María y José…! Ha sido eso, ¿no es verdad? Un accidente. Ahí afuera…

–Estaba haciendo un solitario – explicó –. Alcé la mirada y vi que el indicador había pasado de verde a rojo. Luego, encendí el monitor. Sally, todo estaba...

Hizo una pausa, miró los grandes ojos de Baby LaVon. Aunque llenos aún de lágrimas, reflejaban la curiosidad.

–Todos estaban M–U–E–R–T–O–S por allí. Todos menos uno o dos, y probablemente ahora ya la habrán espichado.

–¿Qué quiere decir muertos, papá?– preguntó Baby LaVon.

–No te preocupes, cariño – intervino Sally.

Su voz parecía llegar hasta ella desde un cañón muy largo.

Charlie tragó saliva. Algo se le atragantó en la garganta.

–Se supone que todo se cierra si el indicador se pone rojo. Hay un ordenador que controlaba la totalidad del lugar y que en, teoría, no falla nunca. Vi en el monitor lo que pasaba y salté hacia la puerta. Pensé que aquella maldita cosa me iba a cortar por la mitad. Debería haberse cerrado en el mismo momento en que el indicador se puso en rojo. Y ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba ya en rojo. Me percaté de ello al alzar la mirada. Pero estaba ya casi en el espacio del aparcamiento cuando escuché el ruido de algo que se cerraba detrás de mí. Si hubiera levantado la vista treinta segundos después, ahora me encontraría encerrado en la sala de control de aquella torre, como un bicho en una botella.

–¿Y qué es? ¿Qué...?

–No lo sé. No quiero saberlo. Todo lo que sé es que los ma... que los M–A–T–O con rapidez. Si me quieren, tendrán que atrapar me. Me pagaban un plus de peligrosidad, pero no me daban lo suficiente como para quedarme por aquí. El viento sopla hacia el Oeste. Conduciremos hacia el Este. Vamos, vamos ya...

A pesar de que se sentía medio dormida y como atrapada en una especie de espantoso sueño, Sally siguió a su marido hacia la entrada de coches donde se encontraba su «Chevy», que ya tenía quince años, y que me se oxidaba lentamente en la fragante oscuridad del desierto de aquella noche de California.

Charlie metió las maletas en el portaequipajes y colocó la bolsa en el asiento trasero. Sally se demoró un poco delante de la puerta del pasajero con la niñita en brazos, mirando hacia el bungalow en el que habían pasado los últimos años. Pensó que, cuando se trasladaron allí, Baby LaVon estaba aún creciendo dentro de su cuerpo, con todos aquellos paseos a caballo aún por delante de ella.

–¡Vamos!– apremió –. ¡Entra, mujer!

Ella lo hizo. Él puso marcha atrás el «Chevy», con sus faros momentáneamente iluminando más allá de la casa. Su reflejo en las ventanas fue semejante a los ojos de una bestia acosada.

Estaba inclinado, tenso, encima del volante, con el rostro bosquejado por el pequeño resplandor del tablero de los instrumentos. – Si están cerradas las puertas de la base, trataré de pasar aplastándolas.

Y lo decía de veras. Ella estaba segura de eso. De repente se le aflojaron las rodillas.

Pero no hubo necesidad de una medida tan desesperada. Las puertas de la base seguían abiertas. Un vigilante hojeaba una revista. Ella no pudo ver al otro. Tal vez se encontrase en la parte delantera. Ésta era la parte exterior de la base, un depósito convencional de vehículos del Ejército. Lo que sucediera en el interior de la base no interesaba a aquellos tipos.

Alcé la vista y vi que el indicador se había puesto en rojo.

Ella se estremeció y colocó la mano sobre la pierna de su marido. Baby LaVon dormía de nuevo. Charlie le acarició un momento la cabeza y dijo:

–Todo irá bien, cariño.

Al amanecer, corrían ya hacia el este a través de Nevada. Charlie tosía cada vez con más fuerza.

LIBRO PRIMERO

EL CAPITÁN TROTAMUNDOS

16 DE JUNIO A 4 DE JULIO DE 1990

Llamé al médico por teléfono
y le dije: doctor, doctor, por favor
siento que me bamboleo y me tambaleo,
explíqueme qué puede ser.
¿Acaso una nueva enfermedad?

THE SILVERS

Nena, ¿entiendes a tu hombre?
Es un hombre virtuoso.
Nena, ¿entiendes a tu hombre?

LARRY UNDERWOOD

1

La gasolinera «Texaco» de Hapscomb se levantaba sobre la Carretera 93, junto al norte de Arnette, un pueblo insignificante de cuatro calles situado a unos ciento sesenta kilómetros de Houston. Esa noche, los parroquianos de siempre estaban allí, sentados junto a la caja registradora, bebiendo cerveza, entregados a su charla insustancial y mirando cómo los insectos se arrojaban volando contra el gran cartel luminoso.

Era la gasolinera de Bill Hapscomb, de modo que los otros lo trataban con respeto, a pesar de que se trataba de un perfecto idiota. Si se hubieran reunido en la tienda de cualquiera de ellos, habrían exigido el mismo respeto para el propietario. Claro que ninguno de ellos tenía una tienda. Arnette pasaba por una mala situación. En 1970, el pueblo contaba con dos industrias: una fábrica de artículos de papel (sobre todo para picnics y asados) y una fábrica de calculadoras electrónicas. Ahora, la primera había cerrado y la segunda agonizaba. En Taiwán la producción era mucho más económica, al igual que la de televisores portátiles y pequeñas radios de transistores.

Norman Bruett y Tommy Wannamaker, que había trabajado en la fábrica de papel, dependían de la caridad pública, porque caducó hacía mucho su seguro de desempleo. Henry Carmichael y Stu Redman trabajaban en la fábrica de calculadoras; pero casi nunca más de treinta horas semanales. Victor Palfrey estaba ya jubilado, y fumaba siempre unos malolientes pitillos que liaba él mismo, los únicos que podía pagarse.

–¿Sabéis lo que digo?– sentenció Hap, apoyando las manos sobre las rodillas e inclinándose hacia delante –. Que hay que hacerle un corte de manga a esta mierda de deuda nacional. Tenemos imprentas y tenemos papel. Bien, pues imprimamos cincuenta millones de billetes de mil dólares e inundemos el mercado.

Palfrey, que había sido mecánico hasta 1974, era el único que tenía la dignidad necesaria para oponerse a los grandes disparates de Hap. Mientras enrollaba otro de sus cigarrillos pestilentes, manifestó:

–Eso no serviría para nada. Si lo hiciéramos, terminaríamos como Richmond en los dos últimos años de la Guerra de Secesión. En aquella época, si querías un trozo de pan de jengibre, le dabas un dólar confederado al panadero, él lo colocaba sobre la hogaza, y cortaba una rebanada de ese mismo tamaño. El dinero no es más que papel, ¿sabes?

–Conozco a algunos tipos que no estarían de acuerdo contigo – respondió Hap en tono amargo –. Me refiero a mis acreedores. Y han empezado a ponerse nerviosos.

Stu Redman, que era quizás el hombre más lacónico de Arnette, estaba sentado en una de las resquebrajadas sillas de plástico, con una lata de «Pabst» en la mano, mirando la 93 por el gran ventanal de la gasolinera. Stu sabía lo que era la pobreza. Se había criado en medio de ella, en ese mismo pueblo. Su padre, dentista, había muerto cuando Stu tenía siete años, dejando una viuda y otros dos hijos, además de Stu.

La madre consiguió trabajo en la estación de autocares «Redball», en las afueras de Arnette. Stu podría haberla visto desde donde se hallaba ahora sentado, de no haber ardido en 1979. Su sueldo alcanzó para alimentar cuatro bocas, y para nada más. A los nueve años, Stu había empezado a trabajar. Primero para Rog Tuctrer, el propietario de «Redball», ayudando a descargar autocares cuando salía de la escuela. Por treinta y cinco centavos la hora y, después, en el matadero de la vecina ciudad de Braintree. Allí tuvo que mentir respecto a su edad para conseguir veinte horas de trabajo agobiante a la semana por el salario mínimo.

Ahora, al escuchar a Hap y Vic discutir acerca del dinero y de la manera misteriosa en que desaparecía, pensó en la forma en que sus manos se habían lastimado al principio manipulando aquella serie interminable de pellejos y tripas. Intentó que su madre no las viera. Pero ella las descubrió antes de que llevara una semana trabajando. Lloró sobre ellas un poco, y no era una

mujer que llorase con facilidad. Pero no le pidió que dejase el empleo. Sabía cómo estaba la situación. Era realista.

Su laconismo se debía, en parte, a que nunca había tenido amigos, ni tiempo para buscarlos. Por un lado la escuela; por otro el trabajo. Su hermano menor, Dev, murió de neumonía el año en el que ingresó en el matadero. Stu nunca llegó a superar ese golpe. Remordimiento, tal vez. Dev había sido su hermano más querido... Pero su fallecimiento representaba que había una boca menos que alimentar.

En la escuela secundaria había descubierto el béisbol y su madre lo alentó, a pesar de que el deporte restaba horas al trabajo. – Juega – le había dicho –. El deporte es lo único que podrá ayudarte a salir de aquí, Stuart. Juega. Recuerda a Eddie Warfield.

Eddie Warfield era un héroe local. Provenía de una familia todavía más pobre que la de Stu, y se había cubierto de gloria como jugador de defensa en el equipo regional de la escuela secundaria. Asistió a la «Texas A&M» con una beca de atletismo y jugó durante diez años en el equipo de los «Green Bay Pectrers», casi siempre como defensa reserva; pero, en algunas memorables ocasiones, había salido a jugar desde el principio. Ahora era propietario de una cadena de restaurantes en el Oeste y Suroeste. En Arnette lo veneraban como una figura mítica. Cuando allí se hablaba de «éxito», se estaban refiriendo a Eddie Warfield.

Stu no era defensa, y tampoco era Eddie Warfield. Pero cuando comenzó a cursar el primer año de escuela secundaria, pensó que por lo menos tenía una remota posibilidad de ganar una beca como deportista... Luego, se presentaron programas de estudio de trabajo y su tutor le habló acerca del programa de préstamos NDEA.

Entonces, su madre enfermó y no pudo seguir trabajando. Era cáncer. Murió dos meses antes de que Stu terminara el bachillerato. Y le legó la responsabilidad de mantener a su hermano Bryce. Stu rechazó la beca y empezó a trabajar en la fábrica de calculadoras. Quien acabó triunfando fue Bryce, tres años menor que él. Ahora estaba en Minnesota, trabajando como analista de sistemas para la «IBM». No escribía a menudo, y lo había visto por última vez en el funeral, tras la muerte de la esposa de Stu. . ., víctima del mismo tipo de cáncer que había matado a su madre. Pensaba que quizá Bryce tuviera sus propios remordimientos... y que a lo mejor estaba un poco avergonzando de que su hermano no fuera más que otro buen vecino de un agonizante pueblo de Texas, y que pasara sus días trabajando en la fábrica de calculadoras y sus noches, o bien en «Hap's» o en «Indian Head», bebiendo cerveza «Lone Star».

El matrimonio había sido lo mejor de su vida. Y duró apenas dieciocho meses. La matriz de su joven esposa sólo había gestado un niño, abyecto y maligno. Eso había ocurrido tres años atrás. Desde entonces, estuvo considerando la posibilidad de abandonar Arnette, en busca de algo mejor. Pero la inercia del pequeño pueblo lo retenía: el tenue canto de sirena de los lugares y los rostros conocidos. En Arnette lo estimaban; y una vez Vic Palfrey lo lisonjeó diciéndole que era un «veterano de hierro».

Mientras Vic y Hap charlaban, restaba aún un poco de claridad en el cielo; pero la tierra estaba sumida en sombras. Ya no pasaban muchos automóviles por la 93. Y ésta era la razón por la cual Hap tenía tantas facturas sin pagar. Pero Stu vio que, en ese momento se acercaba un coche.

Todavía estaba a unos cuatrocientos metros, y las últimas luces del día arrancaban destellos polvorientos de lo poco que quedaba de sus cromados. Stu tenía buena vista, lo cual, le permitió saber que era un «Chevrolet» con las luces apagadas, que no marchaba a más de veinte kilómetros por hora, zigzagueando por la carretera. Ninguno de los que estaban allí lo había divisado todavía.

–Digamos que consigues el pago de una hipoteca sobre esta estación – estaba diciendo Vic, y vamos a suponer que asciende a cincuenta dólares mensuales.

–Es mucho más que eso.

–Bueno. ¿Para qué discutir? Lo dejamos en cincuenta. Y ahora preveamos que los federales se presentan primero y te lo valoran en un montón de dinero. Entonces, los del Banco cambiarán de opinión y querrán ciento cincuenta. Y te encontrarás tan pobre como antes.

–Es verdad – reconoció Henry Carmichael.

Hap levantó la mirada hacia él, irritado. Había llegado a saber que últimamente Hank, había adquirido la costumbre de sacar «Coca Cola» de la máquina sin pagar el depósito. Y, además, Hank sabía que él lo sabía. De modo que, si Hank debía estar de parte de alguien, debería ser de la suya.

Eso no tiene por qué ocurrir necesariamente – replicó Hap sopesando las cosas desde las profundidades de su educación de noveno grado.

Siguió explicando el porqué.

Stu, que sólo comprendía que estaban todos en un apuro, se desentendió de la voz de Hap hasta reducirla a un bordoneo ininteligible, y observó cómo el «Chevy» se acercaba zarandeándose por la carretera. A juzgar por la forma en que avanzaba, Stu no creía que fuera a llegar mucho más lejos. Cruzó la línea blanca y sus neumáticos de la parte izquierda alzaron polvo desde el arcén izquierdo. Luego, rebotó hacia atrás, conservó durante un momento su carril de circulación y después casi se metió en la cuneta. A continuación, como si el conductor hubiese elegido como baliza el gran letrero luminoso de la estación «Texaco», se dirigió en línea recta contra la superficie alquitranada como un proyectil cuya velocidad estuviese próxima a disiparse. Stu podía oír ya el ruido petardeante de su motor, el firme silbido de un moribundo carburador y el repiqueteo de una serie de válvulas sueltas. No acertó en la entrada inferior y rebotó sobre el bordillo. Los tubos fluorescentes que se hallaban encima de las bombas se reflejaron sobre el parabrisas estriado por el polvo, y que hacía muy difícil ver lo que había dentro. Pero Stu observó el vago contorno del conductor que oscilaba libremente después del choque. El coche no dio la menor señal de disminuir sus sostenidos veinte kilómetros por hora.

–Por lo tanto, yo diría que con más dinero en circulación podrías…

–Será mejor que apagues tus bombas, Hap – le dijo Stu con firmeza.

–¿Las bombas? ¿Qué pasa?

Norm se volvió para mirar a través de la ventana.

–¡Por los clavos de Cristo!– exclamó.

De un brinco, Stu se levantó de su silla, se inclinó por encima de Tommy Wannamaker y Hank Carmichael y apagó los ocho interruptores a la vez, cuatro con cada mano. Por lo tanto, fue el único que no vio cómo el «Chevy» chocaba contra los surtidores del islote superior y los arrancaba.

Se precipitó contra ellos con una lentitud implacable, y también imponente. Al otro día, Tommy Wannamaker juró en el «Indian Head» que las luces traseras no dejaron de destellar. El «Chevy» no abandonó sus persistentes veinte kilómetros por hora, como si fuera el coche guía en el Torneo del desfile de las Rosas. El chasis chirrió sobre el andén de hormigón y, cuando las ruedas lo embistieron, todos, menos Stu, vieron cómo la cabeza del conductor se iba hacia delante, laxa, y se estrellaba contra el parabrisas astillando el cristal.

El «Chevy» brincó como un perro al que le hubieran pegado un puntapié, y arrastró consigo el surtidor de súper, el cual se partió y rodó por el suelo derramando varios chorritos de gasolina. La boquilla de la manguera se desprendió y quedó brillando bajo los tubos fluorescentes.

Todos vieron las chispas que salían por el tubo de escape del «Chevy» al arrastrarse por el cemento. Hap, que había presenciado el estallido de una gasolinera en México, se apresuró a cubrirse los ojos para protegerlos de la bola de fuego que preveía. En vez de ello, el extremo posterior del «Chevy» viró en redondo y se desprendió del andén de surtidores por el lado que

correspondía a la estación de servicio. El radiador arremetió contra el surtidor de gasolina con bajo contenido de plomo, y lo demolió con un ruido hueco.

El «Chevrolet» completó, de una forma que casi parecía deliberada, su giro de trescientos sesenta, y embistió de nuevo el andén, esta vez de costado. La parte posterior quedó montada sobre el andén, y derribó el surtidor de gasolina normal. Y allí se detuvo, arrastrando en pos de sí el oxidado tubo de escape. Había destrozado los tres surtidores del andén más próximo a la carretera. El motor siguió su entrecortado ronroneo durante unos cuantos segundos, y por fin enmudeció. El silencio resultaba tan abrumador que llegaba a asustar.

–Madre de Dios – murmuró Tommy Wannamaker con voz ahogada –. ¿Va a estallar?

–Si el destino hubiera querido que estallara, ya habría ocurrido – respondió Hap al tiempo que se levantaba.

Su hombro chocó con el expositor de los mapas de carreteras, y esparció en todas direcciones los de Texas, Nuevo México y Arizona. Hap sintió una especie de cauteloso júbilo. Sus surtidores estaban asegurados y la póliza del seguro pagada. Mary se había mostrado firme en lo del seguro, por encima de todas las demás cosas.

–Ese tío debe de estar borracho como una cuba – comentó Norm.

–Vi sus luces de atrás – dijo Tommy, con la voz en un registro alto a causa de la excitación –. No dejaron de destellar. ¡Santa Madre de Dios! De haber ido a cien por hora, ya estaríamos todos muertos.

Salieron a escape de la oficina. Hap el primero y Stu brincando detrás de él. Hap, Tommy y Norm llegaron juntos al lado del coche. Olieron a gasolina y percibieron el lento tictac, parecido a un reloj, del motor del «Chevy», que se estaba enfriando. Hap abrió la portezuela del conductor, y el hombre que se hallaba al volante salió como si se tratase de una vieja bolsa de la lavandería.

–¡Dios santo!– casi gritó Norm Bruett.

Se dio la vuelta, se dobló sobre su enorme barriga y comenzó a hacer arcadas. Pero no fue a causa del hombre que se había derrumbado (Hap lo sujetó antes de que se estrellase contra el pavimento), sino por el olor que salía del coche, un enfermizo hedor compuesto de sangre, materia fecales, vómitos y putrefacción humana. Resultaba un olor fantasmal, un olor en mensajes de enfermedad y muerte.

Un momento después, Hap se volvió, arrastrando al conductor por los sobacos. Tommy se apresuró a agarrar los pies que arrastraban. Hap y él lo llevaron hasta la oficina. En el resplandor de los fluorescentes que se hallaban por encima de sus cabezas, sus rostros aparecían blancos y convulsos. Hap hasta se había olvidado del dinero del seguro.

Los otros observaron el interior del coche. Luego, Hank se giró, tapándose la boca con una mano, con el dedo meñique extendido como si acabara de alzar su copa de vino para efectuar un brindis. Trotó hacia el extremo norte de la estación de servicio y comenzó a vomitar la cena.

Vic y Stu siguieron mirando dentro del automóvil durante un buen rato. Luego se contemplaron entre sí, y después volvieron a mirar el interior del vehículo. En el sitio que correspondía al pasajero, estaba sentada una mujer joven, con la falda recogida sobre los muslos. Un niño, o niña, de unos tres años se recostaba contra ella. Ambos estaban muertos. Tenían los cuellos dilatados como cámaras de neumáticos y su piel exhibía un color negro purpúreo de hematoma. También presentaban hinchazón debajo de los ojos. Más tarde, Vic comentó que se parecían a esos jugadores de béisbol que se ponen negro de humo en los párpados inferiores para amortiguar el reflejo del sol. Los ojos ciegos se hallaban desencajados. La mujer retenía la mano de la pequeña. De sus narices había chorreado una mucosidad espesa, ya coagulada. Las moscas zumbaban en derredor, posándose sobre la mucosidad, entrando y saliendo de las bocas abiertas.

Stu había estado en la guerra; pero nunca había contemplado un espectáculo tan espantoso. Sus ojos se volvían sin cesar a aquellas manos entrelazadas.

Vic y él retrocedieron y cruzaron una mirada inexpresiva. Después, giraron hacia la oficina. Observaron que Hap hablaba frenéticamente por el teléfono público. Norm caminaba detrás de ellos en dirección al despacho, echando miradas por encima del hombro hacia el malparado automóvil. Del espejo retrovisor colgaba un par de zapatitos de niño.

Hank estaba en la puerta, frotándose la boca con un pañuelo sucio.

–Jesús, Stu – comentó amargamente.

Stu hizo un ademán de asentimiento.

Hap colgó. El conductor yacía en el suelo.

–La ambulancia llegará dentro de diez minutos. ¿Os parece que…?

Señaló el «Chevy» con el pulgar.

–Si, están muertos – respondió Vic.

Sus facciones arrugadas estaban amarillas y espolvoreó tabaco por todo el suelo cuando trató de liar uno de sus infectos cigarrillos.

–Nunca en mi vida he visto dos personas más muertas.

Miró a Stu. Éste asintió con la cabeza y se metió las manos en los bolsillos. Tenía náuseas.

El hombre postrado en el suelo emitió un gemido gutural. Todos lo miraron. Al cabo de un momento, cuando resultó obvio que hablaba o trataba de hacerlo, Hap se arrodilló junto a el. Después de todo, ésa era su gasolinera.

Fuera cual fuera el mal que había atacado a la mujer y a la chiquilla del automóvil, el hombre también lo padecía. Su nariz chorreaba en abundancia y su respiración producía un ruido peculiar de corriente submarina, un estertor que procedía del fondo de su pecho. La piel se estaba hinchando debajo de los ojos, todavía sin ennegrecerse; pero con un color purpúreo de equimosis. Su cuello se veía exageradamente grueso, y la carne se había recogido hacia arriba, formando dos papadas adicionales. Tenía mucha fiebre. Acercarse a él era como acuclillarse junto al foso abierto de una barbacoa, lleno de brasas.

–El perro – murmuró –. ¿Le abrieron la puerta?

–Ya pedí una ambulancia, señor – dijo Hap, y lo sacudió con suavidad –. Se le pasará.

–El indicador marcó en rojo – gimió el caído.

Después empezó a toser convulsivamente despidiendo una pulverización de mucosidades espesas y largas salpicaduras fusiformes. Hap se echó hacia atrás, con una mueca desesperada.

–Será mejor que lo coloque más boca abajo, o se ahogará –dictaminó Vic.

Antes de que pudieran hacerlo, la tos volvió a trocarse en una respiración jadeante y entrecortada. Parpadeó muy despacio y miró a los hombres congregados sobre él.

–¿Qué lugar... es éste?

–Arnette – contestó Hap –. La gasolinera «Texaco» de Bill Hapscomb. Usted arrolló algunos surtidores. – Y se apresuró a agregar –: No se preocupe. Están asegurados.

El hombre tumbado en el suelo trató de sentarse, pero no lo consiguió. Debió conformarse con apoyar una mano sobre el brazo de Hap.

–Mi esposa..., mi hijita...

–Se encuentran bien – le interrumpió Hap, con una estúpida sonrisa canina.

–Me parece que estoy muy enfermo – musitó el hombre, que inhalaba y exhalaba con un ronquido espeso y amortiguado –. Ellas también están enfermas. Desde que nos levantamos hace dos días en Salt Lake City... – Cerró lentamente los párpados –. Enfermos... Creo que no nos dimos suficiente prisa a pesar de todo…

Oyeron el aullido de la Ambulancia Voluntaria de Arnette, aún distante pero cada vez más cercana.

–Hombre– le animó Tommy Wannamaker –. Ya están aquí. – El enfermo volvió a abrir los ojos, en los que se leía una vehemente e intensa preocupación. Hizo otro esfuerzo para sentarse. El sudor le chorreaba por la cara. Apretó el brazo de Hap.

–¿Sally y LaVon están bien?– preguntó.

La espuma volaba de sus labios y Hap sintió que su cuerpo irradiaba fiebre. Estaba enfermo, medio loco y apestaba. Hap recordó el olor que se desprende a veces de la manta de un perro viejo.

–Sí, están bien – insistió, en tono un poco frenético –. Usted… siga aquí tumbado y tómeselo todo con calma, ¿conformes?

El hombre volvió a tumbarse. Ahora su respiración era más ronca. Hap y Hank le ayudaron a apoyarse sobre el costado. Los estertores parecieron aplacarse un poco.

–Hasta ayer me sentí bien – explicó –. Me desperté así por la noche. No escapamos a tiempo. ¿La pequeña LaVon está bien?

Estas últimas palabras se diluyeron en algo que ninguno entendió. La sirena de la ambulancia sonaba cada vez más próxima. Stu se acercó a la ventana para esperarla. Los demás siguieron rodeando al hombre postrado.

–¿Qué tiene, Vic? ¿A ti qué te parece?– inquirió Hap.

–No lo sé – respondió Vic, meneando la cabeza.

–Quizá fue algo que comieron – comentó Norm Bruett –. El coche tiene matrícula de California. Probablemente comieron en más de una de esas cantinas de la carretera. Tal vez fue una hamburguesa podrida. Esas cosas suelen suceder.

La ambulancia llegó y contorneó el maltrecho «Chevy» para estacionarse entre éste y la puerta de la oficina. La luz roja del techo lo barría todo con sus absurdas rotaciones. Ya había oscurecido por completo.

–¡Dadme la mano y os sacaré de allí!– gritó el hombre postrado, y luego se calló.

–Botulismo – dijo Vic –. Sí, puede ser. Ojalá lo sea, porque...

–¿Por qué?– lo aguijoneó Hank.

–Porque, de lo contrario, podría tratarse de algo contagioso. Vi el cólera allá por el año cuarenta y ocho cerca de Nogales. Y esto, se le parece un poco.

Entraron tres hombres, empujando una camilla montada sobre ruedas.

–Hap – dijo uno de ellos –. Has tenido suerte de que no te hayan volado el trasero para el más allá. Se trata de este tipo, ¿verdad?

Se apartaron para dejarlos pasar: Billy Verecker, Monty Sullivan y Carlos Ortega. Todos conocidos.

–Hay dos más en el coche – informó Hap, en un aparte a Monty –. Una mujer y una niña. Las dos muertas.

–¡Diablos! ¿Estás seguro?

–Sí. Este tipo no lo sabe. ¿Lo llevaréis a Braintree?

–Supongo que sí. – Monty lo miró, azorado –. ¿Qué hago con las dos del coche? No sé cómo hacer frente a esto, Hap.

–Stu puede llamar a la patrulla del Estado. ¿Os molestará que yo vaya con vosotros?

–Cielos, no.

Cargaron al enfermo sobre la camilla y, mientras lo sacaban, Hap se acercó a Stu.

–Acompañaré a ese tipo hasta Braintree. ¿Quieres llamar a la patrulla del Estado?

–Por supuesto.

–Y a Mary también. Telefonéale y explícale lo sucedido.

Hap trotó hasta la ambulancia y subió a ella. Billy Verecker cerró las puertas que estaban detrás de él, y luego llamó a los otros dos. Se hallaban mirando el despanzurrado «Chevy» con aterrada fascinación.

Unos momentos después, la ambulancia partió, con la sirena puesta y la luz del techo haciendo latir sombras ensangrentadas por el firme de la estación de servicio. Stu se acercó al teléfono e introdujo una moneda de veinticinco centavos.

El hombre del «Chevy» murió a treinta kilómetros del hospital. Inhaló un último resuello burbujeante, lo exhaló, aspiró otro poco y allí se quedó. Hap sacó la cartera que llevaba en el trasero y revisó su contenido. Encontró dieciséis dólares en efectivo. El carné de conductor expedido en California lo identificaba como Charles D. Campion. Había una cédula militar y fotos de su esposa y su hija, plastificadas. Hap prefirió no mirarlas.

Volvió a meter la cartera en el bolsillo del muerto y le dijo a Carlos que desconectara la sirena. Eran las nueve y diez de la noche.

2

Un largo espigón de roca se internaba en el océano Atlántico desde la ciudad costera de Ogunquit, en Maine. Ese día, le recordó a Frannie Goldsmith un dedo gris, acusador. Cuando detuvo el coche en el estacionamiento público, vio a Jess sentado en el extremo de la escollera. Era sólo una silueta recortada contra el sol de la tarde. Las gaviotas revoloteaban y chillaban sobre él. Supo que se trataba de Jess porque su bicicleta de diez piñones estaba asegurada con una cadena a la baranda que recorría la parte posterior de la oficina del encargado. Gus, un personaje local panzudo y de incipiente calva, salió al encuentro de Frannie. La tarifa para visitantes era de un dólar por coche. Pero Gus sabía que ella vivía allí sin necesidad de molestarse en mirar el rótulo de RESIDENTE estampado en un ángulo del parabrisas de su «Volvo». Frannie iba a aquel lugar con mucha frecuencia.

Claro que sí, pensó Frannie. En verdad, quedé encinta aquí mismo, en la playa, unos cuantos metros antes de llegar al límite de la marea alta. Querido Bulto: has sido concebido en la costa panorámica de Maine, veinte metros al este del malecón. El lugar está marcado con una X.

Gus la saludó con un ademán, haciendo el signo de la paz.

–Su chico está en la escollera, Miss Goldsmith.

–Gracias, Gus. ¿Cómo marchan los negocios?

Él señaló el estacionamiento al tiempo que sonreía. Habría docenas de coches, en total, y ella vio que la mayoría ostentaban el rótulo azul y blanco de RESIDENTE.

–No hay mucha concurrencia en esta época – respondió. Era el 17 de junio –. Dentro de dos semanas le haremos ganar bastante dinero a la ciudad.

–Estoy segura de ello. Si no te lo embolsas tú todo.

Gus se rió y volvió a meterse en la oficina.

Frannie apoyó un brazo sobre el metal caliente del coche, Se quitó las zapatillas y se puso unas sandalias con suela de goma. Era alta, y su cabellera castaña le caía hasta la mitad de la espalda sobre la camisa de color ante. Tenía un bonito cuerpo. Piernas largas, que atraían miradas de admiración. Material de primera, como decían en la fraternidad. Miss Universidad 1980.

No pudo menos que reírse de sí misma. La risa sólo fue un poco amarga. Pensó: Te comportas como si ésta fuera la noticia bomba del mundo.

Se detuvo al borde de la arena, sintiendo aquel grato calor que le caldeaba las plantas de los pies, a pesar de las tiras de goma. La silueta sentada en el extremo del espigón estaba lanzando piedras al agua. A ella se le ocurrió una idea que era en parte graciosa; pero sobre todo descorazonadora. Él sabe a quién se parece. A Lord Byron, solitario pero impávido. Sentado entre solitaria soledad y vigilando el mar que lleva de vuelta hacia Inglaterra. Pero estoy en el exilio, quizá para siempre...

¡Demonios!

No la inquietó tanto esa idea como su propio estado de ánimo. Allí estaba sentado el joven a quien creía amar. Y ella se burlaba de el a sus espaldas.

Echó a andar por la escollera, eligiendo su camino con paso elegante y cauteloso sobre rocas y grietas. Era un espigón antiguo, antaño formó parte de un rompeolas. Ahora la mayoría de las barcas amarraban en la parte sur de la ciudad, donde había tres locales y siete moteles, una especie de garitos que hervían de actividad durante todo el verano.

Marchaba despacio, tratando de acostumbrarse a la conjetura que quizás había dejado de amarlo en los once días transcurridos desde que había descubierto que estaba «un poquito preñada», como decía Amy Lauder. Bueno, ¿acaso no había sido el responsable de que se hallara en esa situación?

Pero no él solo, por cierto. Y ella se había estado previniendo con la píldora. Fue lo más sencillo del mundo. Había ido a la enfermería de la Universidad, le había dicho al médico que tenía menstruaciones dolorosas y toda clase de erupciones fastidiosas en la piel, y el médico le extendió una receta. Hasta le regaló muestras gratis para todo un mes.

Se detuvo de nuevo, ahora casi al borde del agua, con las olas que comenzaban a dirigirse hacia la playa, a su derecha y a su izquierda. Se imaginó que era probable que los médicos de la enfermería oyeran hablar de menstruaciones dolorosas y de granitos lo mismo que los farmacéuticos escuchaban eso de que los preservativos son para mi hermano, incluso mucho más a menudo teniendo en cuenta el tiempo que corremos. Habría sido más sencillo sentarse ante él y decirle: – Déme la píldora. Tengo ganas de follar.

Ya tenía la edad. ¿Para qué ser tan remilgada? Se quedó mirando la espalda de Jesse y suspiró. Porque la timidez se convierte en una nueva forma de vida. Echó a andar de nuevo.

Fuera como fuera, la píldora había fallado. En el departamento de control del laboratorio alguien había dormido delante del interruptor. O ella se había olvidado de tomar una gragea y después se había olvidado de que se había olvidado.

Se acercó a él con sigilo, por detrás, y apoyó las manos en sus hombros.

Jess, que sostenía las piedras con la mano izquierda y las arrojaba al Padre Atlántico con la derecha, lanzó un grito y se levantó de un salto. Las piedras se desparramaron por todos lados.

La chica se echó a reír, sin poder contenerse. Retrocedió, cubriéndose la boca con las manos mientras él giraba en redondo furioso. Era un chico esbelto, de cabello oscuro, gafas con armaduras de oro, y facciones regulares que, para mayor desazón de Jess nunca reflejaban del todo su sensibilidad interior.

–¡Me has dado un susto terrible!– bramó.

–Oh, Jesús – rió ella –. Lo siento, pero ha sido muy gracioso, te lo juro.

–Casi nos vamos al agua.

Jess avanzó un paso, con rencor.

Frannie retrocedió otro paso, para compensar. Tropezó con una roca y cayó sentada. Sus mandíbulas se entrechocaron con violencia cogiendo la lengua en medio (¡un exquisito dolor!). Ella dejó de reír como si le hubieran cortado la voz con un cuchillo. El hecho mismo de su silencio súbito (me apagas como si fuera una radio) le pareció lo más divertido de todo, y empezó a reír de nuevo, a pesar de que le sangraba la lengua y de que sus ojos resbalaban lágrimas de sufrimiento.

–¿Estás bien, Frannie?

Jess se arrodilló junto a ella, preocupado.

Sí, lo amo, pensó la joven reconfortada. Me alegro por mí.

–¿Te has hecho daño, Fran?

–Sólo es mi orgullo – respondió, y dejó que la ayudara a levantarse –. Además me he mordido la lengua. ¿Ves?

Se la mostró, esperando una sonrisa como recompensa, pero él frunció el ceño.

–¡Jesús! Fran, estás de verdad sangrando.

Comenzó a reír de nuevo, aunque le dolía la lengua y sentía en la boca un gusto a sangre un poco nauseabundo.

–Mira hacia otro lado – dijo con tono recatado –. Voy a hacer algo poco exquisito.

Él se cubrió espectacularmente los ojos, sonriendo un poco. Apoyada sobre un brazo, Frannie asomó la cabeza por el costado del espigón y escupió. Rojo brillante. Qué asco. Otra vez. Y otra. Por fin su boca pareció despejarse. Se volvió, y al hacerlo descubrió que él espiaba entre los dedos.

–Disculpa – murmuró Frannie –. Soy una estúpida.

–No – contestó Jess, aunque era obvio que pensaba lo contrario.

–¿Me llevarás a comer un helado? Tú conduces. Yo pago.

–Trato hecho.

Frannie volvió a escupir por encima del borde. Rojo brillante.

–No habré perdido un pedazo, ¿verdad?– le preguntó, inquieta.

–No lo sé – respondió Jess plácidamente –. ¿Has notado que tragabas algo?

–Eso no tiene gracia – exclamó ella, cubriéndose la boca con la mano, horrorizada.

–No. Lo siento. Sólo te la mordiste, Frannie.

–¿Hay arterias en la lengua?

Caminaban ya por el espigón, cogidos de la mano. Ella se detenía de cuando en cuando, y escupía por encima del borde. Rojo brillante. No iba a tragar ni una gota de esa sustancia. No señor, ni una gota.

–Nanai.

–Estupendo.

Frannie apretó la mano del muchacho y sonrió con expresión tranquilizadora.

–Estoy embarazada.

–¿De veras? Excelente. ¿Sabes a quién vi en Port...? – Se calló y la miró. Su expresión se hizo de repente implacable, y muy, muy cauta. A ella le destrozó el corazón ver tanta desconfianza.

–¿Qué has dicho?

–Estoy embarazada.

Le sonrió radiante y después escupió sobre el borde de la escollera. . Rojo brillante.

–Vaya chiste, Frannie – comento él con tono inseguro.

–No es un chiste.

Jess siguió mirándola. Al cabo de un rato echaron a andar de nuevo. Cuando cruzaron la zona del aparcamiento, Gus salió y les hizo un saludo. Frannie se lo devolvió, y su compañero hizo lo mismo.

Se detuvieron en el «Dairy Queen» de la Carretera número 1. Jess pidió una «Coca Cola» y se quedó dando sorbos, pensativo detrás del volante del «Volvo». Fran le hizo pedir una «Banana split» extra y se sentó contra la portezuela de su lado, con medio metro de asiento entre ambos, levantando cucharadas de nueces de salsa de piña y de helado «Dairy Queen» artificial.

–Mira...– dijo ella –. El helado «D.Q.» está compuesto casi exclusivamente de burbujas. ¿Lo sabías? Mucha gente lo ignora.

Jess la miró en silencio.

–Es cierto – continuó Fran –. Estas máquinas no son otra cosa que gigantescas productoras de burbujas. Por eso «Dairy Queen» puede vender sus helados tan baratos. En la clase de Teoría de los negocios nos han dado unos impresos acerca de esto. Hay muchos modos de buscarle los tres pies a un gato...

Jess la miró en silencio.

–Claro que, si quieres un helado auténtico, debes ir a un lugar como «Deering Ice Cream Shop» y... Se echó a llorar.

Jess se deslizó por el asiento hacia ella y le rodeó el cuello con los brazos.

–No hagas eso, Frannie, por favor.

–El «Banana split» me está chorreando encima – observó ella sin dejar de llorar.

Él volvió a sacar el pañuelo y la secó. Las lágrimas se habían reducido a ruidos nasales.

–«Banana split» extra con salsa de sangre – comentó Fran, mirándolo con los ojos enrojecidos –. Creo que no puedo seguir comiendo. Lo lamento, Jess, ¿Quieres tirarlo?

–Claro – asintió el joven de mala gana.

Cogió el helado, se apeó y lo arrojó al cubo de desperdicios. Fran pensó que andaba de una manera rara, como si le hubieran pegado con fuerza allí abajo, donde les duele a los chicos. En cierta forma, allí era donde le habían pegado. Pero desde otro punto de vista. Bueno, así era más o menos como había caminado ella después de que Jess la desvirgase en la playa. Se sintió como si tuviera un eccema virulento de los que producen los pañales. Aunque, desde luego, los pañales no te dejaban preñada.

Jess volvió y subió al coche.

–¿Lo estás de veras, Fran?– inquirió con cierta brusquedad.

–Lo estoy de veras

–¿Cómo sucedió? Pensé que tomabas la píldora.

–Bueno, lo que imagino es que alguien se durmió sobre el interruptor –cuando mi lote de píldoras pasaba por la cinta transportadora, en el laboratorio. O que a vosotros os sirven en la

cantina de la Universidad algo que refuerza los espermatozoides. O que me olvidé de tomar la píldora y luego me olvidé de que me había olvidado.

Lo miró con una sonrisa dura, afilada y resplandeciente, que le hizo dar un ligero respingo.

–¿Por qué te enfadas, Fran? Sólo fue una pregunta.

–Bueno, contestaré a tu pregunta de otra manera. En una noche cálida de abril, debió ser el doce, el trece o el catorce, tú introdujiste tu pene en mi vagina y tuviste un orgasmo, en razón de lo cual eyaculaste millones de espermatozoides...

–Basta – exclamó él, en tono enérgico –. No tienes por qué...

–¿Por qué qué? Aunque por fuera parecía dura, estaba abatida por dentro. Había imaginado muchas variantes de la escena, pero nunca ésa.

–Por qué enfadarte tanto – dijo Jess débilmente –. No te abandonaré.

–No – asintió ella, con tono más suave.

En ese momento podría haber tomado una de las manos que él tenía apoyadas sobre el volante, podría haberla apretado, y cerrar así totalmente la brecha. Pero no se decidió a hacerlo.

Él no tenía nada de qué ser consolado. Y no importaba lo tácito s o inconscientes que fuesen sus deseos. De repente, se percató de que, de una manera o de otra, las risas de los viejos tiempos se habían acabado durante una temporada. Ella era Frannie Goldsmith, y no iba a quedarse sentada en aquella zona de aparcamiento de «Ogunquit Dairy Queen» llorando y estropeando como una estúpida sus malditos ojos.

–¿Qué quieres hacer tú?

Él encendió una cerilla y mientras el humo del pitillo flotaba hacia arriba, Fran vio fugazmente cómo un hombre y un chico se disputaban el control del mismo rostro.

–Oh, diablos – suspiró él.

–He aquí las alternativas, tal como yo las veo – planteó Fran –. Podemos casarnos y conservar el niño. O no nos casamos y yo conservo el niño. O...

–Frannie. . .

–O no nos casamos y yo no conservo el niño. O podría abortar. ¿Son esas las posibilidades? ¿He omitido alguna?

–Frannie, ¿no podemos hablar...?

–¡Estamos hablando!– le espetó ella –. Tú tuviste tu oportunidad y dijiste «Oh, diablos». Exactamente eso. Yo me he limitado a reseñar todas las opciones posibles. Claro que he tenido un poco más de tiempo para redactar una lista.

–¿Quieres un cigarrillo?

–No, el tabaco es malo para el bebé.

–¡Maldición, Frannie!

–¿Por qué gritas?– preguntó ella con suavidad.

–Porque parece que te has propuesto exasperarme lo más posible – respondió Jess con tono vehemente, pero en seguida se dominó –. Disculpa. Lo que me ocurre es que no puedo convencerme de que soy el culpable.

–¿No puedes?– Fran lo miró con una ceja arqueada –. ¡Y he aquí que una virgen concebirá!

–¿Es necesario que seas tan condenadamente petulante? Dijiste que tomabas la píldora. Yo te creí. ¿Procedí tan mal?

–No. No procediste tan mal. Pero eso no modifica el resultado.

–Supongo que no – murmuró él, abatido, y arrojó el cigarrillo a medio fumar –. ¿Qué haremos, entonces?

–No haces más que preguntármelo, Jessie. Acabo de enumerarte las opciones, tal como yo las veo. Supuse que se te ocurría alguna idea. Queda el suicidio. Pero no pienso en eso por ahora. De modo que elige otra alternativa y la discutiremos.

–Casémonos – decidió él, con súbito énfasis. Tenía el aire de quien acaba de decidir que la mejor forma de resolver el problema del nudo gordiano consiste en cortarlo de un talo.

–No contestó Fran –. No quiero casarme contigo.

Jess reaccionó como si sus facciones hubieran estado sostenidas por una multitud de tornillos invisibles y todos ellos se hubieran aflojado de repente una vuelta y media. Todo cedió al mismo tiempo. El efecto fue de una crueldad tan cómica que Fran tuvo que frotarse la lengua herida contra el paladar áspero para sofocar otro acceso de risa. No quería reírse de Jess.

–¿Por qué no? Fran...

–Debo sopesar las razones que tengo para decir que no. No permitiré que me arrastres a una discusión sobre el tema, porque en este preciso momento las desconozco.

–No me amas – sentenció Jess, enfurruñado.

–En la mayoría de los casos el amor y el matrimonio se excluyen mutuamente. Busca otra explicación.

Jess permaneció largo rato callado. Jugueteó con otro cigarrillo pero no lo encendió. Por fin dijo:

–No puedo buscar otra elección, Frannie, porque no aceptas discutir ésta. Quieres hacerme perder puntos.

Eso la afectó un poco. Hizo un ademán de asentimiento.

–Quizá tengas razón. En el último par de semanas me hicieron perder unos cuantos a mí. Tú, Jess, eres un intelectual impenitente. Si de pronto se te presentara un asaltante con un cuchillo, querrías convocar un seminario sobre la marcha.

–Oh, por el amor de Dios.

–Elige otra cosa.

–No. Tú tienes listas todas las respuestas. Tal vez yo también necesito un poco de tiempo para reflexionar.

–De acuerdo. ¿Volvemos al estacionamiento? Te dejaré allí e iré a hacer algunas diligencias.

Él la miró atónito.

–Frannie, he venido pedaleando desde Portland. Reservé una habitación en un motel de las afueras. Pensé que pasaríamos juntos el fin de semana.

–En la habitación del motel, sin duda. No, Jess. La situación ha cambiado. Pedalea de vuelta a Portland y llámame cuando lo hayas pensado mejor. No corre mucha prisa.

–No me hagas montar en cólera, Frannie.

–Te equivocas, Jess. Fuiste tú quien me montaste a mí –espetó ella con un violento arranque de ira.

Y él le dio un ligero revés en la mejilla.

Luego se quedó mirándola abrumado.

–Lo siento, Fran.

–Perdonado – respondió ella en tono inexpresivo –. Vámonos.

Durante el viaje de regreso al estacionamiento de la playa pública, no intercambiaron ni una palabra. Ella permaneció sentada con las manos dobladas sobre su regazo, observando los trozos de océano que yacían entre las casitas, al oeste del rompeolas que le parecieron apartamentos de los barrios bajos. ¿Quiénes serían los dueños de aquellas casas, la mayor parte de ellas cerradas todavía a cal y canto contra el verano, que comenzaría oficialmente dentro de menos de una semana? Profesores del MIT. Médicos de Boston. Abogados de Nueva York. Aquellas casas no eran las más importantes, las fincas de la costa que pertenecían a unos hombres que contaban sus fortunas con cantidades de siete o de ocho cifras. Pero cuando las familias que las poseían se mudaran aquí, el CI más bajo de Shore Roa iba a ser el de Gus, el ayudante del aparcamiento. Serían unos chicos parecidos a Jess. Exhibirían expresiones de aburrimiento, irían con sus padres a cenar langosta y luego asistirían al Casino de Ogunquit. Recorrerían ociosos la Calle Mayor, en las horas veraniegas vespertinas, haciéndose pasar por transeúntes. Ella siguió mirando aquellos deliciosos destellos de cobalto entre las casas amontonadas, percibiendo que aquella visión se estaba empañando bajo una nueva película de lágrimas. Una nubecilla blanca que lloraba.

Al llegar, Gus los saludó agitando la mano. Ellos contestaron en la misma forma.

–Siento haberte pegado, Frannie – murmuró él, con tono contrito –. No fue ésa mi intención.

–Lo sé. ¿Volverás a Portland?

–Pasaré la noche aquí y te telefonearé por la mañana. Pero la decisión te corresponde a ti, Fran. Si resuelves abortar, ya sabes que arrancaré el dinero de donde sea.

–¿Es un juego de palabras?

–No – replicó él –. En absoluto.

Se deslizó a lo largo del asiento y le dio un casto beso.

–Te amo, Fran.

No te creo, pensó ella. De pronto, no creo nada... Pero lo aceptaré de buen grado. Eso puedo hacerlo.

–Está bien – asintió Fran en actitud apacible.

–Es el «Lighthouse Motel». Llámame, si quieres.

–Muy bien. – Fran se colocó al volante.

De repente, se sentía muy cansada. La lengua le dolía de forma inicua en el sitio que se la había mordido.

Jess caminó hasta el lugar donde su bicicleta estaba amarrada a la baranda de hierro, y la llevó, a pie, hasta donde se había quedado ella.

–Me gustaría que me llamaras, Fran.

Ella le dirigió una sonrisa artificial.

–Ya veremos. Hasta pronto, Jess – respondió.

Hizo partir el «Volvo», dio la vuelta y atravesó el estacionamiento en dirección a la carretera de la costa. Pudo ver aún a Jess al lado de su bici, con el océano a la espalda y, por segunda vez en un día, le acusó mentalmente de saber muy bien qué clase de actuación estaba representando. Pero en esta ocasión, en lugar de irritarse, se sintió sólo un poco triste. Siguió conduciendo, preguntándose si el océano volvería a parecerle igual que antes, después cuanto había sucedido. Continuaba doliéndole la lengua de una manera miserable. Abrió un poco más la ventanilla y escupió. Esta vez la saliva era ya blanca y normal. Le llegó el intenso olor salado del mar, semejante al de lágrimas amargas.

3

El ruido de los niños que reñían frente a la ventana del dormitorio, y de la música que difundía la radio de la cocina, despertó a Norm Bruett a las diez y cuarto de la mañana.

Fue hasta la puerta trasera vestido con sus calzoncillos informales y su camiseta, la abrió y vociferó: – ¡Silencio, mocosos!

Una pausa. Luke y Bobby apartaron la vista del viejo y herrumbroso camión volquete que habían estado disputándose. Norm se sintió desgarrado por dos sentimientos antagónicos, como le ocurría siempre que veía a sus hijos. Sufría al verlos vestidos con ropas de segunda mano y donaciones del Ejército de Salvación, como los negritos del barrio este de Arnette. Al mismo tiempo le invadía una cólera espantosa, estremecedora, que le infundía deseos de salir al patio y reventarlos a golpes.

–Sí, papá – dijo Luke, con tono sumiso. Tenía nueve años.

–Sí, papá – repitió Bobby. Tenía siete años y se acercaba a los ocho.

Norm los fulminó un momento con la mirada y luego dio un portazo. Después, observó indeciso la pila de ropas que había usado el día anterior. Se hallaban amontonadas al pie de la cama de matrimonio, de muelles hundidos, donde las había dejado caer. Zorra mugrienta, pensó. Ni siquiera las ha colgado.

–¡Lila!– bramó.

No obtuvo respuesta. Consideró la posibilidad de abrir otra vez la puerta para preguntarle a Luke a dónde diablos se había ido. Hasta la semana próxima no habría donaciones. Y si estaba de nuevo en la oficina de empleos en Braintree, era aún más idiota de lo que él creía.

No se molestó en formular preguntas a los niños. Se sentía cansado y tenía una gran jaqueca con náuseas y palpitaciones en las sienes. Igual que cuando tenía resaca. Pero la noche anterior sólo bebió tres cervezas en la gasolinera de Hap. Había sido un accidente infernal. La mujer y la niña muertas en el coche, y el hombre, Campion, que falleció camino del hospital. Cuando Hap volvió, la patrulla de Estado ya había pasado por allí lo mismo que la grúa y el furgón del la funeraria. Vic había prestado declaración ante la patrulla en nombre de ellos cinco. El dueño de la casa de pompas fúnebres, que era también forense del Condado se había negado a establecer ninguna hipótesis sobre la causa de la muerte. – Pero eso no es cólera. Y no asustéis a la gente diciendo que lo es. Habrá una autopsia y después leeréis los resultados en el periódico.

Miserable hijo de puta, pensó Norm, mientras se vestía despacio con las ropas del día anterior. Aquella jaqueca se estaba convirtiendo en una verdadera tortura. Si los críos no se callaban él les daría una razón para chillar cuando les rompiera los brazos. ¿Por qué demonios no funcionará la escuela durante todo el año?

Dudó si meterse, o no, la camisa dentro de los pantalones y decidió que el Presidente no dejaría de hacer cosas por haber empezado así el día. De modo que se metió con los pies descalzos en la cocina. La brillante luz del sol, que entraba por las ventanas del este, le hizo entrecerrar los ojos.

La resquebrajada radio «Philco» ululaba, sobre el poyete:

Ne–e–e–ena, dímelo tú que sabes,
nena, ¿entiendes a tu hombre?
Es un hombre virtuoso.
Dime, nena, ¿entiendes a tu hombre?

Norm apagó la radio antes de que hiciera que le estallase la cabeza Sobre el aparato había una nota. La cogió y cerró un poco los ojos para leerla. «Querido Norm: Sally Hodges necesita a alguien para que le cuide los niños esta mañana y prometió que me daría un dólar. Volveré a la hora de comer. Si tienes hambre hay salchichas. Te amo, Lila.»

Norm dejó la nota y se quedó reflexionando acerca de su contenido, tratando de entenderla. Era muy difícil pensar con esa jaqueca. Cuidar niños... Un dólar. La esposa de Ralph Hodges.

Los tres elementos fueron fusionándose en su cabeza. Lila se había ido a cuidar a los tres críos de Sally Hodges para ganar un dó1ar roñoso y le había endilgado a Luke y a Bobby. Por Dios que la vida era dura cuando un hombre tenía que quedarse en casa y limpiarles los mocos a sus hijos para que la esposa pudiera salir a ganarse un cochino dólar. Dura y jodida.

–Una ira sombría se apoderó de él, lo cual motivó que la cabeza le doliera más todavía. Se acercó despacio al frigorífico que había comprado en mejores tiempos, y lo abrió. La mayor parte de los estantes se encontraban vacíos. Lo único que había eran las sobras que Lila había puesto en unos platitos. Odiaba aquellos platitos «Tupperware» Guisantes pasados, maíz pasado, unos restos de chile... Nada de lo que le gusta comer a un hombre. Tan sólo aquellos pequeños recipientes «Tupperware» y tres escuálidas y viejas salchichas hechas en «Handi–Wrap». Se inclinó, se quedó mirándolos con aquella desesperanzada ira familiar que ahora le latía también en la cabeza junto con la melancolía. Al contemplar las salchichas tuvo la impresión de que alguien hubiese cortado las pollas de tres pigmeos que hubiese encontrado en África, Suramérica o donde cojones nacieran. No tenía ganas de comer nada. La verdad era que se sentía bastante enfermo si lo pensaba bien.

Se acercó de nuevo a la cocina, raspó una cerilla contra un trozo de papel de lija clavado a la pared, encendió el hornillo y puso encima una cafetera. Después se sentó y, aturdido, esperó a que se calentase. Al cabo de un momento tuvo que sacar de prisa el pañuelo del bolsillo posterior para atrapar un fuerte estornudo húmedo. Me estoy resfriando, se dijo. ¿No era ése un bonito remate para todo lo demás? Pero no se le ocurrió pensar en la flema que había chorreado la noche anterior de la nariz de aquel fulano Campion.

Hap estaba en el fondo del garaje colocando un nuevo tubo de escape al «Scout» de Tony Leominster. Vic Palfrey se hallaba sentado en una silla plegable, mirándolo y bebiendo un refresco «Doctor Pepper», cuando sonó el timbre de la puerta.

Vic entrecerró los ojos para ver mejor.

–Es la patrulla de Estado – anunció –. Me parece que es tu primo Joe Bob.

–Está bien.

Hap salió de debajo del «Scout», frotándose las manos con una bola de estopa. Al atravesar la oficina, lanzó un violento estornudo. Odiaba los resfriados de verano. Eran los peores.

Joe Bob, que medía casi un metro noventa y cinco, estaba apostado detrás de su coche patrulla, llenando el depósito. Los tres surtidores que Campion había embestido la noche anterior se hallaban pulcramente alineados a su espalda, como soldados muertos.

–¡Hola, Joe Bob!– exclamó Hap al salir.

–Hap, grandísimo hijo de puta – saludó el patrullero empujando la palanca del surtidor a la posición de automático, y pasando por encima de la manguera –. Considérate afortunado de que tu gasolinera siga en pie esta mañana.

–Mierda. Stu Redman lo vio venir y desconectó los surtidores. A pesar de todo saltaron muchas chispas.

–Sigues siendo muy afortunado. Escucha, Hap, no he venido sólo para llenar el depósito.

–¿No?

Joe Bob miró a Vic, que aguardaba junto a la puerta de la oficina.

–¿Ese viejo también estaba aquí anoche?

–¿Quién? ¿Vic? Sí, casi todas las noches viene.

–¿Sabe mantener cerrado el pico?

–Supongo que sí. Es un buen tipo.

El alimentador automático se desactivó. Hap echó otros veinte centavos de gasolina y después volvió a colgar la manguera en el surtidor y lo desconectó. Se acercó de nuevo a Joe Bob.

–Bueno, ¿qué es lo qué quieres decirme?

–Entremos en la oficina. Supongo que el viejo también debe enterarse. Y, si puedes, telefonea a los otros que estuvieron anoche aquí.

Cruzaron la explanada y entraron en el despacho.

–Buenos días, agente – saludó Vic, Joe Bob contestó con una inclinación de cabeza.

–¿Café, Joe Bob?– preguntó Hap.

–No – los miró con gesto causando –. En verdad no sé qué opinarían mis superiores si supiesen que estoy aquí. De modo que cuando vengan esos fulanos, no se les ocurra contarles que les hice la advertencia. ¿De acuerdo?

–¿Qué fulanos, agente?– inquirió Vic. – Los de Sanidad – explicó Joe Bob.

–¡Jesús!– exclamó Vic –. Era cólera. Yo lo sabía. Hap miró a uno y a otro de forma alternativa.

–No sé nada – prosiguió Joe Bob. Se sentó en una de las sillas «Woolco» de plástico. Las huesudas rodillas le llegaban casi hasta el cuello. Sacó un paquete de «Chesterfield» del bolsillo de la camisa, encendió un cigarrillo y dijo: – Finegan, el forense...

–Es un fanfarrón – exclamó Hap con vehemencia –. Deberías haberlo visto pavoneándose por aquí, Joe Bob, haciendo callar a la gente y todo eso...

–Sí, es una cagada grande en un recipiente pequeño – asintió Joe Bob –. Bueno, le pidió al doctor James que examinara a Campion. Luego los dos llamaron a otro médico que no conozco. Después, se comunicaron por teléfono con Houston. Y más o menos a las tres de esta mañana llegaron al pequeño aeropuerto de las afueras de Braintree.

–¿Quiénes llegaron?

–Los patólogos. Eran tres. Permanecieron dentro, con el cadáver, hasta alrededor de las ocho. Más tarde, telefonearon al Centro de Control de Epidemias de Atlanta y esos tipos llegarán esta tarde. Pero, mientras tanto, el Departamento de Sanidad deberá examinar a todos cuantos estuvieron anoche en la gasolinera y a quienes condujeron la ambulancia a Braintree. No lo sé; pero intuyo que quieren ponerlos en cuarentena.

–¡Jesús!– exclamó Hap, asustado.

–El Centro de Control de Epidemias de Atlanta es un organismo federal – comentó Vic –. ¿Enviarían un avión cargado de funcionarios federales sólo por el cólera?

–Yo qué sé – respondió Joe Bob –. Pero supuse que ustedes tenían derecho a estar prevenidos. Por lo que oí, sólo quisieron dar una mano.

–Gracias, Joe Bob – murmuró Hap con aire parsimonioso – ¿Qué dijeron James y el otro médico?

–No mucho. Pero tuve la impresión de que se hallaban asustados. Nunca había visto a unos médicos tan asustados. La verdad es que eso no me dio mucho ánimo.

Se hizo un pesado silencio. Joe Bob fue hasta la máquina expendedora de gaseosas y sacó una botella de «Fresca». Cuando hizo saltar el capuchón, se oyó el débil siseo de efervescencia. Justo en el momento en que Joe Bob volvió a sentarse, Hap sacó un «Kleenex» del estuche próximo a la caja registradora, se secó la nariz chorreante y lo guardó doblado en el bolsillo de su mono grasiento.

–¿Qué habéis averiguado acerca de Campion? – preguntó Vic –. ¿Sabéis algo?

–Seguimos investigando – contestó Joe Bob dándose aires de importancia –. Su documento de identidad indica que procedía de San Diego; pero muchos de los papeles que tenía en la cartera caducaron hace dos o tres años. Su carné de conducir había expirado. Tenía una tarjeta de crédito emitida en 197ó que también había superado la fecha de validez. Llevaba consigo una cédula militar así que consultamos al Ejército. El capitán supone que debía hacer unos cuatro años que Campion ya no vivía en San Diego.

–¿Desertor?– preguntó Vic.

Sacó un gran pañuelo rojo, carraspeó y expectoró en su interior.

–Aún no lo sé – manifestó Joe Bob –. La cédula militar certifica que estaba enrolado hasta 1982. Pero viajaba vestido de paisano, con su familia, y se hallaba muy lejos de California. Y yo estoy hablando más de la cuenta.

–Bueno, me comunicaré con los otros y les transmitiré la información – dijo Hap. Muchas gracias.

Joe Bob se puso en pie.

–Estupendo. Pero cuida de no mencionar mi nombre. No me gustaría perder el empleo. Vuestros amigos no tienen por qué saber quién os alertó, ¿verdad?

–No – confirmó Hap, y Vic lo secundó.

Cuando Joe Bob estaba casi en la puerta, Hap dijo con tono compungido:

–Son cinco dólares por la gasolina, Joe Bob. Me desagrada mucho tener que cobrar, pero tal como andan las cosas...

–Está bien. – Joe Bob tendió una tarjeta de crédito –. Paga el estado. Y yo tengo mi resguardo para justificar por qué estuve aquí. Mientras Hap llenaba el resguardo estornudó dos veces.

–Cuídate – le aconsejó Joe Bob. No hay nada peor que un resfriado de verano.

–Y que lo digas – exclamó Hap.

De pronto, desde detrás de ellos, Vic musitó: – Quizá no sea un resfriado.

Se volvieron hacia él. Vic parecía asustado.

–Esta mañana me desperté estornudando y con una tos terrible –prosiguió Vic –. Para colmo, tenía una jaqueca feroz. Ahora ha disminuido un poco; pero sigo cargado de mucosidad. Es posible que nos esté atacando la enfermedad de Campion. La que lo mató.

–Hap lo miró durante largo rato y cuando se disponía a enunciar todas las razones por las que Vic debía estar equivocado, volvió a estornudar. Joe Bob estudió solemnemente a ambos y después sentenció:

–Mira, no sería tan mala idea cerrar la gasolinera, Hap. Sólo por hoy.

Hap lo miró, asustado, y trató de recordar cuáles eran todas sus opciones. No se les ocurrió ninguna. Lo único que le venía a la memoria era que él también se había despertado con jaqueca y con la nariz chorreante. Bueno, todo el mundo se resfría alguna vez. Pero antes de que apareciera ese fulano Campion, él se sentía bien. Muy bien.

Los tres niños de la familia Hodges tenían seis años, cuatro y uno y medio. Los dos menores dormían en ese momento y el mayor estaba cavando un foso en la parte posterior de la casa. Lila Bruett se hallaba en la sala, mirando *The Young and the Restless*. Ojalá Sally no volviera hasta que terminase el episodio. Ralph había comprado un gran televisor en color, cuando corrían buenos tiempos en Arnette, y a Lila le encantaba ver en él el serial de la tarde. Todo era mucho más bonito que en blanco y negro.

Chupó su cigarrillo y despidió el humo de forma espasmódica, en un acceso de tos desgarrante. Entró en la cocina y escupió en el fregadero la abundante flema desprendida. Se había despertado con tos y, durante todo el día, tuvo la impresión de que alguien le estaba haciendo cosquillas con una pluma en el fondo de la garganta.

Volvió a la sala después de echar un vistazo por la ventana de la despensa para asegurarse de que Bert Hodges se hallaba bien y no corría ningún peligro. En ese momento la pantalla estaba ocupada por un anuncio: dos frascos danzantes de limpiador de inodoros. Los ojos de Lila giraron en torno a la habitación. Deseó que su propia casa pareciese tan bonita. La afición de Sally era pintar cuadros de Cristo siguiendo los números, y los había por toda la sala de estar, muy bien enmarcados. Le gustaba en especial el más grande, el de la Ultima Cena, colgado detrás del televisor. Tenía sesenta colores al óleo diferentes, según le había contado Sally, y tardó tres meses en hacerlo. Era una verdadera obra de arte.

Justo cuando reanudaba el episodio, la pequeña Cheryl empezó a llorar, con un aullido convulsivo y desagradable, entrecortado por un ataque de tos.

Lila apagó el cigarrillo y corrió al dormitorio. Eva, la de cuatro años, seguía durmiendo profundamente; pero Cheryl se encontraba tumbada de espaldas, en la cuna, y su rostro tenía un alarmante color purpúreo. Sus chillidos empezaban a sonar ahogados.

Lila, que no le temía al *krup* después de haber vivido dos experiencias con esa enfermedad, la levantó por los talones y le dio enérgicas palmadas en la espalda. No sabía si el doctor Spok recomendaba o no ese tratamiento, porque nunca había leído sus obras. Pero, en el caso de la pequeña Cheryl, dio un excelente resultado. La chiquilla pareció croar como una rana y de pronto expectoró una increíble pelota de flema amarilla que cayó en el suelo.

–¿Estás mejor?– preguntó Lila.

–Zí – respondió la pequeña Cheryl.

Volvió a dormirse casi de inmediato.

Lila limpió la inmundicia con un «Kleenex». No recordaba haber visto que un niño lanzara de una vez semejante cantidad de mucosidad.

Volvió a sentarse delante del televisor para ver el episodio *The Young and the Restless* con el ceño fruncido, encendió otro cigarrillo. Estornudó cuando daba la primera chupada y después empezó a toser también ella.

4

Hacía una hora que había anochecido.

Starkey, sentado a solas frente a una larga mesa, examinaba las hojas de papel cebolla amarillo. El contenido lo descorazonó. Llevaba treinta y seis años sirviendo a su país, desde sus comienzos como aterrorizado cadete principiante en West Point. Había ganado medallas. Había conversado con presidentes, los había asesorado y, en algunas ocasiones, siguieron sus consejos. En diversos momentos, había pasado por trances dramáticos. Por muchos. Pero esto...

Se hallaba asustado, tan asustado que apenas se atrevía a confesárselo a sí mismo. Ése era el pánico capaz de generar locura.

Se levantó de forma impulsiva y se acercó a la pared desde la que cinco pantallas de televisión en blanco miraban hacia el recinto. Al levantarse, golpeó la mesa con la rodilla e hizo caer una de las ligeras hojas. El papel flotó perezoso en el aire purificado por medios mecánicos y aterrizó sobre la baldosa, mitad a la sombra de la mesa y mitad a la luz. Si alguien se hubiera inclinado sobre él, habría leído:

DIAGNOSTICO CONFIRMADO
RAZONABLEMENTE

CEPA CODIFICADA 848–AB
CAMPION (E.), SALLY
CAMBIO Y MUTACIÓN ANTÍGENO.
GRAVE RIESGO/MORTALIDAD EXORBITANTE
Y PROBABILIDAD DE CONTAGIO ESTIMADA 99,4%
REPITO 99,4%. CENTRO DE CONTROL DE EPIDEMIAS
DE ATLANTA
EXPEDIENTE AZUL ULTRASECRETO.
FIN
P–T–2223 1 2A

Starkey pulsó un botón situado bajo la pantalla central, y la imagen apareció con la alarmante rapidez de los componentes de estado sólido. Mostró el desierto de California occidental, mirando hacia el Este. Era un paisaje desolado. El tinte peculiar del visor infrarrojo lo hacía más macabro todavía.

Está ahí fuera, delante y en línea recta, pensó Starkey. El Proyecto Azul.

El miedo estuvo a punto de acometerle de nuevo. Hurgó en el bolsillo y extrajo una cápsula rosada y amarilla. Lo que su hija llamaba una «depresora». Los nombres no importaban; los efectos sí. La tragó en seco. Frunció por un momento sus facciones, duras y lisas, cuando la sintió bajar.

Proyecto Azul.

Miró los otros monitores en blanco. Después, activó imágenes en todos ellos. Los números cuatro y cinco mostraban laboratorios. El cuatro era el de física; el cinco el de biología viral. El laboratorio de bi–vi estaba lleno de jaulas de animales, sobre todo conejillos de Indias, monos rhesus y unos cuantos perros. Todos parecían dormir. En el laboratorio de física seguía girando una pequeña centrifugadora. Starkey se había quejado por eso. Se había quejado amargamente. Resultaba tétrico ver cómo esa centrifugadora daba vueltas mientras el doctor Ezwictr yacía muerto en el suelo, cerca de allí, despatarrado como un espantapájaros derribado por el viento.

Le habían explicado que la centrifugadora estaba conectada al circuito de las luces y que, si la detenían, éstas también se apagarían. Y allí abajo las cámaras no estaban equipadas para el infrarrojo. Starkey lo entendió. Era posible que un figurón viniera desde Washington y quisiese ver al difunto ganador del Premio Nobel que yacía ciento treinta metros por debajo del desierto Y a poco más de un kilómetro de allí. Si desconectamos la centrifugadora, desconectamos al profesor. Elemental. Era lo que su hija habría llamado una «Trampa 22».

Tragó otra «depresora» y miró el monitor número dos, el que menos le gustaba. Porque no le gustaba el hombre con la cara metida en la sopa. Imagínate que alguien se acerque a ti y te diga: Pasarás a la eternidad con la cara metida en un plato de sopa. Es como la vieja payasada de arrojar el pastel contra la cara, que deja de ser graciosa cuando te sucede a ti.

El monitor dos mostraba la cafetería del Proyecto Azul. El accidente había ocurrido casi exactamente entre dos turnos, y la cafetería se hallaba poco concurrida. Suponía que a ellos eso no les importaba mucho. Tanto daba morir en la cafetería como en el dormitorio o en el laboratorio. De todas formas, el pobre que tenía la cara metida en la sopa...

Un hombre y una mujer vestidos con batas azules estaban tumbados al pie de la máquina expendedora de golosinas. Un hombre con bata blanca yacía junto al tocadiscos automático «jukebox». En las mesas había nueve hombres y catorce mujeres, algunos de los cuales aferraban aún en sus manos rígidas los vasos volcados de «Coca» y «Bubble–Up». En la segunda mesa, cerca de la cabecera, se hallaba un hombre que había sido identificado como D. Bruce, con la cara metida en un plato de lo que parecía ser sopa «Chuntry Sirloin» de «Campbell».

Librodot

El primer monitor sólo mostraba un reloj digital. Hasta el 13 de junio, todos los números de ese reloj habían sido verdes. Ahora eran de un rojo intenso. Se habían detenido. Las cifras eran 13: 06: 90: 02: 37: 16.

– 13 de junio de 1990. Dos horas treinta y siete minutos de la mañana y dieciséis segundos.

De detrás, llegó un leve zumbido.

Starkey apagó los monitores, uno por uno, y después se volvió. Descubrió la hoja de papel caída en el suelo y volvió a colocarla sobre la mesa.

–Adelante.

Era Carsleigh. Tenía una expresión solemne y su piel estaba de un color pizarra.

Siguen las malas noticias, pensó Starkey sin alterarse. Alguien más ha dado un salto mortal y se ha zambullido en un plato de sopa «Chuntry Sirloin».

–Hola, Len – saludó apaciblemente.

Len Carsleigh hizo una inclinación de cabeza.

–Billy... Esto... Jesús, no sé cómo decírtelo.

–Creo que lo mejor será que lo digas palabra por palabra, soldado.

–Los hombres que manipularon el cadáver de Campion han pasado por los exámenes preliminares de Atlanta. Y no tenemos buenas noticias.

–¿Todos?

–Cinco con certeza. Hay uno, llamado Stuart Redman, que hasta ahora da resultados negativos. Pero, según hemos sabido, los resultados de Campion también fueron negativos durante más de cincuenta horas.

–Si al menos Campion no hubiera huido – murmuró Starkey –. El servicio de seguridad fue chapucero, Len. Muy chapucero.

Carsleigh hizo un leve asentimiento con la cabeza.

–Continúa.

–El pueblo de Arnette ha sido puesto en cuarentena. Hasta ahora, hemos aislado por lo menos dieciséis casos de gripe Super–A de mutación constante. Y ésos son sólo los casos declarados.

–¿Y los medios informativos?

–Hasta ahora, en orden. Creen que es ántrax.

–¿Qué más?

–Tenemos un problema grave. Hay un agente de la patrulla de carreteras llamado Joseph Robert Brentwood. Su primo es el propietario de la gasolinera donde se detuvo Campion. Ayer por la, mañana fue a comunicarle a Hapscomb que lo visitarían los funcionarios de Sanidad. Pescamos a Brentwood hace tres horas, y ya viaja rumbo a Atlanta. Pero ha patrullado medio Texas oriental. Dios sabe con cuántas personas ha estado en contacto.

–Mierda – exclamó Starkey.

Se asombró al captar la debilidad aguada de su voz y al sentir la crispación que había nacido cerca de la raíz de sus testículos y que ahora se filtraba por el estómago.

La probabilidad de contagio era del 99,4%, pensó. La idea daba vueltas como loca en su cerebro. Eso significaba un 99,4% de mortalidad, porque el organismo humano no estaba en condiciones de producir los anticuerpos necesarios para detener a un virus antígeno de mutación constante. Cada vez que el organismo producía el anticuerpo adecuado, el virus mutaba a una forma ligeramente nueva. Por esa razón, sería imposible elaborar una vacuna.

Noventa y nueve coma cuatro por ciento.

–Jesús – murmuró –. ¿De eso se trata? – Bueno. . .

–Continúa. Termina.

Entonces Carsleigh dijo en voz baja:

–Hammer ha muerto, Billy. Se suicidó. Se disparó un tiro en el ojo con la pistola de servicio. Los esquemas del Proyecto Azul estaban sobre su mesa. Supongo que pensó que era más elocuente dejarlos allí que escribir una nota para explicar su suicidio.

Starkey cerró los ojos. Vic Hammer era... había sido... su yerno. ¿Cómo se lo diría a Cynthia? Lo siento, Cindy. Hoy Vic se zambulló en un plato de sopa con un salto mortal. Aquí tienes una «depresora». Verás, hubo una metedura de pata. Alguien cometió un error con una caja. Alguien más se olvidó de accionar un interruptor que habría aislado la base. La demora fue de sólo veintitrés segundos. Pero resultó suficiente. En el oficio, la caja se la conoce con el nombre de «inhaladora». La fabrican en Portland, Oregón, bajo contrato del departamento de Defensa número 164.480.966. Las cajas son montadas por personal técnico de sexo femenino, que las construye circuito por circuito, de manera que nadie sabe en realidad qué es lo que se está haciendo. Probablemente una de las chicas pensaba en lo que iba a poner de cena esa noche, y el encargado de verificar su trabajo pensaba en cambiar el coche de la familia. Como quiera que fuese, Cindy, la última coincidencia consistió en que un hombre apostado en el puesto de seguridad número cuatro, un hombre llamado Campion, vio que los números se ponían rojos. Reunió a su familia y huyó. Salió por la puerta principal justo veintitrés segundos antes de que empezaran a sonar las sirenas y aisláramos toda la base. Y nadie le echó en falta hasta que había transcurrido casi una hora. Porque no hay monitores en los puestos de seguridad. En algún punto a lo largo de la línea has de dejar de vigilar a los vigilantes, o todo el asunto sería un maldito embrollo. Todos dieron por supuesto que se encontraba allí, esperando a que los aspiradores separasen las áreas limpias de las sucias. Aquello le dio un poco de tiempo y fue lo suficientemente listo como para emplear las pistas del rancho y lo bastante afortunado como para elegir aquellas por las que pudiera transitar su coche. Luego, alguien tuvo que adoptar un decisión de mando, respecto a si llamar o no a la Policía del Estado, al FBI, o ambos. Y ese tipo afortunado pudo pasar inadvertido. Cuando llegó el momento de que el Bureau manejara el asunto, ese afortunado mentecato, ese feliz contaminado mentecato, ya había llegado hasta Texas. Cuando por fin lo atraparon, ya no podía ir más lejos, porque él, su mujer y su hijita estaban ya todos muertos dentro de sus cajones frigoríficos en una apestosa pequeña ciudad llamada Braintree, Texas, Bueno, Cindy, lo que quiero decir es que fue un encadenamiento de coincidencias, como las que se necesitan para ganar la lotería irlandesa. Un poco de incompetencia, aliada con buena suerte. Por favor, perdóname. En este caso, de mala suerte. Ha sido una serie de cosas que han sucedido. Nada de todo eso era culpa suya. Pero él dirigía el proyecto, y vio que la situación empezaba a agravarse de forma progresiva. Entonces...

–Gracias, Len.

–Billy, ¿quieres...?

–Subiré dentro de diez minutos. Convoca una reunión de personal para dentro de un cuarto de hora. Si alguien está en la cama levántalo a puntapiés.

–Sí, señor.

–Len. . .

–Diga.

–Me alegro de que hayas sido tú quien me lo comunicase.

–Sí, señor.

Carsleigh se fue. Starkey consultó su reloj y después se acercó a los monitores empotrados en la pared. Encontró el número dos. Cruzó las manos detrás de la espalda y contempló pensativo la cafetería del Proyecto Azul.

5

Larry Underwood dobló la esquina y encontró espacio suficiente para aparcar el «Datsun Z» entre una boca de incendios y un cubo de basura caído en la cuneta. En el cubo había algo desagradable. Larry intentó convencerse a sí mismo de que no había visto un gato muerto y rígido y una rata que le roía la pelambre blanca del vientre. La rata huyó tan de prisa ante el barrido de los faros que en verdad podía no haber estado allí. En cambio, el gato estaba, definitivamente inmóvil. Y, mientras apagaba el motor del «Z», pensó que, si aceptaba la existencia del uno, no podía menos que aceptar la de la otra. ¿No decían que París tenía la mayor población de ratas del mundo? Con todas aquellas cloacas tan antiguas... Pero Nueva York también las tenía. Y si recordaba bien su desgraciada juventud, no todas las ratas de Nueva York caminaban sobre cuatro patas. Pero..., ¿qué diablos hacía estacionado frente a aquella decrépita construcción de piedra, pensando en las ratas?

Cinco días atrás, el 14 de junio, se hallaba en la soleada California meridional, patria de los alucinados, en las regiones delirantes con los únicos cabarets del mundo que funcionaban las veinticuatro horas del día, su dotación de bailarinas a gogó... y Disneylandia. Esa mañana, a las cuatro menos cuarto, había llegado a la costa del otro océano, después de pagar el peaje en el puente Triborough. Caía una llovizna estival. Sólo en Nueva York una temprana llovizna estival podía parecer tan lúgubre. Ahora Larry veía las gotas que se reunían sobre el parabrisas del «Z», mientras las primeras luces del amanecer empezaban a infiltrarse en el cielo del este.

Querida Nueva York, al fin he vuelto a casa...

Tal vez los «Yankees» estuviesen en la ciudad. De ser así, el viaje habría valido la pena. Ir en Metro hasta el Estadio, beber cerveza, comer perritos calientes y ver a los «Yankees» arrollar a los Cleveland o Boston...

Dejó vagar sus pensamientos. Cuando volvió a la realidad, comprobó que estaba mucho más claro. El reloj del tablero de instrumentos marcaba las 6.05. Se había adormecido. Observó que la rata había vuelto y había abierto un agujero en las vísceras del gato muerto. El estómago vació de Larry empezó a revolvérsele poco a poco. Contempló la posibilidad de hacer sonar el claxon y ahuyentarla definitivamente. Pero los caserones dormidos, con sus cubos vacíos que montaban guardia, lo intimidaron.

Se deslizó abajo, en el asiento funcional, para no ver cómo desayunaba la rata. Un solo bocado... y después de vuelta a las alcantarillas. ¿Iría aquella noche al Yankee Stadium? Tal vez os vea viejos camaradas. Pero dudo que vosotros me veáis a mí.

La fachada del edificio había quedado desfigurada por pintadas con frases de estimulo y otras descripciones crípticas y ominosas: CHICO 116, ZORRO 93, PEQUEÑA ABIE NUM 1... Cuando chico, antes de que su padre muriera, aquélla había sido una buena vecindad. Dos perros de piedra guardaban los escalones que conducían a las puertas dobles. Un año antes de que se marchase a la costa, los vándalos demolieron el de la derecha, el que tenía alzadas las zarpas anteriores. Ahora ya habían desaparecido los dos excepto una de las patas traseras del perro de la izquierda. El cuerpo que fue creado para que estuviera asido a él se había desvanecido por completo y tal vez decorase la casa de algún drogata puertorriqueño. Quizá se lo hubiesen llevado ZORRO 93 o PEQUEÑA ABIE NUM 1... Tal vez las ratas lo hubieran arrastrado a algún túnel desierto del Metro en una noche oscura. Se preguntó si las ratas no se habrían llevado también a su madre. Pensó que por lo menos debería subir los escalones y comprobar si su nombre seguía figurando debajo del buzón del departamento 15. Pero estaba demasiado cansado.

No; se quedaría allí sentado, echando un sueñecito, confiando que el último residuo de las píldoras rojas acumuladas en su organismo lo despertara a las siete. Después, iría a averiguar si su madre aún vivía allí. Quizá lo mejor fuera que se hubiese ido. Tal vez no debería ni siquiera preocuparse por los «Yankees». Posiblemente lo más acertado sería que se registrase en el «Biltmore», durmiese tres días seguidos y luego regresase al dorado Oeste. Con esa luz, con esa llovizna, con sus piernas y su cabeza latiendo todavía a causa de la caída, Nueva York tenía todo el encanto de una puta muerta.

Su mente empezó a divagar de nuevo, cavilando sobre lo que había sucedido más o menos durante las últimas nueve semana esforzándose por hallar la clave que lo aclarara todo y que explicase cómo pudo estrellarse contra muros de piedra durante seis largos años, actuando en clubes, grabando cintas de prueba, participando en sesiones musicales, y todo lo demás, para después triunfar súbitamente en el lapso de nueve semanas. Elucidarlo era difícil como tragarse el pomo de la puerta. Tenía que haber una explicación. Buscó una explicación que le permitiera desechar la chocante idea de que todo había sido un capricho, una simple voltereta al destino, para decirlo con las palabras de Dylan.

Se adormiló más profundamente, con los brazos cruzados encima del pecho, dando vueltas y vueltas a las cosas. Mezclado con todo, se encontraba esta nueva cosa, como un contrapunto bajo y siniestro, una nota en el umbral de lo audible y tocada con un sintetizador, escucha entre una especie de jaqueca que actúa sobre como una premonición: la rata, hurgando en el cadáver del gato, mordisqueando... Buscando allí alguna clase de sabor. Es la ley de la selva, tío, si has subido a los árboles tendrás que columpiarte…

En realidad eso había empezado hacía dieciocho meses. Él estaba tocando con los «Tattered Remnants» en un club de Berkeley, y lo había llamado un tipo de la «Columbia». No un alto ejecutivo sino otro pobre siervo de las viñas vinílicas. Neil Diammond tenía el propósito de grabar una de sus canciones, una melodía titulada: *Baby, Can You Dig Your Man?*

Diamond estaba preparando un álbum que se compusiera sólo de piezas suyas, con excepción de *Peggy Sue Got Married*, de Buddy Holly, y quizás esta canción de Larry Underwood. Lo que quería saber era si Larry se hallaba dispuesto a ir a grabar una prueba y a participar después en la sesión. Diamond quería una segunda guitarra acústica. La canción le gustaba mucho.

Larry contestó que sí.

La sesión duró tres días, fue buena. Larry conoció a Neil Diamond, y también a Robbie Robertson y a Richard Perry. Consiguió que lo mencionaran en la solapa interior del álbum. Le pagaron lo que estipulaba el sindicato. Pero *Baby, Can You Dig Your Man*? No apareció en el disco. En la segunda tarde de la sesión, a Diamond se le ocurrió una pieza propia de rock y eso fue lo que grabaron.

Bueno, qué pena, comentó el hombre de la «Columbia». Son cosas que suceden. Le diré una cosa. ¿Por qué no graba la prueba de todos modos? Procuraré hacer algo por usted. Así que Larry grabo la prueba y después se encontró en la calle. Eran malos tiempos en Los Ángeles. Había algunas sesiones, pero no demasiadas.

Finalmente consiguió que lo contrataran para tocar la guitarra en un club que era también restaurante. Entonaba piezas como *Softly as I Leave you* y *Moon River* mientras unos personajes maduros hablaban de negocios y consumían comida italiana. Escribía la letra de las canciones en trozos de papel de notas. Porque, de otro modo, o bien las mezclaba o se olvidaba de ellas, tarareando la canción, tratando de parecer suave como Tony Benett, improvisando y sintiéndose como un idiota. En los ascensores y en los supermercados, se había dado cuenta del hilo musical que tocaba siempre por lo bajo.

Hasta que el hombre de la «Columbia» lo llamó inesperadamente, hacia nueve semanas. Quería lanzar la grabación de prueba en un *single*. ¿Podía ir a grabar la otra cara? Por supuesto, contestó Larry. Claro que podía. Así fue como volvió a los estudios «Columbia» en Los

Ángeles, un domingo por la tarde, y completó *Baby, Can You Dig Your Man?* con una canción que había escrito para los «Tattered Remmants», *Pocket Savior*. El hombre de «Columbia» le entregó un cheque de quinientos dólares y un contrato leonino que comprometía a Larry mucho más que a la empresa grabadora. Le estrechó la mano, le dijo que era bueno tenerlo en el elenco, y sonrió compasivo cuando Larry le preguntó como promocionaría el disco. Después se fue. Era demasiado tarde para depositar el cheque, de modo que lo conservó en el bolsillo mientras desgranaba su repertorio en «Gino's». Casi al concluir la primera parte del espectáculo, entonó una versión edulcorada de *Baby, Can You Dig Your Man?* El único que se dio cuenta fue el propietario de «Gino's», quien le dijo que reservara el bebop negro para el personal de limpieza.

Hacía siete semanas, el hombre de la «Columbia» volvió a telefonear y le dijo que saliera a comprar un ejemplar de *Billboard.* Larry fue corriendo. *Baby, Can You Dig Your Man?* era

Uno de los discos más prometedores de la semana. Larry telefoneó a su vez al hombre de la «Columbia» y éste le preguntó si le gustaría comer con alguno de los auténticos peces gordos, para hablar del álbum. Todos estaban satisfechos con el *single*, que ya se oía mucho en Detroit, Filadelfia, y en Portland. Parecía que iba a imponerse. En una emisora de música negra en Detroit, había ganado una competencia nocturna de la «Bat Sonora» durante cuatro noches seguidas. Al parecer, nadie sabía que Larry Underwood era blanco.

En la comilona, se emborrachó y ni siquiera saboreó el salmón. A nadie pareció importarle que se embriagara. Uno de los capitostes comentó que no le sorprendería que *Baby, Can You Dig Your Man?* ganara el «Grammy» del año próximo. Todo aquello sonaba a gloria en los oídos de Larry. Se sentía como el protagonista de un sueño. Al volver a su apartamento, tuvo la extraña certeza de que lo embestiría un camión y ése sería el fin de todo. Los mandamases de la «Columbia» le habían entregado otro cheque, esta vez de dos mil quinientos. Cuando llegó a su casa, Larry cogió el teléfono y empezó a hacer llamadas. La primera fue a Gino. Le dijo que tendría que buscarse a otro músico para que tocara *Yellow Bird* mientras los parroquianos comían su asquerosa pasta medio cruda. Después, llamó a todos cuantos tenía en la memoria, incluido Barry Greg de los «Remnants». A continuación salió y agarro una mona tremenda.

Hacía cinco semanas, el *single* irrumpió entre los Cien Hits de *Billboard*. Ocupaba el número ochenta y nueve. Fue la semana en que la primavera llegó realmente a Los Ángeles. En una tarde luminosa y refulgente de mayo, con los edificios tan blancos y el océano tan azul que podrían haber hecho saltar los ojos y haberlos echado a rodar por las mejillas como canicas, oyó por primera vez su disco en la radio. Estaba en compañía de tres o cuatro amigos, incluida su chica del momento, y se hallaban moderadamente dopados con cocaína. Larry salía de la cocina americana y entraba en la sala con un paquete de galletas cuando llegó al conocido lema de KLMT. Enseguida lo hipnotizó el sonido de su propia voz que brotaba de los altavoces «Technics»:

Sé que no te dije que vendría
sé que no sabias que estaba aquí;
pero ne–e–e–ena, dímelo tú que sabes,
nena, ¿entiendes a tu hombre?
Es un hombre virtuoso.
Dime, nena, ¿entiendes a tu hombre?

–¡Jesús, ése soy yo!– exclamó.

Dejó caer las galletas al suelo y se quedó boquiabierto y atónito mientras sus amigos aplaudían.

Hacia cuatro semanas su canción había trepado al puesto sesenta y tres en la lista del Billboard. Empezó a sentirse como si lo hubieran introducido de pronto en una vieja película muda donde todo se movía a demasiada velocidad. El auricular del teléfono brincaba en la horquilla. La «Columbia» clamaba por el álbum, para capitalizar el éxito del disco. Alguna rata asquerosa de «A & R le llamó tres veces en un solo día, diciéndole que tenía que fichar por «Record One».

No hoy, sino ayer, y grabar una nueva versión del *Hang On, Sloopy*, de MacCoys, como su siguiente disco. Aquel retrasado mental no hacía más que gritar: ¡Monstruo! Solo había una continuación posible, Lar... Jamás había visto a aquel tipo, y para él ya no era Larry, sino Lar. ¡Él sí que era un monstruo! ¡Un auténtico y jodido *monstruo*!

Larry acabó perdiendo la paciencia y le dijo al monstruo chillón que, si le daban a elegir entre volver a grabar *Hang On, Sloopy* y que le atasen y le pusieran una lavativa de «Coca-Cola», elegiría la lavativa. Y luego colgó.

Las cosas siguieron por ese camino. Seguridades de que éste sería el mayor éxito musical de los últimos cinco años. Lo llamaban docenas de agentes artísticos. Todos parecían famélicos. Empezó a tomar estimulantes e imaginaba oír su canción en todas partes. Un sábado por la mañana la escuchó en «Soul Train», y pasó el resto del día tratando de convencerse de que sí, de que la había oído de verdad.

Le fue difícil separarse de Julie, la chica con la que salía desde su debut en «Gino's». Le presentaba a toda clase de gente, pero a casi nadie que él deseara conocer. Su voz empezó a recordarle la de los aspirantes a agentes que le telefoneaban. Rompió con ella después de un largo, estentóreo y feroz altercado. Julie le gritó que pronto tendría la cabeza tan hinchada que no podría meterla por la puerta de un estudio de grabación, y que él le debía quinientos pavos que se había gastado en drogas, que él era la respuesta de los 1990 a Zagar y Evans. Amenazó con suicidarse. Después, Larry se sintió como si hubiera participado en una larga batalla de almohadas pero en la que éstas hubieran sido contaminadas con gas venenoso de baja graduación.

Hacía tres semanas que empezaron a grabar el álbum, y Larry rechazó la mayoría de las sugerencias que le hacían «por su propio bien». Aprovechó toda la capacidad de maniobra que le permitía el contrato. Reclutó a tres de los «Tattered Remnants»: Barry Greig, Al Spellman y Johnny McCall. Y a otros dos músicos con los que había trabajado antes: Neil Goodman y Wayne Stukey. Grabaron el álbum en nueve días, utilizando todo el tiempo del que disponía el estudio. La «Columbia» parecía querer un álbum fundado sobre lo que suponían que sería una carrera de veinte semanas, comenzando con *Baby, Can You Dig Your Man?* y terminando con *Hang On, Sloopy*. Las ambiciones de Larry eran mayores.

La cubierta del álbum consistía en una foto suya dentro de una bañera antigua, montada sobre patas, llena de espuma. En los azulejos de arriba estaban escritas, con lápiz de labios de una secretaria de la «Columbia», las palabras POCKET SAVIOR Y LARRY UNDERWOOD. La «Columbia» quiso titularlo *Baby, Can You Dig Your Man?*, pero Larry se negó categóricamente, y al fin se conformaron con un rótulo sobre la funda de plástico que rezaba: CONTIENE EL HIT.

Hacía dos semanas, el disco había trepado al puesto cuarenta y siete. Y empezó la fiesta. Alquiló por un mes una casa sobre la playa de Malibú y, a partir de entonces, la memoria se enturbiaba un poco. La gente entraba y salía, cada vez en mayor número. Conocía a algunos, pero la mayoría eran extraños. Recordaba el asedio más agentes que deseaban «promocionar su gran carrera». Recordaba a una chica que había tenido una mala experiencia con la droga y había echado a correr chillando por la playa blanca, totalmente desnuda. Recordaba que había aspirado cocaína y la había rematado con tequila. Recordaba que un sábado por la mañana hacía más o menos una semana, lo habían despertado con unas sacudidas violentas para que oyera cómo Kasey Kasem presentaba su disco con el número treinta y seis de los Cuarenta Principales. Recordaba haber tomado muchos comprimidos rojos y también recordaba, aunque con cierta vaguedad, haber regateado la compra del «Datsum Z» con un cheque de cuatro mil dólares de derechos de autor, que había recibido por correo.

Y entonces llegó el 13 de junio, hacía seis días, cuando Wayne Stukey le pidió que lo acompañara a caminar por la playa. Eran apenas las nueve de la mañana; pero el tocadiscos estereofónico estaba encendido, igual que los dos televisores. Desde la sala de juegos del sótano,

Librodot

llegaba el rumor de algo que parecía ser una orgía. Larry se hallaba sentado en un sillón muy mullido de la sala vestido sólo con unos calzoncillos que habían estado limpios tiempo atrás, y trataba de descifrar un libro de tiras cómicas de *Superboy*. Se sentía muy espabilado; sin embargo, las palabras no parecían tener significado alguno. Una pieza de Wagner atronaba desde los altavoces, y Wayne hubo de gritar tres o cuatro veces para hacerse entender. Larry respondió con un ademán afirmativo. Se sentía en condiciones de caminar kilómetros.

Pero cuando el sol se hincó en sus globos oculares, cambió de idea. Nada de caminar. No. Sus ojos se habían convertido en cristales de aumento, y pronto el sol se filtraría por ellos durante el tiempo justo para inflamarle los sesos, resecos como yesca.

Wayne insistió, y lo agarró del brazo con fuerza. Avanzaron por la playa, pisando la arena cada vez más caliente hasta la zona apartada y oscura. Y Larry decidió que, al fin y al cabo, había sido una buena idea. El rugido de los rompientes era sedante. Una gaviota, que se esforzaba por ganar altura, se alzaba en el cielo azul como el bosquejo de una letra M blanca.

–Ven – dijo Wayne, dándole un fuerte tirón del brazo.

Larry anduvo todos los kilómetros que se sentía en condiciones de recorrer. Pero ya había llegado al límite de sus fuerzas. Tenía una jaqueca atroz y le parecía que su columna vertebral se había convertido en vidrio. Le palpitaban los globos oculares y sentía un dolor sordo en los riñones. Una resaca de anfetamina no es tan demoledora como la que sigue a la ingestión de tres cuartos de litro de «Four Roses»; pero tampoco es tan agradable, digamos, como podría serlo hacer el amor con Raquel Welch. Si conseguía un par de pastillas, sería capaz de trepar con limpieza encima de aquella bola negra que deseaba derribarlo. Se llevó la mano al bolsillo para cogerlas y, por primera vez, fue consciente de que sólo llevaba unos calzoncillos que se había puesto limpios tres días atrás.

Quiero volver, Wayne.

–Caminemos un poco más.

Le pareció que Wayne lo miraba con una expresión extraña en la que se mezclaban la exasperación y cierto aire compasivo.

–No tío. Estoy en calzoncillos. Me detendrá la Policía por exhibicionismo.

–En este tramo de la costa podrías atarte un pañuelo alrededor del pene y pasearte con las pelotas al aire sin que te arresten por exhibicionismo. Sigamos.

–Estoy cansado – rezongó Larry.

Empezó a sentirse enfadado con Wayne. Era así como se vengaba porque él tenía éxito en tanto que Wayne sólo figuraba en el nuevo álbum como pianista. Se parecía a Julie. Ahora todos lo odiaban. Todos querían desollarlo. Las lágrimas fáciles le enturbiaban la visión.

–Adelante, tío – insistió Wayne. Y siguieron andando por la playa.

Habían recorrido quizás otro kilómetro y medio cuando Larry sintió de pronto unos fuertes calambres en los grandes músculos de los muslos. Gritó y se tumbó sobre la arena. Era como si le hubieran clavado dos estiletes gemelos al mismo tiempo.

–¡Calambres!– aulló –. ¡Ay de mí, calambres!

Wayne se acuclilló junto a él y le enderezó las piernas. El dolor le acometió de nuevo y entonces Wayne puso manos a la obra, golpeando los músculos agarrotados, masajeándolos. Por fin, los tejidos ávidos de oxígeno empezaron a distenderse.

Larry, que había estado conteniendo el aliento, resolló.

–Gracias... Esto fue... Eso fue duro.

–Sí, no lo dudo, Larry – asintió Wayne, sin condolerse demasiado –. ¿Cómo estás ahora?

–Bien. Pero deja que me siente, ¿eh? Después volveremos.

–Debo hablar contigo. He tenido que traerte aquí y despejarte para que me entiendas.

–¿De qué se trata, Wayne?

Ya está, pensó. Ahora viene el sablazo. Pero lo que dijo Wayne pareció tan alejado de la realidad que, por un momento, se retrotrajo a la tira cómica de *Superboy*, tratando de descifrar una oración de cinco palabras.

–La fiesta debe terminar, Larry.

–¿Eh?

–La fiesta. Cuando vuelvas. Desconéctalo todo, dales las llaves de sus coches y acompáñalos a la puerta. Líbrate de ellos.

–¡No puedo hacer eso! – exclamó Larry horrorizado.

–Será mejor que lo hagas.

–¿Pero por qué? Tío, la fiesta acaba de empezar.

–Larry, ¿cuánto dinero te adelantó la «Columbia»?

–¿Qué te importa?– preguntó astutamente.

–¿De veras crees que quiero chuparte la sangre, Larry? Piénsalo mejor.

Larry lo pensó mejor, y comprendió con creciente sorpresa que no había ninguna razón para que Wayne quisiera darle un sablazo. Aun no había triunfado, era un principiante como la mayoría de los que habían ayudado a Larry a grabar el álbum. Pero, a diferencia de casi todos ellos, provenía de una familia rica y se llevaba bien los suyos. El padre de Wayne era propietario de la mitad de las acciones de la tercera industria de juegos electrónicos del país. Los Stukey poseían en Bel Air una casa con ciertos visos de palacio. Larry se dio cuenta, alelado, de que su súbita fortuna no debía ser más que calderilla para Wayne.

No, supongo que no – farfulló –. Lo siento. Pero resulta que todos los cazadores de cucarachas al oeste de Las Vegas...

¿Entonces cuánto?

Larry reflexionó.

Siete mil de adelanto. En total.

¿Te pagan derechos de autor trimestralmente por el single y seis meses por el álbum?

Sí.

Wayne asintió.

–Aprietan los dólares hasta que chilla el águila, los hijos de puta –comentó Wayne –. ¿Un cigarrillo?

Larry lo aceptó y, para encenderlo, cubrió el extremo con las manos ahuecadas.

¿Sabes cuánto te cuesta esta juerga?

Claro que sí – respondió Larry.

No alquilaste la casa por menos de mil dólares.

Es cierto – replicó Larry.

En realidad habían sido mil doscientos, más un depósito de quinientos para cubrir los posibles daños. Había pagado el depósito y la mitad de alquiler. Un total de mil cien, y debía seiscientos.

¿Cuánto costó la droga?– inquirió Wayne.

Hombre, hay que convidar con algo. Es como el queso para las galletas. . .

Había hierba y coca. Dime, ¿cuánto?

Jodido inquisidor – masculló Larry –. Quinientos y quinientos.

Y se agotó al segundo día.

¡De ningún modo!– exclamó Larry, estupefacto –. Cuando salí esta mañana vi dos cuencos, hombre. Es cierto que quedaba poco pero...

¿No recuerdas a Deck? – Wayne bajó el tono y realizó una parodia de la voz de Larry, con sus palabras arrastradas –: Cárgalo a mi cuenta, Dewey. Los quiero siempre llenos.

Larry miró a Wayne con creciente espanto. Sí, recordaba a un tipo delgado y enjuto, con un peculiar corte de pelo, de una onda de la que se llevaba hacía diez o quince años, un tipo pequeño con ese peinado y una camiseta en la que se leía Jesús llega y es despreciado. Aquel tipo parecía tener buena droga que, prácticamente daba la impresión de salirle del culo. Incluso pudo recordar lo que había dicho a ese tipo, Dewey Deck, que mantuviese llenos los cuencos de la hospitalidad... Pero eso había ocurrido... Bueno había ocurrido hacía muchos *días*.

–Eres el mejor cliente que le ha tocado en suerte a Dewey Deck en mucho tiempo, hombre – afirmó Wayne.

–¿Cuánto le debo?

–No mucho por la hierba. La hierba es barata. Mil doscientos. Ocho mil por la cocaína.

Larry creyó, por un momento, que iba a vomitar. Miró a Wayne en silencio, con los ojos desencajados. Intentó hablar y apenas logro articular las palabras:

–¿Nueve mil doscientos?

–La inflación, tío. ¿Quieres que te cuente el resto?

No, no quería, pero asintió con un movimiento de cabeza.

–Arriba había un televisor en color. Alguien partió en él una silla. Calculo trescientos para reparaciones. Arrancaron el artesonado de la planta baja. Cuatrocientos. Anteayer rompieron el ventanal que miraba al mar. Trescientos. La alfombra de la sala está totalmente destrozada: quemaduras de cigarrillo, cerveza, whisky. Cuatrocientos. Telefoneé a la tienda de licores y están descontentos como Deck, con la cuenta. Seiscientos.

–¿Seiscientos dólares de bebida?– musitó Larry espantado

–Alégrate de que casi todos beben cerveza y vino. Hay una factura del mercado por cuatrocientos dólares. Pizza, patatas fritas. Mierda fina. Pero lo peor es el ruido. Pronto caerá la poli. Alteración del orden. Y cuatro individuos están inyectándose heroína. En la casa hay ochenta o cien gramos de la mexicana morena.

–¿Eso también lo han cargado en mi cuenta?– preguntó Larry con voz ronca.

–No. Deck no toca la heroína. Es mercancía de la Organización, y a Deck le asusta la perspectiva de usar botas de hormigón. Pero si cae la poli no dudes que el registro sí lo cargarán en tu cuenta.

–Pero yo no sabía...

–Eres un ingenuo.

Es que...

–La factura total de esta juerga ascienda a más de doce mil dólares –anunció Wayne –. Ese «Datsun Z» lo sacaste de la agencia… ¿Cuánto pagaste como adelanto?

–Dos mil quinientos – contestó Larry, aturdido. Tenía ganas de llorar.

¿Cuánto te queda hasta que recibas el próximo cheque? ¿Un par de miles?

Más o menos – respondió Larry, sin atreverse a confesarle a Wayne que ni siquiera tenía esa cantidad, alrededor de ochocientos, entre efectivo y cheques.

Escúchame, Larry, porque no mereces que te lo repita. Aquí siempre hay juerga en ciernes. Y esos parásitos están dispuestos a disfrutar de ella. Ahora están aquí. Sacúdetelos de encima y diles que se larguen.

Larry pensó en las docenas de personas que había en la casa. Quizá a esa hora, conocía una de cada tres. La perspectiva de echar a todos esos desconocidos le produjo un nudo en la garganta. Quedaría mal con ellos. Y esa imagen chocó con la de Dewey Deck que reaprovisionaba sus cuencos, sacaba una libreta del bolsillo trasero y agregaba otra cifra a la factura. Él, con su peinado y su camiseta.

Mientras se debatía entre las dos alternativas, Wayne lo miró serenamente.

Tío, me tomarán por el rey de los imbéciles – murmuró Larry por fin, detestando esas palabras débiles y petulantes a medida que brotaban de su boca.

Si, echarán pestes de ti. Dirán que se te han contagiado los vicios de Hollywood. Que se te han subido los humos a la cabeza, que te olvidas de los viejos amigos. Pero ninguno de ellos es amigo tuyo, Larry. Hace tres días que tus amigos se dieron cuenta de lo que pasaba y salieron pitando. No es agradable ver, digamos a título de ejemplo, cómo un amigo se mea en los pantalones y ni siquiera se da cuenta.

¿Y por qué me lo dices?– espetó Larry, súbitamente colérico.

Lo que lo enfurecía era descubrir que todos sus auténticos amigos se habían ido. Ahora, al considerarlas de forma retrospectivamente sus excusas se veían endebles. Barry Greig lo había llamado aparte y había tratado de hablarle; pero él estaba *volando* y se limitó a asentir con la cabeza y a sonreírle con expresión indulgente. Ahora se preguntaba si Barry había querido largarle el mismo discurso. Al pensarlo se avergonzaba y se irritaba.

–¿Por qué me lo dices?– repitió –. Tengo la impresión de que no te gusto mucho.

–No; pero tampoco me disgustas. No sé qué más decir tío. Podría haber dejado que te dieras de narices. Con una vez te habría bastado.

–¿A qué te refieres?

–Los echarás. Porque tienes veta dura. En ti hay algo que es como morder papel de estaño. Posees el ingrediente básico del éxito, cualquiera que sea. Una linda carrera por delante. Un pop intermedio que nadie recordará dentro de cinco años. Las chiquillas de la escuela secundaria coleccionarán tus discos. Ganarás dinero.

Larry crispó los puños sobre las piernas. Le apetecía pegar un buen puñetazo a aquella cara plácida. Wayne le decía cosas que le hacían sentirse como un montón de excremento de perro junto a un poste.

–Vuelve y desconéctalo todo – dijo Wayne en voz baja –. Después, súbete a tu coche y vete. Vete, hombre. No vuelvas hasta que no sepas que te aguarda el próximo cheque por tus derechos de autor

–Pero Dewey...

–Encontraré a alguien que se encargará de hablar con él. Con mucho gusto. El tipo le aconsejará que espere su dinero como un buen chico. Y Dewey accederá complacido.

Hizo una pausa mientras observaba a dos chiquillos con brillantes trajes de baño que corrían por la playa. Un perro iba detrás de ellos, alborotando con alegría el fondo azul del cielo.

Larry se puso en pie y le dio las gracias con un esfuerzo. La brisa marina entraba y salía de sus ajados calzoncillos. La palabra salió de su boca como un ladrillo.

–Vete a otra parte y pon en orden la mierda que tienes dentro –continuó Wayne, levantándose junto a él –. Tienes mucha mierda que ordenar. ¿Qué clase de manager quieres? ¿Qué clase de contrato prefieres después del éxito de *Pocket Savior*? Con paciencia, te apañarás. Los tipos como tú siempre se apañan.

Los tipos como tú siempre se apañan.
Los tipos como tú siempre se apañan.
Los tipos como...

Alguien golpeaba con un dedo el cristal de la ventanilla.

Larry dio un respingo y se irguió en el asiento. Sintió una punzada de dolor en el cuello y la sensación de calambre en la carne dormida le obligó a hacer una mueca. No había estado amodorrado, sino sumido en un profundo sueño, durante el cual revivió los tiempos de California. Pero lo que contempló fue la claridad gris de Nueva York. El dedo volvió a golpear.

Giró la cabeza despacio y con dolor y vio a su madre, que llevaba un pañuelo de malla negra sobre la cabeza y espiaba hacia adentro.

Por un momento, se limitaron a mirarse a través del vidrio del coche. Larry tuvo una sensación extraña. Se sintió desnudo, como un animal al que estuvieran observando en el zoológico. Entonces intervino su boca, que sonrió. Luego, Larry bajó el cristal.

Mamá...

Sabía que eras tú declaró ella con voz curiosamente monocorde –. Sal y deja que te vea en pie.

Se le habían dormido ambas piernas y, cuando abrió la portezuela y se apeó, sintió un terrible y doloroso hormigueo que le subía desde las plantas de los pies. Nunca había imaginado que se encontraría así, desprevenido y a cara descubierta. Tuvo la impresión de ser un centinela dormido en su puesto, al que le ordenan de repente que se cuadre. Quién sabe por qué había previsto que su madre le parecería más menuda menos segura de sí, por una triquiñuela de los años, que a él le habían hecho madurar y a ella la habían dejado como antes.

Pero la forma en que lo había sorprendido era casi sobrecogedora. Cuando él tenía diez años, su madre acostumbraba a despertarlo los sábados por la mañana golpeando con un dedo la puerta de su cuarto, convencida de que ya había dormido demasiado. Y ahora catorce años después había vuelto a despertarlo de la misma manera mientras dormía en su coche nuevo como un niño exhausto que ha tratado de pasar la noche en pie y al que el coco atrapa en una posición indigna.

De repente, se hallaba frente a ella, con el pelo alborotado y una sonrisa vaga y bastante tonta. Las agujetas seguían corriéndole por las piernas, forzándole a desplazar su peso de un pie a otro.

Recordó que, cuando hacía eso, ella siempre le preguntaba si tenía que ir al baño. Entonces, cesó de moverse y dejó que los alfileres le taladraran a gusto.

Hola, mamá dijo.

Ella lo miró en silencio. De pronto, el miedo se asentó en su corazón como un ave de mal agüero de regreso en el viejo nido. Lo que temió fue que diera media vuelta, que renegara de él, que le mostrara la espalda de su chaqueta raída, que se encaminara hacia la boca del Metro más próxima y lo dejara solo.

Entonces la oyó suspirar, del mismo modo que un hombre suspiraría antes de levantar un pesado fardo. Y cuando habló, su tono fue tan natural, tan plácido y tan correctamente complacido que Larry olvidó su primera impresión.

–Hola, Larry – exclamó –. Sube. Cuando me asomé a la ventana supe que eras tú. Ya presenté el parte médico. Me quedan unos días de permiso por enfermedad,

Se volvió para guiarlo hacia la escalera de la entrada. Él la siguió tres pasos más atrás, tratando de alcanzarla, y sin dejar de hacer muecas a causa de los pinchazos que lo martirizaban.

–Mamá…

Ella volvió a girarse hacia él, y Larry la abrazó. Una fugaz expresión de miedo cruzó por las facciones de su madre, como si temiera que la agrediera en lugar de estrecharla con afecto. Luego se borró esa ráfaga de temor, aceptó su abrazo y le correspondió. El aroma de la bolsita de polvo perfumado que siempre usaba su madre se remontó hasta su nariz, evocando una nostalgia inesperada, vehemente, dulce y amarga. Al principio pensó que iba a llorar, y sintió la jactanciosa seguridad de que ella también lloraría. Fue un momento conmovedor. Por encima del hombro encorvado de su madre vio el gato muerto, que yacía mitad dentro y mitad fuera del cubo de la basura. Cuando ella se apartó, tenía los ojos secos.

–Ven, te prepararé el desayuno. ¿Has conducido durante toda la noche?

–Sí – respondió, con voz un poco enronquecida por la emoción.

–Bueno, salgamos. El ascensor no funciona; pero son sólo dos pisos. Peor es para la señora Halsey, con su artritis. Vive en el quinto. No te olvides de limpiarte los zapatos. Si ensucias el suelo, el señor Freeman se me echará enseguida encima. Juro que hueles a mugre. Y la mugre es su enemiga.

Ya habían llegado a la escalera.

–Ven. ¿Puedes comerte tres huevos? Te prepararé también tostadas. Anda, ven.

La siguió. Cruzó por delante de los desvanecidos perros y miró desconcertado hacia donde habían estado, tan sólo para asegurarse de que se habían volatilizado, que él no se había encogido medio metro, que toda la década de los años ochenta no se había desvanecido en el tiempo. Su madre empujó las puertas y entraron. Las sombras pardas y hasta los olores de comida eran los mismos.

Alice Underwood le preparó tres huevos, tocino, tostadas, zumo y café. Cuando lo había consumido todo, menos el café, Larry apartó la silla de la mesa y encendió un cigarrillo, que ella miró con desaprobación. Pero no dijo nada. Eso le devolvió a Larry parte de su confianza... Aunque no mucha. Su madre siempre había sabido esperar el momento oportuno.

Metió en el fregadero gris la sartén de hierro, que siseó un poco al entrar en contacto con el agua. Él pensó que su madre no había cambiado mucho. Un poco mayor (ya debía tener cincuenta y uno), un algo más canosa, pero aún le quedaba una abundante cabellera negra bajo la pulcra red. Llevaba un sencillo vestido gris, probablemente el mismo que usaba para trabajar. Su busto seguía siendo la misma ola encrespada que combaba la pechera del vestido y en todo caso era un poco más voluminoso. Dime la verdad, mamá, ¿tú busto se ha dilatado? ¿Es ese el cambio fundamental?

Golpeó el cigarrillo contra el platillo del café, para hacer caer las cenizas, y ella se apresuró a remplazarlo por el cenicero que siempre guardaba en el aparador. Como el platito estaba sucio de café le pareció normal echar en él la ceniza. En cambio el cenicero estaba limpio, impecable, y lo utilizó con un poco de remordimiento. Ella sabía esperar el momento oportuno y seguiría tendiéndole pequeñas trampas hasta que le sangraran los tobillos y estuviese a punto de desvariar.

–De modo que has vuelto – dijo Alice, al tiempo que cogía un estropajo usado y empezaba a fregar la sartén –. ¿Qué te ha traído aquí?

Bueno, mamá, este amigo mío me abrió los ojos: los hijos de puta actúan en grupo, y esta vez se habían encarnizado conmigo. No se si «amigo» es la palabra exacta para definirlo. Desde el punto de vista musical, me respeta más o menos tanto como yo respeto a la banda del circo, Pero me obligó a ponerme en marcha. ¿Y no fue Robert Frost quien dijo que el hogar es un lugar al que, cuando vas, nadie tiene que entrarte por la fuerza?

–Supongo que te echaba de menos, mamá – respondió en voz alta.

–¿Por eso me escribías tan a menudo?– se burló ella.

–Mi especialidad no es escribir cartas.

Movió despacio el cigarrillo de arriba abajo. En la punta se formaron volutas de humo que se alejaron flotando.

–Y que lo digas.

–Mi especialidad no es escribir cartas – repitió él sonriente.

–Sigues siendo arrogante con tu madre. En eso no has cambiado.

–Lo siento. ¿Cómo te encuentras, mamá?

Ella colocó la sartén en el escurreplatos, quitó el tapón del fregadero y se limpió el fleco de espuma de las manos enrojecida.

–No muy mal – contestó, acercándose a la mesa y sentándose –. Me duele un poco la espalda, pero tengo mis píldoras. Me las arreglo bien.

–¿No se te luxó desde que me fui?

–Oh, una vez. Pero el doctor Holmes lo arregló.

–Mamá, esos quiroprácticos son... unos farsantes.

Se mordió la lengua.

–¿Qué has dicho que son?

Se encogió de hombros, incómodo, ante su sonrisa torcida.

–Eres libre, blanca y tienes veintiún años. Si él te mejora, me alegro.

Alice suspiró y sacó un paquete de pastillas verdes del bolsillo del vestido. «Life Savers».

–Tengo mucho más de veintiún años. Y lo siento. ¿Quieres una?

Él meneó la cabeza mirando el «Life Savers» que le tendía su madre, la cual optó por introducirlo en su propia boca.

–Aún eres casi una niña exclamó Larry, con su antiguo tono lisonjero y jactancioso, que a ella siempre le había gustado; pero esta vez sólo hizo brotar en sus labios un atisbo de sonrisa –. ¿Hay nuevos hombres en tu vida?

–Varios. ¿Y en la tuya?

–No – afirmó Larry en tono serio –. Hombres nuevos, no. Algunas chicas, pero hombres nuevos no.

Supuso que ella se reiría; pero sólo volvió a mostrar el atisbo de sonrisa. La estoy preocupando, pensó. Eso es. No sabe qué busco aquí. Al fin y al cabo, no ha estado esperándome durante tres años. Sólo quería que siguiera lejos.

El mismo Larry de siempre – comentó ella –. Jamás hablas en serio. ¿No estás comprometido? ¿Tienes alguna amiga estable?

Mariposeo, mamá.

Como siempre. Por lo menos nunca viniste a comunicarme que habías dejado embarazada a una honesta chica católica. Te reconozco ese mérito. Fuiste muy cuidadoso, muy afortunado o muy gentil.

–Larry hizo un esfuerzo para conservar su expresión neutra. Era la primera vez en la vida que ella mencionaba el sexo de forma directa o indirecta.

–De todos modos, ya aprenderás – continuó Alice –. Según dicen los solteros son los que más se divierten. Pero no es cierto. Envejecerás y te harás tan antipático como el señor Freeman. Él ocupa el apartamento de la planta baja y siempre está de pie delante de la ventana, esperando una fuerte brisa...

Larry gruñó.

–He oído tu canción por la radio. Ése es mi hijo, le digo a la gente. Ése es Larry. Y casi nadie me cree.

–¿La has oído?

Se preguntó por qué ella no había abordado antes el tema.

–Claro. No para de sonar por esa emisora de rock que escuchan las chicas. WROK.

–¿Te gusta?

–Tanto como el resto de esa música – le lanzó una mirada severa –. Opino que algunas de esas piezas son insinuantes, lascivas.

Larry se dio cuenta de que estaba moviendo los pies y se contuvo con esfuerzo.

Lo único que ocurre es que debe sonar... apasionada. Eso es todo mamá.

Tenía el rostro congestionado. Nunca había imaginado que lo de la pasión iba a discutirlo en la cocina de su madre.

–La pasión debe quedar relegada a la alcoba – dictaminó ella poniendo fin al análisis estético de su disco triunfal –. Además has modificado tu voz. Pareces un negro.

–¿Ahora?– inquirió divertido.

–No, en la radio.

–Ese tono pardo se contagia – parodió Larry, sonriendo.

Así es –asintió Alice –. Cuando yo era joven, Frank Sinatra nos parecía audaz. Ahora tenemos este estilo que llaman rock. Alaridos, les llamo yo – le dirigió una airada mirada –. Por lo menos en tu disco no hay alaridos.

–Cobro derechos de autor – explicó él –. Un tanto por ciento de cada disco que se vende. Suma...

–Oh, por favor – lo interrumpió ella, con un ademán, pues nunca sacaba buenas calificaciones en matemáticas –. ¿Ya te han pagado, o compraste ese automóvil a crédito?

–No me han pagado mucho – respondió rozando la mentira, pero sin terminar de sortearla –. Pagué una entrada. El resto está financiado.

–Cómodos plazos mensuales –sentenció ella –. Así fue como tu padre terminó en bancarrota. El médico dijo que murió de un ataque al corazón; pero no fue eso. Tenía el corazón *destrozado*. Tu padre fue al asilo de indigentes en cómodas cuotas mensuales.

Era una vieja historia, y Larry la dejó pasar, haciendo signos de aprobación en los momentos oportunos. Su padre había sido dueño de una camisería. Cerca de allí abrieron una sucursal de la cadena «Robert Hall», y al cabo de un año, su tienda se fue al traste. Para consolarse, se refugió en la comida y, en tres años, engordó cincuenta y cinco Kilos. Cayó redondo en el snack bar de la esquina cuando Larry tenía nueve años. Frente a él, dejó un plato con un bocadillo de hamburguesa a medio terminar. Después, cuando su hermana trató de consolar a una mujer que no parecía necesitar ninguna clase de consuelo, Alice Underwood comentó que la cosa podía haber sido peor. Bastante peor, dijo mirando más allá de los hombros de su hermana y directamente a su cuñado, habría sido que se hubiera convertido en alcohólico.

Después, Alice crió a Larry, dominando su vida con sus proverbios y sus prejuicios, hasta que éste abandonó al hogar. Cuando el y Rudy Schwartz partieron en el viejo «Ford» de Rudy, su

último comentario fue que en California también había asilos para indigentes. Sí señor, ésa es mi mamá.

–¿Quieres quedarte aquí, Larry?– preguntó ella con dulzura.

–¿Te molestaría?– respondió él, sorprendido.

–Hay espacio. La cama plegable está todavía en el dormitorio de detrás. Lo utilizo como trastero, pero te bastará apartar unas cuantas cajas.

–Muy bien dijo él con un leve gesto de asentimiento – Si estás segura de que no voy a molestarte. Sólo me quedaré un par de semanas. Tenía ganas de ver a algunos de los viejos camaradas. Mark... Galen... David... Chris... esos tipos.

Alice se puso en pie, se acercó a la ventana y la levantó. Eres bienvenido y puedes quedarte cuanto quieras, Larry. Quizá no sé expresarme muy bien, pero me alegra verte. No tuvimos una buena despedida. Hubo palabras duras. – El rostro de Alice se mostró todavía adusto; pero también desbordante de un cariño terrible, renuente –. Lamento haberlas pronunciado. Las dije solo porque te quiero. Nunca supe manifestarte este sentimiento como es debido, y por eso lo hice de otra manera.

No te preocupes – murmuró él, mirando la mesa, y notó que había vuelto a sonrojarse –. Escucha, aportaré dinero para los gastos.

Si quieres, puedes hacerlo. Y, si no, nadie te obliga. Estoy trabajando. Hay mucha gente que no puede decir lo mismo. Todavía eres mi hijo.

Larry pensó en el gato rígido, mitad fuera y mitad dentro del cubo de la basura, y en Dewey Deck, que llenaba sonriendo los cuencos. Y de pronto se echó a llorar. Mientras el velo de las lágrimas emborronaba la imagen de sus manos, pensó que ésa debería haber sido la reacción de su madre, y no la suya. Nada había salido como él tenía previsto. Nada. Ella había cambiado, después el también; pero no como la había imaginado. Se había producido una inversión antinatural: ella había crecido y él se había empequeñecido. No había vuelto a casa porque tuviera que ir a alguna parte. Su regreso se debía a que tenía miedo y necesitaba a su madre.

Ella continuó junto a la abierta ventana, observándolo. Las cortinas oscilaron a causa de la brisa húmeda, y le oscurecieron la cara, sin ocultarla por completo pero haciendo su rostro fantasmal Los ruidos del tránsito penetraban por la ventana. Sacó su pañuelo del escote del vestido, se acercó a la mesa y lo depositó en una de las manos anhelantes de su hijo. En Larry había veta dura. Ella hubiera podido ponerle a prueba, ¿Pero a que conducía eso? Su padre había sido un blando y, en el fondo de su corazón, ella sabía que fue eso lo que lo envió a la tumba. Max Underwood había hecho mejor las cosas concediendo crédito que dándolo Por lo tanto, ¿de dónde había salido aquella veta dura en su hijo? ¿A quién tenía Larry que agradecérselo? ¿O que echarle la culpa?

Esas lágrimas no modificarían la naturaleza de Larry, así como una tormenta de verano no puede cambiar la forma de una roca. Aquella dureza podría servir para muchas cosas. Ella sabía había sabido como una mujer que criaba a un niño ella sola, en una ciudad que se preocupa muy poco por las madres y mucho menos por sus hijos. Pero Larry aún no lo había averiguado. Él era sólo lo que ella había dicho que era: el mismo antiguo Larry. Seguiría adelante, sin pensar, metiendo a la gente en problemas incluido él mismo. Y cuando los líos fuesen muy grandes, recurriría a aquella dura veta para liberarse de ellos por sí mismo. ¿Y en lo que se refería a los demás? Pues dejaría que se hundiesen o que nadasen por su cuenta. Las rocas son fuertes. Existía una gran dureza en su carácter, pero seguía empleándola de una manera destructiva. Podía verlo en sus ojos, leerlo en cada matiz de su manera de actuar... Incluso en su manera de mover aquel palito cancerígeno para hacer anillos en el aire. Nunca había aguzado aquella dura pieza de sí hasta convertirla en una espada con la que cortar a la gente. Y eso ya era algo. Pero, cuando lo

necesitase, recurriría a ello, igual que lo hizo de niño, y lo emplearía como una maza para librarse de las trampas que él mismo se había tendido. En una ocasión, se dijo a sí misma que Larry cambiaría. *Ella* lo había echo; él lo *haría*.

Pero no tenía delante a ningún niño, sino a un hombre hecho y derecho, y temió que sus días de cambio, el de tipo fundamental que su ministro definía como un cambio de alma más que un cambio de corazón, ya los había sobrepasado. Existía algo en él que producía el cruel estremecimiento que se experimenta al morder el papel de estaño o al oír el chirrido de la tiza sobre la pizarra. En el fondo, espiando hacia fuera, sólo estaba Larry. Él era el único que podía entrar libremente en su corazón. Ella lo amaba.

También pensó que Larry tenía una reserva de bondad, de inmensa bondad. No obstante, a esas alturas de la vida se necesitaría una catástrofe para sacarla a relucir. Allí no había ninguna catástrofe; sólo su hijo, llorando.

–Estás cansado – le dijo –. Limpia esto. Yo trasladaré las cajas y luego te echas a dormir. Pese a todo, me las apañaré.

Atravesó el corto pasillo hasta la habitación trasera, el antiguo dormitorio de él. Larry la oyó gruñir y mover cajas. Se enjugó los ojos con lentitud. El sonido del tráfico atravesó la ventana. Trató de recordar la última vez que había llorado delante de su madre. Pensó en el gato muerto. Ella tenía razón. Estaba cansado. Jamás había estado tan cansado. Se fue a la cama y durmió casi dieciocho horas de un tirón.

6

La tarde se hallaba muy avanzada cuando Frannie fue a la parte posterior de la casa, donde su padre escardaba con paciencia los guisantes y las habas. Ella había nacido cuando sus padres ya eran ya mayores, y ahora él había pasado el límite de los sesenta. El cabello blanco le asomaba por debajo de la gorra de béisbol que usaba siempre. Su madre había ido a comprar guantes blancos en Portland. La mejor amiga de la infancia de Fran, Amy Lauder, se casaría a comienzos del mes próximo.

Contempló plácidamente la espalda de su padre, limitándose a disfrutar del cariño que sentía por él. En aquel momento del día, la luz adquiría un matiz especial que a ella le gustaba mucho, una tonalidad intemporal que pertenecía sólo a las cosas más fugaces del Maine de principios del verano. Cuando, a mediados de enero, pensara en aquel particular tono de luz, sentiría un fuerte dolor en el corazón. La luz de las tarde del inicio del verano, mientras se deslizaba hacia la oscuridad, albergaba en su seno muchísimas cosas buenas: partidos de béisbol en el parque Little League, donde siempre jugaba de tercera base y bateaba de modo impecable. Sandías, las primeras mazorcas de maíz, té helado en vasos muy fríos... Infancia.

Frannie se aclaró un poco la garganta.

–¿Necesitas que te eche una mano?

Él se volvió y sonrió.

–Hola, Fran. Me has sorprendido *in fraganti*, ¿verdad?

–Supongo que sí.

–¿Ya ha regresado tu madre?– Frunció vagamente el ceño y luego sus facciones se despejaron –. No, es cierto. Acaba de irse, ¿verdad? Sí, échame una mano, si quieres. Pero no te olvides de lavarte después.

–Las manos de una mujer son el espejo de sus hábitos – bromeo Fran, y resopló.

Peter, su padre, se esforzó para conseguir una expresión de escepticismo pero fracasó.

Fran se agachó en la hilera contigua a él y empezó a escardar. Se oía el piar de los gorriones y, desde la Carretera número 1, a menos de cien metros, llegaba el rumor constante del tráfico. No era tan intenso como lo sería en julio, cuando casi todos los días se produjera un accidente fatal entre ese punto y Kittery, pero ya estaba aumentando.

Peter le describió su jornada y ella respondió con las preguntas adecuadas. Él era mecánico en una gran fábrica de piezas de automóvil de Sanford, la mayor al norte de Boston. Tenía sesenta y cuatro años e iba a iniciar su último año de trabajo antes de jubilarse. Sería un año breve, porque había acumulado cuatro semanas de vacaciones atrasadas, y pensaba tomárselas en septiembre después de que los «idiotas forasteros» hubieran vuelto a sus casas. Pensaba mucho en la jubilación. Le explicó que trataba de no pensar en ello como en unas interminables vacaciones. Tenía ya muchísimos amigos jubilados y le habían explicado que no se trataba de *eso* en absoluto. No creía que llegara a aburrirse tanto como Harlan Enders, ni que llegara a ser tan vergonzosamente pobre como los Caron. Allí estaba, por ejemplo, el pobre Paul, que apenas había faltado un día en su vida al taller y, sin embargo, su esposa y él se habían visto forzados a vender la casa y a trasladarse a vivir junto con su hija y su marido.

Peter Goldsmith no se había contentado con la Seguridad Social. Nunca confió en ella, incluso antes de los días en que el sistema empezara a hundirse a causa de la recesión, la inflación y la cada vez más creciente cantidad de personas jubiladas. No hubo demasiados demócratas en el Maine durante los años treinta y cuarenta, le explicó a la atenta oyente de su hija, pero su abuelo había sido uno de ellos, que, además, hizo de su padre otro magnifico demócrata. En los prósperos tiempos de Ogunquit, aquello convirtió a los Goldsmith en una especie de parias. Pero su padre tenía un proverbio tan escéptico como la más inflexible filosofía del Maine republicano: no pongas tu confianza en los príncipes de este mundo, puesto que sólo pensarán en ellos, lo mismo que sus gobiernos, hasta el fin de los tiempos.

Frannie se echó a reír. Le gustaba oír a su padre hablar de aquella manera. No era algo que hiciese a menudo, porque su madre y la mujer que era su esposa no hicieron ni hacían otra cosa que replicarle con mordacidad.

Tienes que confiar sólo en ti mismo, le aconsejaba, y dejar que los príncipes de este mundo sigan adelante, lo mejor que puedan con las personas que los han elegido. La mayoría de las veces esto no sale muy bien, pero resulta lo apropiado; ambos tienen lo que se merecen. La respuesta es dinero en efectivo – le dijo a Frannie –.

–Un hombre que ama el dinero es un bastardo –dijo –, alguien que debe ser odiado. Un hombre que no se haga cargo de esto es un bobo. No puedes odiarlo, pero llegas a tenerle lástima.

Fran se planteó si estaría pensando en el pobre Paul Caron, que había sido amigo suyo desde antes de que ella naciera; pero decidió no preguntarlo.

De cualquier modo, no necesitaba que él dijera que había guardado lo suficiente en los buenos tiempos para poder salir adelante. Y sí le dijo es que ella nunca había sido una carga para ellos, ni en los buenos tiempos ni en los malos, y que estaba orgulloso de poder decir a sus amigos que había podido mandarla a la escuela. Y explicó que todo aquello que no pudieron cubrir el dinero de él o el cerebro de la chica, lo había logrado ella de esa forma: inclinando la espalda y apretando los codos. Había que trabajar, y trabajar duro, si uno deseaba abrirse paso en esta mierda de país. La madre de ella jamás lo había entendido. Las mujeres se veían sometidas a cambios, les gustase o no; y a Carla le resultaba difícil meterse en la cabeza que Fran no se hubiese dedicado a buscar un buen marido.

–Lo único que ve es a Amy Lauder casada – dijo Meter –, y le parece que lo mismo debería ser para mi Fran. Amy es bonita; pero cuando pones a mi Fran a su lado, Amy Lauder parece un plato viejo desportillado. Tu madre ha estado empleando durante toda su vida sus antiguos criterios, y ahora ya no le es posible cambiar. No tienes más que rascar un poco y verás saltar

chispas, como del acero contra el pedernal. Así son las cosas. Y no se puede echar la culpa a nadie Pero tienes que recordar, Fran, que es ya muy vieja para cambiar. Tú te has hecho ya lo bastante mayor como para comprenderlo.

Después de toda esta divagación, volvió de nuevo a lo de su empleo, y le contó cómo uno de sus compañeros había estado a punto de perder el pulgar en una pequeña prensa debido a que tenía la mente en el billar mientras que su maldito dedo pulgar se hallaba debajo de la máquina. Gracias a Dios que Lester Crowley pudo apartarle a tiempo. Pero, añadió, algún día Lester Crowley no estaría allí. Luego su rostro pareció iluminarse y comenzó a hablarle acerca de una idea que se le había ocurrido respecto a una antena para coche que pudiera ocultarse en el adorno del capó.

Su voz saltaba de un tema a otro, dulce y reconfortante. Las sombras de sus cuerpos se alargaron, estirándose sobre las hileras que tenían delante. Como siempre, Fran se sintió arrullada por aquella voz. Se había acercado a él para decirle algo; pero, desde su más tierna infancia, se había acercado a él muchas veces para decirle algo y en cambio se había quedado a escuchar. No la aburría. Por lo que ella sabía, no aburría a nadie, excepto tal vez a su madre. Era un buen narrador. De los mejores.

Se dio cuenta de que Peter se había callado. Estaba sentado sobre una piedra, en el extremo de su hilera. Cargaba la pipa y observaba a Fran.

–¿En qué piensas, Frannie?

Ella miró desconcertada, sin saber muy bien cómo debía proceder. Se había acercado para decírselo, y ahora no estaba segura de poder hacerlo. El silencio flotó entre ellos, se agigantó, y acabó convirtiéndose en un abismo insoportable. Respingó.

–Estoy encinta – informó con toda sencillez.

Él dejó de llenar la pipa y se limitó a mirarla.

–Encinta – murmuró, como si nunca hubiera oído la palabra y luego agrego: Oh, Frannie... ¿Es una broma? ¿O un juego?

–No, papá.

–Acércate y siéntate a mi lado.

Ella avanzó obedientemente por la hilera y se sentó junto a él. Un muro de piedra separaba su parcela de la del vecino. Del otro lado del muro, crecía un seto enmarañado, de perfume dulzón, que se había tornado silvestre con la mayor naturalidad del mundo. A Fran le palpitaba la cabeza y sentía algo de náuseas.

–¿Estás segura?– le preguntó su padre.

–Sí – respondió ella.

Y, a continuación, sin ningún artificio, sencillamente porque no podía evitarlo, prorrumpió en sollozos convulsivos, ruidosos.

Él la sostuvo con un brazo durante lo que le pareció ser un rato larguísimo. Cuando las lágrimas empezaron a aminorar, hizo un esfuerzo para formularle la pregunta que más la inquietaba.

–¿Papá, me sigues queriendo?

–¿Cómo?– la miró intrigado. Sí. Sigo queriéndote mucho Frannie.

Aquello le hizo llorar de nuevo; pero esta vez él la dejó sola mientras encendía la pipa. El aroma de «Bortrum Riff» empezó a esparcirse lento sobre la débil brisa.

–¿Estás desilusionado?– preguntó Fran.

–No lo sé. Nunca tuve una hija embarazada y no sé cómo debo tomarlo. ¿Ha sido Jess?

Ella asintió con la cabeza.

–¿Se lo has dicho?

Volvió a asentir.

–¿Qué dijo él?

–Que se casaría conmigo. O que me pagaría un aborto.

–Boda o aborto – murmuró Peter Goldsmith, y chupó su pipa –. Es un chico con muchos recursos.

Fran se miró las manos, abiertas sobre los vaqueros. Había tierra en los pequeños surcos de los nudillos y debajo de las uñas. Las manos de la mujer son el espejo de sus hábitos, dictaminó su voz. Una hija embarazada. Tendré que borrarme del padrón de la iglesia. Las manos de la mujer...

–No quiero entrometerme en tu intimidad más de lo necesario –dijo su padre –. ¿Pero ninguno de los dos adoptasteis precauciones?

–Yo tomaba píldoras anticonceptivas – confesó ella –. Fallaron.

–Entonces no puedo culpar a nadie, como no sea a los dos – sentenció él, mirándola con atención –. Y eso tampoco puedo hacerlo, Frannie. No puedo formular recriminaciones. A los sesenta y cuatro uno tiende a olvidar qué pasaba a los veintiuno. Así que no hablaremos de culpas.

Ella asintió, invadida por un gran alivio, que se pareció un desvanecimiento.

–Tu madre tendrá mucho que decir respecto a culpabilidades –prosiguió Peter –. Y no la haré callar. Pero tampoco la apoyaré. ¿Entiendes?

Fran asintió con la cabeza. Su padre ya no trataba de oponerse a su madre. No lo hacía en voz alta. En una ocasión, le había explicado a Frannie que su madre, que tenía la lengua muy afilada, se desbocaba cuando la contradecían. Frannie sospechaba que, muchos años atrás, su padre había tenido que optar entre un enfrentamiento permanente que culminaría en el divorcio, o la capitulación. Había optado por capitular... pero a su manera.

–¿Estás seguro de que podrás abstenerte de intervenir, papá? –inquirió ella en tono parsimonioso.

–¿Me pides que tome partido por ti, Fran?

–No lo sé.

–¿Qué harías tú?

–¿Con mamá?

–No. Contigo, Frannie.

–No lo sé.

–¿Te casarás con él? Dos pueden vivir con el mismo presupuesto que uno. Al menos eso se dice.

–No creo que sea posible. Me parece que he dejado de amarlo si es que alguna vez lo amé.

–¿Por el bebé?

Ahora la pipa tiraba bien, y el humo impregnaba el aire de verano con una fragancia dulzona. Las sombras se acumulan en recovecos de la huerta y los grillos empezaban a hacerse oír.

–No, el bebé no es la razón, de todos modos ya había empezado a suceder. Jess es... –Su voz se apagó.

Trató de identificar el defecto que le atribuía a Jess, la falta podía disimularse en medio de los apuros que generaba el bebé, deficiencia que ahora podía sepultar y que podría permanecer latente durante seis meses, dieciséis, o veintiséis, para salir finalmente de su madriguera y

atacarlos a ambos. Cásate de prisa, arrepiéntete despacio. Una de las máximas favoritas de su madre.

–Es débil – sentenció –. No puedo explicarlo mejor.

–No confías en que pueda salir adelante a tu lado, ¿verdad Frannie?

–No – respondió, pensando que su padre acababa de acercarse más que ella a la médula del problema.

No confiaba en Jessie, que provenía de un ambiente de dinero de camisas de trabajo de cambray azul.

–Jess quiere hacerlo bien. Hacer lo apropiado. Ésa es la verdad. Pero... Hace dos semestres acudimos a una conferencia académica de poesía. La daba un hombre llamado Ted Enslin. El lugar se hallaba atestado. Todo el mundo escuchaba con gran solemnidad..., con muchísima atención..., para no perderse ni una palabra. Y yo... Ya me conoces...

Su padre la rodeó amistosamente con el brazo, y le dijo:

–Frannie, a ti te entró una risa tonta.

–Sí. Eso es. Ya sabía que me conocías muy bien.

–Te conozco un poco comentó.

–Pues sí, las risitas... se presentaron vete a saber de dónde. Yo no hacía más que pensar: «El desaliñado, el desaliñado, todos hemos venido a escuchar al desaliñado.» Era como una pulsación, como una canción que escuchas por la radio. Y me vinieron las risillas. Yo no quería reírme. En realidad, no tenían nada que ver con la poesía del señor Enslin, que era muy buena, ni con el aspecto que tiene. Lo que motivaba mi reacción era más bien la forma que tenían de mirarlo...

Observó a su padre para ver cómo se lo estaba tomando. Él se limitó a hacer un ademán indicándole que continuara.

–De todos modos, tuve que salirme. Quiero decir que no me quedó más remedio que hacerlo. Y Jess se puso furioso conmigo. Estoy segura de que tenía razón para enfurecerse... Había sido una chiquillada, una forma infantil de *sentir* las cosas... Pero así es, en general, la forma que tengo de comportarme. No siempre. Puedo ser seria en las cosas...

–Si, claro que puedes.

–Pero a veces...

–A veces el Rey de la Risa te acomete y eres una de esos personas que no puede evitarlo – sentenció Peter.

–Supongo que sí. De todos, modos, Jess no es una de esas personas –Y si estuviésemos casados... no dejaría de ver en casa a ese huésped indeseado que yo permitiría entrar. No todos los días, pero si lo bastante a menudo como para que se volviera loco. Luego yo intentaría enmendarme... Y supongo...

–Creo que serías un tanto infeliz – comentó Peter, abrazándola con mas fuerza contra sí.

–Tienes razón – admitió ella.

–Entonces no dejes que tu madre te haga cambiar de opinión. Cerró los ojos, esta vez aún más aliviada. Él la había entendido.

–¿Qué te parece la idea del aborto?– preguntó al cabo de un rato.

–Me parece que es de eso de lo que deseas hablar. Ella lo miró desconcertada.

El le devolvió la mirada, un poco burlón, sonriendo con una sonrisa y alzando una de sus pobladas cejas, la izquierda. Sin embargo, la impresión general que captó de su padre fue más bien de una gran seriedad.

–Tal vez sea cierto – replicó con lentitud.

–Escucha – dijo él.

Sin embargo quedó callado. Pero ella escuchaba y oyó un gorrión, los grillos, el lejano rugido de un avión, alguien que le ordenaba a Jackie que acudiera de inmediato, una cortadora de césped eléctrica, un coche con silenciador de lana de vidrio que aceleraba por la número uno.

Se disponía a preguntarle si se sentía bien, cuando él le cogió la mano y habló.

–Frannie, no es justo que tu padre sea tan viejo, pero no puedo solucionarlo. Me casé tarde, en 1956.

La miró pensativo, en la penumbra del crepúsculo.

–Carla era distinta en aquella época Era… ardiente como el fuego, también en esto era joven. No cambió hasta la muerte de tu hermano Freddy. Hasta entonces fue joven. Después de morir Freddy, dejó de madurar. Verás... No debes creer que esté hablando en contra de tu madre, Frannie, aunque en realidad lo parezca. Lo que digo es que Carla... ya no maduró más después de aquello. Aplicó tres capas de laca y una de cemento instantáneo sobre su forma de ver las cosas, y ahí terminó todo. Ahora parece la guardiana de un museo de ideas; y si ve que alguien manosea los objetos exhibidos, le suelta un buen sermón. Pero en otros tiempos no era así. Sólo tienes mi palabra como prueba de que ella no siempre fue de ese modo.

–¿Cómo era antes, papá?

–Oh...– lanzó una mirada distraída en torno a la huerta – parecía mucho a ti, Frannie. Tenía accesos de risa. Íbamos juntos a Boston para ver Jugar a los «Red Sox» y, durante el descanso, me acompañaba al bar y tomaba una cerveza

–¿Mamá... bebía cerveza?

–Sí, la bebía. Y después pasaba la mayor parte de la novena entrada del partido en el lavabo, y salía maldiciéndome porque le había hecho perder lo mejor. Cuando, en realidad, había estado todo el tiempo diciéndome que bajásemos al parque para achucharnos.

Frannie intentó imaginar a su madre con un vaso de cerveza «Narragansett» en la mano, mirando a su padre y riendo como una chica enamorada. Le fue imposible lograrlo.

–Durante mucho tiempo tratamos de engendrar un hijo – continuó él, abstraído –. Fuimos a un médico, ella y yo, para ver cuál de nosotros funcionaba mal. El doctor nos explicó que ninguno de los dos. Entonces, en el sesenta, nació tu hermano Fred. Estuvo a punto de matarlo de tanto cariño, Fran. En el sesenta y cinco sufrió un aborto y ambos pensamos que ése era el fin. Hasta que llegaste tú, en el sesenta y nueve, con un mes de anticipación pero bien. Y yo casi te maté de tanto cariño. Cada uno tuvimos el nuestro. Pero tu madre perdió el suyo.

Se quedó callado, cavilando. Fred Goldsmith había muerto en 1973. Tenía trece años, y Frannie cuatro. El hombre que embistió a Fred estaba borracho. Tenía una larga lista de infracciones de tráfico, en las que se incluían exceso de velocidad, conducción temeraria y conducir bajo efecto de drogas. Fred sobrevivió siete días.

–Pienso que aborto es una palabra demasiado limpia para designar ese acto – dijo Peter Goldsmith, cuyos labios se movieron con lentitud al pronunciar cada palabra, como si le doliesen –. Creo que es un infanticidio puro y simple. Siento decirlo de esta manera, ser tan… inflexible, ser de la forma que quieras llamarlo… a de lo que ahora te ves obligada a considerar, aunque sólo porque la ley dice que debes pensártelo; pero es así... Ya te he advertido que soy viejo.

–No eres viejo, papá – murmuró ella.

–¡Lo soy, lo soy!– insistió él con rudeza y, de repente, pareció muy afectado –. Soy un viejo que pretende aconsejar a una hija. Es como si un mono tratara de enseñarle buenos modales a uno. Un conductor borracho segó la vida de mi hijo hace diecisiete años, y mi esposa nunca volvió a ser la misma. Cuando he considerado el problema del aborto siempre lo he hecho pensando en Fred. Parece que no puedo enfocarlo desde otro ángulo, soy tan impotente como tú cuando no pudiste evitar reírte en aquella lectura poética. Tu madre despotricaría contra el aborto por todas las razones de rutina. Invocaría la moral, una moral que se remonta a dos mil años. El derecho a la vida. Toda nuestra moral occidental descansa sobre esa idea. Yo he leído a los filósofos. Tu madre prefiere el *Reader's Digest*... Pero al final soy yo quien esgrime los argumentos sentimentales mientras ella se atiene a los códigos morales. Sólo veo a Fred. Lo destrozaron por dentro. No tuvo ninguna posibilidad. Las matronas defensoras del derecho a la vida blanden fotografías de fetos ahogados en sal, de brazos y piernas raspados sobre una mesa de acero. ¿Y qué? La conclusión de la vida nunca es bella. Yo sólo veo a Fred, postrado en esa cama durante siete días, con vendas que ocultaban todo lo roto. La vida es barata, y el aborto la abarata aún más. Yo he leído mucho más que ella; no obstante ella es quien logra al final poner más sentido en las cosas Lo que hacemos y lo que pensamos... Todo eso se basa con frecuencia en juicios arbitrarios cuando ellos tienen razón. No puedo llegar más allá. Es como algo que me obtura la garganta, ver cómo esas cosas tan lógicas se derivan en realidad de lo irracional. De la fe. ¿No te he resultado muy útil, verdad?

–No quiero abortar – manifestó ella en tono sereno –. Tengo mis propias razones.

–¿Cuáles son?

–El bebé es una parte de mí – respondió ella, levantando un poco el mentón –. Si eso es mi propio ego, no me importa.

–¿Lo darás en adopción, Frannie?

–No lo sé.

–¿Deseas hacerlo?

–No. Quiero conservarlo.

Él se quedó callado. Frannie creyó captar su desaprobación. ¿Piensas en la escuela, no es cierto?– inquirió.

–No – contestó él.

Se levantó, se llevó las manos a la zona lumbar e hizo una mueca complacida cuando crujió su columna vertebral.

–Pienso que hemos hablado lo suficiente. Y que todavía no es necesario que tomes una resolución.

–Ha llegado mamá – anunció Fran.

En el preciso instante en que él se volvió para seguir la dirección de la mirada de su hija, el coche entraba en el camino particular, reflejando sobre sus cromados los últimos sucesos del día. Carla los vio, hizo sonar el claxon y agitó la mano con alegría.

–Tengo que decírselo – murmuró Fran.

–Sí. Pero es mejor que esperes un día, Frannie.

–Está bien.

Le ayudó a recoger las herramientas de jardinería y después se encaminaron juntos hacia el automóvil.

Librodot

7

En la leve luz que se extiende por el paisaje poco después de ocultarse el sol, pero antes de la auténtica oscuridad, durante uno de esos escaso minutos que los que hacen cine llaman «la hora mágica», Vic Palfrey salió de un delirio verde a una breve lucidez.

Me estoy muriendo, pensó y las palabras resonaron de una forma extraña a través de su mente, haciéndole creer que había hablado en voz alta, a pesar de no haber sido así.

Miro a su alrededor y vio una cama de hospital, alzada para evitar que sus pulmones se ahogasen. Lo habían asegurado bien con unas pinzas de latón y los laterales de la cama estaban levantados. Supongo que me han dado una paliza, pensó un poquito divertido. Que me han pateado unos diablos. Un poco después se planteó: ¿Dónde estoy?

Tenía un babero alrededor del cuello, que aparecía con grumos de flema. Le dolía la cabeza. Unos extraños pensamientos le entraban y le salían de la mente. Supo que había permanecido presa del delirio... Y que aquello volvería. Estaba enfermo y aquel momento no significaba curación, ni el comienzo de una curación, sino sólo un breve respiro.

Apoyó la parte interior de su muñeca derecha contra la frente y la apartó con una mueca, del mismo modo que uno retira la mano de una estufa al rojo vivo. Estaba ardiendo. Y lleno de tubos. De la nariz le salían dos de plástico transparente. Otro surgía de debajo la sábana hospitalaria, y llegaba hasta una botella en el suelo. Supo muy bien dónde estaba conectado el otro extremo de aquello. Dos botellas colgaban de una percha a un lado de la cama. De cada una salía un tubito y luego ambos se juntaban hasta formar una y griega, y terminaban en su brazo, exactamente en la flexión antes del codo. Un gotero intravenoso.

Cabía suponer que eso ya era suficiente, pensó. Pero había también cables encima de él. Apoyados en su cráneo. Y en el pecho. Y en el brazo izquierdo. Uno parecía estar empotrado en su jodido ombligo. Y, para acabar de coronarlo todo, casi no le cabía duda de que tenía uno pegado al trasero. Dios mío, ¿para qué podría ser? ¿Para mierda por radar?

–¡Eh!

Había intentado lanzar un grito resonante e indignado. Pero lo que emitió fue el humilde susurro de un hombre muy enfermo. Y salió rodeado de aquellas flemas con las que parecía estar ahogándose.

Mamá, ¿ha entrado George el caballo?

Aquello sólo eran delirios en voz alta. Un pensamiento irracional que se ampliaba a través del campo de un razonamiento, como si se tratase de un meteoro. De todas maneras, casi había llegado a engañarle durante un segundo. No resistiría demasiado. La idea le llenó de pánico. Al mirarse sus flacos brazos, supuso que habría perdido por lo menos unos quince kilos, y tampoco había tenido demasiada cosa para empezar. Esto, fuese lo que fuese, acabaría por matarlo. Al pensar que iba a morirse balbuciendo tonterías e inanimado como un viejo senil, acabó aterrado.

Georgie se ha ido a cortejar a Norma Willis. Debes coger ese caballo, Vic, y colocarle el cabezal como un buen chico.

Eso no es cosa mía.

Victor, debes querer a tu mamá.

Claro que te quiero. Pero no es...

Debes querer a mamá. Mamá ha cogido la gripe.

No la tienes, mamá. Tienes tuberculosis. Es la tuberculosis la que te matará. En mil novecientos cuarenta y siete. Y George morirá seis días después de llegar a Corea, el tiempo suficiente para escribir una carta y luego bang, bang, bang. George está. . .

Vic, ayúdame y mete a ese caballo, ésa es mi última palabra.

–Soy yo quien tiene la gripe y no ella – susurró, volviendo de nuevo a la superficie de la realidad –. Soy *yo*.

Estaba mirando hacia la puerta, pensando que era una puerta medianamente graciosa incluso para un hospital. Tenía redondeadas las esquinas, y se hallaba adornada con remaches. El borde inferior se encontraba por lo menos a quince centímetros del suelo de baldosas. Hasta un carpintero chapucero como Vic Palfrey podría

(basta de juerga, Vic, ya es suficiente)

(Mamá, me ha cogido mis tiras de cómic. ¡Que me las devuelva! ¡Que me las devuelva...!)

hacer una mejor. Era

(acero)

Algo en aquel pensamiento hundió un clavo en su cerebro y forcejeó para incorporarse con el fin de ver mejor la puerta. Sí, lo era. Definitivamente lo era. Una puerta de acero. ¿Por qué se encontraba en un hospital detrás de una puerta de acero? ¿Qué había sucedido? ¿Estaba realmente muriéndose? ¿No sería mejor pensar cómo se iba a enfrentar a Dios? Dios, ¿qué ha *sucedido*? Trató desesperadamente de atravesar aquella niebla gris colgante, pero sólo la atravesaban unas voces, muy a lo lejos, unas voces a las que no podía atribuir nombres.

Ahora lo que digo es... lo que tendría que decir es...«que se joda esa mierda de inflación»...

Será mejor que apagues los surtidores, Hap.

(¿Hap? ¿Bill Hapscomb? ¿Quién es él? Conozco ese apellido)

Dios mío...

Están muertos, eso es...

Dame la mano y te arrastraré hasta aquí...

Desvuélveme mis tiras de cómic, Vic, que has...

En aquel momento, el sol se hundió lo suficiente por debajo del horizonte como para que se conectase un circuito activado por celdas fotoeléctricas, (un circuito que se activaba por falta de luz). Se encendieron las lámparas de la habitación. Al iluminarse, Vic pudo ver la hilera de rostros que le observaban solemnes desde detrás de dos capas de cristal. Se puso a gritar, pues al principio creyó que se trataba de las personas que habían mantenido aquellas conversaciones en su mente. Una de las figuras, un hombre con bata de médico, estaba haciendo unos urgentes ademanes hacia alguien que se encontraba fuera del campo de visión de Vic, el cual había agotado ya su capacidad de asustarse. Se hallaba demasiado débil para permanecer asustado durante tanto tiempo. Pero aquel repentino susto que llegó con el silencioso florecimiento de luz y su visión de los rostros que lo miraban (como un jurado de fantasmas en sus blancas batas de hospital) había despejado parte del bloqueo de su cerebro. Ya sabía dónde estaba. En Atlanta. Atlanta, Georgia. Habían llegado y se los llevaron, a él, a Hap, a Norm, a la esposa de Norm y a los niños de Norm. Se habían llevado a Hank Carmichael, Stu Redman... Sólo Dios sabía a cuántos más. Vic había permanecido asustado e indignado. Claro, él tenía un resfriado y estornudos, pero seguramente no le afectaba el cólera o lo que fuera que padeciesen aquel pobre hombre Campion y su familia. Él tenía algunos grados de fiebre, y recordaba que Norm Bruett se había tambaleado y necesitado de ayuda para subir la escalerilla del avión. Su mujer se hallaba muerta de miedo y lloraba. El pequeño Bobby Bruett también sollozaba... lloraba y tosía. Una tos rasposa y bronca. El avión se encontraba en la pequeña pista en las afueras de Braintree. Para salir de los límites de la ciudad de Arnette tuvieron que pasar por un bloqueo de carreteras, en la 93, y los hombres estaban tendiendo alambre de espino... Tendiendo alambre espinoso allí mismo, en el desierto...

Destelló una luz roja por encima de aquella extraña puerta. Luego, se produjo un sonido silbante y a continuación otro sonido como el de una bomba funcionando. Cuando se extinguió, la puerta

se abrió El hombre que entró iba vestido con un gran traje blanco de presión, con un casco transparente en la cabeza. Detrás del visor se distinguía la cabeza del hombre como un globo encerrado en una cápsula. Llevaba a la espalda depósitos de oxígeno y, cuando habló, su voz resultó metálica y desfigurada, desprovista de toda característica humana. Podía haberse tratado de una voz procedente de un videojuego, como aquella que decía: «Pruebe de nuevo, cadete del espacio», cuando fallabas en la última jugada.

Chirrió:

–¿Cómo se encuentra, señor Palfrey?

Pero Vic no pudo responder. Había regresado a aquellas profundidades verdes. Fue a su mamá a la que vio detrás de la escafandra del traje blanco. Mamá estaba vestida de blanco cuado papá los llevó a George y a él a verla por última vez al sanatorio. Habían tenido que llevársela al sanatorio para que ningún miembro de la familia atrapase lo que ella tenía. La tuberculosis es contagiosa. Te puedes morir.

Habló a su mamá... Le prometió que iba a ser bueno y a ocuparse del caballo... Le dijo que George le había quitado sus tebeos... Le preguntó si ella se encontraba mejor... y si creía que podría regresar pronto a casa... El hombre del traje blanco le puso una inyección y él se hundió más todavía. Sus palabras se hicieron incoherentes. El hombre del traje blanco miró hacia atrás, a los rostros que se hallaban detrás del cristal, y meneó la cabeza.

Encendió con el mentón un intercomunicador que llevaba dentro del casco y dijo:

–Si esto no surte efecto, lo perderemos a eso de medianoche…

Para Vic Palfrey la hora mágica se había acabado.

–Limítese a arremangarse, señor Redman – dijo la bonita enfermera de cabello oscuro –. Es cuestión de un minuto.

En sus manos enguantadas sostenía la abrazadera del estifigmomanómetro. Sonreía detrás de la máscara de plástico como si compartieran un secreto gracioso.

–No – respondió Stu.

La sonrisa vaciló un poco.

–Se trata tan sólo de la tensión sanguínea. Es un momento.

–No.

–Es orden del médico – manifestó ella, adoptando un tono formal –. Por favor.

–Si es orden del médico, quiero hablar con él.

–Temo que ahora está ocupado. Si se limita a...esperaré – respondió Stu en tono apacible, sin hacer el menor ademán de desabrochar el puño de la camisa.

–Me limito a cumplir con mi deber. No querrá ponerme en evidencia, ¿verdad?– Esta vez le dedicó una sonrisa de huérfana seductora –. Si me permitiera...

–No –repitió Stu –. Vaya y comuníquelo. Enviarán a alguien. La enfermera se encaminó hacia la puerta de acero, con talante enfadado, e hizo girar la llave cuadrada en la cerradura. La bomba neumática hizo presión, la puerta se abrió con un siseo, y ella salió. Mientras volvía a cerrarse, la enfermera dirigió a Stu una última mirada de reproche. Él la miró a su vez con expresión de mansedumbre.

Cuando la puerta se cerró del todo, Stu se levantó y se acercó rápidamente a la ventana. Cristal doble y rejas por fuera. Pero ya había oscurecido por completo y no había nada que ver. Volvió a sentarse. Vestía unos vaqueros desteñidos y una camisa a cuadros y calzaba botas marrones,

cuya costura empezaba a hincharse por los costados. Se pasó una mano por la cara e hizo una mueca al sentir los pinchazos. No le dejaban afeitarse y la barba le crecía con mucha rapidez.

No tenía nada que objetar a las pruebas. A lo que sí ponía objeciones era a que lo dejaran a ciegas, asustado. No estaba enfermo, al menos de momento, pero tenía mucho miedo. Allí estaban montando una superchería y él no seguiría colaborando si no le informaban acerca de lo que había sucedido en Arnette y de cuál había sido la participación de aquel fulano Campion. Cuando lo supiera todo, por lo menos podría asentar sus temores sobre algo sólido.

En los ojos de ellos leía que habían esperado antes sus preguntas. En los hospitales tienen medios para ocultar las cosas. Su esposa había muerto de cáncer hacía cuatro años, a los veintisiete. Le empezó en la matriz y le corrió por el cuerpo como un reguero de pólvora, y Stu había visto cómo evadían sus preguntas, ya fuera cambiando de tema o suministrándole la información en largas parrafadas técnicas. De modo que él no había indagado nada, y eso les preocupaba. Era la hora de preguntar y así obtendría alguna respuesta. En monosílabos.

El mismo podía hacer algunas conjeturas. Campion, su esposa y su hija habían pillado algo grave. Se manifestaba como la gripe o un resfriado de verano, pero era de suponer que luego se hacía cada vez peor hasta que te ahogabas con tu propia flema o te consumía la fiebre. Y se trataba de algo muy contagioso.

Habían ido a buscarlo en la tarde del diecisiete, hacía dos días. Cuatro militares y un médico. Amables pero inflexibles. Ni pensar en resistirse: los cuatro militares iban armados. Entonces fue cuando Stu Redman empezó a asustarse en serio.

Una verdadera caravana salió de Arnette rumbo a la pista de aviación de Braintree. Stu viajó con Vic Palfrey, Hap, los Bruett, Hank Carmichael y su esposa, y por dos suboficiales del ejército. Todos estaban hacinados en una camioneta militar. Los tipos del Ejército no abrieron la boca, indiferentes a la histeria de Lila Bruett.

Las otras camionetas también estaban abarrotadas. Stu no vio a todos sus ocupantes, pero sí a los cinco miembros de la familia Hodges, y a Chris Ortega, hermano de Carlos. El conductor voluntario de la ambulancia. Chris era el barman del «Indian Head». Descubrió también a Parker Nason y a su esposa, el matrimonio anciano que vivía en el campamento de *roulottes* próximo a la casa de Stu. El cual conjeturó que habían ido a buscar a cuantos estuvieron en la gasolinera y a todos aquellos con los que habían tenido contacto los visitantes de la gasolinera después de que Campion se estrellara contra los surtidores.

En los límites de la ciudad, dos camiones de color verde oliva bloquearon la carretera. Stu sospechó que las otras vías que comunicaban con Arnette también debían de hallarse bloqueadas. Estaban tendiendo alambre de espino y, cuando tuvieran cercada la ciudad, probablemente apostarían centinelas.

De modo que era grave. Era gravísimo.

Se revistió de paciencia y se sentó en la silla que se encontraba al lado de la cama hospitalaria aguardando a que la enfermera trajese a alguien. Al principio quizá no viniese nadie. Tal vez por la mañana enviaran al fin una persona con la autoridad suficiente para contarle las cosas que necesitaba saber. Aguardaría. La paciencia había sido siempre la armadura de Stuart Redman.

Para distraerse, empezó a pasar revista a las condiciones en que se hallaban las personas con las que había viajado hasta el aeródromo. Norm era el único que se veía con toda claridad que se hallaba enfermo. Tosía, expectoraba flema, tenía fiebre. Los restantes parecían sufrir en mayor o menor medida los efectos de un resfriado común. Luke Bruett estornudaba. Lila y Vic Palfrey tosían un poco. A Hap le chorreaba la nariz y se la sonaba sin cesar. Le recordaba a Stu las aulas del primero y segundo grado de su infancia, donde por lo menos las dos terceras partes de los niños parecían atacados por algún microbio.

Librodot

Pero lo que más le había asustado, aunque quizá fuera sólo una coincidencia, fue algo que ocurrió justo cuando entraban en el aeródromo.

El conductor militar había soltado de repente tres o cuatros sonoros estornudos. Lo más probable es que fuera una simple casualidad. Junio era una mala época en la zona del centro oriental de Texas para quienes sufrían de alergia. O a lo mejor el conductor estaba a punto de pescar un resfriado común, en vez de aquella rara mierda que les afectaba a los demás. Stu quiso creer esto. Porque algo capaz de contagiarse con tanta rapidez...

La escolta militar se había embarcado en el avión con ellos. Se mantuvieron impasibles respecto de contestar a cualquier clase de preguntas, y sólo accedieron a informarles de cuál era el lugar de destino. Iban a Atlanta. Allí serían más explícitos (una mentira descarada). Y no dijeron ni una palabra más.

Hap viajó sentado junto a Stu, y estaba borracho como una cuba. El avión también era del Ejército, todo de lo más funcional; pero la comida y la bebida podían competir con las de primera clase en un avión de pasajeros. Por supuesto, no los atendía la bella azafata sino un sargento inexpresivo. Exceptuando ese detalle, uno podía sentirse muy cómodo. Incluso Lila Bruett se calmó cuando tomo un par de copas. Hap se inclinó hacia Stu, bañándolo con una cálida bruma de efluvios alcohólicos.

–Este es un extraño pelotón de veteranos Stuart. No hay ninguno de menos de cincuenta años; y ninguno lleva anillo de casado. Militares de carrera, de baja graduación.

Como una media hora antes de que aterrizaran, Norm Bruett se desmayó y Lila Bruett empezó a chillar. Dos de los sargentos inexpresivos envolvieron a Norm con una manta y lo reanimaron. Lila, histérica de nuevo, siguió chillando. Al cabo de un rato vomitó sus cócteles y el bocadillo de ensalada de pollo que había comido. Dos de los buenos veteranos limpiaron impasibles la inmundicia.

–¿Qué es esto?– aulló Lila –. ¿Qué le pasa a mi marido? ¿Vamos a morir? ¿Se van a morir mis pequeños?

Tenía un «pequeño» estrujado bajo cada brazo, con las cabezas apretadas contra sus pechos opulentos. Luke y Bobby parecían asustados e incómodos; y también un poco avergonzados por el jaleo que armaba su madre.

–¿Por qué no me contesta nadie? ¿No estamos en los Estados Unidos?

–¿No pueden hacerla callar?– gritó Chris Ortega desde el fondo del avión.

Uno de los militares la obligó a beber un vaso de leche y entonces Lila se apaciguó. Pasó el resto de viaje mirando por la ventanilla la campiña que desfilaba mucho más abajo. Stu sospechó que en aquel vaso había algo más que leche.

Cuando aterrizaron, les esperaban cuatro limusinas «Cadillac». Los habitantes de Arnette se acomodaron en tres de ellas y la escolta militar en la cuarta. Stu suponía que esos buenos veteranos sin anillos de matrimonio, ni parientes próximos tal vez, estaban en ese momento en el mismo edificio que él.

La luz roja se encendió sobre la puerta. Cuando el compresor o lo que diablos fuera se detuvo, entró uno de los hombres vestido con las blancas escafandras espaciales. El doctor Denninger. Era joven. Tenía cabellos oscuros, tez olivácea, rasgos afilados y una sonrisa melosa.

–Patty Greer dice que usted no se portó bien con ella – proclamó el altavoz pectoral de Denninger mientras se acercaba pesadamente a Stu –. Está muy alterada.

–No tiene por qué estarlo – respondió Stu con placidez.

Era difícil fingir placidez, pero intuía que era importante ocultar su miedo a aquel hombre. Denninger parecía, por su aspecto y su comportamiento, uno de esos sujetos que pisotean a sus subordinados y los tratan con prepotencia, en tanto que lamen las botas de sus superiores, como

perritos falderos. Ante ese tipo de individuos había que asumir una actitud autoritaria. Si sospechaban que sus interlocutores estaban asustados o le endosaban el mismo pastel de siempre, no hallaría más que una fina cobertura de «Lo siento pero no puedo decirle más», bajo ella, un colosal desprecio por los estúpidos civiles que pretendían saber más de la cuenta.

–Exijo una explicación – espetó Stu.

–Lo siento, pero...

–Si quiere que coopere, dígame qué pasa.

–Cuando llegue la hora...

–Puedo fastidiarles mucho.

–Lo sabemos – reconoció Denninger con displicencia –. Pero carezco de autoridad para darle información, el señor Redman. Yo mismo sé muy poco.

–Sospecho que han estado analizando mi sangre. Con todas esas agujas.

–Es verdad – contestó Denninger en tono cauteloso.

–¿Para qué?

–No se lo puedo decir. Yo también lo ignoro.

Había recuperado el tono displicente, y Stu se resignó a creerle. No era más que un técnico ensoberbecido que ejecutaba su trabajo. Un trabajo que no le gustaba mucho.

–Han puesto en cuarentena mi ciudad natal.

–No sé nada de eso.

Denninger apartó la vista, y esta vez Stu sospechó que mentía.

–¿Cómo es que no he visto nada el respecto?– preguntó al tiempo que señalaba el televisor empotrado en la pared.

–¿Qué dice?

–Cuando bloquean una ciudad y la cercan con alambre de espino es noticia – manifestó Stu.

–Señor Redman, si permite que Patty le tome la tensión arterial…

–No –replicó Stu –. Si quieren algo más de mí, será mejor que envíen a dos hombres robustos para lograrlo. Y por muchos que envíen, conseguiré abrir algunos trajes herméticos. No parecen muy resistentes, ¿sabe?

Manoteó en dirección a la escafandra de Denninger, el cual retrocedió bruscamente y casi se cayó. El altavoz de su intercomunicador emitió un graznido de terror y hubo un sobresalto detrás del cristal doble.

Supongo que podrían narcotizarme. Pero eso alteraría los análisis, ¿no es cierto?

Usted no es razonable, señor Redman!– exclamó Denninger desde una distancia prudente –. Su falta de cooperación puede ser perjudicial para su patria. ¿Me entiende?

–No –respondió Stu –. Ahora me parece que es mi patria la que me está perjudicando mucho a mí. Me ha encerrado en un hospital de Georgia en compañía de un empalagoso medicucho que no sabe nada de nada. De modo que lárguese de aquí y envíe a alguien con quien pueda hablar o a un escuadrón de gorilas para arrancarme por la fuerza lo que usted necesita. Pero esté seguro de que me resistiré.

Tras marcharse Denninger, Stu se quedó inmóvil en la silla. La enfermera no volvió. Tampoco aparecieron dos hombres para tomarle le tensión arterial por la fuerza. Ahora que piensa en ello, supuso que ni siquiera una cosa sencilla como tomar la presión sanguínea sería de gran utilidad conseguida a la fuerza, Por el momento lo dejarían cocerse en su propio jugo.

Se levantó y conectó el televisor, aunque lo observó sin ver nada. El miedo lo recorría por dentro como un elefante desbocado. Hacía dos días que esperaba el momento en que empezara a estornudar, a toser, a arrancar flema negra y a escupirla en el baño. Se preguntó si alguno de los demás se encontraría ya tan mal como el propio Campion. Pensó en la mujer muerta y en su niña, en aquel viejo «Chevy». Y siguió viendo el rostro de Lila Bruett en la mujer y el rostro de la pequeña Cheryl en la niñita.

El televisor graznaba y crujía. El corazón comenzó a latirle más despacio. Podía oír el débil ruido de un purificador que pasaba aire dentro de la habitación. El miedo se retorcía y revolcaba más allá de su rostro impasible. A veces era desmesurado y despavorido, y lo pisoteaba todo: el elefante. A veces era pequeño y corrosivo, lo desgarraba con sus dientes afilados: la rata. Pero siempre estaba presente.

Transcurrieron cuarenta horas antes de que enviaran un hombre dispuesto a hablar.

8

El 18 de julio, cinco horas después de haber conversado con su primo Bill Hapscomb, Joe Bob Brentwood detuvo a un automovilista en la Carretera 40 de Texas, unos cuarenta kilómetros al este de Braintee. Por exceso de velocidad. El infractor era Harry Trent de Braintree, agente de seguros. Corría a cien kilómetros por hora en un tramo donde el máximo autorizado era setenta y cinco. Joe Bob le entregó una papeleta de multa. Trent la aceptó con humildad y después hizo reír a Joe Bob cuando intentó venderle un seguro de vida y otro para su casa. Joe Bob se sentía bien. En lo que menos pensaba era en morir. Sin embargo, ya estaba enfermo. En la «Texaco» de Bill Hapscomb había cargado algo más que gasolina. Y le había pasado a Harry Trent algo más que una papeleta de multa.

Harry, un hombre sociable y enamorado de su trabajo, contagió la enfermedad a más de cuarenta personas durante ese día y el siguiente. Es imposible determinar a cuántas otras contagiaron esos cuarenta. Sería igual que preguntar cuántos ángeles pueden bailar sobre la cabeza de un alfiler. En una estimación conservadora de cinco por cada uno, se podían obtener unas doscientas personas. Empleando la misma fórmula conservadora, sería fácil establecer que aquellos doscientos contagiarían a un millar, las mil a cinco mil, las cinco mil a veinticinco mil...

Bajo el desierto de California, y pagando con dinero del contribuyente, alguien había inventado al fin una cadena de cartas que funcionaba a la perfección. Una cadena de cartas que era letal.

El 19 de junio, o sea el día que Larry Underwood volvió a casa, en Nueva York, y el día en que Frannie Goldsmith le anunció a su padre la inminente llegada del Pequeño Desconocido, Harry Trent se detuvo a comer en una cafetería del este de Texas llamada «Babe’s Kwik–Eat». Pidió una hamburguesa con queso y, como postre, un trozo del delicioso pastel de fresas de Babe. Tenía un leve resfriado alérgico, y no paraba de estornudar y expectorar. Mientras comía, infectó a Babe, al lavaplatos, a los camioneros sentados en el reservado del rincón, al repartidor de pan, al encargado de cambiar el repertorio del tocadiscos automático y a la dulce camarera que atendía su mesa. Le dejó un dólar de propina.

Sobre él bullía la muerte.

Cuando él salía, entraba un coche familiar. Tenía un portaequipaje en el techo y estaba abarrotado de niños y maletas. El conductor, que bajó el cristal para preguntarle cómo se llegaba a la carretera 21 por el norte, tenía acento de Nueva York. Harry le dio al neoyorquino instrucciones muy explícitas. Pero, sin saberlo, también le transmitió a él y a toda su familia unos billetes para la muerte.

El neoyorquino era Edward M. Norris, teniente de Policía. Estaba destacado en la brigada de detectives de una comisaría del distrito 87 de Nueva York. Éstas eran sus primeras auténticas vacaciones en cinco años. Él y su familia lo habían pasado muy bien. Los niños conocieron el

séptimo cielo en el Disney World de Orlando. Y no sabían que toda la familia estaría muerta en el segundo día del mes de julio, cuando Norris planeaba decirle a aquel hijo de perra de Carella que resultaba posible llevar a la mujer y a los chicos a algún lugar en coche y pasarlo bien. Le diría: Steve, tal vez seas un buen detective, pero un hombre que no puede conseguir que su familia lo pase bien, vale lo mismo que el agujero que hace una meada en un banco de nieve.

La familia Norris comió en «Babe's» y después siguió las precisas instrucciones de Harry Trent para llegar a la Carretera 21. Ed y su esposa Trish quedaron maravillados por ese testimonio de la hospitalidad sureña mientras sus tres hijos se dedicaban a dibujar en el asiento trasero del coche. Sólo Dios sabía, pensó Ed, que habrían hecho el par de monstruos Carella.

Esa noche se alojaron en un motel de Eustice, Oklahoma. Ed y Trish contagiaron al conserje. Los niños, Marsha, Stanley y Héctor, transmitieron el mal a los críos con los que retozaron en el campo de juegos del motel... Y esos críos seguirían viaje hacia el oeste de Texas, Alabama, Arkansas y Tennessee. Trish infectó a dos mujeres que lavaban ropa en la lavandería automática, situada a dos manzanas de distancia. Ed, mientras recorría el pasillo del motel para conseguir un poco de hielo, infectó a un tipo ante el que se cruzó en el vestíbulo. Todo el mundo representó su papel en esta obra.

Trish despertó a Ed muy temprano por la mañana para decirle que Heck, el bebé, estaba enfermo. Tenía una tos muy fea y se había apoderado de él la fiebre. La madre creía que era catarro. Ed Norris gimió y le respondió que le diese al niño una aspirina. Si aquel maldito catarro del niñito hubiera esperado a desencadenarse cuatro o cinco días, lo habría atacado ya en su casa y a Ed le habría quedado el recuerdo de unas vacaciones perfectas, sin mencionar todas aquellas jactancias que planeaba llevar a cabo. A través de la puerta de madera podía oír al pobre niño con autentica tos de perro.

Trish confió en que los síntomas de Héctor hubiesen mejorado por la mañana, pues el crup era una enfermedad que andaba de capa caída; sin embargo, al mediodía del veinte, tuvo que admitir que aquello no iba a suceder. La aspirina no hizo remitir la fiebre y el pobre Héctor tenía los ojos vidriosos. Su tos había adoptado un tono muy bronco que no le gustaba lo más mínimo, y su respiración era muy dificultosa y llena de flema. Fuese aquello lo que fuese, Marsha parecía haberse contagiado también, y Trish notaba, en la parte posterior de la garganta unas molestias, que le obligaban a toser, aunque de momento sólo era una tos ligera, que podía amortiguar con ayuda de un pañuelo.

Tendremos que llevar a Héctor a un médico dijo ella al fin. Ed se detuvo en una estación de servicio y comprobó el mapa que estaba en el parasol del coche. Estaban en Hammer Crossing, Kansas. Tal vez podamos encontrar un médico que nos dé algún consejo. Ella suspiró y se pasó una mano por el cabello, irritada.

¡Hammer Crossing, Kansas! ¡Jesús! ¿Por qué ha tenido que ponerse tan enfermo en un maldito sitio como *éste*?

Marsha, que estaba mirando en el mapa por encima del hombro de su padre, comentó: Dice que Jesse James robó aquí el Banco, papá. Y dos veces.

–Jodido Jesse James...–gruñó Ed.

–¡Ed! – gritó Trish.

–Lo siento –se disculpó Ed, aunque no lo sentía lo más mínimo.

Siguió conduciendo.

Después de seis llamadas, durante cada una de las cuales Ed se sujetó las sienes con ambas manos, encontró por fin, en Polliston, un médico que atendería a Héctor si lo llevaban hasta allí. Polliston se encontraba fuera de su ruta, a unos treinta kilómetros al oeste de Hammer Crossing. Pero lo más importante era Héctor. Ed estaba cada vez más preocupado a causa de él. Nunca había visto al niñito con tan poco ánimo, tan falto de vitalidad.

A las dos de la tarde estaban haciendo antesala en la consulta del doctor Brenden Sweeney. Para entonces, Ed también estornudaba. La sala de espera de Sweeney estaba llena. No consiguieron que los recibiera el médico hasta cerca de las cuatro de la tarde. Trish no pudo mantener a Héctor más que dentro de una semiconsciencia, y ella misma también se notaba febril. Sólo Stan Norris, de nueve años, se encontraba todavía lo bastante bien como para moverse.

Durante su antesala en el gabinete médico de Sweeney contagiaron la enfermedad, que en el desintegrado país habría de conocerse con el nombre de *Capitán Trotamundos*, a más de veinticinco personas, incluyendo entre ellas a una mujer ya de edad, que había acudido sólo para abonar unos honorarios, y que pasaría la enfermedad a todo su club de bridge.

Esta mujer era Mrs. Robert Bradford, Sarah Bradford para el club de bridge, Cookie para su marido y amigos íntimos. Sarah jugó muy bien aquella noche, tal vez porque su compañera era Ángela Dupray, su mejor amiga. Parecían disfrutar de una especie de telepatía. Ganaron resonantemente los tres *rubbers*, realizando un gran *slam* durante el último. En lo que se refería a Sarah, la única mancha en el horizonte la constituía el hecho de que parecía estar incubando un ligero constipado. No resultaba justo que se presentara tan seguido del último que había padecido.

A las diez, cuando acabó la partida, Ángela y ella salieron a tomarse unas copas en un bar de cócteles. Ángela no tenía prisa por volver a casa. Era el turno de David para jugar en su casa la partida semanal de póquer; y no iba a poder dormir con todo el jaleo que se armaba... A menos que se tomase primero un sedante de receta propia, en su caso, se compondría de dos *gin fizz* con endrina.

Sarah tenía un «Ward 8», y las dos mujeres revivieron la partida de bridge. Entre tantos consiguieron contagiar a todos los que se hallaban en el bar de cócteles de Polliston, incluyendo a dos hombres jóvenes que estaban cerca de ellas bebiéndose una cerveza. Iban camino de California, lo mismo que Larry Underwood compañero Rudy Schwartz habían hecho una vez, en busca de fortuna. Un amigo de ambos les había prometido un empleo en una empresa de mudanzas. Al día siguiente, se dirigieron hacia el Oeste, y diseminaron la enfermedad por todo el camino.

Las cartas en cadena no funcionan. Es un hecho sabido. El millón de dólares o más que te prometen si envías sólo un dólar al nombre que se halla en la cabecera de la lista, lo quitas y añades el tuyo el pie, y luego mandas la carta a cinco amigos, no acaba nunca de llegar. Esta cadena de cartas del *Capitán Trotamundos*, por el contrario, funcionó a las mil maravillas. Se empezaba a construir la pirámide, pero no desde la base hasta la cima, sino desde la cumbre hacia abajo, y esa cumbre la constituía un guardia de seguridad del Ejército llamado Charles Campion. No se produjo el menor fallo. Pero, en vez de que el cartero trajera a cada participante un montón de cartas con un billete de dólar en cada una, el *Capitán Trotamundos* traía la muerte…

Sarah Bradford y Ángela Dupray regresaron a pie juntas a sus coches aparcados, contagiando por el camino a cuatro o cinco personas que encontraron en la calle. Luego, se rozaron las mejillas y se fueron cada cual por su lado. Sarah regresó a su hogar para contagiar a su marido, y a sus cinco compañeros de póker. Y también contagió a su hija adolescente, Samantha, que temía haber pillado, sin saberlo sus padres, una blenorragia transmitida por su novio. En realidad, así había sido. Pero la realidad era que no había para que preocuparse por ello, al lado de lo que su madre le había pegado a ella.

Al día siguiente, Samantha infectaría a todos los de la piscina de la YWCA, en Polliston.

Y así sin parar.

9

Le cayeron encima poco después del crepúsculo, mientras caminaba por el arcén de la Carretera nacional 27, que se llamaba Mayor un kilómetro y pico más atrás, cuando atravesaba la ciudad. Había planeado girar, dos o tres kilómetros más adelante, hacia el oeste, por la Carretera 63, que lo habría llevado a la autopista y al comienzo de su largo viaje al norte. Quizá tenía los sentidos embotados por las dos cervezas que acababa de beber, pero intuía que algo andaba mal. Cuando empezaba a recordar a los cuatro o cinco gandules que había visto al otro extremo de la barra éstos salieron del escondite y corrieron hacia él.

Nick se defendió lo mejor que pudo. Derribó a uno y ensangrentó la nariz a otro... rompiéndola, además, a juzgar por el crujido. De momento alimentó la esperanza de vencer. El hecho de que peleara sin emitir ningún sonido los intimidaba un poco. Eran flojos. Quizás habían hecho eso mismo antes sin encontrar resistencia, y no esperaron que la ofreciera ese chico esmirriado y cargado con una mochila.

Entonces uno de ellos le pegó justo encima del mentón, partiéndole el labio inferior con el anillo de sello. El sabor cálido de la sangre le inundó la boca. Trastabilló hacia atrás y alguien le inmovilizó los brazos. Forcejeó ferozmente y zafó una mano en el preciso instante en que un puño se estrellaba contra su cara como una luna que se precipitase al suelo. Antes de cerrar el ojo derecho divisó de nuevo aquel anillo que relucía en la oscuridad. Vio estrellas y sintió que sus sentidos empezaban a difuminarse en direcciones desconocidas.

Asustado, se debatió con más vehemencia. El hombre del anillo de sello estaba de nuevo ante él. Nick, que temía que lo golpeara por segunda vez, le asestó un puntapié en el vientre. Anillo de sello se quedó sin aliento y se dobló en dos, lanzando bufidos ahogados como un perrito con laringitis.

Los otros cerraron el círculo. Ahora Nick sólo veía las siluetas de hombres corpulentos (buenos camaradas, se autodenominaban) con camisas grises arremangadas para ostentar sus grandes bíceps tatuados. Usaban pesados zapatones de trabajo. Sobre las frentes caían mechones de cabello aceitoso. En medio de la luz declinante del día todo eso adquirió contornos de pesadilla. Le entró sangre en el ojo sano. Le arrancaron la mochila de la espalda. Los golpes llovían sobre él. Se convirtió en un títere invertebrado saltarín, colgado de un cordel raído. No terminaba de perder el conocimiento. Los únicos sonidos eran los jadeos mientras proyectaba los puños contra sus cuerpos, igual que pistones.

Anillo de Sello se había levantado, tambaleándose.

–Sujetadlo por el pelo ordenó.

Lo aferraron por los brazos. Uno de ellos cerró ambas manos sobre el cabello negro y ensortijado de Nick.

–¿Por qué no grita? – preguntó otro, agitado no –. ¿Por qué no grita, Ray?

–Te dije que no mencionaras nombres – espetó Anillo de sello –. Me importa un carajo el porqué. Voy a machacarlo. Esta basura me dio una patada. El muy maldito juega sucio.

El puño siguió una trayectoria descendente. Nick apartó la cabeza y el anillo le cortó la mejilla.

–¡Sujétalo! He dicho que lo sujetéis – exclamó Ray –. ¿Qué sois? ¿Un hatajo de mariquitas?

El puño volvió a bajar y la nariz de Nick se convirtió en un tomate aplastado y chorreante. Su respiración se bloqueó y sedujo a un siseo. Estaba al borde del desvanecimiento. Abrió la boca y aspiró una bocanada de aire nocturno. Una chotacabras lanzó un gorjeo dulce y solitario. Pero Nick apenas la oyó.

–No dejes que se mueva – insistió Ray –. No le permitas moverse, condenado.

El puño volvió a bajar. Dos dientes delanteros se quebraron y el anillo de sello abrió un surco entre ellos. Era un dolor que no podía traducir a gritos. Se le aflojaron las piernas y colgó, sostenido solo por las manos que maniobraban detrás de él, como si fuera un saco de grano.

–¡Ya basta, Ray! ¿Quieres matarlo?

–¡Sujétalo! El hijo de la gran puta me pateó. Voy a darle una lección que no olvidará.

Entonces unas luces barrieron la carretera, que allí estaba bordeada por malezas y jalonada por viejos pinos de gran altura.

–Oh, Jesús...

–¡Suéltalo, suéltalo!

Era la voz de Ray. Pero Ray ya no estaba delante de él. Nick se sintió vagamente agradecido. Casi toda la poca sensibilidad que le quedaba fue absorbida por el dolor de su boca. Tenía astillas de dientes sobre la lengua.

Unas manos lo empujaron al centro de la carretera. Los conos de luz que se aproximaban lo enfocaron como si fuera un actor de una escena. Hubo un chirrido de frenos. Nick agitó los brazos y trató de mover las piernas; pero éstas no respondieron. Se desplomó sobre el asfalto. El chirrido de los frenos llenó el mundo. Impotente esperó ser atropellado. Por lo menos eso pondría fin al dolor de la boca.

Después, una lluvia de guijarros le azotó la mejilla y vio un neumático que se había detenido a menos de treinta centímetros de su cara. Pudo divisar una piedrecita blanca empotrada entre dos surcos del neumático como una moneda entre un par de nudillos.

Un trozo de cuarzo, pensó de forma inconexa. Y se desvaneció.

Cuando Nick volvió en sí, estaba tumbado sobre una litera. Era dura pero en los últimos tres años las había conocido más duras. Abrió los ojos con grandes dificultades. Parecían pegados con goma. El derecho, en el que había recibido el impacto de la luna, sólo consiguió abrirlo a medias.

Miró un techo de cemento gris agrietado, en el que zigzagueaban unas tuberías envueltas en material aislante. Una cadena dividía en dos su campo visual. Levantó un poco la cabeza, y el movimiento le produjo un ramalazo monstruoso de dolor que la atravesó. Vio otra cadena que unía la pata exterior de la litera a un remache implantado en el muro.

Volvió la cabeza hacia la izquierda (otro ramalazo de dolor pero menos asesino) y vio una pared de hormigón rugoso. También agrietada. Estaba cubierta de *graffitti*. Algunos eran nuevos, otros antiguos, la mayoría escritos por semianalfabetos. AQUÍ HAY CHINCHES. LOUIS DRAGONSKY, 1977. ME GUSTA POR EL CULO. EL DELIRIUM TREMENS PUEDE SER DIVERTIDO. SIGO AMÁNDOTE SUZANNE. ESTE LUGAR ES UNA MIERDA. JERRY. CLYDE D. FRED 1971. Había imágenes de enormes penes colgantes, de pechos descomunales, de vaginas dibujadas con suma torpeza. Todo eso le dio a Nick una orientación para situarse. Estaba en la celda de una cárcel.

Se irguió con sumo cuidado sobre los codos, dejó que sus pies (calzados con pantuflas de papel) pasaran sobre el borde del catre y después se sentó. El inmenso dolor volvió a martirizarle la cabeza; su columna vertebral dejó oír un crujido alarmante. El estómago se le revolvió de forma espantosa y se apoderó de él una náusea con atisbos de desmayo, la más descorazonadora y apabullante que hace sentir deseos de clamar a Dios para que le ponga fin.

En lugar de clamar (no habría podido hacerlo), Nick se apoyó sobre las rodillas, con una mano sobre cada mejilla, y esperó que pasara. Así ocurrió al cabo de un rato. Palpó los apósitos que le habían colocado sobre el corte de la mejilla y, arrugando esa parte de la cara un par de veces, verificó que un matasanos le había aplicado un par de puntos en la herida.

Miró en torno. Estaba en una celda pequeña. Más allá del extremo de la litera había una puerta enrejada. Junto a la litera se hallaba la letrina. Girando con muchísima cautela el cuello rígido, vio que detrás y más arriba de él había un ventanuco con barrotes.

Después de permanecer sentado sobre el borde de la litera el tiempo necesario para asegurarse de que no se desmayaría, se bajo hasta las rodillas los informes pantalones del pijama gris que tenía puesto, se acuclilló sobre la letrina y orinó durante lo que le pareció que no era menos de una hora. Cuando terminó se puso en pie apoyándose en el borde del catre como un anciano. Miró con aprensión el interior de la taza, buscando rastros de sangre. Pero la orina era clara. Entonces hizo correr el agua.

Caminó muy despacio hasta la puerta enrejada y miró el corto pasillo. A su izquierda estaba la celda de los borrachos. Un anciano se hallaba tumbado en una de sus cinco literas; su mano semejaba un madero desgastado por el agua, colgaba sobre el suelo. A la derecha el corredor terminaba en una puerta, que se hallaba entreabierta.

Una sombra se levantó, danzó en la rendija de la puerta y a continuación un hombre corpulento vestido con un uniforme caqui, de verano, entró en el corredor. Usaba un cinturón «Sam Browne» y una gran pistola. Enganchó los pulgares en los bolsillos del pantalón y mantuvo la mirada en Nick durante casi un minuto, sin pronunciar una palabra. Por fin dijo:

–Cuando yo era chico, encontramos un puma en los cerros, lo matamos a tiros y lo arrastramos treinta kilómetros hasta la ciudad por un camino de tierra apisonada. Lo que quedó de ese animal fue lo más lastimoso que vi en mi vida. Después de él, tú eres lo más lastimoso que he visto, muchacho.

Nick pensó que eso sonaba a discurso premeditado, cuidadosamente pulido y atesorado, reservado para los forasteros y vagabundos que ocupaban de cuando en cuando las celdas.

–¿Como te llamas, muchacho?

Nick se llevó un dedo a los labios hinchados y lacerados y movió la cabeza. Se cubrió la boca con la mano, después cortó el aire con un ademán oblicuo y volvió a mover la cabeza.

–¿Qué? ¿No puedes hablar? ¿Qué pantomima es ésta?

Pronunció las palabras cordialmente, pero Nick no pudo captar ni las inflexiones. Nick cogió del aire un lápiz invisible y escribió en el vacío.

–¿Quieres un lápiz?

Nick asintió con un movimiento de cabeza.

–Si eres mudo, ¿por qué no llevas una tarjeta que te identifique como tal?

Nick se encogió de hombros. Volvió del revés sus bolsillos vacíos. Cerró los puños y boxeó con el aire, lo cual generó otro estallido de dolor en su cabeza y otra oleada de náuseas. Terminó por golpearse suavemente las sienes con los puños, haciendo girar los globos oculares hacia arriba y dejándose caer contra los barrotes. Después, señaló sus bolsillos.

–Te robaron.

Nick asintió otra vez con la cabeza. El hombre vestido de caqui se volvió y se dirigió a su despacho. Un momento después, regresó con un lápiz romo y un bloc. Lo pasó entre los barrotes. En cada hoja había un membrete: «Oficina del sheriff John Baker».

Nick hizo girar el bloc y golpeó el nombre con la goma de borrar insertada en el extremo del lápiz. Arqueó las cejas, interrogante.

–Sí, soy yo. ¿Tú cómo te llamas?

«Nick Andros», escribió. Pasó la mano entre los barrotes.

Baker negó con la cabeza.

–A ti no te la estrecharé. ¿También eres sordo?

Nick asintió.

–¿Qué te sucedió anoche? El doctor Soames y su esposa te arrollaron como a una marmota, muchacho.

«Golpeado y robado. Más o menos a uno o dos kilómetros de una taberna de la Calle Mayor. "Zack's Place".»

–Este tugurio no es para un chico como tú – dictaminó Baker –. Seguramente no tienes edad para beber.

Nick meneó la cabeza indignado.

«Tengo veintidós años – escribió –. Puedo beber un par de cervezas sin que me peguen y me desvalijen por ello, ¿verdad? »

Baker leyó esas palabras con una expresión amargamente divertida.

–Parece que en Shoyo no puedes, muchacho. ¿Qué haces aquí?

Nick arrancó la primera hoja del bloc, la estrujó y la dejó caer al suelo. Antes de que pudiera empezar a escribir la respuesta, un brazo pasó rápidamente entre las rejas y una mano de acero apretó el hombro. Nick levantó la cabeza.

–Mi esposa limpia las celdas – informó Baker –, y no hay necesidad de que ensucies la tuya. Arroja ese papel en la letrina.

Nick se agachó y cogió del suelo la bola de papel. El dolor de espalda le obligó a hacer una mueca. Cumplió lo que Baker le había ordenado y después lo miró con las cejas arqueadas. Baker asintió.

Nick volvió junto a la reja. Esta vez escribió más extensamente con el lápiz volando sobre el papel. Baker pensó que debía ser difícil enseñarle a leer y a escribir a un chico sordomudo, y que si este Nick Andros había aprendido debía tener una buena sesera. En Shoyo, Arkansas, había muchos tipos que no habían asimilado los rudimentos de esa ciencia, y la mayoría de ellos eran parroquianos de «Zack's».

Nick pasó el bloc entre los barrotes.

«Viajo de un lado a otro; pero no soy un vagabundo. Ayer trabajé para un hombre llamado Rich Ellerton, a unos nueve kilómetros de aquí. Limpié su granero y cargué heno en el pajar. La semana pasada estuve en Watts, Oklahoma, tendiendo alambradas. Los hombres que me golpearon me quitaron el jornal que había ganado en una semana.»

–¿Estás seguro de que trabajaste para Rich Ellerton? Puedo combarlo, ¿sabes?

Y arrancó la hoja con la explicación de Nick, la dobló hasta reducirla al tamaño de una foto de carné, y se la metió en el bolsillo de la camisa.

Nick asintió con la cabeza.

–¿Viste a su perro?

Nick volvió a asentir.

–¿De qué raza era?

Nick hizo un ademán pidiendo el bloc. «Un Doberman enorme –escribió –. Pero manso. No era fiero.»

Baker asintió, dio media vuelta y regresó a su despacho. Nick permaneció junto a los barrotes, mirando con ansiedad. Baker volvió al cabo de un momento, armado con un gran manojo de llaves. Hizo girar una de éstas en la cerradura de la celda y deslizó la puerta sobre su riel.

Ven al despacho – dijo en tono amable –. ¿Quieres desayunar?

Nick negó con la cabeza, y después hizo un ademán de verter y beber.

–¿Café? Sí, tengo. ¿Con crema y azúcar?

Nick negó con la cabeza.

–Lo tomas como los hombres, ¿eh?– Baker se rió –. Ven conmigo.

Baker echó a andar por el pasillo y, aunque estaba hablando, Nick fue incapaz de oír lo que le decía, puesto que le daba la espalda y le ocultaba sus labios.

No me importa la compañía. Tengo insomnio. En realidad, la mayoría de las noches no puedo dormir más de tres o cuatro horas. Mi mujer quiere que vaya a ver a un buen médico, en Pine Bluff. Si la cosa persiste, lo haré. Compréndelo, estoy aquí a las cinco de la mañana, mientras todavía está oscuro, y me siento ante unos huevos y unas patatas fritas de tipo casero, del furgón parado en la carretera.

Se dio la vuelta al pronunciar la última frase y Nick captó lo de «furgón parado en la carretera». Alzó las cejas y se encogió de hombros, para indicar de esta forma su perplejidad. – No importa – continuó Baker –. Al menos no tiene importancia para un muchacho como tú...

En el despacho, Baker vertió en una taza café negro que conservaba en un termo descomunal. Sobre el secante de su escritorio estaba, a medio terminar, el plato del desayuno del sheriff. Volvió a atraerlo hacia él. Nick sorbió el café. Le causó dolor en la boca pero estaba bueno.

Tocó el hombro a Baker y, cuando éste levantó la vista señaló el café, se frotó el estómago e hizo un guiño circunspecto.

–Me alegra que te guste – sonrió Baker –. Lo hace mi esposa Jane. – Se metió en la boca un huevo a medio freír, lo masticó y después señaló a Nick con el tenedor –: Lo haces muy bien. Como uno de esos mimos. Apuesto a que no te resulta difícil comunicarte, ¿eh?

Nick balanceó una mano en el aire. Comme çi, comme ça.

–No te obligaré a quedarte – anunció Baker, limpiando la grasa del plato con una rebanada de pan tostado –; pero te prometo una cosa. Si te quedas, tal vez podremos atrapar al tipo que hizo esto. ¿De acuerdo?

Nick asintió y escribió: « ¿Cree que podré recuperar mi dinero?»

–Ni soñarlo – respondió Baker en tono categórico –. Soy un sheriff corriente, chico. Para una cosa así, necesitas a uno de película.

Nick asintió y se encogió de hombros. Juntó las manos e imitó el vuelo de un pájaro.

–Sí, una cosa así. ¿Cuántos eran?– inquirió Baker.

Nick alzó un dedo y escribió: «Grande y rubio. De la estatura de usted. Quizás un poco más pesado. Camisa y pantalones grises. Usaba un gran anillo en el dedo corazón de la mano derecha. Piedra púrpura. Eso fue lo que me cortó la cara. »

Cuando Baker leyó aquello, su expresión se transformó. Primero en preocupación después en cólera. Nick pensó que la expresión de cólera estaba dirigida contra él y volvió a asustarse.

–¡Dios mío!– exclamó Baker –. Se ha destapado la olla. ¿Estás seguro?

Nick asintió de mala gana.

–¿Algo más? ¿Viste algo más?

Nick se concentró y después escribió: «Pequeña cicatriz en la frente.» Baker levó el texto.

–Ése es Ray Booth – sentenció –. Mi cuñado. Gracias muchacho. Son las cinco de la mañana y ya me has estropeado el día.

Los ojos de Nick se dilataron un poco más e hizo un ademán, como de conmiseración.

Bueno, paciencia – murmuró Baker, más para sí mismo que para el otro –. Es un mal sujeto, y Jane lo sabe. La maltrató muchas veces cuando eran niños. De todas formas, son hermanos, y supongo que puedo olvidarme de mi vida amorosa por esta semana.

Nick bajó los hombros, turbado. Al cabo de un momento Baker, lo sacudió por el hombro para que lo viera hablar.

Probablemente será inútil, de todos modos – dijo –. Se apoyarán mutuamente sus coartadas. Será tu palabra contra la de ellos. ¿Los marcaste?

«Pateé a Ray en las tripas –escribió Nick –. A otro le pegué en la nariz. Quizá se la rompí. »

–Los compinches de Ray son casi siempre Vince Hogan, Warner y Mike Childress – comentó Baker –. Tal vez consiga quedarme a solas con Vince y arrancarle la verdad. No tiene agallas. Después, podría pillar a Mitre y Billy. Ray obtuvo ese anillo en una fraternidad universitaria de Luisiana. No fue capaz de superar el segundo año. – Hizo una pausa y tamborileó con los dedos sobre el borde de su plato –. Supongo que podríamos intentarlo, muchacho, si quieres. Pero te prevengo que lo más probable es que no consigamos inculparlos. Son feroces y cobardes como una jauría de perros, pero ellos viven aquí y tú eres un nómada sordomudo. Si consiguen librarse, se ensañaran contigo.

Nick reflexionó. Recordó cómo se lo habían pasado del uno al otro cual que si fuera un espantapájaros sangrante, y cómo los labios de Ray habían forzado las palabras: El hijo de puta me pateó. Voy a pulverizarlo. Y cómo le habían arrancado de la espalda la mochila, su vieja compañera de los dos últimos años de peregrinaje.

Escribió y subrayó una palabra, en el bloc: «Intentémoslo.»

Baker suspiró y asintió con un movimiento de cabeza.

Está bien. Vince Hogan trabaja en el aserradero... Bueno, no precisamente Lo que más hace es joder. Iremos allí alrededor de las nueve, si estás de acuerdo. Quizá consigamos intimidarlo y hacerlo cantar.

Nick asintió con la cabeza.

¿Cómo está tu boca? El doctor Soames dejó unas píldoras. Dijo que era de esperar que sufrieras dolores muy intensos y fuertes.

Nick volvió a asentir, tristemente.

–Iré a buscarlas. Están...– se interrumpió y, en el mundo de película muda en el que vivía Nick, vio que el sheriff estornudaba varias veces dentro de su pañuelo. Éste es otro problema continuó, pero ahora se había vuelto y Nick sólo captó la primera palabra –. Estoy pillando un resfriado de mil demonios. Jesús, ¿no es maravillosa la vida? Bienvenido a Arkansas, muchacho.

Cogió las píldoras y volvió adonde Nick estaba sentado. Después de pasarle las pastillas junto con un vaso de agua, Baker se frotó con suavidad el ángulo de la mandíbula. Allí tenía una hinchazón manifiesta y dolorosa. Glándulas inflamadas, tos, estornudos... Sí, le aguardaba una jornada estupenda.

10

Larry se despertó con una resaca que podría haber sido peor, con una boca que sabía como si un cachorro de dragón hubiera cagado en ella y con la sensación de que no se hallaba en el lugar debido.

La cama era de una plaza, pero tenía dos almohadas. Le llego el olor de tocino frito. Se sentó y vio por las ventanas otro día gris de Nueva York. Lo primero que pensó fue que le habían hecho algo espantoso a Berkeley de la noche a la mañana. Empezó a recordar lo sucedido la noche anterior, y se dio cuenta de que lo que tenía delante era Fordham y no Berkeley. Se encontraba en un apartamento de un segundo piso en Tremont Avenue y su madre se estaría preguntando dónde había pasado la noche. ¿Le había telefoneado? ¿Le había dado alguna excusa, por endeble que fuera?

Bajó las piernas de la cama y encontró un paquete de «Winston» arrugado, con un ridículo cigarrillo dentro. Lo prendió con un encendedor «BIC» de plástico verde. Sabía a excremento de caballo muerto. En la cocina, seguía crepitando el tocino frito como la estática de una radio en la banda de onda corta.

La chica se llamaba María y había dicho que era... higienista oral, o algo parecido. Larry no sabía si era experta en higiene, pero resultaba sobresaliente en lo de oral. Recordó vagamente que se lo habían tragado como si fuese un muslo de pollo Perdue. Crosby, Stills y Nash en el pequeño estéreo de la sala de estar, cantaban acerca de cuánta agua había pasado por debajo del puente, del tiempo que habíamos desperdiciado por el camino. Si la memoria no le fallaba, María no había desperdiciado demasiado tiempo. María había quedado un poco abrumada al descubrir que *él* era ese Larry Underwood. ¿Acaso en una pausa de sus festejos sexuales vespertinos no habían salido tambaleándose a la calle en busca del una tienda de discos para comprar un *Baby, Can You Dig Your Man?*

Gimió por lo bajo y trató de reconstruir el día anterior desde su comienzo hasta su desenlace frenético y devorador. Los «Yankees» no estaban en la ciudad, eso sí pudo recordarlo. Cuando se despertó su madre ya se había ido a trabajar, pero le dejó una nota sobre la mesa de la cocina: «Larry: los "Yanks" no jugarán aquí hasta el 1 de julio. También jugarán el 4 de julio. Si ese día no tienes nada que hacer, ¿por qué no llevas a tu madre al estadio? Te compraré cerveza y salchichas. Hay huevos y salchichas en el frigorífico, y rollitos dulces en la panera, sé que te gustan más. Cuídate.» Había una típica posdata de Alice Underwood: «La mayoría de tus antiguos compinches se han largado, en buena hora; pero creo que Buddy Marx trabaja en la imprenta de Strickere Avenue.»

Le bastaba pensar en esa nota para estremecerse. Ni un «querido» antes de su nombre ni un «con cariño» antes de la firma. Alice Underwood no creía en ficciones. Lo concreto estaba en la nevera. Mientras él dormía, descansando de su larga travesía por el país, su madre había salido y había llenado el frigorífico con todo lo que le gustaba. Su memoria era tan perfecta que asustaba. Un jamón «Daisy» en lata. Un kilo de mantequilla natural... ¿Cómo diablos podía permitirse esos lujos con su salario? Dos cajas de «Cola-Cola » Salchichas «Deli». Un bistec asado, que ya se marinaba en la salsa secreta de Alice, y un envase de cuatro kilos de helado de chocolate cremoso «Bastkn–Robbins» en el congelador. Junto con pastel de queso «Sara Lee». De esa clase que tiene cerezas por encima.

Siguiendo un impulso, se había dirigido al cuarto de baño; no para descargar la vejiga, sino para comprobar el botiquín de las medicinas. Un cepillo de dientes nuevo «Pepsodent» colgaba del viejo soporte, de donde habían colgado todos los cepillos de dientes de su infancia, uno tras otro. En el armario había también un paquete de cuchillas desechables, una lata de crema de afeitar «Barbasol», incluso una botella de colonia «Old Spice». Nada de fantasías, le habría dicho (era como si la oyese), sino el suficiente perfume para el dinero gastado. Se había quedado allí mirando todas esas cosas. Luego, cogió el tubo de pasta dentífrica nuevo y lo sostuvo en la mano. Nada de «Querido», nada de «Te quiere, mamá». Sólo un cepillo de dientes nuevo, un nuevo tubo de pasta dentífrica, una botella de colonia. El amor auténtico, pensó, es a veces vicioso además de ciego. Comenzó a limpiarse los dientes, preguntándose si no debería haber una canción en algún lugar para esto.

En ese momento entró la higienista oral interrumpiendo sus pensamientos, vestida tan sólo con unas braguitas de nylon rosa.

–¡Hola, Larry!– exclamó.

Era de baja estatura, bonita, con un vago aire de Sandra Dee, sus pechos lo apuntaban impertinentes, sin el menor atisbo de flacidez. ¿Cómo era aquel viejo chiste? Eso es... Tiene un par de 38 y una pistola auténtica. Ja, ja, muy divertido. Había recorrido cuatro mil quinientos kilómetros para pasar la noche dejándose devorar vivo por Sandra Dee.

–Hola – respondió él y se levantó.

Estaba desnudo pero sus ropas descansaban al pie de la cama. Empezó a vestirse.

–Tengo una bata que puedes ponerte, si quieres. Prepararé ahumado y tocino.

¿Arenque ahumado y tocino? Su estómago empezó a crisparse espantado.

–No, cariño. Debo darme prisa. Tengo que ver a una persona.

–Eh, no puedes dejarme plantada así...

–Te juro que es importante.

–Bueno, ¡yo también soy importante!

Empezaba a ponerse estridente y eso martirizaba la calma de Larry. Sin una razón en particular, pensó en Pedro Picapiedra gritando « ¡WILMAAAAAA!», con toda la fuerza de sus pulmones de dibujos animados.

–Estás dejando entrever tu estilo arrabalero del Bronx, querida –dijo.

–¿Qué insinúas?

Ella apoyó las manos sobre las caderas, y sus pechos brincaron de forma seductora... Pero no sedujeron a Larry, el cual se puso los pantalones y los abrochó.

De modo que nací en el Bronx. ¿Acaso eso me hace negra? ¿Qué tienes contra el Bronx?

–Nada – respondió Larry, y se acercó a ella con los pies descalzos –. Escucha, la persona con la que estoy citado es mi madre. Hace dos días que he llegado a la ciudad y anoche ni siquiera la telefoneé, ¿verdad?– agregó en el último momento con una pizca de esperanza.

No le telefoneaste a nadie – refunfuñó ella –. ¿Seguro que es tu madre?

Él volvió a acercarse a la cama y se calzó los mocasines.

Sí. Te lo juro. Trabaja en el edificio del «Chemical Bank» como supervisora de piso.

–Apuesto a que tampoco eres el Larry Underwood que grabó ese disco.

–Puedes creer lo que se te antoje. Tengo prisa.

–¡Cerdo!– le espetó ella –. ¿Qué quieres que haga con todo lo que cociné?

–Tíralo por la ventana.

Ella profirió un chillido de cólera y le arrojó la espátula. En cualquier otro día de su vida habría errado. Una de las primeras leyes de la física estipula que una espátula arrojada por una higienista oral furiosa no recorrerá jamás una trayectoria recta. Pero ésa fue la excepción que confirmó la regla. Una voltereta y ¡zas! en la frente de Larry. No fue muy doloroso hasta que vio caer dos gotas de sangre sobre la alfombra cuando se agachó a recoger el utensilio.

Avanzó un par de pasos con la espátula en la mano.

–¡Debería azotarte con esto!– le gritó.

–Claro –exclamó ella, replegándose y echándose a llorar – ¿Por qué no? El gran astro. Jode y se va. Pensé que eras un buen tipo. Pues no lo eres.

Unas cuantas lágrimas le corrieron por las mejillas. Se desprendieron y reventaron sobre el declive de los pechos. Larry miró fascinado cómo una de ellas rodaba y quedaba colgando del pezón. Produjo el mismo efecto que una lupa. Vio los poros, y un pelo negro que brotaba del interior de la aréola. Jesús, me estoy volviendo loco, pensó dubitativo.

¡Debo irme!– insistió.

Su americana blanca estaba al pie de la cama. La recogió y se la echó sobre el hombro.

–¡No eres un buen tipo!– le gritó ella mientras pasaba a la sala –. ¡Me acosté contigo porque pensé que eras un buen tipo!

Lo que vio en la sala le hizo gemir para sus adentros. Encima del sofá en el que recordaba vagamente que lo habían devorado había por lo menos dos docenas de copias de *Baby, Can You Dig Your Man*? Sobre el plato del polvoriento estereofónico portátil había tres más. En la pared de enfrente se veía un póster gigantesco de Ryan O'Neal y Ali McGraw. Ser devorado significa no tener que pedir nunca perdón. Ja, ja. Jesús, sí que me estoy volviendo loco.

Ella estaba en el umbral del dormitorio, todavía llorando, patética con sus mini braguitas. Larry descubrió el corte que se había hecho en una de las espinillas al afeitarse las piernas.

–Escucha telefonéame – dijo ella –. No estoy enfadada.

Él debería haber contestado «Claro que sí. » Y así habría terminado todo. En cambio se oyó lanzar una risa absurda, que remató con un:

–Se te están quemando los arenques ahumados.

Ella le chilló y cruzó la estancia. Pero tropezó con una almohada que estaba en el suelo y se cayó cuan larga era. Con un brazo volcó una botella mediana de leche, e hizo caer también la botella vacía de escocés que se encontraba a su lado. Dios santo, pensó Larry, ¿hemos estado mezclando eso?

Larry salió rápidamente y bajó las escaleras pisando con confianza. Al sortear los seis últimos escalones que conducían a la sala oyó vociferar desde el rellano de arriba:

–¡No eres un buen tipo! ¡No lo eres...!

Cerró de un portazo y se zambulló en el ambiente brumoso y húmedo, saturado por el olor de los árboles en primavera y de pestilencia de la grasa frita y del humo rancio de cigarrillos. Aún llevaba consigo el ridículo cigarrillo, consumido hasta el filtro. Lo arrojó al arroyo. Aspiró una bocanada de aire fresco. Era maravilloso escapar de esa locura.

Arriba y detrás de él, una ventana se levantó estrepitosamente y supo lo que vendría a continuación.

–¡Ojalá te pudras!– le gritó la higienista oral –. ¡Ojalá te caigas delante de un maldito Metro! ¡No eres cantante! ¡Eres una mierda en la cama! ¡Canalla! ¡Llévale esto a tu madre, sinvergüenza!

Una botella de leche salió volando por la ventana del dormitorio del segundo piso. Larry la esquivó. Estalló en la cuneta como una bomba, salpicando la calzada de fragmentos de vidrio. La siguió una botella de whisky escocés, que dio volteretas hasta ir a estrellarse casi a sus pies. Fuese lo que fuese aquella chica, su puntería resultaba aterradora. Echó a correr, cubriéndose la cabeza con el brazo. Aquella locura no terminaba nunca.

Desde detrás, le llegó un último alarido, triunfal y con una apropiada entonación del Bronx: ¡BÉSAME EL CULO, BASTARDO BARATO!

A continuación pudo doblar la esquina y luego siguió por el elevado. Se echó a reír con una intensidad que llegó a alcanzar la histeria, mientras observaba los coches que pasaban por debajo.

–¿No podías haber manejado mejor todo este asunto? –se dijo – sin darse cuenta de que hablaba en voz alta –. Oh, tío, tenías que haberlo hecho de otra manera. Ha sido una escena muy mala. Tendrías que avergonzarte, tío.

Entonces se percató de que estaba hablando en voz alta y se le escapo otra serie de risas histéricas.

De pronto experimentó una náusea vertiginosa en el estómago y cerró con fuerza los párpados. Se abrió en su memoria un archivo del Departamento de Masoquismo y le oyó decir a Wayne Stukey: En ti hay algo que es como morder papel de estaño.

Había tratado a aquella chica como una vieja puta después de una noche de juerga.

No eres un buen tipo. Si, lo soy. Lo soy.

Cuando la gente de la gran fiesta protestó por su decisión de echarlos de su casa, los amenazó con llamar a la Policía, y lo dijo muy en serio. ¿No había sido así? Claro que lo hizo. La mayoría de ellos eran desconocidos, y le importaba un pimiento que los hiciera pedazos una mina terrestre; pero cuatro o cinco de los protestones le hicieron retroceder a los buenos tiempos. Y Wayne Stukey, aquel bastardo, de pie en el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho como un juez de la horca el día del juicio final.

Sal Doria dijo al salir: Si esto es lo que les sucede a los tipos como tú, Larry, desearía que aún siguieses haciendo sesiones de ensayo…

Abrió los ojos y se alejó del paso elevado, en busca de un taxi. Oh, sí. La observación amarga del amigo ultrajado. Pero si era un gran amigo, ¿qué estaba haciendo aquí remedándole? Fui un estúpido y a nadie le gusta ver cómo se porta un tipo estúpido.

Ésa es la auténtica historia.

–No eres un tipo agradable.

–Soy un tipo agradable – replicó con firmeza –. Y, además, ¿eso qué importa en realidad?

Se acercaba un taxi y Larry le hizo señas. Pareció titubear un momento antes de pararse junto al bordillo. Larry recordó la sangre que tenía en la frente. Abrió la puerta y subió al vehículo antes de que aquel sujeto cambiase de opinión.

–Manhattan. Al edificio del «Chemical Bank», en Central Park –dijo.

–Tiene un corte en la frente – le advirtió el taxista.

–Una chica me arrojó una espátula – contestó Larry, con tono distraído.

El taxista le brindó una extraña y falsa sonrisa de conmiseración y emprendió la carrera, dejando que Larry se instalase cómodamente y tratase de imaginar cómo iba a explicarle todo aquello a su madre.

11

Larry encontró a una negra de aspecto cansino en la planta del vestíbulo, la cual le explicó que le parecía que Alice Underwood se encontraba en el piso veinticuatro, realizando un inventario. Tomó un ascensor. Sabía que los otros ocupantes le miraban la frente de reojo. La herida ya no sangraba, pero se había coagulado de manera visible.

El piso vigésimo cuarto estaba ocupado por las oficinas de los ejecutivos de una compañía japonesa de cámaras fotográficas. Larry recorrió los pasillos durante casi veinte minutos, buscando a su madre y sintiéndose algo ridículo. Allí había montones de ejecutivos occidentales, pero se veían suficientes japoneses como para hacer que se sintiera un memo bastante alto. Los hombres y mujeres diminutos, con sus ojos sesgados, le miraban la frente y su ensangrentada chaqueta con inquebrantable parsimonia orienta

Por fin localizó una puerta con el letrero de VIGILANCIA Y LIMPIEZA detrás de un gran helecho. Tanteó el pomo. No estaba cerrada y atisbó en el interior. Su madre se encontraba allí, con su soso uniforme gris carente de formas, con medias gruesas y zapatos de suela crepé. Llevaba el cabello muy bien recogido con una redecilla negra. Le estaba dando la espalda.

Llevaba en una mano una tablilla para hacer anotaciones y parecía estar contando las botellas de limpiacristales de spray que había en un estante muy alto.

Larry sintió un fuerte y culpable impulso de darse la vuelta y salir corriendo, regresar al garaje, situado a dos manzanas del edificio de apartamentos de su madre y llevarse el «Z». A la mierda con los dos meses de alquiler por adelantado que debía pagar por la plaza de aparcamiento. Meterse en el coche y pirárselas. ¿Pero pirárselas a dónde? A cualquier parte. Bar Harbor, Maine, Tampa, Florida, Salt Lake City, Utah. Cualquier lugar sería bueno, cualquiera donde no estuviese Dewey y ese cuarto que olía a jabón. No sabía si eran las lámparas fluorescentes o el corte de su frente, pero comenzó a sentir un jodido dolor de cabeza.

Oh deja de lloriquear, maldito mariquita.

–Hola, mamá dijo.

Ella se asustó un poco, pero no se volvió.

–Hola, Larry. Has sabido no perderte por la ciudad.

–Claro – arrastró los pies –. Quería disculparme. Debí llamarte anoche...

–Sí... Buena idea...

–Me quedé con Buddy. Salimos a dar una vuelta. Por la ciudad…

–Ya me imaginé que sería eso. O algo parecido.

Arrastró con el pie un pequeño taburete, se subió y comenzó a contar las botellas de encerador de suelos en el estante superior, tocando cada una levemente con la punta de los dedos pulgar e índice. Alargó la mano y, al hacerlo, el vestido se le subió y pudo ver encima de la parte superior de las medias la moldeada carne de sus muslos, por lo que apartó la vista, recordando de repente, y sin venir a cuento, lo que le había sucedido al tercer hijo de Noé cuando vio a su padre mientras el viejo yacía borracho y desnudo en su jergón. El pobre tipo había acabado haciendo de leñador y de aguador para siempre. Él y todos sus descendientes. Y ésa era la razón de que hoy tengamos disturbios raciales. Dios sea alabado.

–¿Es todo lo que has venido a decirme?– le preguntó ella, dándose la vuelta para mirarle por primera vez.

–Vine a decirte dónde estaba y a disculparme. Hice muy mal.

–Sí – repitió ella –. Pero ya conocemos tu lado malo, Larry. ¿Creías que me había olvidado de eso?

Él enrojeció.

–Mamá, escucha...

–Estás sangrando... ¿Alguna tipa de strip–tease te ha golpeado con un taparrabos cargado?

Se volvió de nuevo hacia los estantes y, tras haber contado la doble hilera de botellas del superior, hizo una anotación en la tablilla.

–Alguien se ha quedado con dos frascos de cera para suelos esta semana pasada – observó. – Dichosos ellos...

–He venido a quedarme y lo siento mucho. ..– le dijo Larry en voz alta.

Ella no se impresionó, pero él sí. Un poco.

–Dijiste: el señor Geoghanm caerá sobre nosotras como una talada de ladrillos si esa maldita cera para suelos no deja de desaparecer.

–No me he visto envuelto en una pelea callejera, ni tampoco he estado en un garito de strip–tease. No ha sido nada de eso. Solo fue...– dejó perderse las palabras.

Ella se dio de nuevo la vuelta, con las cejas arqueadas de aquella vieja irónica manera que él recordaba tan bien.

–¿Entonces qué fue?

–Pues...

No pudo pensar en una mentira lo bastante convincente.

–Fue... Hum... Ah... Una espátula...

–¿Te confundió alguien con un huevo frito? Vaya noche habéis pasado Buddy y tú en la ciudad...

Él se había olvidado de que ella le daba cien vueltas, y que probablemente siempre sería así.

–Fue una chica, mamá. Me la arrojó.

–Pues debe tener muy buena puntería – respondió Alice Underwood y se volvió otra vez –. Esa condenada Consuelo otra vez está escondiendo los formularios para pedir repuestos. No es que sirvan de mucho; nunca conseguimos todo el material que necesitamos, pero si tuviésemos bastante no sabría qué hacer si mi vida dependiera de ello.

–Mamá, ¿estás enfadada conmigo?

De repente, las manos de ella le cayeron a los costados. Sus hombros se derrumbaron.

–No te enfades conmigo – susurró Larry –. ¿Verdad que no? ¿Eh?

Ella se volvió y Larry vio un brillo poco natural en sus ojos.

Bueno, supuso que era lo bastante natural, pero no estuvo seguro si lo originaban los fluorescentes. Oyó a la higienista oral decirle una vez más, con gran solemnidad: No eres un tipo agradable. ¿Por qué se había molestado en regresar a casa si iba a hacerle todo aquello... sin tener en cuenta lo que ella le estaba haciendo?

–Larry – le dijo su madre en tono cariñoso –. Oh, Larry, Larry,

Durante un momento, pensó que no iba a decir nada más. Incluso se permitió confiar en que así fuese.

–¿Es eso todo lo que se te ocurre? «No te enfades conmigo, mamá, por favor, no te enfades.» Te he escuchado por la radio, y aunque a mí no me gusta esa canción que tú cantas, estoy orgullosa de que seas tú quien la cante. La gente me pregunta si de veras eres mi hijo, y yo respondo que sí, que es Larry. Les digo que siempre cantas, y eso no es mentira, ¿verdad?

Él movió la cabeza de una forma miserable, sin atreverse a hablar.

Les cuento que cogiste la guitarra de Donny Roberts cuando empezabas la enseñanza superior y que tocaste mejor que él durante media hora, aunque él estuviese dando clases desde el segundo. Posees talento, Larry; nadie tiene que decírmelo, y menos aún tú. Supongo también que lo sabes, porque es la única cosa de la que nunca te oí quejarte. Luego, te marchaste. ¿Y te he estado haciendo recriminaciones acerca de eso? Los hombres y las mujeres jóvenes siempre se van, es lo más natural del mundo. A veces duele pero eso es también natural. Luego, vuelves. ¿Tiene alguien que explicarme la razón? No. Has vuelto porque, con superventas de discos o sin ellas, te has metido en alguna clase de lío en la costa Oeste.

¡No estoy metido en problemas!– exclamó indignado.

Claro que sí. Conozco los signos. He sido tu madre durante muchísimo tiempo y no puedes engañarme, Larry. Los problemas son algo que siempre has andado buscando. A veces creo que sales a la calle sólo para pisar mierda de perro. Que Dios me perdone por decir una cosa así… Pero Dios sabe muy bien que es verdad. ¿Que si estoy enfada? No. ¿Decepcionada? Sí. Había confiado en que cambiarías allí. Pero no lo has hecho. Te fuiste como un niñito en el cuerpo de

un hombre y regresas de la misma manera, excepto que el hombre se ha dejado crecer el pelo. ¿Sabes por qué creo que has vuelto a casa?

El se quedó mirándola, deseoso de hablar; pero sabiendo que la única cosa que sería capaz de decir, si no quería que ambos se volviesen locos sería: No llores, mamá, por favor...

–Creo que has regresado a casa porque no sabías a que sitio ir. No conocías a nadie más que te acogiese. Nunca he comentado nada acerca de ti a nadie, Larry, ni siquiera a mi propia hermana: pero puesto que me empujas a hacerlo, te diré qué es lo que opino de ti. Creo que eres un pícaro, siempre lo has sido. Eso si Dios hubiese dejado alguna parte de ti fuera cuando Él te construyó dentro de mí. No eres *malo*, no es eso lo que quiero decir. En alguno de los lugares donde tuvimos que vivir después que muriera tu padre, te hubieras vuelto malo, de haber algo malo en ti, bien lo sabe Dios. Me parece que la cosa peor que te he sorprendido haciendo ha sido escribir palabrotas en la portería de aquel sitio de la Carstairts Avenue, en Queens. ¿Te acuerdas de eso?

Lo recordó. Ella le había escrito con tiza en la frente aquella misma palabra y luego le hizo dar con ella tres veces la vuelta la manzana. Nunca había escrito aquella palabra, ni ninguna otra, en un edificio, muro o porche.

–Lo peor, Larry, es que tú *pareces* bueno. A veces creo que sería una bendición que te hubieras convertido en algo peor. En realidad, pareces saber lo que está mal, pero no cómo evitarlo. Y yo tampoco lo sé. Probé todo cuanto se me ocurrió cuando eras pequeño. Escribir aquella palabra en tu frente, fue sólo una de esas cosas. En aquel momento estaba desesperada, de otro modo jamás te habría hecho algo así. Eres un fresco, eso es todo. Regresaste a casa conmigo, porque sabías que tenía algo que dar. No a todos pero sí a ti.

–Me iré – replicó, y cada palabra era como escupir una mota seca de pelusilla –. Esta tarde.

Luego, pensó que quizá no podía *permitirse* marcharse, por lo menos hasta que Wayne le mandara el próximo cheque de derechos de autor, o lo que le quedase tras acabar de alimentar a aquellos sabuesos hambrientos de Los Angeles. En lo que se refería a gastos corrientes, estaba el alquiler de espacio de aparcamiento para el «Datsun Z», y un fuerte pago que tenía que enviar el viernes a menos que desease que el amistoso representante del barrio lo buscase, cosa que no deseaba en absoluto. Y después de la juerga de anoche, que había comenzado de modo tan inocente con Buddy, su prometida y la higienista oral, conocida de la novia, una chica muy agradable de Bronx, Larry, te encantará, con un gran sentido del humor, estaba casi sin dinero en efectivo. No. Para decirlo con mayor exactitud, se encontraba en auténtica bancarrota.

Aquel pensamiento hizo que le entrara el pánico. Si dejaba a su madre ¿adónde iría? ¿A un hotel? El portero de cualquier hotel que no fuese un tugurio se reiría de él y le diría que ahuecara el ala. Llevaba buena ropa, pero ellos lo sabían. No sabía cómo, pero, de alguna forma, aquellos bastardos lo sabían. Podían *oler* una cartera vacía.

No te vayas – le dijo ella en voz baja –. No quiero que lo hagas Larry. Te he comprado comida especial. Tal vez ya la hayas visto. Pensé que esta noche podríamos jugar un poco al *gin rummy*.

Mamá tú no puedes jugar – le respondió, con una leve sonrisa. A centavo el punto, le puedo dar una paliza a un chico como tú.

Tal vez si te concedo cuatrocientos puntos de ventaja...

Escucha, niño – se burló ella –. Quizá sea yo la que deba darte los cuatrocientos puntos. Quédate, Larry. ¿Qué me dices?

Conforme contestó.

Por primera vez en aquel día se sentía bien. Bien de verdad. Una vocecilla en su interior le susurró que estaba apostando de nuevo, el mismo viejo Larry, tratando de liberarse; pero se negó a escuchar. A fin de cuentas, era su *madre*. Y se lo había *pedido*. Cierto que había ido precedido de bastantes cosas desagradables. Pero pedir era pedir. ¿Verdad o mentira?

–Verás. Compraré las entradas para el partido del cuatro de julio. Podré hacerlo con lo que te despelleje esta noche.

No podrías despellejar ni un tomate – le respondió ella bromeando, y se volvió hacia los estantes –. Hay un servicio de caballeros en el vestíbulo. ¿Por qué no vas y te limpias la sangre de la frente? Coge diez dólares de mi bolso y vete a ver una película. Aún quedan algunos buenos cines en la Tercera Avenida. Lo único que tienes que hacer es alejarte de esos antros que hay en torno de la 49 y Broadway.

Dentro de poco podré darte dinero – repuso Larry –. Esta semana estoy en el puesto dieciocho de la Lista de principales. Lo comprobé en «Sam Goody» antes de venir.

Eso es maravilloso. Pero, si estás tan forrado ¿por qué no te compras un ejemplar en vez de limitarte a mirarlo?

De repente se produjo una especie de atasco en su garganta.

–Bueno, no te preocupes – prosiguió ella –. Mi lengua es como un caballo con mal genio. En cuanto empieza a correr, tiene que seguir haciéndolo hasta derrengarse. Ya lo sabes. Coge quince Larry... Considéralo un préstamo. Supongo que lo recuperaré de una manera o de otra.

–Claro que sí – repuso Larry.

Se acercó a su madre y le tiró del borde del vestido como un niñito. Ella miró hacia abajo. Él se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

–Te quiero, mamá.

Ella pareció desconcertarse, no por el beso, sino más bien por lo que él había dicho y la forma de decirlo.

–Vaya, Larry, eso ya lo sé – respondió.

–Respecto de lo de que tengo problemas... Sí, tengo algunos pero es...

La voz de ella se volvió fría y severa al instante. Tan fría que lo asustó un poco.

–No quiero oír nada de eso...

–Muy bien – respondió –. Dime, mamá... ¿Cuál es el mejor cine de por aquí?

–El «Lux Twin»– respondió –. Pero no sé qué dan.

–No importa. ¿Sabes qué creo? Que hay tres cosas que puedes encontrar en cualquier lugar de Estados Unidos, pero que solo las encontrarás buenas en la ciudad de Nueva York.

–Sí. ¿Eres el crítico del New York Times? ¿Cuáles son?

–Películas, béisbol y perritos calientes en «Nedick's»

Ella se echó a reír.

–No eres un estúpido, Larry... Nunca lo has sido.

Larry se fue a los servicios de caballeros. Se lavó la sangre de la frente. Luego, regresó y besó otra vez a su madre. Y sacó quince dólares del arañado bolso negro. Después se fue a ver la película del «Lux», y vio a un loco y maligno fantasma llamado Freddy Krueger que se tragaba a unas cuantas adolescentes en la arena movediza de sus propios sueños, donde todas, menos una de ellas, la heroína, morían. Freddy Krueger también parecía al final, pero aquello resultaba difícil de decir y, dado que la película tenía un número romano después del nombre, y gozaba de buena aceptación, Larry pensó que el hombre con las navajas en las puntas de los dedos regresaría, sin saber que el ruido persistente en la fila de atrás, indicaba el final de todo aquello. No habría más continuaciones y, dentro de muy poco tiempo, tampoco darían en absoluto más películas.

Un hombre tosía en una butaca de las que estaban detrás de el.

12

En el rincón más alejado del salón había un reloj de caja. Durante toda su vida, Frannie Goldsmith había estado escuchando su mesurado tictac y sus toques. Recapitulaba en aquella estancia, que nunca le había gustado y que, en días como hoy, odiaba con el alma.

Su lugar favorito de la casa era el taller de su padre. Se encontraba en el cobertizo que comunicaba la vivienda con el granero, y entraba en él a través de una pequeña puerta de apenas metro y medio de altura y casi oculta detrás del viejo fogón de la cocina. Para empezar, la puerta era algo fuera de lo corriente: pequeña y disimulada, deliciosa como ese tipo de puertas que aparecen en los cuentos de hadas y en las fantasías. Cuando se hizo mayor y más alta, tuvo que agacharse, lo mismo que hacía su padre. Su madre nunca iba al taller, a menos que tuviese absoluta necesidad de ello. Era una puerta como las de *Alicia en el País de las Maravillas* y, durante algún tiempo, su juego secreto, incluso para su padre, era el de que un día abriría la puerta y no encontraría el taller de Peter Goldsmith. En vez de ello, toparía con un subterráneo que llevaría a alguna parte desde el País de las Maravillas a Hobbiton, un túnel corto pero muy gracioso con lados redondeados, de tierra, y un techo en el que se entrelazaban poderosas raíces con las que podías hacerte un buen chichón en la cabeza si tropezabas con alguna de ellas. Un túnel que no oliese a tierra húmeda y mojada, a bichos asquerosos y a gusanos, sino que tuviese aroma de cinamomo y de pastel de manzanas al horno, un túnel que acabase en alguna parte de la despensa de Bag End, donde el señor Bilbo Baggins celebrase la fiesta de su tropecientos cumpleaños.

Pero aquel curioso túnel nunca había llevado a esos lugares. Para Frannie Goldsmith, que había crecido en aquella casa, era suficiente que condujera al taller de su padre, al que éste, a veces llamaba almacén de herramientas, en tanto que para su madre era «ese asqueroso lugar donde va tu padre a beber cerveza». Herramientas extrañas y chismes raros. Un gran armario con mil cajones, todos atiborrados a tope. Clavos, tornillos, brocas, papel de lija (de tres clases [áspero, más áspero y muy áspero]), cepillos, niveles y todas las demás cosas para las que ella no tenía nombres y a las que debía aún dárselo. En el taller reinaba la oscuridad, a excepción hecha de la entelarañada bombilla de cuarenta vatios que colgaba desnuda de un cable, y el brillante círculo de luz de la lámpara «Tensor», que siempre enfocaba aquello en lo que su padre estaba trabajando. Se percibían olores de polvo, aceite y humo de pipa. Para ella parecía existir una regla que anunciaba: todos los padres deben fumar:

Pipa, puros, cigarrillos, marihuana, hachís, hojas de lechuga, cualquier cosa. En realidad, el olor a humo formaba parte integrante de su propia infancia.

«Alcánzame esa llave inglesa, Frannie. No... la pequeña. ¿Qué has hecho hoy en la escuela? ¿De veras? ¿Y por qué te quería tirar al suelo Ruthie Sears? Si, muy feo. Sí, un arañazo muy feo. Pero entona con el color de tu vestido, ¿no crees? Pues ahora deberías buscar a Ruthie Sears para que te empuje otra vez al suelo y te haga un arañazo en la otra pierna. Así harán juego los arañazos. ¿Me haces el favor de pasarme ese destornillador grande? No, el que tiene el mango amarillo... »

« ¡Frannie Goldsmith! Sal de ese sitio asqueroso ahora mismo y cámbiate la ropa del colegio... ¡AHORA MISMO! ¡Te vas a manchar!»

Incluso en la actualidad, a los veintiuno, podía entrar agachada por aquella puerta y quedarse de pie entre la mesa de trabajo y aquella vieja estufa Ben Franklin, que daba un calor tan rico en invierno, y captar todo lo que había sentido cuando era una pequeña Frannie Goldsmith que se iba haciendo mayor en aquella casa. Resultaba una sensación ilusoria, casi siempre entremezclada de tristeza, puesto que apenas recordaba a su hermano Fred, cuyo propio crecimiento había quedado interrumpido de aquella forma tan ruda. Se quedaba allí y olía el

aceite que lo impregnaba todo, el moho, el olor de la pipa de su padre. Casi no lograba recordarse a si misma tan pequeña, tan extrañamente pequeña; pero a veces si podía hacerlo, y resultaba una sensación muy agradable.

Y ahora el salón.

El salón.

Si el taller constituía todo lo bueno de la infancia, simbolizado por el olor fantasmal de la pipa de su padre (el cual a veces le soplaba suavemente humo en la oreja cuando ella tenía dolor de oídos, siempre después de hacerle prometer que no se lo diría a Carla, a la que le hubiera dado un patatús), el salón, por el contrario, constituía todo aquello de la infancia que desearía poder olvidar. ¡Hablar cuando había que hacerlo! ¡Es más fácil de romper que de arreglar! Vete arriba ahora mismo y cámbiate de ropa, ¿no sabes que eso es lo que se debe hacer? ¿Es que no piensas nunca? No te rasques, la gente creerá que tienen pulgas. ¿Qué pensarán tío Andrew y tía Carlene? ¡Me haces pasar una vergüenza mortal! El salón era el sitio donde tenías que mantener la boca cerrada, donde te picaba y no te podías rascar; el salón estaba lleno de órdenes dictatoriales, conversaciones aburridas, parientes que te pellizcaban en las mejillas, dolores o estornudos que tenías que reprimir, toses que habías de contener y, por encima de todo, bostezos que había que disimular.

Y el centro de esa estancia lo constituía el reloj, donde habitaba el espíritu de su madre. Había sido fabricado en 1889 por el abuelo de Carla, Tobias Downes, y obtuvo casi de inmediato el estatus de reliquia familiar, viajando por ahí durante el transcurso de los años, cuidadosamente envuelto y asegurado, en las mudanzas de una parte del país a otra. Había llegado a la vida originariamente en Buffalo, Nueva York, donde estaba el taller de Tobias, un lugar que sin duda alguna, debió haber estado tan ahumado y sucio como el propio taller de Peter, aunque un comentario de esta clase hubiera sorprendido a Carla por creerlo inadecuado. Iba de una rama otra de la familia cuando el cáncer, un ataque al corazón o un accidente afligía a alguna de ellas. El reloj llevaba en este salón desde que Peter y Carla Goldsmith se trasladaron a la casa, hacía ya treinta y seis años. Allí lo habían colocado y allí permanecía, con sus variados campanilleos, marcando los segmentos de un tiempo fugitivo. Algún día el reloj sería de ella, si lo deseaba, reflexionó Frannie mientras miraba a la conmocionada y pálida cara de su madre. ¡Pero yo no lo quiero! ¡No lo quiero y nunca lo tendré!

En esa sala había flores secas bajo campanas de cristal. También una alfombra color gris paloma con rosas de color apagado representadas en la lanilla. Había asimismo una graciosa ventana arqueada con un panorama desde la colina hasta la Nacional 1, con un macizo de alheña entre la carretera y los terrenos de la casa. Carla había perseguido a su marido con lúgubre fervor hasta que éste plantó el seto justo detrás de la estación de servicio «Exxon», en la curva. Una vez allí, continuó dando el latazo a su marido para que consiguiera que creciese aprisa. Incluso un fertilizante radiactivo, pensó Frannie, hubiese sido aceptable para ella de haber servido para este fin. La estridencia de sus recriminaciones en lo referente al macizo de alheña fueron disminuyendo a medida que el seto se hacía más alto, y supuso que desaparecerían en otro par de otro par de años, cuando al fin el arbusto alcanzase la altura suficiente para quitar de la vista por completo aquella ofensiva estación de servicio de modo que el salón permaneciese de nuevo inviolado.

Por lo menos, se acabaría aquel asunto.

Esparcidas en el papel de la pared, había grandes hojas verdes y flores rosadas casi con la misma tonalidad que las rosas de la alfombra. Muebles primitivos norteamericanos y una serie de puertas dobles de caoba oscura. Una chimenea con fines decorativos en la que un tronco de abedul reposaba eternamente sobre un hogar de ladrillos rojos, siempre inmaculados y que no mancillaba la menor mota de hollín. Frannie supuso que aquel tronco estaría ya tan seco que ardería como papel de periódico si le pegase fuego. Por encima del tronco había una olla casi tan grande como para que un chiquillo se bañase en ella. La había aportado la bisabuela de Frannie,

y allí estaba suspendida por encima de aquel incólume leño, tan eterna como él. Sobre la repisa, para terminar esta parte de la descripción, se encontraba El Eterno Mosquetón de Chispa.

Segmentos de tiempo de una era yerma.

Uno de los primeros recuerdos fue el de haberse meado en la alfombra color gris paloma con aquellas rosas oscuras representadas en la lanilla. Debía tener por entonces tres años; no llevaba demasiado tiempo adiestrada, y probablemente tampoco le dejaran entrar en el salón, excepto en ocasiones muy especiales, a causa de la posibilidad de accidentes. Pero de algún modo había penetrado y, al ver a su madre, que no simplemente corría hacia ella sino que volaba para atraparla antes de que pudiera ocurrir lo impensable, aquello había desencadenado que sucediera. Su vejiga se vació, la mancha se expandió y la alfombra de color gris paloma comenzó a transformarse en gris pizarra oscuro alrededor de su culito, todo lo cual hizo que su madre empezase a dar auténticos chillidos. La mancha finalmente llegó a desaparecer; pero, ¿después de cuántas sesiones de frotarla con champú? El Señor lo sabría; pero Frannie Goldsmith no.

Fue en ese salón donde su madre le habló severamente, de forma explícita y extensa, después de haberla pillado a ella y a Norman Burstein examinándose el uno al otro en el granero, con sus ropas amontonadas en un amistoso lío sobre una bala de heno que se hallaba a un lado. ¿Le gustaría, le preguntó Carla mientras el reloj del abuelo campanilleaba de forma solemne, segmentos desde un tiempo fugaz, que se llevase a Frannie a dar un paseo y abajo de la Nacional 1 sin ninguna ropa puesta? ¿Cómo estaría eso? Frannie, que entonces tenía seis años, había llorado, pero de algún modo evitó la histeria que acarrearía aquella perspectiva.

Cuando tenía diez años, se había estrellado con la bicicleta contra un buzón de Correos cuando miraba hacia atrás para gritarle algo por encima del hombro a Georgette McGuire. Se hizo un corte en la cabeza, le sangró la nariz, se laceró ambas rodillas y quedó semiinconsciente unos momentos a causa del trompazo. Luego se puso en pie, y emprendió el camino de la entrada a su casa, llorando, horrorizada por la visión de tanta sangre que salía de ella, Hubiera ido a ver a su padre, pero como estaba en el trabajo, entró tambaleándose en el salón donde su madre se encontraba sirviendo el té a Mrs. Venner y Mrs. Prynne ¡Fuera de aquí!, le gritó y, al instante corría ya hacia Frannie, abrazándola y gritando: ¡Oh, oh querida, qué le ha pasado a tu pobre nariz! Pero todo esto llevándose a Frannie a la cocina, donde podría ya caer la sangre en el suelo, aunque seguía consolándola. Frannie no olvidó aquellas primeras palabras que no habían sido ¡Oh! sino ¡Fuera de aquí! Su primera preocupación fue el salón donde moraba aquella edad perdida y donde la sangre no estaba permitida. Tal vez tampoco lo olvidó Mrs. Prynne, porque, incluso a través de las lágrimas, Frannie había visto una expresión conmocionada y atribulada cruzar el rostro de la mujer. Después de aquel día, Mrs. Prynne se convirtió en alguien que llamaba cada vez más de tarde en tarde.

En su primer año de enseñanza superior, le pusieron una mala calificación de comportamiento en el boletín de notas. Naturalmente fue invitada, en el salón, a discutir aquella nota con su madre. En el último año de la escuela superior, tuvo tres períodos de retención por notas bajas y, de forma parecida, también hubo que discutir aquello con su madre en el salón. Allí fue donde trataron acerca de las ambiciones de Frannie, y siempre acababa todo en una enorme pérdida de tiempo. Y fue allí. Era también allí donde discutían las quejas de Frannie, y se llegaba a la conclusión de que resultaban injustificadas, por no mencionar los gimoteos, los lloriqueos y el calificarla de desagradecida.

Fue asimismo en el salón donde instalaron el ataúd de su hermano sobre un caballete adornado con rosas, crisantemos y lirios del valle, con su seco perfume que llenaba la estancia, mientras en el rincón, el impasible reloj seguía campanilleando segmentos de tiempo.

–Estás embarazada – repitió Carla Goldsmith por segunda vez.

–Sí, madre.

Librodot

Su voz resultó muy seca pero no se permitió humedecerse los labios. En vez de ello, los apretó.

Pensó: En el taller de mi padre hay una niñita con un vestido rojo y siempre permanecerá allí, riéndose y escondiéndose debajo de la mesa con el torno de banco abierto en un lado, o acurrucada con las rodillas llenas de costras apretadas contra el pecho detrás del gran armario de herramientas de los mil cajones. Aquella niña es muy feliz. Pero aquí, en el salón de mi madre, está una niña aún más pequeña, que no puede hacerse pipi en la alfombra como un perro. Como un maldito cachorro malo. Y también estará siempre aquí, sin importar lo mucho que desee irse.

–Oh, Frannie – exclamó su madre, con las palabras saliendo muy de prisa.

Se pasó una mano por un lado de sus mejillas como una ofendida tía solterona.

–¿Y como ha podido suceder una cosa así?

Era la misma pregunta de Jesse. Aquello era lo que más la ofendía. Era la misma pregunta que *él* había formulado.

–Dado que tú has tenido dos hijos, madre, creo que sabes cómo ocurren esas cosas...

–¡No seas descarada!– gritó Carla.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente y destellaron aquel fuego que siempre había aterrado a Frannie de chiquilla. Estaba de pie de esa forma crispada que también la había aterrado tanto de niña. Una mujer alta con un impecable vestido verde y unas impecables medias beige. Se acercó a la repisa de la chimenea, donde siempre acudía en momentos de zozobra. Allí, debajo del fusil de chispa, descansaba un gran álbum de recortes. Carla era en cierto modo una genealogista aficionada, y toda su familia se encontraba en aquel libro. Se remontaba por lo menos hasta 1638, cuando sus más antiguos antepasados detectables se destacaron lo suficiente de la innominada multitud de londinenses como para quedar registrados en los archivos de alguna iglesia antigua, como Merton Downs. Francmasón. Su árbol familiar se publicó cuatro años atrás en *The New England Genealogist*, con la propia Carla como recopiladora de los archivos.

Ahora acarició con los dedos aquel libro de nombres cuidadosamente reunidos, un lugar seguro donde nadie podría entrar. ¿No había ladrones en algún lugar?, se preguntó Frannie. ¿Ni alcohólicos? ¿Ni madres solteras?

¿Cómo has podido hacernos algo así a tu padre y a mí?– preguntó al fin –. ¿Es de Jess?

–Sí. Él es el padre.

Carla retrocedió ante esta palabra.

–¿Cómo pudiste hacerlo?– repitió –. Hemos hecho todo lo posible para educarte de manera correcta. Y esto es... es... – Se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar.

¿Cómo has podido hacerlo? – gritó –. Después de cuanto hemos hecho por ti, ¿ése es el pago que recibimos? ¿Qué te vayas por ahí y... y... lo hagas con un chico como una perra en celo? ¡Eres una perdida!

Se deshizo en sollozos, inclinándose en busca de apoyo en la repisa de la chimenea, tapándose los ojos con una mano y sin dejar de deslizar la otra de arriba y abajo, sobre las tapas de paño verde del álbum de recortes. Mientras tanto, el reloj de caja prosiguió su tictac.

–Madre...

–¡No me llames así! ¡Ya has dicho lo suficiente!

Frannie estaba de pie, envarada. Sentía las piernas como si fueran de madera; pero no debía ser así puesto que le temblaban.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse de sus ojos; pero las contuvo. No quería que aquella estancia la derrotara una vez más.

Yo me haré cargo de todo.

¡Has comido a nuestra mesa!– le gritó de repente Carla –. Te hemos amado... criado... ¡Y esto es todo lo que recibimos! ¡Eres una perdida! ¡Chica *perdida*!

Frannie, cegada por las lágrimas, se tambaleó. Su pie derecho golpeó contra el tobillo izquierdo. Perdió el equilibrio y cayó hacia adelante con las manos extendidas. Se golpeó un lado de la cabeza contra la mesa del café y, con una mano, volcó un jarrón de flores que cayó encima de la alfombra. El florero no se rompió, pero el agua se derramó y convirtió el color gris paloma en gris pizarra.

–¡Mira eso!– gritó Carla, en tono casi triunfal.

Las lágrimas habían formado unos hoyos negros debajo de los ojos y habían abierto surcos entre el maquillaje. Tenía un aspecto extraviado y medio enloquecido.

–Mira eso. Has estropeado la alfombra. La alfombra de la abuela...

La chica se sentó en el suelo, frotándose atontada la cabeza llorando aún, deseando decir a su madre que sólo se trataba de agua; pero ya había perdido por completo las fuerzas y no estaba del todo segura. ¿*Era* sólo agua? ¿Serían orines? ¿O qué...?

Moviéndose una vez más con aquella espectral rapidez, Carla Goldsmith recogió el jarrón y lo blandió hacia Frannie.

–¿Cuál será su siguiente paso, señorita? ¿Planeas quedarte aquí? ¿Esperas que te alimentemos y te alojemos mientras tú te vas de juerga por toda la ciudad? Eso es, supongo. ¡Pues no! ¡No voy a permitirlo! ¡No lo consentiré!

–No deseo quedarme – murmuró Frannie –. ¿Has creído que lo haría?

–¿Y adonde te irás? ¿Con él? Lo dudo.

–Imagino que con Bobbi Rengarten en Dorchester o Debbie Smith en Somersworth.

Frannie reunió fuerzas y se levantó. Todavía lloraba, pero también comenzaba a enfurecerse.

–Eso no es asunto tuyo...

–¿Qué no es asunto mío?– le hizo eco Carla, sin dejar de sostener el jarrón –. ¿Que no es asunto *mío*? ¿Lo que hagas mientras aún sigas bajo mi techo no es asunto *mío*? ¡Eres una asquerosa perra desagradecida!

Abofeteó a Frannie, y lo hizo con fuerza. La cabeza de la chica se balanceó hacia atrás. Dejó de frotársela y comenzó a hacerlo con la mejilla, mirando con incredulidad a su madre.

–Ése es el pago que hemos recibido por que fueses a un buen colegio...– exclamó Carla, mostrando los dientes en una sonrisa inmisericorde y espantosa –. Pero nunca acabarás con esto. Después de que te cases con él...

–No voy a casarme con él. Y no dejaré la Universidad.

Los ojos de Carla se abrieron al máximo. Se quedó mirando a Frannie como si ésta se hubiese vuelto loca.

–¿De qué estás hablando? ¿De un aborto? ¿Vas a ir a que te hagan abortar? ¿Serás una asesina además de una fulana?

–Voy a tener al niño. Perderé el semestre de primavera; pero puedo acabar en el próximo verano.

–¿Y con qué vas a acabar? ¿Con *mi* dinero? Si es eso, tendrás que pensarlo mejor. Una chica moderna como tú apenas necesita ayuda de sus padres, ¿no es así?

–Por lo del apoyo, ya veo que no – replicó Frannie en voz baja. En lo que se refiere al dinero... pues... ya me las apañaré...

–¡No tienes ni un ápice de vergüenza! No piensas nada más que en ti misma – gritó Carla –. Dios mío, que esto tenga que pasarnos a tu padre y a mí... ¡Pero no te importa lo más mínimo! A tu padre le romperá el corazón y...

–No lo siento roto...

La calmosa voz de Peter Goldsmith les llegó desde el umbral, por lo que ambas se dieron la vuelta. Estaba en la puerta, y no se alejó mucho de ella. Las puntas de sus botas de trabajo se detuvieron exactamente delante del lugar donde empezaba la alfombra del salón que enlazaba con la más raída del pasillo. Frannie se percató de que se trataba de un lugar donde le había visto muchísimas veces antes. ¿Cuándo había sido la última vez que entró en el salón? No podía recordarlo.

¿Qué estás haciendo aquí?– le gritó Carla, pasando por alto ante cualquier daño que pudiera haber sufrido el corazón de su marido –. Creía que hoy trabajabas hasta tarde.

He hecho un cambio con Harry Masters –explicó Peter –. Fran ya me lo ha contado, Carla. Vamos a ser abuelos.

–¡Abuelos!– chilló ella. Un acceso de risa, malévolo y confuso, surgió de Carla.

–Déjame esto a mí. Te lo dijo primero y me lo has ocultado. Muy bien. Eso es lo que cabía esperar de ti. Pero ahora voy a cerrar la puerta y nosotras dos zanjaremos este asunto. Sonrió a Frannie con reluciente amargura. Sólo... para «chicas».

Puso la mano en el pomo de la puerta del salón y comenzó a cerrarla. Frannie la observó, todavía aturdida, incapaz de comprender el súbito acceso de furia y vitriolo de su madre.

Peter alargó la mano con lentitud, indeciso, e impidió que la acabase de cerrar. Peter, quiero que me dejes esto a mí.

–Se cómo lo haces. Y así lo he permitido en el pasado. Pero está vez no, Carla.

–Éste no es tu territorio.

Él replicó con calma:

–Sí lo es...

–Papá. . .

Carla se volvió hacia ella, con el pergamino blanco de su cara que ahora aparecía moteado de rojo en los pómulos.

–¡No te dirijas a él! – gritó –. ¡No estás tratando con él! Ya se que siempre le has engatusado con cualquier loca idea que hayas tenido o le has hablado con arrumacos para que se pusiera de tu parte, sin tener en cuenta lo que hubieras podido hacer, pero ahora no estás tratando con él, señorita...

–Basta ya, Carla.

–¡Fuera de aquí!

–No he entrado. Eso ya has podido verlo...

–¡No te rías de mí! ¡Sal de mi salón!

Mientras lo decía, comenzó a empujar la puerta, bajando la cabeza y hundiendo los hombros hasta llegar a parecer un toro, a un tiempo macho y hembra... Al principio, él la contuvo con facilidad y luego con mayor esfuerzo. Al final se le hincharon los tendones del cuello, aunque ella fuese una mujer y pesara treinta y cinco kilos menos que él.

Frannie deseó gritarles que lo dejaran, decirle a su padre que se marchase, para que los dos no tuviesen que ver a Carla de aquella manera, con aquel repentino e irracional encono que siempre parecía aletear; pero que ahora había estallado en ella. Sin embargo su boca parecía helada y sus goznes semejaban haberse oxidado.

–¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi salón! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Bastardo suelta esa maldita puerta y sal de aquí...!

Fue entonces cuando él la abofeteó.

Resultó un ruido leve, casi sin importancia. El reloj del abuelo no hizo volar el polvo, ultrajado ante aquel sonido, sino que siguió con su tictac como lo había hecho siempre desde que empezó a funcionar. Los muebles no crujieron. Pero las airadas palabras de Carla se detuvieron en seco, como si se las hubiesen amputado con un escalpelo.

Cayó sobre sus rodillas, y la puerta se abrió por completo hasta chocar suavemente contra el alto respaldo de una silla victoriana con su funda bordada a mano.

–No, oh, no exclamó Frannie con una vocecilla dolida, Carla se oprimió una mano contra la mejilla y alzó la mirada hacia su marido.

–Hace diez o más años que te llevas mereciendo esto – observo Peter, cuya voz había perdido algo de firmeza –. Siempre me he estado diciendo que no debía hacerlo, porque no soy una persona que dedique a pegar a las mujeres. Y sigo pensando lo mismo... Pero cuando alguien, hombre o mujer, se convierte en un perro y comienza a morder, es necesario hacer algo. Sólo me hubiera gustado, Carla, haber tenido el ánimo suficiente para haberlo hecho antes. Eso nos hubiera lastimado menos a los dos.

–Papá...

–Calma, Frannie – dijo con ausente crudeza. Has dicho que ella es una egoísta – continuó Peter, mirando hacia abajo, al rostro convulso y rígido de su esposa –. Pero aquí la única egoísta eres tú. Dejaste de preocuparte cuando Fred murió. Decidiste entonces que querer a la gente podía llegar a causar dolor, y llegaste a la conclusión de que era más seguro vivir sólo para ti misma. Y eso fue lo que hiciste una y otra vez. Este cuarto lo dedicaste a tu familia muerta y te olvidaste de la parte de tuya que aún vivía. Y cuando Frannie entró aquí y te contó que tenía problemas, cuando solicitó que la ayudaras, estoy seguro de que lo primero que te cruzó por la cabeza fue preguntarte qué dirían las damas del «Flower and Garden Club», o si eso significaría que no podrías asistir a la boda de Amy Lauder. El dolor constituye una razón para cambiar; pero todo el dolor del mundo no puede cambiar los hechos. Has sido una egoísta.

Alargó la mano y le ayudó a incorporarse. Ella se puso en pie como una sonámbula. Su expresión no había cambiado. Conservaba los ojos muy abiertos, como incrédulos. Todavía no había vuelto a ellos aquella mirada implacable pero Frannie pensó que aquello no tardaría en suceder. Ocurriría.

La culpa ha sido mía por permitírtelo con el fin de no crear situaciones desagradables. Por no desear enfrentarme a los hechos. Ya ves, yo también he sido un egoísta. Y cuando Frannie se fue al colegio pensé: «Bueno, ahora Carla ya tiene lo que quería y no podrá lastimar a nadie, excepto a si misma, y si una persona no sabe que hiere a los demás, en ese caso los demás no deberían sentirse lastimados.» Pero me equivoqué. Llevo mucho tiempo equivocándome, pero nunca tanto como ahora.

Con gentileza, pero con mucha fuerza, alargó la mano y sujetó Carla por los hombros.

–Y ahora voy a decirte una cosa como marido tuyo. Si Frannie necesita un lugar donde estar, ese lugar es éste. De la misma manera que siempre lo ha sido. Si necesita dinero, lo tendrá de mi cartera... Como lo ha tenido hasta ahora. Y si decide conservar el bebé ya verás como hace una fiesta apropiada. Tal vez creas que no se presentará nadie, pero ella tiene amigos muy buenos, y

ellos lo harán. Y quiero decirte una cosa más. Si desea que lo bauticen, se podrá hacer aquí mismo. Aquí, en este maldito salón.

La boca de Carla se abrió y comenzaron a surgir unos sonidos. Al principio se parecieron al silbido de una tetera encima del fogón. Luego, se convirtió en un quejido fúnebre.

–Peter, el ataúd de tu hijo estuvo en esta estancia...

–Sí. Y por eso no puedo pensar en un sitio mejor para bautizar una nueva vida – comentó –. La sangre de Fred. Sangre de *vida*. Fred lleva muerto un montón de años, Carla. Hace mucho tiempo que es pasto de los gusanos.

La mujer comenzó a gritar y se llevó las manos a los oídos. Él se inclinó y se las apartó.

–Pero los gusanos no tienen nada que ver con tu hija y el bebé de tu hija. No importa cómo haya sido. Es algo *vivo*. Te comportas como si quisieras echarla, Carla. ¿Y qué tendrás si lo consigues? Nada, excepto este cuarto y un marido que te odiará por lo que hiciste. Si lo llevas a cabo, será como si eliminases a tres personas a la vez: a mí, a Frannie y al mismo Fred.

–Quiero irme al piso de arriba y acostarme – dijo Carla. Siento náuseas. Creo que será mejor que me eche.

–Yo te ayudaré – se ofreció Frannie.

–No me toques. Quédate con tu padre. Al parecer, el y tú lo habéis tramado ya todo. Cómo vais a destrozarme en esta Ciudad ¿Por qué no te instalas en mi salón, Frannie? Arroja barro en la alfombra, recoge las cenizas de la chimenea y espárcelas encima de mi reloj... ¿Por qué no? ¿Por qué no?

Comenzó a reír y empujó a su marido al cruzar hacia el pasillo. Parecía borracha. Peter intentó pasarle un brazo por encima de los hombros. Ella enseñó los dientes y le bufó como una gata.

Sus risas se convirtieron en sollozos cuando comenzó a subir lentamente por la escalera, inclinándose sobre el pasamanos de ébano en busca de apoyo. Aquellos sollozos eran tan desolados que Frannie deseó gritar y vomitar al mismo tiempo. El rostro de su padre era del color de un trapo sucio. Al llegar arriba, Carla se volvió y se balanceó de una manera tan alarmante que, por un momee creyó que se precipitaría rodando hasta el pie de las escalera. Se quedó mirándolos, y pareció como si fuese a hablar; pero enseguida se dio de nuevo la vuelta. Un momento después, al cerró la puerta de su dormitorio, se apagaron los tormentuosos sollozos.

Frannie y Peter se miraron, también desolados. El reloj del abuelo siguió con su calmoso campanilleo.

Esto acabará por arreglarse – comentó sosegado Peter –. Cambiará de opinión.

¿De veras?– preguntó Frannie.

Se acercó despacio a su padre, se inclinó contra su pecho y él pasó un brazo alrededor de los hombros.

Yo no lo creo así – concluyó Frannie.

No importa. No debemos pensar en ello a partir de ahora.

Pero yo sí he de hacerlo. Ella no quiere que yo esté aquí.

Debes quedarte. Debes hallarte en casa cuando ella cambie de opinión, si es así y se percate de que aún necesita que te quedes. Hizo una pausa. Yo lo necesito, Frannie.

Papá – le contestó al tiempo que apretaba la cabeza contra su pecho –. Oh, papá. Lo siento, lo siento tanto...

Chisst – le ordenó, y le acarició el cabello.

Por encima de la cabeza de Frannie vio cómo la luz de la tarde penetraba a través de las ventanas de arco, como siempre lo había hecho en el crepúsculo, dorada y con quietud, de la misma forma que la luz solar entra en los museos y en las cámaras mortuorias.

Chisst, Frannie. Te quiero. Te quiero hija mía...

13

Se encendió la luz. El compresor siseó. Se abrió la puerta. El hombre que entró no usaba una escafandra blanca, completa, sino un pequeño filtro nasal resplandeciente que se parecía un poco a uno de esos tenedores de plata de dos puntas que las dueñas de casa dejan en la mesa de los canapés para pinchar las aceitunas y sacarlas del frasco

–Hola, el señor Redman – dijo, atravesando la habitación; tendió la mano, enfundada en un delgado guante de caucho transparente y Stu, sorprendido y a la defensiva, la estrechó –. Soy Dick Deitz. Denninger nos informó de que usted abandonará el juego si no le informan de cómo va el marcador.

Stu asintió con un movimiento de cabeza.

–Estupendo – prosiguió Deitz, y se sentó sobre el borde de la cama.

Era un hombre menudo, de tez cobriza. Sentado allí, con codos apoyados sobre las rodillas, parecía un gnomo de una película de Disney.

–¿Y qué es lo que quiere saber?

–En primer lugar, por qué no usa uno de esos trajes espaciales.

–Porque *Geraldo* dice que su caso no es contagioso.

Deitz señaló un conejillo de Indias que estaba detrás de la ventana de cristales dobles. El cobaya se hallaba encerrado en una jaula, y detrás de la jaula estaba Denninger en persona, impasible.

–¿*Geraldo*, eh?

–*Geraldo* ha respirado el mismo aire que usted durante tres días por un convector. La enfermedad que sufren sus amigos se transmite fácilmente de los seres humanos a los cobayas, y viceversa. Si su caso fuera contagioso, *Geraldo* ya estaría muerto.

–Pero usted no se arriesga más de lo indispensable – comentó Stu con sequedad, y señaló con el pulgar el filtro nasal.

–Eso – respondió Deitz con una sonrisa cínica – no figura en mi contrato.

–¿Y cómo la he pillado yo?

Muy despacio, como si ensayara, Deitz dijo:

–Cabello negro, ojos azules, un bronceado fantástico. – Se quedó mirando con fijeza a Stu. – ¿No es muy divertido, verdad?

Stu no respondió.

–¿Quiere pegarme?

–No creo que sirviera de nada...

Deitz suspiró y se rascó el puente de la nariz como si los filtros le estuviesen molestando.

–Escuche – dijo –. Cuando las cosas son serias, me dedico a gastar bromas. Otras personas fuman o mascan chicle. Es mi forma de mantenerme entero, eso es todo. No dudo de que haya montañas de gente que tengan otras formas mejores. En lo que se refiere a la enfermedad que ha contraído, por lo que Denninger y sus colegas han podido averiguar, no tiene que preocuparse en absoluto.

Stu asintió impasible. Sin embargo, tenia la impresión de que aquel gnomo había abandonado su cara de póquer ante su súbito y profundo alivio.

–¿Cuál es la enfermedad de los otros?

–Lo siento. Es un secreto.

–¿Cómo la pilló ese fulano Campion?

–También es un secreto.

–Yo sospecho que Campion era militar. Y que en alguna parte se produjo un accidente. Como con aquellas ovejas de Utah, pero mucho peor.

–Señor Redman, podrían enviarme a la cárcel sólo por decirle si ha estado usted cerca o lejos de la verdad.

Stu se frotó pensativo su barba incipiente.

–Debería alegrarse de que no seamos más comunicativos siguió Deitz–. Se da cuenta de eso, ¿no es cierto?

–Así puedo servir mejor a mi país – respondió Stu secamente.

No, ése es el argumento de Denninger. En el ordenamiento general, Denninger y yo somos insignificantes; pero Denninger lo es aún más que yo. Él es un simple autómata. Hay una razón más pragmática para que esté contento. Usted también es un secreto, ¿sabe? Ha desaparecido de la faz de la tierra. Si supiera más, los que llevan la batuta podrían llegar a la conclusión de que lo más seguro es que desaparezca definitivamente.

Stu no contestó. Estaba alelado.

–Pero no he venido para amenazarlo. Necesitamos urgentemente su cooperación, señor Redman. Es indispensable.

¿Dónde están las otras personas con las que vine aquí?

Deitz sacó un papel del bolsillo interior.

–Victor Palfrey, difunto. Norman Bruett, Robert Bruett, difuntos. Thomas Wannamaker, difunto. Ralph Hodges, Cheryl Hodges, difuntos, Christian Ortega, difunto. Anthony Leominster, difunto.

Los nombres dieron vueltas en la cabeza de Stu. Chris, el camarero. Siempre guardaba un «Louisville Slugger» cargado debajo del mostrador, y el camionero que pensase que Chris sólo bromeaba respecto a llegar alguna vez a usarlo se llevaría un enorme sorpresa. Tony Leominster, que conducía aquel gran «International» con el «Cobra CB» debajo del salpicadero. A veces frecuentaba la estación de Hap pero no estuvo allí la noche en que Campion se estrelló contra los surtidores. Vic Palfrey... Jesús, conocía a Vic de toda la vida. ¿Cómo podía Vic estar muerto? Pero lo que le había afectado más era lo de la familia Hodges.

¿Todos ellos?– se oyó preguntar –. ¿Toda la familia de Ralph?

Deitz volvió la hoja.

–No. Queda la pequeña Eva. Cuatro años. Vive.

–¿Cómo está?

–Lo siento. Eso también es un secreto.

La furia se apoderó de él inesperadamente, como una dura sorpresa. Se levantó, cogió a Deitz por las solapas y lo sacudió de lado a otro.

Por el rabillo del ojo, atisbó un movimiento de alarma detrás cristal doble. Oyó un toque lejano de silbato, amortiguado por la distancia y por el aislamiento acústico de las paredes.

–¿Qué hicieron ustedes? – vociferó –. ¿Qué hicieron? nombre de Dios, ¿qué hicieron?

–Señor Redman...

–¿Eh? ¿Qué mierda hicieron?

La puerta se abrió con un siseo. Entraron tres hombres robustos vestidos con uniformes de color oliva. Todos usaban filtros nasales.

Deitz los miró y les espetó:

–¡Fuera de aquí ahora mismo!

Los tres parecieron desconcertados.

–Tenemos orden

–¡Fuera de aquí, y ésta es una orden!

Se retiraron. Deitz se sentó tranquilo sobre la cama. Tenia las solapas arrugadas y el pelo le había caído sobre la frente. Eso todo. Miraba a Stu con serenidad, incluso con conmiseración. En un rapto de delirio Stu pensó en arrancarle el filtro nasal, y entonces recordó a ***Geraldo***. Qué nombre tan estúpido para un conejillo de Indias. La desesperación le azotó como un chorro de agua fría. Se sentó.

– Maldita sea – musitó.

– Escúcheme – dijo Deitz–. Yo no soy el responsable de que usted se encuentre aquí. Denninger tampoco lo es, ni las enfermeras que vienen a tomarle la tensión sanguínea. Si hay un responsable, fue Campion. Aunque tampoco puede carga toda la culpa a él. Campion huyó; pero fue un desliz técnico el que le permitió escapar. El problema no nos convierte en responsables.

– ¿Entonces quién lo es?

– Nadie – respondió Deitz, y sonrió –. En este caso, la responsabilidad se diluye tanto que es casi invisible. Fue un accidente. Podría haber ocurrido de muchas otras maneras.

–Vaya accidente – respondió Stu, casi con un susurro –. ¿Y los otros? ¿Hap y Hank Carmichael y Lila Bruett? ¿Su hijo Luke? ¿Monty Sullivan...?

–Secretos – sentenció Deitz–. ¿Quiere sacudirme un poco más? Si eso le hace sentirse mejor, adelante.

Stu se quedó callado; pero la expresión con que miraba a Deitz determinó que éste bajara súbitamente la vista y empezara a jugar con la raya de sus pantalones.

–Están vivos –murmuró –, y quizá los vea cuando llegue el momento.

–¿Y Arnette?

–En cuarentena.

–¿Quién ha muerto allí?

–Nadie.

–Miente.

–Lamento que piense eso.

–¿Cuándo saldré de este lugar?

–No lo sé.

–¿Secreto?– preguntó Stu con tono mordaz.

–No. Lo que ocurre es que lo ignoro. Al parecer, usted no padece la enfermedad. Queremos saber por qué no la pilló. Si lo conseguimos, el problema estará resuelto.

–¿Puedo afeitarme? Me pica la cara. Deitz sonrió.

–Si permite que Denninger reanude los exámenes, enviaré un ordenanza para que lo afeite ahora mismo.

–Puedo bastarme yo solo. Vengo haciéndolo desde los quince años.

–No lo creo posible. Deitz negó enérgicamente con la cabeza.

–¿Teme que me degüelle?

Stu le sonrió con expresión hostil.

–Digamos que...

Stu lo interrumpió con una serie de toses roncas, secas. La violencia de éstas le hizo doblarse en dos.

El efecto sobre Deitz fue galvánico. Saltó de la cama disparado llegó a la puerta neumática sin que sus pies parecieran tocar el suelo. Se apresuró a buscar en el bolsillo la llave cuadrada y la insertó a cerradura.

–No se moleste dijo Stu, sonriendo –. Fingía.

Deitz se volvió lentamente hacia él. Su expresión había cambiado –Tenía los labios estirados por la cólera, los ojos desorbitados.

–¿Qué fue lo que hizo?

–Fingí.

La sonrisa de Stu se ensanchó.

Deitz dio dos pasos hacia él, titubeando. Cerró los puños, los abrió y volvió a cerrarlos.

–¿Pero por qué? ¿Por qué hizo eso?

–Lo siento – respondió Stu, sonriendo –. Es un secreto.

–Maldito hijo de puta – farfulló Deitz, estupefacto.

–Váyase – agregó Stu –. Váyase y dígales que pueden reanudar sus exámenes.

Esa noche durmió como no había dormido desde su llegada. Y tuvo un sueño muy vivido. Siempre había soñado mucho (su esposa se había quejado de que se revolvía y mascullaba mientras dormía), pero nunca un sueño parecido.

Estaba en un camino rural, en un lugar preciso donde el asfalto negro era sustituido por tierra blanca como el hueso. Refulgía un sol incandescente de verano. A ambos lados del camino crecía un maizal verde que se extendía hasta el infinito. Había un cartel, pero estaba cubierto de polvo y no pudo leerlo. Oía el graznar de cuervos, agudo y lejano. Más cerca, alguien tocaba una guitarra acústica, con *pizzicatos*. Vic Palfrey lo había hecho y había sida buen intérprete.

Aquí es a donde debo llegar, pensó Stu vagamente –. Si, éste es el lugar sin duda.

¿Qué melodía era ésa? *¿Beautiful Zion? ¿The Fields of My Father's Home? ¿Sweet Bye and Bye?* Un himno religioso que recordaba de su infancia, algo asociado con el bautismo por inmersión y los picnics. Pero no recordaba cuál de ellos.

Entonces cesó la música. Una nube ocultó el sol. Empezó a tener miedo. Comenzó a sentir que había algo pavoroso, algo peor que la plaga, el fuego o el terremoto. Algo que estaba en el maizal y espiaba. En el maizal había algo macabro.

Miró y vio dos ojos rojos, inflamados, en medio de las sombras muy confundidos con el maizal. Esos ojos generaron en la parálisis y la desesperación terroríficas que la gallina siente frente a la comadreja. Él, pensó. El hombre sin rostro. Dios mió. Dios mío, no.

Entonces el sueño empezó a diluirse y se despertó con sensaciones de desasosiego, desorientación y alivio. Fue al baño y después se acercó a la ventana. Miró la luna. Volvió a la cama y tardó una hora en dormirse de nuevo. Todo ese maíz, pensó, aletargado. Debe tratarse de

Iowa o Nebraska, tal vez del norte de Kansas. Pero nunca en su vida había estado en uno de esos lugares.

14

Faltaban quince minutos para la medianoche. Al otro lado de la pequeña ventana blindada, las sombras se oprimían uniformes contra el cristal. Deitz estaba sentado a solas en el cubículo de la oficina, con la corbata floja y el botón del cuello desabrochado. Tenía los pies alzados y apoyados en aquel anónimo escritorio metálico. Sostenía un micrófono. Encima de la mesa, las bobinas de una anticuada grabadora «Wollensak» daban vueltas y vueltas.

–Habla el coronel Deitz– dijo –. Estoy en las instalaciones de Atlanta código PB–2. Informe 16, tema archivo Proyecto Azul, subarchivo Princesa/Príncipe. Este informe, archivo y subarchivo son de alto Secreto, clasificación 2–2–3, sólo para tus ojos. Si no tienes clasificación para recibir este material, sal pitando, Jack.

Se calló y cerró los ojos. Las bobinas de las cintas continuaron funcionando Con suavidad, llevando a cabo todos los adecuados cambios eléctricos y magnéticos.

–Príncipe me ha dado una jodida mala noche – prosiguió –. No voy a entrar en detalles; se encuentra en el informe de Denninger. Este tipo pide y pide, y le das la mano y se queda con el brazo. Además, naturalmente, una transcripción de mi conversación con Príncipe figurará en el disco de telecomunicaciones, el cual contiene asimismo la transcripción de esta cinta, que se está llevando a cabo a las 23.45 horas. Me enfadé lo suficiente como para pegarle, porque me sulfuró al máximo. De todos modos, ya no estoy enojado. El hombre me apretó los tornillos y, durante un segundo, supe exactamente lo que eso significa. Es un tipo bastante brillante, una vez atraviesas su exterior a lo Gary Cooper, y un independiente hijo de perra. Y esto le va, pues ha encontrado toda clase de cosas que reprochar. No tiene familia en primer grado en Arnette ni en otro lugar, por lo que no le podemos forzar demasiado. Denninger se ha prestado voluntario, o eso dice, y también dice que le gustaría obligarle a que mostrase una disposición de ánimo más cooperadora, lo cual es posible. Pero, si se me permite otra observación personal, me parece que la cosa costará mucho más de lo que Denninger se imagina. Tal vez muchísimo más. Que quede constancia, de todos modos, de que estoy en contra de ello. Mi madre solía decir que se cazan más moscas con miel que con vinagre, y me parece que sigo creyéndolo. Que conste en el expediente que las pruebas le dan como libre de virus. Imagínatelo...

Hizo otra pausa, luchando contra el adormecimiento. Ha conseguido sólo cuatro horas de sueño en las últimas setenta y dos.

–Informe a las dos mil doscientas horas – dijo de una manera formal y sacó un montón de hojas del escritorio –. Henry Carmichael murió mientras yo estaba hablando con Príncipe. El poli, Joseph Robert Brentwood, murió hace media hora. Esto figurará en el informe del doctor D. Pero sólo echa pestes del asunto... Brentwood mostró una repentina respuesta positiva al tipo de vacuna. Hum...

Hurgó entre los papeles.

–Aquí está. 63–A–3. Véase subarchivo, si quieres. La fiebre de Brent remitió, desapareció la característica inflamación del cuello, informó de que estaba hambriento y comió un huevo pasada por agua y una tostada con mantequilla. Habló de manera racional, deseó saber dónde se encontraba, y todas esas cosas. Luego, a eso de las dos mil cien horas, volvió la fiebre de repente. Comenzó a delirar. Rompió las correas de la cama, se tiró al suelo y se arrastró por el cuarto, gritando y tosiendo, vomitándolo todo. Después se derrumbó y murió. No hubo nada que rascar. La opinión del equipo es que lo mató la vacuna. Lo puso mejor durante un rato; pero se hallaba de nuevo enfermo antes de que lo matara. Por lo tanto volvemos a los peores momentos.

Hizo una pausa.

–He dejado lo peor para el final. Podemos abandonar la calificación de secreto para Princesa y llamarla igual que antes, Eva Hodges, hembra, cuatro años, caucasiana. Su carroza se ha convertido en una calabaza con un tiro de ratones a últimas horas de esta tarde. A la inspección, parece por completo normal, ni siquiera mocos. Naturalmente está baja de forma y echa de menos a mamá. Pero, aparte de esto, su estado es por completo normal. Sin embargo, lo tiene. Después del almuerzo, su tensión sanguínea mostró un descenso, y más tarde subida, que es el único diagnóstico decente al que ha podido llegar hasta ahora Denninger, quien antes de la cena, me ha mostrado portaobjetos con esputos. Podéis creerme. Estas transparencias con esputos son un magnífico incentivo para una dieta a rajatabla. Están muy cargados, con esos gérmenes en forma de ruedas de carro que él declara que no son en realidad gérmenes, sino incubadores. No acabo de comprender como llega a saber dónde está esa cosa y qué aspecto tiene, y sin embargo no pueda detenerla. Me ha soltado grandes parrafadas de jerga, pero no creo que ni siquiera él lo entienda.

Deitz encendió un cigarrillo.

–En resumen, ¿dónde estamos esta noche? Tenemos una enfermedad que posee unas cuantas etapas bien definidas... Pero ciertas personas se pueden saltar alguna etapa. Y también están las que regresan a una anterior. Incluso hay gente a quien le ocurre ambas cosas. Algunas personas permanecen en una etapa durante un tiempo relativamente prolongado y otros se precipitan por las cuatro como un cohete. Uno de nuestros dos sujetos «limpios» ya no está limpio. El otro es un individuo de treinta años, que parece estar tan saludable como yo mismo. Denninger le ha hecho millones de pruebas y sólo ha logrado aislar cuatro anormalidades: ese Redman parece tener demasiados males en su cuerpo. Le afecta una leve hipertensión, muy ligera para necesitar de medicación. Presenta un tic en el ojo izquierdo cuando está bajo tensión. Y Denninger afirma que sueña mucho más que el promedio de la gente, casi toda la noche y todas las noches. Han averiguado eso por las series estándar EGG que le efectuaron antes de que se declarase en huelga. Y eso es todo. No extraigo nada en claro de eso. Tampoco le es posible al doctor Denninger, ni a la gente que ha comprobado los trabajos del doctor Demento.

»Y esto me asusta, Starkey. Me asusta porque incluso un médico listo, con todos los hechos en la mano, no podría llegar a diagnosticar otra cosa que un constipado común en la gente que anda por ahí contagiando. Cristo, nadie acude al médico a menos haya pillado una neumonía, que tenga un bulto sospechoso en la teta o un mal proceso de urticaria. Resulta difícil que alguien te visite por una cosa así. Por lo tanto, se quedan en casa, bebiendo líquidos y descansando en la cama, y luego se mueren. Pero, antes de hacerlo, infectan a cualquiera que entre en el cuarto donde están. Nosotros seguimos esperando que Príncipe (creo que he empleado su nombre auténtico en algún lugar, pero en este momento me importa un pimiento) se derrumbe esta noche, o mañana, o pasado mañana todo lo más. Y hasta ahora, quien ha sufrido un retroceso ya no se ha puesto mejor. Esos hijos de perra de California hicieron su trabajo demasiado bien para mi gusto.

»Deitz, Atlanta PB, instalación 2, acaba el informe.

Apagó el magnetófono y se quedó mirándolo durante un rato. Luego, encendió otro cigarrillo.

15

Faltaban dos minutos para la media noche

Patty Greer, la misma que había tratado de tomarle la tensión sanguínea a Stu el día en que éste se había declarado en huelga hojeaba el número de la semana de *McCall* en el departamento de enfermeras, mientras aguardaba el momento de ir a examinar a los señores Sullivan y Hapscomb. Hap estaría despierto, contemplando el programa de Johnny Carson, y no le crearía problemas. Le gustaba gastar bromas acerca de lo difícil que seria pellizcarle el trasero a través de la escafandra blanca que la cubría por completo. Hapscomb se hallaba asustado pero

cooperaba, no como ese horrible Stuart Redman, que se limitaba a mirarte sin pestañear. Hapscomp era lo que Patty definía como un «buen jugador». Para ella, los pacientes se dividían en «buenos jugadores» y «viejos cascarrabias». Patty, que se había fracturado una pierna patinando cuando tenia siete años, y que no había vuelto a pasar un día postrada en cama, no soportaba a los «viejos cascarrabias». O uno estaba enfermo y era un « buen jugador», o era un hipocondríaco que fastidiaba a las pobres enfermeras.

El señor Sullivan estaría durmiendo y se despertaría de mal humor. Ella no tenía la culpa de que le ordenasen despertarlo, y el señor Sullivan debería haberlo entendido así. Tenía que estado agradecido de el Gobierno le dispensara la mejor atención posible, y sin cobrarle un céntimo. Eso era lo que le diría si empezaba a comportarse de nuevo como un «viejo cascarrabias».

El reloj señaló las doce. Era hora de ponerse en marcha.

Salió del cuarto de enfermeras y recorrió el pasillo en dirección al recinto blanco donde primero la rociarían y después le ayudarían a ponerse el uniforme. A mitad de camino, empezó a cosquillearle la nariz. Sacó el pañuelo del bolsillo y estornudó tres veces. Volvió a guardar el pañuelo.

Obsesionada por el caprichoso del señor Sullivan, no prestó ninguna atención a sus estornudos. Debía tratarse de un acceso de fiebre del heno. Ni se le cruzó por la cabeza la orden exhibida en la sala de enfermeras, que decía con grandes letras rojas: COMUNIQUE INMEDIATAMENTE A SU SUPERVISOR CUALQUIER SÍNTOMA DE RESFRIADO POR INSIGNIFICANTE QUE PAREZCA. Temían que la enfermedad que padecían esas pobres gentes de Texas, cualquiera que fuese, traspasara las habitaciones herméticamente cerradas; pero ella sabía que era imposible que el virus más minúsculo se infiltrara en la atmósfera autónoma de las escafandras blancas.

A pesar de ello, en el trayecto hacia el recinto blanco, contagió a un ordenanza, a un médico que se disponía a salir, y a otra enfermera que iba a realizar su ronda nocturna.

Había empezado un nuevo día.

16

Un día después, el 23 de junio, un gran «Continental» blanco rugía hacia el norte por la Carretera 180, en otra región del país. Iba a velocidad entre ciento veinte y ciento cuarenta kilómetros por hora. Su pintura blanca refulgía bajo el sol y sus cromados producían destellos. Los cristales de la parte trasera también se habían convertido en un permanente heliógrafo.

El rastro que el «Continental» había dejado atrás desde que Poke Lloyd mataron a su propietario y robaron el coche, en algún lugar al sur de Hachita, era sinuoso y bastante absurdo. Por la Carretera 81 hasta la Carretera 80, luego la autopista. Poke y Lloyd empezaron a ponerse nerviosos. En los últimos seis días habían matado a seis personas, incluidos el propietario del «Connie», su esposa y su hija. Pero no eran los seis asesinatos la causa de que se hallaran inquietos en la interestatal. Eran la droga y las armas. Cinco gramos de hachís, un estuche de rapé con Dios sabe cuánta cocaína, y ocho kilos de marihuana.

Además, dos calibres «38» tres calibres «45» un «Magnum357» que Poke llamaba su «pokerizador», seis escopetas, dos de ellas con cañones recortados, y una metralleta «Schmeisser». El asesinato estaba un poco más allá de su alcance intelectual; pero ambos entendían que lo pasarían mal si la Policía del Estado de Arizona los pillaba en un coche robado y abarrotado de droga y armas. Además eran fugitivos que habían cruzado los límites de un Estado, el de Nevada.

Fugitivos federales. A Lloyd le gustaba la frase. Rompepelotas. Probad esto, ratas inmundas. Trágate este bocadillo de plomo maldito «poli».

Librodot

De modo que viraron al Norte en Deming, y ahora estaban en la 180. Habían atravesado Hurley y Bayard y la ciudad un poco populosa de Silver City, donde Lloyd compró una bolsa de hamburguesas y ocho batidos de chocolate (¿por qué, en nombre de Cristo había comprado basuras de ésas? Pronto mearían chocolate), sonriéndole a la camarera con una vieja expresión vacía pero que la dejó nerviosa durante varias horas. Pienso que a ese hombre tanto le habría dado matarme como mirarme, le comentó más tarde a su patrón.

Fuera de Silver City y a rugir por Cliff, donde la carretera se desviaba de nuevo hacia el Oeste, precisamente hacia donde no querían ir. Atravesaron Buckhorn y volvieron a encontrarse en un territorio dejado de la mano de Dios, en una carretera de dos carriles que circulaba entre matorrales y arenas, con un fondo de montes y mesetas que daban ganas de vomitar.

–Nos estamos quedando sin gasolina –anunció Poke.

–Eso es porque aceleras demasiado –respondió Lloyd.

Bebió un sorbo de su tercer batido, se atragantó, escupió por la ventanilla y arrojó fuera todo lo que quedaba, incluyendo los tres batidos que aún estaban intactos.

–¡Arre! ¡Arre!– gritó Poke.

Había empezado a bombear el pedal del gas. El «Connie» arremetió hacia delante, se atascó, volvió a arremeter.

–¡Fuerza, cowboy!– vociferó Lloyd.

–¡Arre! ¡Arre!

–¿Quieres fumar?

–Fúmalos si puedes –respondió Poke –. ¡Arre! ¡Arre!

Sobre el suelo, entre los pies de Lloyd descansaba una gran bolsa verde. Allí estaban los ocho kilos de marihuana. Metió la mano cogió un puñado y empezó a liar un cigarrillo.

–¡Arre! ¡Arre!

El «Continental» zigzagueaba sobre la blanca línea divisoria.

–¡Déjate de joder!– aulló Lloyd –. La estoy esparciendo por todas partes.

–Hay más... ¡Arre!

–Escucha, hombre, tenemos que vender esta mercancía. Si no la vendemos, nos atraparán y terminaremos viajando en un maletero.

–Está bien, amigo. – Poke condujo con cautela, pero enfurruñado –. A ti se te ocurrió la jodida idea.

–Antes te pareció buena.

–Sí, y en ningún momento imaginé que terminaríamos dando tumbos por toda la maldita Arizona. ¿Cómo llegaremos así a Nueva York?

–Estamos despistando a los perseguidores, hombre – respondió – Lloyd.

Mentalmente, vio cómo se abrían las puertas de los garajes de la policía y miles de coches patrulla de los años cuarenta salían en jauría tras ellos.

–Cochina suerte –farfulló Poke, siempre mohíno –. Es una faena estupenda. ¿Sabes qué tenemos encima, aparte de la droga y las armas? Tenemos dieciséis dólares y trescientas putas tarjetas crédito que no nos atrevemos a usar. Demonios, ni siquiera llevamos suficiente dinero para llenar el depósito de este cacharro.

–Dios proveerá – respondió Lloyd.

Pegó con saliva el borde del pitillo. Lo prendió con el encendedor del «Continental».

–Cochina suerte.

–Y si quieres venderla, ¿por qué la fumamos?– prosiguió Poke, a quien no le consolaba mucho la idea de que Dios proveería.

–Pues venderemos unos gramos menos. Vamos, Poke. Dale una chupada.

Ése era el mejor sistema para hacer callar a Poke. Lanzó una carcajada y cogió el cigarrillo. La «Schmeisser», con la carga completa, descansaba entre ellos sobre su culata de alambre. El «Connie» rugía por el camino, con la aguja del indicador de gasolina marcando un octavo del total.

Poke y Lloyd se habían conocido hacia un año en el Centro de Seguridad mínima de Brownsville, una granja de trabajo de Nevada. Brownsville contaba con cuarenta hectáreas de tierra de regadío y un conjunto carcelario compuesto por chozas metálicas. Estaba unos noventa kilómetros al norte de Tonopah y unos ciento veinte al noroeste de Gabbs. Era un lugar infame para pasar una condena breve. Aunque el Centro de Brownsville fuera teóricamente una granja, allí no crecía casi nada. Las zanahorias, las lechugas y los guisantes tenían un primer contacto con el sol cegador, sonreían débilmente y se agostaban. Lo que sí crecía eran las legumbres y la maleza. La legislatura del Estado estaba frenéticamente aferrada a la idea de que algún día también crecería la soja. Pero lo mejor que se podía decir acerca de la finalidad ostensible de Brownsville era que el desierto se comportaba de manera muy poco cristiana al tomarse su tiempo para florecer. El alcaide (que prefería hacerse llamar «el patrón») se enorgullecía de ser un duro, y sólo empleaba a tipos que consideraba tan duros como él. Como él se complacía en informar a los novatos, Brownsville era una prisión de mínima seguridad, sobre todo porque no había a dónde huir si se trasponía la alambrada. De todos modos, algunos lo hacían; pero a la mayoría los traían de vuelta a los dos o tres días, quemados y cegados por el sol y dispuestos a venderle al patrón sus almas achicharradas a cambio de un sorbo de agua. Algunos de ellos graznaban, como locos, y un joven que permaneció fuera durante tres días juraba haber visto un inmenso castillo unos kilómetros al sur de Gabbs, un castillo con su foso y todo. Agregó que el foso estaba custodiado por duendes que montaban corceles negros. Varios meses después, cuando apareció Brownsville un predicador de una secta fanática de Colorado, ese mismo joven se consagró espectacularmente a Jesús.

A Andrew «Poke» Freeman, encarcelado por agresión sin agravantes, lo dejaron en libertad en abril de 1989. Había ocupado la cama vecina a la de Lloyd Henreid, a quien le dijo que, si le interesaba participar en un gran golpe, él tenía una perspectiva interesante en Las Vegas. Lloyd aceptó.

A Lloyd lo dejaron en libertad el día primero de junio. Su delito, perpetrado en Reno, había consistido en una tentativa de violación. La victima era una corista que iba camino de su casa, y que le había rociado los ojos con gas lacrimógeno. Lloyd se dio por satisfecho cuando sólo le condenaron a una pena de dos a cuatro años, entre los que se computarían el tiempo que había pasado en prisión preventiva y la disminución por buena conducta. En Brownsville hacía demasiado calor para portarse mal.

Cogió un autobús a Las Vegas, y Poke lo recibió en la terminal. Le explicó de qué se trataba. Él conocía a ese tipo, un «ex socio» mejor dicho, y a este tipo lo conocían en algunos círculos por el apodo de Bello George. El Bello George ejecutaba algunos trabajillos para un grupo de individuos que, en general, tenían apellidos italianos y sicilianos. George sólo colaboraba con ellos de forma esporádica. Lo que hacía, sobre todo, era llevar y traer cosas. Unas veces las llevaba de Las Vegas y a Los Ángeles; y otras de Los Ángeles a Las Vegas. Pequeños cargamentos de droga, casi siempre muestras gratuitas para grandes clientes. En algunas ocasiones, armas. Las armas siempre las llevaban, nunca las traían. Según entendía Poke (y el entendimiento de Poke no daba para mucho), a veces estos sicilianos vendían artillería a ladrones autónomos. Bueno, agregó Poke, el Bello George había accedido a informarles acerca de la hora lugar en que estaría almacenado un buen surtido de dichas mercancías. George pedía

el veinticinco por ciento de las utilidades. Poke y Lloyd le caerían encima, lo atarían y lo amordazarían, robarían el botín y quizá le pegarían algunos puñetazos para salvar apariencias. George les advirtió que el cuadro tenía que ser convincente, porque con esos sicilianos no se bromeaba.

–Si –contestó Lloyd –. Me gusta la idea.

Al día siguiente, Poke y Lloyd fueron a visitar al Bello George, un tipo de un metro ochenta, de modales corteses, con una cabecita que descansaba de modo incongruente sobre sus anchos hombros. Tenía una hermosa cabellera nubia rizada que le daba cierta semejanza con el famoso luchador de su mismo nombre.

Había decidido abandonar el negocio, pero Poke le hizo cambiar de idea nuevamente. Ésa era la especialidad de Poke. George les dijo fueran a su casa el próximo viernes por la tarde, alrededor de las seis.

–Usad máscaras, por el amor de Dios –dijo –. Ensangrentadme la nariz y dejadme un ojo a la funerala, además. Jesús, ojalá no me hubiera metido en este lío.

Llegó el gran día. Poke y Lloyd fueron en autobús hasta la esquina de la calle donde vivía George, y al pie del camino interior se calaron sendos pasamontañas. La puerta se hallaba cerrada, pero no muy bien cerrada, como les había prometido George. Abajo había una sala de juegos. George estaba allí, frente a un bolso de marihuana La mesa de ping pong aparecía cargada de armas. George tenía miedo.

–Jesús, oh, Jesús, ojalá nunca me hubiera metido en esto repetía sin cesar mientras Lloyd le ataba los pies con cuerda para colgar la ropa y Poke le inmovilizaba las manos con cinta adhesiva.

Luego, Lloyd le pegó a George en la nariz, e hizo que le manara sangre. Poke repitió la operación en el ojo, dejándoselo a la funerala como había pedido.

–¡Caray! – exclamó George –. ¿Era necesario que pegaras con tanta fuerza?

Poke le cubrió la boca con una tira de esparadrapo y luego los dos empezaron a juntar el botín.

–¿Sabes una cosa, viejo?– preguntó Poke, haciendo una pausa.

–No – respondió Lloyd, con una risita nerviosa –. No sé nada.

–Me pregunto si George, aquí presente, sabrá guardar el secreto.

Lloyd miró pensativo al Bello George durante un largo y tenso minuto. Los ojos de George se desencajaron, reflejando un súbito terror.

–Claro que sí – dictaminó Lloyd al fin –. Él también se juega el pellejo.

Pero su voz reflejó incertidumbre.

Poke sonrió.

–Oh, podría limitarse a decir: «Eh, muchachos, me encontré con este viejo amigo, y su camarada. Charlamos un rato, bebimos unas cervezas, y los hijos de puta vinieron a mi casa y me desvalijaron. ¿Qué les parece? Me alegrará mucho que los pesquen. Les describiré su aspecto. »

George movía frenéticamente la cabeza. Sus ojos eran dos O mayúsculas de pánico.

Las armas estaban en un grueso saco de ropa sucia que habían encontrado en el cuarto de baño de la planta baja. Lloyd lo sopesó nervioso.

–Bueno, ¿qué opinas que debemos hacer?

–Creo que deberíamos pokerizarlo, amigo –sentenció Poke con tono afligido –. Es la única solución.

–Me parece muy cruel, después de que él nos dio la información – opino Lloyd.

–Este es un mundo cruel, amigo.

–Si – suspiró Lloyd, y se acercaron a George.

–Mfff –protestó George, sacudiendo violentamente la cabeza –. ¡Mmmmm! ¡Mmmmmmmfffl!

–Sí – lo consoló Poke –. Es una suerte perra, ¿verdad? Lo siento, George, te juro que lo siento. Sujétale la cabeza, Lloyd.

Fue más fácil decirlo que hacerlo. El Bello George la movía furioso de un lado a otro. Estaba sentado en el rincón de la sala juegos, donde las paredes eran de bloques de escoria, y se golpeaba una y otra vez el cráneo contra ellos... Ni siquiera parecía sentirlo.

–Agárralo – ordenó Poke con serenidad, y arrancó otra tira cinta adhesiva.

Lloyd lo cogió por el pelo y consiguió por fin inmovilizarlo durante el tiempo necesario para que Poke le aplicara la segunda tira de cinta adhesiva sobre la nariz, bloqueando así todas sus vías respiratorias. George pareció enloquecer. Pasaron casi cinco minutos antes de que George se quedara totalmente quieto. Antes, se retorció, se convulsionó y pateó el suelo. Su cara se puso tan roja como la pared lateral del granero del abuelo. Lo último que hizo fue levantar ambas piernas quince o veinte centímetros del suelo y bajarlas violentamente. Eso le recordó a Lloyd algo que había visto en una película de dibujos animados de *Bugs Bunny*, o en otra parecida, y soltó una risita, un poco más que reconfortado. Hasta entonces el espectáculo había sido bastante macabro.

Poke se acuclilló junto a George y le tomó el pulso.

–¿Qué?– preguntó Lloyd.

–Lo único que late es la maquinaria de su reloj, amigo contestó Poke –. Ya que hablamos de ello... – Levantó el grueso brazo de George y le miró la muñeca –. No vale la pena, es sólo un «Timex».

Dejó caer el brazo de George, con lo que se rompió el cristal del reloj.

Las llaves del coche de George se encontraban en el bolsillo delantero de su pantalón. En un aparador del primer piso, encontraron un bote de mantequilla de cacahuete lleno de monedas. Lo cogieron. Había veinte dólares y sesenta centavos.

El coche de George era un antiguo «Mustang» jadeante, con los neumáticos gastados. Dejaron Las Vegas por la Carretera 93 y se encaminaron luego hacia el Sureste. Entraron en Arizona a las doce del día siguiente, o sea dos días después de comenzar el viaje. Rodearon Phoenix por caminos comarcales. El día anterior, alrededor de las nueve, se habían detenido en una polvorienta tienda situada a tres kilómetros después de Sheldon, en la Carretera 75 de Arizona. Asaltaron la tienda y pokerizaron al propietario, un anciano con una dentadura postiza comprada por correo. Robaron sesenta y tres dólares y la camioneta del viejo.

Esa mañana se habían pinchado dos neumáticos de la camioneta. Poco antes, habían cruzado la línea divisoria entre Arizona y Nuevo México, y se colocaron a la vera del vehiculo, sin saber muy bien que iban a hacer a continuación. Entonces apareció el «Continental» blanco y quedaron resueltos los problemas.

El conductor se detuvo, se asomó y preguntó:

–¿Necesitan ayuda?

–Claro que si –respondió Poke.

Y pokerizó al tipo *ipso facto.*

Lo perforó justo entre los ojos con el «Magnum 357»

Probablemente el pobre infeliz nunca llegó a saber qué le había ocurrido.

–¿Por qué no doblas por ahí? –preguntó Lloyd, señalando el cruce que se aproximaba.

Estaba plácidamente drogado.

–Es una buena idea –asintió Poke alegremente.

Dejó que la velocidad del «Connie» bajara de ciento veinte a noventa. Viró a la izquierda, casi sin que las ruedas de la derecha se separaran del pavimento, y un nuevo tramo de la carretera se extendió ante ellos. La Carretera 78, rumbo al Oeste. Y así, sin saber que habían salido antes de allí, ni que eran los responsables de lo que los periódicos denominaban MATANZA EN TRES ESTADOS volvieron a entrar en Arizona.

Al cabo de una hora, más o menos, vieron un cartel a la derecha: BURRACK 6 KM.

–¿Quieres parar allí?– preguntó Lloyd, aturdido –. Tengo hambre.

–Tú siempre tienes hambre.

–Vete a tomar por culo. Cuando fumo hierba me cosquillea el estómago.

–Puedes mordisquearme mis treinta centímetros, ¿qué te parece? ¡Arre! ¡Arre!

–Hablo en serio, Poke. Detengámonos.

–Muy bien. También necesitamos dinero. Ya nos libramos de nuestros jodidos perseguidores. Conseguiremos un poco de dinero y nos dirigiremos hacia el Norte. Esta mierda de desierto no me convence.

–De acuerdo –convino Lloyd.

No sabía si era por efecto de la droga; pero, de repente se sintió paranoico como mil demonios, aún peor que en la autopista. Poke tenía razón. Se detendrían en las afueras de Burrack y repetirían la operación de los alrededores de Sheldon. Se llevarían dinero y algunos mapas de carreteras, cambiarían aquel condenado «Connie » por algo que pasara más inadvertido, y después enfilarían hacia el Norte y el Este por carreteras secundarias. Saldrían pitando de Arizona.

–Te diré la verdad –manifestó Poke –. De pronto me siento tan nervioso como un gato de cola larga en una habitación llena de mecedoras.

–Te entiendo –respondió Lloyd en tono solemne.

Lo encontraron gracioso y los dos se echaron a reír.

Burrack ocupaba una respetable extensión a ambos lados de la carretera. Lo atravesaron a gran velocidad y, al otro extremo, encontraron una combinación de cafetería, tienda y gasolinera. En el estacionamiento de tierra había una antigua camioneta «Ford», un «Oldsmobile» polvoriento y un carromato. El caballo de este último los miró cuando Poke estacionó el «Connie».

–Éste parece ser el lugar ideal –comentó Lloyd.

Poke se mostró de acuerdo. Recogió el «357» del asiento trasero y comprobó la carga.

–¿Listo?

–Supongo que si –respondió Lloyd, y empuñó la «Schmeisser».

Atravesaron el estacionamiento calcinado por el sol. Ya hacia cuatro días que la Policía sabía quiénes eran. Habían dejado sus huellas las digitales repartidas por toda la casa de Bello George. Y en la tienda donde pokerizaron al viejo de la dentadura comprada por correo. La camioneta del anciano la habían hallado a quince metros de los cadáveres de los tres ocupantes del «Continental», y pareció razonable llegar a la conclusión que los hombres que habían asesinado a Bello George y al dueño de la tienda también habían matado a esos tres. Si los fugitivos hubieran escuchado la radio del «Connie» en lugar de la cassette, se habrían enterado de que las

Policías de Arizona y Nuevo México estaban coordinando la mayor cacería del hombre de los últimos cuarenta años, todo por un par de minúsculos rateros que no podían entender muy bien lo que habían hecho para desencadenar semejante conmoción.

La gasolinera era de autoservicio. El empleado sólo debía poner en marcha el surtidor. De modo que subieron los escalones y entraron. Tres corredores bordeados de mercancías envasadas ocupaban el local hasta el mostrador, en el cual un hombre vestido de vaquero pagaba un paquete de cigarrillos y media docena de «Slim Jims». En la mitad del pasillo central, una mujer de aspecto extenuado y cabello negro y crespo trataba de decidirse entre dos marcas de salsa para espaguetis. El local olía a regaliz rancio, a sal, a tabaco, a vetustez. El propietario era un hombre pecoso que vestía de gris. Usaba una gorra de la compañía con la leyenda «Shell» en letras rojas sobre un fondo blanco. Levantó la vista cuando la puerta se cerró sola y sus ojos se dilataron.

Lloyd se echó al hombro la culata de aluminio de la «Schmeisser» y disparó una andanada al techo. Las dos bombillas colgadas estallaron en el aire. El hombre vestido de vaquero empezó a volverse.

–Quédense quietos y no les pasará nada –rugió Lloyd.

Poke lo desmintió al instante al meterle una bala a la mujer que estudiaba las salsas, la cual salió despedida fuera de sus zapatos.

–¡Caray, Poke!– exclamó Lloyd –. No hacia falta.

–¡La pokericé, amigo!– aulló Poke –. ¡No volverá a ver el programa de Lawrence Welk! ¡Arre!

El hombre vestido de vaquero continuó dándose la vuelta. Sostenía los cigarrillos en la mano izquierda. La luz intensa que se filtraba por los escaparates y la puerta arrancó estrellas rutilantes de las lentes oscuras de sus gafas de sol. Tenía un revólver «45» debajo del cinturón y lo extrajo con parsimonia mientras Lloyd y George miraban a la mujer muerta. Apuntó, disparó y la parte izquierda del rostro de Poke se disolvió de súbito en un géiser de sangre, tejidos y dientes.

–¡Me hirió!– chilló Poke dejando caer el «357» y girando hacia atrás como una peonza.

Al batir el aire con las manos, derribó patatas fritas y galletas de queso sobre el pavimento de madera astillada.

–¡Me hirió, Lloyd! ¡Cuidado! ¡Me hirió! ¡Me hirió!

Se estrelló contra la puerta, traspuso el hueco y cayó sentado en el porche, arrancando uno de los viejos goznes.

Lloyd, pasmado, disparó. Más por reflejo que en defensa propia. El rugido de la «Schmeisser» llenó el recinto. Volaron las latas. Los frascos se pulverizaron derramando salsa, encurtidos, aceitunas. El cristal del surtidor de «Pepsi» se quebró hacia dentro. Las botellas de refrescos del «Dr. Pepper» y de «Nehi» y de «Orange Crush» estallaron como palomas de arcilla. Por todas partes corría espuma. El hombre vestido de vaquero, impasible, sereno y dueño de si, volvió a disparar su revólver. Lloyd sintió más que vio cómo la bala pasaba suficientemente cerca como para partirle la raya del pelo. Barrió el local de izquierda a derecha con la «Schmeisser».

El hombre tocado con la gorda de «Shell» se zambulló detrás del mostrador con tanta rapidez que cualquier espectador podría haber pensado que a sus pies se había abierto un escotillón. Se desintegró una máquina expendedora de bolas de chicle, y éstas rodaron por todas partes, rojas, azules, y verdes. Reventaron los frascos de vidrio alineados sobre el mostrador. Uno de ellos contenía huevos encurtidos e inmediatamente el recinto se pobló con el fuerte olor del vinagre.

La «Schmeisser» abrió tres orificios de bala en la camisa caqui del vaquero y la mayor parte de sus entrañas salieron despedidas por atrás y se estamparon contra un cartel de «Budweiser». El vaquero se desplomó sin soltar el «45», que empuñaba en una mano, ni los cigarrillos que aferraba con la otra.

Librodot

Lloyd, aterrado, continuó disparando. La metralleta empezaba a calentarse entre sus manos. Una caja llena de botellas vacías de gaseosa tintineó y se derrumbó. A la chica de un calendario, ataviada con pantaloncitos cortos, le apareció un agujero de bala en el mágico muslo color de melocotón. Cayó una hilera de libros de bolsillo, sin cubiertas. Entonces el cargador de la «Schmeisser» se agotó y el llameante silencio resultó ensordecedor. Frotaba un espeso y agrio olor a pólvora.

–Santo cielo –murmuró Lloyd.

Miró cautelosamente al vaquero. No parecía que pudiese crear problemas.

¡Me hirió!– aulló Poke, y volvió a entrar, tambaleándose. Apartó la puerta manoteándola con tanta fuerza que hizo saltar un gozne y el batiente cayó al porche.

¡Me hirió, Lloyd! ¡Cuidado!

–¡Me lo cargué, Poke!– respondió Lloyd, apaciguándolo.

Pero Poke pareció no oír. Daba lástima. Su ojo derecho refulgía como un zafiro maligno. El izquierdo había desaparecido. Su mejilla izquierda se había esfumado y, cuando hablaba, se veía cómo funcionaba la mandíbula por ese lado. Allí también había perdido la mayor parte de los dientes. Tenía la camisa empapada en sangre.

–¡El jodido cretino me reventó!– chilló Poke, se agachó y recogió el «Magnum 357»–. ¡Te enseñaré a dispararme, hijo de perra!

Avanzó hacia el vaquero. Le plantó un pie sobre el trasero, como un cazador posando para una foto con su trofeo, y se dispuso a vaciarle el «357» en la cabeza. Lloyd lo miraba boquiabierto, con la metralleta humeante colgada de la mano y tratando de entender como había ocurrido todo aquello.

En ese momento el hombre de la gorra «Shell» volvió a asomarse por detrás del mostrador, con el rostro crispado por una expresión obsesiva y sosteniendo con ambas manos una escopeta de dos cañones.

–¿Eh?– preguntó Poke, y levantó la vista a tiempo para recibir la descarga de ambos cañones. I

Lloyd resolvió que era hora de partir. Al diablo con el dinero. En todas partes había dinero. Dio media vuelta y salió de la tienda dando largas zancadas, casi sin tocar las tablas con las botas.

Había descendido la mitad de los escalones cuando un coche patrulla de la Policía del Estado de Arizona entró en el estacionamiento. Un agente se apeó por la portezuela que correspondía al pasajero y desenfundó la pistola.

–¡No se mueva! ¿Qué pasa ahí?

–¡Tres muertos!– exclamó Lloyd –. ¡Un matadero! ¡El asesino escapó por el fondo! ¡Yo me largo de aquí!

Corrió hacia el «Connie». Se había deslizado ya detrás del volante cuando el agente gritó:

–¡Alto! ¡Alto o disparo!

Lloyd se detuvo. De todos modos las jodidas llaves no estaban puestas.

–Santo cielo –masculló Lloyd con amargura cuando uno de los agentes le apoyó una pistola descomunal contra la cabeza.

El otro lo esposó.

–Al asiento trasero, hijito.

El hombre de la gorra «Shell» había salido al porche sin soltar la escopeta.

–¡Mató a Bill Markson!– chilló con una voz aguda, rara –. ¡El otro mató a la señora Storm! ¡Fue horrible! ¡Yo me cargué al otro! ¡Está más muerto que una chinche aplastada! ¡Me gustaría reventar también a éste, si ustedes se hacen a un lado!

–Calma, amigo –dijo uno de los agentes –. Se ha terminado la juerga.

–¡Lo acribillaré ahí mismo!– vociferó el viejo –. ¡Lo reventaré!

A continuación se inclinó hacia adelante como un mayordomo inglés al hacer una reverencia y vomitó sobre sus zapatos.

–Ustedes no me dejarán en manos de ese tipo, ¿verdad? – preguntó Lloyd –. Me parece que está loco.

–Te ganaste eso en la tienda, basura –siseó el otro agente.

El cañón de su pistola subió, reflejando el sol, y después cayó sobre la cabeza de Lloyd Henreid, el cual no volvió a despertarse hasta esa tarde, en la enfermería de la cárcel del Condado de Apache.

17

Starkey se encontraba delante del monitor 2, sin apartar la mirada del técnico de segunda clase Frank D. Bruce. La última vez que había visto a Bruce estaba con la cabeza metida en un plato de sopa «Chunky Sirloin». No había ningún cambio para la identificación positiva. Situación normal, igual de jodida.

Pensativo, con las manos enlazadas a la espalda, al igual que un general revistando la tropa, como el general Black Jack Pershing, su ídolo de juventud, Starkey se acercó al monitor 4, donde la situación había cambiado a mejor. El doctor Emmanuel Erwick aún yacía muerto en el suelo, pero la centrifugadora se había detenido. A las 19.40 horas de anoche, la centrifugadora había comenzado a emitir unos hilillos de humo. A las 19.45, los censores de sonido que había en el laboratorio de Erwick transmitieron una especie de ruido sincopado que se transformó luego en un más pleno, más rico y más satisfactorio ¡runk... runk... runk! A las 21.50 horas la centrifugadora emitió su último ronquido y, poco a poco, acabó por detenerse. ¿Había sido Newton quien dijo que, en alguna parte, más allá de la estrella más lejana, podría haber un cuerpo en reposo absoluto? Newton tuvo razón acerca de todo, excepto en la distancia, pensó Starkey. No tenias que ir tan lejos. El Proyecto Azul estaba perfectamente inmóvil. Starkey se sintió muy contento. La centrifugadora había sido la última ilusión de vida, y el problema que había encargado a Steffens para que lo averiguara, por medio del banco principal de ordenadores (Steffens lo había mirado como si estuviese loco; y si, Starkey pensaba que debía estarlo), fue: ¿Cuánto tiempo cabe esperar que funcione la centrifugadora? La respuesta le llegó a los 6,6 segundos: ± 3 AÑOS PROBABLEMENTE MAL FUNCIONAMIENTO EN LAS PRÓXIMAS DOS SEMANAS 0,009 % ZONAS DE PROBABLE MAL FUNCIONAMIENTO COJINETES 38 % MOTOR PRINCIPAL 16 % TODO LO DEMÁS 54 %.

Un ordenador muy listo. Starkey había ido a preguntar de nuevo a Steffens después de que se hubiese quemado ya la centrifugadora de Erwick. El ordenador conectó con el banco de datos del Sistema de Ingeniería y confirmó que, en efecto, la centrifugadora había quemado los cojinetes.

Recuerda esto, pensó Starkey, mientras su avisador comenzaba a lanzar urgentes pitidos detrás de él. El sonido de unos cojinetes que se queman es, en los estadios finales de su colapso: *ronc–ronc–ronc*.

Se acerco al avisador y pulsó el botón que lo desconectaba.

–Sí, Len.

–Billy, he recibido una llamada de urgencia de uno de nuestros equipos en una ciudad llamada Sipe Springs, Texas. A casi seiscientos kilómetros de Arnette. Dicen que tienen que hablar contigo. Es una decisión de mando.

–¿De qué se trata, Len?– preguntó con voz sosegada.

Se había tomado más de dieciséis pastillas en las últimas horas y, en términos generales, se encontraba bastante bien. No había la menor señal de un *ronc*.

–Prensa.

–Oh, Jesús –replicó Starkey con suavidad –. Pásamelos.

Se produjo un ruido apagado de estática, con una voz que hablaba al fondo aunque no llegaba a entenderse.

–Espera un momento –le pidió Len.

La estática se fue disipando poco a poco.

–...León, Equipo León... ¿Lo capta, Base Azul? ¿Lo capta? Uno... dos... tres... cuatro... Aquí Equipo León...

–Te capto, Equipo León... respondió Starkey –. Aquí Base Azul Uno.

–El problema se halla codificado como maceta en el Libro de Contingencias –informó aquella vocecilla –. Repito: maceta…

–Ya sé lo que es esa jodida maceta –replicó Starkey –. ¿Cómo está la situación?

La vocecilla procedente de Sipe Springs habló de forma ininterrumpida durante casi cinco minutos. La situación en si carecía de importancia, pensó Starkey. El ordenador le había comunicado días atrás que este tipo de situación (en alguna forma o aspecto) muy probable que ocurriera antes de finales de junio. Un 88 % de probabilidades. Las especificaciones no importaban. Si tenía dos perneras y un cinturón, era un par de pantalones. El color no contaba.

Un médico de Sipe Springs había realizado algunas conjeturas aceptables y dos periodistas de un diario de Houston relacionaron lo que ocurría en Sipe Springs con lo que había sucedido en Arnette, Verona, Commerce City y una ciudad llamada Polliston (Kansas). Ésas eran las ciudades donde el problema había empeorado tanto y tan de prisa que fue enviado el ejército para establecer una cuarentena. El ordenador dio una lista de veinticinco ciudades más, en diez estados donde comenzaban a aparecer las huellas de Azul.

La situación de Sipe Springs no se consideraba importante porque no era única. Había tenido su oportunidad de ser algo único en Arnette (bueno, tal vez), y no fue así. La importancia radicaba en que la «situación» acabaría llegando a la letra impresa en otros medios que no fuesen los comunicados militares amarillos. Eso ocurriría, siempre y cuando Starkey no tomase las medidas oportunas. No tenía decidido si actuar o no. Pero cuando aquella vocecilla dejo de hablar, Starkey se percató de que, a fin de cuentas, había llegado a una decisión. Quizá la que había adoptado veinte años atrás.

Ya sabía lo que era importante. Y no lo era el hecho de la enfermedad; ni tampoco que la integridad de Atlanta tuviera ya fisuras y se vieran en la necesidad de cambiar toda la operación preservadora a las instalaciones, mucho menos satisfactorias, de Stovington, Vermont; tampoco consistía en el hecho de que Azul se extendiera de aquella forma engañosa de resfriado común.

–Lo importante es...

–Repita Base Azul Uno –interrumpió con ansiedad aquella voz –. No lo hemos captado.

Lo que resultaba importante era que aquel desagradable incidente hubiese acontecido. Starkey se lanzó hacia atrás en el tiempo. Veintidós años atrás, a 1968. Se encontraba en el club de oficiales de San Diego cuando llegaron las noticias acerca de Calley y de lo que había sucedido en Mai Lai Cuatro. Starkey estaba jugando al póquer con cuatro hombres más, dos de los cuales se

encontraban en la actualidad entre los Jefes del Mando Conjunto. El juego de póquer quedó olvidado por completo, cambiado por una discusión respecto a lo que había que hacer militarmente (no una sola rama sino toda la institución militar) en aquella atmósfera de caza de brujas del cuarto poder de Washington. Y uno de ellos, un hombre que podía ahora telefonear directamente a aquel miserable que estaba enmascarado como Jefe Ejecutivo desde el 20 de enero de 1989, dejó con cuidado las cartas encima del fieltro verde de la mesa y dijo:

Caballeros, ha ocurrido un incidente lamentable. Y cuando ocurre un incidente lamentable que implica a todas las ramas de la fuerza Militar de Estados Unidos, no debemos poner en tela de juicio las raíces de ese incidente. Lo que hay que hacer es ocuparse de las ramas que hay que podar. Y si uno se encuentra a su madre violada o a su padre golpeado y robado, antes de llamar a la policía o de comenzar una Investigación, lo que hace es cubrir su desnudez. Porque se los ama…

Starkey no había oído jamás a nadie, antes ni después, hablar tan bien.

Ahora abrió el cajón superior de su escritorio y sacó una carpeta de hojas azules atada con una cinta roja. La leyenda escrita en la cubierta decía: SI SE ROMPE LA CINTA COMUNÍQUESE AL INSTANTE CON TODAS LAS DIVISIONES DE SEGURIDAD.

Starkey rompió la cinta.

–¿Está ahí, Base Azul Uno?– preguntaba la voz. – No le captamos. Repito. No le captamos

–Estoy aquí, León –respondió Starkey.

Había hojeado hasta la última página del libro, ahora su dedo corría por una columna con la cabecera de CONTRAMEDIDAS SECRETAS EXTREMAS.

–León, ¿Qué capta?

–Captamos, Base Azul Uno

–Troya –replicó Starkey con cuidado –. Repito, León: Troya. Repita, por favor. Corto.

Silencio. Volvió a percibirse la estática. La mente de Starkey evoco los emisores-receptores que hacían cuando eran niños con dos latas «Del Monte» y veinte metros de cordel encerado.

–Digo de nuevo.

–¡Oh, Jesús!– exclamó una voz muy joven en Sipe Springs mientras se le oía tragar saliva.

–Repítelo, hijo –pidió Starkey.

–T... roya –repitió la voz. Luego con mayor fuerza: – Troya...

–Muy bien –contestó Starkey con calma –. Que Dios le bendiga, hijo. Corto y cierro.

–Y a usted, señor. Corto y cierro

Hubo un clic, seguido de fuerte estática, al que siguió otro clic. Luego, el silencio.

Acto seguido la voz de Len Creighton:

–¿Billy?

–Sí, Len.

–Lo he copiado todo.

–Está muy bien, Len –Contestó cansado Starkey –. Has hecho tu informe para que concuerde. Claro…

–No lo comprendes, Billy –repuso Len –. Has hecho lo apropiado. ¿No crees que lo sé?

Starkey dejó que sus ojos se cerrasen. Durante un momento todas aquellas pastillas de tranquilizantes le abandonaron.

–Que Dios te bendiga también, Len –le dijo, y su voz estuvo a punto de quebrarse.

Desconectó y fue de nuevo a detenerse delante de la pantalla 2. Se colocó las manos a la espalda, al igual que Black Jack Pershing revistando tropas. Se quedó mirando a Frank D. Bruce y su lugar final de reposo... Al cabo de un rato volvió a sentirse calmado.

Si se va hacia el sureste de Sipe Springs por la Nacional 36, te encaminas en la dirección general de Houston. El trayecto es de un día de distancia. El coche que ardía por la carretera era un «Pontiac Bonneville» de tres años que avanzaba a unos ciento veinte kilómetros por hora. Al llegar al cambio de rasante y ver a un «Ford» sin características especiales que bloqueaba la carretera, estuvo a punto de producirse una colisión.

El conductor, un tipo larguirucho de treinta y seis años, redactor de un gran periódico de Houston, pisó a fondo el freno y los neumáticos comenzaron a chirriar. El morro del «Pontiac» se hundió primero hacia la carretera y luego comenzó a girar hacia la izquierda.

–¡Dios santo!– gritó el fotógrafo que iba en el asiento delantero. Tiró la cámara al suelo y comenzó a desatarse el cinturón de seguridad.

El conductor apartó el pie del freno, situó el «Ford» en el arcén y sintió que las ruedas de la parte izquierda se agarraban en la tierra suelta. Oprimió el pedal del gas y el «Bonneville» respondió con más tracción, volviendo al asfalto. Un humo azul salió de debajo de los neumáticos. La radio atronaba sin parar:

Nena, ¿entiendes a tu hombre?
Es un hombre virtuoso.
Nena, ¿entiendes a tu hombre?

Pisó de nuevo el freno, y el «Bonneville» se detuvo en medio de la cálida y desierta tarde. Aspiró con fuerza terrorífica y colérica y espiró en una serie de estallidos. Empezaba a sentirse furioso. Puso el «Pontiac» en marcha atrás y retrocedió hacia el «Ford» y los dos hombres que se encontraban en pie detrás.

–Oigan –dijo el fotógrafo nervioso.

Estaba gordo y no había participado en una pelea desde el noveno grado.

–Oigan, quizá lo mejor será que...

Salió proyectado hacia delante con un gruñido mientras el corresponsal hacía detener de nuevo el «Pontiac» entre chirridos. Situó la palanca del automático en posición de aparcamiento con un gran impulso de la mano, y salió del coche.

Comenzó a andar hacia los dos jóvenes que se encontraban detrás del «Ford», con las manos ya convertidas en puños.

–Está bien, soplapollas – les gritó –. Casi nos matamos y ahora...

Había servido en el Ejército durante cuatro años. Voluntario. Por lo tanto, tuvo tiempo de identificar los fusiles como los nuevos «M-3A», cuando los sacaron de debajo de la parte posterior del «Ford». Se quedó parado en seco bajo el fuerte calor tejano y se orinó en los pantalones.

Comenzó a gritar. Con el pensamiento, estaba dando la vuelta corriendo hacia el «Bonneville». Pero sus pies no llegaron a moverse. Abrieron fuego contra él y las balas le alcanzaron en el pecho y la entrepierna. Mientras caía sobre sus rodillas, con las manos adelantadas como musitando clemencia, una bala le alcanzó un por encima del ojo izquierdo y le separó la parte superior de la cabeza.

Al fotógrafo, que se había refugiado en el asiento trasero, le resultó difícil comprender lo que había pasado hasta que los dos jóvenes pasaron por encima del cuerpo del redactor y echaron a andar hacia él, con los fusiles levantados.

Se deslizó a través del asiento del «Pontiac», mientras cálidos regueros de saliva le corrían por las comisuras de los labios. Las llaves se encontraban aún en el contacto. Hizo girar el coche y gritó en el momento en que empezaban a dispararle. Sintió que el automóvil daba un bandazo hacia la derecha, como si un gigante hubiese pateado la parte trasera, y el volante comenzó a oscilar entre sus manos. El fotógrafo rebotó arriba y abajo mientras el «Bonneville» saltaba por la carretera sobre el neumático reventado. Un segundo después, el gigante pateó el otro lado del coche. La oscilación fue todavía peor, se levantaron chispas del asiento. El fotógrafo lloriqueaba. Los neumáticos traseros del «Pontiac» temblaron y aletearon como harapos negros. Los dos jóvenes corrieron hacia su «Ford», cuyo número de serie figuraba entre la multitud de la división de Vehículos del Ejército en el Pentágono, uno de ellos lo hizo girar en redondo. El morro rebotó salvajemente mientras se subía a la cuneta y luego pasaba por encima del cuerpo del redactor. El sargento que iba en el asiento del pasajero proyectó un inesperado estornudo contra el parabrisas.

Por delante de ellos, el «Pontiac» marchaba sobre sus dos neumáticos traseros reventados, con el morro rebotando arriba y abajo. Detrás del volante, el fotógrafo gordo comenzó a sollozar ante la visión del «Ford» oscuro que cada vez se veía más grande en el retrovisor. Tenía el acelerador apretado a fondo. Pero el «Pontiac» no pasaba de unos sesenta kilómetros por hora. En la radio Larry Underwood se vio sustituido por Madonna, la cual no hacía más que afirmar que era una chica materialista.

El «Ford» adelantó al «Bonneville» y, durante un segundo de vana esperanza tipo bola de cristal, el fotógrafo pensó que mantendría la marcha, desaparecería por el desolado horizonte, y lo dejaría solo.

Pero el «Ford» se echó hacia atrás y el oscilante morro del «Pontiac» se empotró contra su guardabarros. Se produjo un agudo chirrido de roce de metales. La cabeza del fotógrafo salió despedida hacia el volante y empezó a salirle sangre de la nariz.

Aterrado se echó a un lado, mientras se esforzaba por dirigir miradas hacia atrás, contorsionando la cabeza. Se deslizó por el lado del pasajero. Corrió hacia la cuneta. Se encontró una valla de alambre de espino y saltó por encima, y pensó: Voy a conseguirlo, correré sin parar....

Cayó al otro lado, y la pierna se le quedó atrapada entre el alambre espinoso. Lanzando gritos al cielo, trataba de liberar los pantalones, cuando los dos jóvenes bajaron por la cuneta con las armas en la mano.

–¿Por qué?, intentó preguntarles. Pero todo lo que surgió de él fue un trémulo e indefenso graznido, y luego los sesos se le salieron por la nuca.

Aquel día no se publicó ningún reportaje de enfermedades ni de cualquier otro problema relacionado con Sipe Springs, Texas.

18

Nick abrió la puerta que separaba el despacho del sheriff Baker del corredor de las celdas, y en seguida empezaron a provocarlo. Vince Hogan y Billy Warner estaban en las dos celdas situadas la izquierda de Nick. Mike Childress ocupaba una de las el derecha. La otra se hallaba vacía. Porque Ray Booth, el del anillo purpúreo de la fraternidad universitaria, había conseguido escapar a la redada.

–¡Eh, mamarracho!– gritó Childress! –. ¡Eh, payaso de mierda! ¿Qué será de ti cuando salgamos? ¿Eh? Contéstame. ¿Qué carajo crees que te sucederá?

–Te arrancaré las pelotas y te las haré tragar hasta que ahogues –lo amenazó Billy Warner –. ¿Me entiendes?

Vince Hogan era el único que no secundaba las amenazas. Mike y Billy no le tenían mucha simpatía ese 23 de junio que los llevarían a la sede de Condado de Calhoun y los encerrarían

hasta el día que se celebrara el juicio. El sheriff Baker apretado al viejo Vince y éste cantó como un canario. Baker le dijo a Nick que podría obtener una inculpación contra esos chicos. Pero, cuando llegaran al juicio, para el jurado sólo tendrían la palabra de Nick contra la de esos tres... o cuatro, si pescaban a Ray Booth.

Nick bajó la cabeza para no verles los labios y siguió barriendo. Tuvo cuidado de mantenerse en el centro del pasillo, fuera del alcance de sus manos.

Había adquirido un saludable respeto por el sheriff Baker, que con sus ciento veintiocho kilos era el Gran John para sus electores. Le respetaba no sólo porque le había empleado como peón para que recuperara el salario perdido, sino también porque se había ensañado con sus cuatro agresores como si el hubiera sido el residente más antiguo del pueblo y no un visitante de paso. Nick sabía que en la frontera Sur había algún que otro sheriff que lo habría enviado con gusto a la granja penal.

Fueron en coche a la serrería donde trabajaba Vince Hogan utilizando para ello el auto particular de Baker, un «Power Wagon», en vez del patrullero del Condado. Llevaba una escopeta debajo del salpicadero («Siempre a la vista y siempre cargada», le explicó Baker) y una luz de destellos para colocar encima del techo, y que Baker guardaba también para cuando actuaba en asuntos policiales. La colocó al entrar en la zona de aparcamiento del aserradero, hacía de esto ya dos días.

Baker había carraspeado y escupido por la ventanilla, luego se sonó y se frotó sus enrojecidos ojos con el pañuelo. Su voz había adquirido la sonoridad propia de una sirena para niebla. Nick no podía oír nada de esto, naturalmente, pero tampoco lo necesitaba. Estaba clarísimo que aquel hombre tenía un feo constipado.

–Ahora cuando lo veamos, yo le cogeré por el brazo –le explicó Baker –, y te preguntaré:

« ¿Es éste uno de ellos?» Tendrás que hacerme un gran ademán afirmativo con la cabeza. No te preocupes de nada más... Sólo asiente con la cabeza. ¿Lo has comprendido?

Nick dijo que sí. Lo había captado.

Vince se hallaba trabajando con la cepilladora, alimentando la maquina con tablas sin desbastar. Estaba de pie, con el serrín cubriéndole las botazas. Brindó a John una nerviosa sonrisa y sus ojos erraron incómodos hacia Nick, que se hallaba al lado del sheriff. El rostro de Nick se veía contraído y bastante pálido todavía.

–Hola, Gran John, ¿qué se te ha perdido por aquí?

Los otros hombres del equipo lo observaban todo, con los ojos mirando alternativamente y con gravedad, de Vince a Baker, y viceversa, como si observasen alguna nueva y complicada versión de tenis. Uno de ellos escupió un chorro de «Honey Cut» sobre el serrín fresco y luego se enjugó el mentón con el dorso de la mano.

Baker agarró a Vince Hogan por un brazo fláccido y quemado por el y le empujó hacia delante.

–Eh! ¿Qué ocurre, Gran John?

Baker volvió la cabeza para que Nick pudiese leer en sus labios.

–¿Es éste uno de ellos?

Nick asintió con firmeza, y señaló a Vince para mayor seguridad.

–¿Qué es esto?– protestó de nuevo Vince –. No conozco a este atontado hijo de Adán.

–¿Entonces, cómo sabes que es atontado? Vamos, Vince, te voy a poner a la sombra. Y ahora mismo. Manda a alguno de éstos a que te traiga tu cepillo de dientes.

Sin cesar de protestar, Vince fue conducido al «Power Wagon» y depositado dentro. Y también entre protestas fue llevado hasta la ciudad. Cuando lo encerraron, seguía protestando. Lo dejaron

un par de horas solo para que se cociese en su propia salsa. Baker no se molestó en leerle sus derechos.

–Ese idiota no hace más que fingir –le dijo a Nick.

Cuando Baker regresó a eso del mediodía, Vince estaba demasiado hambriento y asustado para lanzar protesta alguna. Se limitó volcar cosas.

A la una, Mike Childress estaba ya en la trena, y Baker detuvo a Billy Warner en su casa mientras preparaba su viejo «Chysler» para irse a algún sitio. Y durante bastante tiempo, a juzgar por la cantidad de cajas de licor que había cargado y por el montón de maletas. Pero alguien había dado el soplo a Ray Booth, el cual fue bastante listo como para largarse en el momento preciso.

Baker llevó a Nick a casa para presentarle a su esposa y darle algo de cenar. Durante el trayecto en coche, Nick escribió en la agenda de notas: «Siento mucho que se trate del hermano de ella. ¿Cómo se lo toma?»

–Con filosofía –respondió Baker, con una voz y una contextura muy formalistas –. Supongo que habrá llorado un poco a causa de esto; pero conoce la forma de ser de su hermano. Sabe que los parientes no se eligen como se hace con los amigos

Jane Baker era una mujer menuda, guapa, que dio la bienvenida a Nick... Pero tenía los ojos enrojecidos y congestionados por el llanto.

–Mucho gusto en conocerlo, Nick – dijo, al tomar su mano –. Y le pido disculpas por el daño que le han hecho.

Nick se encogió de hombros de forma desmañada y desestimo el tema con un ademán.

–Le ofrecí trabajo en la comisaría informó Baker –, que se ha ido al diablo desde que Bradley se mudó a Little Rock. Todo necesita pintura y reparaciones. De todos modos tendrá que quedarse un tiempo aquí. Para el... ya sabes...

–El juicio –completó ella –. Sí...

Hubo una pausa durante la cual el silencio se hizo tan pesado que incluso Nick lo encontró doloroso.

Después, con fingida alegría, Jane Baker exclamó:

–Espero que pueda comer jamón de campaña, Nick. Esto es lo que hay, junto con las ensaladas de patatas. Mi ensalada de patatas nunca podrá competir con la que hacía su madre. Eso es lo que afirma mi marido.

Nick se palmeó el estómago y sonrió.

Mientras comían el postre de fresa, Jane comentó:

–Trabajas demasiado, John Baker. Tu resfriado ha empeorado. Y no has comido.

Baker contempló su plato con expresión culpable y se encogió de hombros.

–Puedo permitirme el lujo de saltarme una comida de cuando en cuando –sentenció, mientras se masajeaba su doble papada.

–Además, estás congestionado. ¿Tienes fiebre?

–Tal vez unas décimas.

–Bueno, pues esta noche no sales. Y ya está...

–Tengo a mis presos, querida. Aunque no haga falta vigilarlos, hay que darles de comer y de beber.

–Eso podría hacerlo Nick –dictaminó ella, con tono decidido. –Te irás a la cama.

–Imposible –protestó Baker –. Nick no es mi ayudante.

–Pues entonces confiérele el cargo.

–¡Pero si ni siquiera tiene residencia en el pueblo!

–Si tú no lo divulgas, yo tampoco lo haré –insistió ella con firmeza, y empezó a quitar la mesa –. Hazlo de una vez.

Así fue como Nick Andros pasó de preso de Shoyo a ayudante del sheriff local en menos de veinticuatro horas. Mientras se preparaba para acudir al despacho de Baker, éste entró en el vestíbulo de la planta baja, inmenso y espectral con su albornoz deshilachado. Parecía un poco avergonzado de que le viesen con aquella indumentaria.

–No debería haberme dejado convencer –farfulló –. Y no lo habría hecho de no encontrarme tan mal. Tengo el pecho cargado y estoy tan acalorado como en unas rebajas dos días antes de Navidad. Y débil para colmo.

Nick asintió con expresión comprensiva.

–Me he quedado sin lugarteniente. Bradley Caide y su esposa se fueron a Little Rock después de la muerte de su bebé. Una de esas muertes inexplicables, sin motivo aparente. No lo culpo por haberse marchado.

Nick se señaló su pecho y formó un círculo con el pulgar y el índice.

–Sí, tú te apañarás. Limítate a tomar las precauciones habituales ¿sabes? En el tercer cajón de mi escritorio, hay una pistola calibre 45, pero no la lleves contigo. Las llaves tampoco. ¿De acuerdo? Si entras en el pabellón de las celdas, no te pongas a su alcance. Si alguno de ellos se finge enfermo, no le hagas caso. Es la treta más vieja del mundo. Si enferman de verdad, el doctor Soames podrá examinarlos por la mañana y no les pasará nada. Entonces yo ya estaré allí.

Nick sacó su bloc del bolsillo y escribió: «Le agradezco su confianza. También que los haya encerrado y me haya dado el empleo.»

Baker leyó con atención:

–Eres un prodigio, muchacho. ¿De dónde vienes? ¿Y como se explica que andes así, solo?

«Es una larga historia –garabateó Nick –. Pero, si lo desea esta noche escribiré una parte, para que usted se entere. »

–Hazlo –respondió Baker –. Supongo que sabes que cablegrafiaré tu nombre.

Nick asintió. Era un procedimiento de rutina. Pero no había nada de que pudiera avergonzarse.

–Jane telefoneará al «Ma's Truck Stop», próximo a la carretera. Esos chicos me acusarán de malos tratos si no les envío la cena.

Nick escribió: «que diga que el repartidor entre directamente. No lo oiré si llama a la puerta».

–De acuerdo. – Baker vaciló un momento –. Tienes una litera en el rincón. Es dura pero está limpia. Sólo te ruego que seas prudente, Nick. No puedes pedir auxilio.

Nick asintió y escribió: «Sé cuidarme solo.»

–Sí, no lo dudo. De todas formas, haría venir a alguien del pueblo si pensara que cualquiera de ellos podía intentar...

Se interrumpió cuando entró Jane.

–¿Sigues aleccionando a ese pobre chico? Déjalo irse ya, antes de que venga el estúpido de mi hermano y los mutile a todos

–Supongo que ya debe de estar en Tennessee. – Emitió una risa ronca, y luego soltó un suspiro sibilante que se quebró en una serie de estentóreas toses cargadas de flema –. Creo que subiré a acostarme, Janey.

–Te llevaré unas aspirinas para que te baje la fiebre –le respondió ella.

Miró por encima del hombro a Nick, mientras subía la escalera con su marido.

–Ha sido un placer conocerlo, Nick. Cualquiera que fuesen las circunstancias... Ahora hágale caso a él y tenga cuidado.

Nick inclinó la cabeza para saludarla y ella le dedicó una leve reverencia. Le pareció ver un fulgor de lágrimas en sus ojos.

Un chico curioso, granujiento, vestido con una sucia chaqueta de mandadero de restaurante, trajo tres bandejas de cena aproximadamente media hora después de que Nick llegara a la cárcel. Éste le hizo una seña al chico para que las depositara sobre la litera, y mientras tanto garabateó: « ¿Esto está pagado?»

El chico lo leyó con la misma concentración con que un estudiante de letras habría abordado *Moby Dick*.

–Sí dijo –. El sheriff tiene cuenta abierta. Oiga, ¿no puede hablar?

Nick meneó la cabeza.

–Qué lástima – comentó el chico, y salió de prisa como si la mudez pudiera ser contagiosa.

Nick trasportó las bandejas una por una y las empujó con el mango de una escoba por la abertura practicada al pie de las puertas de las celdas.

Levantó la vista a tiempo para leer un «hijo de puta asqueroso» articulado por Mike Childress. Sonriendo, Nick le hizo un ademán obsceno.

–Yo te meteré ese dedo en el culo, payaso –dijo Childress, con risa desagradable –. Cuando salga de aquí...

Nick se volvió y se perdió el resto.

De nuevo en el despacho, se sentó en la silla de Baker, colocó el bloc en el centro del secante, reflexionó un momento y después escribió en la parte superior:

Historia de mi vida

por Nick Andros

Hizo un alto y sonrió un poco. Había estado en lugares extravagantes pero ni siquiera en sus sueños más descabellados imaginó que se sentaría a narrar su biografía en el despacho de un sheriff, elevado al rango de lugarteniente suyo y cuidando a tres hombres que lo habían maltratado. Al cabo de un rato, volvió a escribir:

Nací en Caslin, Nebraska el 14 de noviembre de 1968. Mi padre era un granjero independiente. Él y mi madre estaban siempre al borde del desahucio. Se hallaban endeudados con tres Bancos distintos. Hacía seis meses que yo estaba en el vientre de mi madre, y mi padre la llevaba a la consulta del médico; en la ciudad, cuando se salió un eje de su camión y se fueron a cuneta. Mi padre sufrió un infarto y murió. Mi madre me dio a luz tres meses más tarde, y yo nací tal como soy. Fue en verdad un golpe duro, después de haber perdido a su marido en esas circunstancias.

Ella conservó la granja hasta 1973, y entonces se la confiscaron los « peces gordos», como ella les llamaba. No tenía familia, pero les escribió a unos amigos de Big Springs, en Iowa, y uno de ellos le consiguió trabajo en una panadería. Vivimos allí hasta 1977, cuando mi madre murió, también en un accidente.

Una moto la embistió cuando cruzaba la calle al volver a casa desde el trabajo. El motorista ni siquiera tuvo la culpa: la mala suerte quiso que le fallaran los frenos. Tampoco iba a demasiada velocidad ni había cometido ninguna otra infracción. La misma Iglesia me envió al orfanato de

los Hijos de Jesús, en Des Moines, una institución subvencionada por toda clase de iglesias. Allí aprendí a leer y a escribir.

Se interrumpió. Le dolía la mano de tanto escribir. Pero no fue ésa la razón de la pausa. Revivir todo aquello le hacía sentirse inquieto, acalorado e incómodo. Volvió al pabellón de las celdas y miró hacia dentro. Childress y Warner dormían. Vince Hogan fumaba un cigarrillo junto a los barrotes y miraba a través del corredor hacia la celda vacía donde debería haber estado Ray Booth si éste no hubiera huido tan de prisa. Hogan parecía haber llorado y esto le retrotrajo en el tiempo hasta ese minúsculo y mudo dúo de humanidad: Nick Andros.

Había una palabra que aprendió en el cine, en su infancia. La palabra era INCOMUNICADO. Un vocablo que siempre tuvo para Nick connotaciones fantásticas propias de Lovecraft. Un término abominable que repercutía y rebotaba en el cerebro. Una palabra que condensaba todos los matices del miedo que sólo viven fuera del universo cuerdo y dentro del alma humana. Había estado INCOMUNICADO toda su vida.

Se sentó y releyó la última frase: Allí aprendí a leer y a escribir. Pero no había sido tan sencillo. Vivía en un mundo silencioso. Escribir era un código. La palabra era el movimiento de los labios la subida y bajada de los dientes, la danza de la lengua. Su madre le enseñó a leer los labios y a escribir su nombre con letras trabajosas y mal formadas. «Ése es tu nombre, le había dicho. Ése eres tú, Nick». Pero, por supuesto, lo había dicho de forma silenciosa, incomprensible. El primer contacto se estableció cuando golpeó el papel después le tocó en el pecho. Para el sordomudo, lo peor no es en un mundo de película muda, sino no saber el nombre de las cosas. Él no había empezado a entender realmente todo esto hasta los cuatro años. Hasta esa edad no supo que a esas cosas altas verdes se las llama árboles. Había querido saberlo, pero nadie se lo enseñó, y él no disponía de ningún medio para preguntar. Estaba INCOMUNICADO.

Cuando murió su madre, Nick se replegó casi por completo dentro de sí mismo. El orfanato era un mundo de rugiente silencio donde niños flacos y torvos se burlaban de su condición. Dos chicos corrían hacia él: uno con las manos pegadas sobre la boca y otro con las manos tapándole las orejas. Si no había ningún celador a la vista, le pegaban. ¿Por qué? Sin ningún motivo. Excepto quizá que en la amplia clase de las víctimas hay subclases, las víctimas de las víctimas.

Perdió el deseo de comunicarse, y cuando esto sucedió sus procesos intelectuales empezaron a herrumbrarse y a desintegrarse. Comenzó a vagar de un lado para otro, distraídamente, mirando los objetos sin nombre que poblaban el mundo. Observaba cómo grupos de niños congregados en el campo de juego movían los labios, subían y bajaban los dientes como blancos puentes levadizos, hacían danzar las lenguas en el apareamiento ritual del habla. A veces se quedaba contemplando una nube durante una hora

Entonces apareció Rudy. Un hombre corpulento con cicatrices en el rostro y la cabeza calva. Medía un metro noventa y siete, pero al esmirriado Nick Andros tanto habría dado que midiera seis. Se vieron por primera vez en una sala del sótano, donde había mesa, seis o siete sillas y un televisor que sólo funcionaba cuando le daba la gana. Rudy se puso en cuclillas y sus ojos quedaron más o menos a la misma altura que los de Nick. Después, alzó sus manos enormes, también llenas de cicatrices, y se las llevó a la a los ojos.

Soy sordomudo.

Nick volvió la cara hoscamente.

¿A quién mierda le importa eso?

Rudy le pegó un bofetón.

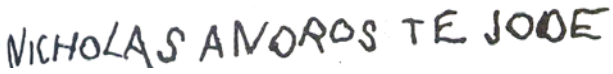
Nick se cayó al suelo. Abrió la boca y sus ojos comenzaron a derramar lágrimas silenciosas. No quería quedarse allí con aquel tipo cubierto de cicatrices, con semejante monstruo. No era sordomudo. Se trataba de una broma cruel.

Rudy, muy afable, le ayudó a levantarse y lo condujo hasta la mesa. Allí había una hoja de papel en blanco. Rudy la señaló y después señaló a Nick, el cual devolvió la mirada enfurruñado y negó con la cabeza. Rudy hizo un ademán afirmativo y volvió a señalar el papel en blanco. Sacó un lápiz y se lo entregó a Nick. Éste lo tomo si le quemara. Volvió a negar con la cabeza. Rudy señaló primero el lápiz, después a Nick, y luego el papel. Nick negó con la cabeza. Rudy le dio otro bofetón.

Más lágrimas silenciosas. La cara llena de cicatrices lo miraba con una expresión en la que sólo se leía la paciencia letal. Volvió a señalar el papel. Señaló el lápiz. Señaló a Nick.

Nick cogió el lápiz en el puño. Escribió las cuatro palabras que sabía, exhumándolas de ese mecanismo lleno de telarañas, oxidado, que era su cerebro pensante.

Escribió:



Después partió el lápiz por la mitad y dirigió una mirada dura y desafiante a Rudy. Pero éste sonreía. De pronto estiró las manos sobre la mesa e inmovilizó la cabeza de Nick entre sus palmas, callosas. No obstante, las manos eran tibias y delicadas. Nick no recordaba cuándo le habían tocado por última vez con cariño. Su madre lo había hecho así.

Rudy apartó las manos del rostro de Nick. Cogió la mitad del lápiz que conservaba la punta. Dio la vuelta a la hoja y presentó el dorso intacto. Tocó el papel en blanco con la punta del lápiz y después tocó a Nick. Otra vez. Y otra. Y de pronto Nick comprendió

Tú eres una página en blanco.

Nick se echó a llorar.

Rudy volvió durante los seis años siguientes.

Allí aprendí a leer y a escribir. Vino a ayudarme un hombre llamado Rudy Sparkman. Fue una suerte que pudiera contar con él. En 1984 el orfanato entró en bancarrota. Distribuyeron el mayor número posible de chicos, pero yo no fui uno de ellos. Dijeron que me colocarían con una familia y que el Estado pagaría mi manutención. Quise irme con Rudy; pero éste se encontraba en Africa trabajando para el Cuerpo de Paz. De modo que me escapé. Pensé que, como tenía diecisiete años, no pondrían demasiado empeño en buscarme. Supuse que, si evitaba meterme en líos, todo marcharía bien, y así fue hasta ahora. Seguí cursos de enseñanza secundaria por correspondencia, porque Rudy siempre decía que la educación es lo más importante. Cuando me estabilice durante un tiempo, realizaré el examen que me acredite que he superado la escuela secundaria. Pronto podré aprobarlo. Me gusta estudiar. Quizás algún día ingrese en la Universidad. Bueno, ésta es mi historia.

Al día siguiente por la mañana, Baker apareció alrededor de las siete y media, cuando Nick vaciaba las papeleras. El sheriff tenía peor aspecto.

« ¿Cómo se siente?», escribió Nick.

–Muy bien. Estuve ardiendo hasta medianoche. Nunca había tenido tanta fiebre desde mi infancia. Ni la aspirina podía dominarla. Janey quería que llamase al médico; pero, a eso de las doce y media la fiebre bajó por sí sola. A partir de entonces dormí como un tronco. ¿Qué tal estás tú?

Nick formó un círculo con el pulgar y el índice. Perfectamente.

–¿Cómo se hallan nuestros huéspedes?

Librodot

Nick abrió y cerró la boca varias veces, parodiando un parloteo incesante. Hizo una mueca de furia y simuló golpear barrotes invisibles.

Baker echó la cabeza hacia atrás, se rió y después estornudó varias veces.

–Deberías trabajar en la tele –exclamó –. ¿Has escrito la historia de tu vida como prometiste?

Nick hizo un ademán afirmativo y le entregó dos hojas cubiertas de letra inclinada. El sheriff se sentó frente al escritorio y las leyó con atención. Cuando terminó, miró a Nick durante tanto y con expresión tan penetrante, que el chico se miró los pies por un momento, avergonzado y azorado.

Cuando levantó por fin la vista, Baker preguntó:

–¿Has andado solo desde los dieciséis años? ¿Durante seis años?

Nick hizo un ademán afirmativo.

–¿Y has seguido de veras esos cursos de enseñanza secundaria?

Nick escribió durante un rato sobre una hoja de bloc: «Estaba muy atrasado porque empecé a leer y a escribir demasiado tarde. Cuando cerraron el orfanato comenzaba a ponerme al día. Allí aprobé seis asignaturas y desde entonces he aprobado otras seis en La Salle de Chicago. Me faltan cuatro. »

–¿Cuáles son las que te faltan?– preguntó Baker. Se giró y gritó: ¡A ver si os calláis los de ahí! Conseguiréis vuestro café y panecillos cuando me encuentre bien del todo y no antes…

Nick escribió: «Geometría, matemáticas superiores. Dos cursos de idioma. Éstos son los requisitos para ingresar en la Universidad. »

–Un idioma... ¿Quieres decir francés? ¿Alemán? ¿Español?

Nick asintió.

Baker se rió y meneó la cabeza.

–Nunca he visto nada igual. Un sordomudo que aprende a hablar una lengua extranjera. No tengo nada contra ti, muchacho. Entiéndeme bien.

Nick sonrió y asintió.

–¿Entonces, por qué has deambulado tanto?

«Mientras era menor de edad, no me atrevía a permanecer demasiado tiempo en un mismo lugar –escribió Nick –. Temía que trataran de encerrarme en otro orfanato o algo parecido. Cuando tuve suficiente edad para buscar trabajo fijo, empeoró la situación. Dijeron que la Bolsa había quebrado o algo parecido pero dado que soy sordo no he oído nada (ja, ja).»

–En la mayoría de los sitios te habrían dejado seguir vagabundeando –comentó Baker –. En épocas de crisis la leche de la demencia humana no fluye con la misma prodigalidad, Nick. Quizá pueda conseguirte un trabajo aquí, a menos que estos chicos hayan hecho que odies para siempre Shoyo y Arkansas. Pero... espero que lo entiendas, todos no somos iguales.

Nick asintió para demostrar que se hallaba de acuerdo en todo.

–¿Cómo siguen tus dientes?

Nick se encogió de hombros.

–¿Tomaste esos comprimidos contra el dolor?

Nick levantó dos dedos.

–Bueno... Escucha, tengo que completar unos trámites respecto de esos muchachos. Continúa con lo que estabas haciendo. Ya seguiremos hablando después...

El doctor Soames, el mismo que casi había arrollado a Nick con su coche, apareció alrededor de las nueve y media de esa mañana. Era un hombre de unos sesenta años, de cabellera blanca hirsuta, con un flaco cogote de pollo y ojos azules muy penetrantes.

–El Gran John me ha dicho que lees en los labios –comentó –. También dice que quiere conseguirte un empleo remunerado de modo que te conviene que me asegure de que no terminarás en sus manos. Quítate la camisa. – Nick se desabrochó la camisa azul de trabajo y se despojó de ella.

–Santo Cristo, mira esto –exclamó Baker.

Sí, lo machacaron bien. –Soames miró a Nick y agregó al tiempo: Muchacho, casi perdiste la tetilla izquierda.

Señaló un coágulo en forma de media luna, justo encima de la tetilla. El abdomen y el tórax de Nick parecían una aurora boreal.

Soames lo palpó, lo tanteó y estudió con atención sus pupilas. Al final, inspeccionó los restos de los destrozados dientes delanteros de Nick, que era lo único que le seguía doliendo a pesar de sus espectaculares hematomas.

Esto debe causar un dolor de mil demonios –dictaminó, y Nick asintió con solemnidad –. Los vas a perder –continuó Soames –. Tú... –Estornudó tres veces seguidas. – Disculpadme.

Empezó a guardar los instrumentos en el maletín negro.

El pronóstico es favorable, jovencito, a menos que te fulmine un rayo o que vuelvas a la cantina de Zack. ¿Tu problema de mudez es físico o consecuencia de la sordera?

Nick escribió: «No tengo cuerdas vocales. Ni tímpanos.»

Defectos típicos de nacimiento –asintió Soames –. ¡Qué lástima! Gracias a Dios, Él te reforzó los sesos. Ya puedes ponerte la camisa.

Nick se la puso. Soames le caía simpático. A su manera, se parecía mucho a Rudy Sparkman, quien le dijo en una ocasión que Dios les había concedido a todos los varones sordomudos cinco centímetros adicionales debajo de la cintura para compensar lo que les había quitado por encima de las clavículas.

–Encargaré en la farmacia que te den otro frasco de analgésicos –prosiguió –. Dile a ese potentado que pague la cuenta.

–Jo, jo –rió Baker.

–Tiene más dinero guardado dentro de tarros vacíos de frutas que verrugas un cerdo – afirmó Soames. Volvió a estornudar, se limpió la nariz, hurgó en el maletín y sacó un estetoscopio.

–Cuidado, abuelo, si no quieres que te encierre por embriaguez y alteración del orden público – dijo Baker con una sonrisa.

–Sí, sí –murmuró Soames –. Un día abrirás la boca más de lo acostumbrado y te caerás en ella. Quítate la camisa, John, y veremos si tus tetas siguen siendo tan grandes como antes.

–¿Que me quite la camisa? ¿Por qué?

–Porque tú esposa desea que te examine. Por eso. Ella opina que estás enfermo y no quiere que empeores. Dios sabe por qué. ¿Acaso no le he dicho muchas veces que ella y yo ya no tendríamos que encontrarnos a escondidas si tú estuvieses bajo tierra? Vamos John. Desvístete.

–Sólo es un resfriado –farfulló Baker mientras se desabrochaba de mala gana la camisa –. Esta mañana me siento bien. Te juro, Ambrose, que tú pareces estar peor que yo.

–El paciente no diagnostica al médico sino al revés –replicó Soames.

Mientras Baker se quitaba la camisa, el doctor se volvió hacia Nick y le dijo:

–Es curioso ver cómo se contagia este resfriado. Mrs. Lathrop está enferma y toda la familia Richie, y la mayoría de esos holgazanes de Baker Road están escupiendo los sesos. Incluso Billy Warner.

Baker se había quitado ya hasta la camiseta.

–¿No te lo había advertido?– exclamó Soames, locuaz ¿Qué te parecen este par? Bastan para calentar incluso a un pobre viejo como yo...

Baker resolló cuando el estetoscopio le tocó el pecho.

–¡Jesús, qué frío está! ¿Qué haces? ¿Lo guardas en el congelador?

–Aspira –dijo Soames, frunciendo el ceño –. Espira.

Baker soltó el aire y su respiración se trocó en una tos débil

Soames auscultó al sheriff durante largo rato. Por delante y detrás. Cuando al fin guardó el estetoscopio, utilizó un Depresor lingual para examinar la garganta de Baker. Al concluir el examen lo partió en dos y lo arrojó a la papelera.

–¿Y qué?– preguntó Baker.

Soames apretó la carne del cuello de Baker, debajo de la mandíbula, con los dedos de la mano derecha. Baker dio un respingo.

–No es necesario que pregunte si te ha dolido –dijo Soames –. John, vuelve a casa y métete en cama.

Baker parpadeó.

–Ambrose – objetó con parsimonia –, sabes que eso no es posible. Tengo tres presos que debo enviar a Camden esta tarde. Ayer dejé a este chico custodiándolos, pero no volveré a hacerlo. Es mudo. No habría accedido anoche si hubiera estado en mis cabales.

–Tienes una infección respiratoria. Y muy fuerte, a juzgar por el ruido. Además, estás febril. Te seré franco. Esto no es una broma cuando el paciente lleva encima tantos kilos de más como tú. Vete a la cama. Si mañana por la mañana te sientes bien, te librarás entonces de tus presos. Mejor aún, pide a la patrulla del Estado que venga a buscarlos.

Baker miró compungido a Nick.

–La verdad –dijo –es que me siento un poco flojo. Quizás un poco de reposo...

«Vuelva a casa y acuéstese –escribió Nick –. Seré prudente. Además, tengo que ganar lo indispensable para pagarme esos comprimidos.»

–Nadie trabaja tanto como un drogadicto –comentó Soames, y se echó a reír.

Baker cogió las dos hojas de papel donde figuraba la biografía de Nick.

–¿Puedo llevármelas para que las lea Janey? Te ha cobrado mucho afecto, Nick.

Nick garabateó en el bloc: «Claro que puede... Su esposa es muy simpática.»

–Opino lo mismo –repuso Baker, y suspiró mientras se abrochó –la camisa –. La fiebre vuelve a subir mucho. Pensé que me había librado de ella.

–Toma aspirinas –aconsejó Soames, al tiempo que cerraba su maletín –. Lo que no me gusta es esa afección glandular.

–En el último cajón del escritorio, en una caja de cigarros – dijo Baker –, está el dinero para gastos menudos. Puedes salir a comer y, por el camino, te compras el medicamento. Esos chicos no son lo que yo llamaría forajidos. Deja un comprobante por la suma que pagues. Me comunicaré con la Policía del Estado y esta tarde vendrán a llevárselos.

Nick hizo el ademán habitual con el pulgar y el índice.

–He depositado mucha confianza en ti en muy poco tiempo –sentenció Baker con tono circunspecto –. Pero Janey tiene razón. Eres un chico de fiar.

Nick asintió.

Jane Baker apareció alrededor de las seis de la tarde con una cesta tapada y un envase de leche. Nick escribió: «Muchas gracias. ¿Cómo está su marido?» Ella se rió:

–Quería venir personalmente pero logré disuadirlo. Esta tarde le subió tanto la fiebre que me asusté, pero ahora ha vuelto casi a la temperatura normal. Creo que la explicación reside en la patrulla del Estado. Johnny no se siente feliz si no tiene un pretexto para enfurecerse contra la patrulla del Estado

Nick le dirigió una mirada interrogante.

–Le dijeron que hasta mañana a las nueve de la mañana no podrán enviar a nadie en busca de los presos. Han tenido un mal día, con veinte o más hombres de baja por enfermedad Y muchos de los que siguen en pie han estado transportando gente al hospital de Camden e incluso al de Pine Bluff. Hay muchos enfermos en la comarca Me parece que Am Soames está bastante más preocupado de lo que deja entrever.

Ella también parecía alarmada. Después, extrajo del bolsillo de la pechera las dos hojas de papel dobladas.

–Vaya historia –comentó con tono afable mientras le devolvía los papeles –. Nunca he conocido a nadie con peor suerte. Considero que la forma en que has superado todos los obstáculos es admirable. Y vuelvo a pedirte disculpas por lo que te hizo mi hermano.

Nick no supo qué decir y sólo atinó a encogerse de hombros.

–Ojalá te quedes en Shoyo –prosiguió ella –. Le caes simpático a mi marido. Y también a mí. Cuídate de los hombres que tienes ahí encerrados.

«Me cuidaré –escribió Nick –. Dígale al sheriff que espero que se mejore.»

–Le transmitiré tus buenos deseos.

La mujer se fue y, para Nick, ésa fue una noche de descanso intermitente. Se levantó varias veces para observar a sus tres presos. Desesperados o no, a las diez ya estaban todos durmiendo. Dos tipos de la ciudad acudieron a asegurarse de que Nick se encontraba bien, y Nick se percató de que ambos parecían resfriados.

Tuvo sueños extraños, y lo único que recordó al despertar fue que creía haber estado caminando por unas hileras interminables de maíz verde, buscando algo, y con un miedo terrible a causa de algo que parecía estar detrás de él.

Por la mañana se levantó temprano y barrió con cuidado la parte de atrás de la cárcel, sin hacer caso de Billy Warner y Mike Childress. Mientras lo hacía, Billy lo llamó.

–Ya sabes que Ray volverá. Y cuando te coja, desearás estar *ciego* además de sordo y mudo.

Nick, con la espalda vuelta, se perdió la mayor parte de la amenaza.

De regreso en la oficina, cogió un ejemplar atrasado de *Time y* comenzó a leer. Sintió tentaciones de apoyar los pies encima de la mesa; pero decidió que sería una buena manera de meterse en líos si se presentaba el sheriff.

A las ocho se preguntó si Baker habría tenido aquella noche una recaída. Nick había esperado que estuviese ya allí, dispuesto a que se llevaran a sus tres presos a la cárcel del condado en cuanto apareciese la patrulla de la policía estatal. Además, a Nick el estómago empezaba a sonarle a

vacío. No había aparecido nadie de la cafetería de la carretera, y se quedó mirando el teléfono, más con asco que con nostalgia. Estaba al día de los temas de ciencia ficción, pues a veces conseguía algunos libros de bolsillo en los polvorientos estantes traseros de viejas librerías, por veinticinco o diez centavos. Se puso a pensar, no por primera vez, que sería un gran día para todos los sordomudos del mundo cuando el uso del teléfono con pantalla que las novelas de ciencia ficción predecían se generalizase.

A las nueve menos cuarto estaba ya muy preocupado. Se acercó a la puerta que daba a las celdas y miró.

Billy y Mike aporreaban los barrotes de sus celdas con los zapatos, algo que venía a demostrar que la gente que no puede hablar constituye un pequeño porcentaje de los imbéciles del mundo. Vince Hogan se hallaba tumbado. Se limitó a volver la cabeza y mirar a Nick. Hogan estaba muy pálido, excepto una especie de colorete en las mejillas, y tenía marcadas ojeras; gotas de sudor le perlaban la frente. Nick observó su mirada apática y febril y se percató de que parecía realmente enfermo. Su preocupación se ahondó aún más.

–Eh, tontainas, ¿qué pasa con el desayuno? –le gritó Mike –. Vince parece que necesita un médico. Ese parlanchín a lo mejor no está de acuerdo, ¿verdad, Bill?

Bill no quiso seguir la broma.

–Lo siento, ya te he llamado antes a gritos, tío. Pero Vince está de veras enfermo. Necesita que lo vea el doctor.

Nick asintió y salió, tratando de imaginarse qué hacer a continuación. Se inclinó sobre el escritorio y escribió en el bloc de notas: «Sheriff Baker, o quien sea: he ido a buscar el desayuno a los presos y a tratar de encontrar al doctor Soames para que vea a Vincent Hogan. Parece estar enfermo de veras, no sólo fingiéndolo. Nick Andros.»

Arrancó la hoja del bloc y la dejó encima del escritorio. Luego, tras meterse el bloc en el bolsillo, salió a la calle.

La primera cosa que le extrañó fue el pesado calor del día y el olor a invernadero. Por la tarde aquello iba a ser un horno. Era uno de esos días en que la gente gusta de hacer sus menesteres a primera hora de la mañana para pasarse luego la tarde lo más tranquila posible. Para Nick, Main Street tenía un aspecto de extraña indolencia a aquella hora todavía alejada del mediodía. Parecía más un domingo que un día de trabajo.

Los espacios de aparcamiento en diagonal que había frente a las tiendas se hallaban vacíos. Algunos coches y camiones de los granjeros transitaban en ambas direcciones; pero no demasiados. La ferretería parecía abierta, pero el Banco Mercantil tenía las persianas bajadas, aunque eran ya más de las nueve.

Nick dobló a la derecha, hacia la cafetería de la carretera, que se encontraba a unas cinco manzanas de distancia. Había llegado a la esquina de la tercera cuando distinguió el coche del doctor Soames. Avanzaba despacio por la calle en dirección a él, dando bandazos de un lado a otro, con muestras de agotamiento. Nick le hizo señas enérgicas, sin estar seguro de que Soames se detuviera; pero éste acercó al coche al bordillo, ocupando cuatro espacios de aparcamiento en diagonal. No salió, sino que siguió sentado detrás al volante. Su mirada asombró a Nick. Soames parecía haber envejecido veinte años desde que lo había visto bromear con el sheriff. En parte se trataría de agotamiento, pero éste no podía ser la única explicación. Como para confirmar sus pensamientos, el médico sacó un arrugado pañuelo, como un viejo mago haciendo un truco trillado, y se sonó repetidas veces. Al final inclinó la cabeza contra el asiento del coche, con la boca entreabierta para aspirar aire. La piel le brillaba tanto y era tan amarilla que a Nick le recordó la de un cadáver.

Soames abrió los ojos y dijo:

–El sheriff Baker ha fallecido. Si me has parado por eso, puedes olvidarte del asunto. Murió poco después de las dos de la madrugada. Y ahora Janey está enferma de lo mismo.

Los ojos de Nick se abrieron como platos. ¿El sheriff Baker muerto? Pero si su mujer había estado con él anoche y le explicó que se sentía mejor. Y ella... ella parecía encontrarse muy bien. No, aquello no era posible.

–Muerto, eso es –prosiguió Soames, como si Nick hubiese expresado su pensamiento en voz alta –. Y no es el único. Ya he firmado doce certificados de defunción en las últimas doce horas. Y sé muy bien que otros veinte estarán muertos al mediodía si Dios no tiene piedad de ellos. Pero dudo que esto sea obra de Dios. Sospecho que El sólo lo está permitiendo como una consecuencia.

Nick sacó el bloc del bolsillo y escribió: « ¿Y qué les ocurre?»

–No lo sé –repuso Soames, arrugando lentamente la hoja y arrojándola a la calle –. Pero todo el mundo en la ciudad parece afectado de esto. Estoy más asustado de lo que lo he estado jamás en mi vida. Yo también lo he pillado, aunque de lo que ahora sufro más es de agotamiento. Ya no soy un hombre joven. Uno no se puede pasar así horas y horas sin pagar un precio, como has de comprender.

En su voz se percibía una cansada y asustada petulancia, aunque por fortuna Nick no pudo escucharla.

–Y compadecerme no me servirá de ninguna ayuda.

Nick, que no podía ser consciente de que Soames estuviese sintiéndolo también por él mismo, se limitó a mirarlo con curiosidad.

Soames salió del coche y se apoyó un momento en el brazo de Nick. La forma de aferrarse era propia de un anciano, débil y un poco apremiante.

–Sentémonos en ese banco, Nick. Es bueno hablar contigo. Supongo que ya te lo habían dicho.

Nick señaló hacia la cárcel.

–No van a ir a ninguna parte –lo tranquilizó Soames –; y si lo han pillado, ahora mismo los pondré al final de mi lista.

Se sentaron en el banco, verde brillante y con el anuncio de una compañía de seguros en el respaldo. Soames volvió el rostro a la calidez del sol.

–Escalofríos y fiebre –explicó –. Desde las diez de anoche. Últimamente sólo escalofríos. Y gracias a Dios no se ha presentado diarrea.

«Debería meterse en cama», escribió Nick.

–Ya sé que debería hacerlo. Y lo haré. Sólo quiero descansar unos minutos.

Se le cerraron los ojos y Nick pensó que se había quedado dormido. Se preguntó si debía ir a la cafetería de la carretera y llevarles a Billy y Mike el desayuno.

Luego, Soames habló de nuevo, sin abrir los ojos. Nick observó sus labios.

–Los síntomas son muy comunes –dijo, y comenzó a enumerarlos con los dedos, que fue extendiendo delante de él como un abanico hasta llegar a diez –. Escalofríos. Fiebre. Dolor de cabeza. Debilidad y cansancio general. Pérdida del apetito. Micción dolorosa. Inflamación progresiva de los ganglios. Hinchazones en los sobacos y la ingle. Respiración fatigosa... –Se quedó mirando a Nick –. Son los síntomas del resfriado común, de la gripe, de la neumonía. Nosotros podemos curar todas esas cosas, Nick. A menos que el paciente sea muy joven o muy viejo, o se halle debilitado por una enfermedad anterior, los antibióticos consiguen curarlo. Pero con esto no. Acomete al paciente de una forma rápida o lenta, eso no parece importar. Nada sirve de ayuda. La cosa progresa, sube, desciende de nuevo, aumenta el debilitamiento, las inflaciones van a más. Y al final la muerte. Alguien ha cometido un error. Y están tratando de ocultarlo.

Librodot

Nick lo miró pensativo, preguntándose si había entendido bien las palabras de labios del doctor, o si Soames desvariaba.

–Esto suena a pesadilla paranoica, ¿verdad? –dijo mirándolo con cansino humor –. Yo podía asustarme de la paranoia de la generación más joven, ¿lo sabías? Que alguien estaba pinchando sus teléfonos, siguiéndolos... haciendo con ellos pruebas en los ordenadores... Pues bien, acabo de averiguar que ellos tenían razón y que era yo el equivocado. La vida es algo muy bueno, Nick, pero el envejecer se cobra un pesado peaje sobre los prejuicios más queridos por uno, y eso es lo que he averiguado ahora...

« ¿Qué quiere decir?», escribió Nick.

–Ninguno de los teléfonos de Shoyo funciona –prosiguió Soames.

Nick no sabía si eso era una respuesta a su pregunta (Soames parecía haber prestado a la última nota de Nick una indiferente mirada), o si el doctor había seguido adelante con alguna nueva parrafada. Daba la impresión de que la fiebre hacía que la mente de Soames divagara.

El doctor contempló el intrigado rostro de Nick, y debió de pensar que el sordomudo no le creía.

–Es cierto –prosiguió –. Si tratas de marcar cualquier número que no sea de esta ciudad, lo único que consigues es un anuncio grabado. Además, las dos salidas y entradas de Shoyo a la autopista están cerradas y hay unas vallas que ponen: OBRAS EN LA CARRETERA. Pero no hay obras de ninguna clase. Sólo las vallas. He estado allí. Creo que se podrían apartar. Pero esta mañana el tráfico por la autopista parecía muy ligero. Y en su mayor parte lo constituyen vehículos del ejército. Camiones y jeeps.

« ¿Y qué pasa con las otras carreteras?», escribió Nick.

–La 63 ha sido cerrada al este porque se halla en obras para sustituir las alcantarillas –prosiguió Soames –. Y en el extremo oeste de la ciudad parece haber ocurrido un grave accidente. Pueden verse dos vehículos cruzados en la calzada, bloqueándola por completo. Hay puestas unas señalizaciones, pero ni la menor señal de tropas ni miembros de salvamento y ayuda en carretera.

Hizo una pausa, volvió a sacar el pañuelo y se sonó ruidosamente.

–Los hombres que trabajan en las obras de alcantarillado avanzan con lentitud, según Joe Rackman, que vive por allí. He estado en casa de los Rackman hace dos horas, visitando a su pequeño, que también se encuentra muy enfermo... Joe dijo que los hombres de la cloaca son en realidad soldados; aunque van vestidos como obreros del servicio de conservación de carreteras estatales, usan un camión del ejército. Nick escribió: « ¿Cómo lo sabe?» Mientras se levantaba, Soames comentó: –Los obreros rara vez se saludan unos a otros. Nick se puso también en pie.

« ¿Y las carreteras comarcales?», apuntó.

–Tal vez sea posible –respondió Soames –. Pero yo soy un médico, no un héroe. Joe afirmó haber visto fusiles en la cabina del camión. Fusiles del ejército. Si alguien intenta salir de Shoyo por rutas vecinales y lo pillan, ¿quién sabe qué podría ocurrirle? ¿Y qué se averiguaría yendo más allá de Shoyo? Repito: se ha cometido una equivocación. Y ahora están tratando de taparlo. Naturalmente, la noticia de algo así aparecerá, y no pasará demasiado tiempo. Pero entretanto ¿cuántos morirán?

Asustado, Nick miró al doctor Soames mientras regresaban al coche y el médico se subía con lentitud.

–Y, tú, Nick –dijo Soames mirándole por la ventanilla –, ¿cómo te encuentras? ¿Te notas resfriado? ¿Estornudas? ¿Toses?

Nick negó con la cabeza.

–¿Tratarás de salir de la ciudad? Creo que podrías hacerlo a través del campo.

Nick volvió a menear la cabeza y escribió:

«Esos hombres están encarcelados. No puedo dejarlos. Vincent Hogan se encuentra enfermo, pero los otros dos están bien. Les llevaré el desayuno y luego iré a ver a la señora Baker.»

–Eres un chico muy juicioso –comentó Soames –. Y eso es raro. Un muchacho, en esta degradada época, que tenga sentido de la responsabilidad es una *rara avis.* Ella te lo agradecerá, Nick, lo sé. Braceman, el ministro metodista, también dijo que se pasaría por allí. Me temo que deberé atender un montón de llamadas antes de que el día termine. Tendrás cuidado con esos que tienes encerrados, ¿verdad?

Nick asintió con seriedad.

–Bien. Trataré de pasar por la tarde para ver cómo estás.

Puso el coche en marcha y se alejó con aspecto cansado, los ojos enrojecidos y consumidos. Nick le siguió con la mirada, con gesto preocupado, y luego echó a andar en dirección a la cafetería de la carretera. Se hallaba abierta, pero sólo estaba un cocinero y tres de las cuatro camareras no se habían presentado al turno de siete a tres. Nick tuvo que esperar mucho tiempo para que le sirviesen su pedido.

Cuando regresó a la cárcel, tanto Bill como Mike parecían muy asustados. Vince Hogan deliraba. A las seis de la tarde, había muerto.

19

Hacía tanto tiempo que Larry no visitaba Times Square que esperaba encontrarse con algo distinto, mágico. Allí las cosas parecían más pequeñas y sin embargo mejores. Y no se sentiría intimidado por la importancia, el olor y la a veces peligrosa vitalidad del lugar, como le había ocurrido de chiquillo, cuando él y Buddy Marx, o él solo, venían para ver doble película o para contemplar los resplandecientes escaparates de las tiendas, y los billares.

Pero todo parecía igual... Más aún, porque algunas cosas sí habían cambiado. Cuando salías del metro, el quiosco de revistas de la esquina había desaparecido. A media manzana de distancia, donde había una galería comercial llena de luces destellantes y timbres y jóvenes de peligroso aspecto, con cigarrillos que les colgaban de los labios, había ahora un Orange Julius con un montón de jóvenes negros delante y con la parte inferior de sus cuerpos moviéndose sensualmente, como si en algún lugar tocasen un swing que sólo unos oídos negros podían escuchar. Había más salas de masaje y cines X.

De todos modos era más o menos la misma de antes, y eso lo apenó. La única diferencia concreta empeoraba aún más la situación: ahora se sentía allí como un turista. Claro que quizá incluso los neoyorquinos se sentían como turistas en Times Square, empequeñecidos, deseando alzar la vista para leer los titulares electrónicos mientras caminaban de un lado para otro. Había olvidado lo que era constituir una parte de Nueva York. Pero tampoco tenía prisa por volver a aprenderlo.

Esa mañana la madre de Larry no había ido a trabajar. Desde hacía dos días luchaba con un resfriado y esa mañana se había levantado temprano, con fiebre. Él, desde la cama estrecha y segura de su antigua habitación, la había oído trajinar en la cocina, estornudar y blasfemar entre dientes mientras se preparaba el desayuno. El chasquido del televisor al encenderse y después el programa de noticias *Today.* Un conato de golpe de Estado en la India. Una central eléctrica dinamitada en Wyoming. Se esperaba que el Tribunal Supremo dictara una sentencia histórica respecto a los derechos de los homosexuales.

Cuando Larry entró en la cocina abrochándose la camisa, el noticiario había terminado y Gene Shalitt entrevistaba a un hombre calvo que mostraba a una serie de animalillos de cristal.

Explicó que ésa era su especialidad desde hacía cuarenta años, y que Random House publicaría un libro suyo sobre el tema. En ese momento estornudó.

«Está disculpado», dijo Gene Shalitt con una sonrisa.

–¿Los quieres fritos o revueltos? –preguntó Alice Underwood. Llevaba puesta la bata.

–Revueltos –respondió Larry, seguro de que era inútil protestar contra los huevos. A juicio de Alice ningún desayuno estaba completo sin ellos. Tenían proteínas y eran nutritivos. Su concepto de la nutrición era vago pero omnímodo. Larry sabía que tenía grabada en la mente una lista de productos nutritivos y otra de los que no lo eran.

Se sentó y miró cómo preparaba los huevos vertiéndolos en la misma vieja sartén ennegrecida, revolviéndolos con la misma batidora de alambre que había empleado cuando él asistía al primer curso de la escuela pública 162.

Su madre sacó el pañuelo del bolsillo de la bata, tosió y estornudó en él y farfulló «¡Mierda!» con voz apenas audible antes de volver a guardárselo.

–¿No irás a trabajar, mamá?

–Pedí permiso por enfermedad. Este resfriado quiere acabar conmigo. Aborrezco pedir la baja por enfermedad. Lo hace demasiada gente. Pero quiero quedarme en cama. Tengo fiebre. Y se me han inflamado los ganglios.

–¿Has llamado al médico?

–Cuando yo era una doncella los médicos hacían visitas a domicilios. Ahora, si estás enfermo debes ir a las urgencias del hospital. Eso, o perder todo el día para que algún curandero te eche un vistazo en uno de esos sitios en que se supone hacen medicina ambulatoria. Entras y sólo te entregan la correspondiente receta del seguro. Esos lugares son peores que una capilla una semana antes de Navidad. Me quedaré en casa, beberé un zumo y tomaré aspirinas. Mañana me sentiré bien.

Él le hizo compañía durante casi toda la mañana. Llevó el televisor hasta delante de la cama de su madre, con los tendones de los brazos heroicamente distendidos. Te vas a herniar, bromeó para sí. Le sirvió el zumo, le acercó una vieja botella de Nyquil para la sofocación, y bajó al supermercado para comprarle un par de libros de bolsillo.

Después de eso ya no quedó mucho por hacer, excepto irritarse mutuamente. A ella le sorprendió que la señal de la televisión fuera mucho peor en el dormitorio, y Larry debió tragarse el comentario cáustico de que era mejor que nada. Por fin, le dijo que quizá era hora de que saliese a pasear un poco por la ciudad.

–Es una buena idea –asintió su madre con alivio –. Voy a echar un sueñecito... Eres un buen chico, Larry.

De modo que bajó por la angosta escalera (el ascensor seguía averiado) y salió a la calle, experimentando una sensación de culpable satisfacción. El día le pertenecía, y tenía aún doscientos dólares en efectivo.

Ahora, ya en Times Square, no se sentía tan alegre. Anduvo por allí, tras haberse pasado la cartera a un bolsillo del pecho. Se detuvo frente a una tienda de discos que los vendía con descuento.

El sonido de su propia voz le llegó desfigurado desde un ajetreado altavoz colocado en lo alto:

No he venido a pedirte que te quedes toda la noche
ni a preguntarte si has visto la luz;
no he venido a fastidiarte o a provocarte.
Sólo quiero que me digas si te parece que puedes,
nena, entender a tu hombre.

Entenderlo, nena...
Dime, nena, ¿entiendes a tu hombre?

Ése soy yo, pensó, contemplando con mirada ausente un álbum, pero aquel sonido le deprimía. Peor aún, le producía nostalgia. No quería estar allí, debajo de aquel cielo gris, oliendo los tubos de escape de Nueva York, con una mano jugando constantemente a una especie de póquer con su cartera, para asegurarse de que seguía aún allí. Nueva York, eres pura paranoia. De repente deseó estar en un estudio de grabación de la costa Oeste, realizando un nuevo álbum.

Larry apretó el paso y entró en una sala de juego.

Las campanas y timbres tintineaban en sus oídos, y a ello se sumó el desgarrado rugido amplificado del juego Carrera Mortal 2000 reforzado con los chillidos electrónicos de los peatones agonizantes. Bonito juego, pensó Larry, al que pronto le seguirá Dachau 2000. Ése les encantará. Se acercó a la cabina de cambio y recogió diez dólares en monedas de veinticinco centavos. Junto al Beef'n Brew de la acera de enfrente había un teléfono que funcionaba, y marcó de memoria el número de Jane's Place. Era una sala de póquer que solía frecuentar Wayne Stukey.

Larry insertó monedas en la ranura hasta que le dolió la mano, y entonces el teléfono comenzó a sonar a cuatro mil quinientos kilómetros de allí.

–Jane's –respondió una voz femenina –. Estamos abiertos.

–¿A cualquier proposición? –preguntó él con tono sensual.

–Escucha, listillo, esto no es... ¡Oh! ¿Eres Larry?

–Sí, el mismo. Qué tal, Arlene.

–¿Dónde estás? No te hemos visto últimamente.

–Bueno, estoy en la costa Este –contestó cauteloso –Alguien me advirtió que los buitres me buscaban y que me convenía largarme hasta que se apaciguaran.

–¿Algo relacionado con una gran juerga?

–Sí.

–He oído hablar de *eso* –exclamó ella –. Eres un derrochador...

–¿Está por ahí Wayne, Arlene?

–¿Te refieres a Wayne Stukey? ¿No te has enterado?

–¿De qué? Estoy en la otra costa. Eh, supongo que se encuentra bien, ¿no?

–Se halla en el hospital, tumbado por la gripe. Aquí la llaman *Capitán Trotamundos.* Aunque no es para reírse... Dicen que ha matado ya a muchos. La gente tiene miedo de estar en un recinto cerrado. Hoy hay seis mesas vacías. Y tú sabes que Jane's nunca ha tenido mesas vacías.

–¿Cómo está Wayne?

–¿Quién puede saberlo? Tienen montones de pabellones llenos de gente y en ninguno de ellos admiten visitas. Es alucinante, Larry. Y hay muchos soldados por las calles.

–¿De permiso?

–Los soldados de permiso no van armados ni en camiones militares. Mucha gente está asustada de verdad. Tienes suerte de encontrarte ahí.

–Pero eso no ha aparecido en las noticias.

–Aquí los periódicos publicaron artículos aconsejando vacunarse contra la gripe. Algunos dicen que el ejército perdió el control de uno de esos frasquitos de peste. ¿No es patético?

–No son más que versiones alarmistas.

–¿Ahí donde estás no sucede nada parecido?

–No –respondió, pero entonces recordó el resfriado de su madre. ¿Y no había oído muchos estornudos y toses en el metro? Recordó haber pensado que aquello parecía un pabellón de tuberculosos. Pero en todas las ciudades proliferan los estornudos y las narices chorreantes.

–Ni siquiera Janey ha venido –prosiguió Arlene –. Tiene fiebre y las glándulas inflamadas, según dijo. Pensé que esa vieja zorra lo resistía todo, incluidas las enfermedades.

–Han pasado tres minutos –les interrumpió la telefonista –. Avisen cuando terminen.

–Bueno, volveré dentro de una semana, Arlene –dijo Larry—. Ya nos veremos.

–Con mucho gusto. Siempre quise salir con una estrella de la canción.

–Arlene, ¿conoces a un tipo llamado Dewey Deck?

–¡Oh! –exclamó ella, sobresaltada –. ¡Caray, Larry!

–¿Qué pasa?

–Gracias a Dios que no has colgado. Vi a Wayne dos días antes de que lo internaran en el hospital. ¡Lo había olvidado por completo! ¡Caray!

–Bueno, ¿de qué se trata?

–Es un sobre. Dijo que era para ti. Me pidió que lo guardara durante una semana, o que te lo diera si te veía. También dijo algo como: «Tiene mucha suerte de que sea de él y no de Dewey.»

–¿Qué hay dentro?

Se pasó el auricular de una mano a otra.

–Espera un momento... Voy a ver.

Hubo una pausa, y después un ruido de papel que se desgarraba.

–Es una libreta de ahorro – informó –. First Commercial Bank of California. Con un saldo de... ¡Uau! Más de trece mil dólares. Si cuando salgamos me pides que paguemos a medias te partiré la cabeza.

–No tendrás que hacerlo –le dijo Larry sonriendo –Gracias, Arlene. Guárdamelo bien.

–No; lo tiraré por el retrete. So tonto...

–Es muy bueno ser amado...

Ella suspiró.

–Pues lo eres demasiado, Larry. Lo pondré en un sobre con el nombre de los dos. Así ya no me eludirás cuando vengas...

–No se me ocurriría hacerlo, cariño.

Cortaron. Entonces se oyó de nuevo a la telefonista, que reclamaba tres dólares. Larry, que seguía sintiendo las facciones distendidas por una sonrisa ancha y bobalicona, los introdujo de buena gana en la ranura.

Miró las monedas aún diseminadas sobre el estante de la cabina telefónica, tomó una y la insertó en el aparato. Instantes después sonaba el teléfono de su madre.

El primer impulso consistía en compartir la buena noticia, el segundo en darle a alguien en la cabeza. Creía. Bueno, no; sólo se trataba de lo primero. Quería tranquilizarse y tranquilizar a su madre con la noticia de que era de nuevo solvente.

La sonrisa se borró de sus labios poco a poco. El teléfono sonaba y sonaba. Quizá al final había decidido salir. Recordó su rostro congestionado y febril, sus toses y estornudos y cómo mascullaba impaciente en el pañuelo... No creía que hubiera salido.

Colgó y recogió la moneda no utilizada. Salió, haciendo tintinear el cambio en la mano. Vio un taxi y le hizo señas, y, en el momento en que el vehículo volvía a incorporarse al tráfico, comenzó a llover.

La puerta estaba cerrada con llave, y después de golpear dos o tres veces se convenció de que el apartamento se encontraba vacío. Había golpeado con tanta fuerza que alguien contestó de igual manera desde el piso de arriba, como un fantasma exasperado. Pero quería entrar y asegurarse, y no tenía llave. Se volvió para bajar al apartamento de Freeman, y entonces fue cuando oyó el gemido detrás de la puerta.

En la puerta de su madre había tres cerraduras, pero ella no se molestaba en usarlas a pesar de su temor a los puertorriqueños. Larry embistió la puerta con el hombro y ésta cedió ruidosamente... La acometió de nuevo y el pestillo saltó... El batiente giró sobre los goznes y se estrelló contra la pared.

–¿Mamá?

Otra vez el gemido.

El apartamento se encontraba en penumbra. Había oscurecido de repente. Se oía el retumbar de los truenos y el fuerte repiqueteo de la lluvia. La ventana de la sala se encontraba entreabierta y las cortinas blancas ondeaban sobre la mesa. Se veía una mancha húmeda sobre el suelo allí donde había entrado la lluvia.

–¿Dónde estás, mamá?

Un gemido más potente. Atravesó la cocina y volvió a retumbar un trueno.

Casi tropezó con ella, porque se hallaba tumbada en el suelo, medio fuera del dormitorio.

–¡Mamá! ¡Dios mío!

Ella trató de darse la vuelta, pero sólo se movió su cabeza, rotando sobre el mentón para apoyarse sobre la mejilla izquierda. Su respiración era entrecortada por estertores y estaba cargada de flema. Pero lo peor, lo que él nunca iba a olvidar, fue la forma en que su ojo visible giró para mirarlo, como el ojo de un cerdo en el corral del matadero. Tenía las facciones inflamadas por la fiebre.

–¿Larry?

–Te acostaré otra vez, mamá.

Se agachó, tensando las piernas, haciendo frente al temblor que pretendía apoderarse de ellas, y alzó a su madre en brazos. La bata se abrió y dejó al descubierto un camisón desteñido por los lavados y unas piernas blancas y surcadas por gruesas venas varicosas. El calor que irradiaba era tremendo, lo cual sobrecogió a Larry. Nadie podía tener tanta fiebre y vivir. Sus sesos debían de estar friéndose.

Como para confirmarlo, ella dijo con voz quejumbrosa:

–Larry, ve a buscar a tu padre... Está en el bar.

–Cálmate –respondió él, ofuscado –. Cálmate y duerme, mamá.

–¡Está en el bar con ese fotógrafo! –chilló ella.

El trueno retumbó con estruendo inusitado.

A Larry le pareció que tenía el cuerpo untado con una sustancia viscosa y fría que chorreaba lentamente.

Una brisa fresca se colaba por la ventana entreabierta de la sala y corría por el apartamento. Como respondiendo a ella, Alice empezó a temblar y en los brazos se le puso piel de gallina. Le castañeteaban los dientes. Su rostro parecía una luna llena en la penumbra del dormitorio. Larry bajó las sábanas, metió las piernas de su madre dentro y tiró de las mantas hasta cubrirle el men-

tón. Incluso así, siguió tiritando, haciendo estremecer las mantas. Tenía el rostro totalmente seco, sin una gota de sudor.

–¡Ve a decirle que le ordeno que salga de allí! –vociferó, y después se quedó en silencio, un silencio turbado tan sólo por el fuerte ruido bronquial de su respiración.

Larry pasó a la sala y se acercó al teléfono. Después, dio la vuelta alrededor, cerró la ventana y regresó junto al aparato. Las guías estaban en un estante debajo de la mesita del teléfono.

Buscó el número del hospital Mercy y lo marcó mientras los truenos seguían retumbando fuera. La trayectoria de un rayo transformó la ventana que acababa de cerrar en una placa azul y blanca de rayos X. Su madre chilló con voz ahogada en el dormitorio, helándole la sangre.

El teléfono sonó una vez, y después se oyeron un zumbido y un chasquido. Una voz metálica dijo: «Ésta es una grabación registrada en el hospital Mercy. En este momento todas las líneas se hallan ocupadas. Si puede esperar, le atenderemos lo antes posible. Ésta es una grabación registrada en el hospital Mercy. En este momento...»

–¡Hemos puesto a los melenudos en el piso de abajo! –vociferó su madre.

Resonó un trueno.

–¡Esos puertorriqueños no saben nada!

«... lo antes posible...»

Colgó con furia el auricular y se apoyó en el teléfono, sudando. ¿Qué clase de condenado hospital era ése, donde una jodida grabación atendía las llamadas? ¿Qué pasaba allí?

Larry decidió bajar para preguntar a Freeman si podía cuidarla mientras él acudía al hospital. ¿O acaso sería mejor pedir una ambulancia particular? Jesús, ¿por qué nadie sabía qué hacer en esas circunstancias, cuando llegaba el momento? ¿Por qué no lo enseñaban en la escuela?

Su madre seguía suspirando fatigosamente en su dormitorio.

–Volveré –murmuró, y se encaminó hacia la puerta.

Estaba asustado, aterrado por ella; pero en el fondo otra voz decía cosas como: *Esto siempre me ocurre a mí.* Y: *¿Por qué tuvo que suceder apenas recibí las buenas noticias?* Y lo más despreciable: *¿Hasta qué punto esto va a arruinar mis planes? ¿Cuántos proyectos me veré obligado a cambiar?*

Odiaba esa voz, le deseaba una muerte rápida y atroz, pero seguía machacando y machacando.

Corrió escaleras abajo hacia el apartamento de Freeman.

El trueno retumbó entre las nubes oscuras.

Cuando llegó al rellano de la planta baja, el viento abrió la puerta y entró una auténtica tromba de agua.

20

El Harborside era el hotel más antiguo de Ogunquit. La vista no era muy buena desde que habían construido el nuevo club de yates al otro lado. Pero, en una tarde como ésa, cuando el firmamento aparecía esmaltado por intermitentes nubes tormentosas, la vista no estaba mal.

Frannie llevaba sentada al lado de la ventana casi tres horas, intentando escribir una carta a Grace Duggan, una compañera del instituto que ahora estaba en Smith. No se trataba de una carta tipo confesión relacionada con su embarazo o con la escena que había tenido con su madre. Escribir acerca de esas cosas no haría más que deprimirla y supuso que pronto Grace oiría lo suficiente de sus propias fuentes en la ciudad. Trataba de escribir una simple carta amistosa. El viaje en bicicleta que Jess y yo hicimos a Rangeky, en mayo, con Sam Lothrop y Sally

Wenceslas. El examen final de biología que me salió tan bien. El nuevo empleo en el Senado de Peggy Tate (otra amiga común del instituto). La próxima boda de Amy Lauder.

Pero la carta parecía no querer dejarse escribir. Las interesantes pirotecnias del día habían desempeñado su papel. ¿Cómo se podía escribir mientras una especie de tormenta de bolsillo no dejaba de agitarse sobre las aguas? Si se analizaba la cosa, ninguna de las noticias de la carta parecía verosímil. Todo se había retorcido muy poco, como un cuchillo en la mano que te hace un corte superficial en vez de pelar la patata como uno espera que lo haga. El viaje en bicicleta había sido estupendo, pero ella y Jess ya no se encontraban en relaciones tan alegres. En efecto, ella había tenido suerte en el examen final de biología. Sin embargo no había sido tan afortunada en la final de biología, que era lo que realmente contaba. Por otra parte, ni ella ni Grace se habían preocupado nunca demasiado por Peggy Tate y, en el estado actual de Fran, las próximas nupcias de Amy se parecían más a un chiste fantasmal que a un motivo de alegría. Amy podrá casarse y yo voy a tener el bebé, blablabla...

Consideró que debía terminar la carta, siempre y cuando no tuviese que hacer frente a nada más. Escribió:

Tengo problemas, auténticos problemas, pero no me encuentro con ánimo de comentar nada acerca de eso. ¡Ya es bastante malo tener que pensar en ellos! Espero verte el día cuatro a menos que tus planes hayan cambiado desde tu última carta. (¿Una carta en seis semanas? Comienzo a pensar que alguien te ha cortado los dedos y no puedes escribir a máquina, chica...) Cuando te vea te lo contaré todo. Estoy segura de que tus consejos me serán de mucha ayuda. Cree en mí y yo creeré en ti.

Firmó con su acostumbrada caligrafía extravagante, por lo que ocupó la mitad del restante espacio en blanco del papel de notas. En el momento en que terminaba de hacerlo, se sintió más parecida que nunca a una impostora. La dobló, la introdujo en el sobre, escribió la dirección y la dejó apoyada contra el espejo. Asunto concluido. Y ahora, ¿qué?

El día se oscurecía de nuevo. Se levantó y comenzó a andar impaciente por el cuarto, pensando en lo que debería hacer antes de que comenzara a llover otra vez. ¿Adonde podría ir? ¿Al cine? Ya había visto la única película que daban en la ciudad, con Jesse. ¿A Portland a mirar escaparates? No era muy divertido. Las únicas ropas en las que, en ese momento, podía pensar de una manera realista eran aquellas con cintura elástica. Espacio para dos.

Hoy había tenido tres llamadas. La primera con buenas noticias, la segunda indiferente y la tercera mala. Le hubiera gustado que hubieran llegado en orden inverso. Fuera, la lluvia había comenzado a caer, oscureciendo de nuevo los malecones. Decidió salir a dar un paseo aún bajo la molesta lluvia. El aire fresco y la humedad veraniega la harían sentirse mejor. Incluso se detendría en algún sitio y tomaría una cerveza.

La primera llamada había sido de Debbie Smith, de Somersworth. Fran sería muy bien recibida, le dijo cálidamente Debbie. En realidad la necesitaban. Una de las tres chicas con quienes compartía el apartamento se había mudado en mayo, tras haber conseguido un trabajo como secretaria en un almacén. Ella y Rhoda no podrían pagar solas el alquiler durante mucho tiempo si no había una tercera persona. «Y ambas procedemos de familias numerosas –le dijo Debbie –. No nos molestan los bebés llorones.»

Fran dijo que estaba dispuesta a ir allí a primeros de julio, y cuando colgó unas cálidas lágrimas le corrían por las mejillas. Lágrimas de alivio. Si podía marcharse de aquella ciudad en la que había crecido, pensó que todo iría bien. Lejos de su madre, y también de su padre. El asunto del bebé y de su condición de soltera asumiría entonces una especie de razonable proporción dentro de su vida. Un factor importante, seguramente, pero no el único. Había alguna clase de animal, le parecía que algún insecto o una rana, que doblaba su tamaño habitual cuando se sentía amenazado. El depredador, por lo menos en teoría, al ver aquello se asustaba y se largaba. Ella se sentía como uno de esos bichos, y era toda esa ciudad, todo ese ambiente lo que la hacía sentir así. Sabía que nadie le haría llevar una letra escarlata, pero sabía asimismo que su mente acabaría

Librodot

de convencer a sus nervios de este hecho: era necesaria una ruptura con Ogunquit. Cuando salió a la calle pudo sentir a la gente. No que la mirasen, sino que *estaban preparados* para mirarla. Los residentes permanentes, naturalmente, no la gente que sólo estaba allí de vacaciones. Aquéllos siempre tenían necesidad de mirar algo: un borracho, un holgazán mantenido por la Segundad Social, el niño de buena familia al que han pillado haciendo de cleptómano en alguna tienda de Portland o de Old Orchard Beach... o la chica de cintura en expansión.

La segunda llamada había sido de Jess Rider. Había llamado desde Portland y primero probó en su domicilio. Por fortuna se puso Peter, que le proporcionó el número de teléfono de Fran en el Harborside, sin hacer comentarios de ninguna clase.

De todos modos, lo primero que dijo Jess fue:

–En casa tienes mucha estática, ¿verdad?

–Sí, un poco... –replicó ella cautamente, sin desear que él siguiera por allí. Eso los convertiría en conspiradores de alguna clase.

–¿Tu madre?

–¿Por qué lo preguntas?

–Parece del tipo de las que les gusta escuchar. Es algo que se ve en los ojos, Frannie. Si disparas contra mi vaca sagrada, yo lo haré contra la tuya.

Ella no respondió.

–Lo siento. No quería ofenderte.

–No lo has hecho –replicó.

En realidad su descripción era muy acertada –aunque un tanto superficial –. Pero estaba todavía tratando de recuperarse de la sorpresa de aquel verbo: *ofender.* Resultaba una palabra extraña en sus labios. Tal vez aquí exista alguna regla, pensó. Cuando tu amante empieza a hablar de «ofenderte», es que ya no es en absoluto tu amante.

–Frannie, la proposición sigue en pie. Si dices sí, conseguiré un par de anillos y estaré ahí esta tarde.

En tu bici, pensó ella y casi rió por lo bajo. Pero una risilla sería hacerle una afrenta innecesaria, por lo que cubrió el micrófono para asegurarse. Había estado más veces llorando y medio riendo durante los últimos seis días de cuanto lo había hecho desde que tenía quince años y empezaba a citarse con chicos.

–No, Jess –repuso, y su voz sonó serena.

–¡Lo digo en serio! –insistió él con vehemencia, como si la hubiera visto conteniendo la risa.

–Lo sé –prosiguió ella –. Pero no estoy preparada para casarme. Me conozco, Jess. No tiene que ver contigo.

–¿Y que me dices del bebé?

–Lo tendré...

–¿Y se lo darás a alguien?

–Aún no lo he decidido.

El guardó silencio por un momento y Fran pudo oír voces procedentes de los otros cuartos. Tienen sus propios problemas, supuso. Cariño, el mundo es un drama de todos los días. Amamos nuestras vidas y las consideramos en busca de una luz que nos guíe para seguir haciendo cosas mañana.

–Estoy preocupado por ese bebé –dijo al fin Jesse.

Ella dudaba que fuera así; pero tal vez sería la única cosa que él podría decir para cortarle el paso. Y lo hizo.

–Jess...

–¿Adonde irás? –prosiguió él con brío –. No te puedes quedar en Harborside todo el verano. Si necesitas un sitio adonde ir, miraré algo por Portland.

–Tengo un lugar al que ir.

–¿Dónde es, o no debo preguntarlo?

–Pues más bien no –replicó ella, y se mordió la lengua por no haber encontrado una forma más diplomática de expresarlo.

–Oh... –Su voz se había normalizado, y continuó con cierta cautela –: ¿Puedo preguntarte algo sin que te enfades, Frannie? Realmente quiero saberlo... No se trata de una pregunta retórica ni de nada parecido.

–Claro que puedes –convino ella con cuidado.

Mentalmente se prohibió ponerse furiosa, porque cuando Jess adelantaba algo así, por lo general era antes de salir con alguna frase horrible e inesperada.

–¿Yo no tengo ningún derecho en todo esto? –inquirió Jess –. ¿No puedo compartir la responsabilidad y la decisión?

Por un momento ella *sí* se puso furiosa, pero luego se calmó. Jess estaba sólo haciendo de Jess, tratando de proteger la imagen de sí mismo, del modo en que todo el mundo cree que debe hacerlo para luego dormir bien por las noches. A ella siempre le había gustado Jess por su inteligencia; pero, en una situación así, la inteligencia podía ser una lata. La gente como Jess, incluso ella misma, había recibido la enseñanza de que lo mejor que cabía hacer era comprometerse y mostrarse activos. A veces tenías que herirte a ti mismo (y muy mal, por cierto) para averiguar que lo mejor era esconderse entre las hierbas altas y aplazar las decisiones. Sus esfuerzos eran amables, pero no dejaban de ser sólo esfuerzos. No quería dejarla marchar.

–Jess, ninguno de los dos quiere este bebé. Estábamos de acuerdo en que yo tomaría la píldora, por lo que lo del bebé no tuvo que suceder. Tú no tienes la menor responsabilidad.

–Pero...

–No, Jess –respondió ella con firmeza. –

Él suspiró.

–¿Seguiremos en contacto una vez te hayas instalado?

–Creo que sí...

–¿Piensas volver a la universidad?

–Llegado el momento. Tendré que saltarme el semestre de otoño. Tal vez haga una solicitud.

–Frannie, si me necesitas ya sabes dónde estaré. No voy a escaparme.

–Lo sé, Jess.

–Si necesitas algo...

–Sí...

–Mantente en contacto conmigo. No quiero presionarte, pero... me gustaría verte.

–Muy bien, Jess.

–Adiós, Fran.

–Adiós.

Cuando colgó, pensó que los adioses parecían demasiado definitivos, con la conversación sin concluir. No habían añadido ningún «te quiero», lo cual era significativo. Le hizo sentirse triste, pero se dijo que no debería estarlo. Aunque decirlo no ayudaba demasiado.

La última llamada fue al mediodía. Era de su padre. Habían estado almorzando anteayer, y él le dijo que estaba preocupado por el efecto que toda aquello podría tener sobre Carla. No había subido a acostarse la noche anterior. Se había quedado en el salón, mirando sus antiguos archivos genealógicos. Él se presentó a eso de las once y media para preguntarle cuándo subiría a la cama. Tenía el cabello suelto, por encima de los hombros, y una mañanita sobre el camisón. Peter dijo que parecía haber perdido el contacto con la realidad. Tenía aquel pesado libro encima del regazo y ni siquiera había levantado la mirada hacia él, sino que continuó pasando hojas. Afirmó que no tenía sueño. Que ya subiría al cabo de un rato. Estaba constipada, dijo Peter cuando se hallaban sentados a una mesa del Corner Lunch, mirando las hamburguesas más que comiéndoselas. Se sorbía los mocos. Cuando le preguntó si le apetecía un vaso de leche caliente, ella no le respondió. La encontró al día siguiente dormida en el sillón, con el libro todavía encima del regazo.

Cuando al fin despertó, parecía hallarse mejor, pero el resfriado había empeorado. Dejó de lado la idea de llamar al doctor Edmonton, diciendo que era sólo un catarro pectoral. Se había frotado Vicks en el pecho y colocado un trozo de franela, y le parecía que ya se le estaba destapando la nariz. Pero él no se había preocupado por eso, según le contó a su hija. Aunque ella se negó a que le tomase la temperatura, le pareció que tendría un par de grados por encima de lo normal.

Había llamado a Fran después de que comenzara la tormenta. Las nubes, púrpura y negras, se habían amontonado en la bahía y comenzó la lluvia. Al principio suave y luego torrencial. Mientras hablaban, Fran miraba por la ventana y veía los rayos precipitarse sobre el agua, más allá del rompeolas. Cada vez que sucedía, se producía un ruido como de rascar en el hilo telefónico, como la aguja de un fonógrafo al rayar un disco.

–Hoy está en cama –siguió él –. Y al fin ha consentido en que venga Tom Edmonton a echarle un vistazo. – ¿Ha ido ya?

–Acaba de marcharse. Cree que ha pillado la gripe. –Oh, Dios mío –replicó Frannie, cerrando los ojos –. Eso no es ninguna broma en una mujer de su edad.

–No, no lo es. –Hizo una pausa –. Se lo he contado todo a Tom. Lo del bebé, lo de la pelea entre Carla y tú. Tom ha cuidado de ti desde que eras muy pequeñita y mantendrá la boca cerrada. Le pregunté si eso podía haber sido la causa de todo esto. Pero dijo que no, que la gripe es la gripe.

–La gripe según quién... –repuso Frannie débilmente.

–¿Qué decías?

–Nada, no te preocupes –respondió Fran –. Sigue. –Pues no hay mucho más que contar, cariño. Tom dice que corre mucho de eso por ahí, de una cepa particularmente maligna. Parece que procede del Sur, y ahora ha llegado a Nueva York.

–Pero quedarse dormida toda la noche en el salón... –comentó Fran.

–Tom dijo que haberse dormido sentada fue bueno para sus pulmones y para sus bronquios. No dijo nada más, pero su mujer también es miembro de todas las organizaciones con que colabora Carla. Tú y yo sabemos que ha estado jugando con su salud, Fran. Es presidenta del Comité Histórico de la Ciudad, se pasa veinte horas a la semana en una biblioteca, es secretaria del Club Femenino y del Club de Amigos de la Literatura y también dirigió el March of Dimes local antes de que Fred muriese. Y el invierno pasado, para colmo, se hizo también cargo de la Fundación Cardíaca. Y además de todo esto ha conseguido tomar parte en la Sociedad Genealógica de Maine. Está cansada, agotada. Y ésa es en parte la razón de que tuviera aquel estallido contigo. Los Edmonton afirman que es el sujeto ideal para pillar el primer germen diabólico que pueda

cruzarse en su camino. Y eso es todo lo que el médico tenía que decir... Tu madre se está haciendo vieja y no quiere reconocerlo. Está trabajando más duro que yo mismo.

–¿Hasta qué punto se halla enferma?

–Está en la cama, bebiendo zumos y tomándose pastillas que le ha recetado Tom. Yo no he trabajado hoy, y la señorita Halliday vendrá mañana para pasar el día con ella. Quiere ver a la Halliday con el fin de elaborar la agenda de las reuniones de julio de la Sociedad Histórica.

Su padre suspiró hondo y los rayos hicieron crepitar de nuevo la línea telefónica.

–Pienso que lo que quiere es morir con las botas puestas.

Tímidamente, ella dijo:

–¿Crees que le importará si yo…?

–En absoluto. Pero dale tiempo, Fran... Ya verás cómo cambia de opinión.

Ahora, cuatro horas después, se preguntó si su madre *cambiaría* de opinión. Tal vez si entregase el bebé no se enteraría nadie de la ciudad. Pero eso era poco probable. En las pequeñas ciudades la gente se entera de todo, aunque parezca inverosímil. Y, naturalmente, si conservaba el bebé... Pero en realidad no pensaba en eso. ¿O sí?

El sentimiento de culpabilidad creció dentro de ella mientras se ponía su abrigo de verano. Estaba claro que su madre se hallaba agotada. Fran lo había visto al regresar de la universidad, cuando ambas intercambiaron besos en las mejillas. Carla tenía bolsas debajo de los ojos, su piel estaba amarillenta y el gris de su cabello, que siempre estaba controlado por el salón de belleza, había avanzado visiblemente a pesar de los reflejos de treinta dólares. Pero, de todos modos...

Se había comportado de una manera en extremo histérica. Y Frannie no dejaba de preguntarse cómo haría frente a su responsabilidad si la gripe de su madre degeneraba en una neumonía, o si tenía una depresión nerviosa. O incluso si se moría. Dios, qué pensamiento tan horrible. Aquello no podía ocurrir. Por favor, Dios mío, no, claro que no... Las medicinas que estaba tomando la mejorarían y, una vez Frannie estuviese lejos de ella, incubando a su pequeño extraño en Somersworth, su madre se recuperaría de la conmoción que había sufrido por su culpa. Si quisiera...

El teléfono empezó a sonar.

Ella se quedó mirándolo, absorta. Fuera seguían los relámpagos, y un trueno cercano le hizo dar un respingo.

Ring, ring, ring...

Ya había recibido las tres llamadas que esperaba. ¿Quién más podría ser? Debbie no necesitaría contestar su llamada telefónica, y tampoco creía que Jess pudiera hacerlo. Tal vez fuera un vendedor. A lo mejor era Jess después de todo, probando su antiguo truco universitario.

Cuando iba a levantar el auricular, pensó que era su padre y que las noticias serían aún peores. Sólo es un pastel. La culpa es como un pastel. Parte de la culpa hay que atribuirla a las obras de caridad que hace mi madre. Pero bromeas si crees que no vas a tener una gran parte, y muy amarga, de ese pastel gracias a ti misma. Y tendrás que comerte tu trozo.

–¿Sí?

–Fran... –dijo su padre, y después profirió un extraño sonido, como de tragar saliva –. Oh, Frannie...

De nuevo ese sonido como de tragar y Fran se percató con creciente horror de que su padre estaba intentando contener las lágrimas. Fran se llevó una mano a la garganta.

–¿Papá? ¿Qué pasa? ¿Es mamá?

–Frannie, voy a ir a buscarte. Cerraré y te recogeré. Eso es lo que haré.

–¿Mamá está bien? –gritó al receptor. Los truenos retumbaron de nuevo sobre Harborside, y ella se echó a llorar –. Dímelo, papá...

–Está peor, eso es todo lo que sé –dijo él –. Una hora después de llamarte y hablar contigo, empeoró. La fiebre le subió y empezó a delirar. Traté de dar con Tom... y Rachel dijo que se hallaba fuera, que había muchísima gente enferma... Así que llamé al hospital Sandford y me dijeron que sus dos ambulancias estaban fuera atendiendo llamadas. Y añadieron a Carla a la lista. La *lista,* Frannie. ¿Qué diablos es esa *lista,* así de repente? Conozco a Jim Warrington, conduce una de las ambulancias del Sandford y, a menos que haya un accidente de tráfico en la 95, suele estar sentado por ahí, jugando a cartas todo el día. ¿Qué significa esa *lista?* –Se le notaba tenso.

–Cálmate, papá. Cálmate... –Estalló en lágrimas de nuevo. Se llevó la mano a los ojos –. Si aún está ahí, será mejor que la lleves tú mismo.

–No... no. Llegaron hace quince minutos. Y, Cristo, Frannie, llevaban *seis personas* en la ambulancia. Uno de ellos era Will Ronson, el encargado del *drugstore.* Y tu madre volvió en sí un momento mientras la llevaban a la ambulancia y no hacía más que repetir: «No puedo respirar, Peter, no puedo. ¿Por qué no puedo respirar?» Dios mío... –acabó con la voz quebrada.

–¿Puedes conducir, papá? ¿Puedes venir en coche hasta aquí?

–Sí, claro que sí.

Parecía hacer acopio de fuerzas.

–Estaré en la puerta de la calle.

Fran colgó y bajó deprisa las escaleras, con las rodillas temblándole. Ya en la portería, vio que, aunque seguía lloviendo, las nubes del último aguacero estaban despejándose y el sol de última hora de la tarde empezaba a abrirse paso. Maquinalmente, alzó la vista en busca del arco iris y vio, muy lejos y por encima del agua, aquel brumoso y místico creciente. El sentimiento de culpabilidad volvió a apoderarse de ella. Sintió retortijones en el vientre, donde estaba aquella otra cosa. Comenzó a llorar de nuevo.

Cómete tu trozo de pastel, se dijo a sí misma, mientras aguardaba a que se presentara su padre. Sabe muy mal, pero cómetelo. Y luego tendrás un segundo, y hasta un tercero. Come tu pastel, Frannie, hasta la última miga.

21

Stu Redman tenía miedo.

Miró por la ventana enrejada de su nueva habitación de Stovington, Vermont, y lo que vio fue una pequeña ciudad allá abajo, minúsculos carteles de gasolineras, y una especie de fábrica, una calle ancha, un río, una autopista y, más allá de ésta, el espinazo de granito del extremo oeste de Nueva Inglaterra: los montes Green.

Tenía miedo porque aquello se parecía más a la celda de una cárcel que a un cuarto de hospital. Tenía miedo porque Denninger había desaparecido; no había vuelto a verlo desde que aquel delirante circo de tres pistas se había trasladado de Atlanta a ese otro lugar.

Deitz también había desaparecido. Stu pensó que todo el personal había enfermado del virus que habían estado estudiando.

Todos habían desaparecido. O bien eso, o la enfermedad que Charles D. Campion había traído a Arnette era mucho más contagiosa de lo que nadie suponía. De una manera u otra, la integridad del Atlanta Plague Center había sido violada, y Stu pensó que todos los que se habían encontrado allí tenían muchas posibilidades de practicar, en carne propia, un poco de investigación sobre aquel virus que llamaban «A I» o la «supergripe».

Aquí seguían practicándose exámenes, pero éstos parecían inconexos. La programación era descuidada. Garabateaban los resultados y él sospechaba que alguien les echaba un vistazo, meneaba la cabeza y los arrojaba a la trituradora más próxima.

Y ni siquiera eso era lo peor. Lo peor eran las armas. Ahora las enfermeras que venían a recoger muestras de sangre, de saliva o de orina, llegaban acompañadas por un soldado enfundado en una escafandra blanca, y el soldado llevaba una pistola en un estuche de plástico. El estuche se hallaba sujeto al puño del guante derecho del soldado. La pistola era una 45 del ejército. A Stu no le cabía la menor duda de que, si intentaba extralimitarse tal como había hecho con Deitz, la 45 reduciría el extremo del estuche a jirones chamuscados y humeantes y Stu Redman dejaría de existir.

Si ahora sólo se ocupaban de forma rutinaria de él, eso significaba que se había convertido en alguien prescindible. Estaba preso. Y estar detenido era muy malo. Estar preso significaba ser alguien del que podía prescindirse... y eso era pero que muy malo.

Había visto con atención el noticiario de las seis, como todas las tardes. Los hombres que intentaron dar el golpe de Estado en la India habían sido catalogados como «agitadores foráneos», y fueron fusilados. La policía continuaba buscando las personas que habían volado una central eléctrica en Laramie (Wyoming) el día anterior. El Tribunal Supremo había dictaminado, por seis votos contra tres, que no se podía destituir de los cargos públicos de la Administración civil a los homosexuales reconocidos como tales. Y, por primera vez, hubo un atisbo de algo más.

Los funcionarios de la Comisión de Energía Atómica del Condado Miller (Arkansas) habían negado que existiera el riesgo de que se fundiera un reactor. La central nuclear del pueblo de Fouke, unos cuarenta y cinco kilómetros al norte de la frontera de Texas, había tenido ya una serie de pequeños desperfectos en el sistema eléctrico de los equipos que controlaban el ciclo de refrigeración. Pero eso no era razón suficiente para alarmarse. Las unidades del ejército que patrullaban la zona sólo estaban allí como medida de precaución. Stu se preguntó qué podría prevenir el ejército si el reactor de Fouke se fundía. Pensó que tal vez las tropas estaban en el sudoeste de Arkansas por razones muy distintas. Fouke no se hallaba muy lejos de Arnette.

Otra información había revelado que, en la costa Este, parecía estar gestándose una epidemia de gripe: la cepa rusa. No debía preocupar a nadie, con excepción de los muy ancianos y los muy jóvenes. Entrevistaron a un cansado médico de Nueva York en un pasillo del hospital Mercy de Brooklyn. Dijo que la gripe era de una tenacidad excesiva para tratarse de la Rusa-A, y exhortó a los televidentes a administrarse antigripales. A continuación empezó a agregar algo más; pero cortaron el sonido y sólo se vio el movimiento de sus labios. La imagen volvió al locutor de estudio, quien manifestó:

«Se sabe que en Nueva York se han producido algunas muertes como consecuencia de esta reciente epidemia de gripe. Pero, en la mayoría de los casos fatales también han influido otros factores, como la contaminación urbana y el enfisema. Los funcionarios de Sanidad hacen hincapié en que ésta es la gripe de la cepa Rusa-A, no más peligrosa que la gripe porcina. Mientras tanto, como dicen los médicos, un viejo consejo es el mejor consejo: quédese en cama, descanse lo más posible, beba líquidos y combata la fiebre con aspirinas.»

El locutor esbozó una sonrisa tranquilizadora. Pero, fuera de la cámara, alguien estornudó.

El sol tocaba ya en el horizonte, tiñéndolo de un color dorado que pronto pasaría a rojo y luego a un apagado naranja. Las noches eran lo peor. Le habían llevado a una parte del país que le era por completo desconocida. Y le parecía aún más extraña por la noche. En aquel principio de verano el verdor que podía ver a través de su ventana parecía excesivo, atemorizante. Carecía de amigos. Sí, conocía a las personas que habían viajado en avión con él desde Braintree a Atlanta. Pero todas habían muerto. Se veía rodeado de autómatas que le extraían la sangre a punta de pistola. Temía por su vida, aunque se sentía bien, y había comenzado a creer que no iba a pillar aquello, fuera lo que fuese.

Pensativo, Stu se preguntó si sería posible escaparse de allí.

22

El 24 de junio, cuando Creighton entró, encontró a Starkey mirando los monitores, con las manos cruzadas a la espalda. Vio que el anillo de West Point del viejo refulgía en su mano derecha, y lo compadeció. Hacía diez días que el anciano se mantenía en pie con píldoras estimulantes y estaba próximo al colapso. Pero, pensó Creighton, si sus sospechas acerca de la llamada telefónica eran correctas, el colapso ya se había producido.

–Len –dijo Starkey, como sorprendido –. Me alegra que hayas venido.

–Gracias –respondió Creighton con una leve sonrisa.

–Ya sabes quién telefoneó.

–¿Entonces era realmente él?

–El presidente, sí. Me han relevado. Ese palurdo me ha relevado, Len. Por supuesto, yo lo había previsto, pero no por eso deja de doler. Duele como mil diablos. Duele cuando la resolución parte de ese fantoche hipócrita.

Len Creighton asintió con la cabeza.

–Bueno –continuó Starkey, pasándose la mano por la cara –. De todas maneras está hecho. Ahora mandas tú. Quiere que te presentes en Washington cuanto antes. Te colocará en el potro del tormento y te descoyuntará. Pero tú deberás limitarte a decir que sí y soportarlo todo. Hemos salvado lo que hemos podido.

–Si es así, este país debería agradecértelo de rodillas.

–La válvula me quemaba la mano, pero... la sostuve el mayor tiempo posible, Len. La sostuve.

Hablaba con serena firmeza, pero sus ojos no hacían más que dirigirse hacia el monitor y, por un momento, su boca tembló.

–Y no podría haberlo hecho sin ti.

–Bueno, hemos hecho lo humanamente posible, ¿no crees Billy?

–Puedes decirlo así, soldado. Ahora, escucha... Hay un asunto prioritario. Apenas puedas, deberás hablar con Jack Cleveland. El conoce quiénes son nuestros hombres de ambos telones, el de acero y el de bambú. Sabe cómo ponerse en contacto con ellos, y no vacilará ante lo que hay que hacer. Comprenderá que corre prisa.

–No entiendo, Billy.

–Tenemos que suponer lo peor –explicó Starkey, y una extraña sonrisa apareció en sus facciones.

Su labio superior se curvó hacia arriba y se arrugó como el hocico de un perro guardián. Señaló con el dedo las hojas de papel que descansaban sobre la mesa.

–Ya ha escapado a todo control. Ha aflorado en Oregón, Nebraska, Luisiana, Florida. Y parece que ha habido casos en México y Chile. Cuando perdimos Atlanta, murieron los tres hombres más competentes para afrontar el problema. No progresamos con Stuart Redman. ¿Sabías que le inyectamos el virus Azul? Él creyó que era un sedante. Su organismo mató el virus y nadie sabe cómo lo hizo. Si dispusiéramos de seis semanas, quizá podríamos dar en la tecla. Pero no es así. La historia de la gripe es la mejor. Pero es de importancia prioritaria que el otro bando nunca interprete esto como una... como una situación artificial creada en Estados Unidos. Eso podría sugerirle ideas.

«Cleveland tiene entre ocho y veinte hombres en la Unión Soviética, y entre cinco y diez en cada uno de los países satélites europeos. Ni siquiera yo sé cuántos tiene en la China roja. –La boca

de Starkey volvía a temblar –. Cuando veas a Cleveland esta tarde, bastará que le digas *Roma cae.* ¿No lo olvidarás?

–No –respondió Len, que sentía los labios curiosamente fríos –. ¿Pero en verdad esperas que lo hagan? ¿Esos hombres y mujeres?

–Los nuestros recibieron esas ampollas hace una semana. Creen que contienen partículas radiactivas que serán rastreadas por nuestros satélites Sky-Cruise. Bastará con que crean eso, ¿no te parece, Len?

–Sí, Billy.

–Y si las cosas van de mal en peor, jamás lo sabrá nadie. El Proyecto Azul estuvo libre de infiltraciones hasta el fin. No hay duda de ello. Un nuevo virus, una mutación... Es posible que el otro bando lo sospeche, pero ya no habrá tiempo. Por partes iguales, Len.

–Sí.

Starkey miraba de nuevo los monitores.

–Hace unos años mi hija me regaló un libro de poesía. Escrito por un tal Yeets. Dijo que todos los militares deberían leer a Yeets. Supongo que ése era su sentido del humor. ¿Has oído hablar de Yeets, Len?

–Creo que sí –respondió Creighton, después de haber contemplado y desechado la posibilidad de corregir a Starkey: el poeta se llamaba Yeats.

–Leí hasta el último verso –continuó Starkey, mientras observaba en la pantalla la cafetería silenciosa –. Sobre todo porque ella pensaba que no debía hacerlo. No conviene adoptar un comportamiento demasiado previsible. Allí había muchas cosas que no entendí. Sospecho incluso que el tipo estaba loco. Pero lo leí de todos modos. Una poesía rara, no siempre rimaba, pero en ese libro había un poema que ha perdurado en mi mente. El tipo parecía describir todo aquello a lo que he consagrado mi vida, su naturaleza irrealizable, su condenada nobleza. Decía que todo se desarticula, que el núcleo pierde cohesión. Las cosas se desintegran, Len. Eso era lo que quería decir. Yeets sabía eso, aunque no supiera nada más.

–Sí, señor –murmuró Creighton.

–La primera vez que lo leí, el final me puso carne de gallina. Y sigue produciéndose el mismo efecto. Lo he aprendido de memoria. « ¿Qué bestia torpe, a la que por fin le ha llegado la hora, se arrastra hacia Belén para nacer?»

Creighton guardó silencio. No tenía nada que decir.

–La bestia torpe está en marcha –prosiguió Starkey, dando media vuelta; lloraba y sonreía. – Las cosas se están desarticulando. La misión consiste en conservar lo más posible durante el mayor tiempo posible.

–Sí, señor –contestó Creighton, y por primera vez sintió la comezón de las lágrimas en sus propios ojos.

Starkey tendió la mano y Creighton la estrechó. La mano de Starkey era vieja y fría, al igual que la piel de la que se despoja una serpiente y en la que ha muerto algún animalillo de la pradera, dejando su propio frágil esqueleto dentro del pellejo del reptil. Las lágrimas rebosaron los ojos de Starkey y rodaron por sus mejillas bien afeitadas.

–Tengo asuntos que atender –dijo Starkey.

–Sí, señor.

Starkey se quitó de la mano derecha el anillo de West Point, y de la izquierda el de casado.

–Para Cindy –dijo –. Para mi hija. Comprueba que lleguen a ella, Len.

–Así lo haré.

Librodot

Starkey se acercó a la puerta.

–¿Billy? –le llamó Len Creighton.

Starkey se volvió.

Creighton permaneció de pie, muy erguido, con las lágrimas resbalándole aún por las mejillas. Hizo un saludo militar.

Starkey se dio otra vez la vuelta y luego cerró la puerta con fuerza.

El ascensor zumbó mientras iba marcando las plantas. Cuando él empleó su llave especial para entrar en la zona del parque de vehículos, comenzó a sonar una alarma de tono melancólico, como si supiera que estaba previniendo de una situación que ya se había convertido en causa perdida.

Starkey se imaginó a Len Creighton observándole en una serie de monitores cuando subió a un jeep y lo condujo por la desierta planta del lugar de las pruebas. Cruzó una puerta con el letrero de ALTA SEGURIDAD, PROHIBIDA LA ENTRADA A ESTA ZONA SIN UN PERMISO ESPECIAL.

Los puntos de inspección se parecían a las cabinas de peaje de una autopista. Aún funcionaban, pero los soldados que se encontraban tras los amarillentos cristales estaban muertos y desintegrándose con rapidez en el seco calor del desierto. Las cabinas estaban hechas a prueba de bala; aunque estaba claro que no lo habían sido a prueba de gérmenes. Los vidriosos y hundidos ojos de sus ocupantes miraron vacuamente a Starkey mientras éste pasaba con su vehículo, la única cosa que se movía a lo largo de la maraña de cables polvorientos entre cobertizos Quonset y los bajos edificios de bloques.

Se detuvo delante de un bloque achaparrado con un letrero en la puerta que rezaba: PROHIBIDA LA ENTRADA SIN UN PASE A–1–A. Empleó una llave para penetrar y otra para llamar un ascensor. El cadáver de un guardia, rígido como un garrote, lo miraba desde la zona acristalada de seguridad a la izquierda del ascensor. Cuando éste llegó y las puertas se abrieron, Starkey entró rápidamente. Le pareció sentir la mirada del guardia muerto, el leve peso de unos ojos como dos piedras polvorientas.

El ascensor descendió con tal rapidez que se le revolvió el estómago. Cuando se detuvo, sonó una suave campanilla. Las puertas se abrieron y el dulzón olor de la muerte llegó hasta él como un suave bofetón. No era demasiado fuerte, porque los purificadores aún funcionaban, pero ningún purificador de aire podía eliminar por completo aquel hedor. Cuando un hombre ha muerto, desea que tú te enteres, pensó Starkey.

Había por lo menos una docena de cadáveres tendidos enfrente del ascensor. Starkey pasó entre ellos, procurando no pisarlos. Aquello le habría hecho gritar, pero estaba decidido a que eso no ocurriera. No se desea gritar en una tumba, pues el sonido puede volverte loco. Y eso era exactamente el lugar donde se encontraba. Parecía un bien financiado proyecto de investigaciones, pero en realidad sólo se trataba de una tumba.

Las puertas del ascensor se cerraron tras él y se produjo un zumbido cuando comenzó a subir de forma automática. No volvería a bajar a menos que alguien más introdujera una llave, según sabía Starkey. En cuanto quedó violada la integridad de las instalaciones, los ordenadores desconectaron todos los ascensores que conducían al programa general de contaminación. ¿Por qué esos pobres hombres y mujeres yacían allí? Era obvio que habían confiado en que los ordenadores se hubiesen ciscado en los procedimientos de emergencia. ¿Por qué no? Tenía cierta lógica. Todo lo demás lo había hecho.

Starkey recorrió el pasillo que llevaba a la cafetería; sus pisadas resonaban lúgubremente. Por encima, los fluorescentes empotrados en sus largas molduras, que parecían bandejas para hielo invertidas, arrojaban una luz mortecina. Allí había más cadáveres. Un hombre y una mujer con las prendas quitadas y un agujero en la cabeza. Habían estado jodiendo, pensó Starkey; luego él

le pegó un tiro a ella y se disparó a sí mismo. Amor entre los virus. La pistola, un arma reglamentaria del 45, aún permanecía en su mano. Las baldosas del suelo se hallaban salpicadas con sangre y materia cerebral que parecía harina de avena. Sintió un terrible impulso de inclinarse y tocar los pechos de la mujer muerta, comprobar si estaban duros o fláccidos.

Más allá del corredor, un hombre se encontraba sentado, con la espalda apoyada contra una puerta cerrada. Del cuello le colgaba un cartel. El mentón le había caído hacia adelante, tapando lo que había escrito. Starkey le empujó la cabeza hacia atrás. Al hacerlo, los ojos le quedaron en blanco. Las palabras del cartel habían sido escritas con un rotulador rojo: AHORA YA SABES CÓMO ACTÚA. ¿ALGUNA PREGUNTA?

Starkey soltó el mentón del hombre. La cabeza siguió inclinada en su ángulo rígido y las cuencas del hundido ojo mirando absortas hacia arriba. Starkey dio un paso atrás. Lloraba de nuevo, porque él no tenía ninguna pregunta.

Las puertas de la cafetería estaban abiertas de par en par. Fuera había un gran tablero de corcho. Starkey vio que el 20 de junio debía celebrarse un partido de liga en el estadio. Los Grim Gutterballers contra los First Strikers por el campeonato del Proyecto. Anna Floss deseaba que la llevasen en coche a Denver o Boulder el 9 de julio. Compartiría el volante y los gastos. Richard Betts quería desembarazarse de unos magníficos cachorrillos, cruce de collie y San Bernardo. También se veía el anuncio de unos servicios religiosos multiconfesionales en la cafetería.

Starkey leyó cada uno de los anuncios del tablero, y luego entró.

Allí el olor era mucho peor: a comida rancia además de a cuerpos muertos. Starkey echó un vistazo en torno con embotado horror.

Algunos de ellos parecían mirarle.

–Hombres... –dijo Starkey, y luego sollozó.

No tenía la menor idea de lo que había estado a punto de decir.

Anduvo despacio hasta donde se encontraba Frank D. Bruce con el rostro hundido en un plato de sopa. Se quedó mirándolo durante un instante. Luego lo cogió por el pelo y tiró de la cabeza. El cuenco de sopa le siguió, adherido a su rostro por la sopa endurecida. Starkey lo golpeó horrorizado, hasta que por fin se desprendió. El plato rebotó contra el suelo. Starkey se contuvo de limpiarle los párpados. Tenía miedo de que los ojos de Frank D. Bruce se le cayeran dentro del cráneo, como los del hombre del cartel. E incluso tenía aún más miedo de que los ojos, libres de aquel pegamento que los sostenía, se moviesen como una persiana. Y lo que le producía mayor pavor era la expresión que los ojos de Frank D. Bruce pudiesen tener.

–Soldado raso Bruce –dijo Starkey en voz baja –, descanse...

Colocó con cuidado el pañuelo sobre la faz de Frank D. Bruce. Se quedó pegado allí. Starkey se volvió y salió de la cafetería con pasos largos y vigorosos, como en un desfile militar.

A mitad de camino hacia el ascensor llegó junto al hombre con el cartel colgado del cuello. Starkey se sentó a su lado aflojó la sujeción de la culata de la pistola y se llevó el cañón del arma a la boca.

Cuando se produjo el disparo, resultó apagado y poco dramático. Ninguno de los cadáveres se estremeció. Los purificadores del aire se hicieron cargo del hilillo de humo. En las bóvedas del Proyecto Azul continuó el silencio. En la cafetería, el pañuelo de Starkey se despegó del rostro del soldado Frank D. Bruce y cayó al suelo. A Frank D. Bruce no pareció importarle, pero Len Creighton miraba cada vez más la pantalla que mostraba a Bruce, y se preguntó por qué diablos no había quitado la sopa adherida a las cejas de aquel hombre mientras estuvo allí. Iba a tener que enfrentarse con el presidente de Estados Unidos pronto, muy pronto; sin embargo, la sopa coagulada en las cejas de Frank Bruce le preocupaba más. Mucho más.

23

Randall Flagg, el hombre oscuro, caminaba hacia el sur por la carretera 51, escuchando los ruidos nocturnos que se percibían muy cerca, a ambos lados de esa estrecha carretera que, tarde o temprano, lo sacaría de Idaho para llevarlo a Nevada. Desde allí podría ir a cualquier parte. Ésa era su tierra, y nadie la conocía mejor ni la amaba más que él. Conocía todos los caminos, y los recorría de noche. En ese momento, una hora antes del amanecer, se hallaba entre Grasmere y Riddle, al oeste de Twin Falls, todavía al norte de la reserva de Duck Valley, que abarca dos estados. ¿No era estupendo?

Marchaba deprisa, haciendo repiquetear contra el asfalto de la carretera sus tacones desgastados. Cuando aparecían en el horizonte los faros de un coche, él se apartaba, bajando por el terraplén hasta las altas malezas donde se refugiaban los insectos nocturnos... Y el coche pasaba de largo. El conductor quizá experimentase un ligero escalofrío, igual que si hubiera atravesado una bolsa de aire; y su esposa y sus hijos dormidos respingaban sobresaltados, como si en ese instante los hubiera rozado una pesadilla.

Iba hacia el sur, por la carretera 51. Sobre el asfalto resonaban los tacones desgastados de sus botas camperas de punta estrecha. Alto, de edad indefinida, con vaqueros desteñidos y tachonados, y chaqueta de la misma tela. Tenía los bolsillos llenos de panfletos contradictorios, de cincuenta tendencias distintas. Este hombre repartía folletos sobre los más diversos asuntos: los peligros de las centrales nucleares, el papel de la conspiración judía internacional en el derrocamiento de los gobiernos amigos de la CIA, el sindicato de trabajadores agrícolas, los Testigos de Jehová *(Si puedes contestar afirmativamente estas diez preguntas, ¡has sido salvado!),* los Negros por la Igualdad Militante, el Kódigo del Klan. Tenía todos ésos, y muchos más. En cada lado de su chaqueta de tela basta lucía un distintivo. En el derecho, un rostro sonriente sobre fondo amarillo. En el izquierdo, un cerdo con gorra de policía. La leyenda estaba escrita al pie en un círculo: ¿CÓMO ESTÁ TU JAMÓN?

Seguía adelante, sin pausa, sin aminorar la marcha; pero sensible a la noche. A la espalda llevaba una maltrecha mochila de los exploradores norteamericanos. En su rostro, y quizá también en su corazón, se leía una torva hilaridad. Su rostro era el de un hombre aborreciblemente feliz, que irradiaba una espantosa tibieza fascinante, un rostro que irisaba los vasos de agua en las manos de las cansadas camareras de las paradas para camioneros, que hacía que los chiquillos estrellaran sus triciclos contra las vallas de madera y después corrieran llorando en busca de sus madres con las rodillas ensangrentadas. Un rostro que trocaba en riñas encarnizadas las discusiones de taberna sobre temas deportivos.

Avanzaba hacia el sur, por un tramo de la 51, situado entre Grasmere y Riddle, ahora más cerca de Nevada. Pronto acamparía y pasaría el día durmiendo, para despertarse por la noche. Leería mientras su cena se cocinaba sobre una pequeña fogata sin humo. No importaba qué: una despanzurrada novela de bolsillo o lo que fuese. Y después de la cena echaría, a andar hacia el sur, por esa excelente carretera de dos carriles que atravesaba un erial dejado de la mano de Dios. Escudriñaría, olfatearía y escucharía, a medida que el clima se tornara más árido, hasta reducirlo todo, por estrangulación, a matas de artemisas y maleza seca. Miraría cómo las montañas empezaban a aflorar de la tierra como huesos de dinosaurio. Al amanecer del día siguiente, o del segundo día, entraría en Nevada, y se encontraría primero en, Owyhee y después en Mountain City, que era donde vivía un hombre llamado Christopher Bradenton, quien le proporcionaría un coche robado y papeles falsos. Con eso cobrarían vida todas las gloriosas posibilidades de la comarca, y ésta se transformaría en un organismo político con una red de carreteras implantadas en su piel como capilares maravillosos, preparados para llevarlo a él a todas partes.

Era un grumo en busca de un lugar donde ponerse, una esquirla de hueso a la caza de un órgano suave al que pinchar, una célula cancerosa en persecución de un compinche: entonces formarían un hogar y criarían un bonito pequeño tumor maligno.

Seguía caminando, balanceando los brazos a los costados. Era muy conocido a lo largo de las rutas clandestinas por donde transitan los pobres y los locos, los terroristas, aquellos a quienes han inculcado tanto el odio que éste se manifiesta en sus facciones como labios leporinos, hasta el punto de que sólo son bien acogidos por sus iguales, quienes los agasajan en tugurios con consignas y carteles pegados a las paredes, en sótanos donde las prensas amortiguadas sujetan cañones recortados mientras los cargan con explosivos potentes, en trastiendas donde se urden planes demenciales: el asesinato de un ministro, el secuestro del hijo de un dignatario extranjero, o la irrupción en una reunión del consejo de administración de la Standard Oil con granadas y ametralladoras para asesinar en nombre del pueblo. Allí lo conocían, e incluso los más locos de entre ellos, sólo podían mirar de forma oblicua su rostro torvo y sonriente. Las mujeres con las que se acostaba, aunque hubieran reducido la cópula a algo tan intrascendente como sacar un bocado de la nevera, se ponían rígidas y volvían la cara al entregarse, cosa que a veces hacían con lágrimas en los ojos. Se entregaban como podrían haberse entregado a un carnero con ojos dorados o a un perro negro... Y, cuando todo concluía, se sentían frías, tan frías que les parecía que nunca podrían recuperar el calor. Cuando entraba en una asamblea, cesaban la cháchara histérica, las difamaciones, las recriminaciones, las acusaciones, la retórica ideológica. Se producía un momento de absoluto silencio, y todos se volvían hacia él, como si hubiera llegado con una atroz máquina de destrucción acunada en los brazos, algo mil veces más mortífero que el explosivo plástico que los estudiantes de química subversivos fabrican en los laboratorios subterráneos, y que las armas compradas en el mercado negro al sargento corrupto de un arsenal militar. Parecía llegar con un artefacto herrumbrado por la sangre y almacenado durante siglos en el limbo de los alaridos; pero acondicionado, introducido en la asamblea como un don infernal, un pastel de cumpleaños con velitas de nitroglicerina. Y entonces la conversación volvía a empezar, racional y disciplinada, tanto como puede serlo entre fanáticos, y todos se ponían de acuerdo.

Se bamboleaba por la carretera, con los pies calzados en las holgadas botas, que tenían cómodas articulaciones en los puntos precisos. Sus pies y esas botas eran viejos amantes. Christopher Bradenton de Mountain City lo conocía por el nombre de Richard Fry. Bradenton controlaba una de las redes clandestinas por donde se desplazaban los fugitivos. Media docena de organizaciones distintas, desde los Weathermen hasta la Brigada Guevara, se ocupaban de que tuviera los bolsillos bien provistos de dinero. Era poeta, y a veces dictaba clases en universidades alternativas, o viajaba a los estados de Utah, Nevada y Arizona, donde disertaba en las cátedras de inglés de institutos y asombraba (o pretendía asombrar) a los chicos y chicas de clase media con la noticia de que la poesía era un cadáver inquieto. Ahora rondaba los cuarenta; pero hacía quince años lo habían destituido en una universidad de California por fraternizar demasiado con un grupo estudiantil revolucionario. En 1968 lo arrestaron durante la Gran Convención de los Cerdos, en Chicago, y estableció firmes lazos con un grupo.

El hombre oscuro caminaba y sonreía. Bradenton representaba sólo la desembocadura de un conducto, y éstos eran miles: los laberintos por donde circulaban los chiflados, transportando sus libros y sus bombas. Estos laberintos se hallaban interconectados, y los carteles indicadores habían sido camuflados, pero eran legibles para los iniciados. En Nueva York lo conocían por el nombre de Robert Frank, y nunca contradijeron su afirmación de que era negro, a pesar de que su tez era blanca. Él y un veterano negro de Vietnam, el cual alimentaba un odio más que suficiente para compensar la pérdida de su pierna izquierda, habían liquidado a seis polis en Nueva York y Nueva Jersey. En Georgia, el hombre oscuro era Ramsey Forrest, un descendiente lejano de Nathan Bedford Forrest, y, según su expediente de blanco, había participado en dos violaciones, una castración y el incendio de una chabola de negros. Pero eso había ocurrido hacía mucho tiempo, a comienzos de los sesenta, durante la primera eclosión de

Librodot

los derechos civiles. A veces se sentía como si hubiera nacido en medio de aquel conflicto. Lo cierto era que no recordaba mucho de lo sucedido antes, excepto que su lugar de origen estaba en Nebraska y que, en cierto tiempo, fue al instituto con un chico pelirrojo y patizambo, Charles Starkweather. Recordaba mejor las marchas por los derechos civiles de 1960 y 1961: las palizas, los desfiles nocturnos, las iglesias que estallaban como si fueran demasiado pequeñas para contener el milagro que había crecido dentro de ellas. Recordaba haber vagabundeado hasta Nueva Orleans en 1962, y haber conocido a un joven desequilibrado que repartía octavillas en las que exhortaba a Estados Unidos a no entrometerse en Cuba. Ese hombre era un tal Oswald, y él cogió algunos panfletos de Oswald y todavía conservaba un par de ellos, muy viejos y ajados, en uno de sus múltiples bolsillos. Había sido miembro de un centenar de comités. Participó en manifestaciones contra docenas de universidades. Redactaba las preguntas que más desconcertaban a los hombres del poder cuando éstos iban a pronunciar conferencias; pero nunca las formulaba personalmente porque podían haberse alarmado al ver su rostro sonriente, encendido, y podrían haber huido de la tribuna. Tampoco hablaba en los mítines, porque los micrófonos chisporroteaban. Pero había escrito discursos para quienes sí hablaban; y en varias ocasiones esos discursos habían culminado en tumultos, coches volcados, votaciones en favor de huelgas estudiantiles y manifestaciones violentas. A comienzos de los setenta tuvo tratos, durante un tiempo, con un hombre llamado Donald DeFreeze, a quien le sugirió que adoptara el apodo de *Cinque.* Había ayudado a trazar los planes para el secuestro de una heredera, y fue él quien propuso que la enloquecieran en lugar de entregarla contra el pago de un rescate. Salió de la casita de Los Ángeles donde se frieron DeFreeze y los otros cuando faltaban menos de veinte minutos para que llegara la policía, se alejó por la calle, haciendo repicar contra el pavimento sus botas abultadas y polvorientas, con una sonrisa de fuego que indujo a las madres a recoger a sus hijos y hacerlos entrar en sus casas. Y más tarde, cuando detuvieron a los escasos supervivientes del grupo, lo único que éstos atinaron a decir fue que había habido alguien importante, quizá sólo un aliado ocasional: un hombre sin edad, un hombre a quien a veces llamaban el Dandy.

Avanzaba con paso sistemático que devoraba distancias. Dos días atrás había estado en Laramie (Wyoming), integrando un grupo de sabotaje ecológico. Habían dinamitado una central eléctrica. Y ahora se hallaba en la 51, entre Grasmere y Riddle, rumbo a Mountain City. Al día siguiente estaría en otra parte. Y se sentía más feliz que nunca, porque... Se detuvo.

Porque faltaba poco. Lo percibía, casi lo saboreaba en el aire nocturno. Sí, lo saboreaba: un gusto carbonizado y caliente que provenía de todas partes, como si Dios planeara un banquete colosal y toda la civilización estuviera en vísperas de convertirse en el asado. Los carbones estaban ardiendo blancos y hojaldrados por fuera y rojos como ojos de demonio por dentro. Algo enorme, muy grande.

La hora de su transfiguración estaba próxima. Iba a nacer por segunda vez, lo iban a extraer de la vagina palpitante de una gran bestia de color arenoso que en ese mismo momento yacía convulsionada por las contracciones, moviendo las piernas a medida que brotaba la sangre del parto; con los ojos incandescentes fulminando el vacío.

Había nacido cuando cambiaban los tiempos, y los tiempos iban a cambiar de nuevo. Los presagios se hallaban en el viento de esa apacible noche de Idaho.

Ya casi era hora de renacer. Lo sabía. ¿Por qué, si no, había estado de pronto en condiciones de ejecutar hechizos?

Cerró los ojos, mientras su faz se volvía lentamente hacia el oscuro cielo, ya preparado para recibir el alba. Se concentró. Sonrió. Los polvorientos y deteriorados tacones de sus botas comenzaron a alzarse de la carretera. Unos centímetros. Más. Y más. La sonrisa se ensanchó. Ahora ya se había elevado casi medio metro del suelo, se había levantado con firmeza sobre el camino mientras el polvo flotaba debajo de él.

Vio cómo los primeros palmos del amanecer avanzaban tiñendo de claridad el cielo, y descendió de nuevo. Aún no había llegado el momento.

Pero la hora estaba cerca.

Echó a andar otra vez, sonriendo, buscando un lugar donde tumbarse a pasar el día. El momento estaba cerca, y por ahora era suficiente con saberlo.

24

Por el pasillo del pabellón de máxima seguridad de la cárcel de Phoenix, dos guardias conducían a Lloyd Henreid, al que se describía en los periódicos locales como «el asesino impenitente con cara de bebé». A uno de los guardias le goteaba la nariz y los dos tenían mal aspecto. Los otros ocupantes del pabellón lo recibían como si hiciera un desfile triunfal. Allí era un personaje célebre.

–¡Bravo, Henreid!

–¡Arriba, muchacho!

–¡Dile al fiscal que si me suelta no dejaré que le hagas daño!

–¡Siempre adelante, hermano! ¡Adelanteadelante*adelante*!

–Bastardos –exclamó el guardia al tiempo que estornudaba.

Lloyd sonreía, feliz. Se hallaba encantado por su nueva popularidad. Eso no se parecía nada a Brownsville. Cuando matabas a lo grande, te respetaban. Se imaginó que Tom Cruise debía sentir lo mismo en un estreno mundial de una película suya.

Al final del pasillo, salvaron una puerta y un enrejado doble controlado mediante un mecanismo eléctrico. Volvieron a registrarlo, mientras el guardia resfriado le resollaba en la cara como si acabase de subir corriendo una escalera. Después, lo hicieron pasar frente a un detector de metales, probablemente para verificar que no llevaba nada escondido en el culo, como había puesto de moda el cine con *Papillon.*

–Muy bien –dijo el guardia del resfriado.

Otro les hizo una seña para que avanzaran. Recorrieron un nuevo pasillo, éste pintado de verde, en el que reinaba el silencio; los únicos sonidos provenían de las pisadas de los guardias, pues Lloyd llevaba zapatillas de papel, y los moqueos asmáticos a la derecha del detenido. En el fondo había otro guardia apostado frente a una puerta cerrada, la cual tenía un ventanuco, poco más que una mirilla, con el cristal protegido por una tela metálica.

–¿Por qué las cárceles siempre huelen a orina? –preguntó Lloyd, sólo para entablar conversación –. Quiero decir que incluso las celdas vacías huelen a orina. ¿Acaso meáis en los rincones? –La idea le hizo soltar una risita.

–Cierra el pico, asesino –espetó el guardia resfriado.

–No tienes buen aspecto –comentó Lloyd –. Deberías irte a casa y meterte en cama.

–Cállate –ordenó el otro guardia.

Lloyd se calló. Eso era lo que sucedía cuando tratabas de hablar con semejantes tipos. Sabía por experiencia que a los funcionarios de prisiones no les inculcaban reglas de urbanidad.

–Eh, malnacido –le dijo el guardia de la puerta.

–¿Qué tal, cara de culo? –respondió Lloyd con mordacidad.

No existía nada mejor que un diálogo cordial para refrescar el ambiente. Dos días en la trena y ya podía sentir aquella comezón que le había asaltado otras veces.

–Eso te costará un diente –sentenció el guardia de la puerta.

Librodot

–Eh, no puedes...

–Claro que puedo. En el patio hay más de un tipo que mataría a su propia madre por dos cartones de Chesterfield. ¿Quieres que sean dos dientes, malnacido?

Lloyd se calló.

–Bien –prosiguió el guardia –. Entonces será sólo uno. Entradlo, muchachos.

El guardia resfriado abrió la puerta y su compañero empujó a Lloyd dentro, donde el abogado de oficio se hallaba sentado frente a una mesa de metal, estudiando los documentos que llevaba en su maletín.

–Aquí tiene a su hombre, señor letrado.

El abogado levantó la vista. Apenas era poco más que un imberbe. ¿Pero eso qué importaba? Los mendigos no podían ser exigentes. De todos modos lo tenían pillado por las pelotas, y Lloyd calculaba que le endilgarían veinte años. Cuando te han atrapado, lo único que puedes hacer es cerrar los ojos y apretar los dientes.

–Muchas gra...

–¡Ese tipo me ha llamado malnacido! –exclamó Lloyd, señalando al guardia apostado en la puerta –. Y cuando contesté, dijo que me arrancaría un diente. ¿Qué le parece como ejemplo de brutalidad policial?

El abogado se pasó la mano por la cara.

–¿Es eso verdad? –le preguntó al guardia apostado en la puerta.

El interpelado alzó los ojos al techo y suspiró.

–Estos tipos deberían escribir guiones de televisión –contestó el guardia –. Son muy imaginativos. Le dije «hola», él dijo «hola» y no hubo nada más.

–¡Es una jodida mentira! –proclamó Lloyd con tono afectado.

–No es así –afirmó el guardia, impasible.

–No lo dudo –asintió el abogado –. Pero creo que antes de irme le contaré los dientes al señor Henreid.

Por el rostro del guardia cruzó una vaga expresión de ira, y cambió una mirada con los dos que habían acompañado a Lloyd, el cual sonrió. Quizá no era un mal chico. Sus dos últimos defensores de oficio fueron veteranos curtidos. Uno de ellos había entrado en la sala de audiencias llevando un culo artificial en una bolsa. Increíble: ¡un jodido culo artificial! A los veteranos curtidos les importaba una mierda el cliente. Recita tu alegato y vete, ése era su lema. Pero quizá este chico podría reducir a diez años la sentencia por robo a mano armada. Tal vez incluso descontar el tiempo de prisión preventiva. En realidad a la única que había pokerizado había sido a la mujer del tipo del Continental blanco, y a lo mejor podía colgarle eso a su compinche Poke. A él no le importaría, pues estaba muerto. La sonrisa de Lloyd se ensanchó un poco. Hay que mirar el lado bueno de las cosas. Ésa era la regla. La vida era demasiado breve para hacer nada más.

Con estos agradables pensamientos danzando en su cabeza, Lloyd se sentó a conferenciar con su abogado, que se llamaba Andy Devins, según recordó Lloyd, y que ahora lo miraba de una manera extraña. Era la forma en que podías mirar a una serpiente de cascabel malherida, pero cuyo mordisco letal era probable que aún se produjera.

–¡Estás con la mierda hasta el cuello, Sylvester! –exclamó de repente Devins.

Lloyd dio un respingo.

–¿Qué? ¿Qué diablos quiere decir con eso? A propósito, me parece que ha manejado muy bien al gordinflas de ahí fuera. Tenía el aspecto de empezar a comerse clavos y luego escupirlos...

–Escúchame, Sylvester, y escúchame con atención.

–Mi nombre no es...

–No tienes la menor idea del lío en que estás metido, Sylvester.

La mirada de Devins no se inmutó. Su voz era suave e intensa. Su cabello, rubio y cortado casi al cero, no era más que una especie de pelusilla rosada a través de la cual le brillaba el cuero cabelludo, En la mano izquierda llevaba un anillo de oro de casado, y un aro de bisutería de una hermandad en el dedo corazón de la derecha, los hizo entrechocar y emitieron un gracioso clic que causó dentera a Lloyd.

–Te van a someter a juicio dentro de nueve días, Sylvester, a causa de una decisión del Tribunal Supremo de hace cuatro años.

–¿Qué? ¿Qué...? —Lloyd se sintió muy nervioso.

–Se trata del caso *Markham contra Carolina del Sur* –explicó Devins –. Y esto tiene que ver con las condiciones para que los estados puedan ejercer una justicia más rápida en los casos en que se solicita la pena de muerte.

–¿Pena de muerte? –gritó Lloyd, horrorizado – ¿Se refiere a la silla eléctrica? Eh, tío. ¡Yo no he matado a nadie! ¡Lo juro por Dios!

–A los ojos de la ley eso no importa —prosiguió Devins –. Si estabas allí lo has hecho.

–¿Qué quiere decir con que *no importa*? –exclamó Lloyd – ¡Claro que importa! ¡Es un asunto bastante jodido! ¡Yo no me cargué a esas personas, fue Poke el que lo hizo! ¡Estaba loco! Fue él...

–¿Por qué no te callas, Sylvester? –repuso Devins con aquella voz suave e intensa.

Lloyd lo hizo.

En su súbito miedo se había olvidado de los vítores que le habían brindado a la entrada e incluso de la inquietante posibilidad de perder uno de sus dientes. De pronto tuvo una visión del canario del gato de Sylvester, jugándole una mala pasada. Sólo que, en su mente, el pajarillo no estaba golpeando con un mazo en la cabeza a aquel tontainas o colocando delante de su pata una trampa para ratones. Lo que Lloyd veía era a Sylvester atado en la silla eléctrica mientras el canario estaba posado en un taburete al lado de un gran interruptor. Incluso podía ver la gorra del guardia en la cabecita amarilla del ave.

Y la imagen no era muy agradable.

Tal vez Devins vio algo de todo esto reflejado en su rostro, puesto que dio muestras de una moderada complacencia. Posó las manos sobre el montón de papeles que había extraído de su maletín.

–No cabe el concepto de complicidad cuando se trata de asesinato en primer grado cometido con premeditación –añadió –. El estado tiene tres testigos que darán fe de que Andrew Freeman y tú ibais juntos. Y eso puede hacer que te frían el trasero. ¿Lo entiendes ahora?

–Yo...

–Está bien. Volvamos al caso *Markham contra Carolina del Sur.* Te explicaré con palabras sencillas cómo las reglas de este caso se aplican a tu situación. Pero, en primer lugar, debo recordarte un hecho que sin duda has aprendido durante uno de tus paseos por el instituto: la Constitución de Estados Unidos prohíbe específicamente los castigos crueles e inhumanos.

–Como el de la jodida silla eléctrica, maldita sea –se apresuró a responder Lloyd.

Devins meneaba la cabeza.

–Ahí es donde la ley no está clara –siguió –. Hasta hace cuatro años, los tribunales no hicieron más que darle vueltas a la cosa, intentando encontrarle sentido. ¿«Castigo cruel e inhumano»

Librodot

significaba cosas parecidas a la silla eléctrica y la cámara de gas? ¿O eso se refiere al espacio que media entre la sentencia y la ejecución? ¿Las apelaciones, los aplazamientos, los meses y años que ciertos prisioneros (Edgar Smith, Caryl Chessman y Ted Bubndy son probablemente los casos más famosos) se vieron forzados a pasar en varias galerías de la muerte? El Tribunal Supremo permitió que volviesen a producirse ejecuciones a fines de los setenta; pero las galerías de la muerte siguen atestadas y continúa en pie el asunto del castigo cruel e inhumano. Bien, pues en *Markham contra Carolina del Sur* tienes a un hombre sentenciado a la silla eléctrica por violación y asesinato de tres compañeras de universidad. Se probó la premeditación por un diario que llevaba ese tipo, John Markham. Y el jurado lo condenó a muerte.

–Vaya mierda –susurró Lloyd.

Devins asintió y dedicó a Lloyd una torva sonrisa.

–El caso llegó al Tribunal Supremo, el cual confirmó que la pena capital, en ciertas circunstancias, no era ningún castigo cruel e inhumano. El tribunal sugirió que cuanto antes fuese ejecutado, mejor... Desde un punto de vista legal. ¿Lo vas captando, Sylvester? ¿Comienzas a verlo claro?

Ése no era el caso de Lloyd.

–¿Sabes por qué te van a juzgar en Arizona en lugar de en Nuevo México o Nevada?

Lloyd negó con la cabeza.

–Porque Arizona es uno de los cuatro estados que tienen un tribunal especial para las penas capitales, y se convoca sólo cuando se ha pedido y conseguido esta pena.

–No lo entiendo.

–Te juzgarán dentro de cuatro días –continuó Devins –. El estado tiene entre manos un caso tan importante que puede permitirse el lujo de designar a las primeras personas que pueda conseguir para el estrado del jurado. Yo lo demoraré todo lo que pueda; pero el primer día ya se confirmará el jurado. El estado presentará el sumario en el segundo día. Yo trataré de que sean tres días en vez de dos, y me alargaré al máximo en mis alegatos iniciales y en mis conclusiones definitivas, hasta que el juez me prive del uso de la palabra. Pero tres días será lo máximo. Tendremos suerte si lo conseguimos. El jurado se retirará y te encontrará culpable en cinco minutos, a menos que suceda un maldito milagro. Dentro de nueve días, a partir de hoy, estarás sentenciado a muerte y, una semana después, te convertirás en un fiambre chamuscado. Al pueblo de Arizona le encantará, y también al Tribunal Supremo. Porque todo el mundo será más feliz cuanto más deprisa vaya el asunto. Tal vez pueda alargarlo una semana... Aunque sólo un poco.

–¡Pero eso no es justo! –gritó Lloyd. –Este es un mundo viejo y cruel –dijo Devins –, en particular para los «asesinos locos», que es lo que la prensa y los comentaristas de televisión te están llamando. Eres realmente grande en el mundo del crimen. Tienes un gancho considerable. Incluso has relegado a segunda página la epidemia de gripe del Este.

–No he pokerizado a nadie –replicó melancólicamente Lloyd –. Poke fue quien lo hizo todo. Incluso inventó la palabra.

–Eso no importa –siguió inflexible Devins –. Es lo que estoy tratando de que te entre en esa cabezota. El juez concederá al gobernador un día de plazo. Sólo un día. Apelaré y, bajo las nuevas disposiciones, mi recurso debe estar en manos del tribunal especial para la pena capital dentro de siete días, a menos que seas liberado de inmediato. Si deciden no aceptar la apelación, dispondré de otros siete días para realizar la correspondiente petición al Tribunal Supremo. En tu caso haré la apelación con la mayor rapidez posible. Es probable que el tribunal especial para la pena capital se avenga en concedernos audiencia, pues el sistema es aún muy nuevo y desean recibir las menores críticas posibles. Puede que lo denominen la apelación de Jack el Destripador.

–¿Y cuánto pasará antes de que acabe todo? –musitó Lloyd.

–Oh, dictaminarán en un abrir y cerrar de ojos –respondió Devins, y su sonrisa se convirtió en la de un lobo –. Verás, el tribunal especial está compuesto por cinco jueces jubilados de Arizona. No tienen otra cosa que hacer que ir de pesca, jugar al póquer, beberse su buen bourbon y esperar a que algún saco de mierda como tú aparezca en su sala de juicios, que en realidad es un banco de ordenadores conectado con el Congreso estatal, el despacho del gobernador y alguien más. Tienen teléfonos equipados con módems en sus coches, en sus cabañas, en sus barcas y por supuesto en sus casas. Su media de edad es de setenta y dos...

Lloyd hizo una mueca.

–Lo cual significa que algunos de ellos son suficientemente viejos como para haber pasado por todos los tribunales, si no como jueces, al menos como abogados o como estudiantes. Todos creen en la ley del Oeste: un juicio rápido y luego la soga. Así fueron las cosas por aquí más o menos hasta los años cincuenta. Y cuando se trata de asesinos múltiples, es el *único* procedimiento.

–¡Malditos bastardos!

–Necesitas estar enterado de todo aquello a lo que nos enfrentamos –prosiguió Devins –. Sólo quieren asegurarse de que no vayas a sufrir ningún tipo de castigo cruel o inhumano, Lloyd. Y aún tendrías que darles las gracias...

–¿Darles las *gracias?* Lo que me gustaría es...

–¿Pokerizarlos? –repuso Devins en voz baja. – ¡No, claro que no! –exclamó Lloyd con escasa convicción.

–Nuestra petición de un nuevo juicio será desestimada y todos mis argumentos serán rechazados sumariamente. Con suerte el tribunal me invitará a presentar testigos. Si me conceden la oportunidad, llamaré a todos los que atestiguaron en el juicio original, más cualquier otro que se me ocurra. Llegados a este punto, convocaré a tus compinches del instituto para que testifiquen acerca de tu carácter. Eso en caso de que pueda encontrarlos.

–Dejé el colegio en el sexto grado –replicó desesperado Lloyd.

–Después de que el tribunal especial desestime cuanto hagamos, efectuaré una petición para ser oído ante el Tribunal Supremo. Espero verme rechazado el mismo día.

Devins se interrumpió y encendió un cigarrillo. – ¿Y entonces, qué? –preguntó Lloyd. – ¿Entonces? –preguntó a su vez Devins, mostrándose sorprendido y exasperado ante la cerrazón de Lloyd –. Pues entonces irás a la galería de la muerte de la prisión estatal y disfrutarás de toda la buena comida que quieras hasta que llegue el momento de acudir a la descarga. No será mucho tiempo.

–No van a hacer eso –dijo Lloyd –. Sólo está tratando de asustarme.

–Lloyd, los cuatro estados que tienen tribunales especiales para la pena capital lo han hecho así todas las veces. Hasta ahora, cuarenta hombres y mujeres han sido ejecutados bajo las directrices *Markham.* A los contribuyentes les cuesta un poco más, a causa del tribunal extra; pero no demasiado, puesto que hay poquísimos casos de asesinato en primer grado. Y la verdad es que a los contribuyentes no les importa abrir sus bolsas para la pena capital. Les *encanta.*

Lloyd parecía a punto de vomitar.

–De todos modos –prosiguió Devins –, sólo se coloca a un acusado bajo la jurisprudencia *Markham* cuando parece por completo culpable. No es suficiente que un zorro tenga plumas en el hocico; has de haberle atrapado en el gallinero. Que es donde te pillaron a ti.

Lloyd, que había disfrutado de los vítores de los muchachos hacía sólo quince minutos, se veía convertido en un fiambre dentro de dos o tres semanas, y en un agujero negro.

–¿Estás asustado, Sylvester? –le preguntó Devins de una forma casi amable.

Lloyd tuvo que humedecerse los labios antes de responder.

–¡Pues claro que lo estoy! Según todo lo que me ha explicado soy hombre muerto.

–No te quiero muerto –repuso Devins –, sólo asustado. Si entras en la sala sonriendo con arrogancia, te atarán a la silla y apretarán el botón. Vas a ser el número cuarenta y uno de los chicos *Markham.* Pero si me escuchas podremos salir de esto. No digo que lo consigamos, sólo que lo intentaremos.

–Pues adelante.

–Con lo que tenemos que contar primero es con el jurado –continuó Devins –. Doce tipos corrientes de la calle. Me gustaría tener un jurado lleno de damas de cuarenta y dos años, que aún puedan recitar de memoria *Winnie the Pooh* y celebrar funerales por sus pajarillos en el patio trasero. Eso es lo que me gustaría. Todo miembro del jurado, cuando lo designan, es muy consciente de las consecuencias *Markham.* Saben que no va a llegar a un veredicto de pena capital que pueda o no cumplirse en seis meses o en seis años, cuando ya se hayan olvidado de él sino que el tipo al que condenan en junio criará malvas antes de que empiecen las vacaciones de verano.

–Tiene una forma terrible de plantear las cosas.

Ignorando el comentario, Devins prosiguió:

–En algunos casos, el simple hecho de saber esto ha llevado a ciertos jurados a dictar veredictos de no culpabilidad. Se trata de un resultado adverso del *Markham.* Determinados jurados han sobreseído a asesinos declarados para evitar mancharse las manos con sangre fresca.

Tomó una hoja de papel.

–Aunque se ha ejecutado a cuarenta personas bajo *Markham,* la pena de muerte bajo *Markham* se ha pedido un total de *setenta* veces. De los treinta no ejecutados, veintiséis fueron hallados «no culpables» por los jurados designados. Sólo cuatro sentencias fueron casadas por el tribunal especial para penas capitales, una en Carolina del Sur, dos en Florida y otra en Alabama.

–¿Y nunca en Arizona?

–Nunca. Ya te lo he dicho. La ley del Oeste. Esos cinco ancianos te quieren muerto y bien muerto. Si no podemos salvarte delante del jurado, estás desahuciado. Te podría apostar noventa contra una.

–¿Y cuántas personas han sido encontradas no culpables por unos jurados corrientes bajo esa ley en Arizona?

–Dos de catorce.

–Pues es una probabilidad bastante baja.

Devins sonrió con su expresión de lobo.

–Debo informarte –le dijo –que uno de esos dos tenía el mismo defensor que tú. Era culpable como un pecado, Lloyd, lo mismo que tú... El juez Pechert estuvo abroncando a aquellas diez mujeres y dos hombres durante veinte minutos. Creí que le iba a dar un ataque de apoplejía.

–Si me declaran no culpable, ya no podrán juzgarme otra vez, ¿verdad?

–Desde luego que no.

–Así que se trata de un juego de todo o nada.

–Exacto.

–Bien... –fue todo lo que dijo Lloyd, y se enjugó la frente.

–Puesto que te has hecho cargo de la situación –continuó Devins – y sabes dónde hemos de aplicar toda nuestra fuerza, ya podemos ir al grano.

–Ya. Pero no acaba de gustarme.

–En realidad, tienes huevos si lo hiciste. –Devins entrelazó las manos y se inclinó sobre ellas –. Veamos... Me has dicho a mí y a la policía que tú... ejem... –Cogió unos documentos entre los papeles que llevaba en el maletín y los hojeó –. Ah... Aquí está... «No he matado a nadie. Poke hizo toda la matanza. Lo de matar fue idea suya y no mía. Poke estaba como una cabra y supongo que es una bendición para el mundo que se haya ido al otro barrio.»

–Sí, eso es. ¿Y qué? –dijo Lloyd a la defensiva.

–Sólo esto... –repuso Devins de modo relamido –. Esto implica que estabas *asustado,* que le tenías miedo a Poke Freeman. ¿Se lo tenías?

–Verá, yo no estaba exactamente...

–En realidad temías por tu vida.

–No creo que fuese así...

–Aterrado. Créeme, te cagabas en los pantalones.

Lloyd frunció el entrecejo. Era la mueca de un tipo que desea ser buen estudiante pero que tiene serios problemas para aprenderse la lección.

–No me entiendas mal, Lloyd. Yo no quiero decir eso. Sólo estoy sugiriendo que Poke estaba todo el rato drogado...

–Lo estaba. *Los dos* lo estábamos...

–No. Tú no. Sólo él. Y se volvía loco cuando se drogaba.

En los vericuetos de la memoria de Lloyd, el fantasma de Poke Freeman no hacía más que gritar alegremente « ¡Arre! ¡Arre!». Y disparar contra la mujer del almacén de Burrack.

–Y te apuntó varias veces con una pistola...

–No, él nunca...

–Claro que lo hizo. Sólo que te has olvidado de eso durante algún tiempo. En realidad, en una ocasión amenazó con matarte si no le secundabas.

–Bueno, yo también tenía un arma...

–Creo –le dijo Devins, mirándole de cerca – que si buscas en tu memoria te acordarás de que Poke te dijo que tú arma estaba cargada con balas de fogueo. ¿Te acuerdas de eso?

–Ahora que lo menciona...

–Y nadie quedó más sorprendido que tú cuando en realidad comenzó a disparar balas de verdad... ¿No fue así?

–Claro –admitió Lloyd. Y asintió con energía –. Casi me provocó una hemorragia...

–Y estabas a punto de volver tu arma contra Poke Freeman cuando él fue abatido, quitándote de encima ese problema.

Lloyd se quedó mirando a su abogado con un brillo de esperanza en los ojos.

–Señor Devins –le dijo con franqueza –, ésa es precisamente la forma en que ocurrió toda esa mierda...

Esa misma mañana, más tarde, se hallaba en el patio de recreo asistiendo a un partido de béisbol y cavilando acerca de lo que le había dicho su abogado, cuando se le acercó un corpulento recluso llamado Mathers, que lo hizo ponerse en pie de un fuerte tirón. Mathers tenía la cabeza rapada, estilo Telly Savallas, y su calva brillaba.

–Un momento –exclamó Lloyd –. Mi abogado me contó los dientes. Así que si te propones...

–Sí, Shockley me lo advirtió –contestó Mathers –. Por eso me dijo que...

Librodot

Su rodilla hizo impacto de lleno en la entrepierna de Lloyd, y el dolor fue tan atroz que ni siquiera pudo gritar. Se dobló en dos, retorciéndose y agarrándose los testículos. Después de quién sabe cuánto tiempo, pudo levantar la vista. Mathers seguía observándolo, con la calva reluciente. Los guardias miraban en otra dirección. Lloyd gemía y se convulsionaba.

–No es nada personal –manifestó Mathers –. En realidad, te deseo que salgas de este aprieto. Esa ley *Markham* es una mierda.

Se alejó y Lloyd vio que el guardia de la puerta estaba montado sobre una rampa, en la plataforma de carga de camiones, en el otro extremo del patio. Tenía los pulgares enganchados en el cinturón y sonreía a Lloyd. Cuando vio que éste lo miraba, le hizo un ademán obsceno con el dedo. Mathers se le acercó y el guardia le arrojó un paquete de tabaco. Mathers se lo metió en el bolsillo del pecho, esbozó un saludo y se alejó. Lloyd Henreid estaba tumbado, con las rodillas encogidas sobre el pecho, aferrándose el vientre dolorido. Las palabras del abogado resonaban en su mente: «Éste es un mundo duro, Lloyd, un mundo muy duro.»

25

Nick Andros descorrió una cortina y miró hacia la calle. Cuando desde allí, el primer piso de la casa del difunto John Baker, se miraba hacia la izquierda, se veía toda la zona céntrica de Shoyo, y si se miraba a la derecha se apreciaba cómo la carretera 63 salía del pueblo. Main Street estaba totalmente desierta. Las tiendas tenían las persianas bajadas. Un perro de aspecto enfermizo se hallaba sentado en medio de la calzada, con la cabeza gacha y el lomo agitado. De su hocico chorreaba espuma blanca sobre el pavimento. Otro perro yacía muerto en el arroyo, cincuenta metros más allá.

Detrás de Nick la mujer lanzó un gemido débil, gutural, pero él no la oyó. Corrió la cortina, se frotó los ojos y después se acercó a la mujer que acababa de despertar. Jane Baker se encontraba arropada en mantas porque un par de horas antes tenía frío. Ahora le corría el sudor por la cara y las apartó de un puntapié. Nick observó, turbado, que el fino camisón se había vuelto transparente en algunos lugares, por efecto de la transpiración. Pero ella no veía a Nick, y él dudaba que en ese momento le importara su desnudez. Estaba agonizando.

–Johnny, trae la palangana. ¡Voy a vomitar! –exclamó.

Nick sacó la palangana de debajo de la cama y la depositó junto a ella. Pero Jane Baker agitó los brazos y la envió al suelo, donde cayó con un repiqueteo hueco, que él tampoco oyó. Volvió a cogerla y la sostuvo, mirando a la mujer.

–¡Johnny! –chilló –. ¡No encuentro mi neceser de la costura! ¡No está en el armario!

Nick llenó un vaso de agua con la jarra que había en la mesilla de noche y se lo acercó a los labios, pero ella volvió a agitar los brazos y estuvo a punto de hacer que se escurriera de su mano. Nick volvió a dejarlo. Cerca, para que estuviera a su alcance si ella se apaciguaba.

La mudez nunca le había pesado tanto como durante esos últimos días. El pastor metodista Braceman estuvo con ella el 23, cuando llegó Nick. Le leía la Biblia en la sala, mas parecía ansioso por irse. Nick imaginó por qué. La fiebre había conferido a Jane Baker un resplandor rosado, juvenil, que no armonizaba con su tragedia. Quizá el pastor anhelaba reunir a su familia y huir de allí. En los pueblos las noticias circulaban con mucha rapidez, y otros ya habían resuelto emigrar de Shoyo.

Desde que Braceman salió de la casa de los Baker, unas cuarenta y ocho horas antes, todo se había convenido en una pesadilla. La señora Baker había empeorado, tanto que Nick temió que muriera antes de la puesta de sol.

Para colmo, él no podía hacerle compañía todo el tiempo. Había ido a la parada de autobuses para recoger la comida de sus tres prisioneros; pero Vince Hogan no pudo comer. Deliraba. Mike Childress y Billy Warner querían salir de allí, y Nick no se decidía a soltarlos. No por miedo: no

creía que estuvieran dispuestos a perder el tiempo atacándolo para saldar cuentas. Querían largarse cuanto antes de Shoyo, como los demás. Pero esa responsabilidad recaía sobre él. Le había hecho una promesa a un hombre que ahora estaba muerto. Sin duda la patrulla del estado se haría de nuevo con el control de la situación, y tarde o temprano acudiría a buscarlos.

En el último cajón del escritorio de Baker encontró una pistola del 45 rodeada de su funda y cinturón, y tras un momento de duda, se la ciñó a la cintura. Cuando miró hacia abajo y vio la aparatosa culata apoyada contra su cadera huesuda se sintió ridículo... Sin embargo, el peso del arma resultaba reconfortante.

El día 23 por la tarde había abierto la celda de Vince y le había puesto sobre la frente improvisadas compresas de hielo, y también en el pecho y el cuello. Vince abrió los ojos y miró a Nick con tan angustiada expresión de súplica silenciosa, que éste por un instante lamentó no poder decirle nada para consolarlo. Al igual que ahora, dos días después, lamentaba no poder prestarle ese servicio a la señora Baker. Habría bastado decir «se mejorará» o «creo que está bajando la fiebre».

Todo el tiempo se lo pasó atendiendo a Vince. Billy y Myke no habían dejado de gritarle. Mientras se inclinaba sobre el hombre enfermo aquello no importaba; pero cada vez que alzaba la mirada veía sus asustadas caras, sus labios que formaban siempre las mismas palabras: «Por favor, déjanos salir.» Nick tenía mucho cuidado en mantenerse alejado de ellos. Aún no había crecido mucho, pero era ya bastante mayor para saber que el pánico convierte a los hombres en peligrosos.

Esa tarde había ido y venido por calles casi desiertas, temiendo encontrar a Vince Hogan muerto en un extremo de su trayecto, o a Jane Baker muerta en el otro. Buscó con la vista el coche del doctor Soames, pero no lo divisó. Esa tarde aún se hallaban abiertas unas cuantas tiendas, y la gasolinera Texaco. Pero él estaba seguro de que la ciudad se iba vaciando. La gente se marchaba por el bosque, por los caminos de leñadores, y quizá incluso por el río Shoyo, que pasaba por Smakover y desembocaba en Mount Holly. Otros partirían por la noche, pensó Nick.

El sol acababa de ponerse cuando llegó a casa de los Baker. Encontró a Jane desplazándose en bata por la cocina, trémula, preparando té. Lo miró y él vio que no tenía fiebre.

–Quiero darte las gracias por tus cuidados –dijo serenamente –. Me siento mejor. ¿Quieres una taza de té? –Y se echó a llorar.

Nick se acercó a ella, temiendo que se desmayara. Su abundante cabellera oscura se derramó sobre la bata azul claro.

–Johnny –murmuró en la cocina en penumbra –. Oh, mi pobre Johnny...

Si pudiera hablar, pensó Nick con tristeza. Pero sólo podía sostenerla, guiarla por la cocina hasta la mesa.

–El té...

Nick se señaló a sí mismo y luego la hizo sentar.

–Está bien –admitió Jane Baker –. Me siento mejor. Mucho mejor. Sólo que... que... –Se cubrió el rostro con las manos.

Nick preparó té caliente para los dos y lo llevó a la mesa. Bebieron en silencio. Ella apretó la taza entre las manos, como una chiquilla. Por fin, la depositó sobre la mesa y preguntó:

–¿Cuántas personas enfermas hay en el pueblo, Nick?

«Ya no lo sé –escribió Nick –. Es muy grave.»

–¿Has visto al médico?

«No, desde esta mañana.»

–Ambrose se agotará si no se cuida –dijo ella –. Se cuidará, ¿verdad, Nick?

Librodot

Nick asintió con la *cabeza* y trató de sonreír.

–¿Y los prisioneros de John? ¿Vino la patrulla a buscarlos?

«No –escribió Nick –. Hogan está muy enfermo. Hago lo que puedo. Los otros quieren que los suelte antes de que Hogan los contagie.»

–¡No lo hagas! –exclamó ella –. Espero que no se te haya ocurrido semejante idea.

«No –escribió Nick –. Ahora debe usted volver a la cama. Necesita descansar.»

Jane le sonrió y, cuando movió la cabeza, Nick vio las manchas oscuras bajo los bordes de su mandíbula... y se preguntó si estaba verdaderamente curada.

–Sí. Dormiré veinticuatro horas de un tirón. Parece haber algo absurdo, el hecho de dormir con John muerto... Tampoco puedo convencerme de que ya no está, ¿sabes?, y a cada momento tropiezo con la idea, como si fuera algo que olvidé poner en su sitio.

Nick le cogió la mano y se la apretó. Jane Baker sonrió débilmente.

–Con el tiempo –dijo –, quizá encuentre otra razón para vivir. ¿Les has servido la cena a tus presos, Nick?

El joven negó con la cabeza.

–Deberías hacerlo. Si sabes conducir, ¿por qué no usas el coche de John?

«No sé conducir –escribió Nick –. Pero gracias de todas formas. Iré andando hasta la parada de autobuses. No se encuentra lejos. Y mañana por la mañana vendré a ver cómo sigue, si le parece bien.»

–Sí –respondió ella –. Estupendo.

Él se levantó y señaló la taza.

–Beberé hasta la última gota –prometió ella.

Nick salía por la puerta cuando sintió un toque vacilante sobre su brazo.

–John... –dijo ella, tras una pausa continuó con esfuerzo –: Espero que lo... hayan llevado a la Funeraria Curtis. Allí es donde siempre organizaron el entierro de los familiares de John y los míos. ¿Crees que lo llevaron allí?

Nick asintió. Las lágrimas resbalaron por las mejillas de la mujer.

Cuando la dejó esa noche, se encaminó hacia la parada de autobuses. Un cartel de CERRADO colgaba oblicuamente en la puerta. Dio un rodeo hasta la *roulotte* aparcada atrás, pero la encontró cerrada y a oscuras. Nadie contestó a su llamada. Dadas las circunstancias, pensó que se justificaba entrar por la fuerza. En la oficina del sheriff Baker había dinero suficiente para pagar los daños.

Rompió el cristal, junto a la cerradura del restaurante, y abrió la puerta desde dentro. El recinto tenía un aspecto tétrico, aun con las luces encendidas. El tocadiscos automático estaba oscuro y silencioso. No había nadie en la mesa de billar ni en el juego de hockey electrónico. Los reservados se encontraban vacíos, y los taburetes desocupados. La parrilla estaba tapada.

Nick se dirigió a la cocina, frió unas hamburguesas y las metió en una bolsa. Agregó una botella de leche y medio pastel de manzana que descansaba en el mostrador bajo una campana de plástico. Después volvió a la cárcel, no sin antes dejar una nota explicando quién y por qué había entrado de esa manera.

Vince Hogan estaba muerto. Yacía sobre el suelo de la celda entre el hielo medio derretido envuelto en las toallas. Al final se había cogido el cuello con la mano agarrotada, como si estuviera forcejeando con un estrangulador invisible. Tenía rojas las yemas de los dedos. Las moscas revoloteaban sobre él. Su cuello aparecía negro e hinchado.

–¿Nos soltarás ahora? –preguntó Mike Childress –. Vince ha reventado, mudo de mierda. ¿Satisfecho? Él también la ha pillado –dijo señalando a Billy Warner.

Billy estaba aterrado. Tenía manchas rojas en el cuello y las mejillas, la manga de su camisa con la que había estado limpiándose la nariz estaba tiesa de mocos.

–¡Es mentira! –chilló histéricamente –. ¡Mentira, mentira podrida! Es... –De pronto empezó a estornudar con tanta fuerza que se dobló en dos, y expelió una nube de saliva y moco.

–¿Lo ves? –continuó Mike –. ¿Eh? ¿Estás satisfecho, mudo hijoputa? ¡Déjame salir! Puedes quedarte con él, si quieres, pero no conmigo. Será un asesinato, eso es lo que será. ¡Un asesinato a sangre fría!

Nick meneó la cabeza y Mike tuvo un acceso de furia. Se abalanzó contra los barrotes y los golpeó con la cara, ensangrentando los nudillos de ambas manos.

Nick pasó los víveres por las ranuras de las puertas, empujándolos con el mango de la escoba. Billy lo miró estúpidamente y después empezó a comer.

Mike arrojó el vaso de leche contra la reja. Se hizo añicos y la leche lo salpicó todo. Estrelló sus dos hamburguesas contra la pared cubierta de inscripciones, y una de ellas quedó grotescamente estampada en una mancha de mostaza, salsa de tomate y jugo. Saltó sobre su trozo de pastel de manzana y bailó encima. Los pedazos de manzana salieron despedidos en todas direcciones. El plato de plástico blanco se astilló.

–¡Me declaro en huelga de hambre! –vociferó –. ¡En una jodida huelga de hambre! ¡No comeré nada! ¡Tú hablarás antes que yo pruebe algo de lo que traigas, bastardo! Te...

Nick se dio la vuelta e inmediatamente cayó el silencio. Volvió al despacho, asustado, sin saber qué hacer. Quizá *debería* soltarlos. Si hubiera sabido conducir un coche, los habría llevado a Camden. Pero no sabía. Y debía pensar en Vince. No podía dejarlo allí tumbado, atrayendo las moscas.

En el despacho había dos puertas. Una correspondía a un armario empotrado. La otra comunicaba con una escalera. Nick bajó por ella y se encontró con una combinación de sótano y almacén. Allí abajo hacía fresco.

Volvió a subir. Mike estaba sentado en el suelo, recogiendo abstraídamente los trozos de manzana aplastados para desempolvarlos y comerlos. No miró a Nick. Éste pasó los brazos por debajo del cadáver y trató de levantarlo. El olor pestilente que desprendía le revolvió el estómago. Vince era demasiado pesado para él. Lo observó un momento, impotente, y se dio cuenta de que los otros dos estaban contra las puertas de sus celdas, contemplándolo con macabra fascinación. Nick adivinó lo que pensaban. Vince había sido uno de ellos, un amigo. Había muerto como una rata en una trampa, víctima de una espantosa enfermedad que los había infectado y que ellos no entendían. Nick se preguntó, no por primera vez en el día, cuándo empezaría a estornudar, a tener fiebre y a desarrollar, esos peculiares bultos del cuello.

Cogió los musculosos antebrazos de Vince Hogan y lo arrastró fuera de la celda. La cabeza del muerto se inclinó hacia él a causa del peso, y pareció mirar a Nick, diciéndole sin palabras que fuese cuidadoso, que no lo zarandease demasiado.

Le costó diez minutos bajar el cadáver por los empinados escalones. Nick lo dejó, jadeando, sobre el pavimento, bajo los tubos fluorescentes, y después lo cubrió con una raída manta militar que cogió de la litera de arriba.

Luego trató de dormir. Pero no concilio el sueño hasta la madrugada. Sus sueños habían sido siempre muy vividos, y a veces lo asustaban. Casi nunca tenía verdaderas pesadillas; pero últimamente sus sueños eran ominosos, y le producían la sensación de que en ellos nadie era exactamente lo que parecía, y de que el mundo normal se había trocado en un lugar donde sacrificaban a los niños tras las celosías cerradas y donde abominables máquinas negras rugían incansables en sótanos secretos.

Y, por supuesto, a ello se sumaba un terror muy personal: el de despertarse y descubrir que todo eso era realidad.

Durmió un poco y soñó algo que ya había soñado no hacía mucho: el maizal, el aroma de las cosas que crecían tibiamente, la sensación de que algo, o alguien, muy bueno y seguro estaba cerca. Una sensación de *hogar.* Aquello empezó a convertirse en pavor cuando tomó conciencia de que había algo en el maizal, vigilándolo. Pensó: ¡Mamá, la comadreja se ha metido en el gallinero! Y se despertó para encontrarse con la luz del amanecer.

Tenía el cuerpo empapado en sudor.

Puso a calentar el café y fue a echar una ojeada a los dos presos.

Mike Childress estaba llorando. Detrás de él, la hamburguesa seguía pegada a la pared.

–Yo también lo he pillado. ¿Ya estás satisfecho? ¿No era eso lo que querías? Escucha mi respiración. Cuando intento aspirar, parezco un condenado tren de mercancías resoplando cuesta arriba.

Pero Nick se preocupó antes por Billy Warner, que yacía en coma sobre su camastro. Tenía el cuello hinchado y negro y su pecho se agitaba espasmódicamente.

Volvió a la oficina, miró el teléfono y con un acceso de ira y remordimiento lo arrojó al suelo. Apagó el hornillo y corrió calle abajo hacia la casa de los Baker. Pulsó el timbre durante lo que le pareció una hora, hasta que bajó Jane, envuelta en su bata. El sudor febril le perlaba de nuevo el rostro. No deliraba, pero hablaba con lentitud y torpeza. Tenía los labios llenos de ampollas.

–Entra, Nick. ¿Qué sucede?

«Hogan murió anoche. Creo que Warner está agonizando. Se halla muy enfermo. ¿Ha visto al doctor?»

Ella negó con la cabeza, se estremeció con la ligera brisa, estornudó y luego se tambaleó. Nick le rodeó los hombros y la llevó hasta una silla.

Escribió: « ¿Podría telefonear por mí a su consulta?»

–Claro. Tráeme el teléfono. Nick, me parece... Creo que he tenido una recaída esta noche.

Le llevó el teléfono y ella marcó el número de Soames. Después de que ella retuviese el auricular durante más de medio minuto contra su oído, supo que no habría respuesta.

Jane llamó a la casa del médico, y a la de su enfermera. En vano.

–Probaré con la patrulla del estado –dijo, pero después de marcar un solo número volvió a depositar el auricular sobre la horquilla –. Supongo que el servicio de larga distancia sigue desconectado. Tras marcar el uno sólo he oído un pitido. –Esbozó una débil sonrisa y a continuación sus lágrimas empezaron a fluir –. Pobre Nick –murmuró –. Pobre de mí. Pobres todos. ¿Me ayudarás a subir? Me siento muy débil y me cuesta respirar. Creo que pronto me reuniré con John. –El la miró y deseó poder hablar –. Si me ayudas me gustaría volver a la cama.

Nick la acompañó arriba y luego escribió: «Volveré.»

–Gracias, Nick. Eres un buen chico...

Ya se estaba durmiendo.

Nick salió de la casa y se detuvo en la acera, preguntándose qué hacer a continuación. Si hubiera sabido conducir quizá habría podido hacer algo. Pero...

Vio una bicicleta de niño en el jardín de la casa que había al otro lado de la calle. Se acercó, miró la vivienda a la que pertenecía. Tenía las persianas bajadas, igual que las casas de sus confusos sueños. Llamó a la puerta. No hubo respuesta, aunque golpeó varias veces.

Regresó junto a la bici. Era pequeña, pero no demasiado. Podía montar en ella, si no le importaba golpearse las rodillas contra el manillar. Naturalmente, tendría un aspecto ridículo, pero

seguramente en todo Shoyo no quedaba nadie para verlo. Y en caso de que lo hubiera, no creía que tuviese ganas de reír.

Se montó en la bicicleta y pedaleó torpemente por Main Street, pasó ante la cárcel, siguió hasta la carretera 63, en dirección al sitio en que Joe Rackman había visto a los soldados camuflados como obreros de carreteras. Si continuaban allí, y si realmente eran soldados, Nick conseguiría que se hiciesen cargo de Billy Warner y Mike Childress. Suponiendo que Billy siguiera vivo. Si aquellos hombres habían puesto a Shoyo bajo cuarentena, en ese caso la enfermedad que azotaba al pueblo sería de su responsabilidad.

Para llegar a la carretera necesitó una hora de pedaleo, con las rodillas golpeándole contra el manillar con monótona regularidad y la bici oscilando de un lado a otro de la línea central. Pero cuando llegó allí, los soldados, o el equipo de carreteras, o quienesquiera que fuesen, se habían marchado. Sólo quedaban varios conos, uno de los cuales aún producía destellos. También había dos caballetes anaranjados. La carretera había sido excavada, aunque Nick juzgó que podría pasarse por ella.

Advirtió por el rabillo del ojo un ligero movimiento oscuro, y al mismo tiempo el viento se desperezó un poco en torno a él, sólo un suave aliento veraniego, pero lo suficiente para llevar hasta sus narices un enfermizo olor de corrupción. El movimiento oscuro era una nube de moscas. Dejó la bicicleta en la cuneta del otro lado de la carretera. Allí, cerca de la brillante nueva tubería del alcantarillado, había cuatro cadáveres. Sus cuellos e inflamados rostros aparecían ennegrecidos. Nick no supo si se trataba de soldados. Tampoco se aproximó demasiado. Se dijo que podía volver junto a la bicicleta, que allí no había nada que temer, que estaban muertos y que los muertos no pueden hacerte daño. De todos modos, mientras lo pensaba, había echado a correr y se encontraba a más de siete metros de la cuneta. Atenazado por el pánico, regresó en bici hacia Shoyo. En las afueras de la ciudad chocó contra una piedra y se estrelló. Se precipitó sobre el manillar, se golpeó en la cabeza y se rasguñó las manos. Permaneció allí durante un momento, en medio de la carretera, temblándole todo el cuerpo.

Durante la siguiente hora y media de aquella mañana, la del día anterior, Nick golpeó puertas y pulsó timbres. Se dijo que tenía que haber alguien sano. Él se sentía bien, y seguramente no sería el único. Encontraría a alguien, un hombre, o una mujer, o tal vez un adolescente; alguien que supiese conducir.

Pero sus golpes y timbrazos obtuvieron respuesta menos de una docena de veces. La puerta se abría hasta donde lo permitía la cabeza, se asomaba un rostro enfermo pero esperanzado y, al ver a Nick, la esperanza se eclipsaba. La cabeza se sacudía en un gesto de negación y la puerta volvía a cerrarse. Si Nick hubiera podido hablar, habría tratado de convencer a quien fuera de que podía conducir un coche. De que si llevaban los presos a Camden, también podrían ir ellos y tal vez encontrasen un hospital. De que todo saldría bien, Pero no podía hablar.

Algunos le preguntaban si había visto al doctor Soames. Un hombre, presa de una cólera delirante, abrió totalmente la puerta de su casa, salió tambaleándose al porche, vestido sólo con calzoncillos, y trató de atrapar a Nick. Dijo que le iba a hacer «lo que debería haberle hecho allá en Houston». Parecía creer que Nick era alguien llamado Jenner. Lo persiguió por la galería, de un lado a otro, como un zombi en una película de serie B. Tenía el bajo vientre horriblemente hinchado y sus calzoncillos estaban dilatados como si alguien hubiera metido un melón dentro de ellos. Al final, se desplomó en el porche con fuertes palpitaciones en el pecho. Nick lo observó desde el jardín de abajo. El hombre blandió débilmente el puño y después volvió a entrar arrastrándose. Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta.

Pero la mayoría de las casas permanecían silenciosas, enigmáticas. Acabó dándose por vencido. Volvió a invadirlo la sensación de que algo ominoso se cernía sobre él, y no pudo desechar la idea de que estaba golpeando puertas de panteones, que tarde o temprano los cadáveres podrían empezar a responder. No lo consoló mucho decirse que la mayoría de las viviendas estaba vacía, que sus ocupantes ya habían huido a Cadmen, a El Dorado o a Texarkana.

Volvió a casa de los Baker. Jane dormía profundamente. Tenía la frente fría. Pero esta vez Nick no alimentó muchas esperanzas.

Era mediodía. Regresó a la parada de autobuses, sintiendo los efectos del descanso insuficiente de esa noche. La 45 de Baker le golpeaba la cadera. En la cantina de la parada, calentó dos latas de sopa y las vertió en jarras térmicas. La leche de la nevera aún parecía en buenas condiciones, de modo que también cogió una botella.

Billy Warner se encontraba muerto, y cuando Mike vio a Nick se echó a reír histéricamente y señaló con el dedo.

–¡Dos caídos y uno por caer! ¿No lo ves?

Nick introdujo la jarra térmica por la abertura empujándola con el mango de la escoba. Después introdujo un gran vaso de leche. Mike empezó a sorber la sopa directamente de la jarra. Nick se sentó en el pasillo con su jarra. Bajaría a Billy al sótano, pero antes almorzaría. Tenía apetito. Mientras tomaba la sopa miró pensativo a Mike.

–¿Te preguntas cómo estoy? –inquirió éste.

Nick asintió con la cabeza.

–Igual que cuando me dejaste esta mañana. Debo haber expulsado medio kilo de moco. – Lo miró con expresión esperanzada –. Mi madre siempre decía que cuando expulsas tanto moco estás mejorando. Quizá el mío sólo es un caso leve, ¿eh?

Nick se encogió de hombros. Todo era posible.

–Soy fuerte como un águila de bronce –prosiguió Mike –. Creo que no es nada... Me parece que voy a vomitarlo todo. Escucha, déjame salir. Por favor, te lo suplico.

Nick reflexionó.

–Caray, tú tienes la pistola. De todos modos no te guardo rencor. Sólo quiero salir de aquí. Primero veré cómo está mi esposa...

Nick le señaló la mano izquierda, desprovista de anillos.

–Sí, nos hemos divorciado, pero ella sigue viviendo en la ciudad, en Ridge Road. Me gustaría verla. ¿Qué dices, tío? –Mike lloraba –. Dame una oportunidad. No me tengas aquí encerrado en esta trampa para ratas.

Nick se puso en pie lentamente, pasó al despacho y abrió el cajón del escritorio. Las llaves estaban allí. La lógica de Mike era inexorable. Resultaba absurdo suponer que alguien fuera a sacarlos de aquella situación atroz. Cogió las llaves y volvió al corredor. Separó la que le había mostrado John Baker, la del rótulo blanco, y se la arrojó a Mike Childress entre los barrotes.

–Gracias –balbuceó Mike –. Oh, gracias. Juro por Dios que lamento la paliza que te dimos. La idea fue de Ray. Vince y yo tratamos de disuadirlo, pero cuando Ray bebe se vuelve loco...

Introdujo la llave en la cerradura con dedos trémulos. Nick retrocedió, con la mano sobre la culata del arma.

La puerta de la celda se abrió y Mike salió al pasillo. –Lo digo en serio –prosiguió –. Sólo quiero largarme de esta ciudad.

Pasó junto a Nick, con una sonrisa convulsiva en los labios. Después salió corriendo por la puerta que comunicaba el pequeño pabellón de celdas con el despacho. Nick lo siguió a tiempo para ver cómo la puerta de la oficina se cerraba detrás de él.

Nick salió a la calle. Mike estaba en el bordillo de la acera, apoyado en un parquímetro, escudriñando la calle desierta.

–Dios mío –susurró, y volvió su rostro perplejo hacia Nick –. ¿Qué coño es *esto?*

Nick asintió, sin apartar la mano de la pistola.

Mike empezó a decir algo, pero sus palabras se disolvieron en una tos espasmódica. Se cubrió la boca y después se enjugó los labios.

–¡Me largaré de aquí! –exclamó –. Si eres listo, me imitarás, mudito. Esto es la peste negra, o algo parecido.

Nick se encogió de hombros y Mike se alejó por la acera. Caminaba cada vez más deprisa, y al final echó a correr. Nick lo observó hasta perderlo de vista, y después entró de nuevo. Nunca volvería a verlo. Sintió que le quitaban un peso de encima y tuvo la certeza de haber procedido de forma correcta. Se tumbó sobre la litera y se durmió al instante.

Durmió toda la tarde en la litera desnuda. Despertó sudando aunque sintiéndose un poco mejor. Las tormentas eléctricas sacudían las montañas, pero no habían llegado a Shoyo.

Al caer la noche, recorrió Main Street hasta el Paulie's Radio & TV y perpetró otro de sus compungidos robos con daño. Dejó una nota junto a la caja registradora y se llevó a la cárcel un televisor Sony portátil. Lo encendió. La filial de CBS irradiaba una señal con la leyenda AVERÍA REPETIDOR ONDAS, POR FAVOR SIGA SINTONIZANDO. ABC proyectaba *I Love Lucy y* la NBC emitía un episodio antiguo de una serie sobre una jovencita temeraria que pretendía trabajar como mecánica en un circuito de coches de carreras. La emisora independiente Texarkana, especializada en viejas películas y concursos, se hallaba muda. Nick apagó el televisor.

Fue a la parada de autobuses y preparó suficiente sopa y bocadillos para dos personas. Pensó que había algo de macabro en la forma en que seguía funcionando la iluminación urbana: las farolas salpicaban Main Street con charcos de luz blanca. Cargó los víveres en una cesta. Durante el trayecto hasta la casa de Jane Baker, se acercó a él una jauría de tres o cuatro perros, famélicos, atraídos por el olor de la comida. Nick extrajo la 45 pero no reunió el valor necesario para utilizarla hasta que uno de los perros amenazó con morderle. Entonces apretó el gatillo y la bala rebotó sobre el cemento a un metro y medio de él, dejando un surco plateado de plomo. No oyó el estampido, pero sintió la sorda sacudida de la vibración. Los perros se dispersaron y huyeron.

Jane estaba dormida. Tenía la frente y las mejillas calientes y su respiración era lenta y trabajosa. Nick la halló muy consumida. Fue a buscar un trapo mojado en agua fría y le frotó la cara. Le dejó su ración de víveres sobre la mesilla de noche. Después bajó a la sala y encendió el televisor en color de los Baker, instalado en una gran consola.

La CBS no emitió en toda la noche. La NBC tenía una programación regular, pero la imagen de la filial de ABC se difuminaba a cada momento, y a veces se borraba por completo para después reaparecer de súbito. El canal de la ABC sólo pasaba viejos programas grabados, como si el nexo con la red se hubiera cortado. No importaba. Lo que Nick esperaba era el noticiario.

Cuando empezó, se quedó perplejo: la noticia del día era la «epidemia de supergripe», como la llamaban ahora, pero los locutores de ambas emisoras dijeron que ya estaba siendo dominada. En el Centro de Control de Epidemias habían elaborado una vacuna, y a comienzos de la semana siguiente los ciudadanos podrían conseguir que su médico se la administrara. Al parecer, los brotes eran graves en Nueva York, San Francisco, Los Ángeles y Londres, pero los estaban conteniendo en todas partes. En algunas zonas, agregó el locutor, se habían cancelado temporalmente las reuniones públicas.

En Shoyo, pensó Nick, toda la *ciudad* había sido cancelada. ¿Quién engañaba a quién?

Al final, el locutor dijo que seguían restringidos los viajes a la mayoría de las grandes áreas urbanas, pero la situación se normalizaría apenas se contara con suficiente vacuna. A continuación pasó a ocuparse de un accidente de aviación ocurrido en Michigan y de algunas reacciones en el Congreso ante el dictamen del Tribunal Supremo sobre los derechos de los homosexuales.

Nick apagó el televisor y salió al porche. Allí había un columpio y se sentó en él. El movimiento de vaivén resultaba relajante, y no podía oír los chirridos del herrumbre, pues John Baker se había olvidado de engrasarlo. Se quedó mirando las luciérnagas que formaban irregulares festones en la oscuridad. Se percibían relámpagos entre las nubes allá en el horizonte, haciéndolas asemejarse a monstruosas luciérnagas del tamaño de dinosaurios. La noche resultaba pegajosa y agobiante.

Como para él la televisión era un medio exclusivamente visual, había notado algo que quizá pasó inadvertido a los demás: no habían proyectado anuncios de películas, ni resultados de béisbol. El informe meteorológico fue vago, sin un mapa que mostrara las variaciones... como si la Oficina Meteorológica de Estados Unidos hubiera cerrado sus puertas.

Los dos locutores le habían parecido nerviosos y ofuscados. Uno de ellos tenía un resfriado. Tosió una vez frente al micrófono y pidió disculpas. Y ambos habían mirado nerviosamente a derecha e izquierda de la cámara, como si hubiera alguien más en el estudio, alguien encargado de vigilar que no se extralimitaran.

Eso ocurrió la noche del 24 de junio. Nick durmió de forma intermitente en el porche delantero de los Baker, y tuvo muy malos sueños. Ahora, en la tarde del día siguiente, asistía a la agonía de Jane Baker, esa excelente mujer... y no podía decirle una palabra de consuelo.

Ella le tiraba de la mano. Nick miraba su pálido y extenuado rostro. Su piel estaba ahora reseca, el sudor se había evaporado. Sin embargo, aquello no le producía ninguna esperanza o consuelo. Se moría. Él sólo había ido para comprobarlo.

–Nick –le dijo ella, y sonrió.

Jane le cogió una mano y la retuvo.

–Quiero darte de nuevo las gracias. Nadie desea morirse solo, ¿lo sabías?

Él sacudió la cabeza y Jane comprendió que eso no significaba que estuviese de acuerdo con lo manifestado por ella, sino una contradicción vehemente.

–Sí, me estoy muriendo –insistió ella –. Pero no importa, Nick, en aquel armario hay un vestido blanco. Lo identificarás por... –Un acceso de tos la interrumpió. Cuando pudo dominarlo, continuó –: Por el encaje… Es el que llevaba en el tren cuando salimos para nuestra luna de miel. Aún me va bien... O me iba... Supongo que ahora me estará un poco grande, ya que he perdido peso. Pero eso no importa. Siempre me ha encantado ese vestido. John y yo fuimos al lago Pontchartrain. Recuerdo esas semanas como las más felices de mi vida. John siempre me hizo feliz. ¿Te acordarás del vestido, Nick? Es con el que deseo que me entierren. No te molestará demasiado vestirme… ¿verdad?

Tragó saliva con esfuerzo y meneó la cabeza al mismo tiempo que miraba la colcha. Debió de percatarse de la mezcla de tristeza e incomodidad del chico, porque ya no mencionó el vestido. En vez de ello habló de otras cosas, de una forma ligera, casi con coquetería. Cómo había ganado un concurso de elocución en el instituto, cómo había ido a las finales del estado de Arkansas y cómo sus bragas se le habían aflojado cuando alcanzó el clímax en el *The Daemon Lover* de Shirley Jackson. Le contó cómo su hermana, que había ido a Vietnam como miembro de una misión baptista, había regresado no con uno ni dos, sino con tres niños adoptados. Mencionó un viaje por el campo que John y ella habían emprendido tres años atrás, y le explicó cómo un alce con muy malas pulgas los tuvo encaramados a un árbol todo un día.

–Nos acomodamos allí y nos hicimos carantoñas... –siguió diciendo medio adormilada – como un chico y una chica del instituto en las butacas de un cine. Dios mío, en qué estado se hallaba cuando bajamos... Estaba... estábamos... enamorados... muy enamorados... El amor es lo que mueve el mundo. Es la única cosa que permite a hombres y mujeres seguir en pie en un mundo donde la gravedad siempre parece estar queriendo derribarlos, llevarlos hacia abajo, hacerles arrastrarse. Estábamos... muy enamorados.

Se quedó adormilada y luego dormida hasta que él la despertó, al mover una cortina o tal vez por hacer crujir una baldosa floja.

–¡John! –gritó con la voz ahogada por la flema –. Oh, John, nunca le he cogido el truco para que funcione bien esto. ¡John, tienes que ayudarme...!

Sus palabras se fueron extinguiendo en una larga y rápida espiración que Nick no pudo escuchar pero que aun así percibió. Un hilillo de sangre oscura le salió por una ventana de la nariz. Jane se derrumbó sobre la almohada y su *cabeza,* se movió una, dos, tres veces, como si hubiese tomado alguna clase de decisión vital y la respuesta fuese negativa.

Luego se quedó inmóvil.

Tímidamente, él apoyó la mano contra un lado de su cuello; luego, en la parte interna de la muñeca y a continuación entre los pechos. No sintió nada. Había muerto. El reloj de la mesilla de noche seguía con su tictac, pero sin que lo oyera nadie. Nick apoyó la cabeza contra las rodillas, y lloró un poco, de su forma tan personal y silenciosa. «Todo cuanto puedes conseguir es una especie de lenta aceptación –le había dicho Rudy una vez –. Pero en un mundo de culebrones televisivos, eso es bastante útil.»

Sabía lo que venía a continuación y no deseaba hacerlo. No era justo, gritaba una parte de él. No era responsabilidad suya. Pero, dado que allí no había nadie más, y tal vez tampoco en muchos kilómetros a la redonda, tendría que apechugar con aquello. Eso, o dejarla donde estaba para que se pudriera, cosa que no podía consentir. Jane se había mostrado muy amable con él, y habían existido muchas personas en su vida que, enfermas o sanas, no habían sido capaces de portarse como ella. Supuso que no le quedaba otro remedio que llevarlo a cabo. Cuanto más tiempo permaneciese allí sentado y sin hacer nada, más miedo le daría efectuar aquella tarea. Sabía dónde estaba la Funeraria Curtís, a tres manzanas calle abajo, y luego otra manzana hacia el oeste. Y fuera haría muchísimo calor.

Se forzó a ponerse en pie y acercarse al armario, confiando a medias en que el vestido blanco, el vestido de la luna de miel, sólo hubiese sido una parte más de sus delirios. Pero estaba allí. Ahora amarilleaba un poco a causa de los años, no obstante, lo reconoció por el encaje. Lo sacó del armario y lo colocó de través a los pies de la cama., Se quedó mirando el vestido, y luego a la mujer, y pensó: Ahora va a estarle algo más que un poco holgado. La enfermedad, sea la que sea, ha sido muy cruel con ella... Pero supongo que da lo mismo. Contra su voluntad, rodeó la cama, fue hacia ella y comenzó a quitarle el camisón. Una vez se lo hubo sacado y ella quedó desnuda, el temor se evaporó y sólo sintió piedad, tan honda que le causó dolor y le hizo sollozar mientras le lavaba el cuerpo y luego la vestía como había ido vestida el día en que se lo puso camino del lago Pontchartrain. Una vez vestida como aquel día, la tomó entre sus brazos y la llevó a la funeraria con sus encajes. La llevó como un novio que cruzase un sinfín de umbrales con su amada en brazos.

26

Algún grupo del campus, probablemente el de Estudiantes por una Sociedad Democrática o los Jóvenes Maoístas, había estado muy atareado con una fotocopiadora durante la noche del 25 al 26 de junio. Por la mañana, estos carteles se hallaban pegados por todo el campus de la Universidad de Kentucky, en Louisville:

¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN!

¡ESTÁS SIENDO ENGAÑADO! ¡EL GOBIERNO TE MIENTE! ¡LA PRENSA, QUE HA SIDO OCUPADA POR LAS FUERZAS DEL CERDO MILITAR, TE ESTÁ MINTIENDO! ¡LA ADMINISTRACIÓN DE ESTA UNIVERSIDAD TE MIENTE Y LOS MÉDICOS DE LA ENFERMERÍA ACTÚAN A LAS ORDENES DE LA ADMINISTRACIÓN!

1. NO HAY VACUNA CONTRA LA SUPERGRIPE.

2. LA SUPERGRIPE NO ES UNA ENFERMEDAD GRAVE, ES UNA ENFERMEDAD *MORTAL.*

3. EL CONTAGIO LLEGA A ALCANZAR HASTA EL 75%.

4. LA SUPERGRIPE HA SIDO DESARROLLADA POR LAS FUERZAS DEL CERDO MILITAR ESTADOUNIDENSE Y HA QUEDADO LIBERADA POR UN ACCIDENTE.

5. ¡EL CERDO MILITAR ESTADOUNIDENSE QUIERE TAPAR SU ERROR MORTAL, AUNQUE ESTO SIGNIFIQUE QUE MUERA EL 75% DE LA POBLACIÓN!

¡SALUDOS AL PUEBLO REVOLUCIONARIO! ¡HA LLEGADO EL MOMENTO DE NUESTRA LUCHA! ¡UNÍOS, LUCHAD, CONQUISTAD!

¡REUNIÓN EN EL GIMNASIO A LAS 7 DE LA TARDE!

Lo sucedido en la WBZ-TV, de Boston, había sido planeado la noche anterior por tres locutores y seis técnicos, todos los cuales trabajaban en el estudio 6. Cinco de esos hombres jugaban con regularidad al póquer, y seis de los nueve estaban ya enfermos. Sabían que ya no tenían nada que perder. Consiguieron reunir doce pistolas. Bob Palmer, el hombre que dirigía las noticias de la mañana, las llevó al piso de arriba dentro de una bolsa donde, por lo general, llevaba sus notas, lápices y cuadernos.

Todo el edificio de la emisora se hallaba acordonado por, según había explicado George Dickerson la noche anterior, hombres de la Guardia Nacional. En realidad, se trataba de más de cincuenta soldados a los que nunca habían visto hasta entonces.

A las 9.01, justo después de que Palmer hubiera empezado a leer el ejemplar suavizado que le había entregado diez minutos antes un suboficial del ejército, tuvo lugar un auténtico golpe. Los nueve tomaron las instalaciones de la emisora de televisión. Los soldados, que no esperaban problemas de aquel grupo de civiles acostumbrados a informar de tragedias que sucedían a mucha distancia, fueron cogidos por sorpresa y desarmados. Otro personal de la emisora se unió a la pequeña rebelión. Despejaron con rapidez el sexto piso y cerraron las puertas. Los ascensores fueron subidos hasta el sexto piso antes de que los soldados que se encontraban en la planta baja supieran muy bien qué estaba ocurriendo. Tres soldados trataron de subir por la escalera de incendios, pero un portero llamado Charles Yorkin, armado con una carabina, disparó por encima de sus cabezas. Fue el único disparo que se produjo.

Los telespectadores de la zona de la WBZ-TV vieron cómo Bob Palmer dejaba su reportaje en mitad de una frase y le oyeron decir:

« ¡Vale! ¡Ahora!»

Se produjeron algunos sonidos apagados fuera de cámara.

Cuando todo hubo acabado, millares de divertidos televidentes pudieron observar que Bob Palmer empuñaba una pistola de cañón corto.

Una voz ronca, fuera del micrófono, aulló jubilosa:

« ¡Lo hemos conseguido, Bob! ¡Tenemos a esos bastardos! ¡Los tenemos a todos!»

«Muy bien. Excelente trabajo», replicó Palmer.

Luego, se enfrentó de nuevo a la cámara.

«Ciudadanos y amigos de Boston, y estadounidenses de nuestra zona de radiodifusión. Algo a un tiempo importante y terrible ha sucedido en este estudio. Y estoy muy contento de que haya pasado por primera vez aquí, en Boston, la cuna de la independencia de Estados Unidos. Durante los últimos siete días las instalaciones de esta emisora han permanecido bajo la vigilancia de unos hombres que alegaban pertenecer a la Guardia Nacional. Hombres con uniforme del ejército, armados con fusiles y que se han mantenido delante de nuestras cámaras, en nuestras salas de

control, junto a nuestros teletipos. ¿Han sido manipuladas las noticias? Lamento decir que sí. Me han entregado unos textos y me han forzado a leerlos con un arma apuntándome a la cabeza. El boletín que estaba leyendo se hallaba relacionado con la llamada "supergripe epidémica". Todo lo que decía era falso.»

Las luces empezaron oscilar en el tablero de distribución. Al cabo de quince segundos se encendieron todas ellas.

«Cuanto han filmado nuestros cámaras ha sido confiscado o velado de forma deliberada. Los artículos de nuestros reporteros han desaparecido. Pero tenemos filmaciones, y tenemos corresponsales aquí mismo, en el estudio, no reporteros profesionales, sino testigos de lo que puede constituir el mayor desastre al que se ha enfrentado nuestro país... No empleo estas palabras a la ligera. Les vamos a pasar algunas de estas grabaciones. Todas ellas han sido tomadas de forma clandestina, y algunas de ellas son de escasa calidad. Y ahora estamos aquí, tras haber liberado nuestra emisora de televisión. Creemos que, pese a todo, podrán ver lo suficiente. Más incluso de lo que puedan desear.»

Alzó la mirada, sacó un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta y se sonó la nariz. Todos aquellos que poseían buenos televisores en color pudieron ver que parecía acalorado y febril.

«Ya está preparado, George. Adelante.»

El rostro de Palmer fue sustituido por filmaciones del Hospital General de Boston. Los pabellones aparecían atestados; las enfermeras, la mayoría de ellas asimismo enfermas, iban de acá para allá, algunas llorando de forma histérica. Otras parecían en extremo conmocionadas.

Filmaciones de soldados en las esquinas de las calles, empuñando fusiles. Más filmaciones de edificios que habían sido forzados.

Apareció de nuevo Bob Palmer.

«Si tienen niños, estimados televidentes –dijo deprisa –, les aconsejo que los hagan salir de la habitación.» Siguió una grabación granulosa de un camión que descendía por un malecón de la bahía de Boston, un camión verde oliva del ejército. Por debajo, avanzando insegura, se veía una barcaza cubierta con lonas. Dos soldados con mascarillas de gas saltaron de la cabina del camión. La imagen empezó a temblar, hasta que se inmovilizó cuando los soldados retiraron las lonas que cubrían la parte trasera del camión. Buscaron adentro y los cadáveres comenzaron a caer en cascada hacia la barcaza: mujeres, ancianos, niños, policías, enfermeras, todos en una especie de inundación que parecía no iba a acabarse nunca. En un momento de la filmación, quedó claro que los soldados empleaban horcas para sacar a los muertos.

Palmer prosiguió esta emisión durante dos horas, mientras su ronca e inflexible voz seguía leyendo notas y boletines y entrevistando a los otros miembros del equipo. Aquello continuó hasta que alguien de la planta baja se percató de que no tenían que volver a tomar el sexto piso para detener aquello. A las 11.16 el transmisor de la WBZ fue abatido con ayuda de diez kilos de explosivos plásticos.

Palmer y los demás del sexto piso fueron sumariamente ejecutados, bajo el cargo de traición al gobierno de Estados Unidos.

Era una pequeña ciudad, llamada Durbin, en Virginia Occidental, con un periódico que salía una vez a la semana, el *Call–Clarion,* fundado por un abogado jubilado, James D. Hogliss, cuyas cifras de venta fueron siempre buenas porque Hogliss fue un esforzado defensor del derecho de los mineros a organizarse a fines de los años cuarenta y en los cincuenta y porque sus editoriales estaban siempre plagados de ácido corrosivo y proyectiles de azufre dirigidos contra los halcones del gobierno, tanto en el aspecto local como en el federal.

Hogliss tenía un puñado regular de repartidores de periódicos, pero en esta clara mañana de verano llevó él mismo los diarios en su Cadillac 1948, cuyos grandes neumáticos pintados con

Librodot

una banda blanca chirriaban por las calles de Durbin... Pero esas calles se hallaban penosamente vacías. Los periódicos estaban amontonados en los asientos del Cadillac y en el maletero. Era un mal día para el *Call–Clarion.* El periódico tenía sólo una página con tipos grandes enmarcada con filetes negros. La palabra que aparecía encima proclamaba EXTRA, la primera edición extra que Hogliss editaba desde 1980, cuando ocurrió una explosión en la mina Ladybird, sepultando a cuarenta mineros.

El titular rezaba: EL GOBIERNO TRATA DE OCULTAR EL ESTALLIDO DE UNA PLAGA... Abajo: «Especial para el *Call–Clarion,* por James D. Hogliss.» Y abajo de esto: «Le ha sido revelado a este periodista por una fuente fidedigna que la epidemia de gripe que aquí, en Virginia, llaman también "enfermedad que ahoga" o "cuello de tubo", es en realidad una mutación letal del virus de la gripe común, creada por el gobierno con fines bélicos, y en franco desafío a los acuerdos revisados de Ginebra referentes a la guerra biológica y química, acuerdos que los representantes de Estados Unidos firmaron hace siete años. La fuente, un oficial del ejército en la actualidad destinado en Wheeling, afirma también que las promesas de una inminente vacuna no son más que una "mentira abyecta". Según esta fuente, no se ha desarrollado aún vacuna de ninguna clase. Ciudadanos, esto es mucho más que un desastre o una tragedia; es el fin de toda la confianza en nuestro gobierno. Si hemos podido hacernos a nosotros mismos una cosa así, en ese caso...»

Hogliss estaba enfermo y muy débil. Para componer este editorial había agotado las fuerzas que le quedaban. Todas sus energías se volcaron en aquellas palabras y no habían sido sustituidas. Tenía el pecho lleno de flema, e incluso la respiración normal era parecida a la de correr colina arriba. Sin embargo, siguió yendo metódicamente de casa en casa, dejando sus ejemplares, sin siquiera saber si las casas seguían ocupadas, y en caso de que así fuese, si habría alguien dentro con fuerzas suficientes para salir y recoger el periódico.

Se encontró al fin en el extremo oeste de la ciudad, Poverty Row, con sus cabañas y remolques y su olor a fosa séptica. Sólo quedaban los periódicos del maletero. Lo abrió y la tapa se quedó oscilando con lentitud cuando se dirigió a la cera. Estaba padeciendo un terrible dolor de cabeza y comenzaba a ver doble.

Cuando hubo atendido la última casa, cerca del límite de la ciudad con Rack's Crossing, aún le quedaban unos veinticinco diarios. Con su vieja navaja de bolsillo rompió la cinta que los unía y dejó que el viento los dispersara. Pensó en su fuente de información, un comandante de ojos oscuros y obsesivos que había sido trasladado desde algún lugar secreto de California llamado Proyecto Azul hacía sólo tres meses. El comandante había estado a cargo de la seguridad exterior, y toqueteó su pistola durante todo el rato en que le contó a Hogliss lo que sabía. Hogliss pensó que no pasaría mucho tiempo antes de que el comandante emplease el arma, si no la había usado ya.

Se sentó de nuevo al volante del Cadillac, el único coche que había tenido desde su vigésimo séptimo cumpleaños, y descubrió que estaba demasiado cansado para volver conduciendo a la ciudad. Por lo tanto, se echó hacia atrás adormilado, escuchando los terribles sonidos que procedían de su pecho, y observó cómo el viento se llevaba perezosamente los ejemplares de la edición extra de su diario, en dirección a Rack's Crossing. Algunos de ellos quedaron atrapados en los árboles, donde colgaron como extraños frutos. Muy cerca, pudo escuchar el borboteo del arroyo Durbin, donde había pescado de muchacho. Naturalmente, ahora ya no había allí peces, pues las compañías carboneras se habían cuidado de esto; pero el ruido todavía resultaba apaciguador. Cerró los ojos, se quedó dormido y, al cabo de hora y media, estaba muerto.

El *Times* de Los Ángeles había impreso sólo veintiséis mil ejemplares de su extra de una sola página antes de que los oficiales al cargo descubriesen que no habían incluido una circular oficial, tal y como les habían dicho. La represalia fue rápida y sangrienta. La versión oficial del FBI fue que unos «revolucionarios radicales», aquellos viejos espantajos, habían dinamitado las rotativas del *Times* de Los Ángeles, causando la muerte de veintiocho trabajadores. El FBI no

Librodot

necesitó explicar por qué había alojado balas en cada una de las veintiocho cabezas, ya que los cadáveres fueron mezclados con millares de víctimas de la epidemia, y sepultados en el mar.

Sin embargo, habían salido diez mil ejemplares, y eso fue suficiente. Los titulares, con grandes letras, proclamaban:

LA COSTA OCCIDENTAL RETIENE LA PLAGA DE LA GRIPE EPIDÉMICA.

Huyen millares de personas ante la mortal supergripe. El gobierno intenta encubrirlo.

LOS ÁNGELES. – Muchos de los que decían ser miembros de la Guardia Nacional y que han estado ayudando durante la tragedia en curso, son soldados profesionales con muchos años de servicio en filas. Parte de su trabajo ha consistido en asegurar a los aterrados residentes de Los Ángeles que la supergripe, conocida por los jóvenes como *Capitán Trotamundos,* es «sólo un poco más virulenta» que las cepas Londres o de Hong Kong... Pero esas seguridades han sido dadas por unos portadores de mascarillas transportables. El presidente tiene planeado hablar esta tarde a las 18:00. Su secretario de Prensa, Hubert Ross, ha manifestado que los informes de que el presidente hablará desde un plató montado que parezca el Despacho Oval, pero que en realidad se encuentra a gran profundidad en el búnquer de la Casa Blanca, son «histéricos, maliciosos y totalmente infundados». Las copias entregadas con antelación al discurso del presidente indican que «alentará» al pueblo norteamericano para que se sobreponga, y equipare el pánico actual al que siguió a la transmisión por radio, en los años 1930, de *La guerra de los mundos* por Orson Welles.

El *Times* tiene cinco preguntas que desearía respondiera el presidente en su discurso:

1. ¿Por qué el *Times* ha sido obligado a imprimir las noticias por criminales con uniformes del ejército en clara violación de sus derechos constitucionales?
2. ¿Por qué las carreteras 5, 10 y 15 han sido objeto de bloqueo por parte de carros blindados y de transporte de tropas?
3. ¿Por qué, si se trata de una «pequeña epidemia de gripe», ha sido declarada la ley marcial en Los Ángeles y en las zonas que la rodean?
4. Si se trata de una «pequeña epidemia de gripe», ¿por qué se llevan trenes de barcazas hacia el Pacífico y se descargan allí? ¿Y por qué esas barcazas contienen lo que tememos que contienen y que fuentes bien informadas afirman que son los cadáveres de las víctimas de la plaga?
5. Finalmente, si de verdad se va distribuir una vacuna a los médicos y a hospitales, ¿por qué *ninguno* de los médicos con los que se ha puesto en contacto este periódico para saber más detalles no tenía la menor noticia de los plazos de suministro? ¿Por qué no se ha habilitado *ninguna* clínica para administrar las inyecciones contra la gripe? ¿Por qué *ninguna* de las farmacias a las que hemos llamado ha recibido envíos ni prospectos del gobierno acerca de esta vacuna?

Exhortamos al presidente a que responda a estas preguntas en su discurso y, por encima de todo, le requerimos para que ponga fin a esas tácticas de Estado policial y al loco esfuerzo por encubrir la verdad...

En Duluth, un hombre vestido con *shorts* caqui y calzado con sandalias, pasaba por Pedmont Avenue con una gran mancha de ceniza sobre la frente y sendas pancartas colgadas de sus hombros, por delante y por detrás.

La delantera anunciaba: «La hora de la desaparición ha llegado pronto resucitará Nuestro Señor Jesucristo preparaos para encontraros con vuestro Dios.»

La trasera rezaba: «He aquí que los corazones de los pecadores fueron quebrantados, los poderosos serán humillados y los humillados serán encumbrados. Se aproximan los días de ignominia. Ay de ti, oh Sión.»

Cuatro jóvenes vestidos con cazadoras de motorista, todos con mucha tos y narices goteantes, cayeron sobre el hombre de los *shorts* caqui y lo golpearon con sus propias pancartas hasta dejarlo inconsciente. Después huyeron, mientras uno de ellos gritaba histéricamente por encima del hombro:

–¡Así aprenderás a no asustar a la gente, chalado!

Librodot

El programa matutino más escuchado de Springfield, Missouri, era *Diga lo suyo,* con Ray Flowers, en la emisora KLFT. Ray tenía seis líneas telefónicas en la cabina de su estudio. El 26 de junio por la mañana fue el único empleado de la KLFT que se presentó a trabajar. Sabía lo que pasaba en el mundo circundante, y eso le asustaba. Tenía la impresión de que, durante la última semana, todas las personas que conocía habían enfermado. En Springfield no había tropas, pero oyó decir que la Guardia Nacional había sido convocada en Kansas City y San Luis para «contener la ola de pánico» y «evitar saqueos». Ray Flowers, por su parte, se sentía bien. Miró pensativo su equipo: teléfonos, el dispositivo de retardo, las hileras de anuncios comerciales grabados en casetes *(Si su lavabo está atascado/ y no sabe qué ocurre/ llame al hombre de la manguera de acero)* y, por supuesto, el micrófono.

Encendió un cigarrillo, fue hasta la puerta del estudio y la cerró con llave. Entró en su cabina y también la cerró con llave. Interrumpió la música grabada, que procedía de una cinta magnetofónica, pasó su carátula musical y después se instaló frente al micro.

–Un saludo para todos –exclamó –. Les habla Ray Flowers en *Diga lo suyo,* y creo que esta mañana hay un solo tema de conversación, ¿no es así? Podéis llamarle supergripe o *Capitán Trotamundos,* es lo mismo. He oído algunas historias terroríficas sobre tropas que lo bloquean todo, y si queréis hablar de eso, yo estoy dispuesto a escuchar. Este sigue siendo un país libre, ¿verdad? Y puesto que esta mañana estoy solo, cambiaremos un poco la rutina. He desactivado el dispositivo de retardo, y creo que podemos prescindir de la publicidad. Si el Springfield que vosotros veis se parece al que veo yo desde las ventanas de KLFT, sospecho que nadie ha de tener muchas ganas de salir de compras. De modo que, si estáis listos y despejados, como decía mi madre, pongamos manos a la obra. Nuestros números son el 656–8600 y el 656–8601, llamada gratuita. Si oís la señal de ocupado, tened paciencia. Recordad que lo hago todo yo solo.

En Carthage, a sesenta y cinco kilómetros de Springfield, había una unidad del ejército, y una patrulla de veinte hombres salió en busca de Ray Flowers. Dos de ellos no acataron la orden y fueron fusilados sumariamente.

Durante la hora que tardaron en llegar a Springfield, llamaron a Ray Flowers: un médico, que dijo que la gente moría como moscas y que la versión oficial de la vacuna era falsa; una enfermera que confirmó que en Kansas City sacaban los cadáveres de los hospitales en camiones; una mujer delirante que lo atribuía todo a los platillos volantes procedentes del espacio; un granjero que informó que un destacamento del ejército, armado con dos lanzacohetes, acababa de cavar una zanja endemoniadamente larga en un campo próximo a la carretera 71, al sur de Kansas City; otra media docena de personas con informaciones propias.

Entonces se oyó un crujido en la puerta exterior del estudio.

–¡Abra! –gritó una voz amortiguada –. ¡Abra en nombre del gobierno de Estados Unidos!

Ray consultó su reloj. Las doce menos cuarto.

–Bueno –dijo –, parece que han desembarcado los marines. Pero seguiremos recibiendo llamadas.

Se oyó un tableteo de fusiles automáticos y el pomo de la puerta cayó sobre la alfombra. Del agujero mellado brotaba humo azul. La puerta fue abierta a empujones e irrumpieron media docena de soldados, con máscaras antigás y uniforme de campaña.

–Varios soldados acaban de entrar en el estudio –informó Ray –. Están armados hasta los dientes y parecen dispuestos a empezar una operación de limpieza, como en la Francia de hace treinta y seis años. Exceptuando sus máscaras antigás...

–¡Desconecte! –vociferó un hombre fornido, con galones de sargento.

Estaba empinado al otro lado de los tabiques de cristal de la cabina de transmisión y blandía su fusil.

–No –respondió Ray, y cuando levantó el cigarrillo del cenicero vio que le temblaban los dedos –. Ésta es una emisora autorizada por la Comisión Federal de Comunicaciones –dijo –, y yo soy...

–¡Le revoco su jodida licencia! ¡Ahora *desconecte!*

–No –repitió Ray, y se volvió de nuevo hacia el micrófono –. Estimados radioyentes, me han ordenado desconectar el micrófono y me he negado, creo que con razón. Estos hombres se comportan como nazis, no como soldados norteamericanos. No voy a...

–¡Es su última oportunidad!

El sargento alzó el fusil.

–Sargento –dijo un soldado desde la puerta –. No creo que pueda...

–Si ese hombre agrega una palabra, matadlo –ordenó el sargento.

–Me parece que van a matarme –manifestó Ray Flowers.

Un instante después el cristal de la cabina voló hacia adentro y él cayó inerte sobre el panel de instrumentos. De alguna parte brotó un terrible chillido de acoplamiento, que fue aumentando de volumen. El sargento vació su cargador contra el panel y el ruido enmudeció. Las luces de la centralita telefónica seguían parpadeando.

–Muy bien –dijo el sargento, dando media vuelta –. Quiero llegar a Carthage a la una y no...

Tres de sus hombres dispararon simultáneamente, uno de ellos con un fusil sin retroceso que vomitaba sesenta balas con punta de gas por segundo. El sargento cayó de espaldas entre los restos del tabique de cristal. Una de sus piernas se convulsionó y la bota de campaña desprendió del marco más astillas de cristal.

Un soldado raso, con acné que le sobresalía de su rostro coloreado, estalló en lágrimas. Los otros se limitaron a permanecer allí muy conturbados. El olor de la cordita era pesado y embriagaba el ambiente.

–¡Nos lo hemos cargado! –gritó histéricamente el soldado –. ¡Dios santo, nos hemos cargado al sargento Peters!

Nadie replicó. Sus rostros seguían perplejos y sin comprender nada; aunque, más tarde desearon haberlo hecho antes. Era una especie de juego mortal; pero no era su juego.

El teléfono, que Ray Flowers había puesto en la horquilla del amplificador instantes antes de morir, profirió una serie de crujidos.

–¿Ray? ¿Estás ahí, Ray? –La voz era cansada, nasal –. He estado escuchando todo el rato tu programa, y mi marido también. Los dos deseamos decirte que sigas tu buen trabajo y que no permitas que te achanten. ¿De acuerdo, Ray? ¿Ray...?

COMUNICADO 234 ZONA 2 SECRETO LUCHA
DE: LANDON ZONA 2 NUEVA YORK
A: CREIGHTON COMANDANCIA
REF: OPERACIÓN CARNAVAL

NUEVA YORK ACORDONADA AÚN. OPERACIÓN DESEMBARAZAMIENTO DE CADÁVERES CONTINÚA ADELANTE, CIUDAD RELATIVAMENTE TRANQUILA. HISTORIA COBERTURA DESVELÁNDOSE MÁS RÁPIDO ESPERADO PERO HASTA AHORA TODO BAJO CONTROL. EN NUEVA YORK SUPERGRIPE MANTIENE MAYORÍA POBLACIÓN EN SUS CASAS. ESTIMAMOS MÁS DEL 50% DE TROPAS ENCARGADAS BARRICADAS EN PUNTOS ENTRADA/SALIDA (PUENTE GEORGE WASHINGTON PUENTE TRIBOOROUG PUENTE BROOKLYN TÚNELES LINCOLN Y HOLLAND MÁS ACCESOS LIMITADOS AUTOPISTAS DISTRITOS EXTERIORES) ESTÁN ENFERMOS SUPERGRIPE. MAYORÍA TROPAS AÚN

CAPACES DE SERVICIO ACTIVO Y REALIZÁNDOLO BIEN. TRES INCENDIOS FUERA DE CONTROL: HARLEM SÉPTIMA AVENIDA ESTADIO SHEA. DESERCIÓN DE LAS FILAS GRAN PROBLEMA. DESERTORES FUSILADOS SUMARIAMENTE. RESUMEN PERSONAL: SITUACIÓN AÚN VIABLE PERO DETERIORÁNDOSE LENTAMENTE. FIN COMUNICADO

LANDON ZONA 2 NUEVA YORK

En Boulder, Colorado, empezó a circular el rumor de que el centro de estudios atmosféricos del Servicio Meteorológico de Estados Unidos era en realidad una base de guerra biológica. Un discjockey medio delirante de Denver repitió el rumor por una emisora de frecuencia modulada. El 26 de junio, a las once de la noche, los habitantes de Boulder iniciaron un éxodo masivo. Desde Denver-Arvada despacharon una compañía de soldados para detenerlos, pero fue como enviar un hombre con una escobilla para limpiar una porqueriza. Más de once mil civiles, enfermos, asustados y obsesionados por la idea de alejarse del centro de estudios atmosféricos, los arrollaron.

A las once y cuarto, una tremenda explosión iluminó la noche en la sede del centro de estudios atmosféricos, en Broadway. Un joven extremista llamado Desmond Ramage había colocado en el vestíbulo ocho kilos de explosivo plástico, en principio reservados para varios tribunales y legislaturas de estados del Medio Oeste. El explosivo era excelente, pero el dispositivo de relojería resultó tosco. Ramage fue pulverizado junto con toda clase de inofensivos equipos meteorológicos y artefactos destinados a medir la contaminación por partículas.

Mientras tanto, continuó el éxodo desde Boulder.

COMUNICADO 771 ZONA 6 SECRETO LUCHA
DE: GARETH ZONA 6 LITTLE ROCK
A: CREIGHTON COMANDANCIA
REF: OPERACIÓN CARNAVAL

BRODSKY NEUTRALIZADO. REPITO BRODSKY NEUTRALIZADO, SE LE ENCONTRÓ TRABAJANDO EN UNA CLÍNICA IMPORTANTE. JUZGADO Y EJECUTADO SUMARIAMENTE POR TRAICIÓN A ESTADOS UNIDOS. ALGUNOS ENFERMOS INTENTARON INTERFERIR. 6 MUERTOS. 3 DE MIS HOMBRES HERIDOS LEVEMENTE. ZONA 6 FUERZAS DE ESTA ÁREA TRABAJAN A SÓLO 40% CAPACIDAD ESTIMÁNDOSE 25% AÚN EN SERVICIO ACTIVO AHORA ENFERMOS SUPERGRIPE. 15% DESERTORES. INCIDENTE MÁS SERIO RESPECTO PLAN CONTINGENCIA F PARA FRANK. SARGENTO T. L. PETERS DESTINADO CARTHAGE MO. EN SERVICIO CONTINGENCIA SPRINGFIELD MO. APARENTEMENTE ASESINADO POR NUESTROS PROPIOS HOMBRES. OTROS INCIDENTES DE SIMILAR NATURALEZA POSIBLES PERO SIN CONFIRMAR SITUACIÓN DETERIORÁNDOSE RÁPIDAMENTE. FIN COMUNICADO

GARFIELD ZONA 6 LITTLE ROCK

Cuando el atardecer se fue extendiendo en el cielo como un paciente anestesiado encima de una mesa, dos mil estudiantes que asistían a la Universidad Estatal de Kent, Ohio, se pusieron en el sendero de la guerra, haciéndolo a lo grande. Los dos mil alborotadores eran estudiantes de primer trimestre de verano, asistentes a un simposio para el futuro de la facultad de periodismo, ciento veinte miembros de un teatro experimental y doscientos socios de los Granjeros de América, rama de Ohio, cuya convención había coincidido con la difusión galopante de la supergripe. Todos ellos llevaban encerrados en el campus desde el 22 de junio, cuatro días atrás. Lo que sigue es una transcripción de las comunicaciones por radio de la policía de la zona, y abarca el período entre las 17.16 y las 17.22 horas.

–Unidad dieciséis, unidad dieciséis, ¿me recibes? Cambio.

Librodot

–Te recibo, unidad veinte. Cambio.

–Tenemos un grupo de muchachos que vienen por el paseo. Unos setenta tipos pendencieros diría yo... Ah, comprueba esto, dieciséis, tenemos otro grupo que llega en dirección opuesta... Caray, doscientos o más por ahí, a lo que parece. Corto.

–Unidad veinte, aquí la base. ¿Me recibe? Cambio.

–Le recibo por la cinco, base. Cambio.

–Mando a Chumm y Halliday para allá. Bloqueen la carretera con el coche. No tome más acciones. Si se hacen con usted, bájese los pantalones y disfrute. Nada de resistencia, ¿me recibe? Cambio.

–Recibo lo de no resistencia, base. ¿Qué están haciendo esos soldados por la parte este del paseo? Cambio.

–¿Qué soldados? Cambio.

–Eso pregunto yo, base. Son...

–Base, aquí Dudley Chumm. Oh, mierda, ésta es la unidad doce. Lo siento, base. Hay un grupo de chicos que viene por Burrows Drive. Unos ciento cincuenta. Se encaminan hacia el paseo. Canturreando o cantando. Pero, joder, capitán, vemos también soldados. Llevan máscaras antigás, me parece. Ah, parecen dispuestos en formación de escaramuza. Al menos eso parece. Cambio.

–Base a unidad doce. Únase a la unidad veinte al pie del paseo. Las mismas instrucciones. Nada de resistencia. Cambio.

–Recibido, base. Voy para allá. Cambio.

–Base, aquí unidad diecisiete. Habla Halliday, base. ¿Me recibe? Cambio.

–Le recibo, diecisiete. Cambió.

–Estoy detrás de Chumm. Hay otros dos centenares de chicos que vienen por el paseo. Llevan pancartas, como en los sesenta. Una dice «soldados tirad vuestros fusiles». Veo otra pancarta «La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad»: Ellos...

–Me importa un carajo lo que digan las pancartas, unidad diecisiete. Vaya allí con Chumm y Peters y bloquéelos. Parece como si se encaminaran hacia un tornado. Cambio.

–Recibido. Corto y cierro.

–Aquí el jefe Richard Burleigh de la seguridad del campus hablando a la jefatura de las fuerzas militares acampadas en el lado sur de este campus. Repito, soy el jefe Burleigh de la seguridad del campus. Sé que han estado interfiriendo nuestras comunicaciones, por lo tanto sobran esos jodidos engaños y reconocimientos. Cambio.

–Aquí el coronel Albert Philips, del ejército de Estados Unidos. Le escuchamos, jefe Burleigh. Cambio.

–Base, aquí la unidad dieciséis. Los chicos han llegado al monumento conmemorativo de la guerra. Al parecer se dirigen contra los soldados. Esto se está poniendo feo. Cambio.

–Aquí Burleigh, coronel Philips. Por favor, declare sus intenciones. Cambio.

–Mis órdenes son contener en el campus a los que están en él. Mi única intención es obedecer las órdenes recibidas. Si esas personas sólo se están manifestando, me parece muy bien... Pero si intentan quebrantar la cuarentena, eso es otra cosa. Cambio.

–No querrá decir...

–Quiero decir lo que digo, jefe Burleigh. Corto y cierro.

Librodot

–¡Philips! ¡Philips! ¡Respóndame, maldita sea! ¡Aquí no hay ninguna guerrilla! ¡Son sólo chicos! ¡No van armados! Ellos...

–Unidad trece a base. Esos chicos van en línea recta hacia los soldados. Ondean sus pancartas. Cantan aquella canción que solía cantar Joan Báez. Oh, mierda, creo que algunos están arrojando piedras. Ellos... ¡Oh, Dios mío! ¡No pueden hacer eso!

–¡Base a unidad trece! ¿Qué pasa ahí? ¿Qué sucede?

–Aquí Chumm, Dick. Te diré lo que está sucediendo. Es una matanza. Me gustaría estar ciego. ¡Oh, maldita sea! Están acribillando a esos chicos, creo que con ametralladoras. No se ha producido la menor advertencia. Los chicos que todavía se mantienen en pie... Se dispersan, corren hacia todos los puntos del campus. ¡Oh, mierda! ¡Acabo de ver a una chica cortada en dos por los disparos! Sangre... debe de haber sesenta u ochenta chicos caídos en el césped. Ellos...

–¡Chumm! ¡Ven aquí! ¡Ven aquí, unidad doce!

–Base, aquí unidad diecisiete. ¿Me recibes? Cambio.

–Te recibo, maldita sea. ¿Pero dónde está ese jodido de Chumm? Cambio.

–Chumm y Halliday creo... que salieron de los coches para verlo mejor. Enseguida regresamos, Dick. Ahora parece que los soldados se están disparando entre sí. No sé quién va a ganar ni me importa. Continuarán por nosotros. Cualquiera de nosotros que pueda regresar, que lo haga. Sugiero que nos refugiemos todos en el sótano y aguardemos a que se les acaben las municiones. Cambio.

–Maldita sea...

–Aún sigue el tiro al blanco, Dick. Y no bromeo. Corto.

Durante la mayor parte de este intercambio por radio el oyente podía escuchar ruidos sordos apagados de fondo, no muy diferentes a castañas crepitando al fuego. Incluso se percibían gritos apagados... y en los últimos cuarenta segundos el estrépito de las explosiones de los morteros.

Lo que sigue es una transcripción tomada de una banda especial de radio de alta frecuencia en el sur de California. La transcripción se realizó desde las 19.17 a las 19.20 horas del Pacífico.

–Massingil, zona diez. ¿Estás ahí, base azul? Este mensaje está codificado en Annie Oakley. Urgente. Adelante, si estás ahí. Cambio.

–Aquí Len, David. Nos podemos saltar la jerga. Nadie nos está escuchando.

–Aquí las cosas se hallan fuera de control... Los Ángeles se encuentra en llamas. La jodida ciudad entera y lo que la rodea. Todos mis hombres están enfermos, desertando o peleando junto con la población civil. Estoy en la sala de los tragaluces del Bank of America, oficina principal. Hay más de seiscientas personas tratando de entrar para pillarme. Y la mayoría de ellas pertenece al ejército regular. Las cosas se derrumban. El centro no resiste.

–¿Puedes salir?

–Diablos, no. Pero les daré a esa escoria algo en que pensar. Tengo aquí un rifle sin retroceso. ¡Maldita basura!

–Suerte, David.

–Y a ti también. Resiste cuanto puedas.

–Así lo haré.

–Yo no estoy tan seguro...

La comunicación verbal acabó en este punto. Se produjo un ruido de cosas aplastadas, crujidos metálicos, tintineo de cristales rotos. Voces que chillaban. Disparos de armas cortas, muy cerca

del radiotransmisor, tan cerca como para distorsionar las resonantes detonaciones de lo que parecía un rifle sin retroceso.

Voces que daban alaridos y rugían. Un sonido que zumbaba y rebotaba, un grito muy cerca del transmisor, un ruido sordo y luego el silencio.

A continuación, ésta es una transcripción de la banda de radio del ejército en San Francisco. Se efectuó de las 19.28 a las 19.30 horas del Pacífico.

–¡Soldados y hermanos! Hemos tomado la emisora de radio y el cuartel general de la Jefatura de mando. ¡Vuestros opresores han muerto! Yo, el Hermano Zeno, hasta hace unos momentos el sargento de primera Roland Gibbs, me proclamo primer presidente de la República de California del Norte... ¡Tenemos el control! ¡Tenemos el control! Si vuestros oficiales pretenden contrarrestar mis órdenes, disparadles como si fuesen perros... ¡Como a malditos perros! Tomad el número, el rango y el número de serie de los desertores... Haced una lista de los que hablen de sedición o traición contra la República de California del Norte... Está naciendo un nuevo día. ¡Los días del opresor han acabado! Somos...

Ráfagas de ametralladora. Gritos. Ruidos sordos y de porrazos. Disparos de pistola, más gritos, una ráfaga sostenida de ametralladora. Un quejido prolongado y moribundo. Tres segundos sin transmisión.

–Aquí el comandante Alfred Nunn, del ejército de Estados Unidos. Me he hecho cargo de control provisional y temporal de las fuerzas militares en el área de San Francisco. El puñado de traidores en este cuartel general ha recibido su merecido. Estoy al mando, repito, estoy al mando. La operación en curso proseguirá.

Los desertores de todas clases serán tratados como hasta ahora, sin consideración alguna, repito, sin consideración alguna. Soy ahora...

Voces de fondo:

–... a todos... ¡Cogedlos a todos! Muerte a los cerdos de la guerra...

Disparos de armas pesadas. Silencio en la radio.

A las 21.16 horas del Este, los que hasta este momento se encontraban lo suficientemente bien para ver la televisión en la zona de Portland, Maine, sintonizaron la WCSH-TV y observaron con atónito horror a un enorme negro, desnudo salvo por un taparrabos de cuero rosado y una gorra de oficial de Marina, obviamente enfermo, realizando una serie de sesenta y dos ejecuciones públicas.

Sus colegas, también negros, asimismo casi desnudos, todos con taparrabos y algún distintivo de rango, para demostrar que habían pertenecido en algún momento al ejército, iban provistos con armas automáticas y semiautomáticas. En el plató donde la audiencia de la emisora había contemplado en otras ocasiones debates políticos locales y el *Dialiang for Dollars,* había más miembros de esta junta negra que incluía tal vez a doscientos soldados vestidos de caqui, con fusiles y pistolas.

El fornido negro, con una amplia sonrisa que mostraba unos bien alineados dientes blancos en su rostro de carbón, empuñaba una pistola automática del 45 y se hallaba de pie al lado de un gran tambor de cristal. En un tiempo, que ya parecía miles de años atrás, aquel tambor había albergado recortes de guías telefónicas para el programa *Dialing for Dollars.*

Ahora le dio la vuelta, sacó un permiso de conducir y gritó:

–Soldado de primera clase Franklin Stern, un paso al frente...

Los hombres armados que flanqueaban la audiencia por todos los lados se inclinaron para mirar las tarjetas de los nombres, mientras un cámara novato abarcaba al público con temblorosas barridas.

Al final, un joven de cabello rubio claro, de no más de diecinueve años, fue puesto de pie, gritando y protestando, y llevado a la zona del plató. Dos negros le obligaron a ponerse de rodillas.

El hombre negro, estornudó, escupió flema y colocó la 45 en la sien del soldado raso Stern.

–¡No! –gritó Stern histéricamente –. ¡Estoy con usted, pongo a Dios por testigo que lo estaré! Yo...

–Enelnombredelpadredelhijoydelespíritusanto –entonó el negrazo sonriendo al mismo tiempo que apretaba el gatillo.

Saltó un borbotón de sangre y sesos detrás del lugar donde el soldado de primera clase Stern había sido obligado a arrodillarse.

Plaf...

El negro estornudó de nuevo y casi se derrumbó. Otro negro, éste en la sala de control (llevaba una gorra verde de instrucción y unos pantalones cortos de blanco inmaculado), pulsó el botón de APLAUDAN y, en la parte delantera del estudio para el público, el letrero destelló. Los soldados negros que vigilaban a los prisioneros/público alzaron sus armas en actitud amenazante y los cautivos soldados blancos, con los rostros brillando de sudor y terror, se pusieron a aplaudir con entusiasmo.

–¡El siguiente! –proclamó con voz ronca el gran negro del taparrabos. Y de nuevo hurgó en el tambor. Leyó la ficha y luego anunció –: Sargento de servicios técnicos Roger Petersen, un paso al frente...

Un hombre entre el público comenzó a aullar e intentó inútilmente escapar por las puertas posteriores. Segundos después, estaba ya en el plató. En la confusión, uno de los hombres de la tercera fila trató de quitarse la tarjeta con su nombre que llevaba prendida en su guerrera con un imperdible. Se oyó un disparo y se derrumbó en su asiento, con los ojos vidriosos, como si un aburrido programa le hubiera llevado a un adormecimiento parecido a la muerte.

Este espectáculo continuó hasta casi las once menos cuarto, cuando cuatro patrullas del ejército, llevando máscaras antigás y metralletas, irrumpieron en el estudio.

El negro del taparrabos fue abatido casi de inmediato, blasfemando, sudando, sacudido a balazos y disparando locamente su pistola automática. El renegado que había estado operando la cámara 2 murió de un disparo en el vientre y se inclinó hacia adelante para atrapar las tripas que le salían, mientras su cámara brindaba al público una penosa panorámica de los horrores. Los guardianes medio desnudos estaban contestando al fuego, y los soldados de las máscaras antigás barrían ya toda la zona del público. Los que se hallaban en medio, desarmados, en lugar de ser rescatados se encontraron con que su ejecución simplemente se había acelerado.

Un hombre joven y pelirrojo, con una salvaje expresión de pánico en el rostro, trepó sobre los respaldos de seis hileras de asientos como un profesional de circo sobre zancos antes de que sus piernas fuesen segadas por una ráfaga del 45. Otros se arrastraron por los pasillos enmoquetados entre las filas de butacas, con la cara contra el suelo, como les habían enseñado a arrastrarse bajo un fuego real de ametralladora en la instrucción básica. Un sargento de edad madura y pelo gris se puso en pie, con los brazos abiertos cual un artista invitado de la tele y gritó un « ¡Bastaaa...!», con toda la tuerza de sus pulmones. Un implacable fuego cruzado se centró en él y le hizo parecer una marioneta que se desintegraba. El fragor de los disparos y los gritos de los moribundos y heridos hicieron que los indicadores de la sala de control saltaran hasta más allá de los 50 decibelios.

El cámara cayó encima de la palanca del encuadre, y los telespectadores fueron obsequiados con una misericorde visión del techo del estudio durante el resto del intercambio de disparos. Los tiros disminuyeron durante cinco minutos en que hubo explosiones aisladas, y luego sólo prosiguieron los gritos.

A las once y cinco, el techo del estudio se vio reemplazado en las pantallas domésticas por la caricatura de un hombre que observaba lúgubremente un anuncio de televisión. El dibujo incluía un letrero que rezaba:

ROGAMOS DISCULPEN LA INTERRUPCIÓN A CAUSA DE PROBLEMAS TÉCNICOS.

Mientras, la noche se acercaba a su fin, y esto resultó también algo cierto para casi todo el mundo.

En Des Moines, a las 23.30 horas de la zona central, un viejo Buick cubierto con pegatinas religiosas (TOCA EL CLAXON SI AMAS A JESÚS, entre otras) cruzaba implacable las desiertas calles céntricas. A primera hora de aquel día se había producido un incendio en Des Moines que dejó carbonizados la mayor parte de la Hull Avenue y el Grandview Júnior College. Más tarde se habían producido disturbios y saqueos que destrozaron casi toda el área central.

Cuando el sol se ocultó, las calles se vieron llenas de inquietas turbas de personas, la mayoría de ellas menores de veinticinco años y con motos de manillar alto. Habían roto escaparates, robado televisores, llenado sus depósitos de gasolina en las estaciones de servicio, mientras trataban de encontrar algún arma. Ahora las calles estaban vacías. Algunos, sobre todo los motoristas, consumieron sus últimos ímpetus en la carretera 81. Pero casi todos se retiraron a sus casas y cerraron las puertas, sufriendo ya de la supergripe o presas del terror de pillarla, mientras la luz del sol se iba apagando. Ahora Des Moines se parecía al día siguiente de una desenfrenada fiesta de Nochevieja tras abatirse un invencible sueño sobre el último juerguista. Los neumáticos del Buick chirriaban y saltaban sobre los vidrios rotos de la calle y el coche giró hacia el oeste desde la Decimocuarta Avenida a Euclid Avenue, pasando ante dos coches que habían chocado de frente y que ahora yacían de lado con sus parachoques entrelazados como amantes después de un doble suicidio. En el techo del Buick había un altavoz, el cual comenzó a emitir chirridos y los primeros compases de un disco antiguo. Luego, atronando arriba y abajo de las espectrales y desiertas calles de Des Moines, irrumpió la aterciopelada y ronroneante voz de Mother Maybelle Carter, cantando *Keep on the Sunny Side.*

Mantente en la acera soleada,
siempre en la acera soleada.
Mantente en la acera soleada de la vida,
aunque tus problemas sean muchos.
Parecerá que no tienes ninguno,
si te mantienes en la acera soleada de la vida...

El viejo Buick cruzó de un lado a otro, realizando trayectorias zigzagueantes, bandazos, dando la vuelta a la misma manzana tres o cuatro veces. Cuando pasaba por un bache, o por encima de un cadáver, el disco daba un salto.

A las doce menos veinte, el Buick se acercó a un bordillo y se detuvo. Luego, se puso de nuevo en marcha. El altavoz atronó entonces con la canción de Elvis Presley *The Old Rugged Cross.* Un viento nocturno azotó las copas de los árboles e hizo oscilar una última voluta de humo de las achicharradas ruinas del instituto.

Librodot

Del discurso del presidente, transmitido a las nueve de la noche, hora del Este, y que no se vio en numerosas zonas.

«... una gran nación, como ésta debe ser. No podemos permitirnos temer a la oscuridad como los niños. Pero tampoco podemos tomar a la ligera esta seria epidemia de gripe. Compañeros norteamericanos, os insto a que os quedéis en casa. Si os sentís enfermos, meteos en la cama, tomad aspirinas y bebed mucho líquido. Confiad en que os encontraréis mejor en una semana. Permitidme que os repita lo dicho al principio de mi comparecencia de esta noche. No hay ninguna verdad en el rumor de que esta cepa de gripe sea mortal. En la inmensa mayoría de los casos, la persona afectada puede confiar en levantarse y sentirse bien al cabo de una semana. Además... –Un acceso de tos –. Además, existe un perverso rumor propagado por ciertos grupos radicales contra todo lo establecido de que esta cepa de gripe ha sido algo incubado por el gobierno para un posible empleo militar. Amigos estadounidenses, eso es una clara y tajante falsedad, y quiero declararlo aquí y ahora. Este país firmó los acuerdos revisados de Ginebra sobre gases tóxicos y guerra biológica, con absoluta buena conciencia y buena fe. Ni ahora ni en ningún momento... –un acceso de estornudos – hemos dedicado ninguna partida del presupuesto a la fabricación clandestina de sustancias en violación de la Convención de Ginebra. Ésta es una epidemia de gripe moderadamente grave, nada más... Acabamos de recibir informes de que la epidemia se ha extendido a otros países, incluyendo Rusia y la China Roja. Por lo tanto, nosotros... –otro acceso de tos y estornudos – os pedimos que conservéis la calma y os tranquilicéis al saber también que, a finales de esta semana o principios de la próxima, estará ya disponible una vacuna contra la gripe para aquellos que aún no hayan mejorado. En algunas zonas se ha recurrido a la Guardia Nacional para proteger a la población contra vándalos y saqueadores. Pero son falsos por completo los rumores de que algunas ciudades hayan sido "ocupadas" por fuerzas del ejército o que la información haya sido manipulada. Americanos, esto es una falsedad y quiero alegar aquí y ahora que...»

Pintadas en la fachada de la Primera Iglesia Baptista de Atlanta, con espray rojo:

«Querido Jesús, te veré pronto. Tú amiga, América. Posdata: Confío en que aún tengas plazas libres para este fin de semana.»

27

El 27 de junio por la mañana, Larry Underwood se hallaba sentado en un banco de Central Park, mirando los animales del zoológico. Detrás de él, la Quinta Avenida estaba atestada de coches silenciosos. Sus propietarios habían muerto o huido. Más abajo, muchas de las lujosas tiendas habían quedado reducidas a escombros humeantes.

Desde su banco, Larry veía un león, un antílope, una cebra y un mono. Todos, menos el mono, estaban muertos. Larry sospechaba que no los había matado la gripe. Dios sabía cuánto hacía que no les daban alimento ni agua, y eso había acabado con ellos. Excepto con el mono, el cual durante las tres horas que Larry llevaba sentado allí, se había movido cuatro o cinco veces.

Fue capaz de eludir la muerte por inanición o sed, pero tenía todos los síntomas de la supergripe. Era evidente que sufría mucho. Éste era un mundo cruel.

A su derecha, el reloj donde figuraban todos los animales dio las once. Las figuras que antaño habían deleitado a los niños ya no tenían público. El oso tocó la corneta, un mono mecánico que nunca se pondría enfermo pero acabaría quedándose sin cuerda tocó el tamboril, el elefante golpeó el bombo con la trompa. Concierto del fin del mundo en arreglo para figuras de relojería.

Al cabo de un rato el reloj enmudeció. Oyó de nuevo los gritos roncos, ahora misericordiosamente amortiguados por la distancia. El heraldo de los monstruos se encontraba hacia la izquierda de Larry, quizá en el campo de juegos Heckscher. Tal vez se caería en la piscina que había y se ahogaría.

–¡Vienen los monstruos! –clamaba la voz apagada, ronca.

Esa mañana se habían disipado las nubes y el día era radiante y caluroso. Desde el zoológico llegaba el zumbido soporífero de las moscas que se posaban sobre los animales muertos.

–¡Ya llegan los monstruos! –vociferó el heraldo.

Era un hombre alto, de unos sesenta y cinco años, según los cálculos de Larry. Lo había oído por primera vez la noche anterior, que había pasado en el hotel Sherry–Netherland. Mientras la oscuridad pesaba sobre la ciudad, insólitamente silenciosa, la voz débil, ululante, había parecido estentórea y lúgubre, la de un Jeremías lunático flotando por las calles de Manhattan, resonando y deformándose. Larry, insomne en la colosal cama de matrimonio, con todas las luces de la suite encendidas, había adquirido la convicción irracional de que el heraldo de los monstruos lo buscaba a él, lo rastreaba, como a veces lo hacían las criaturas de sus frecuentes pesadillas. Durante largo rato tuvo la impresión de que la voz sonaba cada vez más próxima.

–¡Vienen los monstruos! ¡Los monstruos se acercan! ¡Están en los suburbios!

Creía que la puerta de la suite, cerrada con tres vueltas de llave, sería derribada, y el heraldo de los monstruos aparecería allí... Pero no con fisonomía de ser humano sino de ogro gigantesco, con cabeza de perro y ojos de mosca grandes como platos y dientes rechinantes.

Sin embargo, Larry lo había visto esa mañana en el parque y era sólo un viejo chiflado que usaba pantalones de cuero, sandalias y gafas con montura de carey, una de cuyas patillas estaba sujeta con esparadrapo. Larry intentó hablarle y el heraldo de los monstruos huyó despavorido, gritando por encima del hombro que los monstruos aparecerían en las calles de un momento a otro. Tropezó con un alambre tendido a la altura de los tobillos y cayó despatarrado sobre uno de los senderos para ciclistas. Sus gafas volaron por el aire pero no se rompieron. Así fue cómo el pánico que le inspiraba a Larry se transformó, en doce horas, en una sensación de hastío y ligera irritación.

En el parque había otras personas, y Larry habló con algunas de ellas. Todas se parecían mucho entre sí. Y supuso que él tampoco era muy distinto. Estaban aleladas, hablaban de forma inconexa y al parecer no podían dejar de buscar con las manos las mangas de su interlocutor. Las historias que contaban eran todas similares. Sus amigos y parientes estaban muertos o moribundos. Habían habido tiroteos en las calles, se había producido un gran incendio en la Quinta Avenida y... ¿era cierto que ya no existía Tiffany's? ¿Podía ser cierto eso? ¿Quién limpiaría las calles? ¿Quién recogería la basura? ¿Convendría que se fueran de Nueva York? Habían oído decir que las tropas bloqueaban todos los puntos de salida. A una mujer la aterrorizaba la posibilidad de que las ratas salieran de las alcantarillas e invadieran la Tierra, lo cual le hizo evocar a Larry, con desasosiego, lo que él también había pensado el día de su regreso a Nueva York. Un joven que masticaba patatas fritas le informó locuaz que iba a realizar la ambición de su vida: iría al Yankee Stadium, correría desnudo alrededor del campo, y después se masturbaría en la base de meta.

–Es la gran oportunidad de mi vida, tío –le dijo a Larry, guiñó ambos ojos y después se alejó masticando patatas fritas.

Muchas de las personas que veía en el parque estaban enfermas, pero pocas morían allí. Quizá las asustaba la idea de que los animales pudieran merendárselas y, cuando sentían que el fin estaba próximo, se arrastraban hasta sus casas. Esa mañana Larry tuvo un solo encuentro con la muerte, y con eso le bastó. Había caminado por un sendero hasta los lavabos. Al abrir la puerta halló un cadáver sentado, sonriente y con la cara infestada de gusanos. Tenía las manos apoyadas sobre los muslos desnudos y sus ojos hundidos miraban fijamente los de Larry. Un nauseabundo olor dulzón lo azotó como si el hombre hubiera sido una rancia golosina abandonada a las moscas en medio de toda la confusión. Larry cerró violentamente la puerta, pero ya era tarde. Vomitó los copos de maíz que había tomado para desayunar y continuó haciendo arcadas con el estómago vacío. Dios mío, rezó, mientras volvía tambaleándose al zoológico, si me oyes, y si hoy aceptas peticiones, te ruego que en este día no me hagas ver otro cuadro parecido. Me basta con los chiflados, y esto otro es más de lo que puedo soportar.

Ahora, sentado en ese banco (el heraldo de los monstruos se había puesto fuera del alcance de sus oídos, al menos de momento), Larry comprobó que estaba pensando en las Series Mundiales de cinco años atrás. Resultaba bueno recordarlo porque, según le parecía ahora, aquélla había sido la última vez en que fue feliz por completo, en perfecto estado físico, la mente serena y sin trabajar contra sí misma.

Eso fue poco antes de que Rudy y él se peleasen. Aquella pelea había sido algo trivial, y si alguna vez veía a Rudy (nunca se sabe, le dijo su mente con un suspiro), le pediría disculpas. Volvería y le besaría los zapatos, si eso era lo que él necesitaba para que las cosas funcionaran de nuevo.

Habían empezado a viajar por el país con el viejo y destartalado Mercury de 1968 al que se le hizo polvo la transmisión en Omaha. Decidieron trabajar un par de semanas, luego hacer autostop hacia el Oeste, trabajar otro par de semanas y, a continuación, un poco más de autostop. Pasaron un tiempo trabajando en una granja en el oeste de Nebraska, cerca de la zona fronteriza. Una noche, Larry perdió sesenta dólares en una partida de póquer. Al día siguiente tuvo que pedirle a Rudy un préstamo para salir del apuro. Llegaron a Los Ángeles un mes después, y Larry fue el primero en conseguir un empleo, si puede llamarse así a ejercer de lavaplatos por el salario mínimo. Una noche, tres semanas después, Rudy suscitó el asunto del préstamo. Le explicó que había encontrado a un tipo que le recomendó una agencia de colocaciones realmente buena, que nunca fallaba, pero que la tarifa era de veinticinco pavos. Y daba la casualidad de que ésa era la cantidad a que ascendía el préstamo que había hecho a Larry después de la partida de póquer. Normalmente, le explicó Rudy, no se lo hubiera pedido, pero...

Larry protestó y alegó que ya le había devuelto el préstamo. Si Rudy necesitaba los veinticinco, pues muy bien; pero que él nunca había creído que le haría pagar el mismo préstamo dos veces.

Rudy le contestó que no quería un *donativo;* que sólo deseaba el dinero que le *debía,* y que tampoco estaba interesado en todo aquel palique de Larry Underwood. «Vaya –le respondió Larry, intentando soltar una carcajada desenfadada –, jamás imaginé que necesitase pedirte un recibo, Rudy. Pero veo que estaba en un error.»

Aquello había ido en aumento hasta convertirse en una discusión seria, al punto de casi llegar a las manos. Y al final, el rostro de Rudy se puso colorado. «Así eres tú, Larry –le gritó –, así eres tú siempre. Ésa es tu forma de ser. Creía que nunca acabaría de aprender la lección, pero al final lo he conseguido. Vete a la mierda, Larry.»

Rudy se fue, y Larry le siguió hasta las escaleras de aquella barata casa de habitaciones, hurgando en la cartera que llevaba en el bolsillo trasero. Allí tenía tres billetes de diez muy bien doblados en un compartimiento secreto debajo de las fotos. Los arrojó detrás de Rudy. « ¡Vamos, jodido embustero! ¡Cógelos! ¡Coge el maldito dinero!»

Rudy dio un gran portazo y salió a la noche, hacia cualquier mísero destino que los Rudy de este mundo pudiesen esperar. No miró hacia atrás. Larry se quedó al pie de la escalera, jadeando. Al cabo de un rato empezó a buscar sus tres billetes de diez dólares, los reunió y los colocó de nuevo en su sitio.

Ahora, al pensar en este incidente, después de tantos años, quedó convencido de que Rudy tenía razón. Sí, estaba completamente seguro. Pero incluso aunque se los hubiera *devuelto,* ya que ambos eran amigos desde los años escolares y, pensándolo bien, a Larry siempre le faltaban diez centavos para la matinal del sábado porque se había comprado algún bombón de licor o un par de barras de caramelo mientras iba de camino para encontrarse con Rudy, o le pedía prestados veinticinco centavos para redondear su dinero para la comida en la escuela, o siete centavos del cambio del autobús. Con el paso de los años, había llegado a reunir de Rudy hasta cincuenta dólares en monedas, incluso tal vez un centenar. Cuando Rudy le pidió los veinticinco, Larry recordó la manera en que se había envarado. Su cerebro restó veinticinco dólares de los tres billetes

de diez, y le dijo: Eso sólo te deja cinco pavos. Por lo tanto, ya se lo has devuelto. No estoy muy seguro de cuándo, pero lo hiciste. No discutamos más de este asunto.

Y nunca más lo habían hecho. Pero después de eso se quedó solo en la ciudad. No tenía amigos, ni siquiera había intentado hacer ninguno en el bar donde trabajaba. El hecho era que creía que todo el mundo que trabajaba allí tenía mal carácter, desde el cocinero jefe hasta las camareras de culo contoneante que mascaban chicle. Todo era una birria. Sí, realmente había creído que todos los de Tony's Feed Bag eran una birria, menos él, el santito, el que estaba muy cerca de alcanzar el éxito (y uno tenía que creérselo). Larry Underwood. Solo en un mundo de soplapollas, se sentía tan dolorido como un perro apaleado y con tanta nostalgia de su hogar como un hombre perdido en una isla desierta. Comenzó a pensar cada vez más en comprar un billete de autobús y regresar a Nueva York.

En otro mes, tal vez en otras dos semanas, lo hubiera hecho así... Pero estaba Yvonne.

Conoció a Yvonne Wetterlen en un cine situado a dos manzanas del club donde ella trabajaba como bailarina *top–less.* Cuando acabó el segundo pase, ella se había puesto a llorar y a buscar un bolso en torno de su asiento. Llevaba allí el permiso de conducir, y también su chequera, el carné del sindicato, su tarjeta de crédito, una fotocopia de su partida de nacimiento y la tarjeta de la Seguridad Social. Aunque probablemente se lo habían robado, Larry no dijo nada y ayudó a la chica a buscar el bolso. A veces se tenía la sensación de vivir realmente en un mundo de maravillas, porque él lo encontró tres filas de asientos más allá cuando ya estaban a punto de renunciar a la empresa. Supuso que habría emigrado hasta allí a causa de que la gente movía los pies mientras miraba la película, que había sido un tanto soporífera. Ella lo abrazó y lloró mientras le daba las gracias. Larry, sintiéndose el Capitán América, le dijo que le gustaría llevarla a tomar unas hamburguesas o algo parecido para celebrarlo, pero que estaba muy mal de dinero. Yvonne le dijo que ella se encargaría de eso. Larry, el gran príncipe, se mostró muy seguro de que ocurriría así.

Empezaron a verse y en menos de dos semanas mantenían ya un romance en toda regla. Larry encontró un trabajo de dependiente en una librería, y consiguió una actuación para cantar con un grupo llamado The Hotshot Rhythm Rangers & All-Time Boogie Band. El nombre era lo mejor que tenía el grupo. Pero el guitarra rítmico era Johnny McCall, que más tarde formaría los Tattered Remnants, que sí eran un grupo bastante bueno.

Larry e Yvonne empezaron a vivir juntos, y para Larry todo cambió. Parte del asunto radicaba en tener un piso, el suyo propio, y en poder pagar la mitad del alquiler. Yvonne puso unas cortinas, compraron unos muebles baratos y acabaron de complementarlos, tras lo cual otros miembros del grupo y varias amigas de Yvonne empezaron a dejarse caer por allí. El piso era muy claro durante el día; por la noche, una fragante brisa de California, que parecía cargada del olor de los naranjos aunque la única cosa de que podía estar cargada era de contaminación, penetraba por las ventanas. A veces no acudía nadie. Entonces, Yvonne y él se limitaban a ver la tele y, en ocasiones, ella le traía una lata de cerveza, se sentaba en el brazo de su sillón y le acariciaba el cuello. Era su propio piso, un hogar, maldita sea. Muchas veces permanecía despierto tumbado en la cama por la noche, con Yvonne dormida a su lado, y se maravillaba de lo bien que se sentía. Luego se deslizaba con suavidad en el sueño, dormía como un bendito y no se acordaba de Rudy Marks. Por lo menos, no demasiado.

Vivieron juntos catorce meses, y todo fue muy bien hasta las seis últimas semanas, cuando Yvonne se convirtió en un bicho, y lo único que le quedó a Larry de todo aquello fueron las Series Mundiales. Se pasaba el día en la librería y luego acudía a casa de Johnny McCall y los dos (el grupo al completo sólo ensayaba los fines de semana, porque los otros dos tipos tenían empleos nocturnos) trabajaban en algún nuevo material o sólo en aquellos temas antiguos, a los que Johnny llamaba los «auténticos», como *Nobody but Me y Double Shot of My Baby's Love.*

Después se marchaba a casa, a *su* casa, e Yvonne le tenía ya preparada la cena. Nada de la mierda de comidas precocinadas que anunciaban por la tele. Genuina cocina casera. La chica estaba

Librodot

muy bien preparada. Después se iban a la sala de estar, encendían el televisor y veían las Series Mundiales. Más tarde hacían el amor. Todo parecía estupendo y nada hacía pensar que no lo fuera. Ni una sola cosa le atormentaba. Nada había sido tan bueno hasta entonces. Nada.

Se percató de que lloraba un poco, y se sintió irritado al pensar que se comportaba como un pobre jubilado, llorando al sol en Central Park. Pero después recapacitó. Tenía derecho a llorar por lo que había perdido, tenía derecho a estar traumatizado, si era eso lo que le pasaba.

Su madre había fallecido hacía tres días. Había muerto en una litera, en un pasillo del hospital Mercy, hacinada con otros miles de pacientes que también se afanaban por morir. Larry se hallaba arrodillado junto a ella cuando expiró, y pensó que enloquecería al ver morir a su madre mientras en torno a él se elevaba el hedor de la orina y los excrementos; la barahúnda infernal de los delirantes, los sofocados y los locos; los clamores de los afligidos. Al final ella no lo reconoció, no había habido un último momento de lucidez. Su pecho se detuvo en mitad de un resuello y se desinfló poco a poco, como un neumático pinchado bajo el peso del automóvil. Él permaneció diez minutos acuclillado junto a ella, sin saber qué hacer, pensando confusamente que debería esperar que alguien le firmara un certificado de defunción o le preguntara qué había sucedido. Pero lo ocurrido estaba claro: sucedía en todas partes. Y estaba igual de claro que aquel lugar era un manicomio. No se le acercaría un joven médico con aplomo para darle sus condolencias y agilizar los trámites funerarios. Tarde o temprano se la llevarían como si fuera un saco de avena, y él no quería presenciar esa escena. El bolso de su madre estaba debajo de la litera. Encontró una estilográfica, un imperdible y un talonario de cheques. Arrancó de éste una hoja de impresos y escribió el nombre de su madre, su dirección y, después de practicar una resta mental, su edad. La prendió en el bolsillo de la blusa de su madre con el imperdible y se echó a llorar. La besó en la mejilla y se marchó, siempre llorando. Tenía la impresión de ser un desertor. Una vez fuera, se sintió un poco mejor, aunque en ese momento las calles estaban llenas de locos, enfermos y patrullas militares.

Y ahora se hallaba sentado en este banco y se dolía por cosas más generales: por la pérdida de la jubilación por parte de su madre, por la pérdida de su propia carrera, por aquella época en Los Ángeles en que había estado mirando las Series Mundiales con Yvonne, sabiendo que después vendría la cama y hacer el amor, y por Rudy. Sobre todo se dolía por Rudy y deseaba haberle pagado aquellos veinticinco dólares con una sonrisa y un encogimiento de hombros, ahorrándose los seis años que había perdido.

El mono murió a las doce menos cuarto.

Estaba sentado en su columpio, apático, con las manos unidas debajo del mentón y de pronto parpadeó, cayó hacia adelante y se estrelló contra el cemento con un chasquido horrible y definitivo.

Larry no quiso seguir allí. Se levantó y echó a caminar con paso indiferente hacia el amplio paseo donde se levantaba el quiosco de música. Hacía unos quince minutos había oído al heraldo de los monstruos, muy lejos; pero ahora el único ruido parecía el repiqueteo de sus propios tacones sobre el pavimento y el gorjeo de los pájaros. Al parecer, la gripe no atacaba a los pájaros. Dichosos ellos.

Cuando se acercó al quiosco vio a una mujer sentada en uno de los bancos frente a él. Quizá tuviera cincuenta años, pero se había esforzado mucho por parecer más joven. Vestía una blusa campesina de seda que le dejaba los hombros desnudos... Claro que, pensó Larry, por lo que él sabía las campesinas no podían permitirse el lujo de usar sedas. Al oír las pisadas de Larry miró en torno. Sostenía una píldora en la mano y se la arrojó despreocupadamente a la boca como si fuera un cacahuete.

–Hola –dijo Larry.

La mujer tenía las facciones serenas y ojos azules que reflejaban una inteligencia aguda. Usaba gafas con montura de oro y su bolso estaba ribeteado con algo que ciertamente parecía visón. Llevaba cuatro anillos: una sortija de boda, dos diamantes y una esmeralda ojo de gato.

–Oh, no soy peligroso –agregó Larry.

Supuso que ésta era una frase ridícula, pero ella debía lucir unos veinte mil dólares en los dedos. Claro que también podrían ser piedras falsas; pero no tenía aspecto de aficionada a las baratijas.

–No, no pareces peligroso –contestó ella –. Ni enfermo.

Al pronunciar la última palabra alzó un poco la voz, convirtiendo el aserto en casi una pregunta cortés. No estaba tan serena como parecía a primera vista. Tenía un pequeño tic en la parte lateral del cuello, y tras el brillo de inteligencia de los ojos asomaba la misma conmoción embotada que Larry había visto en sus propios ojos esa mañana, al afeitarse.

–No, no creo estarlo. ¿Y tú?

–En absoluto. ¿Sabes que llevas un envoltorio de helado pegado al zapato?

Larry comprobó que era así. Esto le hizo sonrojarse, porque sospechaba que le habría informado en el mismo tono de que tenía la bragueta desabrochada. Se apoyó sobre una pierna y trató de arrancarlo.

–Pareces una cigüeña. Prueba sentado. Me llamo Rita Blakemoor.

–Mucho gusto. Yo soy Larry Underwood.

Se sentó. Ella le tendió la mano y él se la estrechó con delicadeza, cerrando los dedos sobre los anillos. Después desprendió el papel del zapato y lo arrojó en una papelera al lado del banco, donde se leía: ÉSTE ES SU PARQUE, CONSÉRVELO LIMPIO. Toda aquella operación le pareció cómica. Echó la cabeza hacia atrás y rió. Era la primera risa auténtica desde que había encontrado a su madre tumbada en el suelo del apartamento. Se sintió aliviado al descubrir que reír seguía siendo agradable.

Rita Blakemoor se rió de él y con él, y volvió a impresionarlo su atractivo informal pero elegante. Parecía una mujer extraída de una novela de Irwin Shaw. *Nightwork,* tal vez, o la que habían adaptado para la televisión hacía unos años.

–Cuando oí que te acercabas casi me escondí –explicó ella –. Pensé que probablemente se trataba del hombre de las gafas rotas y filosofía extravagante.

–¿El heraldo de los monstruos?

–¿Es así como le llamas tú o como se autodesigna él?

–Lo llamo yo.

–Muy apropiado –asintió ella, abriendo su bolso ribeteado (quizá) de visón y sacando un paquete de cigarrillos mentolados –. Me recuerda a un Diógenes lunático.

–Sí, lo único que hace es buscar un monstruo honrado –comentó Larry, y volvió a reír.

Ella encendió el cigarrillo y exhaló una bocanada de humo.

–Él tampoco está enfermo –agregó Larry –. Pero la mayoría de los otros sí lo están.

–El portero de mi edificio parece muy sano –informó Rita –. Sigue en su puesto. Esta mañana le di cinco dólares de propina al salir, no sé si porque estaba sano o porque estaba en su puesto. ¿Qué opinas?

–No te conozco lo suficiente para opinar.

–No, claro que no.

Librodot

Volvió a guardar el tabaco en el bolso y él vio que en el interior había un revólver. Rita siguió la dirección de su mirada.

–Pertenecía a mi esposo. Era ejecutivo de carrera en un banco de Nueva York. Así lo enunciaba él cuando le preguntaban cómo se ganaba la vida. Soy–ejecutivo–de–carrera–en–uno–de–los–grandes–bancos–de–Nueva–York.

«Falleció hace dos años. Estaba cenando con uno de esos árabes que parecen haberse frotado todas las partes del cuerpo con bronceador. Tuvo un infarto fulminante. Murió con la corbata puesta. ¿Te parece que éste podría ser el equivalente, en nuestra generación, de morir con las botas puestas? Harry Blakemoor murió con la corbata puesta. Me gusta, Larry.

Un pinzón se posó frente a ellos y picoteó el suelo.

–Tenía un miedo patológico a los ladrones y por eso compró este revólver. ¿Los revólveres reculan realmente y producen un ruido atronador cuando disparan, Larry?

Larry, que no había disparado un arma en su vida, contestó:

–No creo que uno de estas dimensiones recule mucho. ¿Es un treinta y ocho?

–Un treinta y dos.

Rita lo sacó del bolso y él vio que también contenía muchos frasquitos de píldoras. Esta vez ella no siguió la dirección de su mirada. Observaba un arbusto de zarzaparrilla que crecía unos cinco metros más allá, frente a ellos.

–Creo que haré la prueba. ¿Te parece que puedo acertarle a ese arbolito?

–No lo sé –respondió él, con aprensión –. No creo...

Rita apretó el gatillo y el revólver produjo una detonación bastante fuerte. En el tronco del arbusto apareció un pequeño orificio.

–¡Diana! –exclamó ella, y sopló el humo del cañón como una tiradora profesional.

–Excelente –reconoció Larry, y cuando ella volvió a guardar el arma en el bolso su corazón recuperó el ritmo normal.

–No podría dispararle a un ser humano. Estoy segura de ello. Y pronto no habrá contra quién tirar, ¿verdad?

–Oh, no lo sé.

–Vi que mirabas mis anillos. ¿Quieres uno?

–¿Eh? ¡No!

Empezó a sonrojarse de nuevo.

–Como banquero, mi marido creía en los diamantes. Creía en ellos igual que los baptistas creen en el apocalipsis. Tengo muchísimos diamantes y están todos asegurados. No sólo éramos dueños de parte del yacimiento, mi Harry y yo, sino que a veces yo creía que teníamos un derecho legal sobre él. Pero si alguien quisiera mis diamantes, se los regalaría. Al fin y al cabo han vuelto a ser simples trozos de roca, ¿no es cierto?

–Supongo que sí.

–Claro que sí –insistió ella, y el tic de su cuello volvió a manifestarse –. Y si me los pidiera un asaltante, no sólo se los entregaría, sino que le daría además la dirección de Cartier. Su surtido de piedras es mucho mejor que el mío.

–¿Qué harás ahora? –preguntó Larry.

–¿Tú qué sugieres?

–Pues no lo sé –respondió él, y suspiró.

–Es exactamente lo que contesto yo.

–¿Sabes una cosa? Esta mañana vi a un tipo que dijo que iría al Yankee Stadium y se haría una pa... se masturbaría en la base de meta. ¿Qué te parece?

–Qué caminata tan espantosa –exclamó Rita –. ¿Por qué no le sugieres un lugar más próximo?

Suspiró y el suspiro se transformó en estremecimiento. Abrió el bolso, sacó un frasco de píldoras y tragó una cápsula gelatinosa.

–¿Qué es eso?

–Vitamina E –contestó ella, con una sonrisa radiante y falsa. El tic del cuello vibró una o dos veces y después Rita volvió a serenarse.

–No hay nadie en los bares –comentó Larry de pronto –. Entré en Pat's, en la calle Cuarenta y tres, y estaba vacío. Tienen ese inmenso mostrador de caoba, y yo me metí detrás y vertí Johnny Walker en un vaso de agua hasta llenarlo. Después no quise quedarme allí. De modo que lo dejé sobre el mostrador y me fui.

Suspiraron al unísono.

–Eres muy simpático –dijo –. Me gustas mucho.

–Gracias, señora Blakemoor. –El se sintió sorprendido y complacido.

–Rita. Llámame Rita.

–Muy bien.

–¿Tienes apetito, Larry?

–En verdad, sí.

–Quizá accederías a invitar a una dama a almorzar.

–Con mucho gusto.

Rita se levantó y le ofreció el brazo con una sonrisa ligeramente petulante. Cuando él lo enlazó con el suyo le llegó una vaharada de su perfume, un aroma al mismo tiempo reconfortante e inquietante por las asociaciones que tenía para él. Era el mismo perfume que se desprendía de la bolsita de polvos que su madre llevaba cuando iban juntos al cine, cosa que hacían con frecuencia.

Después se olvidó de esto, mientras salían del parque y se encaminaban por la Quinta Avenida, alejándose del mono muerto, del heraldo de los monstruos y de la tétrica golosina que estaría sentada por los tiempos de los tiempos en los lavabos. Rita parloteaba sin cesar y, más adelante, él no podría recordar absolutamente nada de lo que le había dicho. Sí, recordaba algo, una sola cosa: ella siempre había soñado, afirmó, con pasearse por la Quinta Avenida agarrada del brazo de un joven apuesto, un joven que podría haber sido él pero no lo era.

De todos modos, siguió evocando la caminata, en especial después de que ella empezara a desarticularse como un juguete mal montado. Su bella sonrisa, su cháchara frívola, cínica, informal, el susurro de sus pantalones.

Entraron en un restaurante y Larry cocinó. Con relativa torpeza, pero ella aplaudió cada plato; la carne asada, las patatas fritas, el café instantáneo, el pastel de fresas y ruibarbo.

28

Había un pastel de fresas en la nevera. Estaba cubierto con papel celofán, y después de contemplarlo con expresión embotada y perpleja, Frannie lo sacó. Lo depositó encima de la mesa y cortó una porción. Una fresa cayó sobre el tablero con un chasquido fláccido, mientras ella colocaba la porción en un platito. Cogió la fresa y se la comió. Limpió con un trapo la

pequeña mancha de jugo, volvió a cubrir el resto del pastel con el celofán y lo guardó en la nevera.

Estaba girando para coger la porción de pastel cuando vio el colgador de cuchillos contiguo a los armarios. Lo había confeccionado su padre. Tenía dos correderas magnetizadas y los cuchillos colgaban de ellas, con las hojas hacia abajo. El sol de la tarde se reflejaba sobre los filos. Frannie los miró durante largo rato, sin que se modificara la expresión opaca, parcialmente curiosa, de sus ojos, mientras sus manos jugaban con los pliegues del delantal que tenía ceñido a la cintura.

Por fin, al cabo de un cuarto de hora, recordó que estaba haciendo algo. ¿Qué? Sin ninguna razón en particular, le vino a la mente una línea de escritura, un párrafo. «Antes de quitar la paja de ojo ajeno, vigila la viga en el tuyo.» Lo consideró. ¿Una paja? ¿Una viga? Esa imagen en particular siempre le había preocupado. ¿Qué clase de viga?[1] ¿La de un rayo de luna? ¿Una viga de techo? Había vigas de muchas clases e incluso en Nueva York hubo un alcalde llamado Beame, sin mencionar una canción que había aprendido en la Escuela Bíblica de Vacaciones: *Yo seré un rayo de luz para él.*

–Antes de quitar la paja del ojo ajeno...

Pero no se trataba de un ojo sino de un pastel. Se volvió. Una mosca se paseaba por su pastel. Agitó la mano y la ahuyentó.

Miró la porción de tarta durante largo rato. Sabía que sus padres estaban muertos. Su madre había fallecido en el hospital Sanford y su padre, que antaño le había hecho sentirse cómoda en su taller, yacía muerto en la cama del primer piso. ¿Por qué todo tenía que ocurrírsele en rimas que se concretaban en bromas tontas y malévolas, como un idiota juego mnemotécnico que se presenta en caso de fiebre? «Pulgas tiene mi perro y se las muerde encima de un cerro...»

De repente recuperó el sentido de la realidad y una especie de pánico la embargó. En el cuarto había un olor... Algo se estaba quemando.

Frannie volvió la cabeza y vio una sartén con patatas que había puesto a freír y luego había olvidado. El humo estaba saliendo de la sartén y formaba una maloliente nube. El aceite se disparaba en coléricas salpicaduras, y las que ya habían aterrizado en los quemadores se encendían con fuerza y se alzaban, como si un invisible hornillo de butano estuviera siendo avivado por una mano también invisible. El fondo de la sartén se había ennegrecido.

Tocó el mango y apartó los dedos con un respingo. Se hallaba demasiado caliente para tocarla. Cogió un trapo de cocina, lo enrolló en el mango y rápidamente transportó el utensilio, que chisporroteaba como un dragón, a la puerta trasera. Lo depositó en el escalón superior del porche. El olor de la madreselva y el zumbido de las abejas llegó hasta ella, pero apenas se dio cuenta. Por un momento, aquella gruesa y monótona manta con la que había ahogado sus respuestas emocionales en los últimos cuatro días se había taladrado, y se sentía asustada. ¿Asustada? No; en un estado de terror latente, a poca distancia del pánico.

Podía recordar cómo había pelado las patatas y puesto luego el aceite para que se hicieran. Ahora lo recordaba. Pero durante un rato... lo había olvidado todo.

De pie en el porche trasero, con el paño de cocina todavía en una mano, trató de recordar con exactitud cómo se había desarrollado el curso de sus pensamientos después de haber puesto a freír las patatas. Aquello parecía muy importante.

Bueno, primero pensó en que una comida que sólo consistiera en patatas fritas no era en verdad muy nutritiva. Luego se dijo que si el McDonald's de la carretera 1 aún hubiera estado abierto, no habría tenido que prepararse la comida, y que también habría podido conseguir una hamburguesa. Sólo coger el coche y hacer el trayecto hasta allí. Pediría un Quarter Poundxer y las patatas fritas

[1] Juego de palabras intraducible con la voz inglesa *beam* (viga) y otros nombres compuestos con vocablos de distintos significados: *moonbeam, roofbeam,* alcalde *Beame, sumbean,* etc. *(N. de los T.)*

tamaño grande, las que se anunciaban en el gran letrero rojo y brillante. Con algunas manchas de aceite en el interior, sin duda poco saludables, pero muy reconfortantes. Las mujeres embarazadas tienen extrañas apetencias...

Aquello la llevó al siguiente eslabón de la cadena. Pensamientos de extraños antojos que le habían conducido a unos pensamientos acerca del pastel de fresas que había en el frigorífico. De repente, le pareció que deseaba un trozo de aquel pastel de fresas más que ninguna otra cosa en el mundo. Lo había cogido, pero de alguna manera, por el rabillo del ojo, había captado aquel colgador para cuchillos que su padre hizo para su madre (a la señora Edmonton, la esposa del médico, le entró tanta envidia a causa de aquel soporte para cuchillos que Peter tuvo que confeccionar otro para ella hacía ya dos Navidades), y su mente había sufrido un cortocircuito. Pajas... vigas... moscas...

–Oh, Dios mío –dijo al vacío jardín de su padre, donde no había quitado las malas hierbas.

Se sentó, se llevó el delantal a la cara y lloró.

Cuando su padre murió, a las ocho y media de la noche anterior, su capacidad para enfocar mentalmente las cosas pareció haberse fragmentado. Se olvidaba de cosas que había estado haciendo, su mente se deslizaba por alguna soñadora tangente, o simplemente se quedaba sin pensar en nada en absoluto, sin más conciencia del mundo que la que pudiera tener una col.

Después de expirar su padre, se sentó al lado de su cama y se quedó allí durante un largo rato. Al fin, bajó al piso inferior y puso la tele. Sin una razón en particular; porque, en aquel momento, parecía una buena idea. La única emisora que funcionaba era la afiliada de la NBC en Portland, la WCSH. Parecían estar dando alguna especie de loco programa de juicios. Un hombre negro, que se parecía a la peor pesadilla de los cazadores de cabezas africanos, hacía ver que ejecutaba a hombres blancos con una pistola, mientras otros hombres en el auditorio se dedicaban a aplaudir. Naturalmente, aquello tenía que ser una representación. No se daban cosas así por televisión en caso de ser reales. Pero no *parecía* en absoluto fingido. Le recordó a *Alicia en el País de las Maravillas,* sólo que aquí no era la Reina Roja la que gritaba « ¡Que les corten las cabezas!», sino que en este caso... Pero ¿qué? ¿Quién? El Príncipe Negro, supuso. Sin embargo aquel negrazo del taparrabos no se parecía mucho al Príncipe.

Avanzado el programa (no hubiera podido decir cuánto tiempo transcurrió), otros hombres irrumpieron en el estudio y se produjo un intercambio de disparos que, por su realismo, parecía todavía mejor ensayado que las ejecuciones. Vio hombres casi decapitados por balas de gran calibre, derribados entre borbotones de sangre. Recordó haber pensado que debían de haber intercalado alguno de esos letreros en que se advierte a los padres que deben enviar los niños a la cama. También recordó haber pensado que la WCSH debería perder, en el acto, su licencia para emitir, si realmente aquel espantoso programa sangriento era *real.*

Lo apagó cuando la cámara dio un giro y empezó a mostrar sólo las luces del estudio que colgaban del techo. Se echó en el sofá, y se quedó mirando su propio techo. Se durmió allí. Y por la mañana, estaba bastante convencida de que había soñado todo aquel programa. Y eso era realmente el nudo de la cuestión: *todo* había empezado a parecerse a una pesadilla por la que se deslizaban y liberaban muchas ansiedades. Comenzó con la muerte de su madre. La de su padre sólo la había intensificado. Como en *Alicia,* las cosas eran cada vez más raras.

Hubo una reunión especial en la ciudad a la que acudió su padre, aunque para entonces también él estaba enfermo. Frannie, sintiéndose drogada e irreal, pero físicamente normal, había ido con él.

El ayuntamiento se hallaba atestado, mucho más lleno que durante algunas reuniones ciudadanas a finales de febrero o principios de marzo. Había mucho ruido de sonarse las narices, toses y estornudos. Los funcionarios estaban asustados y listos para encolerizarse con la menor excusa. Hablaban en voz alta y ronca. Se ponían en pie. Chascaban los dedos. Pontificaban. Muchos de ellos, y no sólo las mujeres, estallaban en sollozos.

El resultado había sido el de cerrar por completo la ciudad. No se permitiría entrar a nadie. Si la gente deseaba salir, pues estupendo, siempre y cuando comprendieran que ya no podrían regresar. Las carreteras de entrada y salida de la ciudad, sobre todo la 1, tenían que ser bloqueadas con coches. Tras una discusión a gritos que duró media hora, esto fue rectificado respecto a que había que efectuarlo con camiones. En los puntos de bloqueo unos voluntarios harían las veces de vigilantes armados con escopetas. Los que tratasen de emplear la carretera 1 para ir hacia el norte o el sur, serían encaminados, si era hacia el norte, a Wells, y si era hacia el sur, hasta York, donde podrían tomar la interestatal 95, y de este modo rodear Ogunquit. Cualquiera que tratase de pasar sería abatido a tiros. « ¿Hay que matarlos?», preguntaron algunos. «Claro que sí», respondieron otros.

Hubo un pequeño grupo de veinte personas que mantuvo la tesis de que aquellos que ya estuviesen enfermos deberían ser expulsados inmediatamente de la ciudad. Fueron vencidos por un inmenso número de votos en contra porque la tarde del día 24, cuando tuvo lugar la reunión, casi todo el que no estaba enfermo tenía parientes próximos o amigos que sí lo estaban. Muchos de ellos creían las noticias oficiales, las cuales aseguraban que pronto se dispondría de una vacuna. Alegaban que cómo podrían luego mirarse a la cara si todo era al final una falsa alarma y les expulsaban como si fuesen perros apestados.

Al final se propuso sólo expulsar a los miembros de la población *veraneante* que estuviesen enfermos.

La población veraneante, que tenía allí una buena representación, alegó sombríamente que eran ellos los que habían pagado las escuelas de la ciudad, las carreteras, los que sostenían a los indigentes y mantenían las playas públicas durante años y años, a través de los impuestos que pagaban por sus casitas. Los negocios que habrían tenido que cerrar desde mediados de septiembre hasta mediados de junio, se mantenían a flote gracias a sus dólares de verano. Si iban a ser tratados así, de una forma tan injusta, el pueblo de Ogunquit podría estar seguro de que no regresarían más. Tendrían que volver a dedicarse a las langostas, las almejas y las chirlas para poder subsistir. La moción que pedía que se expulsase a la población veraneante fue derrotada por un margen considerable.

A medianoche se habían establecido ya las barreras y, al amanecer del 25, varias personas habían sido tiroteadas en las barreras. La mayoría sólo fueron heridas, pero hubo tres o cuatro muertos, casi todos personas que procedían del norte y que habían salido de Boston empujadas por un pánico inmotivado. Algunos regresaron a York prestándose de buen grado a seguir por la autopista, pero otros fueron demasiado insensatos para comprenderlo y trataron de embestir los bloqueos o rodearlos a través de los arcenes de la carretera. Y pagaron por ello.

Al caer la tarde, bastantes de los hombres a cargo de las barricadas estaban enfermos y con ojos vidriosos a causa de la fiebre. Dejaban las escopetas en el suelo para poder sonarse las narices. Algunos, como Freddy Delancey y Curtis Beauchamp, se desvanecieron y fueron llevados más tarde a una improvisada enfermería que se instaló en el ayuntamiento. Murieron allí.

El día anterior por la mañana, el padre de Frannie, que se había opuesto a todo el asunto de las barricadas, se vio obligado a meterse en la cama y Frannie tuvo que empezar a cuidarlo. Él no le permitió que se lo llevase a la enfermería. Si tenía que morirse, le dijo a Frannie, deseaba hacerlo en su casa, de una manera decente, en privado.

Por la tarde, el flujo del tráfico se había agotado en su mayor parte. Gus Dimsmore, el que atendía el aparcamiento público de la playa, manifestó que había tantos coches abandonados a lo largo de la calle que incluso los conductores más hábiles eran incapaces de avanzar por allí. También tenía importancia el hecho de que, en la tarde del 25, quedaban menos de tres hombres que se mantuviesen en pie y en condiciones de vigilar. Gus, que se había sentido perfectamente hasta el día anterior, se puso también enfermo y empezó a chorrearle la nariz. La única persona en la ciudad, además de ella misma, que parecía estar bien era Harold, el hermano de dieciséis años de Amy

Lauder. La propia Amy había muerto antes de la primera reunión en la ciudad, con su vestido de novia aún colgado en el armario y sin estrenar.

Fran no había salido todavía hoy, y tampoco había visto a nadie desde que Gus acudió a verla la tarde anterior. Había oído coches unas cuantas veces aquella mañana y una vez las cercanas detonaciones de una escopeta, pero eso fue todo. El ininterrumpido silencio se había añadido a su sensación de irrealidad.

Y ahora había que considerar aquellos asuntos. Moscas... ojos... pastel... Frannie se percató de que estaba escuchando el frigorífico. Había un mecanismo para confeccionar cubitos de hielo, y cada veinte segundos se oía un golpe sordo en algún lugar del interior cuando se había fabricado otro cubito.

Estuvo allí sentada casi una hora, con el plato delante, y aquella expresión melancólica y semiperpleja en su rostro. Poco a poco, otro pensamiento comenzó a emerger en su mente: dos pensamientos en realidad, que parecieron al instante conectados y sin ninguna relación. ¿Serían las partes interconectadas de un pensamiento mayor? Mientras se mantenía atenta para oír los cubitos que iban cayendo en el frigorífico, los examinó. El primer pensamiento era el de que su padre estaba muerto, que había muerto en su hogar y que aquello debía haberle agradado.

El segundo pensamiento tenía que ver con el día. Era un hermoso día de verano, uno de esos días que los turistas venían a buscar en la costa. Nadie iba allí para nadar, puesto que el agua nunca estaba lo bastante cálida para hacerlo. Iban a disfrutar de días así. El sol refulgía y Frannie vio el termómetro colgado fuera de la ventana de la cocina. Marcaba veinticinco grados. Era un día hermoso y su padre estaba muerto. ¿Existía algún nexo entre lo uno y lo otro, exceptuando el efecto lacrimógeno?

Frunció el ceño, con talante confundido y apático. Su mente se ocupaba del problema y después se disparaba en otras direcciones. Pero siempre volvía al punto de partida.

Era un bello y cálido día y su padre estaba muerto.

Tuvo una revelación repentina y cerró los ojos con fuerza, como si la hubieran golpeado.

Al mismo tiempo, sus manos brincaron involuntariamente sobre el mantel, tirando al suelo el plato, que se hizo añicos, y Frannie gritó llevándose las manos a las mejillas, donde sus dedos trazaron surcos. La perpleja y apática vaguedad se borró de sus ojos, que enseguida adquirieron una expresión penetrante y directa. Fue como si la hubieran abofeteado o le hubieran colocado un frasco de amoníaco debajo de la nariz.

No puedes conservar el cadáver en la casa. Estamos en pleno verano.

La apatía empezó a infiltrarse de nuevo, difuminando los contornos del pensamiento. La magnitud del horror empezó a oscurecerse, a amortiguarse... Escuchó de nuevo el desprendimiento y la caída de los cubitos de hielo.

Combatió esa distracción. Fue hasta el fregadero, abrió completamente el grifo, ahuecó las manos debajo y se arrojó agua contra sus mejillas, conmocionando su piel un poco sudorosa.

Podría divagar todo el rato que quisiera, pero antes tendría que resolver ese problema. No podía dejarlo en la cama mientras junio dejaba paso a julio. Existían demasiadas semejanzas con el cuento de Faulkner que figuraba en todas las antologías para estudiantes universitarios: «Una rosa para Emily.» Los padres de la ciudad no sabían cuál era el origen de esa pestilencia, pero después de un tiempo desapareció. Era... era...

–¡No! –exclamó en voz alta dentro de la cocina soleada.

Empezó a pasearse de un lado a otro pensando en eso. Lo primero que se le ocurrió fue recurrir a la funeraria local. Pero quién... quién...

–¡Deja de rehuirlo! –vociferó, furiosa, en la solitaria cocina –. ¿Quién lo enterrará?

Y el sonido de su voz trajo la respuesta. Estaba muy claro: ella lo haría. ¿Quién si no? Ella.

Eran las dos y media de la tarde cuando oyó que el coche entraba por el camino particular de la casa, con un perfecto ronroneo de su potente motor. Frannie depositó la pala sobre el borde de la fosa (estaba cavando en el huerto, entre los tomates y las lechugas) y se volvió, un poco asustada.

Era un Cadillac cupé de Ville flamante, de color verde botella, y de él se apeó Harold Lauder. Gordo, de dieciséis años. Frannie experimentó un instantáneo disgusto. No estimaba a Harold, y no conocía a nadie que lo estimara. Ni siquiera su difunta hermana Amy. Probablemente su madre sí lo había querido. Fran interpretó como una ironía del destino que la única persona que quedaba en Ogunquit, además de ella, fuera uno de los pocos que le disgustaban realmente.

Harold editaba la revista literaria de la escuela secundaria de Ogunquit y escribía extraños cuentos narrados en presente o enfocados desde la perspectiva de la segunda persona, o con ambas características a la vez. «Atraviesas el delirante pasillo, te abres camino a través de la astillada puerta y miras las carreras de las estrellas...» Aquél era el estilo de Harold.

«Se hace una paja en los pantalones –le había confiado una vez Amy a Fran –. ¿No te parece repugnante? Se masturba en los pantalones y usa los mismos calzoncillos casi hasta que se tienen tiesos por sí solos.»

Harold tenía el cabello negro y grasiento. Era bastante alto, alrededor de un metro ochenta y dos. Pero pesaba casi ciento veinte kilos. Usaba con preferencia botas de vaquero de punta aguda, anchos cinturones de tipo militar, de los que tiraba constantemente hacia arriba, y camisas floreadas que se hinchaban sobre su cuerpo como velas. A Frannie no le interesaba con cuánta frecuencia se masturbaba ni cuánto pesaba. Pero, al mirarlo, se sentía siempre incómoda y un poco asqueada, como si intuyera que casi todos los pensamientos de Harold estaban ligeramente recubiertos de baba. No pensaba que Harold pudiera ser peligroso, ni siquiera en una situación como ésa, pero sería tan desagradable como siempre, y tal vez aún más.

No la había visto. Miraba hacia la casa.

–¿Hay alguien? –gritó.

Después, metió la mano por la ventanilla del Cadillac e hizo sonar el claxon.

El ruido laceró los nervios de Frannie. Se habría quedado callada de no haber sido porque, al darse la vuelta para subir al coche, Harold habría visto la excavación, y a ella sentada en su extremo. Por un momento sintió la tentación de internarse más en el huerto y permanecer allí hasta que él se fuera.

Basta, se dijo, basta. Al fin y al cabo es otro ser humano vivo.

–¡Estoy aquí, Harold! –exclamó.

Harold dio un respingo y sus gordas nalgas se estremecieron dentro de los ceñidos pantalones. Resultaba obvio que todo había sido una formalidad y no había previsto obtener respuesta. Se dio vuelta y Fran caminó hasta el borde del huerto, resignada a que él la contemplara tal y como iba vestida, con sus *shorts* blancos de gimnasia y su blusa. Los ojos de Harold reptaron ávidamente sobre ella.

–¿Qué tal, Fran? –dijo con tono alegre.

–Hola, Harold.

–Me enteré de que resistías esta horrible enfermedad, de modo que decidí pasar por aquí. Estoy elaborando un censo de población.

Le sonrió, mostrando unos dientes que sólo tenían encuentros esporádicos con el cepillo.

–Me afligió mucho la muerte de Amy, Harold. ¿Tu madre y tu padre han...?

–Me temo que sí –respondió él, inclinó la cabeza un momento y después la levantó bruscamente, haciendo ondear su pelo apelmazado –. Pero la vida continúa, ¿no es así?

–Supongo que sí –murmuró ella.

Los ojos de Harold se habían posado de nuevo en sus pechos, y lamentó no llevar puesto un suéter.

–¿Te gusta mi coche?

–Es el de Branningan, ¿verdad?

Roy Branningan era un agente de la propiedad local.

–*Era* de él –respondió Harold –. Antes, en aquellos tiempos de escasez, yo pensaba que cualquiera que condujese un chupagasolina como éste debería ser colgado del letrero de la gasolinera más próxima, pero todo eso ha cambiado. Menos gente implica más petróleo.

Petróleo, pensó ella estupefacta, ha dicho petróleo.

–Hay abundancia de todo –concluyó Harold.

Sus ojos despidieron un destello fugaz cuando bajaron hacia el ombligo de Fran, que la blusa, muy breve, dejaba al descubierto, y después subieron hacia su rostro, bajaron a sus *shorts,* y saltaron otra vez a su cara. Su sonrisa era al mismo tiempo jovial y ofuscada.

–Harold, si me disculpas...

–¿Pero qué hacías, cariño?

La irrealidad empezaba a infiltrarse de nuevo. Fran se preguntó cuánto podía soportar el cerebro humano antes de restallar como una goma tensada más allá del límite de resistencia. Mis padres han muerto, pero puedo sobrellevarlo. Una extraña epidemia parece haberse extendido por todo el país, quizá por todo el mundo, aniquilando a justos y pecadores por igual... y puedo sobrellevarlo. Estoy cavando una fosa en el huerto que mi padre escardaba hace una semana, y supongo que cuando sea suficientemente profunda lo meteré dentro... y creo que puedo sobrellevarlo. Pero esto de que Harold Lauder se pasee en el Cadillac de Roy Branningan, me coma con los ojos y me llame «cariño»...

–Harold –dijo con tono paciente –. No soy tu cariño. Soy cinco años mayor que tú.

–Ya –contestó él, parpadeando ligeramente al percibir la ira controlada de Frannie –. Bueno... ¿qué es eso? ¿Una fosa?

–Es una tumba para mi padre.

–Oh –murmuró Harold Lauder, con una vocecilla que denotaba nerviosismo.

–Entraré para beber agua antes de terminarla. Francamente, Harold, prefiero que te vayas. Estoy ofuscada.

–Lo entiendo –asintió él secamente –. Pero Fran... ¿en el huerto?

Ella ya se había encaminado hacia la casa, y al oír esto se volvió furiosa.

–¿Qué sugieres? ¿Que lo meta en un ataúd y lo arrastre hasta el cementerio? ¿Para qué, en nombre de Dios? ¡Él adoraba su huerto! ¿Y a ti qué te importa, después de todo?

Empezaba a llorar. Se volvió y corrió hacia la cocina. Estuvo a punto de tropezar con el parachoques delantero del Cadillac. Sabía que Harold debía de estar contemplando su trasero, acumulando escenas para la película pornográfica que proyectaba sin cesar en su cerebro, y esto la hizo sentirse más colérica, triste y llorosa que antes.

La puerta se cerró tras ella con un golpe. Se encaminó hacia el fregadero y bebió tres vasos de agua fría, con demasiada prisa. Un clavo plateado de dolor se incrustó en su frente. Su estómago sorprendido se acalambró y ella se apoyó un momento sobre el fregadero de porcelana, con los

ojos entrecerrados, preguntándose si iba a vomitar. Al cabo de un instante el estómago le comunicó que toleraría el agua fría, por lo menos de momento.

–¿Fran?

Se volvió y vio a Harold al otro lado de la puerta, con las manos colgando a los costados. Parecía preocupado y afligido, y de pronto ella se apiadó. Harold Lauder, paseándose por esa ciudad triste y devastada en el Cadillac de Roy Branningan. Harold Lauder, que probablemente nunca había salido con una chica en toda su vida y que por ella fingía una actitud que él consideraba de desdén mundano. Por las chicas, por los amigos, por todo.

–Lo siento, Harold.

–No, yo no tenía derecho a entrometerme. Escucha, si quieres, puedo ayudarte.

–Gracias, pero prefiero hacerlo sola. Es...

–Es algo personal. Claro que sí. Lo entiendo.

Frannie podía haber sacado un suéter del armario de la cocina. Pero él habría entendido por qué lo hacía y no quería volver a avergonzarlo. Volvió a salir al porche y ambos se quedaron un rato, mirando el huerto y el hoyo con la tierra apilada en torno. La tarde zumbaba perezosamente como si nada hubiera cambiado.

–¿Qué harás ahora? –preguntó a Harold.

–Lo ignoro. Ya sabes... –Su voz se apagó poco a poco.

–¿Qué?

–Bueno, me cuesta decirlo. No soy una de las personas más queridas de esta pequeña comarca de Nueva Inglaterra. Dudo que hubiesen alzado una estatua en mi recuerdo si me hubiese convertido en un escritor famoso, como soñé alguna vez. Entre paréntesis, pienso que me convertiré en un viejo de larga barba antes de que haya otro escritor famoso.

Fran no dijo nada. Se limitó a seguir mirándolo.

–Así –continuó él, y su cuerpo se convulsionó como si la palabra hubiese salido disparada, – así que debo sentirme maravillado por esta injusticia. La injusticia me parece tan monstruosa que me resulta más fácil pensar que al fin los gandules que asisten a nuestro centro local de sabiduría han conseguido enloquecerme.

Se ajustó sus gafas y ella notó, compasiva, que su acné era en verdad horrible. Se preguntó si nadie le había informado que el agua y el jabón lo mejorarían un poco. ¿O acaso todos habían estado demasiado abstraídos contemplando cómo la bella y menuda Amy se ajetreaba por la Universidad de Maine con un promedio de 3,8, para graduarse en el vigésimo tercer lugar en un curso de más de mil alumnos? La bella Amy, tan inteligente y vivaz, pero su hermano era irritante.

–Enloquecerme –repitió Harold con voz queda. –He estado dando vueltas en un Cadillac por la ciudad con mi permiso de principiante. Y mira estas botas de vaquero relucientes, con rebuscadas costuras. Veintiséis dólares. Entré sencillamente en el Shoe Boat y elegí mi número. Me siento como un impostor. Un actor en escena. Hoy ha habido momentos en los que creí estar loco.

–No –respondió Frannie.

Olía como si no se hubiera bañado durante los últimos tres o cuatro días, pero ya no la asqueaba.

–¿Cómo dice la canción? ¿Estaré en tu sueño si tú estás en el mío? No estamos locos, Harold.

–Quizá fuese mejor que lo estuviéramos.

–Alguien vendrá. Después de un tiempo. Después de que esta enfermedad, sea cual sea, haya remitido.

–¿Quién puede venir?

–Alguien con autoridad –contestó ella con tono inseguro –. Alguien que... bueno, que restaure el orden.

Harold rió amargamente.

–Cariño... Oh, disculpa. Fran, fueron las personas con autoridad las que *hicieron* esto. Se especializan en restaurar el orden. Han resuelto la crisis económica, la contaminación, la escasez de petróleo y la guerra fría, todo de un plumazo. Sí, claro que restauraron el orden. Lo han solucionado todo de la misma manera, como Alejandro lo del nudo gordiano: cortándolo por la mitad con su espada.

–Pero no es más que una *gripe* rara, Harold. Lo dijo la radio...

–La naturaleza no actúa así, Fran. Tus personas con autoridad congregaron a una legión de bacteriólogos, virólogos y epidemiólogos en una dependencia oficial para verificar cuántos bichos raros podían engendrar. Bacterias. Virus. Plasma de gérmenes. Y un buen día un bien pagado pelotillero dijo: «Mirad lo que he hecho. Lo mata casi todo. ¿No es algo grande?» Y le dieron una medalla, una prima y un apartamento. Luego, alguien lo propagó. ¿Qué piensas hacer, Fran?

–Enterraré a mi padre –murmuró ella con actitud apacible.

–Oh..., por supuesto. –La miró un momento y después agregó atropelladamente: Escucha, yo me iré de aquí, de Ogunquit. Si me quedo más tiempo enloqueceré de veras. Fran, ¿por qué no te vienes conmigo?

–¿Adonde?

–No lo sé. Todavía no.

–Bueno, si se te ocurre algún lugar, ven a comunicármelo.

Harold se animó.

–Está bien, lo haré. Es...

Dejó la frase en suspenso y empezó a bajar los escalones del porche como si estuviera en trance. Sus botas de vaquero refulgían al sol. Fran lo miró con una risa triste.

Le hizo un ademán de despedida antes de sentarse al volante del Cadillac. Fran, a su vez, también levantó una mano. El coche dio un brinco poco profesional cuando él metió la marcha atrás, y luego retrocedió por la entrada de vehículos calándose unas cuantas veces. Giró a la izquierda, aplastando algunas de las flores de Carla y casi chocó con una columna al dar la vuelta para volver a la calle. Luego tocó el claxon un par de veces y desapareció. Fran se quedó mirándolo hasta que se hubo perdido de vista y luego volvió al huerto de su padre.

Pasadas las cuatro subió al primer piso arrastrando los pies, obligándose a caminar. Un dolor sordo, causado por el calor, el esfuerzo y la tensión, le martirizaba las sienes y la frente. Se había dicho que podía esperar un día más, pero eso sólo habría empeorado las cosas. Llevaba debajo del brazo el mejor mantel de damasco de su madre, que reservaba para las visitas.

Aquello no marchó tan bien como había confiado, pero las cosas tampoco fueron tan mal. Tenía moscas en la cara, relucientes, frotándose las patas anteriores y luego separándolas otra vez; su piel se había oscurecido un poco, pero estaba tan moreno de trabajar en el jardín que aquello resultaba poco perceptible... siempre y cuando procuraras no pensar en ello. No se percibía olor, que era lo que más había temido.

Librodot

La cama donde había muerto era la de matrimonio, la que había compartido durante muchos años con Carla.

Puso el mantel encima de la mitad de la cama correspondiente a su madre, de modo que el borde tocaba el brazo de su padre, la cadera y la pierna. Luego, tragando saliva (la cabeza le latía con violencia), se preparó para envolver a su padre en su sudario.

Peter Goldsmith llevaba su pijama a rayas y esto la desconcertó. Era algo tremendamente frívolo. Pero la cosa resultaría igual. Ni siquiera se permitió pensar en que debería desnudarlo y vestirlo de nuevo.

Tratando de fortalecerse al máximo, le agarró el brazo izquierdo. Estaba tan rígido como un mueble. Empujó para darle la vuelta. Mientras lo hacía el cadáver soltó un terrible y prolongado eructo que se prolongó, frotando en su garganta como si una cigarra se hubiese abierto camino hasta allí.

Dio un chillido, se tambaleó y se golpeó con la mesilla de noche. Sus peines, sus cepillos, el despertador, un montoncito de calderilla suelta y algunos gemelos y clips tintinearon y cayeron al suelo. Ahora sí se percibió un olor, un olor corrupto y gaseoso. La última parte de la niebla protectora que la había envuelto se disipó y supo la verdad. Se dejó caer de rodillas, se llevó las manos a la cabeza y comenzó a gemir. No estaba enterrando ninguna muñeca de tamaño natural; lo que enterraba era a *su padre, y* el último resto de humanidad, de verdad, era aquel nauseabundo olor que flotaba en el aire. Y muy pronto habría también desaparecido.

El mundo se volvió gris y el sonido de su propia pena, de su ronco gemido, comenzó a hacerse distante, como si alguien más estuviese profiriendo aquellos ruidos, tal vez alguna de aquellas mujercitas morenas que se ven en los noticiarios de la televisión. Transcurrió cierto tiempo, no tuvo la menor idea de su duración, y luego, poco a poco, volvió en sí misma y al conocimiento de todo cuanto aún le quedaba por hacer. Se trataba de cosas que hasta entonces no se había permitido realizar.

Se acerco a él y le dio la vuelta. Emitió otro eructo, éste más leve.

Le besó la frente.

–Te quiero, papá –dijo. Te quiero. Frannie te quiere.

Sus lágrimas cayeron sobre el rostro de él. Le quitó el pijama y lo vistió con su mejor traje, casi sin sentir la sorda palpitación de su espalda, el dolor del cuello y los brazos al levantar cada parte de su cuerpo para vestirla, y al dejarla caer para pasar a la siguiente. A fin de anudarle correctamente la corbata le apoyó la cabeza entre dos volúmenes del *Libro de la sabiduría.* En el último cajón, debajo de los calcetines, encontró sus condecoraciones militares: el Corazón Púrpura, las medallas por buena conducta, las cintas de sus campañas... y la Estrella de Bronce ganada en Anzio. Se las prendió a la solapa. En el cuarto de baño encontró talco y le espolvoreó la cara, el cuello y las manos. El perfume del talco, dulce y nostálgico, le hizo llorar de nuevo. El sudor humedecía su cuerpo. Tenía oscuras ojeras de extenuación.

Lo envolvió en el mantel, cogió el costurero de su madre y cosió los bordes. Después hizo otro doblez y volvió a cosérselo. Con un gruñido, siseante consiguió bajar el cuerpo al suelo sin dejarlo caer. Después, lo cogió por las axilas, lo arrastró hasta el rellano de la escalera y lo deslizó con el mayor cuidado, hasta la planta baja. Se detuvo entonces, resollando. Ahora la jaqueca era muy intensa, y la aguijoneaba con fuertes punzadas.

Arrastró el cadáver por el pasillo y a través de la cocina, y lo sacó al porche. Bajó por los peldaños. Tuvo que volver a descansar. Ahora la luz dorada del crepúsculo pincelaba la tierra. Entró otra vez en crisis y se sentó junto a él, con la cabeza sobre las rodillas, meciéndose atrás y adelante, llorando. Los pájaros gorjeaban. Por fin consiguió arrastrarlo hasta el huerto.

Cuando hubo terminado y los últimos terrones de tierra estuvieron de nuevo en su lugar (los había acondicionado sobre sus rodillas, como si estuviera armando un rompecabezas), ya eran las

nueve menos cuarto. Estaba sucia. Sólo la piel que le circundaba los ojos aparecía blanca, porque la habían lavado las lágrimas. Se bamboleaba presa del agotamiento. El cabello le colgaba apelmazado sobre las mejillas.

–Descansa en paz, papá –murmuró.

Arrastró la pala hasta el taller de su padre y la arrojó dentro con indiferencia. Tuvo que descansar dos veces mientras subía los seis escalones del porche trasero. Atravesó la cocina sin encender las luces y se quitó las zapatillas con un puntapié al entrar en la sala. Se dejó caer en el sofá y se durmió instantáneamente.

En el sueño subía una vez más las escaleras, en busca de su padre, para cumplir con su deber y sepultarlo decorosamente. Pero cuando entró en la habitación el cuerpo ya estaba cubierto por el mantel y su sentimiento de aflicción y pérdida se trocó en otro parecido al miedo. Atravesó la alcoba en penumbra, contra su voluntad, con un súbito deseo de huir; pero sin poder detenerse. El mantel refulgió en las sombras, espectral, macabro, y ella comprendió:

El que estaba debajo no era su padre. Y tampoco estaba muerto.

Algo... alguien... impregnado de vida abyecta y de abominable regocijo se hallaba allí abajo, y arriesgaría más de lo que valía su existencia si levantaba el mantel, pero no podía detener sus pies...

Su mano se adelantó sobre el mantel... y lo apartó bruscamente.

Él sonreía pero no le vio las facciones. De esa sonrisa pavorosa se desprendió una corriente de aire helado. No, no veía sus facciones, pero sí vio el obsequio que ese fantasma inocuo había traído para su bebé: una percha de alambre retorcida.

Echó a correr, huyendo de la habitación, del sueño, elevándose, aflorando brevemente a la superficie...

Aflorando brevemente a la superficie en la oscuridad que envolvía la sala a las tres de la mañana, con su cuerpo ya deshilachado y desplegado, que sólo dejaba tras de sí una sensación de calamidad como el regusto rancio de un alimento podrido. En ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia, pensó: es él, el Dandy, el hombre sin rostro. Después volvió a dormirse, esta vez sin soñar, y cuando despertó a la mañana siguiente no recordaba en absoluto la pesadilla. Pero al pensar en la criatura, la embargó un feroz instinto protector, un sentimiento que la dejó perpleja y la asustó un poco por su vehemencia e intensidad.

29

Esa misma noche, mientras Larry Underwood dormía con Rita Blakemoor y mientras Frannie Goldsmith dormía sola, soñando su sueño ominoso, Stuart Redman esperaba a Eider. Hacía tres días que lo aguardaba... Y esa noche Eider no lo desilusionó. El día 24, inmediatamente después del mediodía, Eider había entrado con dos enfermeros y se había llevado el televisor. Los enfermeros lo habían transportado mientras Eider empuñaba su revólver y apuntaba a Stu. Pero éste ya no necesitaba el televisor. Sólo difundía un montón de basura ininteligible. Lo único que podía hacer era postrarse junto a la ventana enrejada y contemplar la ciudad que se levantaba allá abajo, a orillas del río. Como decía la canción: «No necesitas ser un meteorólogo para saber de dónde sopla el viento.»Las chimeneas de la fábrica textil ya no desprendían humo. Las tinturas multicolores que contaminaban el río habían desaparecido. La mayoría de los coches, que desde lejos parecían juguetes resplandecientes, habían abandonado el estacionamiento de la fábrica y no habían vuelto. El día anterior, el 26, sólo unos pocos automóviles circulaban por la autopista, y éstos debían eludir los embotellamientos como esquiadores en un *slalom.* Ninguna grúa había retirado los vehículos abandonados.

La parte baja de la ciudad se desplegaba a sus pies como un mapa en relieve, y parecía abandonada por completo. El reloj del ayuntamiento, que había desgranado las horas de su

encierro, no tañía desde las nueve de la mañana, y la melodía que precedía a las campanadas se había amortiguado, débil y exhausta. Estalló un incendio en lo que parecía una cafetería de la carretera, o quizá sólo un almacén de las afueras. Estuvo ardiendo alegremente durante toda la tarde. El humo negro ascendía al cielo azul; pero no llegó ningún coche de bomberos para extinguirlo. Si el edificio no se hubiera levantado en medio de un aparcamiento de asfalto, probablemente el fuego habría consumido la mitad de la ciudad. Esa noche las ruinas aún seguían humeando a pesar de que por la tarde había caído un chaparrón.

Stu suponía que la orden final de Eider consistía en matarlo. ¿Por qué no? Sólo sería un cadáver más, y conocía el pequeño secreto. No habían podido encontrar un antídoto ni descubrir en qué se diferenciaba su organismo del de aquellos que habían sucumbido. Sin duda la idea de que quedaban muy pocos a quienes podría revelarles el secreto no había entrado jamás en sus cálculos. Él era un cabo suelto, mantenido hasta entonces como huésped de un hatajo de soplapollas.

Stu estaba seguro de que al héroe de un serial de televisión o de una novela ya se le habría ocurrido un sistema para escapar. E incluso a algunas personas de carne y hueso. Pero él no se contaba entre ellas. Con cierta resignación aterrada, había llegado a la conclusión de que lo único que podía hacer era aguardar a Eider y tratar de estar preparado.

Eider era el testimonio más evidente de que lo que unas veces denominaban «Azul» y otras «supergripe» había irrumpido en esa instalación. Las enfermeras le llamaban doctor Eider; pero no era doctor. Rondaba los cincuenta, su mirada era dura y carecía de sentido del humor. Ninguno de los médicos anteriores había tenido la necesidad de apuntarle con un revólver. Eider lo asustaba porque sería imposible razonar o argumentar con él. Eider esperaba órdenes. Cuando las recibiera, las cumpliría. Era la versión militar de un asesino a sueldo, y jamás se le ocurriría incumplir dichas órdenes a la luz de los últimos acontecimientos.

Hacía tres años, Stu había comprado un libro llamado *Watership Down* para mandárselo a un sobrino suyo en Waco. También preparó un paquete para meter el libro dentro y luego, como aborrecía envolver regalos mucho más que odiaba leer, había mirado la primera página, pensando que averiguaría sobre qué trataba. Pero leyó la primera página, luego la segunda... y al final quedó hechizado. Se había mantenido despierto toda la noche, bebiendo café, fumando y abriéndose paso página tras página, de la misma manera que lo hace un hombre no acostumbrado a leer que descubre el placer de hacerlo. Por el amor de Dios, aquello trataba de conejos... Los animales más estúpidos y cobardes que existen sobre la Tierra... Pero el tipo que había escrito el libro los hacía parecer diferentes. Realmente te gustaban. Era un relato muy bueno; y Stu, que leía a paso de tortuga, lo acabó dos días después.

La cosa que más recordó del libro fue: «quedarse alelado» o sólo «alelado». Lo comprendió al instante, porque había visto muchos animales en ese estado y había arrollado a unos cuantos en la carretera. Un animal alelado se queda en mitad de la calzada, con las orejas hacia atrás, observando al coche que se precipita contra él, incapaz de moverse a pesar de su muerte inminente. Un ciervo podría alelarse sólo por recibir un destello de luz en los ojos. La música muy alta podía provocar algo parecido a los mapaches. Y dar golpes constantes en los barrotes de su jaula podría inducir a un loro a un estado así.

Eider hacía que Stu se sintiera de esta manera. Si le miraba los ojos azules, toda la voluntad se le escapaba. Tal vez Eider no necesitase de una pistola para quitarle de en medio. Probablemente había seguido cursos de kárate, artes marciales y toda clase de trucos sucios. ¿Qué podría hacer él con un tipo así? Sólo pensar en Eider originaba que su voluntad tratase de abandonarle. Alelado. Era una buena palabra para ese estado de la mente.

El piloto rojo sobre la puerta se encendió poco después de las diez de la noche, y Stu sintió que un ligero sudor le humedecía los brazos y la cara. Eso le sucedía siempre que se encendía la luz roja. Porque, en una de esas ocasiones, Eider entraría solo. No querría tener testigos. En alguna parte

debía de haber un horno para la cremación de las víctimas de la plaga. Eider lo arrojaría a su interior. Un tijeretazo. Basta de cabos sueltos.

Eider entró. Solo.

Stu estaba sentado en el borde de la cama, con una mano apoyada en el respaldo de la silla. Al ver a Eider experimentó el habitual vuelco en el estómago. Y la acostumbrada necesidad de soltar un torrente de súplicas, a pesar de que sabía que serían inútiles. En el rostro que había detrás del visor del traje blanco no cabía la piedad.

Ahora todo le pareció muy claro, con mucho color, muy lento. Tenía la impresión de que sus ojos giraban dentro de una cápsula lubricada a medida que seguían a Eider por la habitación. Era un hombre corpulento, fornido, y el traje blanco le quedaba demasiado ceñido. El orificio del cañón de su revólver parecía tener las dimensiones de un túnel.

–¿Cómo se siente? –preguntó Eider.

Incluso a través del altavoz, Stu captó su tono gangoso. Eider estaba enfermo.

–Igual que antes –respondió Stu, sorprendido por el aplomo de su voz –. Oiga, ¿cuándo me dejarán salir de aquí?

–Muy pronto –respondió Eider, y estornudó –. Usted no es muy locuaz, ¿verdad?

Stu se encogió de hombros.

–Esa cualidad me gusta –prosiguió Eider –. Los charlatanes son tipos quejosos, plañideros y lameculos. Hace veinte minutos recibí la orden que le concierne, señor Redman. No es una orden muy agradable, pero creo que sabrá afrontarla.

–¿Qué orden?

–Bueno, me han ordenado que...

Stu miró por encima del hombro de Eider hacia el marco alto, remachado, de la compuerta automática.

–¡Joder! –exclamó –. Esa es una condenada rata. ¿Qué hospital es éste, donde hay ratas?

Eider se volvió. Al principio Stu quedó tan sorprendido por el éxito de su treta que casi no atinó a actuar. Después cogió el respaldo de la silla con ambas manos cuando Eider empezaba a girarse hacia él. Eider tenía los ojos desencajados, con una repentina expresión de alarma. Stu levantó la silla y la descargó sobre Eider con toda la fuerza de sus noventa kilos.

–¡Eh! –vociferó Eider –. ¡No...!

La silla se estrelló contra su brazo derecho. El arma se disparó, desintegrando la funda, y la bala rebotó contra el suelo. El revólver cayó sobre la alfombra, donde volvió a dispararse.

Stu tenía miedo de no disponer más que de un solo golpe antes de que Eider se recuperara. Resolvió sacar el mayor partido. La silla describió un arco de gran magnitud y descendió con fuerza. Eider trató de levantar su brazo derecho y no lo consiguió. Las patas de la silla golpearon la escafandra blanca. El visor de plástico se astilló sobre los ojos y la nariz de Eider, que aulló y cayó hacia atrás.

Rodó sobre el suelo y manoseó el revólver que yacía sobre la alfombra. Stu blandió la silla por última vez y la descargó sobre la nuca de Eider, que se derrumbó. Stu se agachó, jadeando, y recogió el revólver. Retrocedió, apuntando al cuerpo postrado, pero Eider no se movió.

Por un momento le atormentó una pesadilla: ¿y si las órdenes de Eider no eran las de matarlo sino las de ponerlo en libertad? Pero aquello carecía de sentido, ¿verdad? Si le habían ordenado liberarlo, ¿por qué darle tantas vueltas al asunto? ¿Qué quería decir con que no se trataba de una «orden agradable»?

No... Habían mandado a Eider para que le matara. Stu se quedó mirando el cuerpo inerte, temblando como una hoja. Si Eider se ponía repentinamente en pie, pensó, probablemente no le acertaría con las cinco balas a quemarropa. Pero no creía que Eider fuera a levantarse. Ni ahora ni nunca.

De pronto, la necesidad de salir de allí fue tan acuciante que casi atravesó la compuerta neumática a ciegas para irrumpir al otro lado. Hacía más de una semana que estaba encerrado y lo único que anhelaba era respirar aire fresco y huir de aquel lugar espantoso. Pero debía proceder con cautela. Stu se metió en la compuerta y apretó un botón con la leyenda CICLO. Una bomba de aire funcionó brevemente y se abrió la puerta exterior. Del otro lado había una habitación pequeña con una mesa de despacho. Sobre ésta descansaba una serie de expedientes médicos... y sus ropas, las que había usado en el vuelo de Braintree a Atlanta. El dedo helado del pánico volvió a tocarlo. Sin duda todo eso lo habría acompañado al crematorio. Los expedientes, las ropas. Adiós, Stuart Redman. Stuart Redman no habría existido nunca.

Stu oyó un ruidito a sus espaldas, y se apresuró a volverse. Eider se tambaleaba hacia él, doblado en dos, con las manos colgantes. Una astilla mellada de plástico estaba clavada en su ojo sangrante. Sonreía.

–No se mueva –le ordenó Stu.

Le apuntó con el arma, sosteniéndola con ambas manos... a pesar de lo cual el cañón temblaba.

Eider no dio señales de haberlo oído. Siguió avanzando. Stu apretó el gatillo. El revólver reculó en sus manos y Eider se paró. Su sonrisa se trasformó en una mueca, como si súbitamente lo hubiera atacado un cólico intestinal. Ahora había un pequeño orificio en la pechera de su uniforme blanco. Se bamboleó un momento y se desplomó. Stu sólo atinó a mirarlo, paralizado, y después salió torpemente de la habitación, dejando sus efectos personales apilados sobre el escritorio.

Probó la puerta del fondo y la abrió. Del otro lado había un corredor iluminado por mortecinos fluorescentes. A mitad de trayecto hacia el hueco de los ascensores, frente a lo que quizá era la sala de enfermeras, había una mesita rodante. Oyó un débil gemido. Alguien tosió con un largo estertor convulsivo y desgarrador.

Volvió a la habitación y recogió sus ropas. Luego salió, cerró la puerta a su espalda y echó a andar por el pasillo. La mano le sudaba alrededor de la culata del arma de Eider. Cuando llegó a la mesilla, miró hacia atrás, alarmado por el silencio y la soledad. La tos se había interrumpido. Stu esperaba ver a Eider arrastrándose en pos de él, obsesionado por cumplir la orden final. Lo curioso era que añoraba las dimensiones cerradas y conocidas de aquella habitación.

Volvió a oír el gemido, ahora más potente. Otro corredor se cruzaba perpendicular a ése, frente a los ascensores, y contra la pared estaba apoyado un hombre que Stu reconoció como uno de los enfermeros. Tenía la cara hinchada y ennegrecida, y su pecho subía y bajaba con movimientos espasmódicos. Mientras Stu lo miraba, volvió a gemir. Detrás de él yacía un hombre muerto, enroscado en posición fetal. Más allá había otros tres cadáveres, uno de los cuales era una mujer. El enfermero (Stu recordó que se llamaba Vic) empezó a toser de nuevo.

–Mierda –exclamó Vic –. ¿Qué hace fuera? Se supone que no debe salir...

–Eider fue a ocuparse de mí, pero fui yo quien me ocupé de él. Por suerte, él estaba enfermo.

–Pues sí que tiene suerte... –asintió Vic, y de su pecho brotó otro acceso de tos. Esto duele, no puede imaginar cuánto duele. Estamos jodidos. Que el cielo me ampare.

–¿Puedo hacer algo por usted? –preguntó Stu torpemente.

–Puede apoyar el revólver contra mi sien y apretar el gatillo. Siento que me desgarran las entrañas...

Empezó a toser de nuevo y gimió impotente.

Pero Stu no pudo hacerlo, y cuando continuaron los gemidos sordos de Vic, perdió la entereza. Corrió hacia los ascensores, alejándose de ese rostro ennegrecido que parecía una luna durante un eclipse parcial, esperando que Vic lo llamara con la voz estridente y siempre virtuosa que suelen emplear los enfermos cuando necesitan algo de los sanos. Pero Vic se limitó a seguir gimiendo y eso fue aún peor.

La puerta del ascensor se había cerrado y la cabina ya estaba descendiendo cuando a Stu se le ocurrió que podía tratarse de una trampa. Tal vez gas venenoso, o un cortocircuito que desenganchara los cables y mandara el ascensor a toda velocidad por el pozo hasta estrellarlo en el fondo. Entró hasta el centro de la cabina y miró nerviosamente en busca de alguna abertura o respiradero. La claustrofobia le acarició macabramente y de repente el ascensor le pareció una cabina telefónica y un ataúd. ¿Un entierro anticipado?

Alargó un dedo para pulsar el STOP y luego se preguntó qué pasaría si se paraba entre dos plantas. Antes de que pudiera responderse a esta pregunta, el ascensor disminuyó la marcha con suavidad hasta pararse con normalidad.

¿Qué pasará si ahí fuera hay hombres armados?

Pero el único centinela que surgió al abrirse la entrada del ascensor fue una mujer muerta, con uniforme de enfermera. Estaba curvada en una posición fetal al lado de una puerta en la que se leía MUJERES.

Stu se quedó mirándola y luego la puerta comenzó a cerrarse, pero introdujo la mano y la hoja se deslizó hacia atrás. Salió. El pasillo llevaba hasta una bifurcación en forma de T y se dirigió hacia allí, mientras sorteaba a la enfermera muerta.

Oyó un ruido detrás de él. Se volvió con la pistola preparada, pero sólo se trataba de la puerta del ascensor cerrándose por segunda vez. La observó, tragó saliva y siguió andando. La claustrofobia seguía pulsando obstinada en su columna vertebral, diciéndole que acelerase el paso, que saliese de allí lo más pronto posible antes de que alguien o *algo* lo atrapase. Los ecos de sus pisadas en aquel pasillo medio a oscuras del ala administrativa se parecían mucho a un macabro compañero: *¿Vamos a jugar, Stuart? Muy bien.* Pasó delante de unas puertas con paneles de cristal esmerilado, cada una de las cuales tenía su propia historia que contar: DR. SLOANE. REGISTROS Y TRANSCRIPCIONES. SR. BALLINGER. MICROFILMES. COPIAS DE ARCHIVOS. SRA. WIGGS. Tal vez fuese allí donde se tramasen todas las cosas, pensó Stu.

En la bifurcación en T había un surtidor de agua, pero su sabor caliente y a cloro le revolvió el estómago. A su izquierda no había salida; un letrero en la pared de baldosas con una flecha anaranjada debajo decía: PABELLÓN DE LA BIBLIOTECA. El pasillo parecía extenderse kilómetros y kilómetros. A unos cincuenta metros se veía el cadáver de un hombre con un traje blanco, semejante a un extraño animal arrojado en una playa.

El dominio de sí mismo iba empeorando. Aquel lugar era mucho más grande de lo que imaginaba. No es que pudiera calcular muchas cosas a partir de lo que había visto al entrar allí por primera vez, pues sólo se trató de dos vestíbulos, un ascensor y una habitación. Ahora supuso que aquello debía de ser del tamaño de un gran hospital metropolitano. Podría deambular durante horas, con sus pisadas resonando, descubriendo algún cadáver de vez en cuando. Estaban distribuidos como los premios en una fantasmagórica caza del tesoro. Recordó haber llevado a Norma, su mujer, a un gran hospital de Houston cuando le diagnosticaron el cáncer. Cada lugar al que llegabas tenía pequeños planos en las paredes con flechitas que señalaban un punto. Las letras escritas en la flecha decían: USTED ESTÁ AQUÍ. Aquello lo ponían para que la gente no se perdiera. Y él lo estaba ahora: *perdido.* Oh, cariño, está mal. Es igual de malo.

–No te aleles ahora, eres casi un hombre libre –se dijo.

Librodot

Y sus palabras suscitaron ecos, planos y extraños. No había querido hablar en voz alta y aquello empeoró las cosas.

Giró a la derecha, dando la espalda al pabellón de la biblioteca, pasó ante más despachos, llegó a otro corredor y giró también por allí... Miraba hacia atrás con frecuencia, para asegurarse de que nadie lo seguía. Tal vez Eider. Pero no se lo llegaba a creer. El pasillo terminaba ante una puerta cerrada en la que ponía RADIOLOGÍA. Un cartel escrito a mano colgaba del picaporte y en él se leía: CERRADO HASTA PRÓXIMO AVISO, RANDALL.

Stu retrocedió, se asomó a la esquina y luego regresó por donde había venido. El cadáver del traje blanco se veía ahora pequeño y muy distante, pero aparecía tan inmutable y eterno que le hizo desear echar a correr a toda prisa.

Dobló a la derecha, dándole de nuevo la espalda. A unos veinte metros el corredor se bifurcaba en otro cruce en T. Stu giró a la derecha y pasó ante más oficinas. El corredor acababa en el laboratorio de microbiología. En uno de los compartimientos un hombre joven, vestido con pantalones cortos, se hallaba caído encima de su escritorio. Estaba en coma, sangrando por la nariz y la boca. Su respiración era trabajosa. Emitía un ruido parecido a un viento de octubre entre las cerradas panochas del maíz.

Stu echó a correr, por los pasillos, cada vez más convencido de que no había salida, al menos no en esa planta. El eco de sus pisadas le persiguió, como si Eider o Vic hubiesen vivido lo suficiente para avisar a alguna patrulla militar y ponerles tras su rastro. Luego, otra fantasía sustituyó a ésta, una que en cierto modo había asociado con los raros sueños que le habían asaltado las pasadas noches. La idea creció con tanta fuerza que sintió pánico al darse la vuelta, temeroso de que una figura de traje blanco le estuviese persiguiendo, una figura de traje blanco y escafandra. Una aparición horrible, un hombre surgido de más allá del tiempo y el espacio.

Jadeando, Stu tomó un recodo y corrió tres metros antes de darse cuenta de que el pasillo no llevaba a ninguna parte, y chocó contra una puerta en la que había un letrero: SALIDA.

Empujó la hoja, convencido de que la puerta estaría cerrada con llave, pero se abrió con facilidad. Bajó cuatro escalones y llegó a otra puerta. Hacia la izquierda de ese rellano, otras escaleras descendían hacia unas tinieblas impenetrables. La mitad superior de la segunda puerta era de cristal reforzado por una malla metálica. Del otro lado sólo había la noche, la bella y apacible noche estival, y toda la libertad que anhelaba.

Stu seguía mirando hacia fuera, fascinado, cuando una mano salió de la oscuridad de las escaleras y lo cogió por el tobillo. Una interjección asaeteó la garganta de Stu. Miró en torno, con el estómago convertido en hielo, y vio un rostro sanguinolento, sonriente, que le miraba desde la penumbra.

–Ven abajo y comerás pollo conmigo, amigo –susurró una voz crepitante y moribunda –. Está muy oscuro...

Stu gritó y trató de zafarse. El ser sonriente de las tinieblas siguió reteniéndolo, hablando, haciendo muecas y riendo. De las comisuras de su boca chorreaba sangre o bilis. Stu pateó la mano que le sujetaba el tobillo y después la pisoteó. El rostro que flotaba en el hueco de la escalera desapareció y se oyeron unos golpes sordos... Stu empujó la puerta con el hombro. Se abrió violentamente y él salió trastabillando, agitando los brazos para conservar el equilibrio. Lo perdió de todos modos, y cayó sobre el camino de cemento.

Se levantó despacio, casi con cautela. Detrás de él los gritos se habían acallado. Una fresca brisa nocturna le secó el sudor de la frente. Descubrió con asombro que allí había césped y parterres de flores. La noche nunca le había parecido tan dulce y fragante. En el cielo se veía una luna en cuarto creciente. Stu la miró agradecido y después cruzó el prado hacia la carretera que conducía a la ciudad de Stovington, situada más abajo. El césped estaba húmedo de rocío y el viento susurraba entre los pinos.

–Estoy vivo –le dijo Stu Redman a la noche, y se echó a llorar –. Estoy vivo, gracias a Dios estoy vivo. Gracias, Dios mío, gracias...

Tambaleándose, echó a andar camino abajo.

30

El viento arrastraba el polvo por los chaparrales de Texas y a la hora del crepúsculo formaba un velo translúcido que confería al pueblo de Arnette una imagen espectral. El cartel de Texaco de Bill Hapscomb se había desprendido y yacía en medio de la carretera. Alguien había dejado abierta la llave del gas de la casa de Norm Bruett, y el día anterior una chispa del acondicionador de aire la había hecho volar por los aires, diseminando tablas, tejas y juguetes por toda Laurel Street. En Main Street, cadáveres de soldados y perros yacían en el arroyo. En el bar de Randy, un hombre en pijama estaba atravesado sobre el mostrador de la carne, con los brazos colgando. Uno de los perros que ahora yacían en el arroyo se había ensañado con su cara hasta saciar el apetito. A los gatos no les afectaba la gripe, y docenas de ellos salían de la penumbra silenciosa como sombras sinuosas. Desde varias casas, el sonido de las pantallas con nieve de los televisores atronaba sin parar. Unas persianas sueltas daban golpes continuos. Una furgoneta roja con la pintura desvaída y manchas de óxido, y con las palabras SPEEDAWAY EXPRESS apenas legibles a los costados, se alzaba en medio de Durgin Street, delante de la taberna Indian Head. En la furgoneta se veían muchas botellas de cerveza y gaseosa. En Logan Lañe, el barrio más opulento de Arnette, los tubos metálicos ornamentales tintineaban en el porche de la casa de Yany Leominster. El Scout de Tony se hallaba aparcado en el camino particular, con las ventanillas abiertas. Una familia de ardillas había hecho su nido en el asiento trasero. El sol abandonó Arnette y el pueblo se oscureció bajo el ala de la noche. A excepción de los chillidos y susurros de los animalillos y el tintineo de los tubos metálicos de Tony Leominster, el pueblo estaba silencioso. Silencioso. Silencioso.

31

Christopher Bradenton luchó por salir del delirio como de arenas movedizas. Tenía dolores por todas partes. Sentía su rostro como si alguien le hubiese inyectado silicona en una docena de puntos y fuese ahora del tamaño de un dirigible. Su garganta era un crudo dolor y, aún más alarmante, parecía haberse cerrado desde el tamaño ordinario de una garganta a algo no mayor que el orificio de la pistola de aire comprimido de un chico. Su respiración sibilaba al pasar por aquella diminuta conexión. Por si eso no fuera suficiente, había también un firme y pulsante dolor como la sensación de ahogarse. Y, por encima de todo, lo peor era el calor. No recordaba haber sentido un calor así ni siquiera dos años atrás cuando llevó en coche a dos presos a los que había tenido que trasladar desde el oeste de Texas a Los Ángeles para que los pusieran en libertad provisional bajo fianza. Su viejo Pontiac Tempest había muerto en la carretera 190, en el Valle de la Muerte. Entonces padeció mucho calor. Pero éste era peor, era un calor *interior,* como si se hubiese tragado el sol.

Gimió y trató de quitarse las mantas, pero no tuvo fuerzas. ¿Se había metido él mismo en la cama? No lo creía. Alguien o algo había estado en la casa con él. Alguien o algo... Debería recordarlo, pero no podía. Todo lo que Bradenton recordaba era que había pasado miedo, incluso antes de enfermar, debido a que sabía que alguien (o algo) iba a presentarse y que él tenía que...

¿Qué?

Gimió de nuevo y meneó la cabeza encima de la almohada. Todo lo que recordaba era el delirio. Cálidos fantasmas con ojos pegajosos. Su madre había acudido a ese dormitorio de troncos lisos; su madre, que había muerto en 1969, y había hablado con él: «Kit, oh Kit, ya te lo dije: No me gusta nada que te metas en política; esos hombres con los que vas están locos, son como perros rabiosos, y esas chicas no son otra cosa que fulanas. Te lo dije, Kit.»

Luego, su rostro se desvaneció, dando paso a una horda de escarabajos de tumbas desde las rotas fisuras de un pergamino amarillo, y él se había puesto a gritar hasta que se hizo una negrura absoluta y se produjeron unos gritos confusos, el golpeteo de unos zapatos como gente corriendo... Luces, luces destellantes, olor a gas... Y se encontró de regreso en Chicago, el año 1968; en alguna parte unas voces cantaban « ¡Todo el mundo está mirando! ¡Todo el mundo está mirando! Todo el mundo...» Había una chica tumbada en la cuneta, al lado de la entrada del parque, con unos téjanos de peto, los pies desnudos, su largo cabello lleno de fragmentos de vidrio, su rostro una máscara reluciente de sangre, que en la despiadada luz blanca de las farolas era la máscara de un insecto aplastado. La ayudó a ponerse en pie. Ella gritó y se agarró a él, porque un monstruo del espacio exterior avanzaba a través del gas, una criatura que llevaba unas botas negras brillantes, una chaqueta de artillería y una máscara antigás con ojos de diferente color, sosteniendo una porra en una mano, una lata de Mace en la otra, y sonriendo. Cuando el monstruo del espacio exterior se quitó la máscara y descubrió su cara sonriente y llameante, ambos habían gritado porque se trataba de algo o de alguien que él había estado esperando. Kit Bradenton siempre estuvo aterrado por ello. Era el Tipo Andarín. Los gritos de Bradenton habían alterado el tejido de aquel sueño como cristales finos quebrados por un *do bemol.* Y se encontró en Boulder, Colorado, en un apartamento de Canyon Boulevard, en un verano muy cálido, tan cálido que incluso sólo con pantalones cortos tenías el cuerpo empapado en sudor. A su lado, de espaldas, se encuentra el muchacho más guapo del mundo, alto, moreno y erguido, que lleva unos calzoncillos amarillo limón que se contonean al compás de su precioso trasero. Sabes que, si se da la vuelta, su rostro será como el de un ángel de Rafael y que flotará como el caballo del Llanero Solitario. Fuera, Haio *Silver.* ¿Dónde lo has recogido? ¿En un mitin para discutir de racismo en el campus, o en la cafetería? ¿Haciendo autostop? ¿Y eso importa? Oh, hace tanto calor, pero hay agua, un cántaro de agua, una urna de agua tallada con extrañas figuras que resaltan en bajorrelieve, y además la píldora. Oh, ¡LA PÍLDORA! La que le había enviado este ángel de calzoncillos amarillo limón. Huxleyland. El lugar donde el dedo móvil escribe y no se mueve, el lugar donde las flores florecen sobre los robles muertos, y chico, qué erección alza los pantaloncillos... ¿Había sido Kit Bradenton alguna vez tan valiente, tan dispuesto para el amor? «Vamos a la cama –le propones a aquel suave trasero. Vamos a la cama y házmelo y luego te lo haré a ti. De la manera que te gusta.» «Tómate la píldora primero –dice él, sin darse la vuelta. Luego ya veremos.» Coges la píldora, el agua está fría en tu garganta y, poco a poco, aquella cosa extraña aparece a tu vista, aquella rareza que hace cada ángulo del suelo un más o menos de cuarenta y cinco grados. Durante algún tiempo, te encuentras mirando el ventilador en el barato escritorio Grand Rapids, y luego estás mirando tu propio reflejo en el espejo ondulado que hay encima de él. Tu rostro parece negro e hinchado, pero no te permites preocuparte porque se trata sólo de la píldora, sólo de ¡LA PÍLDORA! Murmuras: «Capitán Trotamundos, oh, muchacho, estoy tan calentorro...» El echa a correr y al principio tienes que mirar aquellas suaves caderas y donde el elástico de su calzoncillo se baja tanto, y después tu mirada se mueve hacia el plano y moreno estómago, luego hacia aquel hermoso pecho lampiño y, finalmente, desde el delgado cuello hasta el rostro, y se trata de *su* cara, hundida y feliz, con una sonrisa feroz. No el rostro de un ángel de Rafael, sino de un diablo de Goya y, en cada cuenca negra de los ojos avizoras el rostro de una víbora; avanza hacia ti mientras chillas, y susurra: *Trotamundos, cariño, Capitán Trotamundos...*

A continuación, la oscuridad, rostros y voces que recordaba. Hasta que por fin salió a la superficie aquí, en la casita que había construido con sus propias manos en las afueras de Mountain City. Porque ahora era ahora, y la gran ola de revueltas que anegó el país se había retirado hacía mucho tiempo; los jóvenes contestatarios eran ya en su mayoría tipos de edad, con barba gris y agujeros quemados donde solían estar sus tabiques nasales, éstos son los restos,

cariño. El chico de los calzoncillos amarillo limón de hacía mucho tiempo. En Boulder, el propio Kit Bradenton era poco más que un muchacho.

Dios mío, ¿me estoy muriendo?

Quedó perplejo ante este pensamiento, con agonizante horror, mientras el calor se aumentaba en su cabeza al igual que una tormenta de arena. De repente, su ligera y rápida respiración se detuvo mientras un sonido comenzaba a alzarse desde algún lugar hondo y lejano, más allá de la cerrada puerta del dormitorio.

Al principio, Bradenton pensó que se trataba de la sirena de un coche de bomberos, o de la sirena de una patrulla de la policía. Se incorporó y lo oyó más alto y más cercano. Oyó unas pisadas a lo largo del vestíbulo del piso de abajo y luego a través de la sala de estar; a continuación se oyeron por las escaleras como una auténtica estampida.

Se apoyó contra la almohada, con un rictus de terror en el rostro. Sus ojos se abrieron como platos en su hinchado y ennegrecido rostro, y el sonido se aproximó todavía más. Ya no era el de una sirena sino un grito penetrante, un grito que ninguna garganta podía emitir o sostener, seguramente el grito de un hada maligna que anuncia la muerte o de algún negro Caronte llegado para llevárselo al otro lado del río que separa la tierra de los vivos de la de los muertos.

Ahora las pisadas que desde el salón corrían hacia él, resonaron a lo largo de las escaleras, cuyas tablas crujieron bajo el peso de aquellos implacables tacones a la carrera. De repente, Kit Bradenton supo qué era aquello y chilló cuando la puerta se abrió violentamente y el hombre de los pantalones y chaqueta téjanos irrumpió allí, con su letal sonrisa destellando en su rostro igual que un semicírculo de cuchillos, con la cara tan jovial como un lunático Papá Noel que llevase un cubo de acero galvanizado encima del hombro derecho.

–*¡EEHHHHHHHHAAAAHHHHHHHH!*

–¡Oh! –gritó Bradenton, cruzando los brazos encima de la cara. ¡No! ¡Noooo...!

El cubo se inclinó, el agua se vertió y por un momento pareció suspendida entre una luz amarillenta, como el mayor diamante en bruto del universo. Vio el rostro del hombre oscuro a través de ello, reflejado y refractado en el rostro de un gnomo sonriente que acaba de abrirse camino desde las entrañas más negras del infierno hasta la tierra. Luego, el agua cayó sobre él, tan fría que su inflamada garganta se abrió del todo por un momento, exprimiendo sangre de sus paredes en gruesas gotas, ahogándole, obligándolo a apartar con violencia, las mantas de la cama, en un espasmo convulso, para que su cuerpo pudiese ladearse mientras unos dolorosos calambres, originados por aquellos involuntarios forcejeos, le azotaron como sabuesos mordiendo a la carrera.

Gritó. Y volvió a gritar. Luego se quedó tendido, tembloroso, con su enfebrecido cuerpo empapado de pies a cabeza, la cabeza latiéndole, los ojos saltándosele. Su garganta se cerró sobre la hendidura de una garganta en carne viva y comenzó a forcejear miserablemente de nuevo para poder respirar. Su cuerpo empezó a sacudirse y temblar.

–*¡Sabía* cómo quitarte ese constipado! –gritó alegremente el hombre que conocía como Richard Fry. –Depositó el cubo en el suelo con un tintineo –. Ah, vamos... Sabía cuál era el truco... Debes dar las gracias, amigo mío. Eso debes hacer. ¿Me vas a dar las gracias? ¿No puedes hablar? ¿No? Sin embargo, sé que dentro de ti lo haces.

Se disparó en el aire como Bruce Lee en una película de kungfú, con las rodillas abiertas y, por un momento, pareció colgar suspendido directamente por encima de Kit Bradenton como había hecho antes el agua, con su sombra proyectándose sobre el salpicado pecho del empapado pijama de Bradenton, y éste gimió débilmente. Luego una rodilla se precipitó sobre un lado de su caja torácica y la ingle en pantalones téjanos fue la cruz de una horca suspendida encima de su pecho a escasos centímetros, y su rostro ardió hacia el de Bradenton como la antorcha de un sótano en una novela gótica.

Librodot

–Tenía que despertarte, tío –dijo Fry –. No quería que te escaquearas sin que hablásemos un poco.

–Apar... ta... te... de... mí...

–No estoy encima de ti, tío. Sólo estoy suspendido por encima de ti. Como el gran mundo invisible.

Bradenton, en una agonía de miedo, sólo pudo jadear, estremecerse y contemplar aterrado aquel rostro alegre y chispeante.

–Tenemos que hablar acerca de barcos y focas y de si las abejas tienen aguijón. También acerca de los documentos que se supone tienes para mí, y del coche y de las llaves del coche. Todo lo que he visto es una furgoneta Chevy, y sé que es tuya. ¿Qué me dices al respecto?

–... ellos... documentos... no puedo... no puedo hablar. –Jadeó ásperamente en busca de aire. Sus dientes produjeron un sonido agudo, como pajarillos en un árbol.

–Será *mejor* que puedas hablar –le aconsejó Fry, y sacó los pulgares, que tenían una doble articulación (como todos sus dedos), y los meneó en unos ángulos que parecían negar la biología y la física –. Porque de lo contrario pondré en mi llavero tus ojos azules y vas a tener que ir trotando por ahí como un perro ciego.

Apoyó los pulgares contra los ojos de Bradenton, y éste se hundió impotente contra la almohada.

–Me lo pediste –prosiguió Fry, –y yo te di las píldoras adecuadas. En realidad te sujeté para que pudieras tragártelas. Ponte bien, tío. Las píldoras se harán cargo de todo.

Bradenton, que ahora temblaba de miedo como antes de frío, forzó las palabras a través de sus rechinantes dientes:

–Documentos... a nombre de Randall Flagg. Abajo, en el aparador galés. Bajo el... papel de contacto.

–¿Coche?

Bradenton intentó desesperadamente pensar. ¿Tenía un coche de aquel hombre? Aquello había pasado mucho tiempo atrás y se interponían todas las llamas del delirio, que parecía haber dañado sus procesos de pensar, quemar bancos enteros de memoria. Secciones completas de su pasado eran archivadores llenos de cables achicharrados y relés ennegrecidos. En lugar del coche por el que preguntaba aquel hombre, acudió a él una imagen del primer coche que había poseído, un Studebaker de 1953, con un morro en forma de bala que había pintado de color rosa.

Fry le colocó una mano sobre la boca y le apretó las ventanillas de la nariz con la otra. Bradenton comenzó a sacudirse debajo de él. Gemidos ahogados escaparon en torno a la mano de Fry, el cual apartó las dos y preguntó:

–¿Te ayuda esto a recordar?

Aunque pareciera extraño, así fue.

–Coche... –contestó y luego jadeó como un perro.

El mundo dio vueltas, se afirmó y pudo proseguir.

–El coche aparcado... detrás de la gasolinera Conoco... en las afueras de la ciudad. En la carretera 51.

–¿Al norte o al sur de la ciudad?

–Sur... sur...

–¡Vaya, pues sur! Muy bien. Prosigue.

–Tapado... con una lona... Bu... Bu... Buick. El permiso está junto al volante. A nombre de... Randall Flagg... –De nuevo le vencieron los jadeos, y fue incapaz de proseguir ni de hacer otra cosa que mirar a Fry con leve esperanza.

–¿Llaves?

–Debajo...

El trasero de Fry extrajo las siguientes palabras al apoyarse encima del pecho de Bradenton. Se instaló allí de la misma forma que pudiera haberlo hecho en un confortable sofá. De repente, Bradenton no pudo conseguir ni una simple bocanada de aire.

Expelió lo último de su respiración en una pequeña frase:

–Por favor...

–Y gracias por todo –dijo Richard Fry/Randall Flagg con una sonrisita –. Da las buenas noches, Kit...

Incapaz de hablar, Kit Bradenton sólo pudo hacer girar sus ojos en blanco.

–No pienses mal de mí –le recomendó en voz baja el hombre oscuro, sin dejar de mirarlo. – Lo que pasa es que ahora tengo un poco de prisa. La feria empieza temprano. Están abriendo todas las atracciones. El tiro al blanco, la rueda de la fortuna. Y ésta es mi noche de suerte, Kit, lo siento. Lo siento mucho. Por lo tanto, debemos apresurarnos...

Había dos o tres kilómetros hasta la gasolinera Conoco, y cuando llegó allí pasaba ya de las tres de la madrugada. El viento se había levantado, soplando a través de la calle. Durante el trayecto, había visto los cadáveres de tres perros y de un hombre con una especie de uniforme. Por encima, las estrellas brillaban con fuerza, chispas titilantes a través de la piel oscura del universo.

La lona que cubría el Buick estaba fijada y tensada en el suelo con unas clavijas y el viento la hacía ondear. Cuando Flagg quitó las clavijas, la lona se desprendió y voló en la noche como un gran fantasma pardo. Pero el asunto principal era a dónde se dirigiría él. Se quedó junto al Buick, un modelo de 1975 muy bien conservado (los coches se conservaban bien aquí, puesto que había poca humedad y el óxido tardaba en aparecer), aspirando el aire nocturno veraniego igual que lo haría un coyote. Se percibía una fragancia del desierto, de ese que sólo puede apreciarse bien por la noche. El Buick se alzaba en aquel depósito entre desmembrados cadáveres de coches, monolitos de la isla de Pascua entre el ventoso silencio. El bloque de un motor. Una transmisión que recordaba las pesas que se usan para fortalecer músculos. Una pila de neumáticos en la que el viento arrancaba extraños sonidos y ecos. Un parabrisas rajado...

Pensó que, en escenarios así, cualquier hombre podría ser un Yago.

Dejó atrás el Buick y pasó la mano por el abollado capó de lo que otrora debió de ser un Mustang.

–Eh, pequeño Cobra, no sabes que te van a cerrar –canturreó con voz apagada.

Dio una patada con su polvorienta bota y descubrió un nido de joyas, que saltaron hacia él con apagado resplandor: rubíes, esmeraldas, perlas del tamaño de huevos de ganso, diamantes que rivalizaban con las estrellas. Les chascó los dedos. Y desaparecieron. ¿Adonde irían?

El viento gimió a través de la destrozada ventanilla de un viejo Plymouth y pequeñas cosas vivientes susurraron en el interior.

Algo más susurró detrás de él. Se dio la vuelta y era Kit Bradenton, vestido con aquellos absurdos calzoncillos amarillos, con su orinal de poeta colgándole por encima del cinturón como un alud contenido en cámara lenta. Bradenton anduvo hacia él por encima de retorcidos hierros de Detroit. Una ballesta le perforó los pies como en una crucifixión, pero la herida no sangró. El ombligo de Bradenton parecía un ojo a la funerala.

El hombre oscuro chascó los dedos y Bradenton desapareció.

Sonrió y regresó junto al Buick. Apoyó la frente contra la curva del techo del lado del pasajero. Al cabo de unos instantes se enderezó, sonriente.

Se sentó al volante, bombeó el acelerador varias veces para poner a punto el carburador. El motor se encendió y el indicador de la gasolina señaló un cuarto del depósito. Desembragó y condujo por el lado de la gasolinera, con los rayos de sus faros atrapando por un momento otro par de esmeraldas: unos ojos gatunos que brillaron con cautela desde las altas hierbas al lado de la puerta de los servicios de mujeres de la gasolinera Conoco. En la boca del gato se veía el pequeño cuerpo lacio de un ratón. Al descubrir la sonrisa del hombre, el gato soltó su presa y salió corriendo. Flagg rió estentóreamente, la carcajada de un hombre que no tiene en mente más que cosas buenas. Cuando el asfaltado de la zona de la Conoco se convirtió en carretera, giró a la derecha y comenzó a circular hacia el sur.

32

Alguien había dejado abierta la puerta que comunicaba el pabellón de máxima seguridad con el de celdas contiguo. El corredor blindado hacía las veces de amplificador natural, y confería una gran resonancia a los gritos constantes, monótonos que se oyeron durante toda la mañana, y cuyos ecos reproducía una y otra vez, hasta que Lloyd Henreid pensó que la combinación de los alaridos con el lógico miedo que experimentaba terminaría por enloquecerlo.

–¡Mamá! –articuló el grito ronco, vibrante –. ¡Maaamá!

Lloyd estaba sentado en el suelo de la celda, con las piernas cruzadas. Le sangraban las manos. La camisa azul de su uniforme de presidiario estaba manchada de sangre porque se había estado secando las manos en ella con el fin de poder operar mejor. Eran las diez de la mañana del 29 de junio. Alrededor de las siete había notado que una pata de su litera estaba floja, y desde entonces trataba de desprender los tornillos que la sujetaban al suelo y al bastidor. Trabajaba sin más herramientas que los dedos, y en verdad había quitado cinco o seis tornillos. Como consecuencia de ello, sus falanges parecían una hamburguesa cruda. El sexto tornillo resultó el más rebelde, pero ya empezaba a creer que al fin podría desprenderlo. De momento no se planteaba qué haría después. La única forma de evadirse del pánico consistía en no pensar.

–Maaaamá...

Se levantó de un salto, sin preocuparse por la sangre que le goteaba de las inflamadas manos. Asomó la cara lo más que pudo hacia el corredor, con los ojos furiosamente desorbitados, agarrando los barrotes.

–¡Cállate, cabrón de mierda! –vociferó –. ¡Cállate, que me estás pudriendo el seso!

Se produjo una larga pausa. Lloyd saboreó el silencio. El silencio es oro. Aquella máxima siempre le había parecido estúpida: pero en verdad tenía sus virtudes.

–¡Maaaaamáááá...!

La voz volvió a brotar de la garganta de acero del pabellón de celdas, tan lúgubre como la sirena de un barco.

–Joder –masculló Lloyd –. ¡Cállate! ¡Cállate, maldito cretino de mierda!

–¡Maaaaaamáááááá...!

Lloyd volvió a la pata de la litera y se encarnizó con ella, lamentando una vez más no tener en la celda algo para hacer palanca, y tratando de olvidarse de la palpitación de sus dedos y del terror de su mente. Procuró recordar con exactitud cuándo había visto a su abogado por última vez. Esos detalles se diluían enseguida dentro de su cabeza, tan ineficaz para recordar la cronología de los hechos pasados como un cedazo para retener el agua. Hacía tres días. Sí. Un día después

de que el hijoputa de Mathers le machacara las pelotas. Dos guardias habían vuelto a llevarlo al locutorio. Shockley estaba en la puerta y lo recibió con un «Caray, aquí está el piojoso respondón, ¿qué tal, piojoso vas a decir alguna agudeza?». Y a continuación Shockley había abierto la boca y estornudado en la cara de Lloyd, rociándolo de saliva. «Te convido a unos microbios de resfriado, piojoso. Aquí los tienen todos, del alcaide para abajo, y yo soy partidario de compartir la riqueza. En Estados Unidos incluso las sabandijas como tú deberían estar en condiciones de pillar un resfriado. Después le hicieron entrar y el abogado le dio muy buenas noticias. El magistrado que debía juzgar el caso de Lloyd estaba en cama con gripe. Otros dos jueces también se hallaban enfermos, de modo que los restantes calientasillas estaban atiborrados de trabajo. Quizá conseguirían un aplazamiento. «Rece para que eso suceda», le recomendó el abogado. « ¿Cuándo lo sabremos?», preguntó Lloyd. «Probablemente en el último minuto», replicó Devins. Lloyd no volvió a verlo, y ahora, pensándolo mejor, recordó que al abogado también le chorreaba la nariz y...

–¡Maldita sea!

Se llevó a la boca los dedos de la mano derecha y sintió el sabor de la sangre tibia. Pero el jodido tornillo había cedido un poco, lo cual indicaba que seguramente lograría desprenderlo. Ya ni siquiera el histérico hijoputa del extremo del corredor lo fastidiaba... por lo menos no tanto como antes. Lo desprendería. Después de eso le bastaría con tener paciencia. Se sentó con los dedos en la boca, dejándolos descansar. Cuando terminara su trabajo, desgarraría su camisa en jirones y los vendaría.

–¿Mamá?

–Yo sé lo que puedes hacer con tu madre –farfulló Lloyd.

Aquella noche, después de haber hablado por última vez con su abogado, empezaron a llevarse a los presos enfermos, a *transportarlos,* porque no sacaban a nadie que no estuviese ya con un pie en la fosa. Trask, el hombre que ocupaba la celda situada a la derecha de la de Lloyd, comentó que la mayoría de los guardias también parecían bastante resfriados. Quizá podrían sacar provecho de eso, comentó. ¿Cuál?, preguntó Lloyd. No lo sabía, respondió Trask. Era un tipo esmirriado con cara larga de sabueso que estaba en máxima seguridad a la espera de que lo juzgasen por robo a mano armada y agresión con arma de fuego. Tal vez un aplazamiento, añadió.

Trask tenía seis cigarrillos de marihuana guardados debajo del delgado colchón de la litera, y le dio cuatro a uno de los guardias que aún parecía en condiciones de informar de lo que sucedía en el exterior. El vigilante dijo que la población huía de Phoenix en todas direcciones. Había muchos enfermos y la gente moría como moscas. El gobierno aseguraba que pronto habría una vacuna, pero casi nadie lo creía. Muchas emisoras de radio de California difundían noticias escalofriantes sobre la ley marcial, las barricadas militares y los rumores de decenas de miles de muertos. El guardia agregó que no le extrañaría descubrir que unos pervertidos bolcheviques melenudos lo hubieran desencadenado todo al verter algo en el agua.

Luego dijo que él se sentía bien, pero que se largaría de allí en cuanto terminara su turno. Había oído decir que el ejército planeaba bloquear antes de la mañana del día siguiente la carretera 17, la I–10 y la 80. Lo que él pensaba hacer era subir al coche a su esposa e hijo y todos los víveres que pudieran conseguir, y quedarse en las montañas hasta que pasara todo. Allí tenía una cabaña, explicó el guardia, y si alguien trataba de acercarse a menos de treinta metros, le metería una bala en la cabeza.

A la mañana siguiente, Trask amaneció con la nariz chorreando y dijo que se sentía afiebrado. El pánico casi le hacía desvariar, recordó Lloyd. Trask les había gritado a todos los guardias que pasaban que lo sacaran de allí antes de que enfermara de gravedad. Los guardias ni siquiera lo miraban, ni a los otros presos, que ya estaban tan inquietos como leones hambrientos en las jaulas del zoológico. Entonces fue cuando Lloyd empezó a asustarse. Por lo general, había no

menos de veinte guardias en el pabellón a una hora dada. ¿Cómo se explicaba entonces que sólo hubiera visto cuatro o cinco caras al otro lado de las rejas?

Aquel día, el 27, Lloyd empezó a comer sólo la mitad de los alimentos que le pasaban entre los barrotes, y a almacenar la otra mitad debajo del colchón.

El día anterior, Trask tuvo una serie de convulsiones repentinas. Su cara se puso amoratada y se murió. Lloyd miró ávidamente el resto del almuerzo de Trask, pero no pudo alcanzarlo. Por la tarde aún aparecieron algunos guardias en el corredor, pero no llevaban a nadie a la enfermería; también se estaban muriendo, y el alcaide había resuelto no malgastar energías. Nadie se acercó a recoger el cadáver de Trask.

A última hora de la tarde del día anterior, Lloyd durmió la siesta. Cuando despertó, los corredores de máxima seguridad estaban vacíos. No sirvieron la cena. Ahora sí que aquello parecía la leonera del zoológico. Lloyd no era tan imaginativo como para preguntarse cuánto más salvaje habría sido el clamor si el pabellón hubiese estado lleno al ciento por ciento. No sabía cuántos seguían vivos y con suficientes energías como para pedir su ración a gritos; la resonancia hacía que pareciesen muchos más de los que en realidad eran. De lo único que Lloyd estaba seguro era que, a su derecha, Trask atraía las moscas, y de que la celda de su izquierda estaba vacía. El anterior ocupante, un joven negro que hablaba en jerga, y que al atracar a una viejecita la había matado involuntariamente, fue transportado a la enfermería hacía ya vanos días. Enfrente, veía dos celdas vacías y los pies colgantes de un hombre que estaba preso por haber matado a su esposa y su cuñado durante una partida de naipes a causa de unos centavos. Al parecer el «asesino del centavo», como le llamaban, había optado por suicidarse con el cinturón o, si se lo habían quitado, con los pantalones.

Esa noche, más tarde, después de que las luces se encendieran automáticamente, Lloyd ingirió parte de las judías que había economizado dos días antes. Tenían un gusto repulsivo pero las comió de todos modos. Las tragó con agua de la taza del inodoro y después se arrastró hasta su litera y apretó las rodillas contra el pecho, maldiciendo a Poke por haberlo metido en ese lío. Poke era el único culpable. Lloyd, por sí mismo, nunca se habría sentido tan ambicioso como para ensayar algo de más envergadura que pequeñas raterías.

Poco a poco se acalló el clamor de los hambrientos, y Lloyd sospechó que él no era el único que había almacenado reservas como una ardilla. Pero no tenía mucho. Si hubiera sabido que iba a ocurrir algo parecido, habría acumulado más víveres. En su inconsciente se agazapaba un horror que Lloyd no quería ver. Era como si en el fondo de su mente aletearan un par de cortinas detrás de las cuales se ocultaba algo. Sólo se veían los pies huesudos, esqueléticos, debajo del dobladillo de las cortinas. Con eso bastaba. Porque los pies pertenecían a un cadáver bamboleante, escuálido, cuyo nombre era MUERTE POR INANICIÓN.

–Oh, no –murmuró Lloyd –. Vendrá alguien. Claro que sí. Eso es tan seguro como que la mierda se pega a las sábanas.

Pero no cesaba de acordarse del conejo. No podía evitarlo. En una rifa de la escuela le había tocado un conejo con su jaula. Su padre no lo quería, pero Lloyd lo convenció de que él lo cuidaría y le daría de comer de su propia asignación semanal. Le tenía cariño y se ocupaba de él. Pero el problema consistía en que no podía retener las cosas mucho tiempo en la memoria. Siempre había sido así. Y un día, mientras se columpiaba distraídamente en el neumático que colgaba del enfermizo arce de la parte trasera de su destartalada casita de Marathón, Pensilvania, se irguió súbitamente, pensando en el conejo. No se había acordado de él... durante más de dos semanas.

Corrió al pequeño cobertizo adosado al granero. Era verano, al igual que ahora, y cuando entró le inundó el fétido olor del conejo. La piel que tanto le había gustado acariciar se hallaba apelmazada y sucia. Unos gusanos blancos reptaban por las cavidades que habían contenido sus bonitos ojos rosados. Las patas aparecían roídas y ensangrentadas porque había tratado de evadirse de la jaula

arañándola, y eso era sin duda lo que había sucedido, pero una zona oscura y morbosa de su mente le susurró que el conejo, famélico, había tratado de auto-devorarse.

Lloyd sacó el conejo de allí, cavó una fosa y lo enterró, sin sacarlo de la jaula. Su padre nunca le preguntó por el animal. Quizá incluso había olvidado que su hijo tenía un conejo. Lloyd no era muy avispado, pero en comparación con su padre resultaba un coloso intelectual. Más Lloyd no lo olvidó nunca. Siempre lo acosaron sueños muy vividos, y la muerte del conejo generó una serie de pesadillas horribles. Y ahora la imagen del conejo resurgió mientras él estaba sentado en la litera con las rodillas recogidas contra el pecho, diciéndose que vendría alguien, que seguramente llegaría cualquier persona y lo dejaría en libertad. No había pillado la gripe *Capitán Trotamundos;* sólo estaba hambriento. Como lo había estado su conejo. Exactamente igual.

Pasada la medianoche, se durmió; y a la mañana empezó a ocuparse de la pata de la litera. Al contemplar sus ensangrentados dedos, pensó con horror en las patas de aquel conejo al que no había querido causar el menor daño.

A la una de la tarde del 29 de junio había conseguido liberar el catre. Al final el tornillo cedió con facilidad y la pata cayó tintineando sobre el suelo de la celda. Él se quedó mirándola, preguntándose para qué se había obstinado en desprenderla. Medía unos noventa centímetros.

La llevó hasta la puerta de la celda y empezó a golpear estrepitosamente los barrotes de acero azulado.

–¡Eh! –gritó, mientras la sonora barra emitía sus fuertes repiques –. ¡Eh, malditos, eh!

Se calló y escuchó cómo se apagaban los ecos. Por un momento reinó un silencio total y después, desde el pabellón de celdas, llegó la ronca respuesta:

–¡Mamá! ¡Aquí abajo, mamá! ¡Estoy aquí abajo!

–¡Joder! –exclamó Lloyd, y arrojó al rincón la pata de la litera.

Había trabajado durante horas, prácticamente se había destrozado los dedos sólo para despertar a aquel imbécil.

Se sentó en el camastro, levantó el colchón y cogió un trozo de pan duro. Contempló la posibilidad de tomar también un puñado de dátiles. Primero se dijo que los economizaría; pero al final se los comió uno a uno, haciendo muecas, reservando pan hasta el final para quitarse de la boca aquel sabor empalagoso.

Cuando acabó, anduvo al azar hasta el extremo de su celda. Miró hacia abajo y ahogó un grito de asco. Trask estaba despatarrado mitad fuera de su camastro, y la pernera de su pantalón se había levantado un poco. Sus tobillos estaban desnudos por encima de las pantuflas. Una rata enorme, regordeta, estaba royendo la pierna de Trask. Tenía la repulsiva cola pulcramente enroscada alrededor de la pierna grisácea.

Lloyd se encaminó al otro extremo de la celda y recogió la pata de la litera. Volvió adonde había estado antes y permaneció un momento inmóvil, preguntándose si la rata lo vería y se largaría. Pero la rata le volvía las ancas. Lloyd tenía la impresión de que ni siquiera sabía que estaba allí. Midió la distancia con la vista y estimó que la pata de la litera llegaría estupendamente.

–¡Aja! –dijo, y descargó la barra.

Ésta aplastó a la rata contra la pierna de Trask, cuyo cadáver cayó del camastro con un ruido sordo. La rata yacía sobre el flanco, aturdida, respirando débilmente. Tenía gotas de sangre sobre los bigotes. Movía las patas traseras como si su cerebro le ordenara huir pero las señales se entremezclaron en algún punto de la médula. Lloyd volvió a golpearla y la mató.

–Así aprenderás, inmunda –murmuró Lloyd.

Librodot

Dejó la barra a un lado y volvió a su litera. Se sentía acalorado, asustado y con ganas de llorar. Miró por encima del hombro y gritó:

–¿Te gusta tu infierno de ratas, puta de mierda?

–¡Mamá! –aulló la voz, a modo de feliz respuesta –. ¡Maaaaamá!

–¡Cállate! –chilló Lloyd –. ¡No soy tu madre! ¡Tu madre está chupando pollas en un prostíbulo de Indiana!

–¿Mamá? –repitió la voz, vacilante.

Después enmudeció.

Lloyd se echó a llorar. Y se frotaba los ojos con los puños como un chiquillo. Quería un bocadillo de carne, quería hablar con su abogado. Quería salir de allí.

Finalmente se dejó caer sobre su camastro, se puso una mano encima de los ojos y se masturbó. Era una forma, tan buena como cualquiera, de dormirse.

Cuando despertó eran las cinco de la tarde y en máxima segundad reinaba un silencio sepulcral. Con los ojos legañosos, Lloyd se levantó del camastro, que ahora se escoraba como un borracho hacia el lado del que le habían arrancado el soporte. Cogió la barra, se acorazó contra los gritos de *¡Mamá!* y empezó a martillear como el cocinero del rancho que convoca a los peones para una comida campestre. Comida. Ésa sí era una palabra bonita. Lonjas de jamón, patatas con salsa roja, guisantes frescos y, de postre, crema de leche y chocolate. Y una enorme fuente de helado de fresa. No, no había una palabra más bella que ésa: comida.

– Eh, ¿no hay nadie aquí? –gritó Lloyd con voz quebrada.

Nadie contestó. Ni siquiera un grito de *¡Mamá!* En ese momento quizá lo hubiera oído con gusto. La compañía de los locos era mejor que la de los muertos.

Lloyd dejó caer ruidosamente la pata de la litera. Volvió al camastro, levantó el colchón e hizo inventario. Dos trozos de pan, dos puñados de dátiles, una chuleta de cerdo mordisqueada, un poco de salami. Partió el salami y comió el trozo más grande, pero sólo le sirvió para avivarle el apetito.

–Basta ya –susurró. Devoró el resto de la chuleta de cerdo y después se recriminó por haberlo hecho. Lloró otro poco. Moriría allí, como el conejo había muerto en su jaula, como Trask en la suya.

Trask.

Durante largo rato estuvo mirando pensativo el interior de la celda de Trask, observando cómo las moscas revoloteaban, se posaban y levantaban el vuelo. Sobre la cara del viejo Trask había un verdadero aeropuerto para moscas. Después, Lloyd cogió la pata de la litera y la pasó entre los barrotes. Alzándose sobre las puntas de los pies consiguió introducirla lo suficiente para alcanzar el cadáver de la rata y arrastrarlo hacia su celda.

Cuando tuvo la rata suficientemente cerca, se arrodilló y la pasó a su lado. La levantó por la cola y la dejó oscilar delante de sus ojos. Después la metió bajo el colchón, donde las moscas no pudieran alcanzarla, colocándola separada de los otros víveres. Contempló la rata muerta antes de dejar caer el colchón, que la ocultó piadosamente.

–Por si acaso –le susurró Lloyd Henreid al silencio –. Por si acaso, simplemente.

Después, trepó al otro extremo de la litera, recogió las rodillas hasta el mentón y se quedó inmóvil.

33

A las 20.38, según el reloj del despacho del sheriff, las luces se apagaron.

Nick Andros había estado leyendo un libro de bolsillo que cogió de un estante del *drugstore,* una novela de terror sobre una asustada institutriz que creía que la solitaria finca donde daba clases al hermoso hijo del dueño se encontraba encantada. Aunque apenas había llegado a la mitad del libro, Nick ya sabía que el fantasma era la bella esposa del dueño, que estaba probablemente encerrada en el desván y bien muerta.

Cuando las luces se apagaron sintió que el corazón le daba un vuelco y que una voz le susurraba desde lo más profundo de su mente, desde un lugar donde las pesadillas que ahora le perseguían cada vez que se quedaba dormido no hacían más que estar al acecho: *Viene por ti... ahora está ahí fuera, en la autopista de la noche... la autopista donde se oculta... el hombre oscuro...*

Dejó sobre el escritorio el libro y salió a la calle. Ya lo último de la luz del día había desaparecido del cielo, y estaba cercano el crepúsculo. Todas las farolas de la calle se hallaban apagadas. Los fluorescentes del *drugstore,* que habían permanecido encendidos noche y día, también se habían apagado. El zumbido de las cajas de empalmes que se encontraban encima de los postes de la corriente ya no se producía. Nick lo comprobó al tocar un poste y no sentir otra cosa que la madera: la vibración no se percibía.

En el armario de suministros del despacho había una caja de velas, pero eso no consoló demasiado a Nick. Él hecho de que las luces se hubiesen apagado le había alcanzado con mucha fuerza, y ahora estaba allí de pie, mirando hacia el oeste, suplicando en silencio que la luz no le abandonase en aquel oscuro cementerio.

A pesar de ello, la luz no regresó. Nick no se obstinó más en creer que quedaba alguna luz en el cielo. A las nueve y diez regresó al despacho y se dirigió hacia el armario donde se encontraban las velas. Se hallaba tanteando en un estante cuando la puerta que estaba detrás de él se abrió violentamente y Ray Booth entró tambaleándose, con el rostro ennegrecido e hinchado, con su anillo brillando en el dedo. Se había refugiado en los bosques cercanos a la ciudad desde la misma noche del 22 de junio, hacía ya una semana. En la mañana del día 24 empezó a sentirse enfermo y, al fin, hambriento y temiendo por su vida, se vio impulsado a regresar a la ciudad, donde no había visto a nadie salvo a aquel maldito mudo que era, después de todo, el que le había metido en aquella situación. El mudo había estado cruzando la ciudad como el jodido Billy, andando por allí como si poseyese aquella ciudad, donde Ray había vivido la mayor parte de su vida, con la pistola del sheriff en una funda colgada de su cadena derecha y asegurada al muslo con una tira. Tal vez pensara que de verdad era el amo de la ciudad. Ray sospechó que iba a morir a causa de aquella cosa que habían traído; pero antes le iba a mostrar a aquel maldito mudo quién mandaba allí.

Nick se hallaba de espaldas y no supo que ya no estaba solo en el despacho del sheriff Baker hasta que las manos se cerraron alrededor de su cuello. La caja que acababa de coger se le cayó de las manos y las velas de cera se rompieron y se esparcieron. Estaba ya casi asfixiado antes de que pudiera recuperarse, cuando de repente estuvo seguro de que la criatura negra de sus sueños se había encarnado: algún demonio del sótano del infierno se encontraba detrás de él e intentaba estrangularlo con sus garras escamosas.

Convulso, cogió las manos que le estaban asfixiando y trató de quitárselas de encima. Una cálida respiración sopló contra su oreja derecha, originando una especie de brisa que podía sentir pero no oír. Consiguió jadear un poco antes de que aquellas manos apretasen de nuevo con fuerza su cuello.

Los dos hombres se balancearon en la oscuridad como oscuros bailarines. Ray Booth sintió que sus fuerzas menguaban en cuanto el chico comenzó a forcejear. Le latía la cabeza. Si no acababa enseguida con el mudo, no conseguiría liquidarlo. Apretó con el resto de las fuerzas que le quedaban el flaco cuello del jovencito.

Nick sintió que el mundo se desvanecía. El dolor de su garganta, agudo al principio, se había hecho entumecedor y distante, casi placentero. Plantó el tacón de sus botas hacia atrás, sobre un

pie de Booth y al mismo tiempo apoyó todo su peso contra el hombretón. Booth se vio forzado a retroceder un paso. Pisó una vela, resbaló y se derrumbó al suelo con Nick encima. Sus manos aflojaron al fin la presa.

Nick rodó a un lado, jadeando pesadamente. Todo parecía distante, excepto el dolor del cuello, que había regresado en lentas y retumbantes punzadas. Sintió el sabor de la sangre en la parte posterior de la garganta.

La grande y corcovada forma de aquello que lo había atacado se esforzaba por ponerse en pie. Nick se acordó de la pistola y tendió la mano en su busca. Estaba allí, pero no acababa de salir. De alguna manera se había encajado en la funda. Tiró con frenesí. Se disparó. La bala le rozó la pierna y se empotró en el suelo.

La sombra cayó sobre él como un hado fatal.

A Nick se le cortó la respiración y luego aquellas grandes manos blancas se aferraron a su rostro, con los pulgares buscándole los ojos. Nick vio un reflejo púrpura en una de aquellas manos a la mortecina luz de la luna y su sorprendida boca formó en la oscuridad la palabra *¡Boooth!* Su mano derecha continuó tirando de la pistola. Apenas había sentido el cálido chisporroteo de dolor a lo largo de todo su muslo.

Uno de los pulgares de Ray Booth se metió en el ojo derecho de Nick. Un agudo dolor estalló en su cabeza. Al final consiguió liberar la pistola. El pulgar de Booth, encallecido por el duro trabajo, empezó a barrenar con fuerza, triturándole el globo ocular. Nick emitió un amorfo grito que no era mucho más que un brusco susurro de aire, y hundió el arma en el fláccido costado de Booth. Apretó el gatillo y la pistola hizo un ruido apagado, que Nick sintió como un violento retroceso que corrió por su brazo; la mira del arma se había enganchado en la camisa de Booth. Nick vio un velado destello y, un momento después, el olor de la pólvora y de la achicharrada camisa de su agresor. Ray Booth se puso rígido un instante y luego se derrumbó encima de él.

Sollozando de pánico, Nick intentó librarse del peso que tenía encima. El cuerpo de Booth se deslizó y Nick se arrastró por debajo y se llevó una mano a su herido ojo. Se quedó tendido en el suelo durante mucho rato, con la garganta hirviéndole. Sentía como si un implacable destornillador hubiera estado horadando sus sienes.

Al final tanteó alrededor en busca de una vela, y la prendió con el encendedor que había en la mesa. A su débil resplandor amarillo pudo ver el cadáver de Ray Booth tendido de bruces sobre el suelo. El disparo le había dejado en un lado de la camisa un círculo ennegrecido. Había mucha sangre. La sombra de Booth se alargó hasta la distante pared en la insegura luz de la vela, como algo grande e informe.

Entre silenciosos gemidos, Nick se dirigió tambaleante hacia el pequeño cuarto de baño, con la mano sobre el ojo, y luego se miró en el espejo. Vio que entre los dedos le goteaba algo y apartó bruscamente la mano. No estaba seguro, pero pensó que ahora, además de sordomudo, podía haberse convertido también en tuerto.

Regresó al despacho y empezó a dar patadas al lacio cuerpo de Ray Booth.

Malnacido, le dijo al hombre muerto. Primero los dientes y ahora el ojo. ¿Estás contento? De haber podido me habrías arrancado los dos ojos, ¿verdad? Me habrías quitado los ojos y me habrías dejado sordo, mudo y ciego, en un mundo de muertos. ¡Maldito cabrón!

Dio más patadas a Booth, y la sensación de sus pies hundiéndose en aquel cadáver le revolvió el estómago. Al cabo de un rato, se sentó en el camastro con las manos en la cabeza. Fuera, las sombras se habían apoderado de todo. Todas las luces del mundo se habían apagado.

34

Durante mucho tiempo (¿cuántos días?, ¿quién podía saberlo? Trashcan no, seguramente) Donald Merwin Elbert, alias *Trashcan* para sus amigos de su borroso y confuso pasado de la escuela primaria, había vagado de uno a otro extremo de las calles de Powtanville, Indiana, intimidado por las voces que oía dentro de su cabeza, zigzagueando y alzando las manos para protegerse de las piedras que le arrojaban los fantasmas.

¡Eh Trashcan!

¡Eh, Trashcan! ¿Qué tal, basura? ¿Has encendido fogatas esta semana?

¿Qué dijo la vieja Semple cuando le quemaste el cheque de la pensión, Trashcan?

Eh, basurita, ¿quieres comprar un poco de queroseno?

¿Gozabas mucho con los electrochoques que te aplicaban en Terre Haute? Trashcan...

Eh, Trashcan...

Unas veces sabía que las voces no eran verdaderas, pero otras rogaba a gritos que callaran, sólo para descubrir que la única voz era la suya, cuyo eco le devolvían las casas, las fachadas de las tiendas y el lavadero de coches Scrubba-Dubba, donde antes había trabajado y donde ahora estaba sentado, en la mañana del 30 de junio, comiendo un bocadillo pringoso de manteca de cacahuete, jalea, tomates y mostaza. Ninguna otra voz excepto la suya, que rebotaba contra las casas y las tiendas y retornaba a sus oídos. Porque, inexplicablemente, Powtanville se hallaba vacío. Todos se habían ido... ¿O no? Decían que estaba loco, y sólo a un loco se le podía ocurrir que en su pueblo natal no quedaba un alma, que allí sólo se encontraba él. Pero sus ojos volvían sin cesar a los depósitos de petróleo que se alzaban en el horizonte, enormes, blancos y redondos, como nubes bajas. Se levantaban entre Powtanville y la carretera que llevaba a Gary y Chicago. Él sabía qué deseaba hacer y eso no era un sueño. Era realmente malo pero no era un sueño. Y sabía que no podría contenerse.

¿Te has chamuscado los dedos, Trashcan?

Eh, Trashcan, ¿no sabes que te orinas en la cama porque juegas con fuego?

Algo pareció pasar silbando junto a él. Sollozó, levantó las manos, y dejó caer el bocadillo al polvo. Apretó la mejilla contra el hombro. Pero ignoraba lo que ocurría. No había nadie. Al otro lado del lavadero de coches sólo había la carretera 130 de Indiana que llevaba a Gary, pero que antes pasaba por los grandes depósitos de petróleo de la Cheery Oil Company. Gimoteando, recogió el bocadillo, quitó el polvo gris del pan blanco y empezó a masticarlo de nuevo.

¿*Eran* sueños? En otro tiempo su padre había estado vivo. El sheriff lo mató en la calle justo enfrente de la iglesia metodista, y él había tenido que convivir siempre con ese recuerdo.

Eh, Trashcan, el sheriff Greeley mató a tu viejo como si fuera un perro rabioso. ¿Lo sabes, imbécil de mierda?

Su padre, Wendell Elbert, estaba en el bar O'Toole y hubo un altercado; él tenía un revólver y mató al barman a tiros; después fue a su casa y mató a tiros a los dos hermanos mayores de Trashcan y a su hermana... Oh, Wendell Elbert era un tipo raro y de muy mal genio, y desde mucho antes de aquella noche había empezado a perder la chaveta, como muy bien sabían todos los habitantes de Powtanville. Y decían que de tal palo tal astilla... También habría matado a la madre de Trashcan si Sally Elbert no hubiera salido a la calle, en plena noche, llevando en brazos a su hijo Donald de cinco años (más tarde conocido como Trashcan). Wendell Elbert se detuvo en los escalones de la entrada, y les disparó. Las balas silbaban y rebotaban contra las piedras y, al descerrajar el último tiro con el precario revólver que le había comprado a un negro en una taberna de State Street, en Chicago, el arma le estalló en la mano. Los fragmentos borraron la mayor parte de su cara. Avanzó zigzagueando calle arriba, chorreando sangre que se le metía en los ojos, aullando y blandiendo en una mano los restos de su revólver de pacotilla, cuyo cañón estaba florecido y partido como un cigarro explosivo de broma, y en el instante en que llegaba a la iglesia metodista, el sheriff Greeley se apeó del único coche patrulla de

Powtanville y le ordenó que se detuviera y soltara el arma. En lugar de ello Wendell Elbert apuntó al sheriff con los vestigios de su revólver, y Greeley le vació los dos cañones de su escopeta.

Eh, Trashcan, ¿aún no te has quemado la polla?

Miró en torno buscando al que le había gritado eso. Parecía la voz de Carley Yates o de uno de los chicos de su banda. Pero Carley no era un chico, como tampoco lo era él.

Quizá podría volver a ser Don Elbert en lugar de Trashcan, así como Carley Yates era ahora sólo Carl Yates, vendedor de coches de la agencia Chrysler-Plymouth local. Pero Carl había desaparecido, todos habían desaparecido, y tal vez era demasiado tarde para que él fuese alguien.

Y tampoco estaba ya sentado contra el muro del Scrubba-Dubba. Se encontraba casi dos kilómetros al noroeste del pueblo, caminando por la carretera 130, y Powtanville se desplegaba a sus pies como una comunidad en miniatura sobre el tablero de un tren eléctrico de juguete. Los depósitos de petróleo se hallaban a menos de un kilómetro, y él tenía una caja de herramientas en una mano y una lata de gasolina de veinte litros en la otra.

Oh, fue muy feo pero...

De modo que después de que sepultaron a Wendell Elbert, Sally, su viuda, consiguió trabajo en el café Powtanville, y su único crío sobreviviente, Donald Merwin Elbert, que entonces estaba en primer o segundo curso, adquirió la costumbre de incendiar los cubos de basura y echar a correr.

¡Ojo chicas, ahí viene Trashcan y os quemará los vestidos!

¡Ajjjj! ¡Un monstruo de circo!

Sólo cuando estaba más o menos en tercer grado los adultos descubrieron quién era el culpable. Y entonces apareció el sheriff, el bueno y viejo sheriff Greeley, y él supuso que fue así como el hombre que se había cargado a su padre frente a la iglesia metodista terminó por convertirse en su padrastro.

Eh, Carley, se me ha ocurrido una adivinanza: ¿cómo es posible que tu padre mate a tu padre?

No lo sé, Petey. ¿Cómo?

Yo tampoco lo sé, ¡pero si eres Trashcan la cosa es más fácil!

¡Jejejejejajajajajojojojo!

Ahora estaba en el comienzo del camino particular cubierto de grava y le dolían los hombros de cargar tanto tiempo con la caja de herramientas y la gasolina. Sobre la puerta, el cartel rezaba: CHEERY PETROLEUM COMPANY. TODOS LOS VISITANTES DEBEN PASAR POR LA OFICINA DE CONTROL. GRACIAS.

Había algunos coches en el aparcamiento, aunque no muchos. La mayoría se encontraba sin ruedas. Trashcan marchó por el camino particular y se escurrió por la puerta entornada. Sus ojos, azules y raros, estaban fijos en la escalerilla que circundaba el depósito más próximo, en espiral, hasta su remate. Había una cadena atravesada al pie de esa escalerilla, y de la cadena colgaba otro cartel: PROHIBIDO EL PASO. PLANTA DE BOMBEO CERRADA.

Sorteó la cadena y empezó a subir por la escalerilla.

No fue correcto que su madre se casara con el sheriff Greeley. Cuando estaba en cuarto curso, empezó a incendiar buzones. Ése fue el año en que quemó el cheque de la pensión de la señora Semple. Y volvieron a atraparlo.

Sally Elbert Greeley se puso histérica cuando su nuevo marido habló de enviar al chico a ese instituto de Terre Haute (« ¡Piensas que está loco! ¿Cómo puede estar loco un niño de diez años? Sospecho que lo que quieres es librarte de él. ¡Te deshiciste de su padre y ahora quieres deshacerte de él!»). La única alternativa que le quedaba a Greeley era inculpar al chico, y no puedes enviar a un niño de diez años al reformatorio, a menos que quieras que salga violado y a menos que quieras divorciarte de tu flamante esposa.

Escalerilla arriba... escalerilla arriba... Sus pies arrancaban vibraciones metálicas a los peldaños de acero. Había dejado las voces abajo y nadie podría arrojar una piedra a tanta altura. Los vehículos estacionados parecían centelleantes coches de juguete Corgi. Sólo se oía la voz del viento, que le susurraba en el oído y gemía en un respiradero. Eso, y la llamada lejana de un pájaro. Los árboles y los campos se extendían en todas direcciones, con distintos tonos de verde ligeramente azulados por una adormecida bruma matutina. Él sonreía feliz mientras subía y subía... giraba y giraba... por la espiral de acero.

Cuando llegó a la cubierta del depósito, lisa y circular, le pareció estar en el techo del mundo, y que con sólo levantar las manos tocaría el cielo. Depositó a un lado la lata de gasolina y la caja de herramientas, y se quedó mirando. Desde allí se podía ver incluso Gary, porque había desaparecido el humo que habitualmente brotaba de las chimeneas de las fábricas, y arriba la atmósfera estaba más despejada que abajo. Chicago era un ensueño envuelto en la niebla estival, y había un ligero destello azul en el extremo norte que podía ser el lago Michigan o una simple expresión de deseos. Y pronto el día iba a inflamarse.

Dejó la gasolina, llevó la caja de herramientas hasta los equipos de bombeo y empezó a estudiarlos. Tenía una sensibilidad intuitiva para las maquinarias. Podía manejarlas en la misma forma que algunos *idiots savants* son capaces de multiplicar y dividir mentalmente números de siete cifras. No había en ello ningún proceso racional ni cognoscitivo: sencillamente dejaba vagar los ojos sobre ellas durante un rato; y después, tras unos instantes, sus manos se movían con rapidez y seguridad, sin esfuerzo.

Eh, Trashcan, ¿por qué incendiaste una iglesia? ¿Por qué no quemaste el instituto?

Cuando estaba en quinto curso, encendió una fogata en la sala de una casa abandonada de la ciudad vecina de Sedley, y la casa ardió hasta los cimientos. Su padrastro, el sheriff Greeley, lo metió en el calabozo porque una pandilla de chicos lo había maltratado y los adultos estaban dispuestos a hacer lo mismo. («Caray, si no hubiera llovido, este maldito crío pirómano podría haber arrasado media ciudad.») Greeley le dijo a Sally que Donald tendría que someterse a unos exámenes en el instituto de Terre Haute. Ella le contestó que lo dejaría si le hacía eso a su pequeñín, su único polluelo; pero Greeley siguió en sus trece y le hizo firmar la orden al juez. Y así fue como Trashcan desapareció de Powtanville durante dos años, y su madre se divorció del sheriff. Ese mismo año los electores destituyeron a Greeley y el ex sheriff terminó trasladándose a Gary para trabajar en una cadena de montaje de automóviles. Sally iba a visitar a Trashcan todas las semanas y siempre lloraba.

Trashcan susurró: «Aquí estás, hijo de puta», y después miró furtivamente en torno para comprobar si alguien lo había oído. Por supuesto no lo había oído nadie. Y aunque hubiera estado abajo, tampoco quedaba nadie. Excepto los fantasmas. Unas turgentes nubes blancas flotaron sobre su cabeza.

Del laberinto de equipos de bombeo asomaba un tubo de grandes dimensiones, de más de medio metro de diámetro, con una rosca en la boca para atornillar una manguera. Estaba reservado estrictamente para desagües y derrames, pero ahora el depósito estaba lleno de gasolina refinada y parte de ésta, quizá medio litro, se había vertido fuera, abriendo surcos brillantes en la fina capa de polvo que cubría la superficie. Trashcan dio un paso atrás, los ojos refulgentes, con una gran llave en una mano y un martillo en la otra. Los dejó caer sobre la tapa metálica.

Después de todo, no necesitaría la gasolina que había traído. Levantó la lata al grito de «¡Fuera las bombas!» y la arrojó al vacío. Contempló las volteretas de su descenso rutilante. Cuando había hecho la tercera parte de su trayecto, se estrelló contra la escalerilla, rebotó y después cayó dando vueltas y vueltas, rociando gasolina ambarina por el lado donde el choque contra la escalerilla había abierto un agujero.

Giró de nuevo hacia el tubo de desagüe. Miró los charcos brillantes de gasolina. Del bolsillo de la camisa sacó un paquete de fósforos y los contempló, sintiéndose culpable, fascinado y excitado. Sobre una cara había un anuncio que decía que en la Escuela por Correspondencia La Salle, de Chicago, se podían seguir cursos de casi todas las asignaturas. Estoy montado sobre una bomba, pensó. Cerró los ojos, temblando de miedo y éxtasis, poseído por la conocida y fría excitación que le entumecía los dedos de las manos y los pies.

¡Eh, Trashcan, incendiario de mierda!

En Terre Haute le dieron de alta cuando tenía trece años. No sabía si estaba curado o no, pero dijeron que lo estaba. Necesitaban su cuarto para encerrar por un par de años a otro crío chalado. Trashcan regresó a casa. Ya estaba demasiado atrasado en sus tareas escolares y no parecía entender nada. En Terre Haute lo habían sometido a un tratamiento de electrochoques y, cuando volvió a Powtanville, no podía recordar las cosas. Estudiaba para un examen y después olvidaba la mitad de lo que había aprendido. Y no aprobaba.

Por un tiempo no volvió a encender fogatas. Todo parecía en orden. El sheriff que había matado a su padre se había ido a colocar faros a los Dodge, en Gary. Su madre había vuelto a trabajar en el café Powtanville. Estupendo. Claro que allí estaba Cheery Oil, los depósitos blancos que se alzaban sobre el horizonte como gigantescas latas encaladas, y detrás de ellos se veían los humos industriales de Gary, donde vivía el sheriff que había asesinado a su padre, como si Gary ya estuviera incendiada. Muchas veces se preguntaba cómo estallarían los depósitos de Cheery Oil. ¿Tres explosiones aisladas, tan potentes como para destrozarte los tímpanos y tan brillantes como para freírte los ojos? ¿Tres columnas de fuego (el padre, el hijo y el santo sheriff que había matado a su padre) que arderían día y noche durante meses? ¿O acaso no arderían en absoluto?

Pronto lo iba a saber. La suave brisa de verano apagó los dos primeros fósforos que encendió, y los dejó caer sobre el acero remachado. A su derecha, cerca de la barandilla que circundaba el borde del depósito y que no llegaba más arriba de la rodilla, vio un escarabajo que se debatía débilmente en un charco de gasolina. Soy como ese escarabajo, pensó con rencor, ¿y qué clase de mundo es éste donde Dios te deja atascado en un mazacote pegajoso igual que a un escarabajo en un charco de gasolina? Era un mundo que merecía arder, eso era. Se irguió, con la cabeza gacha, listo para encender el tercer fósforo en cuanto se calmara el viento.

Cuando cumplió dieciséis años dejó la escuela con la autorización de su madre (« ¿Qué pretendéis? Lo arruinaron allí en Terre Haute. Les pondría una demanda judicial si tuviese dinero. Tratamientos de electrochoque, les llaman. ¡Una maldita silla eléctrica, la llamo yo!»). Y entró a trabajar en el lavadero de coches Scrubba-Dubba. Durante cierto tiempo las cosas siguieron su curso normal. La gente le gritaba desde las esquinas o los autos en marcha, le preguntaban qué había dicho la vieja Semple (que ya llevaba cuatro años enterrada) cuando le quemó el cheque de la pensión, o si había mojado la cama después de incendiar la casa de Sedley. E intercambiaban silbidos mientras holgazaneaban frente a la tienda de golosinas o en el portal del O'Toole. Se gritaban unos a otros que debían esconder los fósforos y apagar los pitillos porque se acercaba Trashcan. Todas las voces se convirtieron en fantasmales, pero era imposible no hacer caso de las piedras cuando éstas salían zumbando de la desembocadura de un callejón oscuro o de la acera de enfrente. Una vez alguien le había arrojado una lata de cerveza casi llena desde un coche en marcha; le dio en la frente y le hizo caer de rodillas.

Ésa había sido su vida: las voces, la pedrada esporádica, el Scrubba-Dubba. Y a la hora del almuerzo se sentaba a comer el bocadillo preparado por su madre, mirando los depósitos de Cheery-Oil y preguntándose cómo sería aquello.

Esa fue su vida hasta que una noche se encontró en el atrio de la iglesia metodista con una lata de gasolina, de veinte litros, rociándolo todo, en especial los viejos libros de himnos acumulados en un rincón, hasta que se detuvo y pensó: Esto está mal, sabrán quién lo ha hecho, lo pensarían aunque lo hubiera hecho otro, y te encerrarán. Lo pensó y olió la gasolina mientras las voces revoloteaban y giraban dentro de su cabeza como murciélagos en un campanario embrujado. Después, una sonrisa iluminó su rostro mientras inclinaba la lata, y corrió a lo largo de la nave central rociando gasolina en todas direcciones; sí, corrió desde el atrio hasta el altar, como un novio que llega tarde a su propia boda; tan ansioso que le pareció sentir unas gotas de tibio semen correrle por la entrepierna.

Después corrió de nuevo al atrio, extrajo un fósforo de madera, lo frotó contra la cremallera de sus vaqueros, lo arrojó sobre la pila de libros de himnos y ¡cataplún!

Al día siguiente, viajaba hacia el Centro Correccional de Northern Indiana. Durante el trayecto, pasó frente a la estructura negra y humeante de la iglesia metodista.

Y ahí estaba Carley Yates apoyado contra el poste de un farol, frente al Scrubba-Dubba, con un Lucky Strike en la comisura de los labios y gritando: «Eh, Trashcan, ¿por qué incendiaste la iglesia? ¿Por qué no quemaste el instituto?»

Tenía diecisiete años cuando lo enviaron al correccional y al cumplir los dieciocho lo trasladaron a la prisión del estado. ¿Cuánto tiempo pasó allí? ¿Quién lo sabía? Trashcan, seguramente no. En la prisión a nadie le interesaba que hubiera quemado la iglesia metodista hasta los cimientos. Allí había hombres que habían cometido delitos peores: asesinar, violar, partirle el cráneo a viejecitas bibliotecarias. Algunos reclusos querían hacerle algo, y otros querían que él les hiciera algo a ellos. No le importaba. Eso sucedía después que se apagaban las luces. Un hombre calvo le dijo que lo amaba: «Te amo, Donald.» Y eso era mejor que esquivar piedras. A veces pensaba: con tal que me dejen quedarme definitivamente aquí. Pero otras veces, por la noche, soñaba con Cheery Oil, y sus sueños siempre consistían en una explosión aislada seguida por otras dos, y el ruido era ¡BLAM...! ¡BLAM! ¡BLAM! Portentosas explosiones que se abrían paso entre la rutilante luz del día dándole forma, al igual que los golpes del martillo dan forma a una delgada lámina de cobre. Y en la ciudad todos interrumpirán sus actividades y mirarán hacia el norte, hacia Gary, donde los depósitos se recortaban contra el cielo como descomunales latas encaladas. Carley Yates estaría tratando de venderle un Plymouth Fury de dos años de antigüedad a un matrimonio joven con un bebé, y se interrumpiría en mitad de su perorata para mirar. Los holgazanes del O'Toole y de la tienda de golosinas se congregarían en la calle, olvidándose de sus cervezas y sus batidos de chocolate. En el café, su madre haría un alto delante de la caja registradora. El nuevo empleado del Scrubba-Dubba levantaría la cabeza junto a los faros que había estado lavando y, con el guante de esponja todavía en la mano, miraría hacia el norte mientras el estruendo colosal y prodigioso martillaba la rutina de cobre laminado de esa jornada: ¡BLAMMM! Ése era su sueño.

Hubo un momento en que le concedieron algunos privilegios en la prisión, y cuando se propagó la extraña epidemia lo enviaron a la enfermería. Desde hacía pocos días ya no quedaban pacientes allí porque todos habían muerto. Y los que seguían con vida habían huido, excepto un joven guardia llamado Jason Debbins que se sentó al volante de un camión de la lavandería de la prisión y se pegó un tiro.

¿A qué otro lugar podría haber ido, si no a casa?

La brisa le acarició la mejilla y luego se extinguió.

Encendió otro fósforo y lo arrojó. El fósforo cayó sobre un charco de gasolina que se inflamó con llamas azules. Se propagaron delicadamente, como una especie de corona con el fósforo quemado en el centro. Trashcan contempló un momento el espectáculo, fascinado. Después se encaminó deprisa a la escalerilla que circundaba el depósito, mirando por encima del hombro. Ahora veía el equipo de bombeo a través de la bruma que generaba el calor, rielando como un

espejismo. Las llamas azules, que no se alzaban más de cinco centímetros, se propagaron hacia la maquinaria y el tubo abierto, formando un semicírculo cada vez más ancho. Los forcejeos del escarabajo habían concluido. Había quedado reducido a un caparazón carbonizado.

Podría dejar que lo mismo me ocurra a mí, pensó.

Pero al parecer no era eso lo que deseaba. Sentía vagamente que ahora su vida podía tener otra finalidad, solemne y colosal. De modo que sintió el aleteo del miedo y empezó a bajar corriendo por la escalerilla. Sus zapatos producían un repiqueteo metálico y su mano se deslizaba veloz sobre la barandilla empinada y herrumbrosa.

Cada vez más abajo, dando vueltas, preguntándose cuánto tardarían en inflamarse los gases que flotaban alrededor de la boca del tubo, cuánto tiempo faltaba para que un calor suficientemente intenso como para provocar la explosión descendiera por la garganta del tubo hasta el vientre del depósito.

Bajaba corriendo, el cabello ondeando, con una sonrisa de terror en el rostro, y el viento rugiendo en sus oídos. Ya estaba a mitad de camino, frente a las letras CH de siete metros de altura y color verde pintadas en el depósito blanco. Más... más abajo, y si sus pies voladores se enredaban en algo, tropezaría del mismo modo que con la lata de gasolina y sus huesos se romperían como ramas secas.

El suelo cada vez más cerca, la grava blanca que rodeaba los depósitos, el césped verde más allá de la grava. Los coches del aparcamiento empezaron a recuperar sus dimensiones normales. Y él parecía seguir flotando en un sueño, y nunca tocaría tierra, sino que correría y correría sin llegar a ninguna parte. Estaba junto a una bomba con la mecha encendida.

Desde arriba llegó un súbito y potente estampido, como el de un gran petardo. Oyó un ruido metálico y después algo zumbó junto a él. Vio, con un miedo casi morboso, que era un fragmento del tubo de desagüe. Estaba ennegrecido por completo y el calor lo había retorcido dándole una configuración absurda.

Apoyó una mano en la barandilla y saltó por encima, oyendo que algo se quebraba en su muñeca. Un dolor atroz le subió hasta el hombro. Recorrió los últimos ocho metros por el aire y aterrizó sobre la grava. Las piedras le rasguñaron los antebrazos pero casi no lo sintió. Ahora era presa de un raro pánico entre gemidos y sonrisas, y la luz del día parecía muy brillante.

Trashcan se puso en pie, volvió la cabeza hacia atrás y arriba al mismo tiempo que echaba a correr. Al depósito le había brotado una cabellera amarilla, y el pelo crecía a una velocidad asombrosa. Podía estallar de un momento a otro.

Corrió, con la muñeca derecha fracturada palpitándole. Saltó sobre el bordillo del aparcamiento. Ya había cruzado la zona de los coches, seguido de cerca por su sombra, y ahora corría por el ancho camino de acceso de grava, atravesaba la puerta entreabierta y volvía a la carretera 130. La cruzó velozmente y se arrojó en la cuneta del otro lado, desplomándose sobre un blando lecho de hojas muertas y musgo húmedo, con los brazos cruzados sobre la cabeza y los pulmones aguijoneados por su respiración jadeante.

El depósito de petróleo estalló. No hizo ¡BLAMM! sino ¡KABUMM! Un ruido tan formidable, pero al mismo tiempo tan breve y gutural que sintió cómo sus tímpanos se hundían y cómo sus globos oculares se desorbitaban por la onda expansiva. Hubo una segunda explosión, y una tercera. Trashcan se revolcó sobre el lecho de hojas, sonrió y aulló en silencio. Se sentó, cubriéndose los oídos con las manos. Un vendaval repentino lo tumbó como si fuera un desecho insignificante.

Los nuevos retoños que crecían a sus espaldas se doblaron y sus hojas produjeron un aleteo frenético, como el de los gallardetes de una tienda de venta de coches de segunda mano en un día ventoso. Uno o dos se quebraron con un estampido crepitante, como si alguien estuviera disparando una pistola de tiro al blanco. En la carretera empezaron a caer trozos incendiados del

depósito. Se estrellaban con un estrépito metálico, y algunos conservaban los remaches tan retorcidos y negros como el tubo de desagüe.

¡¡KA–BUUUMMMM!!

Trashcan volvió a sentarse y vio un gigantesco árbol de fuego detrás del aparcamiento de Cheery-Oil.

De lo alto se desprendía una humareda negra que se elevaba en línea recta hasta una gran altura antes de que el viento la dispersara. Era imposible mirarla sin cerrar casi del todo los ojos. Desde el otro lado de la carretera irradiaba un calor que le tensaba la piel y la hacía brillar. Sus ojos irritados lagrimeaban. Otro fragmento de metal incandescente, esta vez de más de dos metros y con la forma de un diamante, cayó del cielo en la zanja seis metros a su izquierda. Las hojas que cubrían el musgo húmedo ardieron al instante.

¡¡KA–BUUUMMMM!! ¡¡KA–BUUUMMMM!!

Si se quedaba allí se disolvería en una masa convulsiva y ululante de combustión espontánea. Se levantó y echó a correr por la cuneta en dirección a Gary. La respiración le quemaba los pulmones. El aire sabía a metal. Se palpó el pelo para ver si estaba ardiendo. El olor dulzón de la gasolina impregnaba el aire y parecía adherirse a él. El viento tórrido hacía ondular sus ropas. Se sintió como si estuviera tratando de escapar de un horno microondas. La carretera se duplicó delante de sus ojos llorosos, y después se triplicó.

Se oyó otro rugido cuando la creciente presión del aire produjo el estallido de las oficinas de la Cheery Oil Company. Cimitarras de cristal cortaron el aire, bloques de cemento y ladrillo llovieron sobre la carretera. Una esquirla de acero le atravesó la manga de la camisa y le produjo un fino corte en la piel. Otro fragmento que por sus dimensiones podría haberle reducido la cabeza a jalea se estrelló a sus pies y rebotó, después de abrir un cráter en el asfalto. Logró al fin salir de la zona de peligro; la sangre le palpitaba en la cabeza como si le hubieran rociado el cerebro con petróleo y le hubieran prendido fuego.

¡KA–BUMM!

Otro depósito. La resistencia del aire pareció disolverse y una enorme onda caliente lo impulsó hacia adelante de modo que sus pies apenas tocaban el suelo. Esbozó la sonrisa aterrorizada propia de quien se mea encima cuando lo sujetan a la cometa más grande del mundo y lo alzan en medio de un vendaval. Vuela, muchacho, vuela, remontándote en el cielo hasta que el viento se vaya a otra parte y tú desciendas aullando en caída libre.

Tras una perfecta andanada de explosiones, el polvorín de Dios revienta en una llamarada de virtud, Satanás toma por asalto el cielo, y su capitán de artillería es un idiota que sonríe feroz con las mejillas rojas y desolladas, un idiota llamado Trashcan, que jamás volverá a llamarse Donald Merwin Elbert.

Imágenes destacadas: coches carbonizados en la carretera, el buzón del señor Strang hecho un guiñapo retorcido, una línea de fuego cruzando un maizal.

Ahora la onda expansiva no lo empujaba ya con tanta fuerza. La resistencia del aire había vuelto a aparecer. Trashcan lanzó una mirada por encima del hombro y vio que el montículo sobre el que se levantaban los depósitos de petróleo era una bola de fuego. Incluso la carretera parecía incendiada y los árboles ardían como teas.

Corrió otros cuatrocientos metros y después amainó el paso resollando, dando resoplidos, tambaleándose. Tras haber recorrido un kilómetro y medio, se detuvo y miró hacia atrás, aspirando el olor de la combustión. Puesto que no había bomberos ni equipos para combatirlo, el fuego se propagaría hacia donde lo llevara el viento. Quizá ardiera durante meses. Devoraría Powtanville y se extendería hacia el sur, incinerando casas, aldeas, granjas, sembrados, prados, bosques. Tal vez llegara muy al sur, hasta Terre Haute, y destruyera ese lugar donde lo habían tenido encerrado. ¡Y podría llegar aún más lejos!

Volvió otra vez la cabeza hacia el norte, hacia Gary.

Ahora veía la ciudad, las grandes chimeneas mudas e inocentes, como trazos de tiza sobre una pizarra azul celeste. Más allá, Chicago. ¿Cuántos depósitos de petróleo? ¿Cuántas gasolineras? ¿Cuántos trenes silenciosos detenidos en desvíos, cargados de butano y fertilizantes inflamables? ¿Cuántos arrabales resecos como leña? ¿Cuántas ciudades más allá de Gary y Chicago?

Había todo un país listo para arder bajo el sol estival.

Trashcan se levantó y echó a andar, sonriendo. Su piel ya se estaba poniendo roja como una langosta. No la sentía, aunque esa noche lo mantendría despierto con una especie de euforia. Lo aguardaban incendios más grandes y mejores. Su mirada era apacible, feliz y completamente demencial: la mirada de un hombre que ha descubierto la gran palanca que mueve su destino y la ha tomado en sus manos.

35

–Quiero salir de la ciudad –dijo Rita sin volverse.

Estaba de pie en el balcón del pequeño apartamento, con la primera brisa de la mañana haciendo ondear el diáfano y largo camisón negro que llevaba.

–Muy bien –respondió Larry.

Se hallaba sentado a la mesa, tomando un bocadillo con un huevo frito.

Ella se volvió hacia él, con el rostro ojeroso. Si en el parque había parecido una elegante cuarentona el día que Larry la conoció, ahora parecía una mujer danzando en el filo de la navaja que separa los primeros años sesenta de los más avanzados. Sostenía un cigarrillo entre los dedos temblorosos, provocando volutas zigzagueantes. Dio una calada y exhaló el humo sin tragarlo.

–Lo digo muy en serio.

Larry se limpió la boca con la servilleta.

–Ya lo sé –respondió –, y lo comparto. Tenemos que irnos.

Los músculos faciales de la mujer parecieron distenderse aliviados. Con un matiz de subconsciente desagrado, Larry pensó que aquello la envejecía todavía más.

–¿Cuándo?

–¿Por qué no hoy? –preguntó él.

–Eres un chico estupendo –comentó Rita –. ¿Quieres más café?

–Ya me lo haré.

–Tonterías. Quédate donde estás. Siempre solía prepararle a mi marido una segunda taza. Él insistía en ello. Aunque apenas le veía la raya del pelo a la hora del desayuno. El resto de él se hallaba detrás del *Wall Street Journal* o algún horrible libro de literatura seria. A veces no muy significativa o profunda, pero henchida de significado. Böll, Camus, ¡Milton! Por el amor de Dios... Tú eres un cambio muy bienvenido...

Miró por encima del hombro con expresión maliciosa mientras se dirigía a la cocinita.

–Sería una lástima que escondieses la cara detrás de un periódico.

Él le dirigió una vaga sonrisa. Esa mañana su humor era un tanto forzado, al igual que el día anterior por la tarde. Recordaba haberla conocido en el parque, y cómo había creído que su conversación asemejaba un chorro de diamantes sobre el fieltro verde de una mesa de billar. A partir de entonces se había parecido más al brillo del circonio, una pasta casi perfecta pero que, a fin de cuentas, no dejaba de ser una pasta.

–Aquí tienes...

Depositó la taza. Su mano, aún temblorosa, hizo que el café salpicara a Larry en el antebrazo. Se apartó de ella con un siseo de dolor.

–Oh, lo siento...

En su rostro surgió algo más que consternación. Algo que podía ser incluso terror.

–Descuida...

–No, pero soy una patosa... Siéntate... Soy una torpe, una estúpida...

Prorrumpió en sollozos, exhalando unos graznidos como si hubiese sido testigo de la espantosa muerte de su mejor amigo.

Larry se puso en pie y la abrazó, y ella le abrazó convulsivamente. Era casi un agarrón. *Agarrón cósmico,* nuevo álbum por Larry Underwood, pensó él. Oh, mierda. No eres un tipo agradable. Vuelve a ocurrir otra vez.

–Lo siento. No sé qué me pasa, nunca me ocurren cosas así, lo siento...

–Está bien, no pasa nada.

Procuró apaciguarla pasándole la mano por su cabello entrecano, que mejoraría de aspecto si le dedicaba horas delante del espejo.

Él sabía en qué consistía aquel problema. Era algo a un tiempo personal e impersonal. Le había afectado también a él, pero no tan de repente ni de forma tan extrema. En cuanto ella, era como si un cristal interno se le hubiese astillado en las últimas veinticuatro horas.

En lo impersonal, supuso que se trataba del olor. Era algo que entraba por la puerta corredera abierta que comunicaba con el balcón , y llegaba con la fresca brisa matutina, que más tarde dejaría paso a un calor pesado y húmedo, si este día iba a ser como los últimos tres o cuatro. Aquel fétido olor era difícil de definir de una forma menos penosa que la verdad desnuda. Podía compararse con el de las naranjas enmohecidas, con el del pescado podrido o con el que a veces se respira en los túneles del metro, pero no era nada de eso: era el olor de los cadáveres, miles de ellos, descomponiéndose con el calor, detrás de las puertas cerradas, aunque uno quisiera poder olvidarse de eso.

Todavía había corriente eléctrica en Manhattan, pero Larry no creía que por mucho tiempo. Ya se había cortado en la mayoría de los sectores. La noche anterior había estado en el balcón, después de que Rita se hubiese dormido, y desde aquel lugar elevado pudo ver que las luces estaban apagadas en más de la mitad de Brooklyn y en todo Queens. Había una especie de bolsa negra más allá de la calle Ciento diez, en dirección a la isla de Manhattan. Mirando hacia Jersey se podían divisar las luces rutilantes de Union City y, quizá, de Bayonne, pero el resto de la costa de Jersey se hallaba en tinieblas.

La oscuridad representaba algo más que el corte de la luz. Entre otras cosas, significaba que había dejado de funcionar el aire acondicionado, ese invento moderno que hacía posible vivir en este particular núcleo urbano después de mediados de junio. Significaba que todas las personas que habían muerto plácidamente en sus apartamentos y casas de vecindad se estaban pudriendo ahora en hornos amueblados y, cuando pensaba en eso, volvía a evocar lo que había visto en los lavabos del parque. Había soñado con ello, y en sus sueños aquella repulsiva golosina resucitaba y le hacía señas.

Ahora, supuso que ella estaba turbada por lo que habían encontrado cuando paseaban por el parque. Al principio ella había reído, contenta y feliz, pero luego se había hecho vieja, después de toparse con el heraldo de los monstruos tendido en un sendero entre un charco de su propia sangre; las gafas con la patilla remendada descansaban junto a una mano cada vez más rígida, con ambos cristales quebrados. Al parecer había un monstruo suelto, después de todo. El hombre había sido acuchillado repetidas veces. Ante los turbados ojos de Larry se presentaba como un acerico humano.

Rita comenzó a chillar, y cuando luego se serenó su histeria, insistió en que debían enterrarlo. Y eso hicieron. Durante el trayecto de regreso al apartamento, Rita empezó a convertirse en la mujer que tenía frente a él esa mañana.

–Tranquila, Rita –le dijo –. Sólo es una pequeña quemadura. La piel ni siquiera se ha enrojecido.

–Buscaré Unguentine. Creo que hay un poco en el botiquín.

Pero Larry la retuvo por los hombros y la hizo sentarse. Lo miró con cara ojerosa.

–Lo que harás es comer –prosiguió Larry –. Huevos revueltos, tostadas, café. Después cogeremos unos mapas y estudiaremos la mejor ruta para salir de Manhattan. Tendremos que caminar, ¿sabes?

–Sí... Supongo que no nos queda otro remedio. Él entró en la cocina porque no quería ver más aquella muda súplica en sus ojos. Cogió los dos últimos huevos del frigorífico, los cascó dentro de un cuenco y empezó a batirlos.

–¿Adonde quieres ir? –preguntó.

–Pues no sé...

–¿En qué dirección? –insistió Larry, con una pizca de impaciencia. Añadió leche a los huevos y colocó la sartén al fuego –. ¿Al norte? Hacia allí está Nueva Inglaterra. ¿Al sur? Eso no me parece sensato. Podríamos... Un sollozo ahogado. Se volvió y vio que ella lo miraba, retorciéndose las manos sobre el regazo, con los ojos brillantes. Estaba tratando de dominarse.

–¿Qué sucede? –le preguntó acercándose –. ¿Rita? ¿Qué te pasa?

–Creo que no podré comer... –gimoteó –. Sé que tú quieres que coma... Lo intentaré, pero... el *olor...*

Larry cruzó la sala y cerró las puertas de cristal.

–Listo –dijo con tono despreocupado, procurando disimular la irritación que ella le causaba –. ¿De acuerdo?

–Sí –contesto Rita –. Ahora podré comer.

Él volvió a la cocina y removió los huevos revueltos, que habían comenzado a burbujear. Había un rallador en el cajón de los utensilios y lo utilizó para rallar un trozo de queso americano. Cuando tuvo un montoncito, lo agregó a los huevos. Ella se movió detrás de él y, un momento después Debussy llenó el apartamento, demasiado ligero y preciosista para los gustos de Larry. Nunca le había interesado esa clase de música clásica. Si uno tiene que pasar por la mierda clásica, debes ir al grano y tener tu Beethoven, tu Wagner o algo parecido. ¿Por qué joder las cosas con menudencias?

Ella le había preguntado cómo se ganaba la vida... Larry pensó, con cierto resentimiento, que el tono de la pregunta era propio de una persona para la cual «ganarse la vida» no implicaba ningún dolor. Había cantado en varios grupos, alguna que otra grabación en estudio. Ella asintió y eso fue todo. Él prefirió no hablarle de su éxito discográfico. Eso también pertenecía al pasado. La brecha entre aquella vida y ésta era tan grande que aún no acababa de comprenderlo. En aquella vida había tenido que escapar de un traficante de cocaína; en ésta había enterrado a un hombre en Central Park.

Sirvió los huevos en un plato, agregó una taza de café instantáneo, con mucha crema, y azúcar. Larry aprobaba la frase de los camioneros: «Si quieres una taza de crema y azúcar, ¿por qué has pedido café?» Llevó todo a la mesa. Ella estaba sentada en un cojín, con los brazos cruzados, frente al tocadiscos. Debussy rezumaba de los altavoces como mantequilla derretida.

–La sopa está servida –anunció Larry.

Rita se acerco a la mesa con una débil sonrisa, mirando los huevos como un corredor habría mirado una hilera de vallas.

Después se sentó y empezó a comer.

–Está buena –aprobó –. Tenías razón. Gracias.

–Bien. Ahora escucha. Yo sugiero ir por la Quinta hasta la calle Treinta y nueve y doblar hacia el oeste. Pasar a Nueva Jersey por el túnel Lincoln, después seguiremos por la 495 al noroeste y... ¿Los huevos están buenos? No se han quemado, ¿verdad?

Ella sonrió.

–Están muy sabrosos –sonrió, se llevó el tenedor a la boca y luego bebió un sorbo de café. – Continúa. Te escucho.

–Desde Passaic podríamos andar hacia el oeste, hasta que las carreteras estén lo bastante despejadas como para poder ir en coche. Luego podríamos encaminarnos a Nueva Inglaterra. Hacer una especie de ocho. ¿Entiendes lo que quiero decir? Será más largo, pero nos ahorrará un montón de problemas. Tal vez nos instalemos en una casa junto al océano, en Maine, Kittery, York, Wells, Ogunquit, quizá Scarborough o Boothbay Harbor. ¿Qué dices a eso?

Él había estado mirando por la ventana, pensando a medida que hablaba. En ese momento se volvió hacia ella y lo que vio le asustó: la posibilidad de que estuviera volviéndose loca. Sonreía, pero su expresión se parecía más a un rictus. El sudor le corría por el rostro en grandes gotas.

–¿Rita? Oh, Rita, qué...

–Lo siento...

Se levantó con precipitación e hizo caer la silla.

Cruzó la sala corriendo.

–¿Rita? ¿Qué...?

Larry la siguió hasta el baño. A través de la puerta cerrada, oyó las arcadas sordas y espasmódicas con que vomitaba el desayuno. Golpeó la puerta con la mano, irritado. Dios, aborrecía que la gente vomitara. Le daba ganas de vomitar a él también.

El olor de queso que flotaba en el baño le produjo náuseas. Rita estaba sentada en el suelo, la cabeza colgando débilmente sobre la taza del inodoro.

Se limpió la boca con papel higiénico y lo miró con expresión suplicante, con el rostro tan blanco como el papel.

–No pude evitarlo... Larry. Lo siento.

–Joder, Rita, si sabías que iba a pasar esto, ¿por qué lo intentaste?

–Porque tú querías que lo comiera. Y no quería que te enojases conmigo. Pero no lo conseguí. Y ahora estás enfadado conmigo.

Su mente se retrotrajo a la noche anterior. Ella había hecho el amor con él con una pasión tan febril que él había pensado en la edad de Rita y se había sentido un poco asqueado. Se había visto como atrapado en una de esas máquinas para hacer ejercicio. Eyaculó con rapidez, casi como en un acto de autodefensa, y ella se había soltado mucho después, jadeante e insatisfecha. Más tarde, cuando Larry comenzaba ya a bordear el sueño, Rita se le aproximó. Volvió a oler sus polvos perfumados, los mismos que usaba su madre cuando lo llevaba al cine, y ella había murmurado aquello que lo había mantenido en vela durante las dos horas siguientes: «No me abandonarás, ¿verdad? ¿No me dejarás sola?»

Antes de todo eso Rita había sido estupenda en la cama, tanto que él se quedó perplejo. El día que se conocieron, habían ido a su casa después del almuerzo y había sucedido de la forma más natural del mundo. Recordó un instante de aprensión cuando vio cómo se balanceaban sus

pechos y lo prominentes que eran sus venas azules (aquello le recordó las venas varicosas de su madre). Pero lo olvidó todo cuando ella separó las piernas y sus muslos le oprimieron los costados con sorprendente fuerza.

Dijo: «Despacio –se echó a reír –, el último ha de ser el primero y el primero el último...» El estaba ya a punto cuando ella de pronto se apartó y se puso a buscar los cigarrillos. ¿Qué diablos está haciendo?, se preguntó él mientras su polla ondeaba en el aire, tiesa y palpitante.

Ella había sonreído. «Te debe de quedar alguna mano libre. Lo mismo que a mí.» Por lo tanto, lo habían hecho mientras fumaban y ella charloteaba ligeramente acerca de todo lo humano y lo divino. El color le había vuelto a las mejillas y, al cabo de un rato, su respiración se hizo entrecortada. Sus palabras empezaron a desvanecerse. «Ahora –le dijo, mientras le quitaba el cigarrillo, dejaba el suyo y aplastaba los dos –. Veamos si puedes terminar lo que empezaste.» Larry lo acabó, con completa satisfacción para los dos. Acto seguido se deslizaron hacia el sueño. Despertó poco después de las cuatro de la madrugada. La contemplo dormir, pensando que en aquello, a fin de cuentas, había habido algo que cabía atribuir a la experiencia. En los últimos diez años había follado mucho, pero a lo que acababa de sucederle no se le podía llamar en absoluto joder. Era mucho mejor que eso, aunque un poco decadente. Bueno, ella habrá tenido su buena ristra de amantes, se dijo. Y ese pensamiento lo excitó de nuevo, y a continuación la despertó.

Había sido así de perfecto hasta que encontraron al heraldo de los monstruos y hasta la noche anterior. Antes hubo otros detalles que le inquietaron, pero que aceptó. Una cosa como ésta, razonó, te deja un poco alicaído; pero puedes seguir adelante.

Hacía dos noches se había despertado después de las dos y oyó que ella estaba llenando un vaso de agua. Pensó que estaría tomando otro somnífero. Tenía unas cápsulas rojas y amarillas que te dejaban alelado. Supuso que ya las vendría tomando antes de presentarse la supergripe.

Además, estaba aquella forma obsesiva con que ella lo seguía de un lugar a otro del apartamento; incluso se colocaba en la puerta del baño y le hablaba mientras él se duchaba o hacía sus necesidades. A él le gustaba conservar la intimidad en el cuarto de baño, pero se decía que no todos compartían ese gusto. Todo dependía de la educación. Lo discutiría con ella... más adelante.

Pero ahora...

¿Tendría que cargarla sobre sus espaldas? Ojalá no. Rita le había parecido más fuerte, por lo menos al principio. Por eso le atrajo tanto aquel día en el parque. La publicidad no es siempre veraz, pensó con amargura. ¿Cómo diablos pensar en protegerla cuando apenas podía cuidarse a sí mismo? Eso lo había demostrado muy bien después del éxito de su disco. Wayne Stuker tampoco tuvo pelos en la lengua para hacérselo ver.

–No, no estoy enfadado –murmuró Larry –. Sólo se trata de que... Verás, no tengo ningún poder de mando sobre ti. Si no tienes ganas de comer, bastará con que lo digas.

–Ya te lo advertí...

–No me advertiste nada.

Rita bajó la cabeza, se miró las manos y él comprendió que intentaba no echarse a llorar. Por un momento se sintió más furioso que antes, con deseos de gritar: « ¡No soy tu padre! ¡No soy tu poderoso marido banquero! ¡No voy a tomarte bajo mi tutela! ¡Maldita sea, eres treinta años mayor que yo!»

Luego le acometió el habitual acceso de desprecio por sí mismo y se preguntó qué demonios le pasaba.

–Lo lamento –se disculpó –. Soy un bastardo insensible.

–No, no lo eres –respondió ella, sorbiendo –. Pero ocurre que... todas estas cosas están comenzando a minarme. Lo de ayer... aquel pobre hombre en el parque. Nadie atrapará a las personas que le hicieron eso, sino que seguirían haciéndolo una y otra vez. Como animales en la selva. Y todo esto empieza a ser muy real. ¿Lo comprendes, Larry? ¿Entiendes lo que quiero decir?

Volvió hacia él aquellos ojos aún cargados de lágrimas.

–Sí –repuso, pero seguía impaciente, incluso sentía un poco de desprecio hacia ella.

Aquello era una situación real. ¿Cómo no iba a serlo? Estaban en medio de ella y la habían visto desarrollarse. Su propia madre había muerto; él la vio morir. ¿Intentaba decirle que ella era más sensible? Él había perdido a su madre, y Rita había perdido al hombre que la llevaba en Mercedes. Sin embargo, en cierto modo, la pérdida de ella resultaba mayor. Pues él era una mierda. Una puta mierda.

–Por favor, no te enfades conmigo –pidió ella –. Trataré de hacer mejor las cosas.

Así lo espero, pensó él. Confío en ello. –Está bien –le dijo, y la ayudó a ponerse en pie. –Vamos. Tenemos un montón de cosas que hacer. ¿No te parece?

–Sí –contestó Rita, pero su expresión no había cambiado.

–Cuando salgamos de la ciudad te sentirás mejor.

Ella lo miró a los ojos.

–¿De veras?

–Sí –respondió Larry con firmeza –. Claro que sí.

Salieron a buscar lo mejor de lo mejor.

Manhattan Sporting Goods estaba cerrado; pero Larry destrozó el escaparate con una cañería de hierro que recogió de la calle. La alarma contra robo aulló en la desierta e impasible calle. Eligió una gran mochila para él y otra más pequeña para Rita. Ella había empaquetado dos mudas para cada uno, que era todo lo que podía permitirse Larry, el cual las llevaba ahora en una bolsa de vuelo de la Panam que ella había encontrado en el armario, junto con los cepillos de dientes. Aquello de los cepillos de dientes le pareció a él un tanto absurdo. Rita iba demasiado bien vestida para caminar, con unos pantalones blancos de seda y una blusa marfileña. Larry llevaba unos gastados téjanos y una camisa blanca arremangada.

Cargaron las mochilas con comida preparada y nada más. Era absurdo, le explicó Larry, llevar un montón de cosas incluidas las prendas de ropa, cuando no tenían más que coger cuanto necesitasen.

Ella se mostró de acuerdo, aunque sin mucha convicción y su falta de interés lo irritó una vez más.

Tras una breve vacilación, añadió también un fusil del 30 y doscientos cartuchos. Era un arma magnífica, a la que quitó la etiqueta del precio que colgaba del guardamonte. Costaba 450 dólares.

–¿De verdad crees que necesitamos eso? –preguntó ella con aprensión.

Aún conservaba el revólver del 32 en el bolso.

–Opino que será mejor que lo tengamos –replicó, sin querer decir más pero pensando en el penoso fin del heraldo de los monstruos.

–Oh –exclamó Rita con un hilo de voz.

Por la expresión de sus ojos, Larry comprendió que estaba pensando en lo mismo.

Librodot

–¿No es demasiado pesada esa mochila para ti?

–Oh, no. De veras...

–Pero te pesará cada vez más a medida que andemos. Sólo tienes que decírmelo y la llevaré un rato.

–Está bien –contestó con una sonrisa.

Una vez se encontraron de nuevo en la acera, ella miró a un lado y otro y dijo:

–¿Vamos a salir de Nueva York?

–Sí.

–Me alegro. Me siento como... Oh, como cuando era una niña y mi padre me decía: «Hoy haremos una excursión.» ¿Te acuerdas de cómo era eso?

Larry le sonrió también, recordando las veladas en que su madre le decía: «Ese Oeste que deseas ver está allá, Larry. Clint Eastwood. ¿Qué te perece?»

–Creo que también lo recuerdo –dijo.

Se enderezó y se ajustó mejor la mochila.

–El principio de una excursión –comentó ella, y luego añadió, con tanta suavidad, que él apenas la entendió –: El camino se extendía y extendía...

–¿Qué?

–Es una frase de Tolkien – aclaró –. *El señor de los anillos.* Siempre he pensado en él como una especie de puerta hacia la aventura.

–Cuanto menos aventura haya mejor –replicó Larry, casi sin querer comprender lo que ella decía.

Rita continuaba mirando la calle. Cerca del cruce había un estrecho pasaje entre altos edificios, y claros de rayos de sol que se reflejaban en los cristales. Se encontraba atestado de coches. Era como si todos los de Nueva York se hubiesen decidido al mismo tiempo a aparcar por las calles.

Ella dijo:

–He estado en Bermudas, Inglaterra y Jamaica, Montreal y Saigón y hasta en Moscú. Pero nunca había emprendido una excursión desde que era una niña pequeña y mi padre nos llevaba a mi hermana Bess y a mí a visitar el zoo. En marcha, Larry.

Fue una caminata que Larry Underwood no olvidó nunca. Empezó a pensar que ella no había estado tan errada al citar a Tolkien, con sus míticas tierras vistas a través de las lentes del tiempo y con una imaginación medio enloquecida y un tanto exaltada, poblada de elfos y gnomos, duendecillos y orcos. No había ninguno de esos seres en Nueva York; pero era tanto lo que había cambiado, tanto lo que estaba desquiciado, que resultaba imposible no considerarlo como una fantasía. En la Quinta con la 54 Este habían ahorcado de una farola a un hombre de cuyo cuello colgaba un cartel con una sola palabra: SAQUEADOR. Sobre una papelera hexagonal, que aún ostentaba publicidad reciente de un espectáculo de Broadway, una gata daba de mamar a sus crías y disfrutaba del sol de la mañana.

Un hombre joven, con una gran maleta, se acercó a ellos y le dijo a Larry que le pagaría un millón de dólares por follar a la mujer durante quince minutos. Era de suponer que el dinero estaría en la maleta. Larry se descolgó la carabina y le dijo que se llevara su millón a otra parte.

–Vale, tío. No tienes por qué ponerte así. No puedes culparme por intentar follar, ¿no te parece? Que tengas un buen día.

Poco después de mediodía llegaron a la intersección de la Quinta y la calle Treinta y nueve. Rita, con cierto humor histérico, insistió en llamarlo John Bearsford Tipson, un nombre que no

significaba nada para Larry. Larry sugirió que comieran. En la esquina había una tienda de comestibles; pero cuando abrió la puerta, el olor de carne podrida repelió a Rita.

–Será mejor que no entre si quiero conservar el apetito –dijo.

Larry sospechaba que dentro podría haber abundante carne en buenas condiciones, a base de conservantes químicos; pero no le gustaba la idea de dejarla sola en la acera. De modo que se sentaron en un banco, a cincuenta metros de allí, y comieron manzanas, lonchas de tocino y galletas Ritz untadas con queso, y tomaron café frío de un termo.

–Esta vez estaba realmente hambrienta –comentó ella.

Él le sonrió. El solo hecho de haberse decidido a hacer algo positivo era bueno. Le había asegurado a Rita que se sentiría mejor cuando saliesen de Nueva York. En aquel momento lo había dicho sólo por decir algo ¡Ahora, al ver cómo se le había mejorado también a él el carácter, pensó que era verdad! Vivir en Nueva York era como quedarse en un cementerio donde los muertos aún no estaban del todo inmóviles. Cuanto antes salieran de allí, mejor. Tal vez ella volviera a ser la misma de aquel primer día en el parque. Se dirigirían al Maine por carreteras secundarias y se alojarían en la casa de veraneo de algún ricacho. Ahora hacia el norte; y en septiembre u octubre hacia el sur. Boothbay Harbor en verano, Key Biscayne en invierno. Sería un recorrido maravilloso. Distraído con estos pensamientos, no vio la mueca de dolor que hizo Rita al echarse al hombro el fusil que él se había empeñado en traer.

Avanzaban rumbo al oeste, seguidos por sus sombras, que al principio eran chatas como sapos, pero que empezaban a estirarse a medida que avanzaba la tarde. Las calles estaban abarrotadas y silenciosas, ríos congelados de automóviles de todos los colores, con predominio del amarillo de los taxis. Muchos coches se habían convertido en carrozas fúnebres. Los cadáveres en descomposición de los conductores seguían detrás del volante, y los pasajeros estaban hundidos en los asientos como si, hartos del atasco, se hubieran dormido. Larry comenzó a pensar que tal vez cogiesen un par de motocicletas una vez hubieran salido de la ciudad. Les darían movilidad y una posibilidad de sortear los atascos que debían de sembrar las carreteras por todas partes.

Suponiendo que ella sepa conducir una moto, pensó. Y tal como se iban desarrollando las cosas, lo más probable era que no supiese. La vida con Rita se estaba convirtiendo en un auténtico engorro, por lo menos en algunos aspectos. Pero si no era capaz de conducir, supuso que podría ir con él en el asiento de atrás.

En el cruce de la Treinta y nueve y la Séptima Avenida vieron a un joven tumbado sobre un taxi. Su única vestimenta consistía en unos téjanos cortos. – ¿Está muerto? –inquirió Rita.

El joven se incorporó, miró en torno, los vio y los saludó con la mano.

Ellos contestaron el saludo. El joven volvió a tumbarse plácidamente.

Poco después de las dos cruzaron la Undécima Avenida. Larry oyó a sus espaldas un grito ahogado y se dio cuenta de que Rita ya no caminaba a su izquierda.

Estaba hincada sobre una rodilla, sujetándose el pie. Entonces Larry descubrió que Rita calzaba unas costosas sandalias de puntera abierta, de ochenta dólares o más, ideales para caminar quinientos metros por la Quinta Avenida, contemplando escaparates. Pero que para una larga marcha, una expedición como la que ellos estaban realizando...

Las tiras le habían hecho sangrar los tobillos.

–Larry, lo sien...

Él la levantó bruscamente.

–¿En qué pensabas? –le espetó en la cara.

Experimentó un fugaz sentimiento de compasión al ver cómo ella retrocedía, asustada; pero también sintió un placer perverso.

–¿Creías que podrías volver en taxi a tu apartamento si te dolían los pies?

–Nunca creí...

–¡Maldita sea! –se mesó el cabello –. Estás sangrando, Rita. ¿Cuánto tiempo llevan haciéndote daño?

Le contestó con voz tan baja y gangosa que le resultó difícil entenderla incluso en medio de aquel silencio sobrenatural.

–Desde... supongo que más o menos desde que pasamos por la Quinta y la Cuarenta y nueve.

–¿Has caminado dos jodidos kilómetros con los pies lastimados y sin decir nada?

–Pensé que tal vez pasaría... que dejaría de dolerme... No quise... íbamos a buen ritmo al salir de la ciudad... Sólo pensé...

–¡Pensaste en una mierda! –exclamó Larry, furioso –. ¿Cuánto tiempo duraremos así? Tus jodidos pies parecen salidos de una puñetera crucifixión.

–No seas grosero conmigo, Larry –suplicó ella, empezando a gimotear –. No, por favor... Me siento tan mal cuando tú... Por favor, no seas grosero conmigo... Larry había montado en cólera, y más tarde no sabría por qué su pie sangrante le había provocado semejante reacción. En ese momento no importaba. Le gritó a la cara: – ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Los altos edificios de apartamentos devolvieron el eco de su improperio.

Ella se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar, lo cual enfureció más a Larry. Supuso que su reacción se debía en parte a que ella no quería ver la realidad. Prefería taparse la cara con las manos y dejar que él la guiara. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, siempre había alguien dispuesto a cuidar de la pequeña Rita. Alguien para conducir su coche, hacer sus compras, lavar la taza del inodoro, confeccionarle la declaración de Hacienda. De modo que pongamos música de ese empalagoso Debussy, cubrámonos los ojos con las manos bien cuidadas y dejemos que todo corra a cuenta de Larry. Ocúpate de mí, Larry. Después de ver lo que sucedió al heraldo de los monstruos, he resuelto que no quiero ver nada más. Eso fue demasiado para una persona como yo.

Larry le apartó las manos bruscamente. Rita se encogió y trató de llevárselas de nuevo a los ojos. –Mírame.

Ella meneó la cabeza. – ¡Maldita sea, mírame, Rita!

Ella obedeció con un gesto extraño y atemorizado, como si pensara que Larry se disponía a maltratarla no sólo de palabra. En el estado en que él se encontraba, aquello era lo mínimo que se podía suponer.

–Te explicaré la situación, porque al parecer no lo entiendes. La situación es que posiblemente tendremos que caminar treinta o cuarenta kilómetros. Y si te afectan esas heridas, puedes pillar una infección y morirte. Y para hacer frente a esta situación, debes mover el culo y empezar a ayudarme.

Larry la sujetaba por los brazos con excesiva fuerza. Su ira se disipó cuando observó las marcas rojas que aparecieron en su carne al soltarla. Retrocedió un paso, de nuevo inseguro, convencido de que su reacción había sido exagerada. Larry Underwood ataca otra vez. Si era tan listo, ¿por qué antes de partir no había comprobado qué calzado usaba ella?

Porque ése es problema suyo, respondió hoscamente una parte de su ser, a la defensiva.

No, no era cierto. Era un problema de él. Porque Rita estaba en Babia. Si había decidido llevarla consigo (y desde luego las cosas habrían sido mucho más fáciles si la hubiese dejado atrás), tendría que hacerse responsable de ella.

Que me condenen si voy a hacerlo, le dijo la voz agria.

Su madre: «Eres un aprovechado, Larry.»

La higienista oral de Fordham, gritando por la ventana detrás de él: «Pensé que eras un buen tipo... ¡Pero no eres un buen tipo!»

«Hay algo malo en ti, Larry. Eres un fresco», otra vez su madre.

¡Eso es mentira! ¡Una condenada mentira!, exclamó mentalmente.

–Rita –le dijo –, lo siento...

Ella se sentó en el suelo, con su blusa sin mangas y sus pantalones blancos. El cabello se le veía gris y viejo. Bajó la cabeza y se cogió los pies lastimados. Se resistía a mirar a Larry.

–Lo siento –repitió –. Yo... Mira, no tenía derecho a decir lo que dije. –Sí lo tenía, pero eso no importaba. Si se disculpaba, todo se arreglaría. Así funcionaba el mundo.

–Sigue tu camino –respondió ella –. No te detengas por mí.

–He dicho que lo siento –insistió él con tono un poco petulante –. Conseguiremos otros zapatos y unos calcetines blancos. Nosotros...

–Nosotros no haremos nada. Sigue tu camino.

–Lo siento, Rita.

–Si repites eso una vez más gritaré. Eres una mierda y no acepto tus disculpas. Ahora vete.

–Te dije que lo...

Ella echó la cabeza hacia atrás y chilló. Larry se apartó, mirando en torno para comprobar si alguien la había oído, si tal vez un policía se acercaba para averiguar qué atrocidad estaba perpetrando ese joven contra la anciana que descansaba sentada sobre la acera, descalza. Muy gracioso, pensó él.

Rita dejó de chillar y lo miró.

–Será mejor que termines o te abandonaré de verdad –le advirtió él.

Rita se limitó a seguir mirándolo. Larry no podía sostener aquella mirada, de modo que bajó los ojos, odiándola por eso.

–Está bien –murmuró –. Que te diviertas cuando te violen y te asesinen.

Se echó el fusil al hombro y reanudó la marcha rumbo a la pendiente de entrada de la 495, abarrotada de automóviles, que descendía en declive hacia la boca del túnel. Al pie de la cuesta vio que se había producido un accidente espectacular: un camión de mudanzas Mayflower había tratado de abrirse paso por el carril de más circulación y los coches estaban desparramados en torno a él como los palos de un juego de bolos. Un Pinto carbonizado yacía casi debajo de la carrocería del camión. Su conductor colgaba a medias fuera de la cabina, cabeza abajo y con los brazos estirados; debajo de él había un reguero de sangre seca y vómitos.

Larry miró en torno, seguro de que la vería caminando hacia él o que estaría quieta y mirándolo con expresión acusadora. Pero Rita había desaparecido.

–Jódete –masculló con nervioso resentimiento –. Yo ya me disculpé.

Por un momento no pudo seguir adelante. Se sentía empalado por los centenares de ojos muertos y coléricos que lo miraban desde los automóviles. Recordó un verso de Dylan... «Te esperé en medio del tráfico congelado... cuando sabías que debía estar en otra parte... ¿Pero dónde estás tú esta noche, dulce Marie?»

Delante vio cuatro carriles atestados de vehículos que habrían enfilado hacia el oeste y que desaparecían dentro de la arcada negra del túnel, y observó, con algo parecido al pavor, que los tubos fluorescentes del techo estaban apagados. Sería como entrar en un cementerio de automóviles. Lo dejarían llegar hasta la mitad del trayecto y entonces todos empezarían a moverse... a cobrar vida... oiría que las portezuelas se abrían y después se acercaban sigilosas... las pisadas que se arrastraban...

Un leve sudor le cubrió el cuerpo. Un pájaro lanzó un ronco graznido y Larry dio un respingo. Te portas como un estúpido, se dijo. Hasta un niño podría hacerlo. Bastará con que no te apartes de la pasarela para peatones y en un santiamén estarás...

... estrangulado por los muertos andantes.

Se humedeció los labios y trató de reír. Caminó tres pasos hacia el lugar donde la pendiente empalmaba con la carretera y se detuvo. A su izquierda había un Cadillac. Una mujer con facciones ennegrecidas de duende lo miraba desde dentro. Tenía la nariz como un bulbo, apretada contra el cristal, por el que habían chorreado sangre y mucosidad. El conductor del Cadillac estaba inclinado sobre el volante, como si buscara algo en el suelo. Todas las ventanillas del coche se hallaban cerradas. Por dentro, aquello debía de ser un invernadero. Si abría la portezuela la mujer caería sobre el pavimento y reventaría como una bolsa de melones podridos. El olor sería cálido, húmedo e impregnado de descomposición.

Así olería dentro del túnel.

Larry se volvió y se alejó corriendo por donde había venido. La brisa que generaba al correr le enfriaba el sudor de la frente.

–¡Rita! ¡Escucha, Rita! ¡Quiero...!

Las palabras murieron cuando llegó a lo alto de la rampa. Rita no había vuelto a aparecer. La calle Treinta y nueve se reducía a un punto en lontananza. Corrió de la acera del sur a la del norte, deslizándose entre parachoques y trepando sobre capós tan calientes que casi producían ampollas en la piel. Pero la acera del norte también estaba desierta.

Hizo bocina con las manos y gritó:

–¡Rita! ¡Rita!

Sólo le respondió un eco muerto: *¡Rita... ita... ita... ita...!*

Hacia las cuatro empezaban a acumularse sobre Manhattan nubes oscuras, y el fragor de los truenos retumbaba entre los acantilados de la ciudad. Los rayos se bifurcaban en el cielo. Era como si Dios estuviese tratando de asustar a la escasa gente que aún quedaba y que había salido de sus escondites. La luz se tornó amarilla y extraña. A Larry no le gustó. Tenía el estómago entumecido y cuando encendió un cigarrillo lo vio temblar en su mano como la taza de café había temblado esa mañana en la de Rita.

Se hallaba sentado en la rampa de acceso, del lado que correspondía a la calzada, con la espalda recostada contra el travesaño inferior de la baranda. La mochila descansaba sobre sus rodillas, y el fusil del 30 se hallaba apoyado en los hierros, junto a él. Había pensado que ella se asustaría y volvería, pero se equivocó. Hacía un cuarto de hora que había renunciado a seguir gritando su nombre. El eco lo asustaba.

El trueno volvía a retumbar, esta vez más cerca. Una brisa helada le acarició la camisa, adherida a su piel por el sudor. Tendría que refugiarse en alguna parte, o de lo contrario meterse en el túnel de una vez. Si no tenía agallas para pasar al otro lado, debería permanecer otra noche en la ciudad y atravesar el puente George Washington por la mañana. Para ello tendría que caminar más de catorce kilómetros hacia el norte.

Trató de pensar en el túnel de un modo razonable. Allí dentro no había nada que pudiera morderle. Había olvidado coger una linterna potente (Jesús, era imposible recordarlo todo) pero tenía su encendedor Bic, y había una barandilla entre la pasarela y la carretera. Ni esfuerzos ni tensiones. Todo lo demás, por ejemplo, pensar en los muertos de los coches, era una fantasía terrorífica, un guión de un cómic tan poco sensato como preocuparse por el coco oculto en el armario.

Un rayo atravesó el cielo casi directamente encima de su cabeza, sobresaltándolo. Fue seguido por una fuerte descarga de truenos. Hoy es 1 de julio, pensó, el día en que deberías llevar a tu amada a la feria de Coney Island y comer *hot-dogs.* Derribar las tres botellas de leche de madera con una sola bola y ganar la muñeca Kewpie. Por la noche, fuegos artificiales...

Una ráfaga de fría lluvia le azotó la nuca y le chorreó por el cuello de la camisa. En torno a él empezaron a caer goterones grandes como monedas de diez centavos. Se levantó, se echó la mochila sobre los hombros y cogió el fusil. Aún no sabía con certeza hacia dónde dirigirse, si de vuelta a la calle Treinta y nueve o al túnel Lincoln. Pero debía ponerse a cubierto en alguna parte si no quería acabar empapado.

Un trueno estalló encima de su cabeza con un gigantesco rugido que le hizo gritar de terror, un sonido no muy diferente a los proferidos por los hombres de Cro-Magnon dos millones de años atrás.

–¡Judío cobarde! –se dijo.

Y comenzó a correr por la rampa hacia las fauces del túnel, con la cabeza agachada mientras la lluvia se intensificaba. El cabello empezó a gotearle. Al pasar ante la mujer del Cadillac trató de no mirar; aunque, a pesar de todo, la vio por el rabillo del ojo. La lluvia tamborileaba sobre los techos de los coches cual una percusión latina. Caía con tanta violencia que rebotaba y provocaba una ligera niebla.

Larry se detuvo un momento fuera del túnel, indeciso y asustado de nuevo. Pero de pronto comenzó a granizar y aquello le decidió. Los granizos eran grandes y punzantes. Los truenos seguían retumbando.

Muy bien, pensó. Muy bien, lo haré.

Y entró en el túnel Lincoln.

Estaba más oscuro de lo que había imaginado. Al principio la abertura situada a sus espaldas proyectaba una tenue luz blanca delante de él, y así fue como vio aún más coches, parachoques trabados entre sí. Debió de ser horrible morir ahí dentro, pensó, mientras la claustrofobia se cerraba con sigilo alrededor de su cabeza y empezaba a estrujarle las sienes; debió de ser pero que muy horrible, jodidamente horrible. Vio los azulejos blanquiverdosos que recubrían las curvadas paredes. A la derecha, estaba la barandilla para peatones. A la izquierda, con intervalos de diez o quince metros, las grandes columnas de apoyo. Un letrero advertía: PROHIBIDO CAMBIAR DE CARRIL. En el techo del túnel estaban los apagados tubos fluorescentes, y los inexpresivos ojos de cristal de las cámaras de televisión de circuito cerrado. Cuando sorteó la primera curva, un poco sesgada hacia la derecha, la luz se atenuó hasta que sólo pudo discernir el velado brillo de los cromados, y después la claridad desapareció por completo.

Extrajo torpemente su Bic, lo alzó y encendió. La iluminación que suministró fue ridícula y acrecentó su nerviosismo. Incluso con el gas abierto al máximo sólo producía un círculo de visibilidad de unos metros de diámetro.

Volvió a guardarlo en el bolsillo y siguió caminando, deslizando la mano por la barandilla. Allí también había eco, un eco que le gustaba todavía menos que el de fuera. Era como si alguien estuviera detrás de él... acechándolo. Se detuvo varias veces, con la cabeza inclinada y los ojos muy abiertos (pero ciegos), escuchando hasta que el eco se apagaba. Al cabo de un rato empezó a arrastrar los pies por el cemento para que el eco no se repitiera.

Un poco más tarde se detuvo y accionó el encendedor cerca del reloj de pulsera. Eran las cuatro y veinte; pero no supo muy bien qué conclusión sacar de ello. En esa oscuridad, el tiempo parecía carecer de significado concreto. También la distancia. ¿Cuánto medía el túnel Lincoln? ¿Un kilómetro y medio? ¿Tres? No podían ser tres kilómetros bajo el río Hudson. Digamos uno y medio. Pero, en tal caso, ya debería haber llegado al otro extremo. Si un hombre a paso normal

Librodot

camina seis kilómetros en una hora, puede recorrer uno y medio en quince minutos, y él ya llevaba veinte en aquel fétido agujero.

–Camino mucho más despacio –dijo, y dio un respingo al oír su propia voz.

El encendedor se le cayó de la mano y rebotó en la pasarela.

El eco le contestó, convertido en la voz peligrosamente burlona de un lunático que se aproximaba:

...despacio... acto... acio.

–Jesús –murmuró Larry.

sus... sus... sus...

Se secó el rostro con la mano, combatiendo el pánico y el deseo vehemente de echar a correr a ciegas. Por el contrario, se arrodilló (sus rodillas crujieron, asustándolo de nuevo) y tanteó la minúscula orografía de la pasarela para peatones: los valles desconchados del cemento, la cordillera de una vieja colilla, el monte de una bolita de plata... hasta que, por fin, encontró el Bic y lo encendió. La llama osciló locamente en su puño trémulo.

Había pisado la mano de un soldado que yacía con la espalda apoyada contra la pared del túnel y las piernas atravesadas sobre la pasarela. Un centinela apostado allí para cortar el tránsito. Sus ojos vidriosos miraban a Larry. Sus labios habían dejado los dientes al descubierto y parecían sonreír. Tenía una navaja clavada en el cuello.

El encendedor se estaba recalentando en su mano. Larry lo apagó. Se humedeció los labios, se agarró con fuerza a la barandilla, con los dedos agarrotados, y se obligó a avanzar por encima del cuerpo, con una zancada larga. Le embargó una certidumbre de pesadilla: oiría el roce de las botas del soldado, que estiraría la mano y lo cogería por la pierna.

Larry echó una torpe carrera y después se detuvo, seguro de que si no se paraba lo dominaría el pánico y seguiría corriendo a ciegas, perseguido por un macabro regimiento de ecos.

Cuando se hubo sosegado un poco reanudó la marcha. Pero era peor. Los dedos de sus pies se encogían dentro de los zapatos, temiendo chocar en cualquier momento con otro cadáver despatarrado sobre la pasarela... Lo cual no tardó en suceder.

Gruñó y sacó de nuevo el encendedor. Esta vez el cuadro fue más sobrecogedor: había tropezado con el cuerpo de un anciano de traje azul. Un solideo de seda negra se había desprendido de su cabeza medio calva y había caído sobre sus muslos. En la solapa lucía una estrella de seis puntas, de plata forjada. Más adelante había otra media docena de cadáveres: dos mujeres, un hombre de mediana edad, una anciana y dos mozalbetes.

El encendedor se estaba recalentando. Lo apagó y volvió a guardarlo en el bolsillo, donde siguió quemándole la pierna. El *Capitán Trotamundos* no había matado a ese grupo, y tampoco al soldado de antes. Larry había visto la sangre, las ropas desgarradas, los azulejos desconchados, los orificios de proyectil. Los habían acribillado a balazos. Recordó los rumores de que los soldados bloqueaban los puntos de salida. Había vacilado en darles crédito o no. Durante la última semana, a medida que todo se derrumbaba, circularon demasiadas habladurías.

Era fácil reconstruir el episodio: habían quedado atrapados en el túnel, pero no estaban tan enfermos como para no poder caminar. Se apearon del coche y echaron a andar hacia la salida de Jersey. Allí había habido un puesto militar, un emplazamiento de ametralladoras, algo.

¿Había habido? ¿O aún seguía allí?

Larry se cubrió de sudor y trató de tomar una decisión. La completa oscuridad proporcionaba la pantalla de cine perfecta para que la mente proyectara todas sus fantasías. Vio soldados de ojos melancólicos con trajes antigérmenes agazapados detrás de una ametralladora equipada con visores infrarrojos. Tenían la misión de abatir a todos los rezagados que intentasen pasar por el

túnel. También vio un soldado aislado, un voluntario suicida, que llevaba gafas infrarrojas y se arrastraba hacia él empuñando un cuchillo. Y dos más que manipulaban un mortero provisto de un cartucho con gases tóxicos.

Sin embargo, no podía volver sobre sus pasos. Estaba segurísimo de que aquellos soldados eran sólo fruto de su imaginación. Y el pensamiento de retroceder resultaba insoportable. Seguramente los soldados ya se habían ido. Aquel sobre el que había pasado venía a confirmarlo. Pero lo que realmente le turbaba eran los cadáveres que tenía por delante. Estaban tendidos cada dos o tres metros. No podía saltar por encima de ellos de la misma forma que había hecho con el soldado. Y, si se acercaba a la pasarela para sortearlos, se arriesgaba a romperse la pierna o el tobillo. Si debía seguir adelante, tendría que andar... encima de ellos.

Algo se movió detrás de él, en la oscuridad.

Larry se volvió, aterrorizado por ese crujido solitario... una pisada.

–¿Quién está ahí? –gritó, descolgando el fusil que llevaba en bandolera.

La única respuesta fue el eco. Cuando éste se extinguió, oyó, o creyó oír, un susurro de respiración. Permaneció en la penumbra con los ojos desorbitados. Se le erizó el vello de la nuca y contuvo el aliento. No oyó nada. Había empezado a desecharlo como un capricho de su imaginación, cuando el ruido se repitió... una pisada deslizante, ligera.

Buscó desesperadamente el encendedor. No se le ocurrió que así podría convertirse en un blanco perfecto. Cuando lo sacó del bolsillo, la ruedecilla se le enganchó por un momento en el pantalón y el Bic se le escurrió de la mano. Oyó un ruido al golpear contra la barandilla y después cuando se estrelló contra el capó o el maletero de un coche.

Volvió a oír la pisada deslizante, un poco más cerca, aunque no pudo determinar a qué distancia. Alguien venía a matarlo y su mente, paralizada por el pánico, le mostró, como en una película de horror, la imagen del soldado de la navaja clavada en el cuello que avanzaba lentamente hacia él en la oscuridad.

Otra vez la pisada ligera, crujiente.

Larry apuntó el fusil y empezó a disparar. Los estampidos produjeron un estruendo ensordecedor en aquel espacio cerrado. Gritó, pero el estrépito ahogó su alarido. A medida que los fogonazos brotaban del cañón del 30–30, vio las imágenes centelleantes de azulejos y columnas de vehículos petrificados, como una sucesión de instantáneas en blanco y negro. Los rebotes zumbaban como almas en pena. El fusil reculó una y otra vez contra su hombro, hasta entumecerlo y se dio cuenta de que la fuerza de los retrocesos lo había desviado de manera que ahora disparaba hacia la carretera en lugar de hacerlo hacia la pasarela. No podía detenerse. Su dedo había sustituido las funciones del cerebro y siguió apretando de modo irracional hasta que el percutor empezó a repicar con un chasquido seco e impotente.

Hubo un reflujo de ecos. Las imágenes fulgurantes grabadas en su retina flotaban por triplicado. Tenía una vaga conciencia del olor de pólvora quemada.

Giró nuevamente, sin soltar el arma, y esta vez no vio en la pantalla de su cine interior a los soldados con uniformes esterilizados, sino a los morlocks de *La máquina del tiempo* de H.G. Wells, tal como los dibujaban en los cómics: criaturas encorvadas y ciegas que salían de sus cuevas donde los ingenios subterráneos funcionaban sin parar. Empezó a abrirse paso por la barricada de cadáveres, tropezando, cayendo casi, aferrándose a la barandilla, para seguir adelante. Su pie se introdujo en una viscosidad repulsiva, provocando un olor pútrido que él apenas notó. Continuó avanzando jadeante.

Entonces se oyó un grito en la oscuridad, detrás de él, un grito que lo paralizó: era una voz desesperada y lastimera.

–¡Larry! Oh, Larry, por el amor de Dios...

Librodot

Rita Blakemoor.

Se volvió. Ella sollozaba desenfrenadamente, poblando el recinto con nuevos ecos. En un arrebato decidió seguir su camino, abandonarla. Tarde o temprano, Rita encontraría la salida... ¿Por qué cargar otra vez con aquel lastre? Después se serenó y exclamó: – ¡Rita! ¡Quédate donde estás! ¿Me oyes? Los sollozos continuaron.

Larry volvió atrás, trastabillando sobre los cadáveres, procurando contener la respiración, con el rostro crispado en una mueca de asco. Corrió hacia Rita, sin saber a qué distancia estaba. Por fin casi cayó encima de ella.

–Larry...

Se apretó contra él y se aferró a su cuello con frenesí. Su corazón palpitaba desbocadamente debajo de la blusa.

–Larry, Larry, no me dejes sola aquí, no me dejes en la oscuridad...

–Tranquila. –La abrazó con fuerza –. ¿Te he hecho daño? ¿Te he herido?

–No... Pero una de las balas pasó tan cerca que noté el aire que desplazaba... y astillas... trozos de azulejo, creo... en la cara... Me cortaron la cara...

–Oh, Rita. Perdí la cabeza en la oscuridad. Se me extravió el encendedor... ¿Por qué no me hablaste? Podría haberte matado. –Tomó conciencia de ello –*Podría haberte matado...* – repitió atónito.

–No estaba segura de que fueras tú. Cuando bajaste por la rampa me metí en una casa de apartamentos. Volviste y me llamaste, pero no pude... Después vinieron dos hombres al empezar a llover... Creo que nos buscaban... o sólo a mí. Me quedé donde estaba y cuando se fueron temí que siguieran escondidos, esperándome, y no me atreví a salir hasta que pensé que llegarías al otro lado y nunca volvería a verte... Y entonces... entonces... Larry, no me abandonarás, ¿verdad?

–No –prometió –. No te abandonaré.

–Cometí un error al decir eso, sí, un error, y tú tenías razón, debería haberte advertido lo que me pasaba con las sandalias, con los zapatos... Comeré cuando tú quieras... Yo... yo...

–Calla –susurró él, apretándola –. Ya se ha arreglado todo.

Mentalmente, se vio disparando contra ella en un acceso de pánico ciego, y pensó cuan fácil habría sido que una de aquellas balas le destrozara un brazo o le perforara el vientre. De pronto sintió una necesidad urgente de ir a los servicios y casi le castañetearon los dientes.

–Nos pondremos en marcha cuando puedas andar. No hay prisa.

–Había un hombre... creo que era un hombre... Lo pisé. –Rita tragó saliva –. Oh, casi chillé, pero me contuve porque pensé que quizá era uno de aquellos hombres el que avanzaba más adelante, y no tú. Y cuando gritaste... el eco... no supe si eras tú o...

–Hay más cadáveres. ¿Podrás resistirlo?

–Si voy contigo, sí. Por favor...

–De acuerdo.

–Quiero salir de aquí. –Se estremeció convulsa y se pegó a él –. Nunca en mi vida deseé algo con tanta vehemencia.

Él la besó. Primero en la nariz, luego en los ojos y finalmente en la boca.

–Gracias –dijo Larry, sin tener la menor idea de lo que quería expresar –. Gracias.

–Gracias –repitió ella –. Oh, querido Larry. No me abandonarás, ¿verdad?

–No –repuso –. No te dejaré. Dime sólo cuándo estés preparada, Rita, y seguiremos juntos. Y así lo hicieron.

Sortearon los cadáveres, pasándose mutuamente los brazos en torno al cuello como camaradas que vuelven a casa después de una juerga. Más allá tropezaron con un obstáculo. Era imposible ver; pero, después de palparlo, Rita afirmó que parecía una cama colocada en posición vertical. Consiguieron arrojarla por encima de la barandilla de la pasarela, y se estrelló contra un coche con un resonante estrépito que les hizo respingar y abrazarse. Detrás encontraron más cuerpos despatarrados, tres en total. Larry supuso que eran los soldados que habían acribillado a la familia judía. Pasaron por encima de ellos y siguieron adelante, cogidos de la mano.

Poco después Rita se detuvo en seco.

–¿Qué sucede? –preguntó Larry –. ¿Hay algo en el camino?

–No... ¡Puedo verlo, Larry! ¡Es el final del túnel!

Él parpadeó y también pudo verlo. La claridad era tenue y había aparecido de modo tan gradual que no la percibió hasta que ella se lo dijo. Captó un leve reflejo sobre los azulejos y la palidez borrosa del rostro de Rita más cerca. Al mirar hacia la izquierda y abajo, vio el río muerto de automóviles.

–¡Vamos! –exclamó Larry, jubiloso.

Sesenta pasos más allá había más cadáveres por la pasarela, todos soldados. Pasaron por encima.

–¿Por qué querrían cerrar Nueva York? –preguntó Rita –. A menos que... Larry, ¡tal vez esto sólo ha sucedido en Nueva York!

–No lo creo –respondió. Pero sintió una instintiva esperanza.

Anduvieron más deprisa. La boca del túnel se encontraba ya ante ellos. Estaba bloqueada por dos pesados camiones de un convoy militar. Los enormes vehículos impedían que penetrara gran parte de la luz diurna. De no haber estado allí, Larry y Rita habrían percibido la luz mucho antes. Se veía otro reguero de cadáveres donde la pasarela descendía para conectar con la rampa que llevaba al exterior. Se escurrieron entre los camiones del convoy, trepando por los trabados parachoques. Rita no miró el interior, pero Larry sí. Se veía el trípode medio desmontado de una ametralladora, así como cajas de municiones y recipientes, de granadas de gas. Había también tres cadáveres.

Cuando se hallaban en el exterior, una brisa húmeda les envolvió y aquel maravilloso olor fresco pareció lo más valioso del mundo. Larry se lo dijo a Rita. Ella asintió y apoyó la cabeza contra su hombro.

–No volvería a pasar por ahí ni por un millón de dólares –dijo ella.

–Dentro de unos años emplearás los billetes como papel higiénico –bromeó Larry.

–¿Estás seguro?

–¿De que no se trata sólo de Nueva York? –Señaló con el dedo –: Mira...

Las cabinas del peaje estaban vacías. La del centro se alzaba entre un montón de cristales rotos. Más allá, los carriles que llevaban al oeste aparecían desiertos hasta donde alcanzaba la vista. Pero los del este, los que llevaban al túnel y a la ciudad que acababan de abandonar, se hallaban atestados. Había un desordenado montón de cadáveres en la autopista y muchas gaviotas rondaban vigilándolo todo.

Rita lanzó una débil exclamación:

–¡Oh, Dios mío!

Librodot

–Había tantas personas tratando de entrar en Nueva York como las que intentaban salir. No sé por qué se molestaron en bloquear el túnel en el extremo de Jersey. Probablemente ellos tampoco sabían el porqué. Quizá se tratase de una brillante idea de cualquier chupatintas...

Ella se sentó en la carretera y se echó a llorar.

–Vamos... no llores –la consoló Larry, arrodillándose a su lado.

Lo vivido en el túnel estaba demasiado fresco para que pudiera enfadarse con Rita.

–Todo saldrá bien –le dijo –. Mira, ya estamos fuera. Y eso es algo. Y este aire fresco... Nueva Jersey nunca había olido tan bien.

Larry le sonrió y se quedó mirando los rasguños que Rita tenía en las mejillas donde le habían alcanzado los fragmentos de azulejos.

–Debemos buscar una farmacia y ponerte un poco de agua oxigenada en esos cortes –dijo. –¿Crees que podrás andar?

–Sí... –Lo miró con una entumecida gratitud que le hizo sentir incómodo –. Lo único que necesito son unos zapatos nuevos. Unas zapatillas de deporte. Te lo prometo.

–Te grité porque estaba alterado –se justificó en voz baja.

Le pasó la mano por el cabello y le besó el rasguño que tenía encima del ojo derecho.

–No soy un mal tipo –añadió con voz aún más baja.

–Lo único que te pido es que no me dejes...

La ayudó a ponerse en pie y le pasó una mano por el talle. Luego echaron a andar en dirección a las cabinas del peaje. Nueva York había quedado atrás, al otro lado del río.

36

En el centro de Ogunquit había un pequeño parque engalanado con un cañón de la guerra civil y un monumento a los caídos. Después de que muriera Gus Dinsmore, Frannie Goldsmith acudió allí, se sentó al lado del estanque de los patos, y con aire despreocupado comenzó a lanzar piedrecillas, observando las ondas concéntricas que se formaban en la apacible agua.

Dos días antes había llevado a Gus a casa de los Hanson junto a la playa, temiendo que, si aguardaba más, Gus ya no fuese capaz de andar y tuviese que pasar su «último confinamiento», como sus antecesores lo definieron con un eufemismo horroroso pero correcto, en ese cálido y pequeño cubículo cerca del aparcamiento de la playa.

Había pensado que Gus moriría aquella noche. Su fiebre había sido muy alta y cayó en un enloquecido delirio. Bajó dos veces de la cama e incluso anduvo tambaleándose en torno al dormitorio de Hanson, tropezando con las cosas y derribándolas, cayendo de rodillas y levantándose. Gritaba a unas personas que no estaban allí, les respondía y las observaba con unas emociones que iban desde la hilaridad al decaimiento, hasta que Frannie comenzó a creer que los compañeros invisibles de Gus eran reales y que el fantasma era ella. Había rogado a Gus que se metiera de nuevo en la cama. No sirvió de nada pues, para él, Frannie no se encontraba allí. Tenía que apartarse de su camino, si no quería que chocasen de frente.

Al fin se derrumbó en la cama y pasó de un frenético delirio a una inconsciencia pesada y jadeante. Fran supuso que aquello era el coma final. Pero a la mañana siguiente, cuando le examinó de nuevo, Gus estaba sentado en la cama leyendo una novela del Oeste, que había encontrado en las estanterías. Le dio las gracias por cuidar de él y le dijo que confiaba en no haber dicho o hecho nada embarazoso la noche anterior. Cuando ella le dijo que no se preocupase, Gus miró dubitativo en torno al desordenado dormitorio y le contestó que era muy buena por decir eso.

Fran preparó un poco de sopa, que él tomó con gusto y, cuando Gus se quejó de lo duro que resultaba leer sin sus gafas (se habían roto mientras realizaba su turno en la barricada de la ciudad la semana anterior), ella le cogió el libro, a pesar de sus débiles protestas, y le leyó cuatro capítulos de aquella historia del Oeste acerca de una mujer que vivía al norte de Haven. La novela se titulaba *El fuego de Navidad.* El sheriff John Stoner tenía problemas con los pendencieros de la ciudad de Roaring Rock, Wyoming. Pero lo peor era que no encontraba nada que regalarle por Navidad a su hermosa y joven esposa.

Fran se sintió cada vez más optimista, pensando que Gus podría estar recuperándose. Pero la noche anterior había empeorado de nuevo, y murió a las ocho menos cuarto de la mañana, hacía sólo una hora y media. Conservó el conocimiento hasta el final, aunque sin ser consciente de su gravedad. Le dijo anhelante que le gustaría un helado de soda como el que les compraba su padre a él y sus hermanos cada Cuatro de Julio y también en el día del Trabajo, cuando instalaban la feria en Bangor. Pero en ese momento ya no había en Ogunquit corriente eléctrica (se había ido a las 21.17 horas del 29 de junio, según señalaban los relojes eléctricos) y no había ninguna clase de helado en la ciudad. Ella se preguntó si alguien en el pueblo tendría un equipo electrógeno de gasolina conectado a algún frigorífico e incluso pensó en llamar a Harold Lauder para preguntárselo. Pero Gus comenzaba ya a respirar sus últimos y desesperanzados alientos. Aquello prosiguió durante cinco minutos mientras ella le mantenía la cabeza incorporada con una mano y, con la otra, le sujetaba un paño debajo de la boca para recoger las expectoraciones de mucosidad. Luego todo acabó.

Frannie lo cubrió con una sábana limpia y lo dejó en el lecho del viejo Jack Hanson, con vistas al océano. Después, había ido allí, y desde entonces estaba lanzando piedrecillas al estanque, casi sin pensar en nada. Pero subconscientemente se percató de que no pensar era una *buena* cosa. No se trataba de aquella extraña apatía que la embargó al día siguiente de morir su padre. Desde entonces había sido más o menos ella misma. Había cogido un rosal en la floristería de Nathan y lo había plantado al pie de la tumba de Peter. Pensó que arraigaría bien, tal y como habría dicho su padre. Ahora, la ausencia de pensamientos era una especie de descanso, tras contemplar los últimos instantes de Gus. No era nada parecido al preludio de locura por el que había atravesado antes. Aquello había sido como recorrer una especie de túnel gris y viciado, lleno de siluetas inquietantes, un túnel que no deseaba cruzar de nuevo.

Pero tendría que pensar pronto en qué hacer a continuación, y supuso que en aquello debía incluir a Harold Lauder. No sólo porque Harold y ella fueran ahora las dos únicas personas en la zona, sino porque no tenía la menor idea de lo que sería de Harold sin alguien que velara por él. No supuso que ella fuese la persona más práctica del mundo; pero, dado que se encontraba allí, no le quedaría otro remedio que hacerlo. Seguía sin gustarle; pero él al menos había intentado mostrar cierto tacto y probado conservar aún cierta decencia. A pesar de que lo hacía a su propia y rara manera.

Harold la dejó en paz durante cuatro días.

Tras el encuentro en la casa de ella, probablemente porque sabía que deseaba llorar a sus padres en la intimidad. Pero Frannie lo había visto alguna que otra vez en el Cadillac de Roy Braningan, yendo de un lugar a otro. Y en dos ocasiones oyó desde su ventana el tecleo de la máquina de escribir de Harold. El solo hecho de que pudiera oírlo, a pesar de que la casa de la familia Lauder estaba a un kilómetro, era testimonio más que suficiente de que reinaba un silencio absoluto y de que lo ocurrido era muy real. Le divirtió pensar que Harold se había apoderado del Cadillac, pero que no se le había ocurrido sustituir su máquina de escribir manual por una de esas susurrantes eléctricas.

Claro que ahora ya no le serviría, reflexionó, mientras se ponía en pie y se sacudía los fondillos del pantalón corto. Los helados y las máquinas de escribir eléctricas pertenecían al pasado. Esto le hizo sentir una tremenda nostalgia, y volvió a preguntarse con honda perplejidad cómo era posible que semejante cataclismo se hubiera producido en sólo un par de semanas.

Tenía que haber más gente, a pesar de lo que decía Harold. Si la autoridad y el orden se habían desquiciado de momento, encontraría a los otros supervivientes y entre todos los reinstaurarían. No se le ocurrió por qué la «autoridad y el orden» le parecían tan necesarios, así como tampoco se planteó por qué se sentía responsable de Harold. Era así y nada más. El orden resultaba necesario.

Se encaminó despacio por Main Street hacia la casa de los Lauder. Ya hacía calor, pero una brisa marina refrescaba la atmósfera. De pronto sintió deseos de ir a la playa, buscar un trozo de alga y mordisquearlo.

–Eres repugnante –se dijo en voz alta.

Pero, claro, estaba embarazada. La semana próxima le apetecerían bocadillos de cebolla untados con crema de rábano picante.

Se detuvo en la esquina, todavía a cien metros de la casa de Harold, sorprendida de que hubiera transcurrido tanto tiempo desde que pensó por última vez en su embarazo. Antes siempre estaba con el *estoy embarazada,* como si fuera algo desagradable que la seguía a todas partes: debo ir a recoger el vestido azul a la tintorería antes del viernes (en pocos meses tendré que arrumbarlo en el armario porque *estoy embarazada);* me ducharé ahora (en pocos meses pareceré una ballena en la ducha porque *estoy embarazada);* debería hacer cambiar el aceite del coche antes de que los pistones se quemen (me pregunto qué diría Johnny si supiera que *estoy embarazada).* Pero quizá ya se había acostumbrado a la idea. Al fin y al cabo, habían pasado casi tres meses.

Por primera vez se preguntó, inquieta, quién la ayudaría a dar a luz.

Desde la casa de los Lauder llegaba el traqueteo acompasado de una cortadora de césped manual y, cuando Fran dio la vuelta a la esquina, se encontró con un espectáculo insólito. Sólo la sorpresa le impidió lanzar una carcajada.

Harold estaba cortando el césped, vestido sólo con un ceñido y sucinto bañador azul. Su blanca piel estaba recubierta de sudor y su larga melena le bailoteaba sobre la nuca. Los fofos michelines brincaban por encima de la cintura del bañador y por debajo del elástico de la pernera. El césped cortado le había teñido los pies de verde hasta los tobillos. Tenía la espalda enrojecida, aunque no sabía si por efecto del ejercicio o del sol.

Pero Harold no sólo cortaba el césped, sino que *corría.* El jardín de los Lauder bajaba en declive hasta un pintoresco y sinuoso muro de piedra, y en su centro se levantaba una glorieta octogonal. Allí era donde Amy y ella servían sus «tés» cuando eran muy pequeñas, recordó Frannie con una súbita nostalgia dolorosa. El prado de los Lauder era casi inglés por su verdor y su sosiego, pero ahora un derviche vestido con un bañador azul había invadido la bucólica escena. Harold jadeaba mientras arremetía cuesta abajo inclinado sobre la empuñadura del artefacto. Las cuchillas zumbaban. El césped salía despedido como un chorro verde y se adhería a las pantorrillas de Harold. Había segado quizá la mitad del jardín, y sólo le faltaba completar un cuadrilátero cada vez más pequeño que rodeaba la glorieta. Viró en el ángulo inferior y después acometió rugiendo hacia arriba. La glorieta lo ocultó fugazmente; pero enseguida reapareció inclinado sobre su cortadora como un conductor de fórmula uno.

La vio al llegar a la mitad de la cuesta. En ese mismo instante Frannie dijo:

–¿Harold?

–¡Oh! –sollozó Harold.

Lo había arrancado de un mundo secreto, sobresaltándolo, y por un momento temió que la conmoción y el agotamiento le produjeran un infarto

Entonces Harold corrió hacia la casa, arremolinando con los pies el césped cortado, y ella sintió el aroma dulzón que éste exhalaba en la cálida atmósfera estival.

–¿Qué sucede, Harold? –preguntó.

El muchacho subió de dos en dos los escalones del porche, abrió la puerta trasera y entró corriendo. En medio del silencio que se hizo a continuación, un grajo lanzó un chillido estridente y un animalillo se movió entre los arbustos, detrás del muro. La cortadora abandonada descansaba, con una estela de césped segado, ante una barrera de césped alto, a poca distancia de la glorieta donde antaño Amy y ella habían bebido refrescos en las tacitas de té, con los meñiques estirados en un gesto que quería ser muy elegante. Frannie permaneció un rato indecisa y por fin caminó hasta la puerta y llamó. No hubo respuesta, pero oyó que Harold estaba llorando.

–¿Harold?

Tampoco contestó. Siguió llorando.

Ella entró en el pasillo posterior de la casa, oscuro, fresco y fragante. La despensa de la señora Lauder se abría a la izquierda, y Frannie recordaba que allí siempre había flotado un aroma de manzanas secas y canela, como si los pasteles estuvieran esperando su propia creación.

–¿Harold?

Avanzó por el pasillo hasta la cocina. El chico estaba allí, sentado a la mesa. Tenía las manos crispadas sobre el pelo y sus pies teñidos de verde descansaban sobre el linóleo descolorido que su madre había mantenido impecable.

–¿Qué pasa, Harold?

–¡Vete! –exclamó él con voz llorosa –. ¡Vete! ¡Yo no te gusto!

–Claro que me gustas. Eres un buen chico, Harold. Quizá no el mejor, pero eres bueno.

Esas palabras parecieron hacerle llorar con más ganas.

–¿Tienes algo para beber?

–Una limonada de sobre –respondió él. Sorbió, se limpió la nariz y, sin dejar de mirar la mesa, agregó –: Está tibio.

–Ya. ¿Cogiste el agua de la bomba de la ciudad?

Como muchos pueblos pequeños, Ogunquit aún tenía una bomba comunal detrás del ayuntamiento, aunque durante los últimos cuarenta años había sido más una antigualla que una fuente efectiva de agua. A veces los turistas se fotografiaban allí: ésta es la bomba de agua del pueblecito donde solemos ir a pasar las vacaciones. Oh, qué curioso.

–Sí.

Fran escanció sendos vasos de limonada con agua y se sentó.

Deberíamos beberlo en la glorieta, pensó.

–¿Qué ocurre, Harold?

El chico lanzó una risa rara, histérica, y se llevó el vaso a la boca. Lo vació y lo depositó sobre la mesa.

–¿Ocurrir? ¿Qué podría ocurrir?

–Quiero decir si te sucede algo en especial.

Probó su refresco e hizo una mueca. No estaba muy tibio. Harold debía de haber bombeado el agua hacía poco; pero se había olvidado de echar azúcar.

Por fin él la miró, el rostro surcado por las lágrimas y todavía con ganas de gimotear.

–Echo de menos a mi madre –dijo.

–Oh, Harold...

–Cuando ocurrió eso, cuando ella murió, pensé: Vaya, no ha sido tan grave.

Aferraba el vaso con fuerza, mirándola con una expresión vehemente, demacrada.

–Sé que esto debe parecerte atroz. Pero nunca imaginé *cómo* reaccionaría cuando murieran. Soy una persona sensible. Por eso me perseguían los cretinos de aquella cámara de tormentos que era el instituto. Pensaba que cuando mis padres murieran enloquecería de dolor, o por lo menos quedaría postrado durante años... que mi sol interior, por así decir, se... se... Y cuando sucedió, mi madre... Amy... mi padre... pensé: Vaya, no ha sido tan grave. Yo... ellos... –Descargó el puño sobre la mesa, asustando a Frannie –. ¿Por qué no puedo expresarme? –clamó –. *¡Siempre* he sabido hacerlo! La función del escritor consiste en esculpir con palabras, en calar hasta el hueso. ¿Por qué no puedo expresar lo que siento?

–Tranquilízate, Harold. Yo sé lo que sientes.

Él la miró, pasmado.

–¿Sabes lo…? –meneó la cabeza –. No. No es posible.

–¿Recuerdas el día que viniste a casa? ¿Cuando yo estaba cavando la tumba? Me sentía muy alterada. Ni siquiera me daba cuenta de lo que hacía. Intenté freír unas patatas y casi incendié la casa. De modo que si cortar el césped te tranquiliza, hazlo. Aunque el sol te producirá quemaduras si lo cortas en bañador. Ya te estás quemando –agregó mirándole los hombros.

Para mostrarse cortés, tomó otro trago de aquella horrible limonada.

Él se secó la boca con el dorso de la mano.

–Nunca los quise mucho –dijo –. Pero pensé que la pena era algo que se sentía de todos modos. Así como cuando tienes la vejiga llena debes orinar, también cuando mueren tus padres debes sentir dolor.

Ella asintió, pensando que la comparación era sorprendente pero bastante apropiada.

–Mi madre siempre vivía fascinada por Amy. Era la amiga de Amy –exageró con una puerilidad casi lastimosa –. Y yo le inspiraba horror a mi padre.

A ella le extrañó oír eso. Brad Lauder había sido un hombre, fornido, capataz de la tejeduría de lana de Kennebunk. No debía de entender a ese hijo fofo y raro que había engendrado su simiente.

–Un día me llevó aparte –prosiguió Harold –y me preguntó si era marica. Así fue como lo dijo. Me asusté tanto que me eché a llorar. Me abofeteó y me advirtió que, si pensaba seguir siendo tan condenadamente infantil, lo mejor que podía hacer era largarme del pueblo... Y a Amy yo le importaba una mierda. Yo no era más que un estorbo cuando traía a sus amigas a casa. Me trataba como si fuera una bazofia.

Fran terminó la limonada con un esfuerzo.

–De modo que cuando murieron y yo no lo lamenté, pensé que me había equivocado, que la pena no es un acto reflejo. Pero ése fue otro error. Empecé a echarlos de menos cada vez más, sobre todo a mi madre. Si sólo hubiera podido verla... Muchas veces no la encontraba cuando la quería... cuando la necesitaba. Estaba demasiado atareada ocupándose de Amy, o acompañándola. Pero nunca me trató mal. De modo que esta mañana me dije: Voy a cortar el césped. Así no pensaré en ello. Pero seguí pensando. Y por eso empecé a segarlo cada vez más deprisa... como si así pudiera acelerar el olvido... Supongo que fue entonces cuando llegaste. ¿Se me ve tan enloquecido como en realidad me siento, Fran?

Ella estiró el brazo por encima de la mesa y le tocó la mano.

–No hay nada malo en lo que sientes, Harold.

–¿Estás segura? –La miraba de nuevo con esa expresión desorbitada, pueril.

–Sí, lo estoy.

–¿Serás mi amiga?

–Sí.

–Gracias a Dios –exclamó él.

Su mano estaba sudorosa bajo la de ella, y cuando Fran lo pensó, él pareció intuirlo y la retiró.

–¿Quieres más limonada? –le ofreció.

Frannie le dirigió su mejor sonrisa diplomática.

–Tal vez más tarde –contestó.

Organizaron un picnic en el parque: bocadillos de mantequilla de cacahuete y jalea y sendas botellas de coca-cola, las cuales resultaron tolerables después de refrescarse un rato en el estanque de los patos.

–He estado pensando lo que haré –dijo Harold –. ¿No quieres ese bocadillo?

–No, ya no tengo hambre.

Harold devoró el bocadillo. Frannie se dijo que su pena tardía no le había quitado el apetito.

–¿Qué harás? –preguntó ella.

–Me gustaría ir a Vermont –respondió Harold con timidez –. ¿Quieres venir?

–¿Por qué Vermont?

–Allí hay un centro oficial de epidemias y enfermedades contagiosas, en una ciudad llamada Stovington –explicó –. No es tan importante como el de Atlanta, pero está más cerca. Si todavía hay personas vivas investigando esa gripe, muchas de ellas deben de encontrarse allí.

–¿Y por qué no habrían de estar muertas también?

–Es posible que lo estén, sí –asintió Harold con tono un poco presuntuoso –. Pero en lugares como Stovington, donde están habituados a trabajar con enfermedades contagiosas, saben tomar precauciones. Y si el instituto sigue funcionando, supongo que deben de estar buscando individuos como nosotros. Inmunes.

–¿Cómo sabes tanto, Harold? –Ella lo miró con admiración y Harold se ruborizó, complacido.

–Leo mucho. Ninguno de esos centros es secreto. ¿Qué opinas, Fran?

A ella le pareció una buena idea. Aquello cuadraba con esa inextinguible necesidad de orden y autoridad. Irían a Stovington, les harían ingresar en el centro, les efectuarían pruebas, y las pruebas mostrarían diferencias entre ellos y todas las personas que se contagiaron y después murieron. Ni siquiera se le ocurrió preguntarse para qué serviría una vacuna a esas alturas.

–Creo que deberíamos buscar un mapa de carreteras y estudiar cómo llegar allí con la mayor rapidez posible.

Las facciones de Harold se iluminaron. Por un momento, ella pensó que iba a besarla, y en ese singular instante de euforia probablemente se lo habría permitido. Pero el instante pasó. Y más adelante se alegró de ello.

Sobre el mapa de carreteras, donde las distancias estaban reducidas a magnitudes de dedos, la expedición parecía bastante sencilla. Carretera 1 hasta la I–95, I–95 hasta la 302 atravesando las ciudades de la zona lacustre de Maine occidental, y cruzando la prolongación de New Hampshire por la misma carretera hasta Vermont. Stovington caía apenas cuarenta y cinco kilómetros al oeste de Barre, y se podía acceder a ella tanto por la carretera 1 como por la I–89.

Librodot

–¿A que distancia está en total? –inquirió ella.

Harold cogió una regla, midió y después consultó la escala.

–No lo creerás –murmuró cariacontecido.

–¿Ciento cincuenta kilómetros?

–Más de cuatrocientos cincuenta.

–¡Dios mío! –exclamó Frannie –. Eso echa por tierra nuestro plan. Había leído en algún sitio que podías recorrer andando la mayor parte de los estados de Nueva Inglaterra en un solo día.

–Es un truco –declaró Harold con voz engolada –. Puede hacerse en cuatro estados: Connecticut, Rhode Island, Massachusetts y más allá del límite de Vermont, siempre y cuando conozcas la manera de hacerlo. Es parecido a resolver el truco de los dos clavos entrelazados: fácil si sabes cómo. Imposible en caso contrarío.

–¿De dónde diablos has sacado eso? –le preguntó ella divertida.

–Del libro Guiness de los récords –respondió el con cierto aire altivo. En realidad, he estado pensando en usar bicicletas. O tal vez en un ciclomotor.

–Eres un genio, Harold –sentenció ella.

Él tosió, sonrojado y complacido de nuevo.

–Mañana por la mañana podríamos pedalear hasta Wells. Allí hay una agencia de Honda... ¿Sabes montar en una Honda, Fran?

–Podré aprender si vamos despacio durante un trecho.

–Oh, creo que sería muy imprudente acelerar –dictaminó Harold –. Al salir de una curva cerrada nunca sabes si encontrarás tres coches bloqueando la carretera.

–¿Por qué esperar hasta mañana? ¿Por qué no partimos hoy?

–Ya son más de las dos –contestó Harold –. No podríamos llegar mucho más allá de Wells, y antes tenemos que equiparnos. Resultará más fácil aquí en Ogunquit, porque sabemos dónde está todo. Y necesitamos armas, desde luego.

En cuanto Harold pronunció esa palabra, Frannie pensó en el niño.

–¿Por qué crees que vamos a necesitarlas?

El la miró un momento y después bajó la vista, ruborizándose al contestar:

–Porque han desaparecido la policía y los tribunales, y tú eres mujer y eres guapa y algunas personas... algunos hombres... podrían no ser... caballeros. Por eso. –Su rubor ya era tan intenso que casi rayaba el púrpura.

Se refiere a una violación, pensó ella. *Violación.* ¿Pero a quién se le podría ocurrir violarme si *estoy embarazada?* Claro que nadie lo sabía, ni siquiera Harold. Y aunque lo proclamaras, aunque le dijeras al violador en potencia: «Tenga la gentileza de no hacerme eso porque estoy embarazada», ¿sería razonable esperar que él contestara?: «Caray, señora, lo siento mucho. Iré a violar a otra chica»

–Muy bien –asintió ella –. Armas. Pero de todos modos podríamos llegar hoy a Wells.

–Quiero hacer algo más aquí –manifestó Harold.

La torrecilla que se levantaba sobre el granero de Moses Richardson estaba caliente como un horno. Cuando llegaron al henil, a ella ya le chorreaba el sudor por el cuerpo. Pero al terminar de subir la endeble escalera que conducía al desván de la torrecilla, fluía a torrentes, oscureciéndole la blusa y haciendo que se pegase a sus pechos:

–¿Crees que es imprescindible, Harold?

–No lo sé –respondió él, que transportaba un bote de pintura blanca y una pequeña brocha todavía envuelta en celofán –. Pero el granero mira hacia la carretera 1, y sospecho que la mayoría de la gente pasará por ella. De todos modos, no perjudicará a nadie.

–Te perjudicará a ti si te caes y rompes los huesos. –El calor le producía dolor de cabeza, y la coca-cola del almuerzo bullía en su estómago produciéndole náuseas –. Podrías matarte.

–No me caeré –respondió Harold con tono nervioso; luego la miró –. Fran, pareces enferma.

–Es el calor –respondió ella débilmente.

–Entonces baja. Túmbate debajo de un árbol y mira cómo la mosca humana desafía la muerte por el empinado declive de diez grados del granero de Moses Richardson.

–No bromees. Sigo pensando que es un proyecto tonto. Y peligroso.

–Sí, pero me sentiré mejor si lo hago. Vete, Fran.

Lo hace por mí, pensó ella.

Lo vio sudoroso y asustado, con telarañas adheridas a sus hombros desnudos y fofos, con el vientre asomando fláccido sobre la cintura de sus ceñidos vaqueros, resuelto a no perder su apuesta, a hacer todo lo que correspondía.

Fran se alzó sobre las puntas de los pies y le besó ligeramente en la boca.

–Ten cuidado –le dijo.

Descendió deprisa la escalera con la coca-cola revolviéndose en su estómago, en torbellinos circulares, puajjjj. Bajó deprisa pero no tanto como para no ver la dicha estupefacta que reflejaban los ojos de él.

Fue descendiendo los peldaños, precariamente clavados, que conducían del henil al suelo del granero alfombrado de paja, y se dio aún más prisa porque sabía que ahora iba a vomitar. Aunque ella sabía que se debía al calor, a la coca-cola y al bebé, ¿qué podría pensar Harold si la oía? De modo que quería hacerlo fuera, donde él no pudiera darse cuenta. Y llegó justo a tiempo.

Harold bajó a las cuatro menos cuarto. Su espalda estaba ya escaldada y tenía los brazos salpicados de pintura. Mientras él trabajaba. Fran había dormitado, inquieta, bajo un olmo del jardín delantero de los Richardson, sin poder conciliar totalmente el sueño, atenta al posible ruido de las tejas que se desprendían y al alarido angustiado que *lanzaría,* el pobre gordo de Harold al recorrer los treinta metros que separaban el tejado del granero del suelo.

Pero no oyó nada de eso, y ahora él se erguía orgulloso frente a ella, con los pies teñidos de verde por el césped, los brazos blancos, los hombros enrojecidos.

–¿Por qué te has molestado en bajar la pintura? –le preguntó ella.

–No he querido dejarla allí. Podía haberse producido una combustión espontánea y perderíamos nuestro letrero.

Fran volvió a pensar en lo decidido que se mostraba Harold a no pasar nada por alto. Sólo se hallaba un poco asustado.

Ambos miraron el tejado del granero. La pintura blanca refulgía contrastando con las desteñidas tejas verdes, y las palabras trazadas allí le recordaron a Fran los letreros que a veces se veían pintados sobre los techos de los graneros, en el Sur: «Jesús salva» o «Coma Red Indian».

El de Harold decía: «Hemos ido al Centro de Control de Epidemias de Stovington, Vermont. Carretera 1 hasta Wells. Interestatal 95 hasta Portland. Carretera 302 hasta Barre. Interestatal 89 hasta Stovington. Partimos de Ogunquit el 2 de julio de 1990. Harold Emery Lauder y Francés Goldsmith.»

–No sé cuál es tu segundo nombre –se disculpó Harold.

–Así está bien –respondió Frannie, sin dejar de mirar el letrero.

La primera línea había sedo escrita inmediatamente debajo de la ventana de la torrecilla. La última, o sea su nombre, apenas por encima del canalón del tejado.

–¿Cómo conseguiste escribir la última línea? –preguntó.

–No fue tan difícil –respondió con presunción –. Tuve que dejar colgar un poco los pies, pero eso fue todo.

–Oh, Harold, ¿por qué no firmaste tú solo?

–Porque formamos un equipo –contestó él, y después la miró con un gesto de aprensión –. ¿O no?

–Supongo que sí... mientras no te mates. ¿Tienes apetito?

Él sonrió.

–Estoy hambriento como un oso.

–Entonces, vayamos a comer. Y te untaré en la espalda una crema. Tendrás que ponerte la camisa, Harold. Así no podrás dormir esta noche.

–Dormiré bien –respondió él, y le sonrió.

Frannie le devolvió la sonrisa.

Comieron alimentos envasados y bebieron limonada (esta vez la preparó Frannie, y no se olvidó de agregarle azúcar.) Más tarde, cuando empezó a oscurecer, Harold se presentó en casa de Frannie con algo bajo el brazo.

–Era de Amy –dijo –. Lo encontré en el altillo. Creo que mamá y papá se lo regalaron cuando terminó los estudios en la escuela secundaria. Ni siquiera sé si aún funciona, pero saqué algunas pilas de la ferretería.

Se palmeó los bolsillos, que estaban llenos de pilas Ever Ready.

Era un tocadiscos portátil, de esos que las chicas quinceañeras solían llevar a la playa y las excursiones campestres. Los habían fabricado para *singles* de 45 rpm: los que grababan los Osmods, Leif Garrett, John Travolta, Shaun Cassidy. Fran lo contempló y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

–Bueno –murmuró –. Vamos a probarlo.

Funcionaba. Y pasaron casi cuatro horas sentados en el sofá, con el tocadiscos colocado sobre la mesita que tenían delante, escuchando cómo la música de un mundo muerto poblaba la noche estival.

37

Al principio, Stu aceptó los ladridos con naturalidad: era un componente típico de una radiante mañana de verano. Acababa de atravesar South Ryegate, en New Hampshire, y ahora la carretera seguía una trayectoria sinuosa por una hermosa comarca de olmos frondosos que salpicaban el asfalto con movedizas manchas de luz. Los matorrales que crecían a ambos lados del camino eran tupidos: zumaques brillantes, enebros gris azulados y muchos arbustos cuyos nombres desconocía. La exuberancia de la vegetación seguía maravillándolo, acostumbrado al este de Texas, donde la flora que flanqueaba la carretera no se parecía en nada. A la izquierda, un viejo muro de piedra asomaba de cuando en cuando tras la maleza para luego perderse en la espesura y, a la derecha, un arroyuelo discurría alegremente hacia el este. A veces unos animalillos se movían entre la vegetación. El día anterior se había quedado pasmado ante la presencia de un gamo que olfateaba el aire matutino sobre la raya blanca demarcatoria de la carretera 302. Las aves

lanzaban roncos graznidos. Contra ese fondo sonoro, los ladridos del perro parecían lo más natural del mundo.

Había caminado ya más de un kilómetro cuando se le ocurrió que el perro, ahora más próximo, a juzgar por los ladridos, podía salirse de lo normal, al fin y al cabo. Después de dejar Stovington había visto muchos perros muertos, y ninguno vivo. Bueno, reflexionó, la gripe había matado a la mayoría de los seres humanos, pero no a todos. Al parecer también había matado a la mayoría de perros, pero no a todos. Quizá ese perro en particular se había vuelto medroso y rehuía a la gente. Cuando lo oliera lo más probable era que se ocultara entre los matorrales y le ladrara histéricamente hasta que él se alejara de su territorio.

Stu ajustó las correas de la mochila que llevaba a la espalda y volvió a colocarse los pañuelos que le protegían los hombros. Calzaba un par de zapatillas de deporte, y los tres días de marcha le habían dejado su sello. Sobre la cabeza lucía un vistoso sombrero de fieltro rojo, de ala ancha. Llevaba un fusil en bandolera. No esperaba tropezar con merodeadores, pero intuía que ir armado podía ser útil. Tal vez para conseguir carne fresca. Aunque cuando había visto el gamo el día anterior se había sentido demasiado maravillado para pensar siquiera en dispararle.

Con la mochila bien acomodada, continuó su marcha. El perro parecía estar a la vuelta del primer recodo. Quizá lo veré, al fin y al cabo, pensó Stu.

Había tomado por la 302 hacia el este porque suponía que tarde o temprano lo llevaría al mar. Cuando llegase al mar decidiría qué hacer. Hasta entonces no pensaría en ello. Su caminata, que ya había durado cuatro días, era una especie de proceso de cicatrización. No dejó de considerar la posibilidad de montar en una motocicleta que pudiera sortear los ocasionales choques en cadena que bloqueaban la carretera. Pero al final optó por ir a pie. Siempre había disfrutado de las caminatas, y su cuerpo clamaba por alguna forma de ejercicio. Había pasado casi dos semanas encerrado, hasta su fuga de Stovington, y se sentía fláccido y en baja forma. Suponía que más adelante esa lentitud lo exasperaría y entonces cogería una bicicleta o una moto. De momento, se conformaba con andar hacia el este por esa carretera, contemplando el paisaje, tomándose un descanso de cinco minutos cuando quería o tumbándose a dormir una siesta por la tarde, a la hora de más calor. Resultaba muy bueno para él hacerlo de esta manera. Poco a poco, aquella enloquecida búsqueda de una salida se iba amortiguando en su recuerdo, y veía el hecho como algo que ya había pasado, en vez de seguir viviéndolo con sudores de angustia. La sensación de que alguien le seguía había sido lo más duro. Las dos primeras noches en la carretera soñó una y otra vez con su encuentro final con Eider, cuando éste se presentó para ejecutar las órdenes recibidas. En sus sueños, Stu era siempre muy lento con la silla. Eider se echaba hacia atrás y quedaba fuera de su arco, apretaba el gatillo de su pistola y Stu sentía un pesado pero indoloro guante de boxeo relleno de plomo que se estrellaba en su pecho. Soñaba con esto una y otra vez hasta que despertaba exhausto por la mañana, pero tan contento de seguir vivo que apenas se percataba de ello. La noche anterior no se había presentado. Dudó que aquellos terrores se disipasen de una manera repentina; no obstante pensó que, a medida que anduviera, el veneno desaparecería poco a poco de su organismo. Tal vez jamás se desembarazara por completo de aquello, pero ahora se sintió seguro de poder pensar con mayor claridad, llegase o no al océano.

Dio la vuelta al recodo y allí estaba el perro, un setter irlandés de pelaje castaño rojizo. Ladró alegremente al ver a Stu y corrió por el camino, meneando frenéticamente la cola. Se alzó sobre dos patas, y apoyó las delanteras sobre el abdomen de Stu, a quien la arremetida hizo retroceder un paso, trastabillando.

–Cuidado, amigo –exclamó sonriendo.

El perro ladró y volvió a brincar.

–*¡Kojak!* –gritó una voz severa, y Stu se sobresaltó y miró en torno –. ¡Abajo! ¡Deja a ese hombre en paz! ¡Le vas a ensuciar la camisa con las patas! ¡Maldito animal!

Kojak volvió a asentar las cuatro patas sobre la carretera y anduvo alrededor de Stu con la cola baja. Sin embargo, seguía moviéndose con secreto regocijo.

Entonces vio al propietario de la voz y de *Kojak,* según parecía: un hombre que frisaba los sesenta, vestido con un suéter deshilachado y unos viejos pantalones grises, tocado con una boina. Estaba sentado en el taburete de un piano y sostenía una paleta de pintor. Frente a él se levantaba un caballete con un lienzo.

El hombre se levantó, dejó la paleta sobre el taburete (Stu le oyó murmurar entre dientes: «Ahora no te olvides y te sientes encima»), y se acercó con la mano tendida. La brisa suave mecía el cabello grisáceo y ondulado que asomaba por debajo de la boina.

–Espero que no se proponga cometer ninguna fechoría con ese fusil, señor. Soy Glen Bateman.

Stu estrechó su mano.

–Stuart Redman. No se preocupe por el fusil. No me he tropezado con demasiadas personas a las que dispararles. En realidad hasta verle a usted no he encontrado a nadie.

–¿Le gusta el caviar?

–Nunca lo he probado.

–Entonces es hora de que lo haga. Y si no le gusta, tengo muchas otras cosas que ofrecerle. No saltes, *Kojak.* Sé que piensas reanudar tus brincos enloquecidos, porque leo en ti como en un libro; pero debes dominarte. Recuerda siempre que el autodominio es lo que distingue a las especies superiores de las inferiores, *Kojak.* ¡Domínate!

Al oír esta invocación a sus mejores instintos, *Kojak* se sentó y empezó a jadear. Había una especie de gran sonrisa en su rostro perruno. Por la experiencia que Stu tenía, un perro que sonriera o bien era mordedor o un maldito buen perro. Y ése no parecía en absoluto un perro mordedor.

–Le invitó a almorzar –prosiguió Bateman –. Es el primer ser humano que veo en casi una semana. ¿Acepta?

–Con mucho gusto.

–Es sureño, ¿verdad?

–Del este de Texas.

Bateman asintió y se volvió hacia su pintura, una acuarela pasable del bosque que se extendía del otro lado de la carretera.

–Yo no me sentaría allí –se apresuró a decir.

–No, no sería conveniente, ¿verdad? Gracias.

Cambió de rumbo y se dirigió hacia el fondo del pequeño calvero.

Stu vio una nevera portátil anaranjada y blanca, a la sombra, con lo que parecía un mantel blanco doblado encima. Cuando Bateman lo desplegó, Stu vio qué era en realidad.

–Formaba parte del equipo de comunicaciones de la iglesia baptista de Gracia, en Woodsville –explicó Bateman –. Yo lo confisqué. No creo que los baptistas lo echen de menos. Todos volvieron a los brazos de Jesús. Por lo menos los baptistas de Woodsville. Ahora pueden celebrar su comunión en persona. Aunque creo que los baptistas van a quedar bastante decepcionados del cielo, a menos que la dirección les permita tener televisión, a la que tal vez llamen allí cielovisión. Lo que tenemos aquí, en cambio, es una antigua comunión pagana con la naturaleza. No pises el mantel, *Kojak.* El autodominio, *Kojak,* recuérdalo siempre. Que el autodominio sea el lema de todos tus actos. ¿Quiere que crucemos la carretera y nos lavemos, señor Redman?

–Llámeme Stu.

–Muy bien.

Cruzaron la carretera y se lavaron en el agua fría y clara. Más abajo, *Kojak* bebió con fuertes lengüetazos y después corrió por el bosque, lanzando alegres ladridos. Espantó un faisán. Stu lo vio salir disparado de la maleza e inmotivadamente pensó que quizá todo se arreglaría. Ignoraba cómo, pero se arreglaría.

El caviar no le entusiasmó mucho. Sabía a jalea de pescado fría. Aunque no importó demasiado, pues Bateman también tenía pimientos, salami, latas de sardinas, manzanas y una caja de higos secos. Stu comió vorazmente de todo.

Durante la comida, que fue acompañada con una buena cantidad de galletas saladas, Bateman contó a Stu que había sido profesor adjunto de sociología en el Woodsville Community College. Le explicó que Woodsville era una ciudad pequeña, famosa por su universidad y por sus cuatro gasolineras. Estaba situada a unos diez kilómetros por aquella carretera. Su mujer había muerto hacía diez años. No habían tenido hijos. La mayoría de sus colegas no lo estimaban, añadió, y ese sentimiento había sido recíproco.

–Me consideraban un lunático –explicó –. La seria posibilidad de que tuvieran razón no contribuyó a mejorar nuestras relaciones.

Había aceptado la epidemia de supergripe con ecuanimidad. Al menos había podido dedicarse por entero a pintar, como siempre deseó. Mientras repartía el postre, un pastel Sara Lee, y le servía su mitad a Stu en un plato de cartón, agregó:

–Soy un pésimo pintor, horrible. Pero me digo que en este mes de julio no hay nadie en el mundo que pinte mejores paisajes que Glendon Pequod Bateman, licenciado en letras y bellas artes. Con un ego bastante barato, pero a fin de cuentas mío.

–*¿Kojak* fue siempre tu perro?

–No. Ha sido una asombrosa coincidencia. *Kojak* pertenecía a alguien del otro lado de la ciudad. Lo veía alguna que otra vez; pero, puesto que no sabía su nombre, me tomé la libertad de rebautizarlo. A él no ha parecido importarle. Excúsame un momento.

Cruzó la carretera y Stu lo oyó chapotear en el agua. Volvió poco después, con las perneras de los pantalones recogidas hasta las rodillas. Llevaba en cada mano un *pack* chorreante con seis latas de cerveza Narraganset.

–Qué tonto he sido. La había reservado para la comida.

–No importa –respondió Stu al tiempo que cogía una lata –. Gracias.

Las abrieron y Bateman alzó la suya.

–Por nosotros, Stu. Por días felices, mentes satisfechas y poco o ningún dolor de espalda.

–Sea.

Chocaron las latas y bebieron. Stu pensó que nunca había disfrutado tanto de un trago de cerveza, y que quizá tampoco volvería a hacerlo jamás.

–Eres un hombre de pocas palabras –comentó Bateman –. Espero que no pienses que estoy bailando sobre la tumba del mundo, por decirlo de alguna manera.

–Descuide –repuso Stu.

–Tenía prejuicios contra el mundo –prosiguió Bateman –. Lo admito con franqueza. Para mí, el mundo, en el último cuarto de este siglo, tiene el encanto de un hombre de ochenta años que está muriendo de cáncer de colón. Afirman que se trata de un malestar que ha azotado a todos los pueblos occidentales mientras el siglo, nuestro siglo, se acerca a su final. Siempre nos hemos cubierto de mantos fúnebres y hemos ido por ahí llorando nuestros infortunios. Oh, Jerusalén... o Cleveland, según sea el caso. La enfermedad del baile de san Vito tuvo lugar durante la última parte del siglo quince. La peste bubónica, la muerte negra, diezmó Europa en las postrimerías del siglo dieciséis. La tos ferina cuando terminaba el siglo diecisiete y los

Librodot

primeros estallidos de gripe al acabar el siglo pasado. Nos acostumbramos tanto a la idea de la gripe que, en realidad, casi la consideramos un resfriado común, ¿no te parece? Y tan sólo los historiadores parecen saber que hace un siglo no existía. Ha sido siempre durante las últimas tres décadas del siglo que fuese cuando los maníacos religiosos presentan hechos y cifras que muestran que Armagedón ya está cerca. Naturalmente, esas personas siempre han existido; pero al finalizar cada siglo, sus filas parecen aumentar... y son tomadas en serio por un gran número de personas. Aparecen monstruos. Atila el huno, Gengis Kan, Jack *el Destripador,* Lizzie Borden. Charles Manson, Richard Speck y Ted Bundy en nuestro tiempo, si te parece bien. Algunos colegas, más fantasiosos que yo, han sugerido que el hombre occidental necesita una buena lavativa, una purga, y esto se da al acabarse un siglo para que podamos enfrentarnos al nuevo, limpios y llenos de optimismo. En este caso nos han aplicado un superenema. Si se piensa bien, es muy lógico. A fin de cuentas, esta vez no sólo nos aproximamos a una nueva centuria. Nos estamos acercando a un auténtico nuevo milenio.

Bateman hizo una pausa, y se quedó meditando en lo que había dicho.

–Y ahora que pienso acerca de ello, en realidad sí estoy bailando sobre la tumba del mundo. ¿Otra cerveza?

Stu tomó una y consideró lo que Bateman acababa de exponer.

–No es en realidad el fin –opinó Stu –. Al menos yo no lo creo. Sólo... un entreacto.

–Es una buena comparación. Bien dicho. Si no te molesta volveré a mi descripción.

–Adelante.

–¿Has visto a otros perros? –preguntó Bateman mientras *Kojak* se acercaba dando alegres saltos desde el otro lado de la carretera.

–No.

–Yo tampoco. Tú eres la única persona que he visto, pero *Kojak* parece ser único en su clase.

–Si *Kojak* vive, debe haber otros.

–No es un juicio muy científico –observó Bateman con tono amable –. ¿Qué clase de norteamericano eres? Muéstrame otro perro, con preferencia una hembra, y aceptaré tu tesis de que en algún lugar hay un tercero. Pero no me muestres uno y a partir de ello llegues a la conclusión de que hay un segundo. No sirve.

–He visto vacas –dijo Stu.

–Vacas, sí. Y ciervos. Pero todos los caballos han muerto.

–Es cierto –convino Stu.

Había visto varios caballos muertos durante su recorrido. En algunos casos las vacas cerca de los cadáveres hinchados.

–¿Por qué será?

–Lo ignoro. Todos respiramos más o menos de la misma manera, y ésta parece una enfermedad respiratoria. Pero me pregunto si habrá otro factor. Los hombres, los perros y los caballos la pillan. Las vacas y los ciervos no. Las ratas se eclipsaron durante un tiempo, pero parecen estar volviendo. –Bateman mezclaba temerariamente los colores sobre su paleta –. Gatos por todas partes, una plaga. Y, por lo que he visto, los insectos abundan más que nunca. Naturalmente, ningún pequeño *faux pas* que la humanidad realiza parece afectarles, y el pensamiento de un mosquito con gripe resulta demasiado ridículo. A primera vista no se entiende nada. Todo es una locura.

–Desde luego.

Stu abrió otra cerveza.

Le zumbaba la cabeza, pero de forma bastante placentera.

–Es posible que observemos interesantes cambios ecológicos –prosiguió Bateman. Estaba intentando incluir a *Kojak* en su cuadro –. Falta ver si el homo sapiens podrá reproducirse después de esta experiencia. Sí que está por verse. Pero al menos podremos intentarlo. ¿Pero encontrará *Kojak* una compañera? ¿Se convertirá algún día en un padre orgulloso?

–Jesús, tal vez no.

Bateman cogió una cerveza fresca.

–Creo que tienes razón –manifestó –. Es probable que haya otros seres humanos, otros perros, otros caballos. Pero posiblemente habrá muchos animales que morirán sin reproducirse. Aunque, por supuesto, quizá algunos animales de las especies susceptibles estaban preñados cuando estalló la epidemia. Estoy seguro de que, en estos momentos, en Estados Unidos hay docenas de mujeres sanas y preñadas. Pero también es posible que algunos animales desaparezcan irremisiblemente. Si borras a los perros de la ecuación, proliferarán los ciervos, que parecen inmunes. Por cierto, no quedan suficientes hombres para reducir el número de ciervos. Durante unos años habrá que cancelar la temporada de veda.

–Bueno, los ciervos sobrantes morirán de hambre –comentó Stu.

–No, no se morirán. Por lo menos no aquí. Ignoro lo que sucederá en el este de Texas; pero en Nueva Inglaterra todos los campos fueron sembrados y crecían bien antes de que apareciera la gripe. Los ciervos tendrán abundante forraje este año y el siguiente. Incluso después, nuestros granos germinarán en estado silvestre. Ningún ciervo pasará hambre hasta dentro de siete años. Si vuelves a pasar por este lugar dentro de cierto tiempo, tendrás que abrirte paso a codazos entre los ciervos para llegar a la carretera.

Stu se quedó pensando en esto. Luego, dijo:

–¿No exageras?

–No lo creo. Puede existir algún factor, o quizá varios, que no hemos tomado en consideración; lo admito. Si quieres, toma mi hipótesis respecto al efecto de la completa o casi completa desaparición de la población canina y de la superpoblación de ciervos, y aplícala a la relación entre otras especies. Los gatos criando sin control. ¿Qué significa eso? Ya he dicho antes que las ratas habían desaparecido en la Bolsa Ecológica, pero están efectuando una reaparición. Si hay suficientes gatos, eso podría variar. Un mundo sin ratas parece demasiado bueno en principio, pero tengo mis dudas.

–¿Por qué has dicho que estaba por verse si los seres humanos podrían reproducirse o no?

–Hay dos posibilidades –contestó Bateman –. La primera es que los bebés no sean inmunes.

–O sea que mueran apenas vean la luz.

–Sí, o quizá en el útero. Y, menos probable aunque posible, que la supergripe haya esterilizado a los sobrevivientes.

–Eso es absurdo –repuso Stu.

–Claro, y también que las paperas esterilizan –sentenció Glen Bateman con sequedad.

–Pero si las madres de los niños que están en el útero... si las madres son inmunes...

–Sí, la inmunidad puede transmitirse de madre a hijo, lo mismo que la susceptibilidad. Pero no puedes depositar toda la fe en ello. Pienso que el futuro de los niños que hoy están en el útero es muy incierto. Las madres son inmunes, sí, pero la probabilidad estadística indica que la mayoría de los padres no lo eran y por eso ahora están muertos.

–¿Cuál es la otra posibilidad?

Librodot

–Que nosotros mismos completemos el trabajo de destrucción de nuestra propia especie –respondió Bateman con serenidad –. En realidad creo que es *muy* posible, porque ya estamos demasiado dispersos. Pero el hombre es un animal gregario, social, y acabaremos por congregarnos. A menos que seamos muy afortunados para hacer el relato de los que hemos sobrevivido a la gran plaga de mil novecientos noventa. La mayoría de las sociedades que se formen tenderán a ser dictaduras primitivas gobernadas por pequeños césares. Tal vez unas pocas sean comunidades ilustradas, democráticas, y te diré con exactitud cuál será el requisito necesario para una sociedad de esa naturaleza en los años noventa y primeros del dos mil: una comunidad con suficientes técnicos para volver a encender las luces. Eso puede hacerse y con bastante facilidad. No se trata del día siguiente de una guerra nuclear, con todo destrozado. La maquinaria aún sigue ahí, aguardando a que se presenten las personas que sepan reparar los enchufes y empezar de nuevo todas las cosas. Todo depende de cuántos supervivientes sepan manejar la tecnología.

Stu tomó un trago de cerveza.

–¿Lo crees así?

–Claro, no me cabe duda.

Bateman bebió también cerveza; después se inclinó y sonrió torvamente a Stu.

–Ahora déjame que plantee una situación hipotética, Stuart Redman de Texas oriental. Supongamos que tenemos una comunidad A en Boston y una comunidad B en Utica, estado de Nueva York. Ambas saben que existe la otra y conocen las condiciones en que se halla. La A está en buena situación. Sus miembros viven en Beacon Hill, en medio de la opulencia, porque entre ellos se encuentra un electricista. Este hombre tiene los conocimientos necesarios para poner en marcha la central eléctrica de Beacon Hill. Para ello le basta saber cuáles interruptores hay que accionar después de un bloqueo automático. Una vez en funcionamiento, todo continúa en marcha de manera automática. El electricista puede enseñar a otros miembros de su comunidad qué palancas levantar y qué medidores vigilar. Las turbinas funcionan con petróleo, que abunda porque los que solían usarlo están más muertos que Carracuca. De modo que en Boston hay corriente eléctrica. Tienen calefacción para protegerse del frío, luz para leer por la noche, refrigeración para tomarse un buen whisky con hielo. En verdad, la vida es casi idílica. Sin contaminación, sin problemas de drogas, sin conflictos raciales, sin angustias de escasez. Sin complicaciones de dinero ni de intercambio, porque todas las mercancías, ya que no los servicios, están al alcance de la mano y le bastarán durante tres siglos a una sociedad drásticamente reducida. Desde un punto de vista sociológico, lo probable es que un grupo así se vuelva comunitario por su propia naturaleza. Aquí no habrá dictadura. El terreno abonado para una dictadura, las condiciones de necesidad, incertidumbre y privaciones, no existirán. Es casi seguro que Boston acabará siendo regida de nuevo por alguna forma de gobierno municipal. Pero el caso de la comunidad B de Utica es distinto. Allí no hay nadie capacitado para poner en marcha la central eléctrica. Sus miembros tardarán mucho en descubrir la forma de hacerla funcionar. Entretanto, pasan frío por la noche, deben comer productos envasados, se sienten infelices. Un dictador asume el poder. Lo acogen bien porque viven desorientados, tiritan de frío y están enfermos. Le dejan tomar decisiones. Y naturalmente las toma. El tirano envía un mensajero a Boston con una petición: ¿tendrán la gentileza de enviar su técnico a Utica para que ayude a poner en marcha la central eléctrica? La otra alternativa es una larga y peligrosa peregrinación al sur antes de que empiece el invierno. ¿Qué hace la comunidad A cuando recibe este mensaje?

–¿Envía al técnico?

–¡Pues, no! Podrían retenerlo contra su voluntad. En el mundo posgripe, el conocimiento técnico sustituirá al oro y se convertirá en el medio más perfecto de intercambio. Y en esas condiciones la comunidad A es rica y la B es pobre. ¿Qué hace entonces la B?

–Supongo que emigrar al sur –respondió Stu –. Quizá incluso al sur de Texas.

–Tal vez. Pero también cabe la posibilidad de que amenace a la comunidad de Boston con una ojiva nuclear.

–Ya –reconoció Stu –. No pueden poner en marcha la planta eléctrica pero pueden disparar un misil nuclear en Beantown.

–Si fuera yo –prosiguió Bateman –, ni siquiera me preocuparía por un misil. Me limitaría a coger una ojiva nuclear y llevarla a Boston en una furgoneta. ¿Crees que eso funcionaría?

–No lo sé.

–Aunque no fuese así, en el mundo hay superabundancia de armas convencionales. De eso se trata. *Todas* esas armas almacenadas, a la espera de que alguien las use. Y si las dos comunidades contaran con técnicos mimados, tal vez se las arreglarían para desencadenar una precaria guerra nuclear por diferencias de religión, por cuestiones territoriales o por razones ideológicas. Imagínate: en lugar de tener seis o siete potencias atómicas mundiales, podría haber sesenta o setenta aquí mismo, en Estados Unidos. Y si la situación fuera diferente, estoy seguro de que lucharían con piedras y garrotes. Pero el hecho es que todos los antiguos soldados han desaparecido y han dejado detrás sus juguetes. Es un pensamiento muy lúgubre, después de tantas cosas espantosas como han sucedido ya... Pero me temo que todo eso es previsible.

Quedaron en silencio. *Kojak* ladró a lo lejos, en el bosque, mientras el sol giraba sobre el eje de las doce.

–¿Sabes? –concluyó Bateman –. En el fondo soy un hombre feliz. Quizá porque mi umbral de satisfacción es muy bajo. Y por ello no he gustado mucho en mi campo. Tengo mis defectos: hablo demasiado, como ya habrás notado, y soy un pintor abominable, según has podido ver. También soy terriblemente poco previsor con el dinero. A veces me paso los tres días anteriores al cobro de mi paga comiendo bocadillos de mantequilla de cacahuete. En Woodsville tengo fama de abrir libretas de ahorro y cerrarlas una semana después. Pero nada de eso ha logrado hundirme, Stu. Excéntrico pero alegre, ése soy yo. La única maldición de mi vida han sido los sueños. Desde mi infancia me han acosado unos sueños asombrosamente vividos, muchos de ellos desagradables. De joven soñaba con duendes ocultos bajo los puentes, que estiraban la mano y me sujetaban el pie. O con una bruja que me convertía en pájaro... Intento gritar pero no me salen más que unos graznidos. ¿Tú has tenido pesadillas, Stu?

–A veces.

Pensó en Eider, y en cómo lo perseguía en sus pesadillas por corredores que en lugar de terminar se revolvían sobre sí mismos, alumbrados por luces fluorescentes frías y poblados de ecos.

–Entonces me comprendes. Cuando era adolescente, tuve mi correspondiente ración de sueños eróticos, pero a veces se hallaban mezclados con sueños en los que la chica con la que estaba se transformaba en un sapo, o en una serpiente, o en un cadáver en descomposición. Cuando me hice mayor tuve sueños de fracaso, de degradación, sueños de suicidio, sueños de una espantosa muerte por accidente. El que más se repetía era uno en el que me moría aplastado por el elevador de una gasolinera. Todos ellos, supongo, permutaciones del sueño de los gnomos. Creo que esos sueños son como un emético psicológico, y que las personas que los tienen se ven más favorecidas que perjudicadas por ellos.

–Las angustias no se te amontonan si te desembarazas de ellas mientras duermes.

–Así es. Existen toda clase de interpretaciones para los sueños, y las de Freud se han convertido en las más conocidas; pero siempre he creído que sirven de simple función eliminatoria, y no mucho más, que los sueños son la manera que tiene la psique de descargarse de tanto en tanto. Y que las personas que no sueñan, o que no lo hacen de manera que puedan recordarlos con facilidad cuando despiertan, se hallan, en cierto modo, mentalmente estreñidos. A fin de

Librodot

cuentas, la única compensación práctica por tener una pesadilla radica en despertarse y comprobar que no ha sido más que un sueño.

Stu sonrió.

–Pero últimamente he tenido uno realmente espantoso. Se repite, de manera parecida al de verme aplastado debajo de un elevacoches, pero es un juego de niños al lado de los anteriores. No se parece a ninguno de los que he tenido, y al mismo tiempo se halla relacionado con todos ellos. Como si... como si fuera la *suma* de mis pesadillas. Y me despierto alterado, con la sensación de que no ha sido un sueño sino una visión. Sé que esto suena ridículo...

–¿En qué consiste?

–Es un hombre –respondió Bateman –. Por lo menos, yo creo que es un hombre. Está subido en el tejado de un edificio muy alto, o quizá se trata de un acantilado. Sea lo que sea, es tan alto que parece rodeado de niebla centenares de metros por debajo. Falta poco para la puesta del sol. Él mira hacia el otro lado, hacia el este. Unas veces me da la impresión de que usa vaqueros y chaqueta tejana; pero más a menudo va vestido con una túnica provista de una capucha. Nunca le veo la cara, pero sí los ojos. Son rojos. Estoy seguro de que me busca a *mí*... y de que tarde o temprano me encontrará, o yo me veré forzado a ir con él... y eso supondrá la muerte para mí. Intento gritar y... –Sus palabras se extinguieron y se encogió de hombros.

–¿Entonces es cuando te despiertas?

–Sí.

Kojak volvía al trote. Bateman lo palmeó mientras el animal husmeaba el disco de aluminio y consumía los restos del pastel.

–Bueno, supongo que no es más que un sueño –agregó Bateman, se levantó e hizo una mueca al fallarle las rodillas –. Sospecho que, si me estuviera psicoanalizando, el hurgador de cerebros diría que el sueño expresa mi miedo inconsciente a uno o varios líderes que pongan de nuevo en marcha el sistema. Quizá el miedo a la tecnología en general. Porque creo que todas las nuevas sociedades que surjan en el mundo occidental tendrán la tecnología como su piedra angular. Es una pena, y no algo necesario, pero así será porque están enganchados a ella. No recordarán, o no querrán recordar, sus males: los ríos contaminados, el agujero en la capa de ozono, la bomba atómica, la polución atmosférica. Todo cuanto recordarán será que hubo un tiempo en que podían tener calefacción por la noche sin hacer casi ningún esfuerzo... En fin. Pero este sueño se ensaña conmigo.

Stu permaneció callado.

–Bueno, es hora de volver –manifestó el profesor Bateman –. Ya estoy medio borracho y me parece que esta tarde va a llover.

Se encaminó hacia el fondo del calvero. Poco después volvió con una carretilla. Cargó el taburete de piano en la carretilla, agregó la paleta y la nevera portátil y encima de todo colocó su mediocre cuadro en precario equilibrio.

–¿Transportaste todo eso hasta aquí? –inquirió Stu.

–Lo transporté hasta encontrar algo que quería pintar. Cada día camino en una dirección distinta. Es un buen ejercicio. Si vas hacia el este, ¿por qué no vuelves conmigo a Woodsville y pasas la noche en mi casa? Podremos turnarnos para empujar la carretilla, y aún tengo seis latas de cerveza enfriándose en aquel arroyo. Así llegaremos cómodamente a destino. Esto nos llevará a casa con elegancia.

–Acepto.

–Estupendo. Probablemente no pararé de hablar durante el trayecto. Has caído en manos del profesor locuaz. Cuando te hartes, dime que me calle. No me ofenderé.

–Me gusta escuchar.

–Entonces eres uno de los elegidos del Señor. En marcha.

Anduvieron por la 302. Uno de ellos empujaba la carretilla mientras el otro se bebía una cerveza. Sin importar lo que hicieran, Bateman hablaba, un monólogo interminable que saltaba de un tema a otro, sin apenas pausa. *Kojak* trotaba a su lado. Stu escuchó durante un rato; luego, sus pensamientos se dispersaban, siguiendo sus propias tangentes, hasta que de nuevo retornaba a la realidad. Había quedado perturbado por la visión de Bateman de centenares de pequeños enclaves de personas, algunos de ellos militaristas, viviendo en un país donde millares de armas terribles yacían alrededor como las piezas de un juguete de montaje. Pero, cosa rara, hacia lo que su mente retomaba con preferencia era al sueño de Glen Bateman, el del hombre sin rostro encima de un edificio o al borde de un acantilado, el hombre de ojos encarnados que, de espaldas al sol poniente, miraba incansable hacia el este.

Despertó poco antes de la medianoche, empapado en sudor, con el temor de haber gritado. Pero en el cuarto contiguo Glen Bateman respiraba con regularidad, sin sobresaltos, y *Kojak* dormía plácidamente. Todo estaba iluminado por una luna de fulgores surrealistas.

Al despertarse, Stu se encontró erguido sobre los codos. Enseguida volvió a tumbarse sobre la sábana húmeda y se cubrió los ojos con el brazo. No quería recordar el sueño pero se sentía impotente para eludirlo.

Había vuelto a Stovington. Eider estaba muerto. Todos estaban muertos. El edificio era una tumba llena de resonancias. Él era el único superviviente, y no hallaba salida. Al principio trató de dominar su pánico. Camina pero no corras, se repitió una y otra vez, aunque pronto tendría que correr. Su paso era cada vez más rápido, y el deseo vehemente de mirar por encima del hombro para asegurarse de que sólo había ecos empezaba a ser imperioso.

Pasó frente a puertas cerradas con nombres escritos en negro sobre vidrio esmerilado, ante una mesa rodante caída, por delante del cadáver de una enfermera con la falda blanca recogida sobre los muslos, una enfermera cuyo rostro ennegrecido y deformado por una mueca miraba los fríos y blancos cubos de hielo invertidos que eran los fluorescentes del techo.

Por fin echó a correr.

Acabó en una auténtica carrera, dejando atrás las puertas. Flechas anaranjadas que sobresalían sobre placas blancas. Letreros. Al principio parecían lógicos: RADIOLOGÍA, CORREDOR B A LABORATORIOS, PROHIBIDO PASAR SIN AUTORIZACIÓN. Pero después entró en otra parte del edificio, en una zona que nunca había visto y que tampoco debería haber visto jamás. En esas paredes la pintura había empezado a cuartearse y desprenderse. Algunos tubos fluorescentes se hallaban apagados. Otros zumbaban como moscas atrapadas en una tela metálica. Unos cuantos vidrios esmerilados de los despachos estaban rotos y a través de los dentados agujeros vio objetos destrozados y cadáveres espantosamente contorsionados por el dolor. Sangre. Esa gente no había muerto de gripe: habían sido asesinados. Los cadáveres estaban pinchados, acribillados y golpeados; sus ojos saltones miraban sin ver.

Bajó por una escalera mecánica que no funcionaba y se metió en un largo túnel oscuro recubierto de azulejos. En el otro extremo había más despachos, pero allí las puertas aparecían pintadas de un fúnebre color negro. Las flechas eran de color rojo brillante. Los tubos fluorescentes bordeaban y titilaban. Los letreros decían: A LAS URNAS DE COBALTO, ARSENAL LÁSER, MISILES, SALA DE EPIDEMIAS. Después, sollozando de alivio, vio una flecha que apuntaba hacia un recodo en ángulo recto, y encima la palabra sacrosanta: SALIDA.

Dobló por el recodo. La puerta se hallaba abierta. Más allá se veía la noche grata y fragante. Se abalanzó hacia la puerta pero, en ese momento, entró un hombre vestido con vaqueros y chaqueta tejana. Stu se detuvo. Resbaló, con un grito atascado en la garganta como un hierro

Librodot

herrumbroso. Cuando el hombre avanzó bajo el resplandor de los tubos titilantes, Stu vio que donde debería haber estado su rostro sólo había una fría sombra negra, unas tinieblas perforadas por dos desalmados ojos de un rojo vivo. No tenía alma, pero sí sentido del humor, una especie de regocijo lunático.

El hombre oscuro estiró las manos y Stu vio que chorreaban sangre.

–El cielo y la tierra –susurró el hombre oscuro desde el agujero donde debería haber estado su cara –. Todo el cielo y toda la tierra.

Stu despertó sobresaltado.

En ese momento *Kojak* gimió en el pasillo y lanzó un gruñido quedo. Sus patas se estremecieron en sueños, y Stu supuso que también los perros soñaban. Era muy natural eso de soñar, y hasta tener una pesadilla esporádica.

Pero pasó mucho tiempo antes de que pudiera volver a dormirse.

38

Mientras la epidemia de supergripe decaía, se produjo una segunda epidemia que duró dos semanas. Fue más común en las sociedades tecnológicas, como Estados Unidos, y menos frecuente en los países subdesarrollados, como Perú o Senegal. En Estados Unidos, esta segunda epidemia afectó al 16 por ciento de los supervivientes de la supergripe. En lugares como Perú y Senegal, a no más del 3 por ciento. La nueva epidemia no tuvo nombre porque los síntomas diferían mucho de un caso a otro. Un sociólogo como Glen Bateman la habría llamado «muerte natural» o «la de los tipos de las salas azules de urgencia». En estrictos términos darwinianos, fue el golpe final, el menos amable de todos los golpes finales, habrían opinado muchos.

Sam Tauber tenía cinco años y medio. Su madre había muerto el 24 de junio en el hospital de Murfreesboro, Georgia. El 25 fallecieron su padre y su hermana menor, April, de dos años. El 27 Mike, su hermano mayor, dejando a Sam que se las arreglase por sí solo.

Permaneció en estado de *shock* desde la muerte de su madre. Erraba a la deriva por las calles de Murfreesboro, comiendo cuando tenía hambre, a veces llorando. Al cabo de un tiempo dejó de llorar, porque no servía para nada. No hacía volver a las personas. Por las noches su sueño era interrumpido por horribles pesadillas en las que papá, April y Mike morían una y otra vez, con sus rostros hinchados y negros, un terrible sonido crepitante en sus pechos, mientras se ahogaban en sus propios mocos.

A las diez menos cuarto de la mañana del 2 de julio, Sam andaba por una extensión de zarzamoras por detrás de la casa de Hattie Reynolds. Distraído y exhausto, zigzagueó entre los matorrales, casi dos veces más altos que él, cogiendo moras y comiéndoselas hasta que sus labios y su mentón quedaron manchados de negro. Las espinas se enganchaban en sus ropas y a veces en la carne, pero apenas se percataba de ello. Las abejas zumbaban pesadas alrededor. No vio la vieja tapa del pozo medio podrida y oculta entre las zarzas y hierba. Cedió bajo su peso con un crujido de astillas y Sam se precipitó siete metros por el agujero revestido de piedra hasta el fondo seco, donde se rompió ambas piernas. Murió veinte horas después, más de miedo y de tristeza que a causa de la conmoción, el hambre y la deshidratación.

Irma Fayette vivía en Lodi, California. Era una chica de veintiséis años, virgen, y con un miedo obsesivo a que la violaran. Su vida había sido una larga pesadilla desde el 23 de junio, cuando los saqueos se desencadenaron en la ciudad y ya no existía policía que detuviera a los saqueadores. Irma tenía una casita en una calle lateral; su madre había vivido allí con ella hasta

que murió de un ataque de corazón en 1985. Al comenzar los saqueos, los tiroteos y el horrísono sonido de los hombres borrachos alborotando por las calles de la principal arteria comercial, Irma cerró todas las puertas y luego se ocultó en la habitación para invitados de la planta baja. Desde entonces había hecho algunas escapadas al piso superior, tan silenciosa como un ratón, para conseguir comida o hacer sus necesidades.

A Irma no le gustaba la gente. Si todos los habitantes de la Tierra hubiesen muerto menos ella, se habría sentido del todo feliz. Pero no era éste el caso. El día anterior, tras empezar a confiar con cautela en que ya no quedase nadie en Lodi más que ella, había visto a un hombre gordo y borracho, un hippie con una camiseta con la leyenda DEJÉ EL SEXO Y LA BEBIDA Y FUERON LOS 20 MINUTOS MÁS MISERABLES DE MI VIDA. El individuo recorría la calle con una botella de whisky en la mano. Tenía un largo cabello que le caía en cascada desde la gorra y le cubría los hombros. En la cintura de sus ajustados tejanos aparecía encajada una pistola. Azorada, Irma, que le había espiado por las cortinas del dormitorio cuando él no podía verla, se precipitó al piso de la planta baja y se refugió en la atrancada habitación para huéspedes.

No estaban todos muertos. Si quedaba un hippie suelto, habría otros. Y todos serían violadores. La violarían. Tarde o temprano la encontrarían y la violarían.

Aquella mañana, antes de las primeras luces, había subido sigilosamente al desván, donde en unas cajas de cartón se conservaban las pocas pertenencias de su padre que había sido marino mercante. Abandonó a la madre de Irma a finales de los sesenta. Ella se lo había contado todo a su hija. Su padre había sido una bestia que se emborrachaba y luego quería violarla. Todos lo hacían. Cuando te casas, eso le da a un hombre el derecho a violarte en cualquier ocasión en que le apetezca. Incluso por el día. La madre de Irma siempre resumía el abandono de su marido en cuatro palabras, las mismas que Irma habría aplicado a la muerte de casi todo hombre, mujer o chiquillo sobre la faz de la tierra: «No se perdió nada.»

La mayoría de las cajas no contenían otra cosa que baratijas compradas en puertos extranjeros: «Recuerdo de Hong Kong», «Recuerdo de Saigón», «Recuerdo de Copenhague». Había un álbum de fotos, de las cuales la mayoría mostraba a su padre en un barco, a veces sonriendo a la cámara con los brazos alrededor de los hombros de sus brutales compañeros. Probablemente la enfermedad que llamaban *Capitán Trotamundos* también habría acabado con él allá donde se encontrase. No se perdió nada.

Pero había también una caja de madera con unos pequeños cierres dorados. Guardaba una pistola del calibre 45, sobre un terciopelo rojo y, en un compartimiento secreto de debajo del terciopelo, había varias balas verduscas y con aspecto herrumbroso. Irma pensó que de todos modos servirían. Las balas no se estropeaban como la leche o el queso.

Cargó el arma bajo la única bombilla, llena de telarañas, del desván y luego bajó a desayunar en la mesa de la cocina. Ya nunca más se ocultaría en un agujero como un ratón. Los violadores no saldrían bien librados.

Por la tarde se sentó en el porche delantero a leer un libro. Se titulaba *Satán aún está vivo en la Tierra.* Era una obra muy instructiva. Los pecadores y los ingratos estaban recibiendo su justo castigo, tal y como el libro había dicho que ocurriría. Todos habían desaparecido. Sólo quedaban unos cuantos hippies violadores, y ella supuso que podría hacerles frente. La pistola reposaba a su lado.

A las dos regresó el hombre de la melena rubia, tan borracho que apenas se tenía en pie. Vio a Irma y su rostro se iluminó, pensando sin duda en la suerte que tenía al descubrir, al fin, a una «gatita».

–¡Hola, cariño! –gritó –. ¡Sólo quedamos tú y yo! Cuánto tiempo...

El terror demudó su rostro al ver a Irma dejar el libro y empuñar el 45.

–Eh, escucha, deja eso... ¿Está cargada? ¡Eh...!

Irma apretó el gatillo. La pistola estalló y lo mató instantáneamente. No se perdió nada.

George McDougall vivía en Nyack, Nueva York. Había sido profesor de matemáticas en un instituto especializado en enseñanza para disminuidos. El y su mujer eran católicos practicantes. Harriet McDougall le había dado once hijos, nueve chicos y dos chicas. Así, entre el 22 de junio, cuando su hijo Jeff de nueve años sucumbió a causa de lo que se diagnosticaba como una «gripe con neumonía», y el 29 de junio, cuando su hija Patricia de dieciséis años (oh, Dios mío, era tan joven y tan dolorosamente bella) había caído ante lo que todos llamaban cuello de tubo, tuvo que ver cómo se iban para siempre las doce personas que más amaba en el mundo, y sólo él permanecía con salud. En el instituto siempre había gastado bromas respecto de que no era capaz de recordar los nombres de cada uno de sus hijos; pero el orden de sus fallecimientos quedó bien grabado en su memoria. Jeff el 22, Marty y Helen el 23, su esposa Harriet y Bill y George Jr. y Robert y Stan el 24, Richard el 25, Danny el 27, el pequeño Frank de tres años el 28 y, finalmente, Pat, que parecía recuperarse y que estuvo mejorando hasta el final.

George pensó que iba a enloquecer.

Diez años atrás había empezado a hacer *jogging* por consejo de su médico. No jugaba al tenis, al balonmano ni a nada, pagaba a un chico (uno de los suyos como es natural) para que le cortase el césped, y por lo general iba en coche a la tienda de la esquina cuando Harriet necesitaba una barra de pan. Debe vigilar el peso, le había dicho el doctor Warner. Pasa demasiado tiempo sentado y eso no es bueno para su corazón. Pruebe a hacer *jogging*.

Por lo tanto se había comprado un chándal y corría todas las noches, en distancias cortas al principio y luego en recorridos cada vez más largos. Las primeras veces experimentó cierto embarazo, convencido de que sus vecinos estaban dándose palmadas en la frente y elevando los ojos al cielo. Pero luego un par de hombres, a los que sólo conocía por haberse saludado cuando regaban sus jardines, se le acercaron y le preguntaron si podían acompañarle, pues probablemente resultaba más seguro hacerlo varios juntos. Para entonces, los dos chicos mayores de George también se le habían unido. Así, la cosa se convirtió en algo característico del barrio, y aunque su número variaba a medida que unos se iniciaban en el ejercicio y otros abandonaban, siguió siendo una actividad admitida y normal.

Ahora que todos se habían ido, él continuaba aquella práctica a diario. Durante horas. Iba solo cuando hacía *jogging,* sin concentrarse en nada más que en el ruido de sus zapatillas por la acera, el movimiento de sus brazos y su pesada y jadeante respiración, hasta que perdió aquella sensación de locura inminente. No podía suicidarse porque era católico practicante y el suicidio era pecado mortal. Dios debía de querer reservarle para otra cosa. Y se concentraba en el *jogging.* El día anterior había corrido durante casi seis horas hasta que se quedó sin respiración y casi con náuseas debido al agotamiento. Tenía cincuenta y un años, ya no era un hombre joven, y supuso que correr tanto no resultaba bueno para él. Pero aquello era la única cosa que le resultaba buena.

Por ello, aquella mañana se levantó con los primeros resplandores del día, tras una noche casi insomne (el pensamiento que revoloteaba una y otra vez en su mente era: Jeff–Marty–Helen–Harriett–Bill–George Júnior–Robert–Stanley–Richard–Danny–Frank–Patty), se puso el chándal, salió y comenzó a correr por las desiertas calles de Nyack, pisando a veces trozos de vidrio. En una ocasión incluso tuvo que saltar por encima de un televisor que yacía despanzurrado en el pavimento. Llegó hasta las calles residenciales, donde las persianas estaban echadas, y pasó también por el horrible lugar del choque de tres coches en el cruce de Main Street.

En los inicios sólo trotaba, pero más tarde necesitó correr cada vez más para dejar atrás los pensamientos. Un hombre de cincuenta y un años con pelo gris, un chándal también gris y zapatillas blancas, volando por las calles vacías, como si le persiguieran todos los demonios del

mundo. A las once y cuarto sufrió una trombosis coronaria y cayó muerto en la esquina de Oak y Pine, cerca de una boca de incendios. La expresión de su rostro parecía de agradecimiento.

Eileen Drummond, de Clewinston, Florida, se emborrachó con crema de menta DeKuyper la tarde del 2 de julio. Quería emborracharse para no pensar en su familia, y la crema de menta era la única clase de alcohol que resistía. El día anterior había encontrado una bolsita llena de marihuana en su dormitorio de juventud, y había conseguido *colocarse.* Pero sentirse drogada sólo empeoraba las cosas. Se había sentado en su sala de estar y pasado toda la tarde llorando sobre las fotos de su álbum

Así pues, esa tarde se bebió una botella entera de crema de menta, se mareó, fue a vomitar al cuarto de baño y luego se metió en la cama, encendió un cigarrillo, se quedó dormida, quemó la casa hasta los cimientos y ya jamás tuvo que pensar en nada. El viento se había levantando de nuevo, y quemó de paso la mayor parte de Clewinston. No se perdió nada.

Arthur Stimson vivía en Reno, Nevada. La tarde del 29, después de nadar en el lago Yahoe, pisó un clavo oxidado. La herida se le gangrenó. Lo supo por la fetidez que rezumaba e intentó amputarse el pie. A mitad de la operación se desmayó y murió por una hemorragia en el vestíbulo del casino Toby Harrah, donde había intentado llevar a cabo la operación.

En Swanville, Maine, una chica de diez años llamada Candice Moran se cayó de su bicicleta y quedó en el suelo, sin vida, debido a una fractura de cráneo.

Milton Craslow, un ranchero de Harding Countin, Nuevo México, fue mordido por una serpiente de cascabel y falleció media hora después.

En Miltown, Kentucky, Judy Horton se sentía muy complacida por los acontecimientos. Tenía diecisiete años y era muy bonita. Dos años antes había cometido dos errores graves: quedarse embarazada y aceptar que sus padres le aconsejasen casarse con el muchacho responsable, un estudiante de ingeniería. A los quince años le resultó halagador salir con un universitario (aunque sólo fuese de primer curso); pero durante el resto de su vida no pudo recordar por qué le había permitido a Waldo Horton que la dejase encinta; él era miembro del equipo de fútbol americano Miltown High y ella era la animadora principal. De no haber sido por Waldo Horton, ella habría sido la jefa de animadoras de su penúltimo curso. Y, volviendo al asunto, ni Steve ni Mark hubieran sido maridos más aceptables. Ambos tenían los hombros anchos y Mark un cabello rubio que le caía sobre los hombros. Pero era Waldo, no podía haber sido otro. Todo lo que tuvo que hacer fue mirar su Diario y realizar unas operaciones aritméticas. Después de que llegara el bebé, ya ni siquiera hacía falta eso. Era idéntico a él. Por lo tanto, durante dos largos años se esforzó con una serie de trabajos de ínfima categoría en restaurantes de comida rápida y en moteles, mientras Waldo iba a la universidad. Odiaba más que nada la facultad de Waldo, incluso más que al bebé y al mismo Waldo. Si él quería tanto tener una familia, ¿por qué no dejaba los estudios y se ponía a trabajar? *Ella* sí lo había hecho. Pero los padres de ella y los de él no se lo permitirían. A solas, Judy podría mantener alguna conversación cariñosa con él. Pero siempre estaban los parientes políticos, todo el rato metiendo las narices en el asunto. Oh, Judy, las cosas irán mejor cuando Waldo consiga un buen empleo. Oh, Judy, las cosas hubieran ido mucho mejor de haber acudido más a menudo a la iglesia. Oh, Judy, chínchate y sigue sonriendo hasta que lo tengas todo bien cogido. Hasta que los venzas a *todos.*

Luego, se presentó la supergripe y con eso se resolvieron todos sus problemas. Sus padres murieron, su pequeñín Petie también murió (le dio un poco de tristeza pero lo superó al cabo de un par de días); luego murieron los padres de Waldo y, finalmente, el propio Waldo, con lo que

Librodot

ella quedó libre. El pensamiento de que también ella podía haber muerto no le pasó jamás por la cabeza y, naturalmente, seguía con vida.

Habían vivido en una casa de apartamentos grande y laberíntica, en el centro de Miltown. Uno de los detalles de la vivienda, y que reflejaba a Waldo (Judy, como era natural, no tenía nada que decir al respecto), era una cámara frigorífica para la carne situada en el sótano. Habían llegado allí en septiembre de 1988, y se encontraban en el tercer piso. ¿Quién iba a estar llevando y trayendo la carne y las hamburguesas de la cámara frigorífica? Había tres posibilidades, pero las dos primeras no contaban. Waldo y Petie habían muerto en casa. En aquel momento ya no se podían conseguir servicios hospitalarios a no ser que fueses un pez gordo, y las funerarias se hallaban atestadas. Además, eran unos lugares muy viejos, a los que Judy no se habría acercado nunca. Pero la corriente eléctrica aún seguía funcionando. Por lo tanto, se los llevó abajo y los metió en la cámara frigorífica.

Hacía tres días que en Miltown se había cortado la corriente, pero allí aún seguía haciendo bastante frío. Judy lo sabía porque bajaba a ver sus cadáveres tres o cuatro veces al día. Se decía que sólo lo hacía para comprobar su estado. Para qué otra cosa iba a hacerlo. ¿Acaso se refocilaba al hacerlo?

Bajó allí la tarde del 2 de julio y se olvidó de poner el seguro en la puerta de la cámara frigorífica. Se cerró detrás de ella e hizo caer la aldaba de seguridad. Fue entonces cuando se percató, después de dos años de entrar y salir de aquel lugar, de que la puerta no tenía pomo por dentro. De esta manera, Judy Horton murió en compañía de su hijo y de su marido.

Jim Lee, de Harnesburg, Misisipí, conectó todos los aparatos eléctricos de su casa a un grupo electrógeno de gasolina y cayó electrocutado al intentar ponerlo en marcha.

Richard Hogginga era un joven negro que había vivido siempre en Detroit, Michigan. Durante los últimos cinco años, fue adicto a la heroína más fina, que él llamaba *hebrawn.* Con la epidemia de supergripe, se vio forzado a una espantosa abstinencia, ya que todos los camellos y narcotraficantes que conocía habían muerto.

En esta brillante tarde de verano se encontraba sentado en un destrozado porche bebiéndose una caliente 7-Up y deseando conseguir una dosis de caballo por pequeña que fuera.

Comenzó a pensar en Allie McFarlane, y en algo de lo que había oído acerca de él, en las calles, poco antes de que se produjese el caos. La gente siempre contaba que Allie, el tercer pez gordo de Detroit, acababa de recibir un buen cargamento. Todo el mundo se beneficiaría. Nada de aquella porquería morena, sino china blanca, la mejor de todas.

Richie ignoraba dónde podría guardar McFarlane un buen material como ése, pues no resultaba saludable saber semejantes cosas. Pero había oído decir que si los polis llegaban a conseguir una orden de registro para la casa de Grosse Pointe, que Allie había comprado a su tío abuelo, los huesos de Allie se pudrirían en la cárcel por el resto de su vida.

Logró la dirección de Lake Shore Drive de un Erin D. McFarlane en la guía telefónica de Detroit y se dirigió andando hacía allí. Cuando llegó, con los pies doloridos, casi había oscurecido. Ya no intentaba decirse que había sido un paseo casual. Deseaba pincharse, lo deseaba con toda su alma.

Un muro de piedra cercaba la propiedad y Richie lo saltó como una sombra negra, cortándose las manos con los vidrios incrustados en lo alto de la pared. Rompió una ventana para entrar y se disparó una alarma que le hizo salir corriendo hasta la mitad del césped antes de acordarse de que ya no había polis que acudieran a ninguna llamada. Regresó empapado en sudor.

La electricidad estaba cortada y por lo menos había veinte habitaciones en aquel jodido lugar. Tendría que esperar hasta el día siguiente para buscar de forma apropiada, e incluso así tardaría

una semana en poner patas arriba todo aquel sitio. Y resultaba probable que la mierda ni siquiera estuviese allí. Cristo... Richie sintió una oleada de náuseas. Por lo menos podría hurgar en los sitios más obvios.

En el cuarto de baño del piso superior encontró una docena de bolsas de plástico llenas de blanco polvo. Estaban en la cisterna del retrete, un viejo truco. Richie se quedó mirando las bolsas, enfermo de deseo, pensando que Allie debía de haber untado a las personas adecuadas para permitirse dejar un material tan bueno en la jodida cisterna de un inodoro. Con la droga que había allí, un hombre tendría para diecisiete siglos.

Llevó una bolsa al dormitorio principal, la abrió y desparramó su contenido encima de la cama. Le temblaban las manos cuando sacó sus utensilios y comenzó a prepararla. No se le ocurrió preguntarse cómo estaría cortada aquella mierda. En las calles, la más fuerte que Richie había comprado tenía un 12 por ciento de pureza, y le había producido un sueño tan profundo como un coma.

Se inyectó por encima del codo. Aquella cosa tenía una pureza del 96 por ciento. Alcanzó su corriente sanguínea como un tren de carga. Richie se derrumbó sobre las bolsas de heroína, empolvándose con ella la pechera de la camisa. Seis minutos después había hecho el viaje sin retorno.

No se perdió nada.

39

Lloyd Henreid estaba arrodillado. Tarareaba y sonreía. Algunas veces olvidaba lo que había estado tarareando, su sonrisa se borraba y sollozaba un poco. Después olvidaba que estaba llorando y seguía con su soniquete. La canción era *Camptown Races.* Había momentos en que, en lugar de tararear o sonreír, susurraba entre dientes duuu-da, duuu-da. El pabellón de celdas estaba totalmente silencioso si se exceptuaban los sollozos, los duuu-da ocasionales y el débil roce de la pata de la litera. Lloyd estaba tratando de dar vuelta al cadáver de Trask para alcanzar su pierna. Por favor, camarero, más ensalada de coles y otra pierna.

Lloyd tenía aspecto de haberse decidido a practicar una dieta estricta. El uniforme de la prisión colgaba de su cuerpo como una vela en un día apacible. Hacía ocho días que les habían servido la última cena y, a partir de entonces, no habían vuelto a darles de comer. La piel de Lloyd estaba estirada sobre el rostro y marcaba todas las curvas y ángulos de su calavera. Sus ojos le brillaban y centelleaban; los labios se le habían estirado y mostraba los dientes. Exhibía una fisonomía caballuna porque el pelo había empezado a caérsele en grandes mechones. Su aspecto era más bien el de un enajenado.

–Duuu-da, duuu-da –susurró mientras pescaba con la barra de metal.

En otra época no supo por qué se tomaba el trabajo de lastimarse los dedos para desatornillar ese maldito artefacto. También en otra época creyó conocer de veras lo que era el hambre. El hambre de entonces no había sido más que un vago preludio comparado con lo que sentía ahora.

–Cabalgaba toda la noche... cabalgaba todo el día... Ta-ra-rá...

La pata de la litera enganchó el bajo de la pernera del pantalón de Trask y después se le escapó. Lloyd inclinó la cabeza y sollozó como un niño. Detrás de él, arrumbado en un rincón, estaba el esqueleto de la rata que había matado en la celda de Trask el 29 de junio, hacía cinco días. La larga cola rosada seguía unida al esqueleto. Lloyd había intentado varias veces comerse la cola; pero era demasiado dura. Había agotado casi toda el agua de la taza del inodoro, no obstante sus esfuerzos por conservarla.

La celda estaba impregnada de olor de orina. Meaba en dirección al corredor para no contaminar la reserva de agua.

Había comido demasiado deprisa los víveres almacenados, pues supuso que alguien vendría. No atinó a pensar que...

No quería comerse a Trask. La idea de comerse a Trask era atroz. Precisamente la noche anterior había conseguido atrapar con una pantufla una cucaracha y se la había comido viva. La sintió correr demencialmente por dentro de su boca antes de partirla en dos con los dientes. En realidad no había sido tan desagradable: sabía mejor que la rata. No, no quería comerse a Trask. No deseaba convertirse en caníbal. Se repetía la historia de la rata. Acercaría a Trask por si acaso. Por si acaso. Había oído decir que un hombre podía sobrevivir sin comer, siempre que tuviera agua.

(No mucha agua pero ahora no pensaré en eso, ahora no pensaré en eso.)

Se resistía a morir de inanición. Sentía demasiado odio. El odio había crecido a un ritmo bastante acelerado durante los últimos tres días, paralelamente al hambre. Suponía que si su conejo favorito, muerto hacía mucho tiempo, hubiera estado en condiciones de pensar, lo habría detestado a él del mismo modo. Ahora dormía mucho, y su sueño se veía siempre turbado con las ensoñaciones acerca del conejo, de su cuerpo hinchado, de su pelaje moteado, de los gusanos retorciéndose en sus ojos, y aún peor, de aquellas patas ensangrentadas que cuando despertaba le hacían mirarse los dedos alelado. El odio de Lloyd se había condensado alrededor de un sencillo concepto imaginario: LA LLAVE.

Se encontraba encerrado bajo llave. En otro tiempo había parecido justo. El había sido uno de los malos. No *realmente* malo; el verdadero malo había sido Poke. Sin Poke, él nunca habría pasado de ser un mierdecilla. De todas formas, había compartido parte de la culpa. Hubo aquel Georgeous en Las Vegas, y las tres personas del Continental blanco. Existieron todas aquellas cosas y supuso que compartía parte de la culpa. Tal vez se había ganado un castigo, un breve encierro. No era algo para lo que te ofrecieras de forma voluntaria; pero cuando te pillaban con las manos en la masa tenías que arrostrar las consecuencias. Como le dijo al abogado, probablemente se había ganado unos veinte años entre rejas por su participación en «la matanza de los tres estados». Pero no la silla eléctrica. No, por Dios. La idea de morir achicharrado era... demencial.

Pero ellos tenían LA LLAVE, y eso era lo importante. Podían encerrarte y hacer de ti lo que se les antojara.

Durante los últimos tres días Lloyd había empezado a asimilar el valor simbólico, mágico, que LA LLAVE tenía, LA LLAVE era la recompensa que te daban por respetar las reglas del juego. Si desobedecías, podían encerrarte. No era muy distinto de la tarjeta del Monopolio que te enviaba *A la cárcel.* No poder pasar, no poder retirar doscientos dólares, LA LLAVE otorgaba prerrogativas. Podían quitarte diez años de vida, o veinte, o cuarenta. Podían emplear a tipos como Mathers para que te aporrearan. Incluso podían freírte en la silla eléctrica.

Pero la circunstancia de poseer LA LLAVE no les daba derecho a irse y dejarte encerrado para siempre. No les daba derecho a obligarte a comer una rata muerta ni a colocarte en el aprieto de intentar tragar la estopa de tu colchón. No les concedía el derecho a dejarte en un sitio donde tenías que comerte al hombre de la celda de al lado para poder seguir con vida (si es que podías atraparlo, ta-ra-rá...).

Había ciertas cosas que no se podían hacer a un ser humano. La posesión de LA LLAVE proporcionaba determinados privilegios, pero eso era todo. Lo habían dejado allí a merced de una muerte espantosa cuando podrían haberle permitido salir. Y él no era un asesino rabioso dispuesto a reventar al primero que se le cruzara en el camino, a pesar de lo que habían dicho los diarios. Antes de conocer a Poke no era más que un mierdecilla.

Por eso odiaba. Al principio le había parecido que odiar era infructuoso, porque los que tenían LA LLAVE habían sucumbido a la gripe. Estaban fuera del alcance de su venganza. Pero después, poco a poco, a medida que aumentaba su hambre, empezó a comprender que la gripe no los

mataría a *ellos.* Mataría a los fracasados como él, mataría a Mathers pero no al piojoso alcahuete que había contratado a Mathers, porque ese alcahuete tenía LA LLAVE. No mataría al gobernador ni al alcaide... El guardia que dijo que el alcaide estaba enfermo había sido un jodido embustero. No mataría a los funcionarios de la cárcel, ni a ningún sheriff de condado, ni a los agentes del FBI. La gripe no alcanzaría a los poseedores de LA LLAVE. Pero Lloyd sí los alcanzaría. Si vivía lo suficiente para salir de allí, ya se ocuparía de darles caza.

La pata de la litera volvió a engancharse en el bajo de la pernera de Trask.

–Acércate –susurró Lloyd –. Acércate aquí... Las chicas del campamento cantan esta canción... todo el día. –El cadáver de Trask se deslizó, lento y rígido, por el suelo de su celda. Jamás un pescador había atrapado un atún con tantas precauciones y pericia como las que Lloyd desplegaba para hacerse con Trask. En determinado momento, el pantalón de su presa se desgarró y Lloyd tuvo que engancharlo por otro lugar. Pero al fin su pie estuvo suficientemente cerca para que Lloyd pudiera meter la mano entre los barrotes y cogerlo... si se lo proponía –. No lo tomes como algo personal –le susurró a Trask.

Le tocó la pierna y se la acarició.

–No lo tomes como algo personal. No te voy a comer, viejo amigo. No te voy a comer... a menos que las circunstancias me obliguen a ello.

Ni siquiera era consciente de que la boca se le estaba haciendo agua.

Lloyd oyó a alguien en medio de la penumbra cenicienta del crepúsculo. Al principio el rumor fue tan lejano y tan extraño (un repiqueteo de metal contra metal) que creyó estar soñándolo. Ahora los estados de vigilia y sueño se confundían y Lloyd trasponía el límite entre ambos casi sin notarlo.

Pero después oyó la voz y se irguió en la litera, con los ojos muy abiertos, desorbitados y centelleantes en su rostro demacrado. La voz llegaba por los corredores desde Dios sabía qué lugar del pabellón de administración, y luego por las escaleras que daban a los pasillos que conectaban con las zonas de visita hasta el bloque central de celdas, donde se encontraba Lloyd. Flotó a través de las puertas de doble reja y llegó por fin a los oídos de Lloyd.

–¡Oooooh oooooh! ¿Hay alguien en casa?

Lo primero que pensó Lloyd fue: No contestes. Tal vez se vaya.

–¿Hay alguien en casa? Cuento hasta uno, cuento hasta dos... Sí, ya me voy, para sacudirme el polvo de Phoenix de las botas...

Al escuchar esto, Lloyd salió de su parálisis. Saltó de la litera, levantó la pata de hierro y empezó a golpear los barrotes con frenesí. Las vibraciones subieron por el metal y repercutieron en los huesos de su puño crispado.

–¡No! –aulló –. ¡No! ¡No se vaya! ¡Por favor, no se vaya!

La voz sonaba ahora más próxima, y provenía de la escalera que unía la administración con aquel piso:

–Te amamos tanto que te devoraremos... ¡Oh! Hay alguien que parece *tan...* hambriento...

Sonó una risita lerda.

Lloyd dejó caer la pata de la litera y se aferró con ambas manos a los barrotes de su celda. Ahora oía las pisadas en un tramo envuelto en sombras. Resonaban acompasadas por el corredor que conducía al pabellón de celdas. Lloyd quiso derramar lágrimas de alivio... Pero no lo embargaba el júbilo sino el miedo, un pavor creciente que le hizo lamentar no haberse quedado callado. ¿Callado? ¡Dios! ¿Qué podía ser peor que morir de hambre?

Lo de morirse de hambre le hizo pensar en Trask, que yacía despatarrado en las cenicientas últimas luces, con una pierna tiesa apuntando hacia la celda de Lloyd. En la pantorrilla le faltaba un buen trozo. Y tenía marcas de dientes. Lloyd sabía qué dientecillos habían hecho aquellas marcas, y tenía una vaga sensación de haberse comido un filete de Trask. Se sintió invadido por una terrible repugnancia, culpabilidad y horror. Se precipitó hacia las rejas y empujó la pierna de Trask. Luego, mirando por encima de los hombros para asegurarse de que el dueño de aquella voz no se encontraba a la vista, alargó la mano y, entre los barrotes de separación, le bajó las perneras ocultando lo que había hecho.

Claro que no había mucha prisa, porque las puertas enrejadas del fondo del pabellón de celdas estaban cerradas y, con la corriente cortada, los interruptores automáticos no funcionarían. Su salvador tendría que volver atrás y buscar LA LLAVE. Tendría que...

Lloyd gruñó cuando el mecanismo eléctrico que controlaba las puertas de rejas cobró vida. El silencio del pabellón intensificó el ronroneo, que culminó con el rutinario *¡clicsalm!* de las puertas al abrirse.

Después, las pisadas resonaron por el corredor del pabellón.

Lloyd estaba de nuevo junto a la puerta de su celda y, sin querer, retrocedió dos pasos. Bajó la vista hacia el corredor y lo primero que vio fue un par de botas polvorientas de vaquero de punta estrecha y tacones gastados, y pensó que las de Poke eran iguales que ésas.

Las botas se detuvieron frente a su celda.

Vio los vaqueros descoloridos y ceñidos bajo la caña de las botas, el cinturón de cuero con hebilla de bronce, en cuyo interior había varios signos del zodíaco dentro de círculos concéntricos, la chaqueta tejana con sendos distintivos en los bolsillos de la pechera. En uno se veía una cara sonriente, y en el otro un cerdo muerto con la leyenda ¿CÓMO ESTÁ TU JAMÓN?

En el momento en que los ojos de Lloyd llegaban al rostro torvamente congestionado de Randall Flagg, éste exclamó: « ¡Buuu!» La interjección solitaria flotó hasta el fondo del pabellón silencioso y después reverberó. Lloyd chilló, se enredó en sus propios pies, cayó y se echó a llorar.

–Tranquilo, tranquilo –dijo Flagg –. Tranquilo, tío. Todo va bien.

–¿Puede liberarme? –sollozó Lloyd –. Por favor, sáqueme de aquí. No quiero terminar como mi conejo, no quiero terminar así, no es justo, si no hubiera sido por Poke yo no sería más que un mierdecilla, por favor, señor haré todo lo que me pida.

–Pobre tipo. Pareces el cartel publicitario de unas vacaciones de verano en Dachau.

No obstante la compasión que rezumaba la voz de Flagg, Lloyd no se atrevió a alzar la mirada más allá de las rodilleras de los vaqueros del recién llegado. Si volvía a contemplar sus facciones, éstas lo matarían. Eran las facciones de un demonio.

–Por favor –musitó Lloyd –. Por favor, sáqueme de aquí. Me muero de hambre.

–¿Cuánto tiempo llevas encerrado, amigo?

–No lo sé –respondió Lloyd secándose los ojos con sus escuálidos dedos –. Mucho. Muchísimo.

–¿Cómo es que aún no has muerto?

–Sabía lo que iba a ocurrir –contestó Lloyd a las perneras de los vaqueros mientras se arropaba en los últimos jirones de su astucia –. Guardé algo de comida. Eso fue todo lo que hice.

–¿Y por casualidad no habrás pegado un bocadito al buen compañero de la celda de al lado?

–¿Qué? –gimió Lloyd –. ¡No! ¡Por el amor de Dios! ¿Quién cree que soy? Señor, por favor...

–Su pierna derecha parece más delgada que la izquierda. Esa es la única razón de que te haya hecho la pregunta, amigo.

–No sé nada de eso –susurró Lloyd. Ahora le temblaba todo el cuerpo.

–¿Y qué tal la rata? ¿Tenía buen sabor?

Lloyd se cubrió el rostro con las manos.

–¿Cómo te llamas?

Lloyd intentó responder, pero sólo consiguió emitir un gemido.

–¿Cómo te llamas, soldado?

–Lloyd Henreid.

Trató de pensar lo que debía decir a continuación, pero su mente era un caos. Cuando el abogado le comunicó que podrían enviarlo a la silla eléctrica tenía miedo, pero no tanto. Nunca en la vida había sentido un miedo tan atroz.

–¡Fue todo idea de Poke! –aulló –. ¡Poke debería estar aquí, no yo!

–Mírame, Lloyd.

–No –susurró. Sus ojos se revolvían frenéticos en las órbitas.

–¿Por qué no?

–Porque...

–Continúa.

–Porque no creo que usted exista –susurró Lloyd –. Y si existe... si existe, es el diablo.

–Mírame, Lloyd.

Incapaz de resistirse, Lloyd levantó la vista hacia el rostro torvo y sonriente que asomaba entre los barrotes. La mano derecha sostenía algo a la altura del ojo de ese mismo lado. Al mirarlo Lloyd sintió escalofríos. Parecía una piedra negra, tan oscura que tenía aspecto casi resinoso. En el centro aparecía una hendidura roja, y Lloyd tuvo la impresión de que era un ojo avieso, sangriento y entreabierto que lo escrutaba. Después, Flagg hizo girar un poco el objeto entre los dedos, y la hendidura roja de la piedra oscura pareció... una llave. Flagg le daba vueltas entre los dedos. Ora era el ojo, ora la llave.

El ojo, la llave...

–Me trajo el café... me trajo el té... me trajo casi todo... menos la llave del chalet –canturreó Flagg –. ¿No es así, Lloyd?

–Sí –respondió con voz ronca. Sus ojos no se apartaban de la pequeña piedra negra. Flagg empezó a pasarla entre los dedos igual que un prestidigitador.

–Ahora eres un hombre que sabe apreciar el valor de una buena llave –comentó Flagg.

La piedra oscura desapareció dentro de su puño cerrado y reapareció de repente en el otro, donde empezó a deslizarse de nuevo por los dedos...

–Estoy seguro de eso. Porque la llave sirve para abrir puertas. ¿En la vida hay algo más importante que abrir puertas, Lloyd?

–Señor, tengo un hambre atroz...

–Por supuesto –asintió Flagg, y en su rostro apareció una grotesca expresión de desazón –. ¡Jesús, una rata no es alimento suficiente! Caray, ¿sabes qué he comido yo? Un buen bocadillo de filete jugoso sobre pan de Viena, con cebolla y salsa Gulden's. ¿Qué te parece? ¿Apetitoso?

Lloyd asintió con la cabeza. De sus ojos caían lentas lágrimas.

–Lo acompañé con patatas fritas y un batido de chocolate, y como postre... Vaya, te estoy *torturando,* ¿no es así? Deberían azotarme por esto, sí, eso es lo que deberían hacerme. Lo siento. Te soltaré e iremos a buscar algo de comer. ¿De acuerdo?

Lloyd estaba tan pasmado que ni siquiera pudo asentir. Ahora la misericordia que se reflejaba en las facciones de aquel hombre parecía bastante auténtica, y daba la impresión de estar verdaderamente disgustado consigo mismo. La piedra negra volvió a desaparecer en su puño. Y cuando éste se abrió, Lloyd vio, maravillado, que sobre la palma de la mano descansaba una llave de plata, con el ojo cincelado.

–¡Dios... bendito! –graznó Lloyd.

–¿Te ha gustado? –preguntó el hombre torvo –. Este truco me lo enseñó una muñeca de un salón de masajes de Secaucus, Nueva Jersey. Secaucus, capital de las porquerizas más colosales del mundo.

Se inclinó e introdujo la llave en la cerradura de la celda. Y eso fue extraño, porque hasta donde alcanzaba la memoria de Lloyd, que en ese instante no era muy lejos, las celdas *no tenían* cerraduras, pues se abrían y cerraban mediante un sistema electrónico. Pero no tuvo duda de que la llave de plata funcionaría.

En el momento en que ésta llegaba al fondo, Flagg se detuvo y lo miró con una sonrisa astuta. Lloyd sintió que la desesperación volvía a invadirlo. Todo aquello no era más que una triquiñuela.

–¿Me he presentado? Me llamo Flagg, con doble «ge». Mucho gusto en conocerte.

–Lo mismo digo –graznó Lloyd.

–Creo que antes de abrir la puerta y llevarte a cenar deberíamos concertar un acuerdo, Lloyd.

–Claro que sí –volvió a graznar Lloyd. Y se echó a sollozar.

–Voy a convertirte en mi mano derecha. Te colocaré a la altura de san Pedro. Cuando abra esta puerta, depositaré en tu mano las llaves del reino. No es un mal negocio, ¿verdad Lloyd?

–No –susurró, asustado.

La oscuridad se había hecho ya casi total. Flagg era poco más que una silueta oscura, pero sus ojos seguían nítidamente visibles. Refulgían en la penumbra como los de un lince, uno a la izquierda del barrote que terminaba en la cerradura, otro a la derecha. Lloyd experimentaba una sensación de terror, pero también algo más: una especie de éxtasis religioso. Un placer. El placer de ser *elegido.* La sensación de que, de alguna manera, había conquistado el acceso... a algo.

–Te gustaría vengarte de quienes te dejaron aquí, ¿verdad?

–Claro que sí –respondió Lloyd, olvidando de momento su terror, el cual fue ahogado por una cólera famélica, ansiosa.

–No sólo de esas personas, sino de todos cuantos fueran capaces de hacer algo parecido –sugirió Flagg –. Se trata de determinada clase de individuos, ¿no? Unos individuos para los cuales los hombres como tú no son más que basura. Porque ellos están en la cúspide. No creen que alguien como tú tenga derecho a la vida.

–Es verdad –asintió Lloyd.

Su hambre descomunal se había trocado en otra clase de apetito, del mismo modo que la piedra negra se había convertido en llave de plata. Ese hombre había expresado en muy pocas palabras todos sus complejos sentimientos. No era como el guardia de la puerta con el que deseaba ajustar cuentas, porque el guardia de la puerta no era el único. El guardia de la puerta había tenido LA LLAVE, muy bien; pero no fue él quien *hizo* LA LLAVE. Alguien se la había dado. El alcaide, supuso Lloyd, pero tampoco el alcaide había hecho LA LLAVE. Lloyd deseaba encontrar a todos los fabricantes y herreros. Serían inmunes a la supergripe y tenía cuentas pendientes con ellos. Oh, sí, y aquello sí era un *buen* asunto.

–¿Sabes lo que dice la Biblia acerca de los individuos de esa calaña? –preguntó Flagg con parsimonia –. Dice que los ensalzados serán humillados. ¿Y sabes lo que dice acerca de las

criaturas como tú, Lloyd? Dice que benditos serán los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Y que benditos son los pobres de espíritu, porque ellos verán a Dios.

Lloyd asentía con la cabeza. Asentía y lloraba. Por un momento pareció formarse una refulgente aureola en torno de la cabeza de Flagg, un halo tan brillante que, de haberlo mirado Lloyd durante mucho tiempo, probablemente le redujera los ojos a cenizas. Luego desapareció... como si nunca hubiera estado.

–No eres muy inteligente –prosiguió Flagg –, pero intuyo que puedes ser muy leal. Tú y yo llegaremos muy lejos. Es una buena época para los seres como nosotros. Ha llegado nuestro momento. Sólo necesito tu palabra.

–¿Pa... palabra?

–De que no nos separaremos. Tú y yo. Nada de negativas. Nada de dormirse en el puesto de guardia. Muy pronto habrá otros, que ya se dirigen hacia el oeste, pero por ahora estamos tú y yo solos. Te daré la llave si tú me das tu promesa.

–Yo... lo prometo –respondió Lloyd.

Las palabras parecieron flotar en el aire con una extraña vibración. Él las escuchó con la cabeza alelada, y casi pudo ver las dos palabras, con un fulgor tan macabro como el de una aurora boreal reflejada en los ojos de un cadáver.

Después las olvidó cuando la llave giró en la cerradura, la cual se abrió despidiendo espirales de humo.

–Eres libre, Lloyd. Sal de ahí.

Lloyd, incrédulo, tocó tímidamente los barrotes, como si éstos pudieran quemarlo, y en verdad estaban calientes. Pero cuando empujó, la puerta se deslizó hacia atrás sin producir ruido alguno. Miró a su salvador, a aquellos ojos incandescentes.

Él le colocó algo en la mano. La llave.

–Ahora es tuya, Lloyd.

–¿Mía?

Flagg cerró los dedos de Lloyd alrededor de la llave... y él la sintió moverse en su mano, la sintió *cambiar.* Emitió un grito ronco y abrió los dedos. La llave había desaparecido y en su lugar se hallaba la piedra negra con la hendidura roja.

La alzó, intrigado, y la hizo girar en una y otra dirección. Unas veces la hendidura parecía una llave; otras, una calavera; y aún otras, un ojo ensangrentado y entrecerrado.

–Mía –se dijo Lloyd a sí mismo.

Esta vez cerró la mano sin ayuda, apretando salvajemente aquella piedra.

–¿Vamos a comer algo? –propuso Flagg –. Tenemos que viajar mucho esta noche.

–Comida... Muy bien.

–Hay muchas cosas que hacer –añadió Flagg –. Y vamos a movernos muy deprisa.

Se dirigieron hacia las escaleras y pasaron ante los hombres muertos en sus celdas. Cuando Lloyd se tambaleó a causa de la debilidad, Flagg lo sujetó por el codo y le ayudó a avanzar. Lloyd se volvió y miró aquel rostro sonriente con algo más de gratitud. Contempló a Flagg con algo que rayaba en amor.

40

Nick Andros dormía en el camastro del despacho del sheriff Baker. Pero su sueño no era tranquilo. Sólo tenía puestos los calzoncillos y su cuerpo estaba ligeramente húmedo por la transpiración. Lo

Librodot

último que había pensado antes de dormirse la noche anterior había sido que por la mañana estaría muerto. El hombre oscuro que había acosado sus sueños febriles rompería la frágil barrera que separaba el sueño de la vigilia y se lo llevaría consigo.

Resultaba extraño. El ojo que Ray Booth le había aplastado en la oscuridad le había dolido durante dos días. Luego, al tercero, la sensación de que un calibrador gigante le hurgase en la cabeza se fue apagando hasta convertirse en sólo un persistente dolor. Ahora, cuando miraba con el ojo, no percibía más que una mancha gris en que unas sombras se movían, o parecían moverse. Pero lo que le estaba matando no era la lesión en el ojo, sino la rozadura que le había infligido la bala a lo largo de la pierna.

No se la había desinfectado. El dolor en el ojo había sido tan intenso que apenas había reparado en lo otro. La rozadura corría superficialmente a lo largo de su muslo derecho y acababa en la rodilla; al día siguiente se había examinado el orificio en sus pantalones, por donde había entrado por arte de magia la bala. Y al día siguiente, 30 de junio, la herida había enrojecido en los bordes y los músculos de la pierna le dolían.

Se había dirigido cojeando hasta la consulta del doctor Soames y había encontrado un frasco de agua oxigenada. Se vertió todo el contenido por encima de la herida, de unos veinticinco centímetros de longitud. Aquella noche toda la pierna derecha le latió como una muela cariada y, bajo la piel, unas líneas rojas de sangre irradiaban punzadas desde la herida, que empezaba a formar una costra.

El 1 de julio regresó a la consulta del doctor Soames y registró su botiquín, buscando penicilina. Encontró las muestras de penicilina de Soames y, tras una breve vacilación, ingirió los dos comprimidos de una cajita. Fue muy consciente de lo que ocurriría si su cuerpo reaccionaba alérgicamente, pero pensó asimismo que la alternativa era una muerte aún más horrible. La infección estaba ya llegando a su apogeo. La penicilina no lo mató, pero tampoco experimentó una perceptible mejoría.

Durante el mediodía del día anterior se vio atacado por una fiebre muy alta, y supuso que habría estado delirando la mayor parte del tiempo. Tenía cuanta comida deseaba, pero no le apetecía comer nada; todo lo que deseaba era beber taza tras taza de agua del refrigerador del despacho de Baker. El agua casi se había terminado cuando se durmió (o se desmayó) la noche anterior, y Nick no sabía dónde encontrar más agua. En su estado febril, aquello ya no le importaba demasiado. Pronto moriría y ya no tendría que preocuparse por nada. No le agradaba la idea de morir, pero el pensamiento de no sufrir más dolores o preocupaciones constituía un alivio superior. Su pierna le latía, le punzaba y le escocía.

Durante esas últimas noches, después de matar a Ray Booth, el dormir no había sido tal. Sus sueños eran como una inundación. Todos los que había conocido en su vida aparecieron como los actores de una pieza teatral, para saludar al público después de la caída del telón. Rudy Sparkman, señalando la hoja de papel en blanco: «Tú eres esta página en blanco.» Su madre, dando golpecitos sobre las líneas y los círculos que le había ayudado a trazar sobre otra hoja de papel en blanco, maculando su pureza: «Aquí dice Nick Andros, cariño. Ése eres tú.» Jane Baker, con el rostro vuelto sobre la almohada, diciendo: «Johnny, mi pobre Johnny.» El doctor Soames pidiéndole una y otra vez a John Baker que se quitase la camisa, y una y otra vez Ray Booth que decía «Sujetadle... le voy a dar su merecido... el muy hijo de puta me ha golpeado... sujetadle...». A diferencia de los otros sueños de su vida, en éstos Nick no tenía que leer los labios. Oía realmente lo que decía la gente. Los sueños eran increíblemente vividos, y se esfumaban cuando el dolor de la pierna estaba a punto de despertarlo. Y al volver a dormirse aparecía una nueva escena. En dos sueños aparecieron personas que nunca había visto, y éstos fueron los que recordó con más nitidez al despertar.

Estaba en un lugar alto. El terreno se extendía a sus pies como un mapa en relieve. Era un terreno desértico, y las estrellas tenían la pasmosa nitidez que les confiere la altura. Junto a él había un hombre... no, no un hombre sino la *silueta* de un hombre. Como si la figura hubiera sido cortada

Librodot

de la urdimbre de la realidad y lo que estaba realmente junto a él fuera un hombre negativo, un agujero negro con forma de hombre. Y la voz de esa figura susurró: *Todo lo que veas será tuyo si te prosternas y me adoras.* Nick sacudió la cabeza, ansiando alejarse de ese horrible abismo, temiendo que la figura lo empujara al vacío.

¿Por qué no hablas? ¿Por qué te limitas a sacudir la cabeza?

Nick repitió en sueños el ademán que había repetido tantas veces durante la vigilia: el dedo sobre los labios y después la palma de la mano sobre la garganta... y entonces se oyó decir con voz perfectamente clara: «No puedo hablar. Soy mudo.»

Pero puedes. Si quieres, puedes.

Entonces, Nick estiró la mano para tocar la figura, mientras una oleada de asombro y dicha vehemente disipaba momentáneamente su miedo. Pero cuando su mano se acercó al hombro de la figura, se heló hasta tal punto que tuvo la impresión de haberse quemado. La apartó bruscamente, con cristales de hielo sobre los nudillos. Y entonces se dio cuenta: oía. La voz de la figura oscura, el chillido lejano de un ave nocturna, el ulular del viento. La sorpresa lo hizo enmudecer nuevamente. El mundo tenía una dimensión que nunca había echado de menos porque nunca la había experimentado, y que ahora encajaba donde correspondía. Oía *sonidos.* Parecía distinguir cada uno sin que se lo explicaran. Eran bellos. Bellos *sonidos.* Deslizó sus dedos por la camisa y se maravilló al oír el roce de las uñas contra el tejido de algodón.

Después la silueta oscura se volvió hacia él y Nick se asustó. Ese ente, fuera lo que fuere, no regalaba milagros.

Si te prosternas y me adoras...

Y Nick se cubrió el rostro con las manos porque ambicionaba todo lo que aquella negra figura le había mostrado desde esa atalaya del desierto: ciudades, mujeres, tesoros, poder. Pero sobre todo anhelaba oír el roce fascinante de sus uñas en la camisa, el tictac de un reloj en una casa vacía después de la medianoche y el murmullo secreto de la lluvia.

Pero la palabra que pronunció fue *No* y entonces lo envolvió nuevamente aquel frío gélido y fue *empujado,* se sintió caer, girando sobre sí mismo, aullando silenciosamente mientras daba volteretas por un abismo poblado de nubes, precipitándose en el olor del...

¿...maíz?

Sí, maíz. Este era el otro sueño, y se fusionaban así, casi sin un pasaje intermedio que indicara la diferencia. Estaba el maizal verde, y el olor era el de la tierra estival y el estiércol de vaca y las cosas que crecían. Se puso en pie y echó a andar por la hilera donde había caído, deteniéndose fugazmente al darse cuenta de que podía oír el suave silbido que producía el viento al soplar entre las hojas verdes del maíz de julio... y algo más.

Música.

Una extraña clase de música. Y pensó en sueños: «De modo que se trata de esto.» Surgía de delante y se encaminó hacia allí, deseando ver si esa concatenación de bellos sonidos provenía de lo que llamaban «piano» o «corneta» o «violonchelo».

El cálido olor del verano en las fosas nasales, el abovedado firmamento azul en las alturas, ese hermoso sonido. Nick nunca había sido más dichoso en su sueño. Y cuando se aproximó a la fuente, una voz se sumó a la música, una voz vetusta como el cuero oscuro, que arrastraba un poco las palabras como si la canción fuera un guiso recalentado que nunca perdía su sabor primitivo. Nick se acercó hipnotizado.

Vengo sola al jardín,
mientras el rocío aún baña las rosas,
y escucho la voz que se derrama en mi oído.

El hijo... de Dios... proclama
y marcha conmigo y me habla
y me dice que soy suya.
Y el júbilo compartido mientras permanecemos allí
ningún otro... lo ha experimentado... jamás.

Cuando terminó la estrofa, Nick se adelantó hasta el final de la hilera y allí en el claro se levantaba una cabaña, no mucho mejor que una choza, con un tonel herrumbroso para los desperdicios y un viejo manzano nudoso pero aún verde y preñado de vida prodigiosa. De la casa sobresalía un porche oblicuo, destartalado y sostenido por viejos pilares. Las ventanas estaban abiertas y la plácida brisa estival hacía flamear hacia fuera y hacia dentro las deshilachadas cortinas blancas. Una chimenea de hojalata, mellada y ahumada, asomaba del techo, con una inclinación ancestral y absurda. La casa descansaba en su calvero y el maizal se extendía en las cuatro direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Sólo le interrumpía, hacia el norte, un camino de tierra que al llegar al horizonte llano se reducía a un punto. Fue entonces cuando Nick supo dónde se hallaba: en el condado de Polk, Nebraska, al oeste de Omaha y un poco al norte de Osceola. Ese camino de tierra desembocaba mucho más adelante en la carretera 30 y en Columbus, sobre la orilla septentrional del Platte.

En el porche está sentada la mujer más anciana de Estados Unidos, una negra de cabello blanco, fino y crespo. Es delgada y lleva una bata y gafas. Parece suficientemente frágil para que el fuerte viento de la tarde la arrastre hasta el alto firmamento azul. Y el instrumento que toca (tal vez éste es lo que la retiene con su peso en tierra) es una guitarra. Suena bien. Nick piensa en el sueño: «Así es como suena una guitarra.» Siente que podría pasar el resto del día allí, mirando y escuchando a la vieja negra sentada en su porche en medio de todo ese maizal de Nebraska, al oeste de Omaha y un poco al norte de Osceola en el condado de Polk. El rostro de la mujer está surcado por un millón de arrugas como el mapa de un estado de geografía accidentada: ríos y cañones a lo largo de las mejillas pardas y curtidas, serranías debajo de la protuberancia del mentón, un sinuoso glaciar de hueso en la base de la frente, las cavernas de los ojos.

Ha empezado a cantar nuevamente, acompañándose con la vieja guitarra:

Jesús, ¿cuándo pasarás por aquí,
oh, Jesús, cuándo pasarás por aquí, cuándo?
Porque ahora es cuando te necesitamos.
Oh, ahora es cuando te necesitamos.
Ahora es...

–Oye, chico, ¿quién te ha clavado en ese lugar?

La mujer apoya la guitarra sobre su regazo como si fuera un bebé y le hace una seña para que se acerque. Nick obedece. Dice que sólo quería oírla cantar, que la canción es muy bella.

–Bueno, cantar es el capricho de Dios, ahora paso así casi todo el día... ¿Cómo te va con el hombre oscuro?

–Me asusta. Tengo miedo...

–Chico, es justo que tengas miedo. Incluso debes temerle a un árbol en la oscuridad, si lo ves desde el ángulo apropiado. Somos todos mortales, alabado sea Dios.

–¿Pero cómo le diré que no? ¿Cómo...?

–¿Cómo respiras? ¿Cómo sueñas? Nadie lo sabe. Pero ven a verme. En cualquier momento. Me llaman Madre Abigail. Soy la mujer más vieja de esta comarca, según creo, y sigo preparando mis propios bizcochos. Ven a verme cuando quieras, chico, y trae a tus amigos.

–¿Pero cómo me libraré de esto?

–Que Dios te bendiga, chico, nadie se zafa nunca. Bastará que seas optimista y que vengas a visitar a Madre Abigail cuando tengas ganas. Supongo que estaré aquí mismo. Ya no paseo mucho. De modo que ven a verme. Estaré... aquí, aquí mismo...

... aquí mismo, aquí mismo... fue despertando poco a poco hasta que desaparecieron Nebraska, el olor del maíz y el rostro arrugado y oscuro de la Madre Abigail. Se infiltró en el mundo real, y lo que hizo éste no fue sustituir al mundo soñado sino superponerse a él hasta eclipsarlo.

Estaba en Shoyo, Arkansas, se llamaba Nick Andros, nunca había oído el sonido de una guitarra... pero seguía vivo.

Se sentó en la litera y estudió el rasguño. La hinchazón había disminuido un poco. El dolor era sólo una palpitación. Me estoy curando, pensó muy aliviado. Creo que me repondré.

Se levantó del camastro y cojeó hasta la ventana, en calzoncillos. Su pierna estaba rígida, pero era una rigidez que desaparecería con un poco de ejercicio. Contempló el pueblo silencioso, que ya no era Shoyo sino el cadáver de Shoyo, y comprendió que tendría que partir ese mismo día. No llegaría muy lejos, pero ése sería el comienzo del viaje.

¿Adonde ir? Bueno, creía saberlo. Los sueños no eran más que sueños, pero suponía que para empezar podía encaminarse hacia el noroeste. Hacia Nebraska.

Nick salió de la ciudad, pedaleando, aproximadamente a la una y cuarto de la tarde del 3 de julio. Por la mañana había preparado una mochila en la que había metido algunos comprimidos más de penicilina, por precaución, y algunos alimentos envasados. Sobre todo sopa de tomate Campbell y raviolis Chef Boyardee, dos de sus favoritos. Agregó varias cajas de balas para el revólver y se ciñó una cantimplora.

Caminó calle arriba, husmeando en los garajes, hasta que encontró lo que buscaba: una bicicleta de diez piñones más o menos apropiada para su estatura. Pedaleó despacio por Main Street, desentumeciendo poco a poco su pierna herida. Avanzaba hacia el oeste y su sombra le seguía, montada sobre su propia bicicleta negra. Pasó ante las graciosas casas de fresca apariencia de las afueras de la ciudad, que se alzaban en la sombra con las persianas bajadas.

Aquella noche acampó en una granja, a unos quince kilómetros al oeste de Shoyo. A la caída de la noche del 4 de julio se hallaba ya cerca de Oklahoma. La víspera había dormido en el patio de otra granja, con el rostro vuelto hacia el cielo, observando una lluvia de estrellas fugaces arañar la noche con su fuego blanco y frío, pensó que jamás había visto algo tan hermoso. Fuera lo que fuese lo que le aguardara, estaba muy contento de seguir vivo.

41

El sol y el gorjeo de los pájaros despertaron a Larry a las ocho y media. Ambos lo hicieron sentir eufórico. Desde que había salido de Nueva York, todas las mañanas, sol y gorjeo de pájaros. Y como atractivo extra, como obsequio gratuito adicional, el aire tenía un aroma fresco y límpido. Incluso Rita lo había notado. El no cesaba de pensar que ya no habría nada mejor. Pero siempre lo había. Tanto que te preguntabas qué le habían estado haciendo al planeta. Y te preguntabas si era así como el aire había olido *siempre* en lugares como la alta Minnesota y Oregón y la falda occidental de las Rocosas.

Tumbado en su mitad del saco doble de dormir bajo el toldo de la tienda de dos plazas que habían añadido a su equipo para el viaje en Passaic, en la mañana del 2 de julio, Larry se acordó de cuando Al Spellman, uno de los Tattered Remnants había intentado persuadirlo de que hiciese acampada con él y dos o tres tipos más. Se dirigieron hacia el este, se detuvieron en Las Vegas

Librodot

durante una noche, y luego pretendían dirigirse a un lugar llamado Loveland, en Colorado. Acamparían en las montañas por encima de Loveland unos cinco días.

«Dejad toda esta mierda de las "alturas de las montañas Rocosas" a John Denver –les había dicho Larry enfurruñado –. Regresaréis todos con picaduras de mosquito y probablemente con algún caso de envenenamiento por ortigas al pasar por los bosques. Si cambiáis de opinión y decidís acampar en Las Dunas de Las Vegas durante esos cinco días, no tenéis más que telefonearme.»

Pero tal vez hubiera sido así. Depender sólo de ti mismo, sin que nadie te atosigue (excepto Rita, y supuso que podría enfrentarse a ello), respirando un aire excelente y durmiendo por las noches sin tener que dar vueltas y más vueltas; sólo tumbarte y te quedabas profundamente dormido, como cuando alguien te atiza un martillazo en la cabeza. Sin problemas, excepto la ruta que deberás elegir al día siguiente y cuánto tiempo te llevará. Aquello era en verdad maravilloso.

Y esa mañana, en Bennington (Vermont), yendo hacia el este por la carretera 9, esa mañana sí resultó algo especial. Era 4 de julio, el día de la Independencia.

Se sentó en el saco de dormir y miró a Rita, pero ésta seguía durmiendo como un lirón, y bajo la tela acolchada y tras la ondulación de su cabello se marcaba el perfil de su cuerpo. Bueno, esa mañana la despertaría a lo grande.

Larry corrió la cremallera de su lado y salió del saco, totalmente desnudo. Al principio se le puso carne de gallina, pero luego el aire le pareció naturalmente cálido. Tal vez la temperatura superaba los veinte grados. Sería otro día soberbio. Salió arrastrándose lentamente de la pequeña tienda para dos personas y se puso en pie.

Junto a la tienda estaba aparcada una moto Harley de 1.200 cc, negra y cromada. La habían conseguido en Passaic, lo mismo que el saco de dormir y la tienda. A esa altura ya habían abandonado tres coches: dos bloqueados por gigantescos embotellamientos de tráfico, y el tercero atascado en el lodo de las afueras de Nutley, donde habían intentado sortear dos camiones empotrados. La moto era la solución. Con ella era posible eludir los choques en cadena, y en los atascos la podía pilotar por la calzada central o por el arcén, si lo había. A Rita no le gustaba –viajar en el asiento de atrás la ponía nerviosa y se aferraba desesperadamente a Larry –, pero había admitido que era el único recurso práctico. El último atasco de tráfico de la humanidad había sido espectacular. Y desde que habían salido de Passaic y circulaban por el campo, habían hecho un excelente promedio. En la noche del 2 de julio habían entrado nuevamente en el estado de Nueva York y habían plantado la tienda en las afueras de Quarryville, con los brumosos y místicos Catskills al oeste. En la tarde del 3 de julio viraron hacia el este y al caer la noche entraron en Vermont. Y ahora estaban en Bennington.

Habían acampado en una colina de las afueras de la ciudad, y mientras Larry orinaba desnudo junto a la moto pudo maravillarse ante la imagen tipo postal de Nueva Inglaterra que se extendía a sus pies. Dos inmaculadas iglesias blancas, cuyos campanarios se empinaban como si quisieran perforar el cielo azul de la mañana; una escuela privada, con sus edificios de piedra gris tapizados de hiedra; un par de escuelas de ladrillo rojo; muchos árboles ataviados con sus verdes galas estivales. Lo único que ponía un toque sutilmente equívoco en la imagen era la ausencia de humo en la fábrica y la cantidad de coches titilantes aparcados en ángulos absurdos sobre Main Street, que era también la carrera por donde transitaban. Pero en el soleado silencio sólo alterado por el gorjeo de algún pájaro Larry podía haber compartido los sentimientos de la difunta Irma Fayette: nada se había perdido.

Pero hoy era el 4 de Julio y supuso que continuaba siendo estadounidense. Se aclaró la garganta, escupió y tarareó un poco hasta encontrar el tono. Aspiró profundamente, consciente de la ligera brisa matutina que le acariciaba el tórax y las nalgas desnudas, y comenzó a cantar.

Oh, dime qué ves

a la luz temprana, del alba,
lo que tan orgullosamente saludamos
con el último fulgor del crepúsculo...

Lo cantó hasta el fin, de cara a Bennington, y al terminar ejecutó un pintoresco meneo teatral, porque Rita ya debía de estar en la abertura de la tienda, sonriéndole.

Concluyó con un saludo en dirección al edificio que probablemente albergaba el Palacio de Justicia de Bennington, y después se volvió, pensando que la mejor forma de iniciar otro año de independencia en la buena y vieja patria era con un buen y viejo polvo al estilo norteamericano.

–Larry Underwood, niño patriota, te desea un excelente...

Pero la tienda seguía cerrada, y por un momento Larry volvió a sentirse irritado con ella, pero se contuvo. Rita no podía sintonizar permanentemente la misma longitud de onda que él. Eso era todo. Apenas asumías y aceptabas este hecho, estabas en camino de conseguir una relación adulta. Él ponía muy buena voluntad desde la macabra experiencia del túnel y creía estar portándose bien.

Debía colocarse en su lugar. Ésa era la clave. Debía hacerse cargo de que ella era mucho mayor, que se había acostumbrado a una determinada rutina durante la mayor parte de su vida. Era lógico que le resultara difícil adaptarse a un mundo que se había puesto cabeza abajo. Las píldoras, por ejemplo. A él no le había regocijado descubrir que había traído consigo algo que ella llamaba «mis pequeñas reanimantes». Las pequeñas reanimantes eran rojas. Tres de ellas con un trago de tequila bastaban para hacerte retozar y brincar durante todo el día. A Larry no le gustaba eso porque todos aquellos altibajos se añadían al mono que padecía. Un mono más o menos del tamaño de King Kong. Y no le gustaba porque, en última instancia, era una especie de reproche hacia él. ¿Por qué tenía que estar nerviosa? ¿Por qué tenía que resultarle difícil conciliar el sueño por la noche? A él no le ocurría nada de eso. ¿Y no cuidaba al máximo de ella? Aquello constituía todo un bocinazo para él.

Volvió a la tienda y vaciló durante un momento. Quizá debería dejarla dormir. Quizá estaba exhausta. Pero...

Miró hacia abajo y se encontró con su vieja y querida polla, que desde luego no quería dejar dormir a Rita. El cantar y todo aquello le había puesto cachondo. De modo que se metió dentro de la tienda...

–¿Rita?

Lo sintió repentinamente tras la despejada frescura del aire matutino. Debía de haber estado muy amodorrado para no haberlo advertido. El olor no era insoportable porque la tienda estaba bastante bien ventilada, pero era fuerte: un olor agridulce de vómitos y descomposición.

–¿Rita?

Su inmovilidad lo alarmó. Sólo aquel mechón de cabello que asomaba del saco de dormir le revolvió el estómago. Se arrastró sobre manos y rodillas, con el olor a vómitos cada vez más intenso, sintiendo náuseas.

–¿Estás bien, Rita? ¡Despierta, Rita!

Nada.

La volvió y vio que la cremallera del saco de dormir estaba parcialmente abierta como si por la noche hubiera tratado de salir forcejeando, tal vez percatándose de lo que le estaba ocurriendo, forcejeando en vano, mientras él dormía plácidamente a su lado. Uno de los frascos de píldoras se desprendió de su mano y sus ojos parecían opacas canicas nubladas detrás de los párpados entrecerrados y su boca aparecía llena del vómito verdoso que la había ahogado.

Miró sus facciones durante lo que le pareció mucho tiempo. Estaban casi nariz contra nariz y la tienda pareció recalentarse hasta que se asemejó a una buhardilla en una tarde de fines de agosto

inmediatamente antes de un chaparrón veraniego. La cabeza de él parecía estar hinchándose. La boca de Rita se encontraba llena de esa mierda y él no podía apartar los ojos. La pregunta que no dejaba de dar vueltas en su cerebro como un conejo mecánico era: ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo cuando ella ya estaba muerta? Repulsivo, tío. Reeee–pulsivo.

La parálisis se disipó y salió arrastrándose de la tienda, arañándose ambas rodillas cuando éstas pasaron de la lona a la tierra desnuda. Pensó que él también iba a vomitar y luchó para contenerse. Aborrecía el vómito más que cualquier otra cosa, y entonces pensó: ¡Y yo había vuelto allí para echar un polvo con ella!, y todo se derramó en un viscoso alud y él se alejó reptando de la inmundicia humeante, llorando y odiando el sabor pastoso que le impregnaba la boca y las fosas nasales.

Pensó en ella durante toda la mañana. Sentía cierto alivio de que hubiera muerto... mucho alivio, en verdad. Nunca se lo confesaría a nadie. Confirmaba todo lo que su madre, Wayne Stukey e incluso aquel tonto bomboncito que tenía su apartamento cerca de la Universidad de Fordham habían dicho acerca de él. Larry Underwood, la luz destellante de Fordham.

–No soy un buen tipo –sentenció en voz alta, y después de decirlo se sintió mejor.

Era más fácil decir la verdad, y la verdad era lo más importante. Había llegado a un acuerdo consigo mismo en la oscura trastienda de su subconsciente, donde mandaban las *potencias detrás del trono.* Tal vez no fuese un tipo agradable, pero tampoco era un desalmado. Por lo tanto, había decidido cuidar de ella, no gritarle por enfadado que se sintiera a veces, como cuando ella lo había agarrado con su estilo Kansas City al subirse en la Harley, no enfurecerse por muy estúpida que ella pudiese ser acerca de muchas cosas. Dos noches atrás, ella había puesto una lata de guisantes en la fogata sin quitarle la tapa y él había tenido que pescarla achicharrada e hinchada, unos tres segundos antes de que estallase como una bomba, tal vez dejándolos ciegos con las esquirlas de su hojalata. Pero ¿le había regañado por eso? No, no lo había hecho: sólo una pequeña broma y lo había pasado por alto. Y lo mismo respecto de las píldoras. Había pensado que lo de las píldoras era sólo asunto de ella.

Tal vez tenía que haberlo discutido con Rita, pensó. Quizá era eso lo que ella deseaba.

–Esto no es un acontecimiento social –exclamó en voz alta.

Era únicamente cuestión de supervivencia. Y ella no había sido capaz de conseguirlo. Tal vez ella ya lo supiera, desde aquel día en Central Park cuando había disparado despreocupadamente con su ridículo revólver del 32 contra el jaboncillo, con aquella arma que le hubiera podido estallar en las manos. Tal vez...

–Tal vez*...,* ¡mierda! –exclamó airado.

Se llevó la cantimplora a la boca, pero estaba vacía y siguió con aquel regusto. Quizá hubiese otras personas como ella por todo el país. La supergripe no tenía un tipo especial de supervivientes, ¿por qué lo había sido ella? Tal vez hubiese alguien joven en algún lugar del país en ese mismo instante, en perfectas condiciones físicas, inmune a la supergripe pero muriéndose de amigdalitis. Como Henny Youngman podía haber dicho: «Eh, tíos, tengo un millón de ellos.»

Larry estaba sentado en una desviación de la carretera, un lugar pintoresco para contemplar el paisaje. La vista de Vermont alejándose de Nueva York en aquella dorada neblina matinal quitaba la respiración. Un letrero indicaba que aquello era Twelve–Mile Point. Larry pensó que podía ver más allá del horizonte. En un día claro podías ver hasta el infinito. En el extremo más alejado del desvío había un murete de piedra que llegaba a la altura de las rodillas, con las piedras unidas sin cemento y algunas destrozadas botellas de Budweiser. También un preservativo usado. Supuso que los chicos del instituto irían allí al anochecer y mirarían las luces de la ciudad que se encontraba a sus pies. Primero se exaltarían y luego querrían follar, un APF, como solían decir: un acuerdo para follar.

De todos modos, ¿por qué se sentía tan mal? Estaba diciendo la verdad, ¿no? Claro. Y lo peor de decir la verdad era que se sentía aliviado, ¿no? ¿Y no se había ido aquella piedra que llevaba colgada del cuello?

No, lo peor es estar solo, se dijo. Sentirse solo.

Una sentencia tópica pero cierta. Deseaba tener a alguien con quien compartir aquello. Alguien al que pudiese decirle: «En un día claro puedes ver hasta el infinito.» Y su única compañía estaba en una tienda, a dos kilómetros de distancia, con la boca llena de vómitos verdes, cada vez más rígida y con moscas revoloteándole.

Pero un rato después apoyó la cabeza sobre las rodillas y cerró los ojos. Se dijo que no lloraría. Aborrecía llorar casi tanto como vomitar.

Al fin se acobardó. No podía enterrarla. Evocó las peores imágenes: los gusanos y los escarabajos, las marmotas que la olfatearían y se acercarían a comer un bocado, la injusticia de que otro ser humano la abandonara como si fuese un envoltorio de caramelo o una lata vacía de Pepsi. Pero el hecho de sepultarla parecía tener un vago atisbo de ilegalidad, pero en verdad (y ahora decía la verdad, ¿no?) eso no era más que una excusa barata. Podía soportar la idea de bajar a Bennington y forzar la puerta de la ferretería Ever Popular y coger una pala Ever Popular y un pico Ever Popular; incluso podía soportar la idea de volver a ese lugar apacible y bello y cavar la fosa Ever Popular junto a la piedra miliar Ever Popular. Pero en cuanto a entrar de nuevo en aquella tienda (que ya debía oler como el excusado de Central Park, donde la oscura golosina Ever Popular seguiría sentada por los siglos de los siglos) y terminar de abrir la cremallera del saco y sacar su cuerpo rígido e hinchado y arrastrarlo hasta la fosa por las axilas y dejarlo caer dentro y después arrojarle la tierra encima con la pala, viendo cómo caía sobre sus piernas blancas y se adhería a su cabello...

No, hermano. Creo que esta vez me lavaré las manos. Si soy un gallina, paciencia.

Volvió a la tienda y descorrió la tela de la entrada. Encontró una rama larga. Inhaló una bocanada de aire fresco, lo retuvo en los pulmones, y enganchó sus ropas con la rama. Retrocedió arrastrándolas y se las puso. Volvió a inspirar profundamente, retuvo el aire y utilizó la rama para pescar sus botas. Se sentó en un tronco caído y se las calzó.

El olor había impregnado sus ropas.

–Mierda –masculló.

La veía, medio fuera del saco de dormir, con la mano estirada y curvada aún alrededor del frasco de píldoras que ya no estaba allí. Sus ojos entrecerrados parecían mirarlo con expresión acusadora. Aquello le hizo pensar de nuevo en el túnel y su visión de los muertos vivientes. Utilizó la rama para correr la tela que cubría la entrada de la tienda.

Pero aún la olía sobre su propio cuerpo.

De modo que al fin y al cabo convirtió a Bennington en su primera parada, y en el Bennington Men's Shop se desvistió y se surtió con ropas nuevas: tres mudas más y cuatro pares de calcetines y calzoncillos. Incluso escogió un par de botas nuevas.

Al mirarse en el espejo vio la tienda vacía a sus espaldas y la Harley llamativamente reclinada contra el bordillo de la acera.

–Excelente fibra –murmuró –. Pesada.

Pero no había nadie para admirar su buen gusto.

Salió de la tienda, montó en la Harley y arrancó. Debería haberse detenido en la ferretería para buscar otra tienda y otro saco de dormir, pero lo único que deseaba ahora era salir de Bennington. Se detendría más adelante.

Mientras guiaba la moto por la salida de la ciudad miró hacia el lugar donde la tierra formaba una leve ondulación y vio el mojón del kilómetro 20, pero no la tienda. Tanto mejor, porque...

Miró nuevamente la carretera y el pánico le cerró la garganta: una camioneta Internacional-Harvester que arrastraba un remolque había maniobrado para eludir un coche y un remolque había volcado. ¡Iba a estrellar la Harley contra su carrocería!

Viró bruscamente hacia la derecha, arrastrando la bota nueva por el asfalto, y casi consiguió rodear aquella mole. Pero el estribo izquierdo se enganchó en el parachoques trasero del remolque y le sacó la moto de debajo. Larry aterrizó sobre el borde de la carretera con un golpe que le hizo vibrar los huesos. La Harley tartajeó un momento a sus espaldas.

–¿Estás bien? –se preguntó en voz alta. Gracias a Dios, sólo iba a treinta. Gracias a Dios, Rita no iba con él, porque entonces lo habría desquiciado con su histeria. Claro que si hubiera ido con Rita no habría mirado hacia arriba y habría conducido con prudencia para no asustarla más de lo necesario. –Estoy bien –se contestó, no seguro del todo. Se sentó. El silencio lo impresionó, como ya había sucedido en otras ocasiones. Todo estaba tan silencioso que si pensabas en eso podías enloquecer. En ese momento incluso los berreos de Rita habrían sido reconfortantes. De pronto todo se llenó de centelleos y pensó, horrorizado, que se iba a desmayar. Estoy herido, se dijo, y lo sentiré apenas pase el shock. Estoy malherido o algo por el estilo, ¿y quién me cuidará?

Pero cuando pasó el instante de desfallecimiento se miró y le pareció que probablemente estaba ileso. Se había lastimado ambas manos y sus pantalones nuevos se habían desgarrado a la altura de la rodilla derecha –la rodilla también estaba arañada –, pero sólo se trataba de rasguños. No valía la pena tanta alharaca: cualquiera podía volcar con su moto, y en realidad le sucedía a todo el mundo de vez en cuando.

Pero él sabía por qué tanta alharaca: podría haberse golpeado la cabeza de otra manera y haberse fracturado el cráneo y haber quedado postrado al sol hasta morir. O se habría ahogado con sus propios vómitos como Rita.

Caminó temblando hasta la Harley y la enderezó. No parecía averiada, pero tenía un aspecto distinto. Antes había sido sólo una máquina, una máquina fascinante que podía servir para el doble fin de transportarlo y hacerlo sentir como James Dean en *Rebelde sin causa.* Pero ahora las piezas cromadas parecían sonreírle como un charlatán de feria, desafiarlo a demostrar si era suficiente macho como para cabalgar sobre ella.

Arrancó al tercer intento y se alejó de Bennington a una velocidad no mayor que la de un hombre andando. Tenía sudor frío en los brazos y nunca en su vida había sentido tantos deseos de ver otro rostro humano.

Pero aquel día no vería ninguno más.

Por la tarde se permitió acelerar un poco, pero no se atrevió a dar más gas en cuanto alcanzó los 30 Kph, ni siquiera al ver que la carretera se hallaba despejada. En las afueras de Wilmington había una tienda de artículos de deporte y de motos, se detuvo allí, cogió un saco de dormir, unos gruesos guantes y un casco, pero incluso con el casco puesto no se permitió ir a más de 40 kph. En los cambios de rasante aminoraba tanto que era como si fuese junto a la moto arrastrándola. Continuaba teniendo visiones de yacer inconsciente a un lado de la carretera y desangrándose hasta morir por falta de asistencia.

A las cinco se aproximaba ya a Brattleboro con el indicador de sobrecalentamiento de la Harley encendido. La aparcó y la apagó con sentimientos encontrados.

–Para esto podías haberla empujado –se dijo –. Está hecha para ir por lo menos a cien, so estúpido...

Echó a andar por la ciudad, sin saber si volvería a buscar la motocicleta.

Aquella noche durmió en el parque municipal de Brattleboro, al abrigo parcial del quiosco de música. Se acostó y se quedó dormido al instante. Un ruido le despertó poco después. Consultó el reloj. Las delgadas manecillas fosforescentes señalaban las once y veinte. Se incorporó sobre un codo y contempló la oscuridad, añorando la pequeña tienda que había conservado el calor de su cuerpo. ¡Qué estupendo útero de lona había sido!

Si se había producido algún ruido ya se había extinguido; incluso los grillos habían quedado silenciosos. ¿Aquello estaba bien? ¿No pasaba nada?

–¿Hay alguien ahí? –gritó Larry, y su propia voz le asustó.

Tanteó en busca del fusil y, durante un momento de pánico no lo encontró. Cuando lo hizo, apretó el gatillo sin pensarlo, como un hombre que se ahogase en el océano se agarraría a su salvavidas. De no haber estado el seguro puesto, el arma se habría disparado y posiblemente le hubiese herido.

Había algo más, aparte del silencio, estaba seguro. Tal vez una persona o quizá algún animal grande y peligroso. Naturalmente, una persona podría ser también peligrosa. Una persona como la que había acuchillado al heraldo de los monstruos, o como John Bearsford Tipton, que le había ofrecido un millón de dólares por follar a su mujer.

–¿Quién hay ahí?

En la mochila llevaba una linterna, pero para sacarla debería soltar el fusil, que ahora apoyaba contra su regazo. Además... ¿deseaba de verdad ver quién había allí?

Se limitó a quedarse sentado, deseando que se produjera un movimiento o una repetición del ruido que le había despertado (¿había oído un ruido o sólo lo había soñado?) Al cabo de un rato cabeceó y luego se adormeció.

De repente, su cabeza se alzó con ojos como platos y todo su cuerpo se encogió. *Ahora* sí se había producido un ruido y, de no haber estado la noche tan nublada, la luna le habría mostrado...

Pero él no quería mirar. No, definitivamente no quería ver nada. Se inclinó hacia adelante, con la cabeza ladeada, escuchando el ruido de unas botas polvorientas alejándose de él por la acera de Main Street, en Brattleboro, Vermont, hacia el oeste, extinguiéndose poco a poco.

Larry sintió un repentino impulso de ponerse en pie, dejando el saco de dormir en torno de sus tobillos, y gritar: « ¡Regresa quienquiera que seas! ¡Vuelve!» ¿Pero lo deseaba en realidad? El quiosco de música amplificaría su grito. ¿Y si en realidad aquellas botas regresaban, haciéndose cada vez más audibles en aquel silencio absoluto?

Así pues, se tumbó de espaldas y se curvó en una posición fetal, con las manos abrazadas al fusil. Esta noche ya no podré dormir más, pensó, pero al cabo de tres minutos estaba de nuevo dormido. Al día siguiente no supo si lo había soñado.

42

Mientras Larry Underwood sufría su caída del 4 de julio en el estado vecino, Stuart Redman descansaba sentado sobre un peñasco al borde de la carretera y comía su almuerzo. Oyó ruido de motores aproximándose. Vació de un trago la lata de cerveza y cerró la abertura de la bolsa de papel encerado donde guardaba las galletas Ritz. El fusil estaba apoyado contra la roca, junto a él. Lo levantó, le quitó el seguro y volvió a dejarlo a un lado. Se aproximaban motocicletas, de poca cilindrada a juzgar por el ruido. En medio de ese inmenso silencio era imposible determinar a qué distancia se encontraban. Quince kilómetros, quizá. Disponía del tiempo más que suficiente para acabar de comer, pero no tenía apetito. El sol calentaba ya bastante y la perspectiva de encontrarse con otros seres humanos era agradable. No había visto ninguna persona viva desde que había dejado la casa de Glen Bateman, en Woodsville. Le echó otro vistazo al fusil. Le había quitado el seguro porque sus semejantes podrían parecerse a Eider. Y

Librodot

lo había dejado contra la roca porque alimentaba la esperanza de que se parecieran a Bateman... aunque tal vez preferiría que no fuesen tan pesimistas respecto al futuro. «La sociedad reaparecerá –había sentenciado Bateman –. Pero observa que no he dicho que se reformará. Ése habría sido un juego de palabras macabro. Hay muy poco potencial de reforma en la raza humana.»

Pero el mismo Bateman no había deseado seguir hablando acerca de la reaparición de la sociedad. Bateman había dado la sensación de sentirse muy satisfecho –al menos por el momento – con la perspectiva de salir a caminar en compañía de *Kojak,* de pintar sus cuadros y de cavilar sobre las implicaciones sociológicas del aniquilamiento casi total.

«Si vuelves a pasar por aquí y me invitas de nuevo a "asociarme", Stu, probablemente aceptaré. Ésa es la maldición de la raza humana. La sociabilidad. Cristo debería haber proclamado: "Sí, en verdad os digo que donde os congreguéis dos o tres de vosotros, algún otro será despachurrado a patadas." ¿Quieres que te cuente lo que la sociología nos enseña acerca de la raza humana? Te lo sintetizaré. Muéstrame un hombre o una mujer solo y te mostraré un santo. Que sean dos y se enamorarán. Que sean tres e inventarán una deliciosa institución llamada "sociedad". Que sean cuatro y construirán una pirámide. Que sean cinco y convertirán a uno en un paria. Que sean seis y reinventarán el prejuicio. Que sean siete y en otros tantos años reinventarán la guerra. Es posible que el hombre haya sido hecho a imagen de Dios, pero la sociedad humana fue hecha a imagen de Su antagonista y siempre trata de volver a las andadas.»

¿Eso era cierto? Si lo era, que Dios los ayudara. Últimamente Stu había pensado mucho en sus viejos amigos y conocidos. Su memoria tendía a disimular u olvidar por completo sus características negativas: la forma en que Bill Hapscomb se hurgaba la nariz y pegaba los mocos en la suela del zapato; la brutalidad con que Norm Bruett trataba a sus hijos; el método chocante que empleaba Billy Verecker para controlar la población felina en torno de su casa, aplastando con sus botas los cráneos de los gatitos recién nacidos.

Los recuerdos que evocaba pretendían ser exclusivamente agradables. Aquellos amaneceres en que salían a cazar, arrebujados en sus chaquetas acolchadas y sus fosforescentes chalecos anaranjados. Las partidas de póquer en casa de Ralph Hodges, cuando Willy Craddock siempre se quejaba de que iba perdiendo cuatro dólares aunque fuera ganando veinte. Seis o siete de ellos empujando el Scout de Tony Leominster para devolverlo a la carretera aquella vez que se había metido en la cuneta, borracho como una cuba, a Tony tambaleándose y jurando por Dios y todos los santos cómo había conseguido rechazar a un montón de espaldas mojadas mejicanos; cómo se habían reído. El flujo interminable de chistes étnicos de Chris Ortega. Cómo iban todos a Huntsville en busca de putas, y aquella vez en que Joe Bob Brentwood pilló ladillas y trató de contar a todos que procedían de los sofás de la sala y no de los cuartos de las chicas en el piso de arriba. Aquéllos habían sido días estupendos. Quizá no a gusto de los sibaritas con sus *night clubs* y sus restaurantes de lujo y sus museos, pero igualmente estupendos. Pensaba en todo eso, repasaba una y otra vez sus recuerdos, tal como un viejo recluso echaría una tras otra las cartas de la grasienta baraja para sus partidas de solitarios. Anhelaba oír otras voces humanas, trabar amistad con alguien, tener a alguien a quien volverse para decirle:

« ¿Has visto eso?» cuando ocurriera algo como la lluvia de estrellas fugaces que había presenciado la otra noche.

Se sentó un poco más erguido cuando las motocicletas aparecieron por fin en el recodo de la carretera, y vio que se trataba de un par de Hondas 250, pilotadas por un chico de unos dieciocho años y una chica guapa quizá mayor que el chico. La joven vestía una blusa amarilla y unos Levi's azul claro.

Lo vieron sentado sobre el peñasco y las dos Hondas colearon un poco cuando la sorpresa hizo que sus pilotos perdieran fugazmente el control. El chico se quedó boquiabierto. Por un momento no estuvo claro si se detendrían o acelerarían rumbo al oeste.

Stu alzó la mano y articuló un afable « ¡Hola!». El corazón le palpitaba, quería que se detuvieran. Y se detuvieron.

Al principio lo sorprendieron sus tensas posturas. Sobre todo la del chico, que se comportaba como si acabaran de inyectarle cinco litros de adrenalina en la sangre. Claro que Stu tenía un fusil, pero no lo usaba para apuntarles, y ellos también iban armados. El llevaba una pistola y ella tenía un pequeño fusil de caza cruzado sobre la espalda y sujeto por una correa, como si estuviera interpretando el papel de Patty Hearst sin mucha convicción.

–Creo que es una buena persona, Harold –dijo la joven, pero el chico llamado Harold siguió a horcajadas sobre la moto, mirando a Stu con expresión de perplejidad y estudiado antagonismo –. Creo que... –insistió ella.

–¿Cómo podemos saberlo? –respondió desabridamente Harold sin apartar los ojos de Stu.

–Bueno, me alegro de verlos, si esto significa algo para ustedes –manifestó Stu.

–¿Y si no le creyera? –replicó Harold, y Stu comprendió que el chico estaba muerto de miedo. Miedo por sí mismo y por la chica.

–Bueno, no lo sé...

Stu bajó del peñasco. La mano de Harold bajó hacia su pistola enfundada.

–Harold, tranquilo –dijo la chica.

Después, todos parecieron incapaces de decidir qué harían a continuación. Eran un grupo de tres puntos que, una vez unidos, formarían un triángulo cuya configuración exacta aún resultaba imprevisible.

–Ouuuu –exclamó Frannie, desmontando de la moto y apoyándola contra un olmo al lado de la carretera –. Nunca podré quitarme los callos del trasero, Harold.

Harold emitió un gruñido hosco.

Ella se volvió hacia Stu.

–¿Alguna vez ha recorrido doscientos cincuenta kilómetros en una Honda, señor Redman? No se lo recomiendo.

–¿Adonde van? –preguntó Stu, sonriendo.

–¿A usted qué le importa? –espetó Harold.

–¿Qué clase de actitud es ésa? –intervino Fran –. El señor Redman es la primera persona que vemos. Quiero decir, si no buscamos otros seres humanos, ¿para qué vinimos, Harold?

–La está cuidando, eso es todo –dijo Stu con tono calmado.

–Claro que sí –asintió Harold.

–Yo creía que nos cuidábamos el uno al otro –manifestó ella, y Harold se sonrojó.

Que sean tres personas y formarán una sociedad, pensó Stu. ¿Pero esos dos eran lo más apropiado para él? Le gustaba la chica, pero el muchacho le parecía un fanfarrón asustado. Y un fanfarrón asustado podía ser muy peligroso en circunstancias apropiadas... o no apropiadas...

–Lo que digas –murmuró Harold.

Miró a Stu de soslayo y sacó una cajetilla de Marlboro del bolsillo de su chaqueta. Encendió un cigarrillo. Empezó a dar caladas anhelantemente, como un tipo que acaba de dejar el tabaco.

–Vamos rumbo a Stovington, Vermont –explicó Frannie –. Al centro de epidemias. Nosotros... ¿Qué pasa? ¿Señor Redman?

Él había palidecido súbitamente.

–¿Por qué allí? –inquirió Stu.

–Porque allí hay casualmente un instituto para el estudio de las enfermedades contagiosas –explicó Harold con tono petulante –. Yo pensé que si queda algún vestigio de orden en el país, o si alguna autoridad sobrevivió a la plaga reciente, lo más probable es que se encuentren en Stovington o en Atlanta, donde hay otro instituto.

–Exactamente –confirmó Frannie.

–Pierden el tiempo –dictaminó Stu.

Frannie se quedó atónita y Harold pareció indignado. El rubor empezó a asomar nuevamente a sus mejillas.

–No creo que usted sea el más indicado para juzgarlo –dijo.

–Supongo que lo soy. Vengo de allí.

Ambos se quedaron atónitos.

–¿Lo sabía? –preguntó Frannie –. ¿Lo verificó?

–No, no fue así...

–¡Miente! –chilló Harold.

Fran vio un gélido y fugaz fulgor de cólera en los ojos de Redman.

–No, no miento.

–Pues yo digo que sí, que es un...

–¡Cállate, Harold!

Harold se quedó mirándola boquiabierto.

–Pero, Frannie, ¿cómo puedes creer...?

–¿Cómo puedes ser tan grosero y hostil? –lo interrumpió ella vehementemente –. ¿Por lo menos quieres escuchar lo que nos dice?

–No me inspira confianza.

Es razonable, pensó Stu. Así estamos iguales.

–¿Cómo puedes desconfiar de un hombre al que acabas de conocer? Realmente, Harold, tu comportamiento es imperdonable.

–Permitan que les explique cómo lo supe –dijo Stu con parsimonia.

Contó una versión abreviada de la historia. Todo había empezado cuando Campion embistió los surtidores de gasolina de Hap. Describió sucintamente cómo había huido de Stovington hacía una semana. Harold miraba tontamente sus manos, que arrancaban trozos de musgo y los desmenuzaban. Pero el semblante de la chica parecía una máscara trágica que se iba desplegando progresivamente, y Stu la compadeció. Había partido con ese chico (que, para ser justos, había tenido una excelente idea) aferrándose con toda lógica a la esperanza de que quedara en pie un vestigio del antiguo sistema. Bueno, se había llevado una desilusión. Una desilusión amarga, a juzgar por su expresión.

–¿Atlanta también? ¿La peste arrasó a las dos? –preguntó Fran.

–Sí –contestó Stu, y ella se echó a llorar.

Sintió deseos de consolarla, pero el chico no lo habría permitido. Harold miró a Fran, incómodo, y después desvió la vista hacia el musgo adherido a los puños de su camisa. Stu le tendió su pañuelo a Fran. Esta le dio las gracias sin levantar los ojos. Harold volvió a mirarlo de forma hostil, con la expresión de un crío codicioso que quiere todas las galletas para sí. Qué sorpresa se va a llevar, pensó Stu, cuando descubra que la chica no es una caja de galletas.

Cuando sus lágrimas se hubieron reducido a hipos, ella murmuró:

–Supongo que Harold y yo estamos en deuda con usted. Por lo menos nos ha ahorrado un viaje al final del cual nos esperaba un desencanto.

–¿De modo que le crees? ¿Te suelta un camelo y tú... tú te lo tragas sin vacilar?

–¿Por qué habría de mentir, Harold?

–Bueno, ¿cómo puedes saber lo que se trae entre manos? –preguntó Harold con tono truculento –. Podría ser un asesino. O un violador.

–Personalmente, no creo en la violencia –respondió Stu con afabilidad –. Quizá usted sabe al respecto algo que yo ignoro.

–¡Basta! –exclamó Fran –. ¿Puedes intentar no ser tan insoportable, Harold?

–¿Insoportable? –vociferó Harold –. Trato de velar por ti... por nosotros... ¿Y eso es tan condenadamente insoportable?

–Mire –terció Stu, y se arremangó. En la cara inferior de su codo se veían varios pinchazos en proceso de cicatrización y las últimas huellas de un hematoma descolorido –. Me inyectaron toda clase de sustancias.

–Tal vez es un drogadicto –comentó Harold.

Stu volvió a bajarse la manga sin contestar. Se trataba de la chica, desde luego. Harold se había acostumbrado a la idea de ser su propietario. Bueno, algunas chicas aceptaban tener un propietario y otras no. Ésta parecía pertenecer a la segunda categoría. Era alta y guapa y tenía un aspecto muy lozano. Sus ojos oscuros y su cabello acentuaban un aire que podía parecer de frágil indefensión. Habría sido fácil pasar por alto la tenue arruga (la arruga del *yo-quiero,* la había denominado la madre de Stu) intercalada entre las cejas, que se hacía muy pronunciada cuando la contrariaban; la agilidad de sus manos; e incluso el movimiento con que se apartaba el cabello de su frente.

–¿Qué haremos ahora? –preguntó Fran, desdeñando el segundo comentario de Harold.

–Seguir adelante a pesar de todo –respondió Harold, y cuando ella lo miró con la frente surcada por aquella arruga, se apresuró a agregar –: Bueno, tenemos que ir a alguna *parte.* Sí, probablemente dice la verdad, pero podríamos confirmarlo. Entonces resolveremos lo que haremos después.

Fran miró a Stu con expresión de «no quiero lastimar sus sentimientos, pero...». Stu se encogió de hombros.

–¿De acuerdo? –la apremió Harold.

–Supongo que es igual –murmuró Frannie.

Arrancó un diente de león y sopló la pelusilla.

–¿No han visto a nadie? –inquirió Stu.

–Sólo a un perro que parecía encontrarse bien.

–Yo también he visto un perro.

Stu les contó su encuentro con Bateman y *Kojak.* Cuando hubo terminado comentó:

–Yo me dirigía hacia la costa, pero ustedes me desalientan un poco al decirme que allí no hay nadie.

–Lo siento –manifestó Harold, que no parecía sentirlo ni una pizca.

Se puso en pie

–¿Estás lista, Fran?

Librodot

Ella miró a Stu, vaciló, y después se levantó.

–De vuelta a la prodigiosa máquina para adelgazar. Gracias por habernos informado, señor Redman, aunque no fueran buenas noticias.

–Un momento –dijo Stu, poniéndose en pie.

Vaciló, preguntándose nuevamente si eran buenas personas. La chica lo era, pero el chico debía de tener diecisiete años y estaba gravemente aquejado de odio–a–casi–todo–el–mundo. Sin embargo, ¿acaso podía darse el lujo de escoger? Parecía que no.

–Creo que todos estamos buscando compañía –dijo –. Me gustaría ir con ustedes, si me aceptan.

–No –respondió Harold.

Fran miró a Harold y luego a Stu, algo turbada.

–Quizá deberíamos...

–No interesa. He dicho que no.

–¿No tengo voto?

–¿Qué te pasa? ¿No entiendes que sólo piensa en una cosa?

–En caso de emergencia, tres pueden más que dos –argumentó Stu.

–No –repitió Harold. Y bajó la mano hacia la culata de la pistola.

–Sí –dijo Fran –. Será un placer tenerlo con nosotros, señor Redman...

Harold se giró hacia ella, encolerizado y ofendido. Por un momento Stu temió que fuese a golpearla.

–Eso es lo que sientes, ¿eh? Me doy cuenta de que sólo esperabas una excusa para deshacerte de mí.

Estaba tan furioso que las lágrimas asomaban a sus ojos, y esto aumentaba su irritación.

–Si te gusta más, de acuerdo. Vete con él. No seguiré contigo.

Se encaminó impetuosamente hacia las motos.

Frannie miró a Stu con expresión abrumada y después se volvió hacia Harold.

–Un momento –exclamó Stu –. Espere aquí, por favor.

–No le haga nada –le dijo Fran –. Por favor.

Corrió hacia Harold, que estaba montado en su Honda y trataba de hacerla arrancar. En su ira había girado el acelerador a fondo una y otra vez, y el carburador se había anegado. Si la moto se hubiese puesto en marcha con tanta aceleración, pensó Stu, se habría levantado por la rueda delantera, como si se tratase de un uniciclo, y el pobre Harold habría aterrizado sobre su trasero.

–¡No se acerque! –le gritó Harold, y volvió a apoyar la mano sobre la culata del arma.

Stu colocó su mano sobre la de Harold, como si se tratara de un juego. La otra mano la apoyó sobre el brazo del chico. Harold tenía los ojos desencajados, y Stu supo que le faltaba muy poco para convertirse en un individuo peligroso. No estaba solamente celoso de la chica: lo que estaba en entredicho era su dignidad personal y la nueva imagen de sí mismo como protector de la joven. Dios sabía qué clase de frustrado había sido antes de que se produjera la tragedia, con su panza y sus botas puntiagudas y su tono presuntuoso. Pero debajo de la nueva imagen perduraba la certeza de que seguía siendo un frustrado y de que continuaría así hasta el final. Habría reaccionado de la misma manera ante Bateman o ante un niño de doce años. En cualquier situación triangular se vería siempre a sí mismo en el punto más bajo.

–Harold –le dijo casi al oído.

–¡Suélteme!

La tensión parecía aligerar su pesado cuerpo, que vibraba como un cable cargado de corriente. – ¿Te acuestas con ella, Harold? Harold dio un respingo y Stu se dio cuenta de que la respuesta era negativa.

–¡Eso no le interesa!

–No. Excepto para aclarar las cosas. No trataré de quitártela. Lamento tener que hablar con tanta crudeza, pero lo mejor será que cada uno sepa cuál es su lugar. Ahora somos dos más uno, y si te vas volveremos a ser dos más uno. No se habrá ganado nada.

Harold no contestó, pero ya no temblaba tanto. –Hablaré lo más claramente posible. Stu siguió hablando, aún muy cerca de los oídos de Harold (que aparecían tapados de cerumen marrón), y tomándose la molestia de hacerlo de una manera clara y serena.

–Ambos sabemos que los hombres no necesitan violar mujeres. No, si saben cómo seducirlas.

–Eso es...

Harold se humedeció los labios y miró hacia donde Fran seguía esperando, con los brazos cruzados un poco por debajo de los pechos, mirándolos ansiosamente.

–Eso es asqueroso.

–Quizá lo sea y quizá no, pero cuando un hombre está junto a una mujer que no quiere recibirlo en su cama, ese hombre tiene que optar. Yo siempre opto por la seducción. Supongo que tú también, puesto que ella sigue acompañándote por su propia iniciativa. Sólo quiero que tú y yo hablemos francamente. No me propongo desplazarte como un chulo de pueblo.

La mano de Harold se distendió sobre el arma y miró a Stu.

–¿Lo dices en serio? Yo... ¿Me prometes que no lo harás?

Stu asintió con la cabeza.

–Estoy enamorado de ella –murmuró Harold roncamente –. Ella no me ama, lo sé, pero yo no puedo remediarlo.

–Bien. No quiero entrometerme. Sólo quiero acompañaros.

–¿Lo prometes? –repitió Harold, compulsivamente.

–Sí, lo prometo.

–Está bien.

Desmontó despacio de la Honda y ambos volvieron junto a Fran.

–Puede venir –dijo Harold –. Y yo... –Miró a Stu y agregó con forzada dignidad –: Te pido disculpas por haber sido tan estúpido.

–¡Hurra! –exclamó Fran, palmoteando –. Ahora que eso está solucionado, ¿adonde iremos?

Siguieron hacia donde iban Fran y Harold, hacia el oeste. Stu dijo que suponía que Glen Bateman tendría mucho gusto en darles alojamiento por esa noche, si conseguían llegar a Woodsville antes de que oscureciera... y tal vez accedería a acompañarlos por la mañana (reflexión esta que exasperó nuevamente a Harold). Stu pilotó la Honda de Fran, y ésta montó detrás de Harold. Se detuvieron a comer en Twin Mountain y allí fue donde empezaron a conocerse, mediante un proceso lento y cauteloso. El acento de los chicos le resultaba gracioso a Stu, por la forma como abrían las aes y suavizaban la pronunciación o modificaban las erres. Supuso que su acento sería igualmente divertido para ellos, tal vez incluso más divertido.

Comieron en un bar abandonado, y Stu contempló el rostro de Fran: sus ojos vivaces, su mandíbula pequeña pero obstinada, la tenue arruga intercalada entre los ojos que servía como

Librodot

barómetro de sus emociones. Le gustaba su aspecto y su conversación, e incluso le gustaba la forma en que se recogía el cabello sobre las sienes.

Y fue así como empezó a darse cuenta de que, en realidad, sí la deseaba.

Librodot

LIBRO SEGUNDO

EN LA FRONTERA

DEL 5 DE JULIO AL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1990

Llegamos en el barco que llaman el Mayflower,
llegamos en el barco que navega en la luna.
Llegamos en el momento más incierto de la era.
Y cantamos una melodía americana.
Pero está bien, está bien.
No se puede ser bienaventurado por siempre...

PAUL SIMÓN

Buscamos con ahínco un restaurante para automovilistas,
y tratamos de hallar un espacio para aparcar.
Allí las hamburguesas crepitan noche y día sobre una parrilla
[al aire libre.
¡Sí! En Estados Unidos, los jukebox *brincan de continuo con*
[discos.
Caramba, estoy muy contento de vivir en Estados Unidos.
Todo cuanto deseamos está aquí, en Estados Unidos.

CHUCK BERRY

Librodot